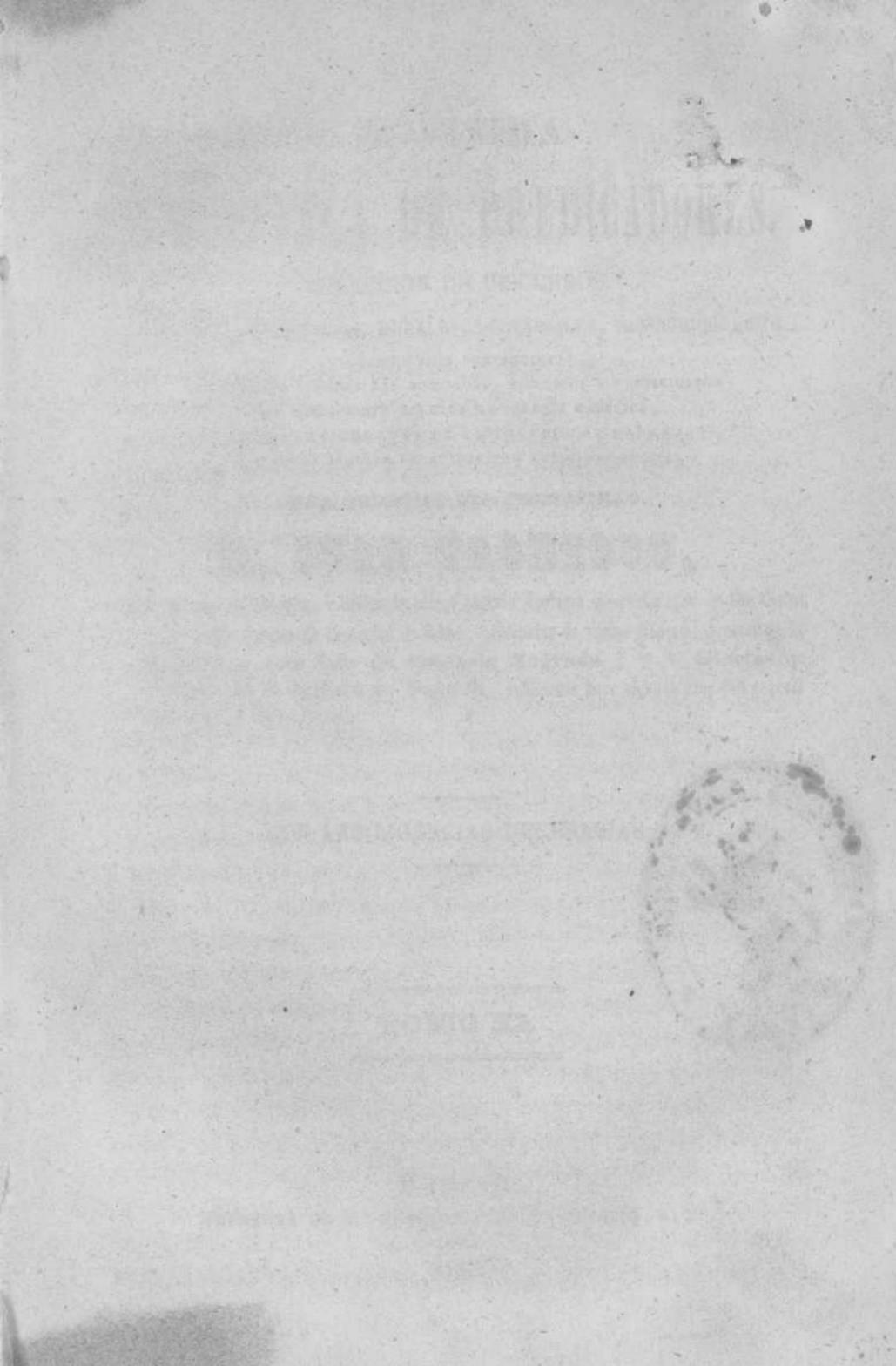
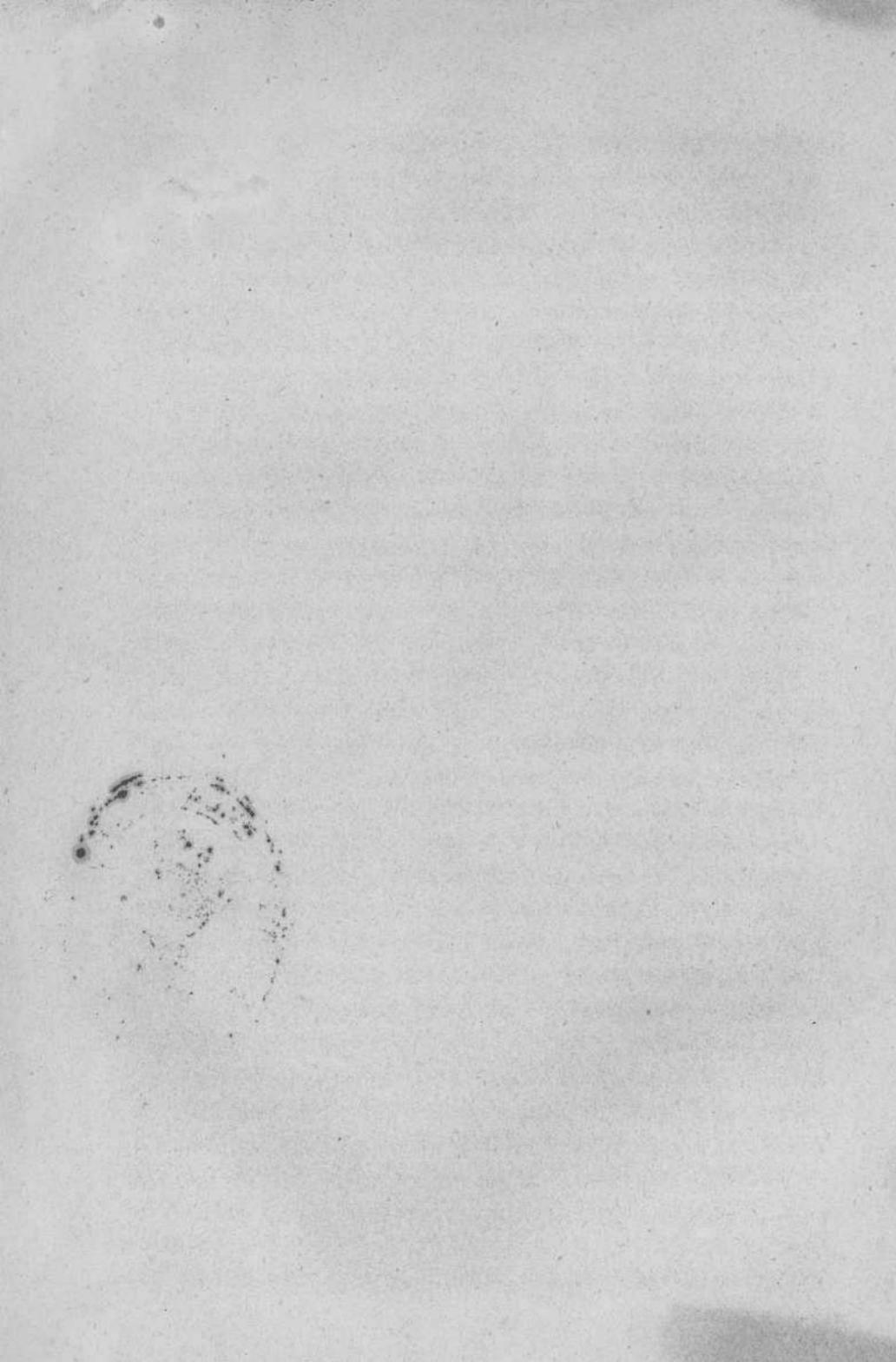




1162





NOVISIMA
BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMÁTICOS, APOLOGÉTICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEGÍRICOS, ETC.,

CLASIFICADOS POR SERIES,
ACOMODADOS A TODAS LAS DOMINICAS, MISTERIOS Y FESTIVIDADES
QUE ANUALMENTE CELEBRA LA IGLESIA CATÓLICA,
A LAS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA,
Y A OTROS ASUNTOS DE ACTUALIDAD RELIGIOSO-SOCIAL.

OBRA ORIGINAL DEL PRESBITERO

D. JUAN TRONCOSO,

Lector que fué de Filosofía, y destinado á leer sagrada Teología en su Colegio de San Carlos de las Cuatro Fuentes de la ciudad de Roma. predicador de varias diócesis, y autor de la **Biblioteca completa de Oratoria Sagrada** y de las **Glorias y triunfos de la Iglesia de España**, publicadas hace algunos años con general aceptación del clero español.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

TOMO XI.



MADRID:
IMPRESA DE H. REÑES, calle de Valverde, n. 23.

1857.

NOVENA

EN SUFRAGIO DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

SESTA SÉRIE.

ASUNTOS VARIOS.

PARA EL PRIMER DÍA DE LA NOVENA.

TOMO UNICO.

Las sagradas Escrituras, la tradición y la razón misma demuestran la existencia del purgatorio, donde las almas purgándose acaban de salvar las penas que contrajeron con la divina justicia.

Además de ignorar, desde la antigüedad, el purgatorio, se le atribuye al error que todo los hacen.

No que sea, lo mismo que se ignora en la ignorancia respecto a los dogmas, a fin de que no se contenten como los que no conocen nada de la doctrina.

[. . .]

La inauguración de esta función solennidad que por espacio de siglos han
nos propósitos, celebrar en memoria de los felices difuntos, nos muestra
que en el Seol esperando la vida de la transformación. Los seres
se presentan a nuestra vista, una y otra de sus virtudes, a saber:
el dogma del purgatorio y la práctica de hacer oraciones, oraciones
por el alma de un difunto, de los vivos que viven en un
lugar expiatorio. Bien pudiera después de un tratar del dogma, de
hacerse el objeto de un tratado católico, que en el
hecho mismo de corresponder espontáneamente al llamamiento de la

NOVENA

EN SUFRAGIO DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

SERMON

PÁRA EL PRIMER DÍA DE LA NOVENA.

LAS SAGRADAS PÁGINAS, LA TRADICION Y LA RAZON MISMA DEMUESTRAN LA EXISTENCIA DEL PURGATORIO, DONDE LAS ALMAS PREDESTINADAS ACABAN DE EXPIAR LAS DEUDAS QUE CONTRAGERON CON LA DIVINA JUSTICIA.

Nolumus vos ignorare, fratres, de dormientibus, ut non contristemini, sicut et ceteri qui spem non habent.

No queremos, hermanos míos, dejaros en la ignorancia respecto á los difuntos, á fin de que no os contristéis como los que no esperan una vida eterna.

I. THESSAL. IV. 13.

Al inaugurar esta fúnebre solemnidad que por espacio de nueve días nos proponemos celebrar en memoria de los fieles difuntos, que duermen en el Señor esperando el gran día de la transformación, dos cosas se presentan á nuestra mente, una y otra de sumo interés, á saber: el dogma del purgatorio y la práctica de hacer ofrendas, oraciones y sacrificios por el eterno descanso de las almas que yacen en aquel lugar expiatorio. Bien pudiera dispensarme de tratar del dogma, debiendo dirigir mi voz á un pueblo eminentemente católico, que en el hecho mismo de corresponder espontáneamente al llamamiento de la

Iglesia que invita hoy á sus fieles hijos á interesarse por los que ya no existen en la tierra, dan el testimonio mas auténtico y ostensible de sus creencias en este punto. Sin embargo, como quiera que no todos por desgracia abrigan las mismas convicciones, y que bien sea en unos efecto de ignorancia, bien en otros resultado de la accion perniciosa de las malas doctrinas que en nuestro siglo han cundido prodigiosamente, no pocos hay que alimentan dudas y vacilaciones acerca de esta enseñanza, interesa mucho y es de absoluta necesidad insistir en ella, ora para afianzar la fé de los creyentes, ora para disipar las funestas preocupaciones de la incredulidad sistemática de los tiempos modernos. De cualquier modo, siempre será utilísimo esplanar lo que la Iglesia católica viene profesando á través de las edades respecto á una doctrina tan íntimamente ligada con el porvenir de la humanidad, puesto que envuelve el hilo misterioso de sus grandes destinos, señalándola por término de su carrera no ya el polvo de los sepulcros, no ya la nada, como plugo á una ciencia homicida, sino una vida perdurable, una existencia sin fin, dichosa ó desgraciada segun los méritos ó deméritos de cada cual en la presencia de su Dios. ¡Doctrina sublime! ¡Enseñanza consoladora! ¡Dogma fecundo en bellas esperanzas! Por eso San Pablo, escribiendo á los fieles de Thesalónica, les decia: «No quiero que vivais en la »ignorancia respecto de los difuntos que duermen en el Señor, á fin »de que no os contristeis como los que no esperan una vida inmortal y eterna:» *Nolumus vos ignorare, fratres, de dormientibus, ut non contristemini, sicut et cæteri qui spem non habent.*

Tampoco yo, M. A. O., debo permitir que ignoreis lo que de grande y consolador encierra este dogma: y pues la ocasion no puede ofrecerse mas propicia, dividiré los discursos que estoy llamado á dirigiros durante esta Santa Novena, consagrando parte de ellos á establecer las doctrinas de la fé concernientes á la existencia del purgatorio y las penas que en él padecen las almas justas, y parte á desenvolver las prácticas autorizadas por la Iglesia en sufragio de esas mismas almas, como consecuencias inmediatas de ese punto dogmático de nuestra religion. Empezaremos hoy demostrando la existencia de un lugar donde las almas predestinadas que no han

satisfecho suficientemente á la justicia divina por sus faltas en el mundo, se purifican antes de entrar en el eterno descanso que las está destinado. «Las sagradas páginas manifiestan ostensiblemente este dogma; la tradicion constante de todos los siglos le confirma, y la razon misma se armoniza y está en perfecta consonancia con él.» Hé aquí lo que me propongo evidenciar en el presente discurso, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Por mas indiferentes é insensibles que queramos mostrarnos á los males agenos, por consecuencia de ese egoismo encarnado en nuestra degradada naturaleza, hay no obstante ciertos infortunios á los cuales, á despecho de esa misma insensibilidad, no podemos menos de pagar un justo tributo de compasion, convencidos como estamos de su realidad y de su grandeza. Tales son los que experimentan en el Purgatorio las almas justas que habiendo pasado de esta vida en gracia y amistad de Dios, pero sin dar á su eternal justicia una satisfaccion conveniente, se purifican y pagan las deudas no satisfechas en aquellas llamas expiatorias. No ignoro que la existencia de ese lugar de expiacion ha sido siempre, y particularmente en estos últimos siglos, objeto de una oposicion sistemática. El herege niega este dogma, el incrédulo apura contra él el sofisma, el espíritu fuerte le hace objeto de sus sangrientos sarcasmos, y el hombre mundano y esclavo de sus pasiones vive completamente olvidado de él. ¡Y qué! ¿Será por eso menos cierto é incontestable? No, A. O. M.; diga lo que quiera el espíritu de error y de mentira, esta verdad esencialísima de nuestra religion se apoya en las Sagradas Escrituras, viene rodeándose de la autoridad de una tradicion respetabilísima, y está ademas en armonía con la sana razon. Discurremos.

Tanto el antiguo como el nuevo Testamento nos suministran pruebas de la existencia del purgatorio, bastantes para hacer enmudecer á la heregia. En el primero, entre otros muchos pasages que omito

en gracia de la brevedad, leemos el hecho de aquel célebre Macabeo, mucho mas ilustre por su religioso celo que por sus victorias contra los enemigos del verdadero Dios, quien habiendo perdido en una refriega parte de sus soldados, su primer cuidado fué separar lo mas precioso del botin cogido al enemigo, enviarlo al templo de Jerusalem, y disponer que allí se hiciesen sacrificios por las almas de sus hermanos muertos en el campo de batalla; porque consideraba, dice la Escritura, que aquellos que habian sucumbido llenos de piedad, tenian reservada una óptima gracia (1). ¿Y qué gracia era esta sino la de la resurreccion futura? Cierto que si así no lo hubiese creído aquel fervoroso caudillo, hubiera tenido por importuno y supérfluo hacer plegarias por los difuntos (2). Luego cuando lo dispuso así, prueba evidente es de que abrigaba esa creencia de la vida futura, no ya como una mera opinion privada, sino como un dogma que entraba á formar parte de la religion mosaica. Y en esa misma creencia, ¿no iba envuelta la de un lugar medio entre el cielo donde gozan los bienaventurados, y el infierno donde son eternamente atormentados los réprobos, ya que allí no hay necesidad de sacrificios expiatorios, y de aquí se halla desterrado todo vislumbre de esperanza? Este raciocinio es concluyentísimo, y solo absurdos sofismas pueden oponerse á él. Bien podrá la heregía proclamar altamente que el piadoso Judas se engañó al pensar de este modo; libre es para atribuir su piedad á un arranque de falso celo y de supersticiosa popularidad. No nos sorprende tamaña osadía por parte del error, que no habiendo perdonado á la Iglesia de Jesucristo, tampoco debia guardar miramientos con la Sinagoga que venia figurándola. Sin embargo, á despecho de todos los enemigos de la fé, ese testo será siempre de un gran peso en la materia que nos ocupa. Y prueba de ello el empeño que han manifestado los hereges por eliminar del catálogo de los libros canónicos ese en que está contenido el hecho que acabamos de referir. ¡Raro capricho! Pues qué, ¿la decision de las Escrituras, que han de considerarse como divinas, pende del

(1) II. Machab. XII. 45.

(2) Ib. 44.

antojo de un particular, independientemente de la autoridad de la Iglesia? Mas no nos detengamos en este punto de controversia; y mal que pese al error, concluyamos con las palabras de los libros santos, que el pensamiento de orar por los difuntos es en extremo saludable y provechoso, puesto que mediante estas plegarias pueden libertarse de las penas debidas por sus pecados (1).

No está menos explícito el nuevo Testamento. En él se halla con-signado que hay pecados que no se perdonan ni en el siglo presente ni en el venidero. Asi lo dijo terminantemente Jesucristo á los fari-seos (2). Y de aquí, sin necesidad de dar tortura al entendimiento, el ingenio menos perspicaz concluye, que habiendo pecados que ni en este mundo ni en el otro alcanzan remision, hay tambien algunos que se perdonan en la vida venidera. Ahora bien, ¿se servirá ma-nifestarnos la heregía dónde ó en qué lugar del otro mundo se perdonan los pecados? En el cielo no puede ser, puesto que allí es imposible que entre nada manchado. En el infierno tampoco, por cuanto á aquella tenebrosa region no alcanzan los frutos de la redencion divina. Luego necesariamente debe existir un sitio en donde los que mueren en gracia, pero llevando consigo algun reato de las culpas pasadas, expien temporalmente la parte de pena que aquí dejaron de satisfacer, para despues completamente purificados entrar en posesion de la eterna bienandanza. Y ese lugar no es otro que el purgatorio, de donde, segun el lenguaje harto explícito del mismo Salvador en su Evangelio, nadie sale hasta haber satisfecho el último cuadrante.

¿Y qué responderá la incredulidad al lenguaje unánime de la tra-dicion, que, acorde con las Santas Escrituras, demuestra la existencia del purgatorio? El error en su impotencia de negar rotundamente este dogma, apeló á vanas argucias, diciendo que si bien desde los principios del siglo III comenzó la costumbre de orar por los difuntos, y no antes, esta costumbre no se apoyaba en la creencia del dogma expiatorio, sino en una opinion mas ó menos autorizada de que las

(1) II. Machab. XII. 46.

(2) Matth. V. 25. 26.

almas de los justos no pasaban inmediatamente á posesionarse de la gloria, sino que eran detenidas y permanecian como depositadas en el seno de Abraham hasta el último dia de los tiempos, y por eso se pedia á Dios abreviarse el plazo designado á su eterna felicidad. Muy fácil nos será deshacer estos miserables efugios del protestantismo, nada mas que con evocar ciertos monumentos tradicionales que demuestran en primer lugar la antigüedad apostólica de las preces por los difuntos, y la creencia del purgatorio en que se fundaban. Prescindiendo de las antiquísimas liturgias de todas las iglesias, todas contestes en el punto en cuestion, sin hacer mérito de lo que sobre él hallamos consignado en las páginas de los primeros escritores contemporáneos de los Apóstoles, ¿quién ignora la efusion con que el gran Tertuliano exhortaba en el segundo siglo á una matrona á orar por su difunto esposo y á celebrar el aniversario de su defuncion? ¿Quién no ha oido referir el fervor con que el patriarca de los anacoretas pedia al Señor en el siglo III le librase del fuego purificador del purgatorio, derramando lágrimas y ofreciendo oraciones por los emperadores Valentiniano y Teodosio, bien así como por su hermano, sus parientes y amigos? ¿Quién no se ha enternecido al leer en las obras de San Agustin, que vivió en el siglo IV, el interés con que su virtuosa madre pedia en su lecho de muerte á los ministros del Señor que no la olvidasen en el santo sacrificio, y el tono de seguridad con que habla de las plegarias por los muertos, como de una costumbre universalmente recibida en toda la Iglesia? Y los que hayan leído á San Justino, San Clemente Alejandrino, Origenes, San Cipriano, y demas padres de los primitivos tiempos, ¿no han tenido ocasion de admirar esa unanimidad de creencias y sentimientos que en todos reina acerca del dogma expiatorio? Tal vez la incredulidad lleve su osadía hasta el extremo de calificar ese concierto admirable de vana supersticion, de excesivo fanatismo, de pueril credulidad, ¿Miserable recurso! ¿Se atreverá á decir otro tanto de las respetabilísimas decisiones de los concilios Calcedonense, Florentino y de Trento? El primero autoriza, elogia y sanciona la piedad de una señora cristiana que en su disposicion testamentaria consignaba una parte de sus bienes para invertirlos en sufragios por su alma. El se-

gundo se espresa en los términos siguientes: «Si los penitentes mueren en la caridad del Señor antes de haber satisfecho por sus pecados con frutos dignos de penitencia, sus almas son purificadas después de la muerte con penas vivísimas; pero pueden aliviarse las los sufragios, los sacrificios, la oración y las limosnas que los fieles acostumbran hacer por los difuntos, según el uso de la Iglesia.» El tercero pronuncia estas notables palabras: «Si alguno dijere que por la gracia de la justificación, de tal suerte se perdona la culpa y la pena eterna, que no le resta al penitente pena alguna temporal ni en este mundo ni en el otro, sea anatematizado.»

¿Qué tienen que oponer á estos monumentos tan respetables el error y la incredulidad? ¿Que los doctores de la Iglesia se han dejado arrastrar por el torrente de la preocupacion de sus respectivos siglos? ¿Que los concilios adoptaron sin criterio los errores sancionados por la ignorancia supersticiosa de unas épocas de oscurantismo? Pero, y la doctrina de la fé, ¿no les merece respeto ni consideracion alguna? Seamos francos y esplicitos. ¿Hay, ó no hay distincion real y positiva entre la virtud y el vicio? Yo creo que nadie se atreverá á incurrir en el absurdo de negarla. Pues bien, si la virtud merece una justa recompensa, es consiguiente y lógico que el vicio merezca un castigo proporcionado. Según esta regla de estricta equidad, admitimos una gloria eterna para premiar la primera, y un infierno perdurable para castigar el segundo. No hablemos ya de los que mueren en pecado, para los cuales, como queda dicho, no hay remedio alguno en la otra vida. Pero respecto de los que mueren en gracia, ¿es acaso idéntica la situacion de todos? ¿No hay muchos que, si bien libres de toda culpa grave que les haga indignos de la posesion de Dios, llevan, no obstante, consigo ciertas manchas veniales con las cuales no pueden ser inmediatamente admitidos á su presencia? ¿Y á dónde irian estas almas? ¿Acaso intentariais arrojarlas á las llamas infernales? No: que son amigas de Dios y han conservado el tesoro de su caridad. ¿Tal vez querriais franquearlas las puertas del Paraiso? Tampoco: pues nada contaminado puede acercarse á aquella mansion de delicias, cuya entrada defiende el príncipe de la milicia celeste. Luego es preciso las concedais un lu-

gar medio entre ambos, donde acabando de expiar sus faltas, esperen el gran día de la trasformacion, en que puedan arrojar en los brazos de Dios y gustar sus paternas caricias. Hed ahí el purgatorio demostrado por la doctrina de la fé, sobre la cual descansa la tradicion de todos los siglos, en cuyo apoyo viene la razon misma.

En efecto, si es cierto que pocos dogmas han sido tan porfiadamente combatidos por la heregia, la incredulidad y el materialismo, como el del purgatorio, tambien lo es que ninguno como él ha hallado en la razon sana é ilustrada de todos los hombres y de todos los tiempos, pruebas tan sólidas y concluyentes. Para armonizar la justicia de Dios con su bondad, ambas infinitas, una y otra universalmente reconocidas aun en medio de las tinieblas de los cultos paganos, se ha venido siempre á parar á un aplazamiento de las eternas recompensas, respecto de aquellos justos que al salir de este mundo no se hallan completamente purificados de los defectos inherentes á su innata debilidad. En esta doctrina hállanse acordes los poetas, los filósofos, los hebreos tanto antiguos como modernos, y hasta en el Coran de los árabes se ve consignada de una manera que no deja lugar á la menor duda. Lo mismo que cantó Virgilio en sus Eneidas, escribió el sábio Platon en una de sus mas celebradas producciones; y eso mismo, siquiera disputando sobre la inteligencia de una palabra, admiten, reconocen y practican los cismáticos griegos, en el hecho harto visible de hacer plegarias y sacrificios por los difuntos. ¿Cuál es el origen de esa concordia, de esa homogeneidad de sentimientos acerca de un punto por otra parte tan debatido y objeto de tan porfiadas controversias? No otro sino el que poco há indiqué; la razon, que marchando paralelamente al lado de la fé, deduce de la justicia y rectitud del Señor y de su bondad y misericordia infinitas la necesidad de un lugar expiatorio, en donde el justo se justifique mas, y el que muriendo en la gracia del Señor llevó consigo algun defecto que le impidió tomar posesion de la gloria, acabe de purificarse y lavarse bajo la accion de un Dios, que ni puede condenar por faltas leves, ni tampoco puede recompensar mientras estas opongan un obstáculo invencible á su liberalidad; que castiga con misericordia en el tiempo, para glorificar sin tasa en la eternidad; que sufre

haciendo padecer á unas almas á quienes ama , pero que se goza considerando que con estos padecimientos las hace dignas de ser un dia compañeras inseparables de su misma dicha. ¡ Qué dogma tan bello! ¡ Qué creencia tan consoladora! Ciertamente que no coloca inmediatamente á la virtud en posesion omnimoda de sus recompensas, toda vez que existe el menor lunar que la empañe , en lo cual rinde justo homenaje á la santidad suma de un Dios cuya presencia no puede tolerar la menor sombra de culpa ; pero tampoco por eso la niega la corona que le está decretada , sino que la proporciona el medio de adquirirla á precio de ciertas penas expiatorias destinadas á consumir su completa justificacion , en lo cual hace brillar la bondad de ese mismo Dios. ¿ Y cómo pudiera suceder de otro modo? ¿ Querriais que un alma marcada con el sello de la culpa , por ligerísimo que fuera , compareciese en este estado delante del que en sus mismos ángeles no pudo sufrir el menor defecto? ¿ Pretenderiais que al lado de las verdaderas virtudes fuesen coronados los vicios? ¿ Autorizariais que la misma recompensa debida á la fé viva , á la firme esperanza , á la caridad ardiente , alcanzase tambien á la tibieza , á la debilidad , al descuido en el servicio del Señor , y á otras faltas análogas que en el mundo no se expiaron suficientemente? No , que esto repugna tanto al buen sentido católico , como á las ideas antes indicadas , universalmente recibidas respecto de los divinos atributos.

Ved , pues , M. A. O. , como discurrendo rectamente , surge el dogma del purgatorio del fondo mismo de la filosofía cristiana , no menos brillante que de la autoridad de las divinas Escrituras , y de la tradicion constante de todos los siglos. Reconoced aquí de paso las inmensas ventajas de la doctrina católica sobre las enseñanzas del protestantismo. Este , despues de dar sepultura á sus difuntos , abandónalos con glacial indiferencia á la podredumbre y los gusanos de una tumba. Con ellos queda sepultada su ternura en una misma hoya , y sus recuerdos no sobreviven á aquellos seres que en el mundo amaron. No así la Iglesia católica. El amor de esa cariñosa madre , acompaña á sus hijos aun en la triste soledad de las tumbas ; ella reconoce en las frias cenizas de los muertos las raices de esos templos vivos del Espíritu Santo , que en su dia deben resucitar á una vida

mejor; y ya que no puede enriquecerlos con sus sacramentos, no cesa de ayudarlos con sus sufragios. ¡Oh Iglesia santa! ¡Cuán bien manifiestas que eres la verdadera madre de los fieles, puesto que nunca desamparas á los que engendraste en tu seno! ¡Cuán
¡Cuánto no debe pues escitar nuestra sensibilidad, y enfervorizar nuestros religiosos sentimientos este dogma, en favor de las almas de los fieles que en el purgatorio esperan el día de su libertad! En nuestras manos tenemos medios segurísimos y eficaces de conseguir para ellos lo que tan ardientemente anhelan. Nosotros podemos lo que ellas no pueden; podemos aliviar sus penas, suavizar sus pesares, consolar su llanto, enviarlas el benéfico rocío de la misericordia que neutraliza la accion de aquellas llamas abrasadoras; podemos abreviar el plazo de su cautiverio, acelerar el día de su libertad, y hacerlas volar en breve al seno de aquel Dios que tanto como ellas verle, desea él estrecharlas contra su seno. ¿Qué nos impide pues practicar una accion tan digna? ¡Ah! Nada nos detenga; acudamos al auxilio de esas almas justas; acerquémonos á las sagradas aras y hagamos correr la sangre de la víctima adorable, para aplicarlas sus infinitos merecimientos. Roguemos al Cordero sin mancha que borra los pecados del mundo, se apiade de aquellos seres, y cuanto antes los lleve á gozar con él de las eternas delicias. Multipliquemos á este fin nuestros sufragios; no cesemos de importunarle para que aparte de sus cabezas el brazo vengador de su justicia; una y otra vez pidámosle admita en favor de las almas de nuestros hermanos el sacrificio de alabanza que ofrecemos por ellas. Este es nuestro deber siempre, en todos tiempos, y especialmente en estos dias consagrados en su obsequio. ¡Dichosos nosotros si logramos con nuestras sú-
plicas y buenas obras sacar algunas víctimas de aquel abismo, y llevarlas á recibir de las manos del eterno remunerador la diadema inmortal de la gloria!

SERMON

PARA EL SEGUNDO DIA DE LA NOVENA.

BAJO LA ACCION DE UN FUEGO PURIFICADOR PADECEN LAS ALMAS DEL PURGATORIO PENAS INDECIBLES, TORMENTOS QUE ESCEDEN Á LA HUMANA INTELIGENCIA, DOLORES QUE CARECEN DE TODO TÉRMINO DE COMPARACION: MOTIVOS PODEROSÍSIMOS QUE NOS OBLIGAN Á INTERESARNOS POR ELLAS Y Á AYUDARLAS CON NUESTROS SUFRAGIOS.

Abluet Dominus sordes filiarum Sion in spiritu judiciü et spiritu ardoris.

El Señor lavará las manchas de las hijas de Sion con el espíritu de su cólera y con el espíritu del fuego.

ISAIE. IV. 4.

ESTABLECIDO ya en el discurso anterior la existencia del purgatorio, surge desde luego, como consecuencia inmediata de este principio, la cuestion siguiente: ¿Qué clase de tormentos padecen las almas en aquel lugar de expiacion? Los doctores católicos admiten dos especies de penas, que denominan pena de sentido y pena de daño, de las cuales consiste la primera en experimentar los sufrimientos más inconcebibles en la parte sensitiva, y la segunda en estar privadas de la vista de un Dios, hácia el cual tienden como á su centro, por cuya vista suspiran anhelantes, y cuya posesion deben gozar en plazo mas ó menos breve, puesto que están predestinadas para su gloria. Ambas son crueles sobre todo encarecimiento, dolorosísimas en estremo, y tales que los mas sublimes ingenios, despues de haber agotado sus recursos en investigar los atroces martirios de que son

objeto esas almas, han concluido por confesar la imposibilidad de trazar un cuadro fiel, y solo han dejado bocetos imperfectos de una pintura que se resiste al mas hábil pincel.

Concretándonos por hoy á la pena de sentido, lo primero que se ofrece á nuestra consideracion es un fuego abrasador que en el purgatorio sirve de agente principal á la divina justicia para purificar con él las horrruras de las almas fieles destinadas á gozar de sus eternas delicias, antes de ser trasladadas á aquella mansion de perdurable bienandanza. De largo tiempo venia consignándose esta creencia en los libros proféticos. Isaías, el mas ilustrado de los videntes, habia dicho en términos espresos: « El Señor lavará las manchas de las hijas de Sion con el espíritu de su cólera y con el espíritu del fuego. » *Abluet Dominus sordes filiarum Sion in spiritu judicii, et spiritu ardoris.* Y San Pablo confirma esta misma idea, diciendo: que el fuego es el que ha de probar las obras del hombre en el día del Señor: *Uniuscujusque opus quale sit, ignis probabit* (1). ¡Fuego inefable, cuyas propiedades son abrasar y no consumir, arder y no iluminar, penetrar y no disminuir la sensibilidad del que le experimenta! ¡Fuego incomprensible que atormenta sin descanso y nunca se apaga; que hiere en lo mas vivo, y jamás acaba con la víctima; que no se renueva, y siempre sus llamas tienen igual actividad! ¡Fuego cuyos efectos confunden la imaginacion, sin ser menos reales y positivos, puesto que encendido y alimentado por la venganza de un Dios, ejerce su accion en el espíritu, ocasionando en él tormentos que han llegado á creerse por algunos contemplativos, superiores á los de los condenados en el infierno!

No seré yo, M. A. O., quien intente profundizar ese abismo inconmensurable de la divina justicia; lejos de mí la temeraria osadía de querer comprender lo que la ciencia del Altísimo se reservó esclusivamente para sí. Bástame saber, y vosotros no debeis aspirar á otra cosa, que en el purgatorio arde un fuego inextinguible, con el cual lava y purifica el Señor las manchas de las almas predestinadas, para hacerlas dignas de entrar en aquella mansion donde no puede

(1) I. Corinth. III. 13.

penetrar nada incontaminado. Y en su consecuencia, sin abrigar la menor pretension de llegar á conocer la naturaleza de esas llamas expiatorias, me limitaré únicamente á reproducir algunas de las nociones que la religion nos da acerca de este punto, «mostrándoos á las almas del purgatorio padeciendo bajo la accion de un Dios inexorable al par que misericordioso, penas indecibles, tormentos que esceden á la humana inteligencia, dolores que en lo humano carecen de todo término de comparacion: motivos que nos obligan á interesarnos por ellas, y á hacer por su alivio cuanto nos dicta la piedad cristiana.» Hed aquí el asunto que va á ocupar vuestra atencion en este breve rato.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

De largo tiempo veníase anunciando en los sagrados libros la existencia de un fuego purificador, destinado á limpiar las manchas del pecado y á purificar las almas de los justos que debian entrar en posesion del reino celestial. El Señor habia prometido, por boca del profeta Malaquías, que purgaria á los hijos de Levi y los acrisolaria como el oro y la plata, sometiéndolos á la accion del fuego de su justicia: *Ipse enim quasi ignis conflans... et purgabit filios Levi, et colabit eos quasi aurum et argentum* (1). La realidad de esta sublime alegoría es la que la fé ofrece á nuestra consideracion en las profundas cavernas del purgatorio. Allí existe un fuego inestinguible, pero de una naturaleza muy distinta de este fuego material que conocemos, cuyos efectos sobrepujan á cuanto puede imaginar la humana inteligencia. Ese elemento, que aquí solo ejerce su dolorosa influencia sobre los sentidos exteriores, allí encendido y atizado, digámoslo así, por el soplo de la divina venganza, obra de una manera prodigiosa sobre el alma, penetra sus potencias, introdúcese

(1) Malach. III. 2. 3.

hasta lo mas íntimo de esa sustancia inmaterial, abrázala sin consumirla, y dejándola intacta, la limpia y purifica todas sus horrruras. ¡Oh fuego infatigable! esclama á este propósito el P. San Hilario, puesto que ni puede cansar la paciencia de las víctimas que devora, ni á la justicia infinita, cuyas órdenes ejecuta, le es posible mitigar sus efectos. ¿ Con qué compararemos ese fuego indefinible? ¿ Será tan terrible en sus estragos como el del infierno? ¡ Ah! No me atreveré, M. A. O., á decir de un modo absoluto que es todavía mas activo y voraz; pero tampoco tendré inconveniente en asegurar que la sensacion que produce en las almas justas, es sin comparacion mayor que cuanto acerca de las llamas infernales nos ha revelado la fé. Al menos en aquella region de eterno llanto, como que no existe esperanza alguna de ver finalizar los tormentos, esta misma conviccion parece que debe contribuir á crear en los réprobos cierta especie de indiferencia hácia una bienandanza á que han renunciado para siempre. En el purgatorio, por el contrario, lo único que no se ha perdido es la esperanza de ver á Dios un dia: continuamente se acrece y renueva en las almas esa idea; cada momento que pasa da nuevas y colosales proporciones á esa aspiracion incesante. Mas ¡ ay! que eso mismo que establece la gran diferencia entre el infierno y el purgatorio, lejos de amenguar el tormento de aquellas víctimas ilustres, no hace sino darle una actividad mucho mayor. Colocadas entre el cielo y el abismo, no parece sino que llevan uno y otro dentro de sí mismas, puesto que ambos á la vez se unen para afligirlas y probarlas. El cielo haciéndolas vislumbrar los eternos goces que allí esperan, pero rechazándolas de su seno porque no son todavía dignas de entrar en aquella patria de eterna luz, ocasionales un padecer sin medida, una angustia sin límites, una afliccion que á nada es comparable. El abismo prestando á la justicia de Dios todos sus horrores para castigar los defectos de los escojidos, desarrolla toda la actividad de sus llamas, pone en juego todos los resortes de sus suplicios, condensa toda la oscuridad de sus tinieblas, y todo á la vez lo deja caer sobre unas almas, que se creerian maldecidas y réprobos si no fuese porque aman á Dios, y saben que es la mano de un poder justamente enojado la que tan sensiblemente las hiere y castiga. No hay

en ellas cosa alguna que no conspire á atormentarlas. Es su memoria una fuente envenenada de reminiscencias amarguísimas; brotan de su entendimiento mil ideas y pensamientos desgarradores; su voluntad parece convertirse en un verdugo inexorable que á cada instante las ofrece motivos multiplicados de intolerable suplicio. Acuérdate de los dias en que pudieron evitar tamaños males y no lo hicieron; piensan en la proximidad de aquella mansion de perdurables delicias, de que por su culpa se hallan desterradas; quieren, desean, ambicionan, y con irresistible impulso se lanzan hácia el Ser á quien adoran, sin obtener de él sino repulsas y desvios. Mas que al hijo de la cierva abrásalas la sed devoradora de ver á su Dios; le llaman, y no son escuchadas; gritan, y sus ecos se pierden en los senos de la silenciosa eternidad; intentan elevarse hácia él, y una fuerza invisible las tiene aprisionadas; prueban á romper las cadenas que las oprimen, y al persuadirse de su impotencia caen en un profundo abatimiento. ¡Pues qué! esclaman, ¿ha de ser eterno nuestro destierro? No, respóndelas la voz del Altísimo. ¿Pero cuánto debe aplazarse?... A esta pregunta sucede el mas profundo silencio... Y en tanto, el fuego continúa cebándose en ellas, aumentando por instantes su accion incomprendible, renovando los dolores de aquellas almas justas, y produciendo resultados que no caben en la imaginacion; por cuanto siendo el amor de Dios y su inflexible justicia los agentes de esa venganza mezclada de misericordia, forman lo mas exquisito, lo mas elevado, lo mas penetrante y activo, y como si dijéramos, la quinta esencia, el sublimado de la envenenada copa de la cólera celestial.

Ahora comprendo yo, M. A. O., aquella sublime espresion del P. San Gregorio, cuando dice que las almas del purgatorio son bautizadas con el fuego. En efecto, bautismo terrible es aquel con que allí son purificadas hasta de sus mas leves imperfecciones mediante la accion de las llamas expiatorias, al modo que en el Bautismo del agua queda el hombre lavado de las manchas que contrajera por su origen de una raiz inficionada. Dios es el ministro de esa nueva é inefable regeneracion, por medio de la cual se franquea á las almas justas las puertas de la Jerusalem triunfante, despues de haberlas depurado y acrisolado, y sin la que les seria imposible llegar jamás á

:

ella, bien así como sin la ablucion regeneradora de las fuentes bautismales nunca lograria el hombre entrar en la militante Jerusalem. Pero ¿de qué manera tan incomprensible se verifica este prodigio, de un Dios que ama y castiga á la vez en frase de San Leon! Ama en efecto, porque suyos son y objetos de su cariño unos séres que tambien le amaron y cumplieron su ley adorable; pero castiga con todo el rigor de su justicia los defectos que no cuidaron de satisfacer con dignamente; ama lo que no puede menos de amar, y castiga lo que no puede dejar sin su conveniente expiacion; ama la virtud que se propone recompensar, y para disponerla á recibir la recompensa se ve precisado á usar primero del rigor de su venganza. *Deus amat et cruciat.*

¿Y quién podrá formar la mas lijera idea de esos tormentos con que la justicia y el amor divino afligen á las almas del purgatorio? ¿Quién será capaz de concebir la esencia y propiedades de ese fuego tan activo y voraz, en cuyas llamas estan envueltas? Por mi parte, A. O. M., me considero de todo punto incapaz de satisfacer vuestra piadosa curiosidad en una materia tan grave. No haré, pues, sino evocar algunos monumentos de la tradicion, estractar algunos testos de los genios mas eminentes del cristianismo, dejando á vuestro buen criterio la apreciacion de sus espresiones. «Es tanto, escribe San Cirilo de Alejandria, lo que en el purgatorio sufren aquellas ilustres víctimas, que reunidos en una sola persona los males, las desgracias, los tormentos que desde la creacion viene experimentando la humanidad, y experimentará hasta el fin del mundo, todavia seria levisimo en comparacion de lo que en un solo dia se padece en aquel fuego inestinguible» (1). «¿Quereis, dice San Agustin, concebir una idea aproximada de la actividad de las llamas expiatorias del purgatorio? Pues considerad las del infierno; unos mismos son é idénticos sus resultados; y si alguna diferencia existe entre unas y otras, no es por cierto favorable á las del primero, sino que por efecto de un prodigio incomprensible, el fuego del purgatorio es mucho

(1) I. S. Dion. Alex. Ep. ad Aug. cit. a Dion. Cart. L. 4. de Novissimis, a 31.

mas activo y eficaz, y las penas que en él se padecen incomparablemente mas terribles que las del infierno: *Idem ignis purgat electum et cruciat damnatum, miro tamen modo purgantibus gravior est* (1). Reúnanse en buen hora las catastas, los peines, las uñas aceradas, los caballetes, las parrillas, las hogueras, los toros de bronce, en una palabra, todo ese refinamiento de suplicios que supiera inventar en los siglos de persecucion la fecunda imaginacion de los tiranos, inspirada por el odio contra los mártires de Jesucristo; y despues de haber contemplado despacio ese horrible cuadro, todavía se ballará muy descolorido en comparacion de los tormentos del purgatorio, en sentir del venerable Beda: *Pœna Purgatorii gravior est quam quidquid unquam passi sunt sancti martyres, vel quidquid gravius possit homo excogitare* (2). Del mismo sentir es el Angélico Doctor Santo Tomás, quien para rebatir la objecion que á esto pudiera oponerse, atribuyéndolo á una locucion hiperbólica, dá la razon en que funda su aserto con las siguientes palabras: Como quiera que todas las sensaciones del hombre radican en el alma y traen su origen de ella resulta que todo cuanto la afecta directamente produce en ella un dolor extraordinario. Por consiguiente, siendo el alma sola la que padece en el purgatorio, y concentrándose en ella todas las sensaciones que antes se repartian en los sentidos esternos, necesariamente deben ser sus sufrimientos escesivamente mayores, mas intensos y activos que los de la vida presente (3).

Contra estas aseveraciones de la ciencia católica opondrá la razon filosófica mil y mil especiosas objeciones, fundadas en ciertos antiguos principios, segun los cuales los efectos físicos de la accion material del fuego son inconcebibles, inesplicables, y por lo tanto inadmisibles con relacion al alma, que es completamente inmaterial. Empero sin entrar aquí en esa cuestion ajena á nuestro propósito, y dejando á la filosofia materialista discurrir como la plazca en la esfera de los principios naturales, solo me permitiré hacer una obser-

(1) S. Aug. Serm. 4. de Sanctis.

(2) V. Beda. ap. Vanalesti. Pred. 22.

(3) S. Thom. loc. cit.

vacion. ¿Se trata en la actualidad por ventura de un efecto puramente físico ó material, producido por una causa del mismo género? El agente de ese resultado, que segun la doctrina de la fé admitimos en el fuego expiatorio, ¿es acaso limitado en su naturaleza y obra en igual esfera que ese elemento material cuya esencia y propiedades nos son conocidas? ¿No es Dios el autor principal, ó mejor dicho, único, á quien atribuimos esos efectos tan extraordinarios? Y como Criador, dueño y árbitro del elemento en cuestion, ¿no tendrá poder bastante para cambiar las leyes que le impuso y someterle á otras nuevas segun le plazca? Digannos los filósofos si el que pudo en ocasiones hacer que el fuego dejase de quemar, siendo esto una propiedad esencial é inherente á su naturaleza, será impotente para hacer que produzca en una sustancia inmaterial los mismos efectos que en una sustancia corpórea; y si esto último se atreven á negar, vean ante todo cómo concilian lo primero, pues no seria lógico admitir en Dios poder suficiente para suspender en unos casos la accion de las leyes físicas que él mismo impuso á los elementos, y disputarle en otros esa misma omnipotencia para imponerles leyes nuevas. Mas ¿á qué cansarnos en rebatir los absurdos sistemas de la ciencia materialista, enemiga declarada de la revelacion divina? Dejémosla alambicar lo que siempre será para ella un misterio inesplicable, y contentémonos nosotros con saber que, segun la bella frase de San Agustin, cuanto hay de maravilloso é incomprendible en ese fuego expiatorio hay de verdadero é innegable en sus efectos (1).

¿Y qué consecuencia debemos deducir de todo lo dicho? ¡Ah! puesto que las almas del purgatorio sufren bajo la accion de un Dios inexorable al par que misericordioso suplicios tan indecibles, tormentos tan inefables, penas, amargas y dolores que esceden á toda comparacion, ¿no es un deber nuestro acudir á su auxilio, y procurar por todos los medios posibles llevar el consuelo y la alegría á aquellas horrendas cárceles, donde gimen tal vez los objetos mas amados de nuestro corazon? ¡Oh! Yo me acerco, A. O. M., al borde de aquel abismo, y al punto hieren mis oidos las voces de mil y mil víctimas

(1) S. Aug. de Civit. Dei. L. 21, c. 40.

que esclaman sin cesar « apiadaos de nosotros, al menos los que fuisteis nuestros amigos, pues la mano de un Dios encolerizado pesa sobre nuestras cabezas: *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me* (1).» ¿Y cuyas son esas exclamaciones? Son de los que en otro tiempo tomaron parte con nosotros en los juegos de la infancia, de los que asidos á un mismo seno se alimentaron de la leche que nos prodigó una madre idolatrada, de los que en el mundo formaban las delicias de nuestra existencia, de los que veces tantas nos manifestaron su ternura. Son quizás los gritos de un padre que se desveló por educarnos, de una madre que tantos insomnios sufrió por libertarnos de la angustia y del dolor, de unos deudos que lloraron en nuestras desgracias y se creyeron felices con nuestra dicha. Son tal vez los lamentos de los maestros que iluminaron nuestras tiernas inteligencias y formaron en la virtud nuestros jóvenes corazones; y sobre todo, mas aún que las relaciones de la carne y de la sangre hablan en favor de las víctimas del purgatorio los principios de la religion, segun los cuales todos los cristianos somos hermanos, hijos de un mismo padre celestial, miembros de una cabeza idéntica, herederos de un mismo reino. ¿Y cómo ensordecen á unas voces tan apremiantes? ¿Cómo desentenderse de unos motivos tan poderosos? ¿Cómo no afectarse ante unos sufrimientos en que tan activa parte nos cabe? No es posible. A. M., esto seria el colmo de la insensibilidad, y un exceso de indiferencia la mas punible. ¿Permaneceríais apáticos si viérais una casa invadida por un voraz incendio, y oyérais los lamentos de las víctimas que os pedían socorro? ¿Tendríais un corazón tan empedernido, que viendo vogar y sumergirse en un rio una criatura, que cerca ya de la orilla os tendia sus manos suplicantes y desfallecidas, no os apresuráreis á ofrecerla vuestros auxilios y la dejáreis hundirse en el fondo de las aguas? Y si un infeliz cautivo, cargado de hierros bajo el despótico poder de un tirano abominable, os pidiese que despedazáreis sus cadenas, ¿os complaceríais bárbaramente en dejarle llorar y gemir en tan lamentable estado? ¡Ah! ¡La sola idea de seme-

(1) Job. XIX. 21.

jante indiferencia os hace temblar estremecidos y convulsos, porque no caben unos sentimientos tan crueles en la humana naturaleza! Tenéis lágrimas abundantes para el infortunio que no os es dado remediar; prodigais gustosos vuestros socorros á las miserias cuyo alivio no está en vuestras manos; padeceis horriblemente á vista del desgraciado cuyos gemidos no podeis acallar; ocasiones hay en que si se os pidiesen todos vuestros bienes no vacilaríais en sacrificarlos en obsequio de una persona á quien amais, á trueque de arrancarla de los brazos de la adversidad. ¿Y no haríais otro tanto en favor de las almas del Purgatorio, con las cuales os unen tan estrechos vínculos? Pero ¿qué digo! No: ellas no necesitan vuestros bienes, no os piden vuestro oro, no solicitan de vosotros arriesgados sacrificios. Compasión, lágrimas, caridad, oraciones, sufragios, obras expiatorias, hed ahí á lo que está limitada su ambicion; solo eso exigen de vuestra piedad; nada mas desean, nada mas os suplican; á eso se dirigen sus lastimeros acentos. Enronquecidas estan de gritar á las puertas de nuestro corazon, en tanto que las oleadas de la divina justicia las van sumergiendo cada vez mas en aquel abismo. Dia y noche esperan que alguno las envíe algun socorro, y cuentan los instantes que tardamos en acceder á su justísima demanda. ¿Qué hacemos pues? ¿Continuaremos sordos é indiferentes á sus plegarias? ¿Ahogaremos todavía la voz de la religion, de la humanidad y de la naturaleza, que tan elocuentemente abogan en su favor?

No, M. A. O.; puesto que tan fácil nos es cumplir con ese deber sagrado, no lo aplacemos ni un momento; volemós á socorrer á aquellas esposas dignísimas de Dios que con tanta vehemencia anhelan unirse á su amado. Piedras preciosas son destinadas á embellecer los muros de la triunfante Jerusalem; y ya que con nosotros formaron tambien parte de la Sion militante, contribuyamos á que cuanto antes sean trasladadas al sitio que les está designado. ¡Qué gloria, qué satisfaccion no debe cabernos en cooperar á su eterna dicha! Cuando hayamos conseguido que por nuestras oraciones y sacrificios se haya realizado el maravilloso enlace entre la justicia y la misericordia; cuando en virtud de nuestros sufragios el amor haya unido inseparablemente esas almas justas al Dios objeto esclusivo de sus aspira-

ciones; cuando abreviado á consecuencia de nuestros espirituales auxilios el plazo de su cautiverio, hayan quebrantado las cadenas y lanzádose al seno de la divinidad; ¿qué no deberemos esperar de su gratitud y reconocimiento? Pero prescindiendo de este motivo, é impulsados hoy únicamente por la caridad y por la justicia, apresurémonos á ofrecerles nuestros sufragios; roguemos encarecidamente al Señor acelere el dia de su triunfo, y las lleve á descansar cuanto antes en la mansion de la perdurable bienandanza.

SERMON

PARA EL TERCER DÍA DE LA NOVENA.

LA PRIVACION DE LA VISTA DE DIOS ES PARA LAS ALMAS DEL PURGATORIO UN SUPPLICIO TANTO MAS CRUEL, CUANTO MAYOR ES EL CONOCIMIENTO QUE TIENEN DEL OBJETO DE SUS ASPIRACIONES Y MAS VEHEMENTE EL AMOR CON QUE HÁCIA ÉL SE VEN IMPULSADAS.

Susceptor meus es: quare oblitus es mei?... Dum confringuntur ossa mea, exprobraverunt mihi qui tribulant me, dum dicunt mihi per singulos dies: Ubi est Deus tuus?

¿Por qué te has olvidado de mí, tú que eres mi amparó? Mientras mis huesos se quebrantan, no cesan de atormentarme unos ecos que diariamente me repiten: «¿Dónde está tu Dios?

PSALM. XLI. 40, 41.

HAY tormentos que se sienten, pero no se esplican; hay pesares que se conciben, mas no pueden ser espresados con la lengua; hay desgracias que el entendimiento llega á descubrir, pero que al querer trasladarlas al lienzo, la mano mas diestra conoce toda su impotencia y tiene que arrojar el pincel. Tal es, M. A. O., la pena llamada de daño, que padecen las almas justas en el purgatorio. Ellas son todas de Dios por sentimiento, por afecto, por necesidad, por amor. A él pertenecen, son su conquista, se ven impulsadas fuertemente hácia su seno, le prefieren á todo, le aman mas que á sí mismas, no pueden vivir sin su posesion, saben que han de gozar de su esencia... Y sin embargo, una mano invisible las tiene cautivas en aquel lugar de destierro, una fuerza ignorada las impide

volar hácia su centro ; y cuanto son mas vivos los deseos de unirse inseparablemente al único objeto de sus ánsias , mas vehemente es la repulsion que experimentan , mas invencible la imposibilidad de realizar sus aspiraciones . ¡ Qué martirio tan cruel ! ¡ Qué violencia tan insoportable ! Allí su fé , su esperanza y su amor conviértense para ellas en otros tantos elementos de tribulacion y de angustia que acrecientan prodigiosamente sus sufrimientos . Creer que Dios es la única bienandanza que ha de llenar sus vastos senos ; esperar firmemente la posesion de esta dicha sin término ; amar con indefinible ardor aquella esencia divina que causa su arrobamiento y su éstasis , y no poder lanzarse á ella , porque se sienten repelidas por un impulso imposible de contrarestar ; ¿ no es el colmo de la afliccion , la suma del sufrimiento , y lo mas inconcebible que puede afectar á un alma justa ?

Recordad la situacion angustiosa en que se hallaba el santo rey David , cuando exhalando en sus sublimes poesías toda la ternura y el hondo pesar de su corazon destrozado esclamaba : « ¿ Por qué estás triste , alma mia ? ¿Cuál es la causa de tu continua agitacion ? Mas ¡ ah ! que sobre mí ha descargado la mas negra tormenta , y las olas de la cólera divina llegan ya á ahogarme . ¿ Por qué te has olvidado de mí , tú que eres mi protector y apoyo ? Todos mis huesos están quebrantados , y entre tanto no cesa de resonar en mis oidos un grito atormentador que me dice : ¿ Dónde está tu Dios ? » *Susceptor meus es : ¿ quare oblitus es mei ? Dum confringuntur ossa mea , exprobraverunt me qui tribulant me , dum dicunt mihi per singulos dies : ¿ ubi est Deus tuus ?* Nada empero es bastante á dar la mas ligera idea de una pena que escede incomparablemente á cuantas en el purgatorio experimentan las almas predestinadas ; puesto que ni las llamas expiatorias , ni las hórridas tinieblas de aquel lugar de prueba , ni los dolores penetrantísimos que sin intermision padecen , son nada relativamente á la privacion de la vista de un Dios , á quien conocen con una luz sobrenatural y clarísima que las manifiesta sus infinitas perfecciones ; á quien no pueden cesar de amar un solo instante , identificadas como están con ese sumo bien ; á quien ansían unirse con mayor vehemencia que el metal á una piedra inmantada .

Comprendo toda la imposibilidad de interpretar dignamente los sufrimientos de esas almas bajo este punto de vista. Sin embargo, procuraré daros una idea lo mas aproximada que me sea posible «del tormento que para ellas envuelve la privacion del objeto de sus aspiraciones, tanto mas activo, cuanto es mayor el conocimiento que de él tienen, y el amor con que hacia él se ven impulsadas; de lo cual deduciremos cuánta es nuestra obligacion de procurar por todos los medios posibles acelerar ese momento tan deseado, devolviendo al seno de Dios unas almas tan dignas de poseerle.» A esto se reducirá todo el asunto de mi discurso, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Para poder formar alguna idea, aunque siempre imperfecta, del tormento que causa á las almas del purgatorio la privacion de la vista de Dios, preciso seria tener de ese Sér infinitamente grande, bueno é inefable, el profundo conocimiento que ellas tienen, amarle como ellas le aman, desear poseerle con igual vehemencia que ellas lo desean. Pero aquí en la tierra, nuestra menguada inteligencia no alcanza á concebir tanta grandeza, nuestro pobre corazon es incapaz de amar como debe una bondad tan inmensa, y nuestros deseos y aspiraciones apenas se elevan mas allá de esos objetos despreciables que hollamos con nuestras plantas. Acercaos á aquel lugar de expiacion, escuchad los lamentos de aquellas almas cautivas, que lejos de la patria celestial suspiran dia y noche, y no cesan de clamar: «¿Cuando, oh Dios mio, veremos aparecer vuestro divino semblante? ¿Cuándo os poseeremos, riqueza infinita, tesoro inapreciable, bien sumo, belleza inmortal, gozo cumplido, felicidad sin término, vida de nuestra vida, luz de nuestros ojos, alegría de nuestro corazon, bienandanza suprema, fuente inagotable de perdurables delicias? *¿Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?* Tales son, M. A. O., los acentos que allí se oyen de continuo; porque

las almas que en el purgatorio se purifican con el fuego de la divina justicia, conocen perfectamente al Dios que las oculta su rostro y las rechaza de su seno. Rotos ya los lazos de la carne, y extrañas á la accion de la materia, nada impide á su entendimiento elevarse sobre la esfera de lo finito y limitado; sus ideas en nada participan de esa profunda oscuridad que en el mundo envuelve nuestras facultades; y de aquí, sin necesidad de discursos ni de investigaciones, ven instintivamente las perfecciones de aquel Sér de quien solo las separa una corta distancia; penetran el insondable abismo de aquella divinidad que es el ideal de todas las gracias, de todas las hermosuras, de todos los goces, de todas las dichas, la dicha esencial, el goce por escelencia, la hermosura que embelesa á los serafines, el encanto que extasia á los moradores de la inmortal Sion. Cuanto de ese Dios anunciaron los vaticinios proféticos, cuanto en sus sublimes alegorías pintaron los patriarcas, cuanto de bello y magnifico encierran las páginas inspiradas de ambos testamentos, todo lo comprenden aquellas almas, permitiéndolo así el Señor, que las prueba en el crisol de su cólera y de su amor, para acrecentar sus padecimientos y consumir con ellos su expiacion.

¿Y cómo no ha de martirizarlas hasta un extremo inconcebible ese conocimiento tan claro del bien de que se hallan privadas? No conocia tanto, ni con mucho, al Señor el desgraciado Job, y sin embargo, la sola idea de su ausencia le llena de amargura y vierte en su corazon torrentes de despecho; maldice hasta el dia de su nacimiento, desea descender á la oscuridad de un sepulcro, ambiciona como término de sus pesares la eterna noche de los que yacen en el polvo, y protesta no querer vivir mientras Dios no le devuelva su amistad y le muestre su rostro (1). Sin comparacion mas imperfecto era el conocimiento que de él tenia David, y no obstante, él mismo confiesa que de dia no se alimentaba mas que de lágrimas, y por la noche atormentábanle los mas crueles insomnios, al escuchar incessantemente en el fondo de su alma un grito importuno que le decia: ¿Dónde está tu Dios (2)? Y aun en lo humano, ¿hasta dónde no llega

(1) Job. XIV. 13.

(2) Ps. XLI. 4.

la vehemencia del dolor en una persona que ha perdido un objeto dignamente apreciado? Digéranlo aquellos antiguos israelitas que, conducidos cautivos á Babilonia, no podian soportar el recuerdo del bello suelo de la patria, y fijas sus tristes miradas en las aguas de los rios, lloraban allí inconsolables su desdicha, pues no habia para ellos felicidad, reposo, paz ni alegría posible, mientras no tornasen á ver á su amada Sion (1). Digéralo aquel Absalon, que al verse privado de ver á su padre, á quien ingrato ofendiera, parécete horrenda cárcel el palacio que habita, figúransele suplicios insufribles las delicias de una córte opulenta, y no cabiéndole ya la pena en el pecho, dirigese á su amigo Joab y le dice: «Marcha pronto, preséntate á mi padre y hazle presente en mi nombre, que si no logro ver al punto su semblante, prefiero desde luego morir (2).»

Nada de esto llega, M. A. O., á ofrecer ni el mas ligero bosquejo del martirio que el conocimiento de Dios ocasiona á las almas del purgatorio, al considerarse lejos de un padre tan amable y cariñoso, ausentes de una patria donde las esperan dulces y tiernos amigos, privadas de una felicidad, única que puede llenar el inmenso vacío que experimentan. Y si á este conocimiento añadimos el amor, ¿quién será capaz de imaginar siquiera el exceso de sus sufrimientos? Yo evoco en este instante vuestras ideas respecto de este punto. ¿Hay entre vosotros alguno que no haya jamás experimentado la accion de ese verdugo implacable? ¿No habeis amado todos algun objeto en este mundo? ¡Oh! Sí; desde luego aseguro que en mayor ó menor escala ninguno ha dejado de estar subordinado el imperio de esa pasion vehemente tan innata en el corazon humano. Y si habeis amado, decidme tambien lo que ese amor tirano os hizo sufrir en ciertos momentos en que circunstancias dolorosas os alejaron del objeto de vuestro cariño. ¿No es cierto que jamás probásteis amarguras mas intensas, angustias mas crueles, pesares mas hondos, ni desesperacion mayor, que cuando en proporcion que en vuestros corazones se acrecía esa llama invisible, veiais aplacarse el goce y la

(1) Ps. CXXXVI. 3, 4.

(2) II. Reg. XIV. 32.

posesion de lo que formaba el centro de vuestras ideas y de vuestros pensamientos? La madre que espera un dia y otro la llegada del hijo único que posee todas sus afecciones despues de una ausencia de largos años, la esposa que por momentos ansia el dia de su indisoluble union con aquel sér á quien consagró desde niña todos los afectos de su alma apasionada, y que una mano cruel arrancó de sus brazos para llevarle á sufrir en tierra estraña las amarguras del ostracismo, pudieran quizás decirnos algo de lo que es el amor en circunstancias dadas, cuán dolorosamente hieren sus saetas, y cuánto es el tormento que hace sufrir á sus victimas. Pero fuera de aquí imágenes tan débiles, sombras tan oscuras, similes tan incapaces de conducirnos á la comprension del asunto que venimos tratando. Ni la madre de Tobias desechando todo consuelo mientras no ve llegar á su modesto hogar aquel jóven en cuya posesion cifra toda su dicha y bienandanza; (1) ni la esposa de los Cánticos recorriendo en todas direcciones las calles y plazas de Jerusalem en pos del que ha arrebatado todo su corazon; (2) ni aun aquella señora de Magdalo que fuera de sí y como demente de amor pregunta á todos por su vida, por su tesoro, por su señor, por su dueño, y llora, y gime, y grita, y desfallece burlada en sus sollicitas pesquisas; (3) nada de eso alcanza á suministrarnos una idea justa de lo que el amor de Dios hace subir de punto los tormentos de las almas del purgatorio. Hijas suyas, ámanle cuanto amarle pueden unos espíritus libres de todo contacto con lo material y terrestre, y á quienes ni belleza alguna estraña, ni objeto caduco, ni interés mundanal, ni tesoro perecedero es capaz de lisonjearlas ni deslumbrarlas. Esposas destinadas á celebrar, tal vez en breve, las eternas bodas con el Cordero sin mancha, y amadas de él con vehemencia, ni un solo instante pueden cesar de amarle, puesto que el amor constituye su vida en aquellas regiones donde sin la caridad reinaria únicamente la muerte. ¡Y ese padre las niega su semblante, mas airado que á Salomon el implacable David! ¡Y ese

(1) Tobias X. 4.

(2) Cantic. III. 2.

(3) Joan. XX. 13.

esposo las rechaza de su seno mas inclemente que á la triste Agar Abraham enojado! ;Y ese Dios cuando le llaman ensordece; cuando le suplican no atiende; si elevan hácia él sus manos, se muestra insensible; si le conjuran que se apiade de ellas, su justicia se lo prohíbe; y cuando tal vez creen cercano el crepúsculo del gran día de su libertad, el cielo encapotado con sombrías nubes, las proporciona un nuevo desengaño; torna la oscuridad, condénsanse las tinieblas, zumba el trueno de la cólera divina, y óyese en el fondo de aquellas cabernas la bronca voz del Eterno que dice: «No saldreis de ahí hasta haber satisfecho todas vuestras deudas.» *Non exies inde.* ;Oh amor tirano! ;Oh amor cruel! ;Cuánto afliges á esas almas virtuosas! ;Con qué encarnizamiento te cebas en esas amigas de Dios! ;Cómo aprietas el dogal que ahoga á esas desgraciadas esposas del Cordero!

Pero no es esto solo. Sobre el conocimiento y el amor, está el deseo para consumir esa cadena de martirios que en el purgatorio sufren las almas predestinadas. Como quiera que Dios es su tesoro, el cielo su patria, la felicidad eterna su único legado, sus aspiraciones las llevan hácia esos objetos con mayor impulso que una flecha dirigida por el diestro arquero. ¿Veis cuál se precipitan las aguas de un torrente que baja de una elevada montaña? ¿Veis con qué violencia cae la piedra lanzada desde una enorme altura? ¿Veis cómo el fuego subterráneo cuando ha logrado rebentar y abrirse paso á través de un volcan, vomita llamaradas y busca en el aire suficiente expansion? Pues todavía es mas impetuoso y vehemente el deseo con que las almas del purgatorio se dirigen hácia su único centro. Solo por Dios suspiran, á solo Dios ambicionan poseer, solo en Dios pueden hallar satisfaccion cumplida, descanso perfecto, tranquilidad imperturbable, dicha positiva, hartura completa, y sin él nada las llena, nada las regocija, nada las satisface, nada las proporciona la menor sombra de bien. Allí mucho mejor que en la tierra pueden decir que están sedientas de la esencia divina, mas que los ciervos de las aguas cristalinas de la fuente. Allí con mas razon que cuando en el mundo eran viadoras pueden esclamar con San Agustin: «Para vos, Dios mio, hemos sido criadas y ni un instante de calma experimentaremos mientras no descansenos en vuestro seno.» Ven á nos-

otros beldad infinita; muéstranos ese semblante que ha de formar nuestro embeleso por toda la eternidad; llévanos en pos de tí; rompe las cadenas que nos aprisionan, para que podamos volar á unirnos inseparablemente contigo; harto hemos esperado, harto hemos sufrido, baste ya de tormentos, amanezca la aurora brillante del sol de justicia, veamos la claridad de tu luz, poseamos tu amor, ya que hasta ahora solo hemos experimentado la accion de tu justicia.» En estas ó semejantes aspiraciones ven pasar aquellas almas justas los dias interminables de su destierro; cuanto mas avanzan en la carrera, mas rapidez adquiere el impulso de sus ánsias; el conocimiento acrecienta el amor, con el amor se enciende mas la esperanza, la esperanza da alas al deseo, el deseo se agiganta con la certidumbre de lo que esperan poseer; la naturaleza las impele á buscar en Dios el complemento de una felicidad que no pueden menos de apetecer por cuanto les está asegurada; la gracia las urge para que la soliciten con ardor; instintivamente se lanzan hácia el cielo; pero el cielo las muestra sus puertas cerradas; la justicia divina las fija las lindes de donde no pueden pasar; y cuando á manera de palomas quieren remontar su vuelo y dirigirse á la region inmortal de los bienaventurados, un peso insoportable las retiene abrumadas en medio de aquel fuego abrasador. ¿Puede haber mayor suplicio que conocer una cosa, amarla, apetecerla, saber que es suya, y no poder poseerla? Y cuando eso que se conoce, se ama, se desea, y se aspira á poseer es nada menos que una bondad infinita, una belleza inmensa, un tesoro inagotable, una sabiduría sin límites, un Sér que reúne las perfecciones de todos los séres, un Dios sin principio ni fin, lo que alegra á los ángeles, lo que embelesa á los querubines, lo que adoran los tronos, lo que las gerarquias celestes no se cansan de contemplar en un indefinible éxtasis; ¿quién podrá formar una idea de semejante tormento?

Pero renunciemos ya á toda reflexion en este punto, convencidos de nuestra incapacidad para llegar á penetrar lo que las almas del purgatorio sufren con la privacion de la vista de Dios á quien conocen, aman y desean poseer como término de todas sus aspiraciones. Apliquémonos únicamente á deducir de lo dicho una consecuencia práctica en favor de esos séres predestinados. ¿A qué no nos obli-

gan las relaciones que nos unen con esos miembros místicos de la Iglesia, de la cual todos somos hijos? ¿Por ventura ha podido romper la muerte los fuertes lazos de la caridad con que en la tierra vivíamos estrechados? ¿Son ahora menos que entonces hermanos nuestros, los que en la actualidad expian en aquellas lóbregas mansiones las manchas que aquí contrajeron? Y si por el contrario nuestras relaciones lejos de romperse no han hecho sino adquirir nuevos y mas poderosos motivos de estrecharse, ¿pudiéramos impunemente rehusar á las almas de los difuntos los auxilios que debemos prestarles á título de caridad y de justicia? ¡Ah! No, A. O. M.; lejos de nosotros tamaña ingratitud y tan incalificable indiferencia. ¿Por qué no hemos de procurar devolver cuanto antes al seno de Dios unos seres que cifran toda su dicha en poseerle, y á quienes él por su parte arde en deseos de darles la posesion de su gloria? ¿Por qué, pudiendo abreviar el cautiverio de tantas víctimas de la divina justicia, no hemos de verificarlo, cuando en ello debemos encontrar un placer indefinible y una satisfaccion incomparable? Suponed que un jóven interesante y virtuoso arrojado por un accidente funesto en una dura prision, os dijese: «No por mis escesos, sino por mis desgracias me veo aquí hace mucho tiempo privado de la vista de un padre anciano á quien servia de consuelo y apoyo. Fácilmente podeis labrar la ventura de una familia desconsolada, pues mi libertad solo depende de una suma insignificante que no me es dado satisfacer, porque carezco de todo recurso humano. Si me garantizais ante mi acreedor, hoy mismo veré caer mis cadenas, respiraré el aire libre y volaré á abrazar al autor de mis dias, que dia y noche llora por mi ausencia.» En este caso, ¿podria vuestro corazon resistirse á tan tierna súplica? ¿No os tendríais por harto dichosos en poder adquirir á tan corto precio la paz, el descanso y la bienandanza de una familia infortunada? ¿Titubearíais un solo momento en prestar vuestro apoyo á quien tan enérgicamente interesaba vuestra compasion? Imposible; bien así como tampoco tendríais corazon suficiente para despreciar los lamentos de un niño que acongojado por haber perdido á su madre entre la confusion de una gran concurrencia, os pidiese que le condujérais á su casa; como no podríais oir sin en-

terneceros las súplicas de un desgraciado que herido súbitamente en un camino al acercarse al hogar paterno de que por largo tiempo se vió ausente, os pidiese por Dios lleváseis á él la noticia de su infortunio á fin de obtener los auxilios convenientes. Y esto que respecto de vuestros hermanos de la militante Iglesia se os resiste siquiera pensarlo, ¿no hará en vosotros igual efecto con relacion á vuestros hermanos de la Iglesia purgante? Lo que á aquellos jamás negariais, ¿os atreveréis á negarlo á estos? Hijos son pues que no pueden acercarse á su padre; presos que no pueden respirar el aire puro de la libertad; desterrados á quienes la justicia divina mantiene lejos de la patria; desgraciados que por sí nada son capaces de conseguir si no se les presta el oportuno auxilio. ¿Qué es pues lo que nos detiene? ¿A qué esperamos? ¿No está en nuestro poder realizar los recíprocos deseos de Dios y de las almas del purgatorio, haciendo que aquel satisfaga sus ánsias estrechándolas contra su paternal seno, y que estas á su vez vayan á gozar de los inefables ósculos del amor divino? Lo está, sí, y por lo tanto apresurémonos á romper ese muro de separacion que media entre el cielo y el purgatorio, á cegar el inmenso abismo que el pecado ha colocado entre la justicia y la misericordia. Bien fácil nos es lograrlo. Poderosísimos son los medios con que la religion nos brinda; ella pone á nuestra disposicion los méritos infinitos del Redentor, ella nos franquea los inagotables tesoros de la sangre vertida en el Calvario. Corramos pues á tomar de ese tesoro las riquezas que necesitamos para comprar la libertad de tantas ilustres víctimas; recojamos esa sangre preciosa que corre sobre el ara santa, y rociemos con ella aquella region de esperanza y de amor. Ella estinguirá completamente las llamas expiatorias; nuestras oraciones y penitencias acabarán de satisfacer las deudas de aquellas almas infortunadas; con nuestras lágrimas conseguiremos su rescate; tendremos aquí la gran dicha de haber contribuido á su libertad, y en la otra vida veremos recompensados con usura nuestros débiles sacrificios.

Sea así, oh Dios bueno, padre amante, esposo tierno. En obsequio de vuestras hijas, amigas y esposas, interesamos hoy vuestras súplicas. Por ellas ofrecemos ante el altar santo la oblacion limpia é

inmaculada, el pan santo de vida eterna y el cáliz de perpétua salud. Aceptad el oloroso incienso de las preces de vuestra Iglesia; escuchad sus lúgubres cánticos; no desdeñeis sus ruegos. Experimenten las almas de nuestros hermanos difuntos los efectos de vuestra bondad y misericordia; ábranse las puertas del cielo para recibirlas, y logren abrazaros y disfrutar de vuestra presencia por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA EL CUARTO DIA DE LA NOVENA.

LA ESPERANZA DE GOZAR DE DIOS, JUNTAMENTE CON LA INCERTIDUMBRE DEL TIEMPO EN QUE HA DE REALIZARSE, CAUSA EN LAS ALMAS DEL PURGATORIO UN ACRECENTAMIENTO INDEFINIBLE DE MARTIRIO. NADA MAS JUSTO QUE ACELERAR CON NUESTROS SUFRAGIOS ESTE MOMENTO FELIZ.

Dies mei transierunt, cogitationes meae dissipatae sunt torquentes cor meum. Noctem verterunt in diem, et rursum post tenebras spero lucem.

Pasaron mis dias, disipáronse como humo mis esperanzas, dejando mi corazon en el mas cruel tormento. La noche se convierte para mí en dia, y despues de las tinieblas vuelvo á esperar que venga la luz.

JOB. XVII. 11, 12.

No es siempre el dolor lo que mas afecta á un corazon sensible; no es el pesar el único martirio del alma que experimenta la accion de la adversidad. ¡Ah! Cuando se sufre con la próxima esperanza del bien que debe suceder en breve á los actuales padecimientos, esa misma idea es un calmante efficacísimo que neutraliza al menos los efectos de la desgracia, ya que no sea posible curar del todo las hondas heridas que abriera. Pero cuando esta esperanza no existe, ó al menos es incierto el plazo prefijado al dolor; cuando se ve pasar el tiempo sin vislumbrar siquiera un ligero crepúsculo que anuncie el dia deseado de la calma; cuando en medio de una agitacion siempre creciente, se ignora si serán de larga duracion las aflicciones que acongojan el espiritu; ¡cuánto aumenta esta ansiedad los quilates de un martirio ya de suyo harto intolerable! Tal era la

situacion del justo Job, sufriendo bajo la mano de Dios todos los rigores de su justicia empeñada en probar el mérito de la resignacion de aquel varon tan virtuoso. En medio de tantas calamidades como sobre él cayeran, reducido al mas lastimoso estado, abandonado por sus deudos, insultado por sus amigos, mofado por su misma esposa, privado de todo consuelo en la tierra y sin tener á quien volver los ojos, nada de esto, ni menos la pérdida de sus bienes, ni la muerte de sus hijos, ni las hediondas úlceras que cubrian sus miembros, ni el verse arrojado en un repugnante muladar fuera bastante á hacerle desmentir un solo instante su heróica conformidad con la voluntad divina. Desde allí bendecia sin cesar la mano que tan sensiblemente le heria; desde allí alababa continuamente el nombre del Señor, y se constituia en panegirista y defensor de su justicia. Solo una cosa parecia causarle un tormento indefinible, y ésta era la incertidumbre del tiempo que debia durar su angustiosa situacion. ¡Ay de mí!, exclamaba; yo veo deslizarse mis dias como las aguas de un torrente; mis pensamientos se pierden en el océano sin fondo de los designios providenciales; desvanécense como el humo mis esperanzas, dejando mi corazon en el mas cruel tormento. La noche se convierte para mí en dia en fuerza del insomnio; y cuando las tinieblas vienen á estender sobre la naturaleza su espeso manto, vuelvo de nuevo á esperar la luz de la aurora: *Dies mei transierunt, cogitationes meae dissipatae sunt torquentes cor meum. Noctem verterunt in diem, et rursus post tenebras spero lucem.*

¿Quién no ve en este pasage una pintura bastante aproximada de uno de los mayores tormentos que padecen las almas del purgatorio? Sobre la accion penetrantísima del fuego purificador; sobre la indecible angustia de verse privadas de la posesion de Dios á quien tanto aman, concurre tambien á acrecentar sus penas la misma esperanza que alimentan de ver un dia quebrantados los lazos que las retienen aprisionadas sin poder volver al seno de su amado; porque si bien esta circunstancia es para ellas la única que las distingue de los condenados, quienes no esperan ver jamás á un Dios cuya bondad menospreciaron, la incertidumbre, no obstante, en que están de la duracion de su cautiverio, el ignorar cuándo amanecerá para ellas

el día de su transformación gloriosa, constituye para esas almas predestinadas un nuevo linaje de sufrimiento que envuelve una parte no pequeña de la expiación de sus pasadas faltas, y un nuevo motivo que las recomienda á nuestra piedad. «Gravedad de esta pena, obligacion en que estamos de aliviarla con nuestros sufragios, es todo cuanto en este breve rato va á ocupar vuestra atencion. Pidamos ante todo los divinos auxilios de la gracia por la intercesion de la Santísima Virgen, saludándola con las palabras del Angel.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

¿Quién jamás pudo comprender lo que envuelve de amargo y cruel la esperanza de un bien unida á la incertidumbre de su realizacion? Débiles son todas las comparaciones, pálidas y descoloridas todas las imágenes para pintar lo que siente un alma en semejante estado. Hay situaciones en la vida humana, que se conciben, pero no se esplican. Duro es sufrir sin esperar ver llegar jamás el término de los padecimientos; horrible sobre toda ponderacion es vivir agobiado bajo el peso de un grande infortunio, en el convencimiento de que sola la muerte ha de romper la larga cadena de males que vienen eslabonando los días de una existencia miserable. Pero no dudo asegurar que á veces seria preferible esa misma certidumbre de un padecer sin término, á la incertidumbre de una esperanza cuyo término se ignora. ¿No es evidente que el hábito de sufrir en ciertas personas que han llegado á perder la esperanza de un porvenir mejor, encallece, digámoslo así, el alma, embota hasta cierto punto su sensibilidad, y la coloca en un estado de estúpida indiferencia, en el cual ya casi no tiene la conciencia de sus padecimientos? Los que, sentenciados por sus excesos á arrastrar toda su vida una pesada cadena, han pasado algunos años en esa situacion desgraciada, una vez persuadidos de que sus destinos no han de cambiar, ya no experimentan el horror que al principio les inspiraba la oscuridad de

una prision y la fetidez de un calabozo; tal vez se familiarizan con esa vida infamante y degradada, y si no les es del todo indiferente la libertad que perdieron, tampoco su privacion les atormenta y aflige demasiado. Pero colocad á un hombre en una posicion desventajosa; condenadle á gemir largos años bajo la accion de la adversidad; aglomerad sobre él todo linage de infortunios, si bien asegurándole que estos deben terminar un dia, y tras ellos ha de experimentar todas las delicias de una suerte halagüeña. ¡Ah! Entonces, esa misma seguridad, haciéndole desear el fin de sus reveses, avivando sus ansias, agigantando sus ideas, haciéndole vislumbrar la bella perspectiva del porvenir, convertiráse para él en implacable verdugo que acrecentará sus tormentos en proporcion de la incertidumbre del plazo prefijado á su padecer. Cuanto mas se dilate el cumplimiento de sus aspiraciones, con mayor vehemencia deseará verlas realizadas; un deseo sobrevendrá á otro deseo, una esperanza reemplazará á otra esperanza, y en ese choque incesante de esperanzas burladas y de deseos sin éxito, su corazon sentirá horribles angustias, su alma no hallará descanso, y todo su sér participará del martirio prolongado cuyo agente principal es la certidumbre del bien apetecido junto con el incierto término de un mal que se espera ver finalizar.

Con razon, pues, dejó consignado el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios, que no hay afliccion comparable á la que esta incertidumbre ocasiona (1). Ved á Job esperando un dia y otro la luz y no viendo en derredor suyo mas que espesas tinieblas. Contemplad á la desconsolada madre de Tobias, saliendo todos los dias á esperar á su hijo, mirando con ojo avizor desde la altura de un monte vecino, y sorprendida en su mortal angustia por las sombras de la noche, tornar llorosa á su modesto hogar doliéndose de su condescendencia en haber permitido que se ausentase de su lado. Observad cuál se suceden unas á otras las generaciones esperando la llegada del libertador prometido, y bajando al sepulcro con el dolor de no ver amanecer el gran dia de la reparacion, cuya idea viene soste-

(1) Prov. XIII. 12.

niendo á la humanidad desfallecida tras siglos y siglos. ¿Pero qué es todo esto, M. A. O., comparado con lo que padecen las almas en el purgatorio, ciertas de un bien que no se realiza, seguras de una felicidad que cada vez se aplaza mas, convencidas de poseer un dia á un Dios que parece huir de ellas en proporcion que le desean con mayor vehemencia? ¡Ah! Esto escede con mucho á cuanto nuestra imaginacion alcanza, puesto que ni somos capaces de apreciar en su justo valor el bien que anhelan, ni puede entrar en nuestro cálculo la violencia con que hácia él se ven arrastradas. ¿Qué no padecería un esclavo á quien tras largos años de cautiverio se le estuviese repitiendo todos los dias que su destino era reinar sobre un vasto imperio, ocupar un sòlio brillante, tener á su disposicion ejércitos numerosos, verse rodeado de una corte opulenta, mandar millones de vasallos que vendrian á rendirle homenaje, conquistar nuevos reinos, dejar á la posteridad un nombre célebre é inmortalizar su memoria en las edades futuras? ¡Cuán cruel seria para su corazon esta esperanza! ¡Cuán dolorosamente le martirizaria esta seguridad mezclada con la incertidumbre del tiempo en que habia de realizarse! ¿Es posible, se diria á sí mismo, que estando yo llamado á un destino tan bello, he de gemir entre hierros y sufrir la degradacion de un largo cautiverio? ¿Nacido para ocupar un trono, he de pasar mis mejores dias sepultado en una hedionda mazmorra? Y entre tanto al ver enmohecerse sus cadenas y el hierro surcar sus manos que debian empuñar un cetro, la angustia de su corazon seria sin tasa, y cada vez que el sol se pusiese sobre su cabeza estigmatizada con el sello de la esclavitud, experimentaria un acrecentamiento indefinible de despecho y abatimiento.

Pues bien, comprended, si os es posible, por ese símil imperfectísimo el martirio inesplicable de aquellas almas predestinadas, que en medio de los horrores de un cautiverio tan doloroso alimentan constantemente la esperanza de ver á Dios y de reinar con él, no sobre un sòlio material y perecedero, sino sobre un trono de nubes, sostenido por los ángeles y apoyado sobre las bases de la eternidad. Sí, A. M., ellas saben á ciencia cierta que han de poseer la bienaventuranza del cielo: estan hondamente convencidas de que tarde ó

temprano han de tomar posesion de aquel imperio que Jesucristo las conquistó á precio de su sangre para dominar desde allí al universo; ninguna duda les cabe de que les estan destinados goces sin término, delicias inmortales, riquezas que nunca se agotan, y una felicidad que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni inteligencia humana llegó jamás á vislumbrar. ¿Pero cuándo tomarán posesion de ese reino? Lo ignoran. ¿Cuándo lograrán sentarse en ese trono? No lo saben. ¿Cuándo entrarán en el goce completo de esa dicha? Solo Dios que ha fijado el tiempo que ha de durar su expiacion pudiera decirlo. ¡Qué incertidumbre tan cruel! Desear tanto ver á Dios, y no saber la duracion de este deseo; amarle con tanta vehemencia, é ignorar completamente cuándo deben unirse á ese objeto apetecido... ¡Ah! Esto solo pueden comprenderlo aquellas almas que suspendidas entre el cielo y la tierra, como dice un ilustrado escritor contemporáneo, habitan una region donde no se mide el tiempo por el sol sino por el dolor, viviendo de deseos insaciables, de aspiraciones que nada puede llenar fuera de lo inmenso é infinito, tan inciertas del dia de su libertad como lo estamos los viadores del momento de nuestra muerte, por lo que allí los momentos son años, los dias siglos, los años una eternidad.

Paréceme, A. M., cuando reflexiono sobre esto, estar oyendo los ardientes suspiros de aquellas víctimas, las cuales ya, á manera de los antiguos justos, piden con las mas fervientes plegarias que el cielo rasgue sus tupidos velos y las muestre la luz de la claridad divina; ya conjuran á la tierra que haga brotar cual rocío benéfico al Dios en quien estan concentrados todos sus pensamientos; ora claman á los ángeles que las franqueen las puertas del palacio del rey de la gloria; ora como la esposa de los cánticos no cesan de solicitar del celestial Esposo que las muestre su semblante embelesador. Mas ¡ay! Sus suspiros son inútiles, sus plegarias impotentes, sus deseos ineficaces, su amor estéril. Sobre los tormentos indecibles que las causa el fuego de la ira celestial, cuya llama acrecienta cada vez mas su voracidad, sobre la amargura y el dolor de la ausencia del objeto amado, sobre todo cuanto allí conspira á consumir el martirio prolongado de aquellas almas justas, añádese esa incertidumbre, gusano roedor que no las

permite el mas leve alivio, y sobrepuja en crueldad á todos los demás suplicios. Los sagrados libros nos suministran un hecho que, aunque muy distante de establecer una completa semejanza con el estado de agitacion é incertidumbre de las almas del purgatorio, puede ayudarnos á formar alguna idea de un asunto de suyo inesplicable. Sabida es de todos vosotros la historia de aquel Joseph, vendido por sus envidiosos hermanos á unos traficantes ismaelitas. No ignorais cómo fué por estos llevado á Egipto, donde despues de haber pasado largo tiempo en un doloroso cautiverio, llegó por fin á crearse una posicion brillante y á ocupar la primera dignidad despues del rey en aquel vasto imperio, para el que fué su segunda providencia en virtud de sus acertadas disposiciones. Muchos años habian transcurrido sin tener la menor noticia de su familia, cuando un incidente inesperado trajo á Egipto á sus hermanos. Ve en efecto en su presencia á aquel Benjamin querido á quien tan entrañablemente amára; siéntese impulsado por su corazon á arrojarse en sus brazos, á estrecharle contra su seno y á colmarle de caricias; lo desea vehementemente, casi no puede contener los movimientos de ternura que agitan su pecho; pero viéndose privado de gozar por el pronto de esta dicha por razones de alta conveniencia, obligado á aplazar por breves instantes la realizacion de sus deseos, al ver delante de sí aquel objeto tan caro sin poder manifestarle su afecto, fué tal, dice la Escritura, la sensacion que Joseph experimentó, que le pareció que sus entrañas se dividian á impulso del dolor (1). Pues si esto sucedió á aquel patriarca cuando solamente veia aplazarse algunos cortos instantes la posesion de su dicha, ¿qué no padecerán las almas justas en el lugar de la expiacion, viendo aplazarse indefinidamente la realizacion de unos deseos tanto mas vehementes cuanto mas digno es el objeto que los motiva, tanto mas impetuosos cuanto que depuradas de todo afecto terrenal, nada pueden apetecer, ni ambicionar, ni querer, ni amar sino á Dios, sér infinitamente perfecto, bueno y digno de ser amado? ¡Ah! Él es el verdadero Benjamin de sus corazonas, la belleza que las encanta, el iman que las arrastra, el ideal

(1) Gen. XLIII. 30.

que las embelesa , la fuente perenne donde desean abrevarse, el océano sin fondo de santidad donde apetecen sumergirse ; y de aquí un solo día de esperanzas frustradas y de deseos no satisfechos en el purgatorio prepondera en su apreciacion á millares de siglos de tormentos sufridos en la tierra. Y tanto es así, que si se les permitiese elegir, no dudarian aceptar de buen grado cuanto hasta ahora han padecido y deben padecer en el mundo todos los hombres juntos, si á tal costa pudieran evitar el martirio de una incertidumbre mas amarga que la hiel , mas repugnante que el ajeno, mas intolerable que todos los demás martirios que allí sufren.

¡Cuánta es, oh Dios justo, vuestra severidad para con esas almas que tanto amais ! ; A qué pruebas tan terribles las sometéis antes de admitirlas en vuestra compañía ! ; Cuán caro las haceis pagar unos defectos leves y momentáneos ! Pero no es á nosotros , miserables hijos del polvo, á quienes pertenece sondear vuestros profundos juicios ; y si solo nos toca aliviar por cuantos medios nos sea dable las penas de vuestras queridas esposas, ya que por una parte nos habeis hecho en cierto modo árbitros de sus destinos, y que por otra consideraciones de la mayor gravedad nos obligan á interesarnos en su favor.

Varias son en efecto las razones en que se funda este deber sagrado ; pero entre ellas hay una á la que nadie será capaz de mostrarse indiferente por poco que reflexione. ¿No es cierto, A. M. , que muchas de esas almas que en el purgatorio esperan el día de su gloriosa transformacion padeciendo suplicios indecibles, fueron un día participantes de nuestros defectos, ó mas claro, que incurrieron en ellos por nuestra culpa, é impulsadas por nuestro mal ejemplo ? ¡ Ah ! Nuestra conciencia misma responde en este instante contra nosotros por mas que pretendamos sofocar sus gritos. Si ; allí en aquel fuego devorador arden sin consumirse las almas de unos amigos á quienes inficionáramos con el aliento de nuestra perversidad, á quienes escandalizamos con nuestra conducta inmoral, á quienes nuestra corrupcion arrastró quizás al crimen que despues lloraron pero no expiaron suficientemente. Y siendo así, ¿ cómo pudiéramos declinar la obligacion de reparar esos daños en la parte que nos es posible ?

No es ya sola la caridad la que nos obliga á socorrer su infortunio; no es la religion únicamente la que en favor de ellas aboga en el fondo de nuestros corazones; es sí la justicia, y una justicia severísima la que nos impone ese deber, la que nos manda hacer por esas almas todo cuanto puede contribuir á libertarlas de unos tormentos que acaso no padecerian á no haber sido por la funesta influencia que en ellas ejercimos, ya con nuestros inconsiderados consejos, ya con nuestras impertinentes sollicitaciones, ó de cualquiera manera que las indujimos á faltar á sus deberes. Cuando en la tierra moraban, aun podian satisfacer por sí propias unas deudas que en la situacion presente son incapaces de pagar. Ya nada pueden hacer sino sufrir, llorar, gemir, suplicar á sus hermanos de la militante iglesia las envíen oraciones y sufragios; pero á nosotros nos vincularon un legado que indispensablemente tenemos que aceptar so pena de hacernos reos de una irritante injusticia. Y ese legado ¿sabeis cuál es? La reparacion condigna de los males que las ocasionamos un dia, y cuya expiacion pesa ahora sobre ellas. Impotentes ya para adquirir merecimiento alguno, oyen sin cesar el grito de la cólera divina que las condena á no salir de aquellas cárceles tenebrosas mientras no paguen hasta el último maravedí de la deuda contraida. Y no saldrán, vive Dios, porque antes de faltar el Señor á su palabra los cielos se desplomarian, hundiríase la tierra, todo el sistema del universo padecería un desquiciamiento horrible, y la creacion desaparecería en el abismo de la nada. Harto lo saben aquellas almas predestinadas, y de aqui su tormento mas cruel, ignorando cuándo concluirá el término prefijado á su destierro. Y nosotros que tanta parte tenemos en su desdicha, ¿podremos mostrarnos insensibles á tan acerbo padecer? ¿No es por nosotros por quien se ven privadas de los goces inefables del cielo, ausentes de Dios centro de sus aspiraciones, lejos de su patria término de sus vehementes ánsias, nadando en un mar de llamas inestinguibles, arrojadas en una oscuridad tan horrible como la del infierno, alimentándose de lágrimas infecundas, agitándose con deseos inútiles y con esperanzas sin resultado? ¿Tendríamos, pues, tan encallecido nuestro corazon, que no nos apresurásemos á pagar por ellas esa deuda de estricta justicia?

Mirad, A. O. M., que por mas indiferentes que queramos mostrarnos en este punto, jamás lograremos desechar de nosotros ese grito importuno de la conciencia; donde quiera nos seguirá, haciéndonos severos cargos porque dejamos sufrir sin consuelo á las víctimas de nuestros excesos; en todas partes le encontraremos condenándonos amargamente, porque las abandonamos á las consecuencias de una desgracia que nuestro mal ejemplo las creó. ¡Y si á pesar de esto ensordeciéremos todavía...! Mas no, A. M., no quiero suponer siquiera en vosotros tamaña maldad. Me lisonjeo de que sin necesidad de apelar á la justicia, encontrarán mis palabras eco favorable en vuestra innata piedad. Estoy seguro de que no necesitareis de otro estímulo que vuestras ideas altamente religiosas para acudir en auxilio de las benditas almas del purgatorio, que á su vez fundan en vuestros sufragios la esperanza cierta de salir cuanto antes de aquella region de llanto. Ejecutadlo así sin demora; devolved al seno de Dios tantas esposas que él desea estrechar amoroso; abrid las puertas de la patria á tantos desterrados que anhelan vivamente respirar su suave ambiente; apresurad el decreto de libertad á tantos cautivos que cuentan por los latidos de su angustiado pecho los momentos que se prolonga su ostracismo; realizad las aspiraciones de tantos desgraciados que inundados en llanto os ruegan intercedais en su obsequio ante el Dios de las misericordias. No salgamos de este templo sin elevar nuestras manos á aquel altar donde acaba de ofrecerse la oblacion propiciatoria del Cordero sin mancha. Supliquémosle enrarecidamente por los méritos infinitos de su sangre, se apiade de todos los fieles difuntos cuyas almas yacen en el purgatorio expiando los defectos de la humana fragilidad. Renovemos diariamente esa misma súplica, añadiendo á ella toda especie de obras piadosas conducentes al fin que nos proponemos. El Señor, clemente y compasivo cuanto justo y severo, aceptará unas plegarias inspiradas por la religion, las dará favorable curso, y abreviando el tiempo de los padecimientos de sus esposas, las llevará á gozar cuanto antes de su eterna bienaventuranza.

SERMON

PARA EL QUINTO DIA DE LA NOVEVA.

LA PRÁCTICA DE HACER SUFRAGIOS POR LOS DIFUNTOS ARRANCA DE LA MAS REMOTA ANTIGÜEDAD, SE ESTIENDE POR MEDIO DE UNA TRADICION NO INTERRUMPIDA Á TRAVÉS DE LAS EDADES, Y ESTÁ APOYADA EN LOS MONUMENTOS LITÚRGICOS DE TODOS LOS CULTOS.

Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.

Santo y saludable pensamiento es, pues, rogar por los difuntos, para que sean libres de las penas de sus pecados.

II. MACHAB. XII. 46.

EN los discursos anteriores, desenvolviendo el dogma del purgatorio, y aplicándonos á estudiar sus consecuencias, hemos manifestado los diversos géneros de sufrimientos que allí experimentan las almas justas en expiacion de aquellos defectos de los cuales no se purificaron suficientemente en la tierra. Esplanada ya la parte dogmática, réstanos ahora tratar de las prácticas piadosas que en sufragio de esas almas predestinadas nos recomienda la iglesia hacer, y de la influencia benéfica que ejercen en sus destinos y porvenir. Si, pues, como hemos visto, existe un lugar de tormentos donde los justos que mueren en el Señor sin haber satisfecho cumplidamente sus deudas á la divina justicia, acaban de lavarse de sus manchas espirituales en aquel fuego expiatorio; si allí esperan el dia de su libertad para unirse inseparablemente á un Dios á quien aman, y disfrutar

eternamente de su presencia, naturalmente surge de estos precedentes una cuestion importantísima, y es: ¿Pueden los vivos aliviar en algo las penas de los difuntos que sufren en el purgatorio? ¿Pueden sus oraciones, ofrendas y sacrificios ejercer una accion benéfica en favor de unas almas impotentes de suyo para merecer en el estado de expiacion en que se hallan? ¿Pueden llegar á aquella region invisible los suspiros, las lágrimas, las plegarias y prácticas piadosas de los que todavía peregrinan en este suelo, y contribuir á acelerar la libertad de aquellos ilustres cautivos? En una palabra: ¿Puede la iglesia militante socorrer y ser útil á la iglesia paciente? A esta cuestion responde la fé, la razon, el buen sentido, y de comun acuerdo aseguran con las palabras del insigne Macabeo: « que es un pensamiento santo y saludable rogar por los fieles difuntos, para que sean libres de las penas que sufren por sus pecados:» *Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut á peccatis solvantur.*

En efecto, si nos remontamos á la antigüedad de esta piadosa práctica, se pierde en la oscura noche de los tiempos, y aun en los ritos gentílicos la hallamos apoyada y sancionada, si bien mezclada de repugnantes errores y pueriles extravagancias. Si observamos su generalidad, apenas encontraremos un pueblo, por ignorante y estúpido que sea, donde no hagan ofrendas por los finados, consecuencia inmediata de ese sentimiento de inmortalidad grabado en el alma de todos los seres racionales, á pesar de las preocupaciones monstruosas y de las mil aberraciones en que muchos incurrieran respecto de este punto. Si hacemos atencion al uso constante de todas las iglesias y de todas las comuniones, aun de las que mas se separan en sus creencias de la iglesia universal, nos asombrará la unánime conformidad que donde quiera reina acerca de la necesidad y utilidad de hacer sufragios por el eterno descanso de las almas de los que murieron en el Señor. ¿Y todo esto no equivale á la demostracion mas palpable y evidente de lo justo, racional y benéfico que es interesarse en favor de los fieles difuntos, orar á Dios por ellos, y multiplicar en su obsequio los sufragios sancionados por el catolicismo? Hed aquí lo que hoy me cumple manifestaros, antes de

entrar á tratar de la beneficosa influencia de cada una de las obras de piedad que nos estan recomendadas por la religion. Asunto es de suyo interesantísimo, y que merece una especial atencion; pues una vez evidenciado que esa práctica arranca de los tiempos mas remotos y se estiende por medio de una tradicion no interrumpida á través de todas las edades, nuestra fé se afianzará cada vez mas, y nos estimularemos á trabajar con mayor ardor en bien de unas almas que de nosotros esperan en el purgatorio el alivio de sus penas. Tengo propuesto. Imploramos los divinos auxilios por la mediacion de la Santísima Virgen, dirigiéndola la salutacion angélica:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

En tres puntos he apoyado la demostracion de lo útil y beneficoso que es hacer oraciones y sufragios por las almas de los difuntos, á saber: en la antigüedad de esta práctica, en su universalidad, y en el uso constante de todas las comuniones, aun de aquellas que mas se separan de la iglesia católica. Y en efecto, ninguna creencia hay que se remonte á una época tan lejana, ninguna que tan generalmente haya sido adoptada, ninguna, en fin, cuyos resultados hayan sido tan positivos y duraderos como esa de que venimos ocupándonos. Una rápida ojeada sobre la historia y sobre los monumentos tradicionales de todos los pueblos bastará para poner en el grado mas luminoso de evidencia esta verdad de la mas alta importancia.

Por lo que hace á su antigüedad, no seré yo quien me atreva á fijar la época en que comenzó á desenvolverse prácticamente esa idea de ofrecer sacrificios y plegarias por los finados. Solo sí diré, fundado en hechos históricos del mayor peso, que su utilidad teóricamente considerada arranca desde los tiempos de la revelacion primitiva, y se deja vislumbrar á través de las negras sombras en que fué envuelta esa misma revelacion á consecuencia de los errores que inundaron la tierra. Un sábio y eminente crítico, despues de estu-

diar detenidamente los diversos sistemas filosóficos de la antigüedad pagana, ha demostrado que desde una época inmemorial reconocíase como dogma incontestable que las almas podían considerarse bajo tres distintos aspectos, según que eran tres los estados ó fases por que pasaban después de la muerte. El primer estado era el de la suma felicidad que las almas justas disfrutaban en la región de los espíritus, poseyendo en su plenitud la divina esencia. El segundo el de las almas absolutamente incurables, como las denominaba Plutarco, ó sean, en el lenguaje católico, las de los réprobos, condenadas á padecer sin esperanza tormentos indecibles en una región de eterno llanto. El tercero el de aquellas almas que, sin ser tan justas como las primeras ni tan culpables como las segundas, no podían gozar desde luego de la bienandanza suprema de aquellas, ni tampoco debían sufrir los castigos á que estaban sujetas estas, sino que en un lugar medio expiaban las deudas contraídas con la justicia divina y no satisfechas suficientemente en la tierra (1). Los que hayan tenido ocasión de estudiar las doctrinas moralistas del gran Platon, apellidado entre los sabios el Divino, habrán observado en él un lenguaje idéntico, los mismos principios, idénticos dogmas respecto á las almas, cuya clasificación hace, dividiéndolas en tres especies: las de los justos que desde luego pasan á tomar posesión de una dicha sin término, las de los malvados que sin demora van á sufrir perdurables suplicios, las de los desgraciados que, siendo todavía capaces de curación, son colocados temporalmente en un lugar donde, mediante los dolores expiatorios, logran hacerse mejores y llegan á conseguir la eterna bienandanza. Por último, los aficionados á la sublime poesía, los que han ojeado las bellas inspiraciones del cantor de las Eneidas, ¿no han admirado los grandes rasgos con que traza el cuadro del purgatorio, y el estado de expiación en que allí se encuentran las almas? Cuando pinta á estas encerradas en prisión oscura, sin poder elevarse á su celeste origen, á consecuencia de las manchas que contrajeron por su unión á un cuerpo terrenal y corruptible; cuan-

(1) Morin. Disert. sobre el uso de los sufragios por los difuntos. Historia de la Academia de las inscripciones. T. II, pág. 221.

do las presenta, ya suspendidas en los aires, ya sujetas á la accion de los vientos, unas arrojadas en profundos lagos, otras sumergidas en estanques de fuego, y todas experimentando diversos suplicios segun la diversidad de las faltas que cometieron, ¿quién no diria que mas bien que un poeta pagano era un fiel apologista de los dogmas cristianos? Y para dar mayor corroboracion á esta creencia, añade en términos espresos: «Todos pasamos por alguna prueba, despues de la cual se nos franquea la entrada del Eliseo, cuyas vastas llanuras nos encantan, y en aquella mansion placentera permanecemos para siempre, tan luego como, purificadas nuestras almas de toda mancha y libres de toda corrupcion, han recobrado la pureza de su origen divino y la simplicidad de su esencia (1).» De este modo plugo á la Providencia que las grandes verdades de nuestra religion, antes de adquirir el completo desarrollo que debian tener en la plenitud del tiempo, existiesen como en embrion, digámoslo así, en los monumentos de todos los siglos, y arrojasen una gran claridad aun en medio de las sombrías nubes con que las cubrió el paganismo. Al comparar las enseñanzas de la Iglesia católica con las doctrinas de la filosofia, de la historia y de la literatura antigua, y viendo la admirable armonía que sobre el punto en cuestion existe en épocas tan remotas y bajo el imperio de unas ideas tan diametralmente opuestas y contradictorias, ¿habrá una inteligencia verdaderamente ilustrada, una razon de regular criterio, un hombre, en fin, de buena fé que pueda abrigar la menor duda acerca de lo justo y racional que es interesarse por las almas de los difuntos, como capaces de recibir todavía del mundo solaces y consuelos inefables?

Y si lo dicho no bastase para demostrar este dogma, hay además sobre la antigüedad que la apoya y sanciona la generalidad con que ha sido adoptado en la práctica, pudiendo decirse sin temor de ser desmentido, que apenas ha habido nacion ó pueblo alguno, cualesquiera que por otra parte fuesen sus creencias absurdas ó sus ritos supersticiosos, en donde la memoria de los difuntos no constituyese una especie de culto, tributándoseles los mas tiernos homenajes, y haciendo por su felicidad ofrendas expiatorias. Las relaciones de

(1) Virg. *Æncid.* Lib. VI. v. 533 et seq.

varias leyendas antiguas depositadas en nuestros archivos como otros tantos tesoros de erudicion; las observaciones de los viajeros y geólogos, consignadas en páginas luminosas é imparciales; el descubrimiento de sarcófagos, pirámides, cenotafios, urnas cinerarias, inscripciones y otros monumentos cuya fecha se ignora, vienen diariamente á esparcir nueva luz sobre la creencia consoladora de una vida futura, bien así como respecto á la de una expiacion temporal, en virtud de la que las almas de los finados son purificadas antes de entrar en el goce de una felicidad completa. Y si en algun punto puede decirse que ha existido siempre y donde quiera una creencia general, una práctica nunca desmentida, en este mas que en ningun otro se observa ese sentimiento armónico. Podrán hallarse á través de las edades pueblos sumergidos en un embrutecimiento repugnante, países que se prosternen y dirijan honores divinos ante los mas viles y despreciables seres, sociedades sin historia, sin gobierno, sin leyes, sin vínculos comunes, sin relaciones de ningun género, sin sentimientos de racionalidad, hombres, en suma, cuyos instintos y aspiraciones en poco ó nada les distingan de los mas estúpidos animales; pero hombres que no honren á sus muertos, sociedades que no miren como sagrada la memoria de los que dejaron de vivir, países donde no se lllore sobre las frias losas de los sepulcros, pueblos que no hagan sacrificios á los manes de sus predecesores, casi es imposible encontrarlos. De ninguno se ha dicho todavía esto; ningun viajero ha dejado de darnos relaciones mas ó menos interesantes, acerca de ese sentimiento entrañado en la naturaleza misma del sér humano destinado á sobrevivir á la accion del tiempo; en ninguna historia leemos semejante exceso de barbarie. Así que, como ha dejado consignado una sábia pluma, todos los siglos concurren á demostrar esta verdad importantísima; todas las naciones de la tierra vienen repitiendo con una unamidad asombrosa las memorables palabras de Judas Macabeo, y confesando prácticamente que es un pensamiento santo y saludable hacer sufragios por los difuntos y ofrecer en su obsequio expiaciones y sacrificios.

Así lo han comprendido todas las religiones, todos los cultos, todas las sectas, todas las iglesias; y de ahí el uso constante y uni-

forme de orar por los muertos y de suplicar á Dios por el descanso eterno de sus almas. En medio de las hondas divisiones que las han separado unas de otras; á pesar de la constante repulsion que mutuamente han experimentado, por sus diferencias inconciliables en varios puntos capitales de sus símbolos; no obstante esas escandalosas escisiones, que las han devorado hasta el exceso de sostener luchas sangrientas y de jurarse un ódio eterno, es de admirar, gracias al poderoso ascendiente de la verdad, cómo se han unido, cómo se han estrechado todas con la Iglesia católica en ese pensamiento sublime de orar por las almas del purgatorio, cual si en él no cupiese diferencia, division, lucha ni divergencia alguna, por estar fundado en el gran principio de una dulce fraternidad que eslabona á todos los hombres de cualquier país, raza, religion ó creencia, en la idea de un amor que sin concretarse á lo presente salva las lindes del tiempo, penetra en el porvenir, llega hasta la eternidad, y forma una sola comunión, una misma Iglesia, un idéntico cuerpo místico, cuyos miembros se relacionan, se comprenden, se tratan, se ayudan unos á otros, sin que sirvan de obstáculo las distancias que los separan, ni la diversidad de estados en que se encuentran. Consúltense, en efecto, los monumentos litúrgicos de todas las comuniones cristianas, por disidentes que esten con el centro comun de Roma, y con agradable sorpresa se verá en ellos consignada esa creencia tradicional que puede llamarse la fé de todo el género humano. ¡Que eslabonamiento tan bello de testimonios ofrecen todos los ritos en favor del dogma en cuestion! Pero en la imposibilidad de hacer una detallada enumeracion de todos ellos, séame permitido reproducir los mas importantes, y que ofrecen mayor interés. No hablaré, M. A. O., de los tiempos apostólicos, sin embargo de que San Juan Crisóstomo asegura que los primeros discípulos del Salvador habian introducido el uso saludable de orar por los muertos en el santo sacrificio. El mismo Calvino, que vivia en el siglo XVI, escribia estas notables palabras: «Mas de mil y trescientos años hace ya que existe la práctica de hacer plegarias por los difuntos (1).» ¿Y quién ignora que el célebre Leibniz, protes-

(1) Calvin. Instit. L. 3. c. 5.

tante, dijo espresamente que esa práctica formaba el sentimiento mas antiguo de la Iglesia, en virtud del cual oraba por los finados, por cuanto siempre habia creído que los sufragios de los vivos les eran altamente provechosos, para ayudarles á expiar las faltas que no habian expiado suficientemente en esta vida (1)?

Mas dejando esto aparte, y concretándonos á observar la unánime concordia de las antiguas liturgias respecto de este uso tradicional, estractemos algunos pasages de ellas cuya simple esposicion bastará para demostrarle. La comunión nestoriana del Malabar hace especial mencion de los que murieron en la fé: pide al Señor los absuelva y perdone sus prevaricaciones, haciéndolos dignos de poseer la eterna felicidad de los justos que mientras vivieron se conformaron con la voluntad divina, y entre otras plegarias hace la siguiente: «Recibid, Señor Dios de los ejércitos, esta oblacion por toda la Iglesia, por los sacerdotes, por los príncipes, por los que gimen en la pobreza, en la opresion, en la miseria, en el llanto, y por los fieles todos que pasaron de esta vida.» Otro tanto piden á Dios los Nestorianos caldeos, solicitando en favor de los difuntos la divina misericordia, para que les sean condonadas las deudas que contrageron, y que expian en el fuego purificador por no haberlas satisfecho condignamente en este mundo. Entre los Armenios el rito es sumamente bello y tierno. El diácono pide que se haga mencion en el santo sacrificio de todos los fieles en general, hombres, mujeres, jóvenes y ancianos que murieron en la fé de Jesucristo. El coro responde suplicando al Señor que tenga piedad de ellos, y entonces el celebrante dirige al cielo esta plegaria: «Dadlos, Dios mio, el reposo, la luz, y un lugar entre vuestros santos en el reino celestial, y haced que sean dignos de vuestra misericordia.» En el rito de los griegos de Constantinopla, atribuido á San Basilio y á San Juan Crisóstomo, se lee esta tierna oracion: «Os ofrecemos nuestras preces por la libertad de las almas de vuestros siervos, suplicándoos los trasladéis al lugar de la luz donde no hay gemidos ni dolor, y disfruten del resplandor de vuestro rostro.» En Abisinia y Etiopia se ruega por los que habiéndose alimentado del cuerpo de Jesucristo y abre-

(1) Expos. de la doctr. de Leibniz sobre la religion. Pág. 349.

vádose de su sangre, han dormido el sueño de la paz, constantes en la fé. Otro tanto piden los Coftos Jacobitas en su liturgia; del mismo modo se espresa la de las comuniones griegas de occidente; idéntica idea envuelve la de los rusos, llamada de la comunión ortodoxa; en términos análogos habla la de los siriacos, la antiquísima atribuida al Apóstol Santiago, la muzárabe que aun se usa en la iglesia primada de España, y cuantas se conocen en el mundo, sin que ni una sola haya en la que la plegaria por los fieles difuntos no ocupe un lugar preferente.

Pues bien, M. A. O., añadid á estos monumentos tan concluyentes la práctica nunca interrumpida de la Iglesia católica que el Santo Concilio de Trento hace arrancar de los mismos Apóstoles (1); observad la unanimidad admirable con que la han aceptado el pagano, el judío, el cristiano, el disidente, el protestante, el filósofo racionalista, persuadidos todos de la existencia de un lugar de expiación, y convencidos de la posibilidad de llevar á él el consuelo, el alivio y la abreviación de las penas; y una vez demostrado que el modo de orar por los muertos está apoyado en una antigüedad que se pierde en la oscuridad de los tiempos, en una universalidad que no reconoce límites en el mundo, y en una sanción uniforme de todas las iglesias, religiones y cultos, ninguna duda os quedará de cuán santo, provechoso y racional es este pensamiento: *Sancta ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut á peccatis solvantur*. A los que ó por un espíritu de ciega oposición, ó arrastrados por una nécia incredulidad os preguntaren de dónde trae su origen esto que califica la impiedad insensata de vana superstición, podreis responderles lo que Tertuliano decía en su tiempo: «Nos lo ha enseñado la tradición, lo ha confirmado la costumbre, y ambas han sido sancionadas por la fé.»

Y siendo así, M. A. O., ¿cómo no hemos de estimularnos á trabajar con ardor en bien de esas almas tan dignas de nuestra piedad, y que de ella esperan el alivio de sus padecimientos? ¡Oh! No es posible hablen en vano á nuestros corazones esas ilustres víctimas de la justicia y del amor de un Dios, que las purifica para coronarlas.

(1) Conc. Trid. Ses. XXII. c. 21.

Podemos ayudarlas con nuestros sufragios ; debemos hacerlo porque á ello nos obligan los títulos mas legítimos ; recomiéndonoslas además razones poderosísimas y del mas alto interés , porque son hermanas nuestras , miembros de aquel cuerpo místico á cuya cabeza estamos unidos , hijas de una madre comun ; ¿ y nos haríamos indiferentes á sus dolores y penalidades ? No : que en el purgatorio tenemos objetos muy caros á quienes en el mundo amábamos con delirio. No : que allí sufren angustias indecibles sugetos que en la tierra no pudieron contemplar nuestros mas leves pesares sin experimentar toda la amargura que nosotros devorábamos. No : que en aquella region de fuego lloran y nos dirigen sus súplicas personas á quienes nos unieron aquí vinculos estrechísimos , y que por librarnos de nuestras desgracias hubieran hecho el sacrificio de su existencia. ¡ Tal vez son los que nos dieron el sér ! ¡ Quizás los que en nuestra infancia se afligieron y angustiaron por nosotros ! ¡ Acaso la que nos llevó en su seno nueve meses y nos dió á luz á riesgo de su propia vida ! ¡ Y pasaríamos indiferentes por el sitio que encierra sus mortales restos ? ¡ Y hollaríamos sus cenizas sin consagrarlos un grato recuerdo ? Deteneos , mortales , ante esos símbolos de la humanal miseria ; evocad las ideas que la religion ; de acuerdo con la naturaleza os inspira ; avivad vuestra fé en el porvenir reservado á los que mueren en el Señor , y no ensordezcáis á sus lamentos. Apresurémonos á ofrecer al cielo nuestras plegarias ; importunémosle todos los dias para que se digne escuchar nuestros ruegos por el eterno descanso de los que finaron sus dias en la caridad de Jesucristo ; hacinemos en torno de las llamas expiatorias los dónes puros de la oracion , de la limosna , y demás obras que unidas á los infinitos merecimientos del Redentor , tan eficaces son para apagar aquel fuego encendido por la divina justicia ; y de esta suerte , despues de cumplir con un deber harto sagrado para que de él podamos desentendernos , tendremos la satisfaccion sin igual de haber sido los instrumentos de la felicidad de aquellas ilustres víctimas , que no lo olvidarán jamás para recompensarnos nuestros servicios , ayudándonos desde el cielo con su intercesion á conseguir la eterna bienaventuranza.

SERMON

PARA EL SESTO DIA DE LA NOVENA.

LA ORACION DE LOS FIELES SUBIENDO COMO OLOSOSO INCIENSO AL TRONO DEL ALTÍSIMO, HACE DESCENDER DE ALLÍ EL ROCÍO BENÉFICO DE LA DIVINA PIEDAD QUE NEUTRALIZA LA ACTIVIDAD DE LAS LLAMAS EXPIATORIAS.

Quando orabas cum lacrymis, et sepeliebas mortuos... ego obtuli orationem tuam Domino.

Quando tú enterrabas los muertos y orabas con lágrimas, yo era quien presentaba al Señor tus oraciones.

TOBIE XII. 12.

EN el discurso anterior os hablé en general de la obligacion de hacer sufragios por los fieles difuntos que existen en las llamas purificadoras del purgatorio, y de la inexcusable indiferencia que en este punto manifiestan muchos cristianos. Hoy me cumple tratar de los diversos medios con que podemos contribuir al alivio de esas almas justas, desenvolviendo á vuestra consideracion las prácticas mas autorizadas por la Iglesia.

Es incontestable que si bien en el estado de expiacion en que se encuentran esas almas nada pueden merecer para sí mismas, y por lo tanto no las queda otro recurso que sufrir bajo la accion terrible de la divina justicia, hasta quedar completamente purificadas de sus manchas para entrar en el goce pleno de la felicidad eterna, existe no obstante en el seno de la militante Jerusalem, esposa dignisima del Cordero, un tesoro inagotable de gracias que plugo al Señor

depositar allí, para que de él estragesen los fieles vivos abundantes merecimientos que aplicar en favor de los finados, para abreviar sus penas y acelerar el momento de su libertad. Así se explica esa economía de gracia y de misericordia, esa comunicacion de auxilios y dónes, esa correspondencia mútua de afectos y servicios que existe entre ambas hermanas la Iglesia militante y la Iglesia paciente, cuyos miembros se envían recíprocamente los unos sus lágrimas y suspiros, los otros sus ofrendas y sacrificios.

¿Y cómo pudiera no existir esta reciprocidad entre los miembros de un mismo cuerpo místico que es Jesucristo? ¿Dejarán de tener todos idénticos derechos, siquiera sea muy distinta la situación de unos y otros? ¿Habrán caducado los títulos de los que ya finaron, al amor fraternal de los que quedan en la tierra? ¿Podrán estos no sentir los dolores de aquellos, siendo una misma la cabeza que los comunica la vitalidad y el sentimiento? Esto no se concibe en manera alguna, y por consiguiente existe entre los fieles vivos y los difuntos una relación íntima, estrechísima, inviolable, en virtud de la cual los primeros tienen un grave deber que cumplir para con los segundos, ayudándoles con frecuentes sufragios á merecer la abreviacion de sus penas; deber que si sagrado es como inspirado por la naturaleza, es mucho mas respetable, santo y sublime mirado á los ojos de la fé, de la cual esencialmente dimana.

Ahora bien, ¿cuáles son las principales prácticas sancionadas por la religion en sufragio de las almas del purgatorio? El Padre San Agustin las reduce á tres, que son: la oracion, el santo sacrificio de la misa y la limosna: *Orationibus enim sanctæ Ecclesiæ, et sacrificio salutari, et eleemosynis quæ pro eorum spiritibus erogantur, non est dubitandum mortuos adjuvari* (1). Siguiendo este mismo orden, vamos á esplanar hoy la eficacia de la oracion en el asunto que nos ocupa. Ella es la que practicaba un dia el virtuoso Tobías durante su cautiverio, dedicándose á dar sepultura á sus hermanos difuntos y á ofrecer sobre sus cenizas fervientes plegarias al Dios de sus padres, por lo que mereció que el ángel enviado á servir de conductor á su

(1) S. Aug. Serm. 14, de Verb. Apost.

hijo, le dirigiese las siguientes palabras: «Cuando tú sepultabas los muertos y orabas con lágrimas, yo era quien presentaba al Señor tus oraciones: *Quando orabas cum lacrymis et sepeliebas mortuos.... ego obtuli orationem tuam Domino.*» Esto mismo es lo que me propongo demostraros hoy para escitar vuestra piedad, haciéndoos ver «cuán aceptables son las oraciones que ofrecemos por el eterno descanso de las almas del purgatorio, las cuales subiendo como un oloroso incienso al trono de Dios, hacen descender de allí á las llamas expiatorias el rocío benéfico de sus misericordias.» Postrémonos ante todo delante de ese altar, invocando los divinos auxilios por la mediacion de la Virgen Santísima, saludándola con el ángel.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Llave del cielo, llamó el Padre San Agustín á la oracion del justo, comentando el pasaje del libro de Tobías que sirvió de testo á mi discurso; y cierto que no podia haber escogido una alegoría mas sublime y que mejor espresase la eficacia de la plegaria. Ella es tal, que en sentir del mismo Santo Doctor no bien se ha dirigido al cielo la deprecacion de un alma virtuosa, cuando en el momento se ven descender del trono del Altísimo los mas copiosos raudales de bendicion y misericordia. No importa que inmensas distancias separen la tierra que habitamos de aquellas regiones de eterna luz; poco es que entre el hombre y Dios se interpongan obstáculos insuperables en el órden natural de las cosas. ¿Será por eso imposible que llegue á los oidos del autor y fuente de todo dón bueno y perfecto la voz suplicante del miserable mortal desterrado en este valle de miserias? ¡Ah! No: mientras el corazon esté limpio de culpa, nada habrá bastante á sofocar su poderosa voz, ni á impedir que sus afectos penetren en los oidos de Dios. Ni siquiera tiene necesidad la lengua de formular el menor sonido; pues bastan los gemidos de un alma atribulada, bastan los suspiros del infortunio, bastan las lágrimas.

del desgraciado para hacerse escuchar de aquel que desde lo mas elevado del empireo tiene fijas sus miradas sobre los que le invocan en sus necesidades. El lenguaje de la voz no es tan elocuente como el de los ojos, ni habla tan eficazmente al corazon clemente y compasivo del Dios de las bondades una lengua espedita, como un pecho inundado de amargura (1).»

De este modo se espresaba el sábio obispo de Hipona, encareciendo el poderoso ascendiente que la oracion en general ejerce en las ideas de la Divinidad, obligándola en cierta manera á conceder cuanto reclama en favor de la humanidad. Esta es una de esas verdades que no necesitan demostrarse, por cuanto se halla suficientemente evidenciada en mil monumentos históricos de la mayor valía. Sabemos todos cuán poderosa y eficaz fué la plegaria del santo legislador de los hebreos para contener los terribles efectos de la cólera celestial, provocada frecuentemente por aquel pueblo procaz y desconocido á los beneficios de su divino libertador. Sabemos que en muchas ocasiones un simple ruego del virtuoso Aaron bastó para que el Señor, justamente irritado contra una raza tan voluble como inconsecuente, suspendiese la ejecucion de los castigos que tenia decretados. Sabemos que, segun la declaracion ingénua hecha por el mismo Dios, hubiérale sido suficiente la oracion de un solo justo que se hubiese interesado en favor de aquella nacion perversa, cuyas manos habíanse teñido en la sangre del inocente, persiguiendo á la viuda, abandonando al huérfano y cometiendo todo linage de injusticias y profanaciones las mas irritantes, para desde luego moverse á piedad y ejercer el bello atributo de su misericordia. Sabemos, en fin, que la oracion fué siempre el arma casi omnipotente con que los antiguos justos consiguieron triunfar de todos los enemigos y salir ilesos en todos los peligros. Orando al cielo desconcertaba el caudillo de los israelitas los planes liberticidas de los faraones de Egipto. Orando dividia los mares y franqueaba seguro paso al pueblo escogido, cuando lo daban alcance las huestes enemigas. Orando abria ricos manantiales de agua en la dura roca,

(1) S. Aug. Serm. I. in Dom. 15 de B. Tobia. 226 de Tempore.

endulzaba los torrentes de Marat y hacia llover del cielo un maná delicioso en medio de las escabrosidades del desierto. Orando daba á Josué una ilustre victoria contra numerosos ejércitos y ponía en vergonzosa fuga los aguerridos campeones de Amalec. ¿Y no fué la oracion de Daniel la que le conservó intacto en el lago de los leones? ¿No fué la oracion la que conservó ilesos en medio de las abrasadoras llamas del horno de Babilonia á los tres jóvenes hebreos, arrojados en ellas por no querer adorar sino al Dios de los cielos?

Pero baste de ejemplos, que para nada son necesarios, convenidos como estamos por la doctrina de la fé del poder y eficacia de ese medio que el Señor nos dejó en su infinita misericordia para conseguir de él lo que reclaman nuestras neécsidades. Es un principio inconcuso que la oracion no solamente tiene una virtud meritoria respecto del que la hace, sino que además ejerce una influencia impetratoria y expiatoria; de suerte que, sobre alcanzar para sí mismo quien la practica aquellos favores y auxilios que solicita, puede tambien estender su accion á los demas miembros del cuerpo místico de la Iglesia, impetrando para los vivos idénticas gracias, y satisfaciendo por los difuntos que no expiaron suficientemente sus faltas en este mundo. Duden norabuena de esto último los miserables discípulos de Aerio, que tanto se afanaron por abolir como supersticiosa é inútil la práctica de rogar por los finados. Niéguenlo los descendientes de Lutero y Calvino, y cuantos se han empeñado en luchar obstinadamente contra ese uso cuyo origen arranca de tiempo inmemorial, y tan sábiamente sancionado por la Iglesia. ¿Y qué dificultad hay en que la plegaria, tan eficaz y poderosa en favor de los que todavia viven en la tierra, lo sea asimismo con relacion á las almas que yacen en el purgatorio? ¿Por ventura ha podido la muerte, que las separó de un cuerpo material y perecedero, romper los misteriosos lazos que las unian en caridad y amor con los demas fieles cristianos? ¿No es una misma, dice el Padre San Agustin, la cadena que eslabona á los miembros de la Sion que aquí combate, con los de la que allí purga sus debilidades? ¿Qué mano ha podido separarlos unos de otros? ¿Qué brazo ha sido bastante fuerte para deshacer ese nudo tan apretado é indisoluble? ¿Quién ha anulado esa comu-

nion establecida por el amor divino? Nadie, se responde á sí mismo el Santo doctor: porque lo que Dios hizo, ningun poder humano es capaz de deshacerlo. La Iglesia es una é idéntica en la tierra y en el purgatorio; miembros son de una misma cabeza las almas justas que aquí caminan hácia la patria celestial, y las que allí esperan el día de tomar posesion de ella, y todas á la vez forman la mística ciudad del Señor: *Neque enim piorum animæ defunctorum ab ecclesia separantur.* (1) Y siendo así, M. A. O., ¿qué nos puede impedir hacer participantes de nuestras oraciones á aquellas almas predestinadas? ¿Qué idea mas conforme con los sentimientos maternales de la Iglesia, que la de enviar á aquellos hijos suyos, que seguros ya de su eterna dicha expian sus defectos en las llamas purificadoras, los ruegos y las súplicas servientes de los que, inciertos todavía de sus futuros destinos, trabajan por merecer idéntica suerte? ¡Ah! Porque así ha pensado siempre, ni un momento ha dejado de desplegar todo su celo y su mas tierna solicitud en favor de las almas del purgatorio. De aquí el exhortar continuamente al pueblo cristiano á rogar á ejemplo suyo por los fieles difuntos que durmieron en el sueño de la paz. De aquí el multiplicar sus preces y dirigir al cielo sus suspiros para implorar el descanso eterno de los que penan en las mansiones del dolor. ¡Sentimientos dignos de una madre tan tierna y cariñosa! Mientras el error lleva su cruel indiferencia hasta el punto de abandonar en la tumba á los objetos que durante la vida lisonjeó con mentidas adulaciones, cual si ya nada debiese hacer en su obsequio, la verdad católica fundada en la caridad y cimentada en el amor divino, lejos de ver disminuirse su interés hácia los que dejaron de existir en la tierra, justamente en las lindes del sepulcro, al lado de las frias cenizas de los cadáveres, cabe la losa que cubre los restos mortales de los finados, es donde siente acrecerse esa llama sagrada y revivir toda su solicitud y fraternal cariño hácia los que amó sinceramente. Entonces es cuando convencido el cristiano de lo que es capaz de obtener de las entrañas misericordiosas del padre celestial una súplica ardiente, un suspiro encendido, una lágrima ins-

(1) S. Aug. de Civit. Dei. L. X. c. 8.

pirada por la religion, un ruego nacido de lo íntimo del pecho, una simple palabra de interés, la sola elevacion de unas manos puras, en favor de un padre, de un hijo, de un hermano, de un amigo; sabiendo además que en el estado de expiacion en que se hallan aquellas infortunadas víctimas, nada pueden hacer por sí, ningun merecimiento pueden tener, ninguna gracia pueden conseguir, y que todo lo esperan de sus hermanos viadores dueños del inexhausto tesoro de los merecimientos de Jesucristo; entonces es, digo, cuando acudiendo al llamamiento de la religion, de la humanidad y de la naturaleza misma, se apresura á ofrecer al cielo sus oraciones, para apaciguar la divina justicia y obtener de la misericordia del Señor que abrevie el plazo señalado á los tormentos de aquellos ilustres cautivos; entonces con sublime sacrificio toma por su cuenta dar al Señor la compensacion que exige de ellos, y se compromete á pagar las deudas que no pudieron satisfacer condignamente.

Tal ha sido siempre la persuasion de la Iglesia, en esta fé han vivido donde quiera los verdaderos católicos, y la tradicion constante de todos los siglos viene demostrando cuán alta idea formaron los mas esclarecidos ingenios del cristianismo de la eficacia de la oracion hecha por los difuntos. Sabido es el fervor con que el grande Arzobispo de Milan oraba por su hermano Satiro, diciendo al Señor en el santo sacrificio: «Con esta prenda de infinito valor me presento á vos; dadme, Dios mio, el alma de un hermano.» (1) Nadie ignora la efusion con que San Agustin derramaba sus plegarias delante de los altares por el alma de su querida madre, mezcladas con lágrimas de la mas filial ternura (2). Y cierto que este sentimiento estaba muy en armonía con las ideas que el catolicismo venia fomentando acerca del punto en cuestion. «Oramos por nuestros padres, por los obispos, y por todos nuestros hermanos que salieron de esta vida, escribia San Cirilo de Jerusalen, porque abrigamos la firme conviccion de que los difuntos reciben un consuelo inefable con las oraciones que por ellos hacen los vivos (3).» «Oramos por los muer-

(1) S. Ambros. Orat. in mort. fratris sui Satiri.

(2) D. Aug. Confess.

(3) S. Cyril. hierosol. ap. Catec. Mystag.

tos, decia San Epifanio, porque es un deber nuestro hacerlo asi, y cumplir con la ley que recibimos del padre celestial (1).» «Oramos por los que murieron en la paz del Señor, añadia San Juan Crisóstomo, porque así lo vemos practicado desde el tiempo de los apóstoles, que fueron los primeros en hacer plegarias sobre los sepulcros.» «Oramos, decia finalmente San Gregorio, porque no dudamos que Dios se complace tanto en vernos interesar nuestros ruegos en favor de los finados, cual si á él mismo le librásemos de un duro cautiverio.» ¿Qué os parece, M. A. O., ese lenguaje tan armónico, tan uniforme y tan sublime? Quizás á alguno le haya parecido mas bien dictado por lo que se ha dado en llamar fanatismo religioso, que por una conviccion sólida y razonable. Dueños son de pensar como les plazca en este punto esos espíritus arrogantes y orgullosos, que han hecho un empeño decidido de acabar, si pudiesen, con todas las prácticas católicas, hácia las cuales solo respiran honda aversion. ¡Insensatos! ¿Así quieren romper de un golpe esa larga cadena tradicional, que, partiendo de los tiempos apostólicos, viene eslabonando hasta el dia á todos los miembros de la Iglesia militante y purgante? ¿De este modo intentan que los que en la tierra poseemos el gran tesoro de las riquezas de la redencion, privemos de su participacion á nuestros hermanos que yacen en la indigencia, impotentes para conseguir el menor fruto de sus trabajos, y solo capaces de sembrar lágrimas en un suelo que solo responde á ellas con fuego abrasador? ¿Con crueldad tanta pretenden que les privemos del medio efficacísimo de aliviar sus penas y acelerar el dia de su libertad, pudiendo fácilmente conseguirlo? ¡Anatema y maldiccion á esas doctrinas de muerte! No, no seremos los católicos los que abriguemos unas ideas tan inhumanas como opuestas á los sentimientos de caridad que Dios alimenta para con aquellas almas predestinadas. Son sus esposas, y como tales desea unirse á ellas con nudo indisoluble. Son sus hijas, y nada anhela tanto como tenerlas á su lado y enriquecerlas con su misma gloria. Son unos objetos harto caros á su corazon, y solo su justicia puede hacer contrapeso á las aspiraciones del amor que las

(1) S. Epif. Apolog.

profesa. Por eso, imposibilitado como se halla de realizar esa union tan deseada, nada le agrada tanto como vernos á nosotros, que estamos en estado de merecer, interponer nuestras oraciones en favor de ellas, á fin de aceptarlas en satisfaccion de las penas que deben á su inexorable justicia, y de este modo libertarlas del fuego purificador. ¡Ved pues cuán sublime mision cumplimos orando por los difuntos! ¡Ved cuál es nuestra influencia en los destinos de esas almas virtuosas, á quienes franqueamos la entrada en el reino celestial, obteniendo para ellas lo que ni ellas pueden conseguir, ni Dios mismo puede concederlas sin nuestra intervencion! ¿Y es posible que todavia insista el error en atribuir la práctica de orar por los difuntos á una ignorancia lamentable acerca de la naturaleza del alma racional, calificándola de grosera supersticion? ¡Gran Dios! ¿Hasta dónde no va el espíritu de oposicion sistemática de los enemigos del catolicismo? ¡Ignorantes los que creyendo al alma del hombre incorruptible é inmortal, continúan con ella mas allá del tiempo en sus relaciones de mútua caridad que fomentaron en la tierra! ¡Supersticiosos los que convencidos de que el amor no se limita á ningun espacio, salvan las lindes del sepulcro y envian consuelos y esperanzas á las regiones invisibles, donde con mas vehemencia arde ese fuego sagrado! Enmudeced, bárbaros; callad desapiadados. No hagais así violencia á los mas naturales sentimientos del corazon humano. Básteos ser impíos, y no querais constituiros en verdugos de la humanidad. ¿Por qué impedir al esposo que vaya á prosternarse ante el signo redentor, que figura sobre la losa cineraria que cubre los restos de aquella con quien vivió unido como á la yedra el robusto olmo? ¿Por qué detener al hijo cuando bañado en llanto corre á desahogar su pecho sobre las cenizas del que le dió el sér, orando por su eternal reposo é implorando por su alma las divinas piedades? ¿Por qué privar al hermano, al amigo, al cristiano, en fin, de ir á comunicar espiritualmente con los seres que apreció en el mundo, y á quienes estuvo unido con idénticos lazos de fé, de esperanza y de amor? Arrañad antes, si podeis, de sus corazones ese instintivo sentimiento que los arrastra á dar á los que ya no existen esos testimonios inequívocos de adhesion constante; concluid primero con la caridad, emanaçion

pura del cielo, en cuyo derredor agrupados los fieles marchan al templo á ofrecer sus plegarias por las almas de los finados. Pero ¡qué digo! Mas fácilmente conseguiriais trastornar todo el sistema de la creacion; y á pesar de cuanto con vuestras mortíferas doctrinas trabajéis para desterrar del mundo ese convencimiento tan profundamente adherido á la naturaleza misma del sér racional, le vereis sobrenadar en medio de vuestras miserables utopías y triunfar de vuestros errores, porque él constituye uno de los mas dulces consuelos, una de las mas bellas esperanzas de la humanidad. «Sola la persuasion de que el alma sobrevive á la destruccion del cuerpo, escribe un sábio filósofo (1), aun prescindiendo del estado en que pudiera hallarse, basta para convencerse de lo natural que es ofrecer á Dios oraciones y sacrificios para contribuir á la felicidad de los que murieron. Tan lejos está de ser esta práctica un resto del abolido paganismo, que mas bien lleva el sello de la tradicion primitiva, impreso por el dedo de Dios en el corazon de todos los hombres. Los mismos que alimentan principios opuestos y hondas preocupaciones contra ese uso tan antiguo, no pueden menos de convenir en que hay circunstancias tan solemnes, en las cuales sería imposible dejar de formar en secreto los mas ardientes votos por aquellas personas que en el mundo fueron objetos de su cariño (2).

Católicos, no seamos insensibles á tantos y tan poderosos motivos como nos obligan á orar incesantemente por las almas del purgatorio. No las neguemos lo que tanto bien puede proporcionarlas, y apresurémonos á aliviar sus penas. Si cabe el sepulcro de nuestros hermanos difuntos hemos pagado á su memoria un tributo de lágrimas, tributémosles ahora ante las aras de la religion el obsequio de nuestras plegarias, únicas que pueden ayudarlos á salir del congojoso estado en que se hallan y de apresurar el dia feliz de su bienaventuranza: *Juветur mortuus non lacrymis sed præcibus*. Facitemos al Señor la realizacion de su mas vehemente deseo, que consiste en dar á esas almas tan queridas suyas, la posesion de aquel reino celestial

(1) Hist. de la Acad. de inscrip. T. II. pag. 119.

(2) S. Joan. Chrys. hom. 44. in I. Corinth.

SERMON

PARA EL SÉTIMO DIA DE LA NOVENA.

NADA MAS EFICAZ PARA APLACAR LA DIVINA JUSTICIA EN FAVOR DE LAS
ALMAS DEL PURGATORIO, QUE LA SANGRE DEL CORDERO INMACULADO
OFRECIDA POR ELLAS EN EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Tu quoque in sanguine testamenti tui emisisti vincos tuos de lacu ubi non est aqua.

Tú tambien, mediante la sangre del testamento, hiciste salir á tus cautivos del lago donde no hay agua.

ZACHAR. IX. 11.

DE muy antiguo venia vislumbrándose, á través de los tiempos patriarcales y proféticos, el gran sacrificio expiatorio que en la plenitud de las edades debia consumarse para la redencion del linaje humano. Las víctimas de la antigua ley, inmoladas donde quiera por los pecados de un pueblo frecuentemente infiel y prevaricador, no eran mas que la figura típica de Jesucristo, Salvador divino de la humanidad, que por rescatarla del cautiverio de la culpa subiria á un afrentoso calvario, desde donde con su sangre de inestimable precio lavaria las manchas de todos los siglos. Así se verificó en efecto; el Mesías anunciado por los videntes apareció en una tierra que le desconoció ingrata, le persiguió impia, y satisfizo una venganza cruel en el Justo por excelencia, clavándole en una cruz. Allí corrió á torrentes ese licor divino, que empapando un suelo hasta entonces estéril y maldecido, hizo brotar de él la vida, la libertad, la salvacion, la dicha de las generaciones pasadas, presentes y venideras; y de allí tambien

penetrando en todos los confines del mundo esa misma oblacion que Jesus perpetuára como prenda de amor y de misericordia en la célebre noche anterior á su pasion dolorosísima, viene renovándose todos los dias sobre los altares del catolicismo de una manera tan inefable como real y positiva. Así lo ha consignado el Sacrosanto Concilio de Trento (1); así lo cree la verdadera Iglesia del Salvador; así lo confesamos todos sus fieles hijos, reconociendo en el incruento sacrificio de la Misa una renovacion de aquel otro cruento que el Hijo de Dios hecho hombre consumó en Jerusalem. El catolicismo, respondiendo al mandato de su ilustre fundador: «Haced esto en memoria mia,» no ha cesado ni cesará jamás de reproducir esa oblacion pura, santa é inmaculada, cuya eficacia es tal, que, sin limitarse á este mundo que habitamos, traspasa las lindes de lo visible, y va á llevar á las ocultas regiones del purgatorio las benéficas influencias de ese árbol de la vida. Si: allí en aquel lugar de expiacion cae sin cesar la sangre del Cordero sin tacha, que, ofrecida por los sacerdotes encargados de continuar la gran mision del Pontífice de los bienes venideros, segun el lenguaje de San Pablo (2), mitiga el fuego purificador, y acelera los momentos de la libertad tan deseada por los cautivos que con tanto anhelo suspiran lanzarse al seno de su Dios.

¿Haria tal vez alusion á ese sacrificio de la ley nueva la bella alegoría del profeta Zacarias, cuyas palabras puse por testo de mi discurso? ¿Seria una prediccion anticipada del gran valor impetratorio de esa ofrenda respecto de las almas del purgatorio? Poco ó nada nos interesa saberlo; pero no puedo menos de hallar en el pasage citado una analogía admirable con la verdad que hoy me propongo desenvolver. «Tambien tú, decia el profeta, hablando con el futuro Salvador de Israel, mediante la sangre de tu testamento, has hecho salir á los tuyos que estaban cautivos, del lago en que no hay agua.» *Tu quoque in sanguine testamenti tui emissisti vinctos tuos de lacu ubi non est aqua.* Refiérase en buen hora el profeta como

(1) Sess. XXII. c. 4.

(2) Ad Hebr. IX. 26.

place á varios opositores, al Limbo, do yacian los justos de la antigua alianza, de donde fueron estraidos en virtud de la sangre vertida por Jesucristo en el Calvario. Yo no dudaré aplicar esas palabras al purgatorio, lago profundo, en el cual, no ya mediante el agua sino por medio del fuego, se purifican las almas predestinadas de sus antiguas horrruras; y en su consecuencia os manifestaré que «sobre todos los demás medios reconocidos en el catolicismo para aliviar los padecimientos de los fieles difuntos, el sacrificio de la Misa, ofrecido por ellos, es el mas aceptable ante Dios, y de una eficacia soberana para conseguir el objeto apetecido, puesto que en él tomamos como instrumento para aplacar la divina justicia aquella misma sangre de infinito precio que sirvió para rescate de todo un mundo esclavo y pecador.» Insinuado ya el asunto que me propongo desenvolver, imploremos las luces de lo alto, poniendo por intercesora la Virgen de vírgenes etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Tan entrañado estuvo siempre en las ideas de la humanidad el pensamiento de ofrecer á Dios continuos sacrificios expiatorios para aplacar su justa indignacion, que como observa un sabio orador, no ha habido nacion, ni pueblo alguno en el mundo sobre cuyos altares no se haya visto correr á torrentes la sangre de las víctimas. Donde quiera reinaba el convencimiento íntimo de que sin la efusion de sangre no era posible conseguir el perdon de los pecados; y de aquí el multiplicarse de una manera extraordinaria esas oblacones cruentas, á medida que multiplicándose los delitos de los hombres, sentiase mas la necesidad de parar los golpes de la divina venganza. Ojead las páginas del antiguo Testamento, y vereis que desde el justo Abel, que fué el primero en hacer al Señor ofrendas aceptables, hasta la época en que Jesucristo apareció en la tierra para dar fin á las ceremonias legales y sustituir la realidad á las figuras, en todas

partes se erigen aras, sobre las cuales se degüellan becerros, cabritos, corderos y toda especie de animales limpios, con cuya sangre se trataba de oponer un dique poderoso al alubion de la cólera celestial, y atraer sobre los culpables las misericordias de Jehová. Todos estos sacrificios, de suyo impotentes para conseguir el fin apetecido, solamente tenían virtud de apaciguar la justicia de un Dios ofendido, en cuanto estaban destinados á anunciar y significar anticipadamente la grande, la única y verdadera ofrenda, pura, limpia, aceptable y digna que el Hijo del Eterno, naciendo en tiempo del seno de una Virgen, debía hacer á su Padre celestial, derramando su sangre de valor infinito en expiacion de los crímenes de toda la raza pecadora. Tal era el grande objeto y el fin á donde se dirigian los tipos alegóricos de la antigua ley; esto y no otra cosa prefiguraban los sacrificios de Abraham, Isaac, Jacob, Melquisedec y demás patriarcas profetas y sacerdotes, bien así como las ofrendas de todo el pueblo hebreo, destinado en los consejos providenciales á ser el depositario de la revelacion y de las tradiciones divinas durante cuarenta siglos. Por eso mientras vino cumpliendo esta mision augusta, á pesar de haber olvidado ingrato parte de las verdades cuyo depósito se le confiára, conservó fiel la práctica de inmolar anualmente el Cordero pascual, tipo misterioso del Cordero sin manchilla sacrificado, en lenguaje del Apóstol de Pathmos, desde el origen del mundo, porque desde entonces era él el único que, haciéndose responsable de los delitos de todos los siglos, presentárase como víctima agradable ante Dios para en su día consumir en el Calvario la grande obra de la redencion. Llegó en efecto ese día; subió á una cruz el Hijo del Escelso, hecho hombre por amor de la humanidad; vertió hasta la última gota de su sangre; lavó con ella las innumerables manchas del linage humano; reparó las quiebras causadas por la culpa original; franqueó á la descendencia desheredada de Adan las puertas de la patria celestial; y para satisfacer completamente sus ansias de salvar á todos los hombres pasados, presentes y venideros, perpetuó en la tierra ese mismo sacrificio, segun y en la forma que antes os manifesté.

Hed ahí, M. A. O., lo que es el sacrificio augusto de nuestros

altares, el mismo que en la Cruz ofreció Jesucristo en la plenitud de los tiempos, sin otra diferencia que el haberse verificado allí de una manera cruenta, y el renovarse aquí diariamente de una manera incruenta. Y siendo tal, como la fé nos enseña, é inmolándose en él el Hijo de Dios á todas horas como hostia impetratoria, expiatoria y propiciatoria, ¿cuánta no deberá ser la eficacia de esa oblacion para conseguir en favor de los fieles difuntos, cuyas almas yacen en el purgatorio, el alivio de sus penas y la abreviacion de sus tormentos? Ningun católico puede ni debe ignorar la doctrina de la fé en este punto. Está reconocido y sancionado por el Santo Concilio de Trento que el sacrificio adorable de la Misa no solamente se ofrece en la Iglesia universal por los pecados, las penas, las satisfacciones y demás necesidades de los fieles vivos, sino que tambien, y muy especialmente en sufragio de las almas de los que, habiendo pasado de este mundo en justicia y caridad, si bien adeudando á Dios alguna pena por sus faltas, estan expiando en el purgatorio lo que dejaron de satisfacer en la tierra (1). Por consiguiente, resulta que su virtud no se limita únicamente al mundo visible, sino que penetra á través del espacio, salva las lindes del tiempo, llega al mundo invisible, y allí como aquí produce los mas admirables efectos en favor de aquellos por quienes se hace al Señor esa ofrenda de incalculable precio. Lo que un rio caudaloso que estendiéndose por vastas llanuras derrama por donde pasa la fertilidad y la abundancia; lo que para el árbol frondoso en medio de abrasados desiertos para el fatigado viajero; lo que para el sediento caminante que atraviesa los eternos arenales del Africa un rico manantial de cristalinas aguas, eso mismo es para las ilustres víctimas del purgatorio la oblacion santa de nuestros altares. Mucho mejor que el Nilo para los habitantes de Egipto, derrama abundantemente la fecundidad y la vida en aquellas apartadas regiones donde todo lo agosta y seca el fuego de la venganza divina. Mas delicioso que el terebinto de Jacob, presta fresca y agradable sombra á aquellas almas sobre las cuales el sol ardiente de la justicia celestial lanza inclemente sus abrasadores rayos. Incomparablemente mas abundan-

(1) Conc. Trid. Ses. XXII. Can. 3. *sup. ol. .O. A. M. de bell.*

te que la roca de Moisés, brota sin cesar raudales copiosísimos de misericordia y de amor, con que se abreven aquellos desterrados y cobran fuerzas para llegar á la verdadera tierra de promision. Pero todavía hace mas ese augusto sacrificio; su influencia benéfica no solo alivia, suaviza y hace mas tolerables las penas del purgatorio, sino que satisfaciendo por ellas las condona, y de esta suerte abrevia el plazo fijado á la expiacion de aquellas almas predestinadas, y apresura la llegada del dia feliz de su libertad. ¿Y cómo pudiera no ser así cuando en él se inmola el mismo Jesucristo que en el Calvario satisfizo tan cumplidamente por los pecados de todo un mundo, cuando la misma sangre que en la cruz bastó sobreabundantemente para expiar las iniquidades de tantos siglos, humea sobre las sagradas aras y sube al cielo implorando clemencia en favor de los habitantes de aquella mansion tenebrosa? ¿Seria acaso ahora menos eficaz que entonces para aplacar la justicia del eterno Padre la voz del Hijo que intercede sin intermision por unos seres que le amaron, si quiera arrastrados por su fragilidad no le sirvieran tan fielmente como debian? Moisés afectado por la perversidad de su pueblo se aflige, llora, ruega al cielo, ofrece un sacrificio que al fin no era sino una figura típica del que en las aras del cristianismo se renueva diariamente; y sin embargo, Jehová se siente movido á compasion, cambia en clemencia su justo enojo, arroja los dardos con que se disponia á herir á Israel, disimula sus prevaricaciones, y por los merecimientos de su virtuoso caudillo queda libre del castigo que le amenazaba. Veces mil renueva aquella raza proterva su ingratitude, prevarica, insulta la paciencia de su Dios, provoca sus iras: y otras tantas, corriendo á los altares, hacinando sobre ellos víctimas propiciatorias, gritando compungido é implorando las divinas piedades, vuelve á desarmar el brazo vengador del Eterno. ¿Pues con cuánta mas razon se sentirá escitado á usar de compasiva clemencia en obsequio de las almas predestinadas del purgatorio, al contemplar á su mismo Unigénito inmolado sobre nuestros altares como una hostia aceptable, oponiéndose cual muralla de bronce á los tiros de la cólera celestial, deteniendo con su mano el robusto brazo de la indignacion divina, y exclamando: «; Mirad, Señor, el rostro de vuestro Cristo; observad

estas llagas que mi amor hácia la humanidad mas bien que el hierro aguzado por la ingratitud abriera en mis manos, piés y costado; contemplad esta sangre que aquí misticamente corre, la misma que realmente verti en el Calvario; fijad vuestra atencion en el que hoy en estado de víctima viene á interesarse en favor de unas almas justas, á quienes amo y por quienes soy amado, y sed con ellas misericordioso y benigno? ¡ Ah! ¡ Qué poderoso es ese grito! ¡ Qué eficaz esa plegaria! ¡ Qué fecunda esa oblacion! ¡ Qué abundante en resultados esa sangre preciosísima! No bien habrá llegado á las cárceles expiatorias una sola gota de ese licor divino, apenas haya resonado dentro de sus ámbitos esa oracion eterna, tan luego como ese eco haya herido los oidos de aquellos desterrados, la esperanza recobrá nuevo aliento; la alegría, el consuelo, la paz inundarán los corazones afligidos; el amor se sobrepondrá á la justicia; la misericordia ocupará el lugar de la venganza; la claridad del mas bello dia reemplazará á las horribles tinieblas de una noche casi interminable; y muchos de los cautivos recobrarán su libertad, trasladándose á las moradas eternas á aumentar los triunfos de la redencion.

Si, A. O. M., tal es el poder y la eficacia de ese adorable sacrificio para aliviar las penas de las almas del purgatorio. Nada hay que pueda resistirse ni oponerse á ella, por cuanto la santa Misa es la manifestacion mas grande del amor de un Dios-Hombre hácia la humanidad, y el misterioso anillo que eslabona la Iglesia militante con la purgante, poniéndolas en comunicacion directa de unos bienes eternos é imperecederos, cuya virtud es esencial á esa oblacion purísima, y en manera alguna depende de la dignidad ó indignidad de los que la ofrecen, como se espresa el Tridentino (1). Y es de notar la gran ventaja que en este punto como en otros muchos lleva el cristianismo á la antigua religion mosaica. Allí solo el gran sacerdote y por sola una vez cada año estaba autorizado para ofrecer al Señor un sacrificio expiatorio por los pecados del pueblo y de todas las generaciones, derramando sobre el altar de los holocaustos la sangre de las víctimas. Aquí, empero, no solamente un dia al año,

(1) Conc. Trid. loc. cit.

sino todos los días y en cada uno de ellos muchas veces, se renueva la ofrenda inmaculada del Cordero sin mancilla por los delitos de todo el linage humano; aquí la sangre de la gran víctima inmolada en el Calvario corre á torrentes sobre las aras del cristianismo á todas horas; y no ya solos los sacerdotes pueden ofrecer á Dios esa oblation sublime, como ministros del santuario, sino que tambien pueden hacerlo los fieles todos, asistiendo á ella y uniéndose al celebrante. ¡De este modo puso el cielo en nuestras manos ese tesoro inagotable con que tan fácilmente nos es dado enriquecer á nuestros hermanos difuntos, ya que ellos son de suyo impotentes para tomar de él lo que necesitan! ¡Con tanta liberalidad quiso Jesucristo hacernos dueños de los infinitos méritos de su sangre, para que pudiésemos rociar con ella aquellas regiones de llanto, y estinguir el fuego purificador! Por eso las almas del purgatorio la desean con tanto anhelo, la piden con tanta vehemencia, y esperan impacientes el momento del santo sacrificio, tan fecundo para ellas en gracias y dónes celestiales. Y no es de estrañar que así suceda. « En aquel momento, dice un ilustrado » escritor, al consagrarse la hostia, reúnen se todas las iglesias. Los » justos del cielo y de la tierra, los ángeles todos acércanse á Jesu- » cristo. La materia y el espíritu estan en el Verbo encarnado, que » todo lo comprende, todo lo encierra, y se consuma la Iglesia uni- » versal en esta unidad gloriosa. La sangre que se derrama conviér- » tese en manantial de la vida del mundo; todos los méritos, todas » las satisfacciones diman an del august o sacrificio, y van á perderse » allí incesantemente para volver á reproducirse sin cesar. Es el co- » razon del mundo, de donde se reparte la sangre á todos los miembros » para volver á subir á él y renovarse continuamente. La union es com- » pleta: los santos del cielo ruegan por nosotros y nosotros rogamos » por las almas del purgatorio... Véase cuántos desterrados podemos » restituir á la patria! » ¿Por qué, pues, A. O. M., no habiamos de procurar con el mayor ardor realizar esa union maravillosa que, segun Santo Tomás, denota la division de la hostia en tres partes, significando la mútua armonía y relacion en que deben vivir la Iglesia militante, la purgante y la triunfante, ya que del august o sacrificio de la Misa resulta tanta honra para Dios y para sus escogidos en el

cielo, tantos auxilios y gracias de salvacion para los que habitamos en la tierra, y un caudal tan inmenso de satisfacciones para las almas que padecen en el purgatorio?

Oid cómo se espresa á este propósito San Cirilo de Jerusalem. Si los parientes de un infeliz desterrado presentasen al príncipe una corona de oro para apaciguar su justa cólera, ¿no seria esto indudablemente un modo eficaz para obligarle á que abreviase el tiempo ó suavizase la pena del destierro? Pues bien, nosotros tenemos á nuestra disposicion, no ya una corona de oro corruptible que presentar al rey de las eternidades en favor de las infortunadas víctimas que gimen en el lugar de la expiacion, sino una cosa de mayor valia, un tesoro mas apreciable, un dón incomparablemente mas eficaz para ablandar el corazon de Dios; tenemos á su mismo Unigénito muerto por nuestros pecados; tenemos su sangre y sus méritos que nunca se agotan, y en el sacrificio de la Misa fácil nos es ofrecer esos presentes por nosotros y por nuestros hermanos difuntos á aquel que por su naturaleza es sumamente inclinado á la clemencia. ¿Qué hacemos, pues, cristianos? ¿Por qué somos tan negligentes en usar de un medio tan poderoso y eficaz de aliviar la suerte de nuestros hermanos difuntos? ¿Por qué, sacrificándose todos los dias y á todas horas el Cordero sin tacha que borra los pecados del mundo, nos descuidamos en llamar á su participacion á los que no lejos de nosotros estan hambrientos de esa carne divina? ¿Acaso las almas del purgatorio no estan en el caso de acudir á nuestro llamamiento? ¿Hay alguna cosa que las impida acercarse á ese festin de los ángeles? ¿No entran en comunicacion con nosotros en las solemnes horas de celebrarse la oblation incruenta de nuestros altares? ¿Puede algun obstáculo oponerse á que llegue á ellas la sangre de la augusta victima? ¡Oh! tengamos presente esta reflexion de San Juan Crisóstomo y no nos olvidemos de nuestros vecinos harto necesitados, pues para todos hay, á ninguno ha de faltarle, y mucho ha de sobrar despues que toda la gran familia haya tomado de esa infinita ofrenda lo que sus necesidades reclaman. Asistid con la mayor frecuencia posible al santo sacrificio, ofreciéndole en expiacion de esas almas predestinadas; recibid á Jesucristo en la santa comunion por via de sufragio

por los fieles difuntos, ya que ellos no pueden participar de ese pan de vida eterna; tomad en vuestras manos el cáliz de perpétua salud, y abrevándoos con la sangre del Hijo de Dios, enviad algunas gotas de ella á aquellas lóbregas regiones donde tantos hijos del padre celestial se ven devorados por una sed ardiente, y hambrientos desean recoger algunas migajas de las que caen de su divina mesa. No los dejéis gemir en la indigencia ahora que vosotros sois ricos y opulentos; no permitáis que lloren cuando vosotros os regocijais; no os mostreis insensibles á sus desgracias ya que vosotros disfrutais actualmente de tanta ventura. Quizás es un deber de estricta justicia, que no habeis cumplido, el que pesa sobre vosotros. Tal vez estan reclamando que mandeis celebrar ciertas Misas que por negligencia, descuido, olvido ó malicia omitisteis ofrecer en su alivio. Y aun cuando solo por una obligacion de caridad debais hacerlo, ¿qué os cuesta? ¿No podeis fácilmente aplicarlas los preciosísimos frutos del augusto sacrificio con solo asistir á él llenos de piedad, recogimiento y fervor? Pues hagámoslo, A. M., si puede ser todos los días; presentemos al Señor esa ofrenda de incalculable valor, esa prenda de valor infinito, ese dón que escede á todos los dónes; allí durante la oblacion propiciatoria roguémosle por todos los que murieron en el ósculo santo; importunémosle que por los méritos de la sangre del nuevo testamento haga salir luego del lago profundo del purgatorio á todos sus infortunados cautivos, y no dudemos que la misericordia divina correrá á estrecharse con la justicia, arrancará de ella un decreto de amnistía en favor de los objetos por cuya suerte nos interesamos, y tendremos la dicha indefinible de volverlos al seno de Dios, en donde con ellos lograremos unirnos un dia por toda la eternidad.

SERMON

PARA EL OCTAVO DIA DE LA NOVENA.

ES UNA VERDAD CONSTANTE QUE LA LIMOSNA, DADA EN SUFRAGIO DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO, TIENE UNA VIRTUD EXPIATORIA QUE LLEGA Á LOS HABITANTES DEL MUNDO INVISIBLE, COMO MIEMBROS QUE SON DE LA IGLESIA, EN COMUNION PERFECTA CON LOS HABITANTES DEL MUNDO VISIBLE.

Eleemosyna à morte liberat, et ipsa est quæ purgat peccata, et facit invenire misericordiam et vitam æternam.

La limosna libra de la muerte, purga los pecados, y alcanza la misericordia y la vida eterna.

TOBLE XII. 9.

ENTRE las obras de piedad que, segun el dicho de San Agustin ya citado en uno de mis anteriores discursos, contribuyen á aliviar las penas de las almas del purgatorio, despues de la oracion, llave poderosísima del cielo, y del incruento sacrificio de la Misa, accion la mas sublime y meritoria del culto católico, se recomienda tambien la limosna, como un medio eficazísimo de expiar las faltas de los que salieron de esta vida sin haber satisfecho completamente á la justicia divina. Si yo hubiese de hablar á ciertos espiritus superficiales, que, afectando una despreocupacion que raya en repugnante cinismo, se burlan insolentes de todas las prácticas cristianas, cual si solo fuesen dictadas por el fanatismo de la ignorancia, de seguro, ó me abstendria de tratar esta materia, ó la presentaria bajo un aspecto muy distinto, en el terreno de una discusion templada, sí, pero al propio

tiempo enérgica y concluyente. «¿Qué relacion, dicen ellos, hay ni puede haber entre una limosna dada al indigente, y la expiacion de las penas que segun el dogma católico sufren las almas en el purgatorio? ¿De qué puede aprovechar á los que allí gimen bajo la accion de una justicia vengadora, las obras de misericordia que aquí practican los hombres viadores? ¿Qué utilidad es capaz de reportar á unos seres que dejaron de existir, la moneda arrojada en la mano del pordiosero, el pedazo de pan dado al hambriento, el vaso de agua alargado al que tiene sed, y otras acciones semejantes? ¿Podrán ellas por ventura extinguir la sed abrasadora de justicia que devora á aquellas almas infortunadas, calmar su insaciable hambre de eterna bienandanza, y verter un rocío benéfico que neutralice los efectos del fuego purificador?» ¡Menguados! ¡Qué poco conocen el realce que la caridad divina da á la menor accion ejecutada en nombre y por amor de Jesucristo! ¡Cuán mal han comprendido el precio inestimable que adquiere la mas liviana obra de misericordia, unida á los infinitos merecimientos del Redentor del mundo! ¡Qué ideas tan mezquinas se forman de lo que es la comunión de los santos, y cuán ciegos se muestran cuando no ven esa cadena misteriosa que une á los moradores de ambos mundos, haciendo llegar á los del invisible todo cuanto de bueno y meritorio hacen los del visible!

Pero no es á estas inteligencias obstinadas y aviesas á las que debo dirigir mis palabras, cuando, fundado en el testo del libro de Tobias con que encabecé mi discurso, vengo á recomendar á los cristianos la limosna como un dón sumamente aceptable á Dios y no poco beneficioso á las almas del purgatorio, ofrecido en obsequio de ellas por via de sufragio. No era un sér humano, sino un ángel, uno de los principales ministros del rey de las eternidades, quien de esta suerte hablaba á la virtuosa familia del cautivo de Nephtali: «Buena es la oracion acompañada del ayuno, y el dar limosna mucho mejor que ocultar en las entrañas de la tierra cuantiosos tesoros; pues la limosna libra de la muerte, purga los pecados, y alcanza la misericordia y la vida eterna.» *Bona est oratio cum jejunio, et elemosyna magis quam thesauros auri recondere: quoniam elemosyna á morte liberat, et ipsa est quæ purgat peccata, et facit invenire*

misericordiam et vitam æternam. Esta doctrina, aceptada por el cristianismo, sancionada solemnemente por la Iglesia católica, y practicada de tiempo inmemorial por sus fieles hijos, es la que hoy me cumple desenvolver, manifestándoos «de cuán grande utilidad es para aliviar las penas del purgatorio la limosna ofrecida en sufragio de las almas que allí padecen bajo la acción de la divina justicia, puesto que, sobre la virtud meritoria que á ella está vinculada en bien del que la practica, tiene además otra virtud expiatoria que alcanza á los habitantes del mundo invisible, en cuanto son miembros del cuerpo místico de Jesucristo, y viven en comunión perfecta con los de la Iglesia militante.» Plegue al cielo que yo acierte á tratar dignamente este interesante asunto, á cuyo fin prosternados ante los santos altares, imploraremos los auxilios divinos por la intercesión de la Santísima Madre del Redentor, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Dos cuestiones surgen en este momento, de cuya solución pende la demostración del punto que hoy nos ocupa. Todo está reducido á saber, primero: si la limosna tiene de suyo eficacia suficiente para merecer al que la hace gracias y auxilios espirituales en orden á su salvación; segundo: si esta eficacia puede llegar á los difuntos por cuyas almas se ofrece, en virtud de cesión voluntaria hecha por los vivos de sus obras meritorias.

Respecto del primer punto no puede haber la menor duda, puesto que tanto en las Sagradas Escrituras como en los monumentos de la tradición, se halla recomendada la limosna como una de las acciones más gratas á Dios y á la que están vinculadas magníficas recompensas. ¡Cuán admirables son las relaciones que esa virtud establece entre el hombre y Dios! Siquiera sea cierto que rigurosamente hablando, ni el Criador puede contraer deuda alguna con sus criaturas, ni estas á su vez conferir el menor beneficio al autor de su

existencia, no es menos evidente que, en fuerza de un privilegio extraordinario y todo divino, la limosna hace á Dios en cierta manera deudor del hombre, y al hombre bienhechor de su Dios. Al expresarme así, nada digo que no esté fundado en pasages harto esplicitos de los libros santos. En una parte leo: «El que dá limosna al pobre presta al Señor un servicio que queda obligado á recompensar con usura (1).» Ved ahí á Dios constituido deudor del hombre caritativo. Pero, ¿en dónde hallaremos al hombre bienhechor de Dios? ¡Ah! Abrid el Evangelio y allí encontrareis estas admirables palabras pronunciadas por el mismo Jesucristo: «Asegúroos que todo cuanto hiciéreis en obsequio del menor de los desgraciados, me lo haceis á mí mismo (2).» ¿Puede estar mas terminante este testo? ¿Quién no ve ahí á Dios recibiendo del hombre un beneficio y confesándose deudor de él? Y tanto es así, que no pudiendo el Señor satisfacer sus deudas sino como lo que es, es decir con una largueza divina, con una liberalidad sin límites, él mismo ha prometido pagar al hombre el bien hecho á sus semejantes en nombre suyo, con una medida buena, llena, colmada sobre abundante, con lo infinito, eterno é imperecedero (3).

Pero no se limita á esto la eficacia de la limosna. Fuera de las recompensas que para el porvenir reserva Dios al que la dá, ¿no es tambien en la vida presente un medio poderosísimo de expiar los defectos y de proporcionarse el pecador auxilios oportunos, gracias de reconciliacion, y dónes celestiales que le ayuden á caminar por el recto sendero de la virtud? Oid, M. A. O., las magníficas palabras con que se espresaba el Señor por boca del profeta Isaías: «Cuando abrieres tus entrañas para socorrer al hambiento, y consolaras al alma angustiada, nacerá para tí la luz en las tinieblas, y llenaré tu alma de una claridad divina. Cuando el vicio haya penetrado hasta tus huesos, yo le arrancaré de allí, y haré brotar de tu corazon

(1) *Fœneratur Domino qui miseretur pauperis, et vicissitudinem suam reddet ei. Prov. XIX. 17.*

(2) *Quod uni ex minimis meis fecistis, mihi fecistis. Matth. XXIV. 40.*

(3) *Mensuram bonam, et confertam, et coagitatam, et superfluentem dabunt in sinum vestrum. Luc. VI. 28.*

un manantial perenne de aguas vivas para lavar tus manchas, y te franquearé mi seno para que en él disfrutes un eternal reposo (1).» Por otra parte vemos consignado en varios pasages de ambos testamentos que con la limosna puede el hombre redimir sus pecados (2); que ella resiste y hace frente á la culpa, lo mismo que el agua apaga las llamas, asegurando al que la hace un apoyo eficacísimo en Dios, que se digna aceptarla como un bien propio (3); que libra al alma de la muerte eterna, y evita al hombre caer en las tinieblas perdurables del infierno (4); y por último, que quien se muestra generoso con el indigente lava las horrruras de su alma y queda limpio de las manchas que le afeaban (5). Se me objetará tal vez que estos textos no deben entenderse literalmente, pues en tal caso habria que decir que la limosna basta por sí sola para justificar al pecador, lo cual no puede admitirse en los principios católicos. Tampoco yo los entiendo en ese sentido, y si únicamente en el concepto de que teniendo la limosna una doble virtud meritoria y expiatoria, no solo es eficaz para inclinar á Dios á ejercer su misericordia con el culpable, si que tambien puede obtener de él gracias de conversion, y moverle á que tome en cuenta la beneficencia ejercida con sus miembros infortunados, para condonar al que con este objeto les practica las deudas que pecando contragera.

Baste lo dicho con relacion al primer punto de mi proposicion, y pasemos al segundo que es en la actualidad el mas interesante. Supuesta ya como doctrina corriente la eficacia de la limosna respecto del que la dá á los miembros desvalidos de Jesucristo, ¿puede esta eficacia estenderse á las almas del purgatorio? O lo que es igual, ¿pueden los miembros de la Iglesia militante, en virtud de una accion voluntaria de sus obras de misericordia hecha en favor de las víctimas que allí expian sus faltas, ayudarlas, socorrerlas, prestarles servicios positivos, conseguir para ellas la disminucion de sus

(1) Isaiaë. LVIII. 11.

(2) Dan. IV. 24.

(3) Ecc. VII. 33. 34.

(4) Tob. IV. 11. 12.

(5) Luc. XI. 44.

tormentos, abreviar el plazo de su destierro, y acelerar el momento de su libertad? A la verdad, M. A. O., que no concibo fácilmente cómo puede haber duda sobre esto en una inteligencia sana y medianamente ilustrada, á no estar poseida del espíritu de error y empeñada en cegarse á la luz de la evidencia. ¿No hemos demostrado ya suficientemente la perfecta armonía, la comunión constante que une con vínculos indisolubles á los habitantes del mundo visible con los del invisible? ¿No hemos evidenciado que en virtud de esa comunión maravillosa, los miembros de la Iglesia militante pueden hacer á los de la purgante participantes de todas sus buenas obras, y estos á su vez utilizarse de ellas y conseguir por su medio el alivio de sus padecimientos? Pues bien, á menos de negar este dogma del catolicismo, á menos de demostrar que la limosna no es una acción virtuosa y meritoria, ¿cabe en el buen sentido rechazarla como sufragio ofrecido por esas almas predestinadas? ¿Que no pueden concebir que un pedazo de pan dado al pobre, una mezquina moneda arrojada en la mano del indigente, un servicio insignificante prestado al desgraciado, pueda reportar ningun provecho á los que no viven en este mundo! Hed ahí la gran prueba, la poderosísima razón en que el error funda sus doctrinas en este punto. Y porque él no comprenda los secretos resortes de la caridad; porque para él sea un enigma indescifrable cómo las buenas obras de los justos vivos traspasan los límites del tiempo y llevan su virtud fecundante hasta el seno mismo de la eternidad, ¿será ya un motivo suficiente para negar lo que escede á su comprensión? Hagannos ver ante todo que la muerte despedaza la gran cadena formada por una religión de amor, y con la cual eslabona á los vivos con los difuntos poniendo en contacto á los que aquí caminan hácia la patria celestial con los que en el purgatorio esperan el día de posesionarse de ella, y entonces nos entenderemos, ya no habrá cuestion posible. ¡Mas cómo! ¿No son los mismos que afectan no creer en el dogma consolador de la comunión de los santos, los primeros que arrastrados de un impulso instintivo, van á llorar sobre las cenizas de los que en el mundo amaron, y á ofrecer fúnebres obsequios cabe la tumba que encierra los restos queridos de un hijo, de una esposa, de un hermano, de

un amigo? Si nada hay que pueda ya fomentar vuestras relaciones con esos seres que dejaron de existir, ¿á qué vais á turbar su reposo? ¿A qué verter llanto sobre las frias losas que cubren un cadáver? ¿A qué mostraros enternecidos hácia quien es incapaz de reportar fruto alguno de vuestra ternura? Mejor seria los olvidáseis para siempre, que no formar sobre sus sepulcros votos estériles, deseos irrealizables, aspiraciones sin resultado. Y si por el contrario, á despecho de vuestra afectada incredulidad, todavía prepondera en vosotros el sentimiento de que vuestras lágrimas, vuestra ternura, vuestro amor, vuestros deseos, pueden traspasar las lindes de lo visible y llegar á las regiones invisibles, ¿con qué derecho negareis esta misma virtud á la limosna? ¿Por qué ésta no ha de ser útil y provechosa cuando en sufragio de las almas de nuestros hermanos difuntos la ejercemos en nombre y por amor de Dios? Sed ante todo lógicos, sed consecuentes, si no quereis que vuestra oposicion se califique de impía, sistemática, altamente injuriosa al Señor, sobradamente inhumana y cruel con relacion á las criaturas.

Discurramos, A. M., según los principios de la religion para descender despues á consecuencias racionales. Es inconcuso, según queda ya indicado, que Jesucristo acepta como hechas en su obsequio todas las obras de cristiana misericordia que ejercitamos en beneficio de sus miembros místicos los pobres y desvalidos. Hé aquí cómo en esta materia hablaba ese Salvador divino: «Cuando venga el Hijo del Hombre con toda su majestad, y acompañado de sus ángeles, hará comparecer delante de sí á todos los pueblos, y separará á los unos de los otros poniendo á unos á la derecha, y á otros á la izquierda. Entonces dirá á los de la derecha: Venid benditos de mi padre á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedásteis, estaba desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitásteis; encarcelado, y vinisteis á verme. A lo cual repondrán los justos: Señor; ¿cuándo te vimos nosotros hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber; peregrino, y te hospedamos; desnudo, y te vestimos; enfermo ó encarcelado, y te visitamos? Y el rey por toda res-

puesta les dirá : Os aseguro que siempre que lo hicisteis con alguno de mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis (1).» Ahora bien, M. A. O., decidme: si Jesucristo acepta cómo propias todas esas obras de caritativa piedad en el hecho de dirigirse á unos seres desgraciados, por quienes se interesa y á quienes mira como hermanos, miembros de sus miembros, y carne de su carne: ¿qué razon hay para escluir á las almas del purgatorio de esa misma participacion en nuestras buenas obras, de ese mismo interés con que el Señor mira á los pobres, de esa misma caridad con que hace suyos los servicios que los prestamos? ¿No son tambien ellas, y con mas altos títulos, acreedoras al amor de un Dios que las purifica para hacerlas dignas de poseerle? ¿No son sus miembros místicos, sus hermanas, sus hijas, sus esposas, las que en las cárceles expiatorias gimen ausentes de la patria celestial? ¿No son tanto mas dignas de compasion, cuanto mayor es la imposibilidad en que se hallan de obtener por sí el mas liviano alivio en sus terribles penas? Cuando en sentir de los padres de la Iglesia, Dios padece en cierto modo al ver que no le es dado dejar de castigarlas sin menoscabar los derechos de su justicia, y desea ardientemente que los vivos le ofrezcan por ellas expiaciones y sacrificios, ¿podria dejar de complacerse en que los hombres con sus limosnas y demás acciones de beneficencia cristiana le faciliten el medio de usar con ellas de su clemencia? ¿Quién mas pobre que esas almas colocadas en un estado de horrible esterilidad en que, sufriendo dolores inconcebibles, ningun merecimiento adquieren con ellos? ¿Quién mas desnudo que esas almas que, despojadas de toda posibilidad de obrar el bien, solo las resta el triste consuelo de la esperanza en nuestros sufragios? ¿Quién mas hambiento que esas almas que sin cesar anhelan alimentarse con la esencia divina, y solo tienen por alimento llamas inestinguibles? ¿Quién mas sediento que esas almas devoradas por el deseo ardiente de lanzarse á las fuentes purísimas de la inmortalidad, y que sin embargo no obtienen mas que lágrimas, y se ven obligadas á apurar las amargas heces del caliz de la cólera divina? ¿Quién mas cruelmente encarcelado que esas almas

(1) Matth. XXV. 31. et seq.

á quienes la justicia tiene aherrojadas con cadenas inquebrantables, viendo su patria y sin poder entrar en ella, sintiendo impulsos irresistibles á volar al cielo é impotentes para moverse del fatal poste á que las ató la huesuda mano del Eterno, haciendo esfuerzos desesperados por salir de aquella negra prision y viendo apretarse cada vez mas los hierros que las oprimen? Y siendo así, ¿será posible que la limosna, tan grata y aceptable á Dios en obsequio de los que viviendo sufren los efectos de la adversidad, no lo sea respecto de los muertos, cuyas almas padecen en el purgatorio bajo la accion de la divina justicia? ¿No ha de alcanzar á esas almas predestinadas aquella expresion de inefable consuelo: «Lo que hicisteis por uno de los míos, por mí lo hicisteis?» ¿Habrán de considerarse de peor condicion, por el hecho de ser mayor su desgracia? ¿Habrán de ser menos dignas de la compasion de un Dios infinitamente bueno y misericordioso, por lo mismo que mas las ama y anhela coronarlas?

¡Qué doctrinas tan desconsoladoras! ¡Qué dogmas tan inhumanos! ¡Qué sentimientos tan crueles é injustos! Diré aun mas: ¡Qué inconsecuencia! ¡Qué barbaridad la del error, cuando así intenta privar á las almas del purgatorio del fruto de las obras misericordiosas de los fieles! ¿Es acaso que estos no las pueden ceder espontáneamente el mérito de sus limosnas? ¿Quién les impide comunicarlas esa virtud expiatoria de que ellos pudieran utilizarse solos? Una de dos: ó los difuntos han cesado de pertenecer á la Iglesia, ó no; ó son hijos de esa madre comun, ó esta los ha lanzado de su seno. Afirmar esto último seria una impiedad contraria á la fé; luego fuerza es convenir en que, viviendo en comunion perfecta con los miembros de la Iglesia militante, estos pueden llamar á sus hermanos de la Iglesia purgante á disfrutar de sus buenas obras, cederles la parte expiatoria que ellas envuelven, ofrecerla en sufragio por su eterno descanso, y obtener por este medio la abreviacion de sus penas, ó su completa libertad. Pues bien, cuando se haya demostrado que la limosna se halla fuera del catálogo de las acciones virtuosas, santas, meritorias, expiatorias, y aceptables delante de Dios, entonces podrá sostenerse que es inútil á las almas del purgatorio; pero mientras lo contrario sea, como es, una doctrina basada en la revelacion, de-

mostrada en las divinas Escrituras, sancionada por la tradicion de todos los siglos, el error habrá de enmudecer indispensablemente ante una nube de testimonios tan concluyentes é irrecusables. Asi han pensado los hombres mas sábios y los mas eminentes génios de todas las edades; así lo ha enseñado constantemente la Iglesia universal; este ha sido el eco de todas las naciones; y los Gerónimos en Palestina, y los Emilios en Capadocia, y los Efrenes en Mesopotamia, y los Ambrosios en Milan, y los Crisóstomos en Antioquia, y los Agustinos en Africa, y todos los padres á la vez han inculcado la limosna como uno de los mas poderosos y eficaces medios de aliviar los sufrimientos de las almas del purgatorio, de expiar por ellas las penas que tienen que satisfacer, y de acelerar el momento de su eterna bienaventuranza.

Así es, católicos, como la Iglesia muestra ser verdadera y tierna madre nuestra en el tiempo y despues del tiempo, durante nuestra vida y mas allá del sepulcro, donde nos abandonan todas las afecciones humanas. Seamos pues sensibles á sus maternales sentimientos; corramos al socorro de las almas de nuestros hermanos difuntos que todo lo esperan de nosotros. No nos piden nuestras riquezas, no solicitan nuestros bienes, no ambicionan nuestros tesoros; solo piden, desean, y nos suplican que seamos caritativos con el pobre, que derramemos nuestras ofrendas en las manos del indigente, que socorramos al desvalido, que protejamos al huérfano y á la viuda, que seamos generosos con los miembros menesterosos de Jesucristo, por cuanto haciéndolo así, nuestras buenas obras refluyen en beneficio de ellas; tanto que si Jesucristo acepta como suyo el bien hecho en su nombre á los necesitados, ellas mas necesitadas que nadie, están en el caso de poder decir con las palabras de ese Salvador amante: «Cuanto hicisteis por cualquiera de esos desgraciados, por nosotras lo hicisteis.» Como tal lo recibe el Señor, como tal lo recibimos nosotras, y es imponderable el consuelo que nos reporta, el bien que nos proporciona, la dicha que nos merece, la bienandanza que nos facilita la limosna hija de la caridad, producto de la mas bella y divina de todas las virtudes: *Quod uni ex minimis meis fecistis mihi fecistis.* ¡Oh! ¿Seria posible que con nuestra incalificable insensi-

bilidad diésemos motivo á que esas ilustres víctimas nos apostrofasen un dia amargamente diciéndonos: «Tuvimos hambre, y no nos disteis de comer; estuvimos sedientas, y no refrigerásteis los ardores que nos abrasaban; nos vimos desnudas, y no nos abrigásteis; yacíamos apri- sionadas, y no nos visitásteis?» No, M. A. O., evitemos tan terrible apóstrofe. ¡Dichosos nosotros si á tan poca costa logramos descerrajar aquellos subterráneos calabozos, hacer caer las fuertes murallas que impiden la entrada de la Sion celeste, romper el valladar insuperable que la cólera divina levantó entre él y aquel lugar de expiacion, y decir á los prisioneros que en él están aberrojados: «Salid de ahí, respirad el aire de la libertad, contemplad el bello cielo de la patria y volad á uniros para siempre al objeto de vuestras ánsias!» Multi- pliquemos nuestras limosnas, y formemos con ellas un rocío refrige- rante que temple al menos el ardor del fuego expiatorio. Manifieste- mos prácticamente que no nos son menos caros ahora esos objetos que tanto amábamos en la tierra; vean, sí, que la tumba no ha podido amen- guar nuestro cariño, que los hemos seguido mas allá de este mundo visible, que donde quiera comunicamos con ellos y nos inspiran idéntico interés, que tomamos parte activa en sus desgracias y no nos es indiferente su dicha. De esta suerte no solo lograremos com- prar con nuestras pequeñas ofrendas la libertad de esas almas desterradas, sino que con ellas habremos adquirido tambien amigos poderosos, que un dia recompensarán abundantemente nuestros servicios, é intercederán por nosotros, facilitándonos la posesion de la suprema bienandanza que aspiramos á disfrutar en la gloria.

SERMON

PARA EL ÚLTIMO DÍA DE LA NOVEVA.

LOS MAS PODEROSOS MOTIVOS DE RELIGION, DE HUMANIDAD Y DE PROPIO INTERÉS NOS OBLIGAN Á NO DESATENDER LAS SÚPLICAS DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO, Y Á OFRECER POR SU ETERNO DESCANSO EXPIACIONES Y SACRIFICIOS, PUESTO QUE HACIÉNDOLO LLENAMOS LOS MAS ALTOS DEBERES DE LA CARIDAD HACIA DIOS, HACIA NUESTROS PRÓJIMOS Y HACIA NOSOTROS MISMOS.

Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos, amici mei, quia manus Domini tetigit me.

Apiadaos de mí, apiadaos de mí, vosotros al menos que fuisteis mis amigos, pues me ha herido la mano del Señor.

JOB, XIX. 21.

CUANDO con viva fé y piadoso recogimiento nos acercamos á esos fúnebres símbolos de nuestra mortalidad y escuchamos el mudo pero elocuente lenguaje de la religion que habla á nuestros corazones enternecidos, no podemos menos de experimentar hondas sensaciones y tristes reminiscencias. Del fondo de los sepulcros do yacen los objetos que un dia amábamos con delirio, parece surgir un grito penetrante que nos dice con el santo Job: «Apiadaos de mí, apiadaos de mí, vosotros al menos que fuisteis mis amigos, pues me hallo herido por la mano del Señor:» *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos, amici mei, quia manus Domini tetigit me.* Y de hecho, C. O., tales son los lastimeros acentos que desde el purgatorio resuenan continuamente en la tierra; ecos de unas almas justas, predestinadas,

queridas de Dios, pero que impotentes por sí solas para merecer el alivio de sus crueles sufrimientos apelan á la ternura y compasion de los que todavía pueden ayudarlas á salir de aquel fuego expiatorio; ecos de unos seres que, si bajo el concepto de cristianos tienen derechos incontestables á nuestros sufragios, por cuanto son miembros de un mismo cuerpo místico y hermanos nuestros en Jesucristo Salvador inefable del mundo, bajo el punto de vista de la humanidad estrechanlos con nosotros los mas sagrados vínculos, de que no pudiéramos desentendernos sin incurrir en la nota de la mas negra ingratitud. ¡ Ah! Tal vez esos ayes, esos suspiros, esas plegarias arrancan de unos pechos que en otro tiempo nos profesaron el mas ardiente cariño, y á quienes juramos solemnemente no olvidar jamás aun cuando nos separase un abismo imposible de salvar. Quizás son los lamentos de los compañeros de nuestra infancia, que formaban en dias mejores las puras delicias de una edad tan rica en inocentes ilusiones. Acaso son los gritos de los que nos dieron el sér humano, á quienes tantos desvelos, tantas amargas y sinsabores tantos costos nuestra educacion, que por nosotros se sujetaron á las privaciones mas sensibles, y á trueque de establecernos honrosamente y de proporcionarnos un brillante porvenir hicieron los mas costosos sacrificios. Y ahora que ausentes de nosotros reclaman nuestros auxilios, solicitan no ya nuestros bienes, que para nada los necesitan, sino nuestras oraciones y ofrendas, y con el acento del mas indefinible quebranto nos piden trabajemos por alcanzarles la libertad, por la que con tanto anhelo suspiran, ¿ enmudeceríamos á la doble voz de la religion y de la naturaleza que en favor de ellos se interesan? ¿ Seríamos insensibles á sus penas? ¿ No nos afectarían sus infortunios? ¿ Los dejaríamos clamar inútilmente en aquellas abrasadoras llamas? ¿ Permitiríamos que la huesuda mano de la divina justicia cayese sobre ellos con todo su peso, sin procurar atenuar sus redoblados golpes?

No creo que á tal exceso llegue vuestra indiferencia, que en tal caso me atreveria á calificar de altamente criminal. No puedo concebir en vosotros una inhumanidad tan punible que os haria acreedores al anatema de un Dios cuyo amor hacía las almas del purga-

torio no podeis ignorar, como que solo las separa de él una débil barrera, y estan llamadas á gozar en un plazo mas ó menos breve de su perdurable bienandanza. Y cuando vosotros podeis hacer en alivio de ellas lo que á ese mismo Dios le es imposible, por cuanto su justicia le ata en cierto modo las manos para que no use con ellas de indulgencia; cuando os es tan fácil quebrantar las cadenas que las oprimen y desarmar el brazo omnipotente que las hiere y purifica; ¿qué excusa dariais á vuestra inconcebible apatía?

Harto graves y poderosos motivos he ofrecido á vuestra compasion en obsequio de esas almas infortunadas, durante estos dias consagrados á su memoria. Las habeis contemplado padeciendo penas indecibles bajo la accion de un fuego encendido por la cólera divina é incansable en atormentarlas; las habeis considerado sumergidas en una angustia incomparable, ausentes del Dios á quien aman, y rechazadas por el único objeto de sus suspiros; las habeis visto víctimas de una incertidumbre mas penosa y afflictiva que todos los demás suplicios que allí experimentan, pues saben que estan predestinadas para reinar en la gloria y no saben cuándo llegará el momento de su libertad; habeis oido la admirable conformidad de todos los cultos y el grito unánime de la tradicion que aboga en su favor; habeis escuchado, en fin, la beneficiosa influencia que la oracion, el incruento sacrificio, la limosna y demás obras de cristiana piedad ejercen en el porvenir de esos ilustres cautivos. ¿Qué mas pudiera yo deciros para escitar vuestro interés? Sola una cosa me resta para coronar este religioso Novenario, y es demostraros «el gravísimo deber que nos incumbe de hacer sufragios en alivio de las almas del purgatorio por las mas altas razones de religion, de humanidad y aun de propio interés, puesto que haciéndolo asi cumplimos lo mas sublime de la caridad con relacion á Dios, á nuestros prójimos y á nosotros mismos.» Materia interesantísima que exige toda vuestra atencion, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Despues de las poderosissimas consideraciones que en el curso de esta santa Novena vengo esponiéndooos en favor de las almas del purgatorio, poco ó nada me resta deciros en este punto, para demostrar el gravisimo deber en que estais de hacer sufragios por su eterno descanso. Sin embargo, reasumiendo brevemente cuanto de mas interesante y capaz de mover nuestros cristianos corazones nos ofrece el catolicismo en la materia que nos ocupa, os diré que la caridad, alma de todo el sistema religioso, cimiento del místico edificio fundado por el divino Salvador en la tierra, corona y complemento de todas las virtudes prescritas en el Evangelio, obliganos bajo un triple aspecto á socorrer á nuestros hermanos difuntos y prodigar á sus almas todos los consuelos que está en nuestro poder facilitarlas. En efecto, si es indudable que en fuerza de un precepto divino debemos amar á Dios, á nuestros prójimos y á nosotros mismos, la devocion hácia esas almas predestinadas nos proporciona el medio de cumplir en toda su estension esos tres puntos esencialissimos de la religion católica. Elevando desde luego nuestras miradas hácia el cielo, dirigiéndolas despues al fondo de la tierra, y lanzándolas últimamente en nuestro derredor, cumplimos toda la justicia con relacion á Dios, á quien glorificamos, con relacion á sus amigos cuya libertad y bienandanza procuramos, y con relacion á nosotros mismos, que en el mero hecho de ejercer esos actos sublimes, adquirimos nuevos méritos conducentes á nuestra salvacion.

Y en primer lugar, ¿quién duda que interesándonos en favor de las almas del purgatorio ejercemos una accion sumamente aceptable ante Dios, procurando promover y fomentar su gloria? No es el Señor semejante al hombre; sus ideas distan tanto de las del hijo del polvo como el cielo de la tierra. El hombre desea, apetece, busca la venganza, se goza en ella, y aunque este sea entre todos los placeres el mas injusto é inhumano, mírase arrastrado hácia él con

una avidez desmesurada y un furor sin ejemplo. Dios, por el contrario, como que es todo amor, todo caridad, todo clemencia, cuando su justicia le pone en el caso de castigar á los culpables, parece que lo hace como forzado y á despecho de sus sentimientos paternos. De ahí el quejarse amargamente, como nos lo manifiestan las sagradas Escrituras, de que los mortales provoquen su cólera con su impiedad y le violenten á ejercer contra ellos su venganza. De ahí el desear que los justos desarmen su brazo y procuren evitar los golpes que á pesar suyo se ve obligado á descargar sobre la humanidad pecadora. ¿Con cuánta mas razon deseará, pues, esto mismo respecto de unas almas á quienes su inflexible justicia castiga, sin poderlo evitar el ardentísimo amor con que las distingue, sobre quienes pesa su robusto brazo con harto sentimiento de su corazón paternal, que sufre al verlas hechas temporalmente objetos de su cólera, cuando su deseo mas vehemente es colmarlas de sus celestiales favores? Luego haciendo por ellas oraciones, sufragios, limosnas, sacrificios y todo género de obras expiatorias, ayudándolas á salir cuanto antes del fuego purificador, respondemos dignamente á los mas ardientes deseos de Dios, nos identificamos con sus mas sublimes sentimientos, obramos en armonía con sus mas bellas aspiraciones, arrancamos en cierto modo de su mano el terrible azote con que las affige y castiga, le facilitamos el único medio de usar con ellas de misericordia, y devolviéndolas completamente á su amistad, y removiendo los obstáculos que se oponian á que ellas pudieran volar á su seno, no solamente le complacemos en gran manera, sino que realizamos los mas altos fines de su providencia, de su justicia, de su amor, de su clemencia y de su grandeza. ¿Y qué mayor satisfaccion puede haber para un cristiano que ser el instrumento de la reparacion que aquellas almas justas no pueden dar al Señor por sí mismas, constituyéndose, en virtud de un sacrificio voluntario y sublime, fiador de las deudas que aquellas contrajeron? ¿Qué honra mas incomparable puede caberle, que la de proporcionar á Dios nuevas alabanzas, enviando al cielo multitud de justos que en lo sucesivo no se emplearán sino en glorificarle y ensalzarle por toda la eternidad? ¿Qué gozo mas positivo puede experimentar, que el que le resultará de haber defendi-

do ante la majestad divina la causa de unas almas tan amadas del Señor, dándole ocasion de hacerlas para siempre felices, pulsando así la fibra mas delicada y sensible de su corazon amante? ; Qué apostolado tan heróico ejerce el hombre, cuando inspirado por las ideas de la religion va á buscar en el fondo de la tierra y al otro lado de este mundo visible almas santas, corazones llenos de amor, que formando coro con las gerarquías celestes, entonen por siglos y siglos el himno de triunfo, bendicion y gloria que aquellas cantan al Dios de las alturas! El cristiano que adopta esa devocion tan recomendada por la Iglesia, llena el mas alto deber de la caridad divina; pues cual si no bastára á su ardiente celo que las criaturas todas se hiciesen aquí otras tantas lenguas para ensalzar y alabar á su Rey y soberano, dice: «Puesto que solo en el cielo es donde se ama á Dios perfectamente yo poblaré cuanto me sea dable aquella region de eterna luz; yo multiplicaré sus moradores, sacando del purgatorio unas almas que nada anhelan tanto como consagrarse sin reserva á bendecir y amar al que solo es digno de amor y de alabanza; yo quebrantaré las cadenas que las impiden remontar hácia él su vuelo; yo las estraeré de aquellas abrasadoras llamas, para que cuanto antes satisfagan sus ansias, y mi gozo no será cumplido hasta que no haya ni siquiera una que no se emplee en dar gloria al Cordero por los siglos de los siglos.»

Pero no es únicamente un motivo de caridad hácia Dios el que nos obliga á desarrollar todo nuestro interés en obsequio de esas almas justas; tambien el amor del prójimo viene á sancionar y corroborar este deber que nos impone la religion. ¿Acaso han cesado de ser nuestros hermanos ó han caducado sus imprescriptibles derechos á nuestros fraternales servicios? ¿No hemos demostrado ya hasta la evidencia que la muerte lejos de quebrantar esos vínculos sagrados que á nosotros les unian en la tierra, no ha hecho sino asegurar mas los fuertes eslabones de esa misteriosa cadena, que nos une á todos los miembros de la Iglesia militante y purgante con Jesucristo nuestra cabeza? Y siendo así, ¿cuánto no se acrecientan nuestros deberes y sube de punto nuestra obligacion de auxiliar y favorecer á los que lejos de nosotros padecen sin consuelo, sin poder ayudarse á sí mis-

mos, desprovistos de todo recurso, en una desgraciada inercia, puesto que en el estado de expiacion en que se encuentran, lo único que les es permitido es gemir, lamentarse, padecer y esperar? ; Qué motivo tan poderoso y apremiante para encender en nuestros pechos la llama de la caridad, única capaz de extinguir el fuego atormentador de la divina justicia! ; Qué padecen aquellas ilustres víctimas? Suplicios inconcebibles: puesto que la mano de un Dios vengador pesa terriblemente sobre ellas derramando allí todo el cáliz de su furor. ; Cómo padecen? ; Ah! esta reflexion es horrible. Padecen solas, sin que nadie sea testigo de sus sufrimientos; padecen lejos de esta region que habitamos, de modo que sus gemidos no pueden llegar hasta nosotros sino atraidos por el aura benéfica de una religion de compasion y misericordia; padecen en un aislamiento cruel, por cuanto ni unas á otras pueden prestarse el menor socorro, ni á sí mismas el mas liviano alivio; padecen, en suma, cual ningun sér humano, por estrema que sea su desgracia, padece en este mundo. Aquí al menos en las mas crueles dolencias podian hallar algun lenitivo á sus sufrimientos; en las mas estremas necesidades podian contar con alguna mano caritativa que las facilitase algun sustento; perseguidas por la calumnia podian apelar al amparo de las leyes y hacer triunfar su inocencia; objetos de una animadversion motivada, podian burlar los lazos del enemigo ó neutralizar su acción; todas las penalidades tenian sus intervalos, todos los males hallaban algun remedio. Pero allí en aquella region de llanto, entregadas al brazo vengador de un Dios, que por lo mismo que las ama tiernamente no puede menos de afligirlas con el mas escesivo rigor, atadas al poste de su suplicio, sus suspiros son ineficaces, sus lágrimas impotentes, sus gritos inútiles, su amor estéril, y su esperanza constituye su mas implacable verdago. ; Estado lamentable, situacion cruel! ; Quién habrá que al considerar esto pueda permanecer insensible á tanto infortunio? ; Quién que no sienta conmovirse sus entrañas en favor de unas almas que tan horriblemente sufren? ; Oh, cristianos! Reconozcamos cuánta es la ventaja de nuestro estado sobre el de esas almas, y sirvanos esta consideracion no solamente para aprovecharnos de ella en nuestro propio bien, sino tambien para

ejercer en obsequio de ellas esa influencia beneficiosa que nos es concedida. Habiendo decretado el Señor en su adorable justicia que el mérito finalizase con la vida y que mas allá de la tumba nada pueda hacer el hombre en orden á su santificacion, resulta que en el purgatorio las almas predestinadas estan haciendo incesantemente actos de caridad, de esperanza, de resignacion, de paciencia, de heróica conformidad con la voluntad divina; y sin embargo, esos actos incomparables nada merecen, nada consiguen, se pierden como los ecos de una voz en el espacio, y son de todo punto estériles para borrar las manchas pasadas y para obtener nuevas gracias con relacion al porvenir. Lloran, y su llanto no es escuchado por Dios; pétales de haber delinquido, y su pesar nada repara; aman á Dios con delirio, y su amor es incapaz de suavizar su eternal justicia. Aquí empero derramamos una lágrima ardiente, y esa sola lágrima, si la contricion y la caridad la animan, puedè expiar todas las faltas de una larga vida; hacemos un ligero sacrificio, y ese sacrificio basta quizás para satisfacer las tibiezas y negligencias de muchos años; recibimos al Señor en la sagrada Eucaristía, y esa comunión, dignamente hecha, es acaso suficiente para unirnos inseparablemente á la Divinidad y trasladarnos á la patria bienaventurada. ¡Qué inmensa distancia media entre nuestra condicion y la suya! Nosotros pertenecemos al tiempo, ellas ya solo pertenecen á la eternidad. Ellas ya no poseen la gracia meritoria, nosotros podemos disponer de ella á nuestro beneplácito, segun la infalible promesa de un Dios. Y esa gracia que sin menoscabo alguno nuestro podemos hacer fecunda en beneficio de las almas del purgatorio ¿la dejaremos esterilizarse por nuestra punible indiferencia? Pudiendo comprar con ella juntamente con nuestra salvacion la libertad de tantos hermanos nuestros que gimen en horrible cautiverio, ¿la malograremos desgraciadamente, sin utilizarla para nosotros mismos, ni aplicar su eficacia á los que tienen un derecho incontestable á percibir sus inefables efectos? ¡Ah! No, M. A. O., no lo hagamos así por vida nuestra; no ensordecamos á los lamentos de unas almas que á los vínculos comunes de la religion y de la humanidad que con ellas nos estrechan, reunen quizás los de la sangre, del parentesco, de la amistad y otras relaciones no

menos atendibles. Bajad en espíritu á aquellas tenebrosas cárceles, de donde parten esos gritos lastimeros: «Apiadaos de nosotros los que fuisteis nuestros amigos:» *Miseremini mei, saltem vos, amici mei*; contemplad esas víctimas hacinadas unas sobre otras en los subterráneos del purgatorio, y padeciendo allí indecibles suplicios bajo la accion de un Dios que las sacrifica á su cólera; observad bien quiénes son esos séres sobre quienes derrama la copa envenenada de su furor... ¡Hijos! Reconoced la voz de los dos caros objetos que os dieron el sér; un padre demasiado débil; una madre sobradamente tierna, son quizás los que ahora expian en ese fuego purificador la condescendencia funesta con que toleraron vuestros defectos ó dejaron de enfrenar vuestras torcidas inclinaciones. ¡Padres! Reconoced el eco de vuestros hijos, á quienes vuestra tolerancia indebida arrastró á cometer faltas que, si bien leves, son ahora castigadas con tormentos que esceden á toda ponderacion. ¡Hermanos! Quizás son de los que en un mismo regazo se alimentaron de la leche que vosotros mamásteis, esos gritos que hieren vuestros oídos, pidiéndoos les ayudeis á satisfacer deudas que por un exceso de cariño hácia vosotros contrageran. ¡Amigos...! Pero ¿á qué continuar esta induccion, cuando apenas habrá entre vosotros quien no tenga en el purgatorio objetos dignos de interés por los mas eficaces y poderosos motivos? Consultad vuestro corazon y él os hablará mas elocuentemente que mis palabras en favor de unas almas acreedoras á todo nuestro celo, si mucho por un alto deber de religion, y no menos por un gravísimo motivo de la humanidad, tambien no poco por una consideracion de propio interés, puesto que glorificando á Dios, y prestando nuestros socorros á las almas amadas por él, adquirimos nuevos merecimientos conducentes á nuestra salud eterna, y nos proporcionamos numerosos amigos, que en su dia nos recompensarán con creces los servicios hechos en su obsequio.

Y en efecto, nadie puede dudar racionalmente de una verdad fundada en la justicia infinita de Dios cuya gloria promovemos, y en la gratitud de esas almas por cuya bienandanza nos interesamos. Por lo que respecta á Dios, seria hacerle una ofensa inconcebible creer que no habia de tomar en cuenta nuestros sacrificios, cuando

nos ve ocupados en una obra que tanto le agrada y tan directamente tiende á promover y fomentar sus divinas alabanzas. ¿Querriais suponerle insensible á los esfuerzos que haceis por proporcionarle adoradores, corriendo á buscar aun en el mundo invisible corazones que solo se ocupen en amarle eternamente, cuando sabeis que ha prometido tomar en consideracion la menor obra buena hecha á sus pequeñuelos para coronarla y recompensarla centuplicadamente en su dia? No, M. A. O.; orando y ofreciendo sufragios por las almas del purgatorio, os procurais un asilo contra la cólera de un Dios irritado; preparais de antemano su corazon para que os mire indulgente y compasivo cuando aparezcáis en su presencia; os concilliais su piedad para el porvenir, y adquirís derechos anticipados á que mas bien que un juez inexorable sea para vosotros un solícito defensor ante su eternal justicia. Pero dejando esto aparte, y contrayéndonos únicamente á esas almas mismas por cuya dicha os interesais, ¿cuál no será su agradecimiento cuando libres de los hierros que ahora las tienen aherrojadas en las cárceles del purgatorio, se eleven á aquella mansión de perdurable bienandanza á disfrutar de las eternas delicias! ¿Con qué fervor no intercederán delante de Dios en favor de los que con sus sufragios las ayudaron á salir de su cautiverio! Recordando las lágrimas que por ellas vertisteis, las mortificaciones que practicásteis, las limosnas, los ayunos, los sacrificios que por su descanso ofrecisteis, ¿con qué interés tan vivo no emplearán en provecho vuestro todo su valimiento para con el eterno remunerador! Teniendo presente que vosotros fuisteis á quienes ellas debieron el incalculable beneficio de que se abreviase el plazo fijado á sus tormentos, ¿con qué celo no aprovecharán los momentos favorables para obteneros los auxilios que necesitais para marchar por las vias de la justicia durante vuestra peregrinacion en la tierra! Aun cuando fuéseis insensibles al dulce placer de labrar la felicidad de vuestros hermanos difuntos, no creo que podais serlo á vuestro propio interés. Si se os ofreciese en la tierra la influencia de un protector poderoso, de seguro que no la despreciaríais. Y sin embargo ¿qué son, qué valen unos hombres que comunmente concentran todas sus ideas en ese yo egoista que todo lo ambiciona para sí, unos hombres á

quienes un capricho eleva á grande altura y otro capricho los arroja en el fondo del abatimiento; unos hombres que hoy brillan en el apogeo de la gloria, y mañana se arrastran por el polvo; unos hombres, en fin, que el dia menos pensado son juguetes de la adversidad y envuelven en su ruina á los que sirvieron de apoyo? Esa es la gran ley que rige los humanos destinos. Nada en el mundo hay subsistente y duradero, todo está subordinado á las contingencias de la caprichosa fortuna. Las robustas columnas que sostenian un vasto edificio, minadas por la accion corrosiva del tiempo, vacilan, caen, y con ellas todo el edificio se derrumba. El impetuoso huracan arranca la encina secular que tras largos siglos venia prestando fresca sombra al caminante, y todo queda espuesto á los abrasadores rayos del esto. ¡Así lo permite la sábia providencia de Dios para que los hombres aprendan á conocer la nada, cuyo sello llevan impreso todas las cosas del tiempo, y solo aspiren á los bienes positivos de la eternidad! Pues bien, M. A. O., un medio teneis de proporcionaros protectores poderosos que os defiendan en el dia de vuestro infortunio, brazos robustos que os sostengan en el momento de vuestra desgracia, mediadores influyentes que interpongan delante de Dios su valimiento en vuestro obsequio cuando nada tengais que esperar de los hombres. ¿Sabeis cuál es? La devocion á las benditas almas del purgatorio. Acudid ahora á su socorro, prestad las vuestros servicios, ayudadlas á salir de esa tenebrosa mansion, libertadlas de las iras del Omnipotente, expiad con oraciones, sufragios y buenas obras los defectos que no satisficieron cumplidamente, y no dudeis que todo cuanto en bien de esas víctimas hiciéreis se refundirá en vuestra propia utilidad; y trabajando por su eternal reposo, habreis trabajado al mismo tiempo por vuestro venturoso porvenir. No es esta una exageracion piadosa, es sí una verdad apoyada en los mas sólidos fundamentos. ¿Podria el cielo cerrar sus puertas á los que á tantos desterrados se las franquearon? ¿Se os negaria la entrada de un reino en cuyos ámbitos resuenan sin cesar vuestras alabanzas, y que está lleno de vuestros beneficios? ¿Qué ideas tan consoladoras, qué esperanzas tan sublimes no debe abrigar el cristiano que se consagra solícito á procurar el alivio de esas al-

mas predestinadas ! Él sabe que cuando todo el mundo le falte tendrá en la Iglesia una madre cariñosa y compasiva que se apoderará de su sepulcro , clavando en él el signo redentor de la Cruz. El corazon de esa madre guardará como un tesoro el pensamiento de un hijo que nunca olvidó á los que descansaron en el Señor ; subirá á los púlpitos , desde donde recomendará á los fieles su memoria ; se acercará á las sagradas aras á implorar en su favor las misericordias del Señor ; con el cáliz de la eterna salud se presentará á las puertas del lugar de la expiacion y rociará con aquella sangre divina que todo lo purifica las llamas del purgatorio. Al aproximarse los momentos eternos , el cristiano devoto de las benditas almas puede decirse á sí mismo lleno de dulce esperanza . «No , no estaré solo en aquel lugar de destierro ; allí encontraré un pensamiento que responderá á mis pensamientos , un corazon que responderá á mi corazon , una mano que acudirá á apretar la mia con toda la efusion del cariño maternal , una mirada que velará sobre mí , una madre que apiadada de mi miseria rogará por mí á Dios , solicitará sus bondades , y despues de haberme dado á luz haciéndome nacer á la vida de la gracia , no cesará de trabajar hasta colocarme en posesion de la vida perdurable en la gloria.»

Nadie mejor que vosotros , A. O. M. , que en esta santa Novena habeis sabido responder tan dignamente al llamamiento de la religion , de la Iglesia y de la humanidad , asociándoos á los tiernos sentimientos de esa madre comun de los predestinados , podeis y debeis alimentar esas ideas , nutrir esas esperanzas y abrigar un hondo convencimiento de que durante vuestra vida tendreis protectores solícitos que se interesarán en vuestro favor delante de Dios ; en los angustiosos y solemnes momentos de vuestra agonía , amigos verdaderos que ofrecerán por vosotros al Señor ardientes votos y fervorosas súplicas ; y despues de la muerte , millares de almas gloriosas que precipitándose en torno del trono del Cordero inmaculado le rogarán , importunarán y no cesarán de interceder para que cuanto antes os lleve á gozar en su compañía de la bienaventuranza que ellos disfrutaban ; puesto que tambien vosotros hicisteis otro tanto por ellos , y á vuestra tierna piedad se reconocen deudas de tan grande beneficio.

Sí, M. A. O., tales son los sentimientos de gratitud que descuellan en esas almas predestinadas. Jamás podrán olvidar que, sensibles á sus lamentos y hondamente afectados por su afliccion, el grito de sus corazones halló eco en los vuestros, y os dedicásteis á consolarlas y aliviarlas por cuantos medios os inspiró una compasion fundada en la caridad fraternal. No dudeis que en estos mismos instantes os bendicen y dan las gracias por los sufragios que en su obsequio habeis ofrecido, mucho mas reconocidas que David hácia los de Jabes de Galaad por haber dado honrosa sepultura á los mortales restos del infortunado Saul. Bendicion que yo, en nombre de esas almas predestinadas, hago estensiva á los ministros del Santuario que con celo y edificacion tan sublimes han solemnizado estos cultos, llorando entre el vestibulo y el altar, y entonando lúgubres cánticos por el reposo eterno de esas victimas de la divina justicia; á los fervorosos congregantes que, cual otros tantos Macabeos, llenos de fé han promovido y fomentado esta devocion tan útil y benefícosa; á todos los fieles que han concurrido con sus donativos á tributar fúnebres obsequios á la memoria de sus hermanos difuntos, y á cuantos de cualquier manera se han asociado á este pensamiento, procurando el alivio de unos séres tan dignos de compasion y tan amados de Dios. Benditos seais todos, os diré con el rey profeta; pues habeis ejercido un acto tan sublime de cristiana misericordia: *Benedicti vos Domino, qui fecistis misericordiam hanc* (1). Continudad en esa grande obra, como mediadores constituidos por Dios entre dos mundos, para subir al cielo á estraer de los tesoros inagotables del rey de las eternidades riquezas inmensas con que completar la libertad de los cautivos que gimen en las cárceles expiatorias. Ofreced sacrificios, derramad lágrimas redentoras, multiplicad oraciones y súplicas ante las aras del Dios de piedad, haced correr sobre ellas la sangre del Cordero inmaculado que borra los pecados del mundo, única capaz de apagar aquel fuego encendido por la cólera celestial, y de libertar de su accion dolorosa á las victimas que en él son purificadas. No os canseis de practicar una devocion tan fecunda en re-

(1) II. Reg. 41. 5.

sultados de la mayor valia , no solamente para aquellos en cuyo obsequio se hace , si que tambien para los mismos que la ejercen. Dia llegará en que recojais los frutos centuplicados de los servicios que ahora prestais á esas almas generosas y agradecidas. Dia vendrá en que recibireis la recompensa de vuestros trabajos , hallando en el cielo una numerosa turba de amigos que con el mas vivo interés rogarán por vosotros cuando los necesiteis , y serán los primeros en salir á vuestro encuentro para introducirnos en las moradas eternas, cuando en virtud de su intercesion hayais merecido tomar posesion de la patria celestial, que á todos os deseo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

OCTAVARIO

DE EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA SACERDOTES (1).

SERMON

PARA EL PRIMER DIA DE LOS EJERCICIOS.

SUBLIMIDAD DE LA VOCACIÓN AL ESTADO SACERDOTAL; CIRCUNSTANCIAS QUE DEBE TENER PARA CONSIDERARSE DE ORIGEN DIVINO, Y RESPONSABILIDAD QUE PESA SOBRE LOS QUE POR MIRAS PURAMENTE HUMANAS SE ATREVEN A INGERIRSE EN EL SACERDOCIO.

Consurge, Sion, induere vestimenta gloriæ tuæ, civitas Sancti;... excutere de pulvere... solve vincula colli tui, quia hæc dicit Dominus: gratis venundati estis, et sine argento redimemini.

Levántate, Sion; vístete el ropage de tu gloria, raza santificada; levántate del polvo, sacude el yugo de tu cuello; pues hé aquí lo que dice el Señor: de valde fuisteis vendidos, y sin dinero sereis rescatados.

ISALE LII. 1, 2, 3.

RESPETABLE SACERDOCIO; ¡Cuán lleno de confusion, y cuán hondamente afectado me hallo en este instante al considerarme llamado, yo, el menor y más indigno ministro de Jesucristo, á dirigir mi palabra á tan digna como venerable asamblea! ¡Quién soy, ni qué

(1) En este y en el siguiente Octavario, prescindiendo el autor hasta cierto punto de las formas oratorias, se ha propuesto mas bien proporcionar á sus lectores abundantes materiales para componer varios discursos sobre los asuntos de que versan, amplificando las ideas consignadas y utilizando los textos de Escritura y Santos Padres que se ponen al fin de cada sermon.

méritos pudo encontrar en mí nuestro respetabilísimo prelado para cargar sobre mis débiles hombros una responsabilidad tan tremenda? Solo el deber irrecusable de la obediencia pudiera haberme obligado á aceptar tan espinosa cuanto comprometida mision. Empero pues que así plugo á la Divina Providencia, cuya voluntad se me ha manifestado por medio de su representante en la tierra, y no me resta otro recurso que acatar rendido sus disposiciones, hème aquí, M. V. H., no abrigando pretensiones que sobre injustas serian harto punibles, no aspirando á erigirme en maestro de los que me honraria con ser su discípulo, sino con el único y esclusivo objeto de desenvolver sencillamente en estos dias de ejercicios espirituales los principales y mas graves deberes de nuestro ministerio, á fin de que, renovándonos todos en la gracia sacerdotal, con que por un beneficio inapreciable fuimos enriquecidos, seamos dignos cooperadores del gran Sacerdote segun el órden de Melquisedec, y llevemos á cabo la grande obra de regeneracion que nos dejó encomendada cuando nos dijo: «Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo (1): como mi padre me envió os envío yo á vosotros (2). Enseñad á todas las gentes (3).»

No seré yo, M. V. H., quien pretenda encareceros la utilidad suma, mejor diré, la indispensable necesidad de hacer anualmente estos santos ejercicios. Su santidad el sumo Pontífice Clemente XI, de gloriosa memoria, dejó consignada esta verdad del mas alto interés con unas palabras que no quiero pasar desapercibidas. «Una larga esperiencia,» escribia aquel celoso Pontífice, viene demostrando cuán conveniente «es que las personas eclesiásticas hagan de tiempo en tiempo ejercicios espirituales, á fin de retener, conservar y fomentar la dignidad» y santidad del órden sacerdotal á que fueron llamadas. En esos dias «de retiro el alma se desprende de todo lo terreno, sacude el polvo» que con el humano trato haya podido percibir, se limpia de aque-
llas manchas que dificilmente deja de contraer á consecuencia de

(1) Matth. V. 13, 14.

(2) Joan XX. 21.

(3) Matth. XXVIII. 19.

» sus relaciones con el mundo exterior, repara sus quiebras, elévase » con mas fervor á la contemplacion de las cosas divinas, y sale de » allí llena de vigor y fuerza para emprender de nuevo su carrera (1).» Convencido yo de esto mismo, M. V. H., adopté por testo de este mi primer discurso las palabras citadas del profeta Isaias, tan análogas en mi concepto á la apertura de este retiro sacerdotal: « Levántate, Sion, vístete el ropaje de tu gloria, oh raza santificada, álzate del polvo que huellan tus piés, sacude el yugo de tu cuello; pues hé aquí lo que dice el Señor: «de valde fuisteis vendidos, y sin dinero sereis rescatados:» *Consurge, Sion, induere vestimenta gloriæ tuæ civitas sancti... Excutere de pulvere... Solve vincula colli tui; quia hæc dicit Dominus: gratis venundati estis, et sine argento redimemini.*

Para conseguir el grandioso objeto de estos santos ejercicios, lo primero que debemos hacer es lanzar una mirada retrospectiva hácia los dias que pasaron, traer á la memoria el beneficio inestimable de nuestra vocacion á un estado tan elevado, á una dignidad que pudieran envidiar los mismos ángeles, y considerar cómo hemos correspondido al llamamiento del cielo. ¡Oh! ¡Qué manantial tan fecundo de reflexiones á cual mas importantes brota de ésta idea! ¿Por quién fuimos llamados al sacerdocio? ¿Qué fin nos propusimos al consagrarnos á Dios para servirle en su augusto santuario? ¿Fué él quien nos hizo escuchar su voz como á Samuel en Siló? ¿O fuimos nosotros quienes, á la manera de aquellos de quienes habla el profeta Oseas, reinaron en la casa del Señor, no por una vocacion especial que no tuvieron, sino invadiéndola furtivamente y arrogándose las funciones sacerdotales (2)? ¡Desgraciados mil veces si así fuera! Empero no, M. V. H.; abrigo el consolador presentimiento de que en esta reunion ninguno hay que no haya ascendido al sacerdocio sino llamado por Dios como Aaron; debo creer que á todos nos eligió en su misericordia para que en este estado nos santificásemos y fuésemos fieles dispensadores de sus misterios; y por lo tanto, solo se trata de que

(1) In epist. encyclic. an. 1710.

(2) Oseæ. VIII. per. tot.

cada uno examine si su fidelidad ha sido tal cual debia esperar el que nos sacó del mundo para hacernos su raza privilegiada, su nacion santa, su sacerdocio real, su pueblo de adquisicion, como se espresa el príncipe de los apóstoles. Sin embargo, como quiera que entre nosotros se hallan algunos que todavía no han subido á la alta cumbre del monte santo, pero que están cerca de ella y aspiran á inscribirse en el catálogo de los descendientes de Leví, justo será que demos- tremos «la magnitud de esa vocacion, las circunstancias que ha de tener para que pueda considerarse de origen divino, y la responsabilidad tremenda que debe pesar sobre los que por miras puramente humanas y sin prévia meditacion, consulta y exámen, se atreven á ingerirse en el sacerdocio.» Tal será el asunto de este primer discurso. Invoquemos todos las luces del Espíritu Santo, espíritu de ciencia y de sabiduría, espíritu de piedad y de amor, poniendo por mediadora á la que fué su sagrario y templo animado, para que bendiga nuestras tareas y haga fecundos estos dias de salvacion, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Cualquiera que sea el estado de vida que se abraze, es tan indispensable consultar anticipadamente la vocacion divina, que sin ella, si no imposible, es al menos muy dificil conseguir la salvacion eterna. Y si esto es así generalmente hablando, ¿qué deberemos decir respecto del estado sacerdotal, el mas sublime, el mas santo, el mas perfecto, el que lleva consigo mas graves deberes, y sobre el que pesa mas estrecha responsabilidad? El mismo Jesucristo, Pontífice sumo, Sacerdote eterno, el Santo de los santos, el tipo de todas las perfecciones, el origen de toda virtud, en quien el Padre atesoró, segun el lenguaje del Apóstol, todas las riquezas de la gracia, de la sabiduría y de la ciencia (1); lejos de arrogarse á sí mismo el sa-

(1) Ad Colos. II. 3.

cerdocio, quiso recibirle de aquel que habiéndole engendrado antes de la aurora, en el esplendor de los santos, digérale: «Tú eres mi Hijo (1).» Con estas palabras ponderaba San Pablo la grandeza de la vocacion al estado sacerdotal. Ya antes que él el mismo Salvador consignára esta verdad de la mas alta importancia, diciendo: «El que no entra en el redil de las ovejas por la puerta, sino que sube surrecticiamente, escalando por otra parte el aprisco, este tal, es un ladron, un salteador (2).» Pues otro tanto hace, en sentir de San Dionisio de Alejandría, quien sin prévia vocacion del cielo, arrasrado por ideas mundanales, movido por aspiraciones ambiciosas, ú otras de igual especie, invade el rebaño de Jesucristo, arrebatando y usurpando una gracia que no le estaba destinada.

Oigan, pues, los que de este modo se atreven á intrusarse en el santuario del Dios vivo, los anatemas fulminados en las sagradas páginas contra cuantos cometen tamaña maldad. «¡Ay de vosotros, esclama el Señor por Isaías, hijos rebeldes y desertores, que formais proyectos sin contar conmigo, añadiendo así pecados á pecados! Vuestra iniquidad será para vosotros un motivo de ruina que os precipitará en la hora menos pensada (3).» «¡Ay de los pastores que arruinan y dispersan el rebaño de mi dehesa! dice por Jeremias. Despedázase mi corazon y sienta desencajarse mis huesos, y hállome como un ébrio al considerar que la tierra está llena de abominacion á causa de los malos profetas. Ellos lo mismo que los sacerdotes se han hecho inmundos, y dentro de mi casa he encontrado su malicia... Yo no los envié, y ellos corrieron por su propia voluntad; no los llamé, y ellos se intrusaron. Por lo tanto, yo los arrojaré de mi presencia, y haré que sean un monumento de eterno baldon y de perpétua ignominia (4).» «Reinaron, dice por boca de Oseas, empero no por mí; fueron príncipes, mas yo no los reconocí.... ¡Tristes de ellos! Sembrarán viento y recogerán torbellinos; ofrecerán hostias, mas el Señor no las aceptará; harán libaciones, y yo res-

(1) Ad Hæbr. V. 4.

(2) Joan. X. 1. 2.

(3) Isaia XXX. 4.

(4) Jerem. XXIII. 1. et seq.

ponderé á sus sacrificios con todo el rigor de mi cólera (1).» Por último, son muy dignas de notarse las siguientes palabras de Malaquías: «Vosotros, decia á los falsos sacerdotes de Israel, ofreceis sobre mi altar un pan impuro, y á pesar de esto, decís: ¿en qué te hemos ultrajado? ¡Ah! Envilecida está la mesa del Señor.... No se halla en vosotros mi voluntad, y jamás aceptaré ofrenda alguna de vuestras manos (2).»

En consonancia con la voz de los divinos libros, está la de la tradición de todos los siglos. Nada hay mas grande, nada mas sublime, que el estado sacerdotal, si se hace atención á las altas funciones que los ministros de Dios están llamados á ejercer. Ellos son los mayordomos del palacio del rey celestial, en idioma de San Próspero de Aquitania; los guías y conductores del rebaño del eterno pastor, segun San Ambrosio; los intérpretes de la voluntad suprema, en lenguaje de San Dionisio; los vicarios de Jesucristo, al decir del Crisóstomo. Ahora bien, ¿quién al considerar esto, pudiera llevar su osadía hasta el punto de intrusarse en el sacerdocio, sin una vocacion conocida? ¿Qué diriais de un esclavo que intentase despojar á un soberano de su corona y empuñar el cetro y las riendas de su estado? ¿Cómo calificariais el crimen de quien invadiendo la casa de un particular, se arrogase el derecho de gobernarla á su beneplácito contra la voluntad expresa del jefe legítimo de la familia? Y sin embargo, estos símiles son harto débiles para dar á conocer lo que de repugnante y punible envuelve el atrevimiento del que sin ser llamado por Dios abraza un estado que debiera hacer estremecer hasta á los mismos ángeles. Así lo consignó San Bernardo. Y dirigiéndose á uno que intentaba ascender al sacerdocio sin vocacion, exclamaba: «Horrorízome al considerar de dónde vienes y á dónde vas, sobre todo cuando tan poco tiempo ha trascurrido entre tus escesos y tu penitencia.» «Me estremezco, escribia San Efrén, al contemplar la audacia de los que temerariamente intentan invadir el santuario, sin una gracia especial de Jesucristo. ¡Ignorantes! ¡Desgraciados! Mirad que no haceis sino hacinar sobre

(1) Oseá VIII. 4.

(2) Malach. I. 7. 40.

vuestras cabezas un fuego sempiterno.» Con razon, pues, aseguraba San Pedro Damiano, que «ninguno ocasiona á la Iglesia perjuicios tan graves, y contribuye tan poderosamente á lanzar el descrédito sobre los santos misterios de nuestra religion, como los sacerdotes indignos que en ella se ingieren sin un llamamiento del Señor.» Ellos, segun la enérgica espresion del doctísimo abad de Claraval, no han recibido las llaves del reino de los cielos, sino que las han arrebatado sacrilegamente y usurpádaslas á viva fuerza.

Y de estos precedentes, ¿qué consecuencias tan tristes no se desprenden! ¿Qué servicios podrán prestar á la esposa del Cordero immaculado los que cual lobos hambientos han asaltado el redil? ¿Cómo podrán ser la luz del mundo, la sal de la tierra, los limpios espejos en que puedan mirarse los fieles, desprovistos de las condiciones indispensables para llenar dignamente su ministerio? ¿Cómo serán á propósito para purgar la tierra de los delitos que la inundan y destruir el imperio de las pasiones, ellos que, lejos de poseer la pureza y santidad que exige tan elevada mision, hállanse corrompidos con los mas abominables vicios? No en vano prohibió terminantemente el Concilio de Nicea que fuese admitido á las sagradas órdenes todo aquel que hubiese incurrido en culpa grave (1). Ciertamente que este rigor al parecer estremado de la antigua disciplina se modificó posteriormente; empero no por eso está menos espreso en el Tridentino «que los prelados de la Iglesia, solo deben conferir el sacerdocio á aquellos que por sus buenas costumbres, y vida ejemplar, se hubieran hecho dignos de tan elevado estado.» Y en otra parte dice: «que no debe ser reconocido ni considerado como ministro de la Iglesia de Jesucristo, cualquiera que sin ser llamado por él, ascendiese al sacerdocio y ejerciese sus respetables funciones (2).»

La razon misma, de acuerdo con la autoridad de la Escritura y de los Santos Padres, basta para demostrar cuán necesaria é indispensable es la vocacion del cielo para abrazar un estado de tanta

(1) Conc. Nic. Can. XI.

(2) Decernit sancta synodus, eos qui ea (ministeria) propria temeritate sibi tribuunt, omnes, non Ecclesie ministros, sed fures et latrones, per ostium non ingressos, habendos esse. (Trid. sess. 25. c. 4.

responsabilidad. Todo en el universo obedece á las leyes eternas del Criador, segun los elevados fines que se propuso respecto de sus criaturas. Allí donde estas leyes se trastornan es consiguiente el desórden, la confusion, el caos. ¿Qué seria del mundo material si el sol, la luna, los planetas y demas astros que giran en el firmamento, dejasen de seguir el impulso que les imprimió la mano omnipotente en sus diferentes fases, revoluciones y movimientos?..... Pues inferid lo que en el mundo moral aconteceria si los hombres dejasen de obrar subordinados á la voluntad de aquel Sér que los crió para unos destinos tan sublimes. Y este trastorno, este desórden, esta anarquía, ¿qué resultados tan lamentables no deberia producir con relacion á la Iglesia de Jesucristo! ;Ah! mi imaginacion retrocede espantada ante esa idea. Colocad en el santuario hombres arras-trados por aspiraciones mundanas; elevad á la cumbre de la santa Sion inteligencias corrompidas, corazones inmundos, almas subordinadas á las pasiones del siglo; poned por centinelas en la casa de Dios, sugetos acostumbrados á plegarse fácilmente ante las seducciones del placer, ó á sucumbir con docilidad á los encantos del oro ó de los honores terrenales. Dad, en una palabra, á la Esposa del Salvador, en vez de conductores incorruptibles de su grey mercenarios asalariados, miembros mutilados é inútiles en vez de brazos robustos que trabajen en la edificacion del pueblo fiel, ministros muelles y afeminados en vez de apóstoles celosos, prontos á sacrificarlo todo en defensa de la verdad; dadla, en una palabra, sacerdotes sin vocacion, y por consiguiente sin verdadero espíritu eclesiástico, sin la abnegacion suficiente para consagrarse á las penosas tareas de su ministerio, sin la virtud y la ciencia necesarias para enseñar al ignorante, corregir al indócil, reprender al discolo, increpar al impío, convencer al incrédulo, convertir al pecador, alentar al justo; y entonces vereis convertirse la Iglesia en un semillero de vicios, y la sociedad desmoralizada, envilecida, trastornada, precipitada en un abismo de males incalculables.....

Infiérese de todo lo dicho, cuán sériamente deben reflexionar los que pretenden abrazar el estado sacerdotal, si su vocacion es divina, lo cual podrán reconocer por ciertas señales, de las cuales tres es-

pecialmente son las mas ciertas ó verosímiles , á saber : primera si su intencion es pura , y no obran por inspiraciones estrañas , ni por consideraciones de familia , ni por ningun respeto humano , y sí solo por el deseo de la gloria de Dios , por dedicarse esclusivamente á su servicio y á la salvacion de las almas. A propósito de esto decia San Bernardo á los que sin esta rectitud de intencion aspiraban á los sagrados órdenes : « ¿ Qué es lo que os proponeis intrusándoos en la Iglesia del Señor ? ¿ A quién pensais agradar : al mundo ó á Jesucristo ? Si al mundo , ¿ por qué quereis ser sacerdotes ? ¿ De qué os serviria tan augusta dignidad ? » Y San Anselmo añadia : « que quien busca en el sacerdocio su propia gloria , comete un robo sacrilego , y por lo tanto no debe esperar la bendicion de Dios. »

La segunda señal de una vocacion verdadera es hallarse el aspirante al sacerdocio dotado del suficiente caudal de ciencia para el buen desempeño de las funciones del santo ministerio ; pues como escribió Sidonio Apolinario , « á la manera que los médicos indoctos matan á muchos de los que se confian á sus cuidados , del mismo modo perecen innumerables almas á causa de la ignorancia funestísima de los que están llamados á curar las dolencias espirituales. »

Finalmente , es condicion esencialísima y la señal menos inequivoca de una vocacion legitima al estado sacerdotal , una vida virtuosa , inocente , pura , mortificada , exenta de toda tacha , como San Pablo escribia á su discípulo Tito (1). Y ¡ ay de aquellos que sin esta circunstancia osan acercarse á recibir la uncion sagrada ! « Cuánto mas les valiera ser conducidos á las catastas que no al sacerdocio ! » esclamaba un escritor piadoso de la antigüedad. « Tiemblen , concluye á este propósito San Agustin , tiemblen tales sacerdotes , no les suceda lo que á Coré , Dathan y Abiron , los cuales fueron reprobados por haberse arrogado las funciones del ministerio , á fin de que nadie en lo sucesivo se atreviese á invadir el santuario sin ser llamado por Dios. »

Temblemos todos , V. H. M. , considerando nuestra dignidad ; reflexionemos si nuestra vocacion ha sido verdadera ; y si por desgra-

(1) Ad Tit. I. 3. 6.

cia no es así, dolámonos de haber incurrido en tan grave falta, trabajemos de hoy mas por hacerla cierta con nuestras buenas obras; seguros de que el Señor, apiadado de nosotros, nos perdonará, y dispensándonos sus auxilios para ser fieles ministros suyos, nos franqueará un día las puertas de su eterna bienaventuranza.

TESTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA RELATIVOS A ESTE ASUNTO.

«Væ, filii desertores, dicit Dominus, ut faceretis consilium, et non ex me... et non per spiritum meum, ut adderetis peccatum super peccatum. (Isaiæ. XXX. 4.)

»Væ, pastoribus qui dispergunt, et dilacerant gregem pascuæ meæ...! ¿Quis enim affuit in consilio Domini, et vidit, et audivit sermonem ejus? ¿Quis consideravit verbum illius et audivit...? Non mittebam prophetas, et ipsi currebant. (Jerem. XXIII. 4, et seq.)

»Ipsi regnaverunt, et non ex me; principes extiterunt, et non cognovi... Hostias offerent, et Dominus non suscipiet eas. (Oseæ VIII. 4, et seq.)

»Offertis super altare meum panem pollutum, et dicitis: ¿In quo polluimus te? In eo quod dicitis: Mensa Domini despecta est. (Malach. I. 7.)

»Non est mihi voluntas in vobis: et munus non suscipiam de manu vestra. (Ib. 10.)

»Qui non intrat per ostium in ovile, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro. (Joan. X. 4.)

»Nec quisquam sumat sibi honorem, sed qui vocatur á Deo tanquam Aaron. Sic et Christus non semetipsum clarificavit, ut Pontifex fieret, sed qui locutus est ad eum: Filius meus es tu. (Ad Hæbr. V. 4.)

PASAGES DE SANTOS PADRES.

«Obstupesco ad ea quæ soliti sunt quidam insipientium audere, qui temere se conantur ingerere ad munus sacerdotii assumendum, licet non adsciti à gratia Christi, ignorantes, miseri, quod ignem æternum sibi accumulunt. (S. Eph. de Sacerd.)

» Nemo deteriùs ecclesiam lædit, cum non eos vocet Dominus. (S. Pet. Dam. Opusc. II contra cler. c. 2.)

» Tollitis, non accipitis claves; de quibus Dominus quæritur: ipsi regnaverunt, et non ex me. (S. Bern. de cont. et cler.)

» Auderet ne aliquis vestrum, terreni alicujus reguli, non præcipiente, aut etiam prohibente eo, accipere ministeria, negotia dispensare? (Id. ibid.)

» ¿Quid istud temeritatis est? Imo ¿quid insanix est? Tu irreverenter irruis, nec vocatus nec introductus. (S. Bern. de vit. cler. c. 3.)

» Verum tu sacerdos, ¿cui ex his placere gestis, mundo an Deo? Si mundo, ¿cur sacerdos? Nam si placere vis mundo, ¿quid tibi proderit sacerdotium? (S. Bern. Epist. 42 ad Henriq. Senon. Archiep.)

» Horreo considerans unde et quo vocaris, præsertim cum nullum incurrerit pœnitentiæ tempus. Et quidem rectus ordo requirit ut prius propriam, deinde alienas curare studeas conscientias. (S. Bern. Epist. VIII ad Brun.)

» Quoniam dignitas magna est, revera divina sententia comprobanda est, ut quis ea dignus adducatur in medium. (S. Joan. Chris. Hom. 5. in I ad Tim. 4.)

» Ex se, et non ex arbitrio summi rectores regnant; nequaquam divinitus vocati, sed vitæ cupidine accensi, culmen regiminis rapiunt potius quam assequuntur. (S. Greg. Pastor. P. Y. c. 4.)

» Multo digniores erant ad catastam pœnalem, quam ad sacerdotium trahi. (Gild. Sap. Tom. 5. Bibl. Patrum.)

» Usurpari ausus sacerdotii sacrificium in sacrilegium vitam convertit in mortem. (Pet. Bles. de Sacerd.)

» Latrones et fures sunt qui se ultra, et non sibi datam desuper gratiam obtrudunt. (S. Ciril. Alex. in Joan. X. 40.)

SERMON

PARA EL SEGUNDO DIA DE LOS EJERCICIOS.

SANTIDAD Y PERFECCION QUE DIOS EXIGE DE LOS QUE ASCIENDEN AL SACERDOCIO, CONSIDERADOS BAJO EL DOBLE PUNTO DE VISTA DE SACRIFICADORES Y MEDIADORES: POR CUANTO ESTÁN DESTINADOS Á OFRECER EL MAS AUGUSTO SACRIFICIO DEL UNIVERSO, Y Á INTERPONERSE ENTRE LA HUMANIDAD CULPABLE Y LA DIVINIDAD OFENDIDA.

Vos sancti Domini, et vasa sancta, et quod sponte oblatum est Domino Deo patrum nostrorum: vigilate, et custodite donec appendatis... in thesaurum domus Domini.

Vosotros estais consagrados al Señor, y santos son tambien los vasos que manejaís, y cuanto espontáneamente se ofrece al Dios de nuestros padres; velad, pues, y custodiad con diligencia ese tesoro hasta que le depositéis en la casa del Señor.

I ESDRÆ. VIII. 28, 29.

VENERABLES HERMANOS MIOS. Todavía no he podido desechar la honda impresion que en mi alma hicieran las reflexiones que ayer tuve la honra de esponeros acerca de la vocacion al estado sacerdotal, y una nueva idea viene hoy á aumentar considerablemente mi ansiedad y á llenarme de un terror saludable. Suponiendo que todos hemos sido llamados por Dios á una dignidad tan alta, y que poseemos legítimamente el lugar distinguido que ocupamos en la Iglesia de Jesucristo, despréndese desde luego una cuestion del mas grave interés, y es saber si nuestra vida se halla en la debida consonancia con esa grandeza misteriosa de que hemos sido investidos; si la santidad y pureza de nuestras costumbres marchan de acuerdo con la inmerecida honra

que hubimos de Dios al recibir el caracter sacerdotal; si reina la debida armonia entre nuestras virtudes y nuestro estado; en una palabra, si nos hemos conservado tales, cuales exige de nosotros el que por un efecto de su especial bondad nos segregó de entre la muchedumbre, para que formando una descendencia aparte, una raza bendecida, fuésemos siempre puros é incontaminados en su presencia (1). ¡Oh! Paréceme, V. H. M., escuchar en este instante en el fondo de mi corazon una voz cuyo eco se repite en los vuestros, y que á todos indistintamente nos dice, como en otro tiempo el Señor á los sacerdotes de la antigua ley por boca del grande Esdras: «Vosotros habeis sido consagrados al Señor, y santos son tambien los vasos en que le ofreceis sacrificios, y todo cuanto espontáneamente ha sido ofrecido al Dios de nuestros padres. Velad, pues, y custodiad con diligencia ese tesoro hasta que le depositeis en la casa del Señor.» *Vos sancti Domini, et vasa sancta, et quod sponte oblatum est Domino. Deo patrum nostrorum; vigilate, et custodite, donec appendatis in thesaurum domus Domini.* Y cuenta que esto se les decia á unos sacerdotes que no eran sino la sombra de los de la nueva ley, y cuando solo se trataba de la custodia de los objetos del culto divino, cuya conduccion se les confiára al trasladarse á Jerusalem, despues de la cautividad del pueblo escogido en Babilonia. ¡Qué terror, pues, no deberán infundirnos esas palabras aplicadas al riquísimo tesoro que en virtud de nuestra vocacion ha puesto el cielo en nuestras manos consagradas! ¿A quién hemos sido dedicados? ¿Qué es lo que estamos llamados á custodiar? ¿Cuál es la mision que se nos ha confiado? ¿Qué negocios debemos tratar? ¡Ah! Todo en torno nuestro respira el perfume de la mas elevada santidad. Santísimo es el Dios en cuyo templo debemos quemar diariamente el incienso de la oracion por todo el mundo, pues que hemos sido constituidos mediadores entre la humanidad y la divinidad. Santísimo es el sacrificio que sobre las sagradas aras estamos encargados de ofrecer, puesto que no es ya la sangre de los becerros ó de otros animales la que en ellas corre, sino la sangre preciosísima del Cordero

(1) Ephes. I. 4.

inmaculado que borra todos los pecados, la hostia mas pura y aceptable, la oblacion mas escelente y augusta del universo, el mismo hijo del Eterno que por nuestras manos se inmola en expiacion de los crímenes de toda la tierra. Santísimo es el ministerio que ejercemos, como ángeles de paz, como instrumentos de reconciliacion, como dispensadores de los tesoros del Padre celestial, como nubes benéficas encargadas de hacer descender del cielo el suave rocío de las divinas misericordias, como vicegerentes del Rey de las eternidades, á quienes se ha dado en tiempo el poder inefable de atar y desatar, de abrir y cerrar las puertas de la patria á los desterrados que hácia ella suspiran. ¡Qué cúmulo de dones! ¡Todas las riquezas de la redencion, todos los tesoros de la omnipotencia y de la gracia, que el Salvador conquistára triunfando en la Cruz de la muerte, del pecado y del infierno, han sido puestos en nuestras manos para que los empleemos en bien del mundo! ¿Qué cuenta, pues, no deberemos dar un dia del uso ó del abuso que hubiéremos hecho? *Vigilate, et custodite donec appendatis in thesaurum domus Domini.*

Este juicio terrible que espera al sacerdote cuando sea llamado á responder ante el tribunal del supremo Juez, quisiera yo que previniésemos, entrando ahora dentro de nosotros mismos, examinando si somos tan santos cual nuestro estado exige, si hemos conservado con toda fidelidad el gran depósito que el Señor nos confió, si hemos correspondido dignamente á la alta é inmerecida honra de ser sus ministros, ó si por el contrario hemos profanado nuestro ministerio, deshonorado nuestra dignidad, malversado los caudales que de la liberalidad divina recibimos, y héchonos por lo tanto indignos de su confianza. Esto podremos comprenderlo perfectamente considerando «la santidad y perfeccion que de nosotros exige el sacerdocio, considerándonos bajo el doble punto de vista de sacrificadores y mediadores; en cuanto estamos destinados á presentar á Dios diariamente la ofrenda mas augusta del universo, y á interponernos entre la humanidad culpable y la divinidad ofendida.» Hed aquí todo el fondo de mi pensamiento. ¡Dichoso yo si acierto á desenvolverle dignamente! Al efecto dirijámonos al Padre de las lumbres, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Apenas hay una sola página en los divinos libros donde no se halle consignada en brillantes pasages la santidad y perfeccion que Dios exigió siempre de los que estaban dedicados al ministerio sacerdotal. A cada instante les recuerda que son su raza privilegiada, una tribu santa, un pueblo de adquisicion, que los ha separado de en medio de los demas para que le pertenezcan exclusivamente, porque están llamados á custodiar los vasos sagrados, á ofrecerle sacrificios y á quemar el incienso sobre sus altares. Los antiguos pontífices llevaban escrito sobre la tiara este lema: *SANCTUM DOMINI*, á fin de que tuviesen siempre presente la santidad de su estado.

Y sin embargo, V. H. M., ¡qué distancia tan inmensa separaba á los sacerdotes de la ley antigua de los de la ley nueva! Ellos sacrificaban toros, cabritos, ovejas y otros animales, ofrecian los panes de la proposicion, hacian correr sobre los altares la sangre de unas víctimas mudas, simbolos alegóricos, sombras prefigurativas de la gran víctima que en la plenitud de los tiempos debía ser inmolada en rescate del universo. Pero nosotros ¡ah! nosotros hemos visto la gloria del Verbo encarnado, lleno de gracia y de verdad; nuestros labios consagran la carne y la sangre adorabilísima del Cordero sacrificado desde el principio del mundo; tocamos con nuestras manos aquel Hombre Dios que en el gran dia de la expiacion pacificó el cielo y la tierra; á nuestra voz desciende de lo mas alto del em-píreo, y con él atraemos sobre la tierra todo linaje de bendiciones. ¡Tan grande es nuestra dignidad! ¡Tan alta nuestra elevacion! ¡Tan sublime nuestro ministerio...!

¿Qué hay, pues, de estrañar, si el que nos hizo sus ministros, sus vicegerentes, sus plenipotenciarios, sus familiares destinados á vivir siempre en contacto con él, exige de nosotros una inocencia suma, una limpieza sin semejante, una pureza de ángeles, una perfeccion proporcionada al ministerio que ejercemos? ¡Oh! Si todo

cristiano debe ser santo y perfecto segun el precepto de Jesucristo: *Estote perfecti sicut Pater vestri caelestis perfectus est* (1), ¿con cuánta mas razon deberá serlo el sacerdote, en quien nada hay comun con los demas fieles, en frase de San Ambrosio, puesto que la gracia que ha recibido escede incomparable á todo cuanto puede imaginarse? Sus mismas vestiduras, su traje, todo cuanto le rodea está reclamando de él la virtud mas acendrada, la santidad mas eminente y una perfeccion tal que merezca ser colocado entre las celestiales inteligencias, dice el P. San Gerónimo. ¿«Veis, escribe San Isidoro de Perusa, la inmensa distancia que media entre el cielo y la tierra? Pues no debe ser menor la que separe al ministro de un Dios infinitamente santo de los demas justos.» Por eso á la manera que en el cielo quiso el Señor rodear su tronó de ángeles que de continuo le alabasen, sirviesen y amasen, así tambien en la tierra plúgole rodearse de dignos ministros que con una vida enteramente angélica le honrasen y venerasen, en sentir del Crisóstomo.

El mismo Santo doctor para encarecer la santidad que exige de los sacerdotes su carácter de sacrificadores, les pone delante un símil que ciertamente debiera llenarnos de un saludable temor. ¿Qué no hizo Dios, dice, en favor de aquella criatura privilegiadisima á quien se dignó escoger para ser en tiempo la madre de su Unigénito? ¿Qué de prodigios no obró en ella para prepararla á ser el tabernáculo de la divinidad? ¿Qué de gracias, qué de carismas, qué de dones no derramó en su alma para santificar á aquella Arca misteriosa de la nueva alianza? ¡Ah! ¿No visteis cuál la poseyó desde el principio de sus caminos, cómo desde la eternidad misma la previno ya con bendiciones de dulzura, y llegada la época de su concepcion, trastornó todas las leyes de la naturaleza, alteró el órden de las causas y de los efectos que venia rigiendo á la humanidad desde la creacion, detuvo el curso de la culpa hereditaria que venia trasmitiéndose á todos los descendientes de Adan, dividió las aguas del mar de la corrupcion comun en que venian sumergiéndose todas las generaciones, y no permitió que tocasen siquiera á su planta triunfadora, porque era la

(1) Matth. V. 48.

destinada á encerrar en su virginal seno al Hijo de Dios, al engendrado eternamente en el seno del Padre, al restaurador de los siglos, al Redentor de la estirpe culpable? Pues bien, ¿quién duda que ese mismo Verbo encarna todos los días de una manera mas prodigiosa, si cabe, en las manos sacerdotales? ¿No es la misma carne formada en las purísimas entrañas de María la que tocamos con nuestras manos en el adorable sacrificio? ¿No es esa misma sangre que sirvió de caucion y rescate por los crímenes del mundo la que enrojece nuestros labios cuando consumimos el cáliz de perpétua salud? ¿No es ese mismo Salvador que se ofreció en holocausto de propiciacion sobre el sangriento leño de la Cruz, el que nosotros presentamos diariamente al cielo, para reconciliar con él una tierra cargada de crímenes y que rebosa iniquidad? Luego es preciso que el sacerdote que en las sagradas aras reproduce en cierto modo el gran misterio de la Encarnacion, y como un segundo Cristo presenta al Eterno Padre la ofrenda de infinito valor que aquel presentó una vez en la cumbre del Calvario, posea, en cuanto la flaqueza humana lo permite, igual santidad y una perfeccion idéntica, dice San Lorenzo Justiniano: *Accedat ut Christus, ministret ut sanctus.*

Si alguno creyese hiperbólicas semejantes espresiones, registre las sagradas páginas, consulte los preceptos ceremoniales de la antigua ley, observe la limpieza y santidad que de los sacerdotes Aarónidas exigia la legislación mosaica, y comparando las funciones que aquellos estaban destinados á ejercer con las que incumben á los ministros de la religion católica, quedará íntimamente convencido de que no cabe exageracion alguna cuando se trata de este punto. Allí se prescribe espresamente que sea excluido del sacerdocio cualquiera que tenga el menor defecto aun natural (1). Allí se prohíbe del modo mas terminante que se acerque al altar de los sacrificios, el que haya contraído la mas leve mancha que pueda contaminar el santuario (2). Allí se consigna que no puede ofrecer los panes de la proposicion el que no se haya purificado préviamente de toda culpa (3). ¿Y seria

(1) Levit. XXI. 18.

(2) Ib. 23.

(3) Ib. 16.

mucho, esclama San Agustin, demandar igual pureza y santidad del sacerdote cristiano, cuya lengua hace descender del cielo al Hijo del Altísimo, cuyas manos dividen su cuerpo adorable y le distribuyen al pueblo fiel, cuyo pecho debe ser el receptáculo del rey de las eternidades, cuya sustancia debe asimilarse, confundirse y mezclarse con la sustancia divina en virtud de la union mas inefable? ¿O querriais que esas manos pudieran tocar á la vez la carne inmaculada del Cordero y amancillarse con el contacto de objetos impuros, que ese pecho fuese al mismo tiempo la morada de un Dios, y el albergue de Satanás?

No menos poderosos motivos obligan al sacerdote á aspirar á la mas sublime santidad y perfeccion, considerado bajo el carácter de mediador, llamado á interponerse entre la humanidad culpable y la divinidad ofendida. ¡Oh! ¡Qué augusta, qué grande, qué incomparable es esta mision! Aquí es el caso de decir con el P. San Gerónimo, que el ministro de la religion católica lleva sobre sus hombros todo el peso del universo. Cuando los crímenes del mundo se levantan como una negra nube que intercepta las comunicaciones entre el hombre y Dios, cuando las maldades que inundan la tierra provocan la cólera del Omnipotente y le insultan y le desafian á esgrimir su espada esterminadora, cuando el grito de la corrupcion universal llega al trono del Altísimo pidiendo una venganza mucho mas terrible que la inocente sangre de Abel, entonces es cuando el sacerdote, interponiéndose entre el mundo visible y el invisible cual iris de paz y de bonanza, presenta al Eterno la única ofrenda capaz de aplacarle y de contener los golpes de su robusto brazo; entonces es cuando en cualidad de Mediador sube al ara santa, toma en sus manos la sangre del Unigénito, y recordando al Padre celestial sus infinitos merecimientos, consigue el perdon y la indulgencia en favor de unos pueblos criminales. Y aun fuera de ese acto el mas augusto y sublime de nuestra religion, ¿no es el sacerdote el destinado á dispensar los tesoros de la redencion, ora en el bautismo, donde sus manos vierten sobre la cabeza del reciennacido las aguas regeneradoras que le hacen participante de la adopcion divina, ora en el tribunal de la reconciliacion, donde su voz autorizada rompe las cadenas del esclavo, que-

branta el yugo que pesaba sobre el pecador, cura las heridas espirituales del alma, y evoca del sepulcro los que estaban muertos á la gracia; ya en el festin de los ángeles, donde distribuye el pan de vida eterna á los fieles, para ayudarlos á trepar la escarpada montaña que conduce al monte santo de la gloria, ya en fin en todas las demas funciones de su ministerio, en las que constantemente obra en persona de Jesucristo, continuando la grande obra iniciada por él en un sangriento Calvario?

Ved, pues, si en vista de esto no deberá el sacerdote poseer un fondo de virtud y santidad proporcionado á tan sublime ministerio, si es que ha de poder presentarse en cualidad de reconciliador á obtener del Señor, en favor de sus hermanos, lo que estos no pueden obtener á causa de su indignidad. Este es un principio innegable consignado por Santo Tomás. «Para ejercer las funciones de mediador, preciso es, dice, que el que intercede sea irreprochable no solamente ante aquel á quien suplica, sino tambien en presencia de aquellos por quienes se interesa.» De otro modo, ¿qué influencia pudiera tener para con un Dios que odia el vicio, aborrece la iniquidad, condena la injusticia, y no puede tolerar ante su vista la menor sombra de pecado? ¡Ah! «La audacia, dice con razon San Gregorio, no pudiera llevarse á mas alto grado que, pretendiendo constituirse mediador para abogar por los criminales, cualquiera que se hallase contaminado con iguales ó quizás mayores desórdenes.» Con razon seria rechazado quien tal hiciese; con razon le apostrofaria el Señor diciéndole: «¿Por qué te atreves á tomar en tus labios palabras de paz, cuando tú mismo me estás haciendo una guerra cruel? ¿Por qué osas, temerario, interceder por un pueblo que me ha ofendido, cuando tú me estás provocando con tus delitos? ¿Cómo tienes valor para ofrecermé por él sacrificios expiatorios, tú que ante todo debieras expiar tus propias maldades? Apártate de mí; pues tus incienso me repugnan, tus holocaustos me son aborrecibles, tus súplicas encienden mas mi justa cólera, y me causa repugnancia invencible tu presencia... Y el mundo á su vez pudiera tambien recusar nuestra mediacion en vista de nuestra vida nada conforme á nuestro sublime ministerio, preguntándonos: ¿Quién sois vosotros, oh malos sacer-

dotes, para arrogaros semejante mision? ¿De quién la hubisteis? ¿Quién os autorizó para tomar por vuestra cuenta nuestros intereses? ¿Quién os confió la defensa de nuestra causa?

Solo, pues, poseyendo las condiciones necesarias de virtud y santidad que exige tan augusto ministerio podremos presentarnos á ser los mediadores entre Dios y los hombres. Entonces nuestra misma vida será un título legitimo que sancionará nuestra mision, y bastará á responder por nosotros donde quiera, recomendándonos como dignos vicegerentes y plenipotenciarios del monarca de cielos y tierra. Entonces no tendrán que ruborizarse nuestros semblantes, ni deberemos temor que el Señor desestime nuestros ruegos. Hagámoslo, pues, así, M. V. H.; seamos puros é intachables ante Dios, ante los ángeles y ante los hombres; trabajemos por ser santos como lo es aquel que se dignó asociarnos á su ministerio reparador; no demos lugar á que este sea vituperado á causa de nuestra indignidad; vivamos como ángeles, ya que estamos llamados á ejercer unas funciones angélicas; seamos séres celestiales, puesto que no de la tierra sino del cielo es nuestra mision. De esta suerte mereceremos en esta vida agradar á un Dios que es la porcion única de nuestra herencia, y en la otra reinar con él por toda la eternidad.

TESTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA RELATIVOS A ESTE ASUNTO.

- » Sanctificabor in iis qui appropinquant mihi. (Levit. X. 3.)
- » Eritis mihi sancti; quia sanctus sum ego Dominus, et separavi vos à cæteris populis, ut essetis mei, (Id. XX. 26.)
- » Sancti erunt Deo suo, et non polluent nomen ejus; incensum enim Domini, et panes Dei sui offerunt. (Id. XXI. 6.)
- » Mundamini, qui fertis vasa Domini. (Isaia. LII. 11.)
- » Sedebit conflans, et purgabit filios Levi quasi aurum et quasi argentum, et erunt Domino offerentes sacrificia in justitia. (Malach. III. 3.)
- » Sacerdotes Dei induantur justitiam, et sancti tui exultent. (Ps. CXXXI. 9.)
- » Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituntur in iis quæ sunt ad Deum. (Hæbr. V. 1.)

» Nemo militans Deo implicat se negotiis sæcularibus, ut ei placeat, cui se probavit. (II. Tim. II. 4.)

» Fecit nos regnum, et sacerdotes Deo, et Patri suo. (Apoc. I. 6.)

PASAGES DE SANTOS PADRES.

» Sacerdos onus totius orbis portat humeris sanctitatis. (S. Hyer. Ap. Lig. *Selva*. T. I. c. III.)

» Clamat vestis clericalis, clamat status professi animi sanctitatem. (Id. Ep. 58.)

» Sacerdos continuum esse debet perfectionis holocaustum, ut incipiens à perfecta sapientia in mane juventutis, in eadem vesperæ vitæ suæ finiat. (Hesyehius de Sacerd.)

» Talem oportet esse Domini sacerdotem, ut quod populus pro se non valet apud Dominum, ipse sacerdos mereatur impetrare. (S. Aug. *Selva* loc. cit.)

» Nihil in hac vita felicius, (sacerdotio) nec hominibus acceptabilius: sed nihil apud Deum laboriosius et periculosius. (Id. ep. 22. alias 148.)

» Lingua quæ vocat de cælo Filium Dei, contra Deum loquitur, et manus quæ intinguntur sanguine Christi polluantur sanguine peccati! (Id. ap. Molin. Inst. Sacerd.)

» Ecce mundus sacerdotibus plenus est, et rarus invenitur mediator. (S. Bern. de Consid.)

» Cæleste tenet officium, angelus Domini factus est; tanquam angelus aut eligitur, aut reprobatur. (Id. declam. in verbo: *Ecce nos.*)

» Qui sunt medii inter Deum et plebem, debent bona conscientia nitere apud Deum, et bona fama apud homines. (D. Thom. Suppl. q. 36. a. 4 ad 2.)

» Ad idoneam executionem ordinum non sufficit bonitas qualiscumque, se requiritur bonitas excellens. (Id. q. 35. a. 4 ad 3.)

» Non mediocris debet esse virtus sacerdotalis, cui cavendum est modo ne gravioribus flagitiis sit affinis, sed ne minimis quidem. (S. Ambr. L. III. ep. 25.)

» Nihil in sacerdote commune cum multitudine. (Id. Ep. ad Iren.)
» Vita sacerdotis præponderare debet, sicut præponderat gratia. (Id. Lib. III. Ep. 25.)

» Tantum inter sacerdotem et quemlibet probum interesse debet, quantum inter cælum et terram discriminis est. (S. Isid. Pelus. L. II. Ep. 205.)

» Qui in erudiendis ad virtutem populis præerit, necesse est, ut sanctus sit, et in nullo reprehensibilis. (S. Isid. ap. Ligor. loc. cit.)

» In divino omni non est audendum aliis ducem fieri, nisi secundum omnem habitum suum factus sit deiformissimus et Deo similimus. (S. Dion. De Eccles. hierar. c. 3.)

» Magna dignitas, sed magnus est pondus. In altu gradu positi oportet quoque ut in virtutum culmine sint erecti; alioquin non ad meritum sed ad proprium præsumunt iudicium. (S. Laurent. Just. De inst. præl. 44.)

» Necesse est sacerdotem sic esse purum, ut in cælis collocatus, inter cœlestes illas virtutes medius staret. (S. Chrisost. De Sacerd.)

» Medius stat sacerdos inter Deum et naturam humanam: illinc beneficia ad nos deferrens, et nostras petitiones illi proferens. (Id. Homilia V. In Joan.)

» Quante hoc audaciæ est quod apud Deum locum intercessionis obtineat, cui me familiarem esse per vitæ meritum non agnosco? (S. Greg. Past. part 1.ª)

SERMON

PARA EL TERCER DIA DE LOS EJERCICIOS.

ENORMIDAD DE LOS PECADOS DE LOS MINISTROS DEL SANTUARIO, TANTO MAS GRAVES CUANTO ES MAS ALTA LA DIGNIDAD DE QUIEN LOS COMETE, Y MAYORES LOS DEBERES QUE Á ELLA ESTÁN VINCULADOS.

Propheta et sacerdos polluti sunt, et in domo mea inveni mala eorum. Idcirco via eorum erit quasi lubricum in tenebris. impellentur enim et corruent in ea.

El profeta y el sacerdote se han amancillado y han llenado mi casa de abominacion. Por lo tanto caminarán como en una pendiente resbaladiza entre tinieblas; en ella serán empujados y rodarán al precipicio.

JEREM. XXIII. 11, 12.

VENERABLES HERMANOS MIOS: Tembloroso y convulsivo me presento hoy delante de vosotros. Una espina punzadora atraviesa mi corazon; mi pena llega á un exceso inconcebible, y dificilmente podrá expresar mi lengua los sentimientos de mi alma. Pues ¿qué ha acontecido? me preguntareis tal vez como el antiguo profeta del templo de Silo á los mensajeros de una infausta nueva: ¿qué desgracia ha ocurrido, para que tan hondamente afectado os mostreis? ¿Es por ventura que la religion amenaza próxima ruina, que la sociedad se desquicia, que el mundo todo está amagado de un cataclismo universal? Nada de eso. ¿Es, acaso, que la impiedad ha conseguido alguna funesta victoria sobre la unidad católica, que las naciones se han conjurado contra el Señor y su Cristo, y que no hay esperanza de salvar el precioso tesoro de la fé del furor de sus enemigos? Tampoco. ¿Pues qué es lo

que motiva vuestro sentimiento? ¡Ah! M. V. H., poco seria que la humanidad en masa se hubiera coaligado para destruir los venerandos objetos de nuestro culto; poco que los pueblos se hubieran armado de la hacha devastadora para derruir el Santuario, y llevar á cabo la obra de esterminio que en sus días iniciaron los descendientes de Edom; poco, en fin, que de todas partes se levantase un grito de guerra para acabar de una vez con nuestras creencias y tradiciones. Encastillados en la infalible promesa de nuestro augusto jefe y caudillo, alimentáramos siempre la consoladora esperanza de ver sobrenadar entre las ruinas de todo lo existente esa verdad inmortal, esa religion imperecedera, esa Iglesia contra la que deben probar donde quiera su impotencia las furias todas del averno. Empero cuando los custodios de la fé, los depositarios del gran tesoro de la revelacion, los centinelas de Israel, las columnas del templo, los pastores del pueblo escogido, los defensores natos de la moral cristiana, los vicegerentes del Dios de las álturas, los dispensadores de los divinos misterios, los encargados de realizar en la tierra la mision reparadora comenzada en el Calvario, son los primeros en tomar parte en los proyectos destructores que un mundo fascinado por locas teorías ha saludado con gozo y acogido con febril entusiasmo; ¿quién podrá contener su llanto? ¿quién no lanzará lastimeros plañidos? ¿quién no se llenará de amargura? ¿quién abrigará la menor esperanza?

Ved, pues, M. V. H., lo que motiva mi pesar, lo que ocasiona mis lágrimas, lo que hoy me trae á vuestra presencia aterrorizado y confuso. Al dar una ojeada por los santos libros, tropecé al acaso, ó quizás providencialmente, con el siguiente testo del profeta Jeremías: «El profeta y el sacerdote se han mancillado, llenando mi casa de sus abominaciones, dice el Señor. Por lo tanto caminarán como en una pendiente resbaladiza entre tinieblas; en ella serán empujados, y rodarán al precipicio.» *Propheta et sacerdos polluti sunt, et in domo mea inveni mala eorum. Idcirco via eorum erit quasi lubricum in tenebris, impellentur enim, et corruent in ea.* Estas palabras hicieron en mi alma una impresion indefinible; su eco no ha cesado de resonar un instante en mis oídos desde que las lei; y todo

poseido del efecto que me causaron, vengo á vosotros, no para que uniendo vuestros lamentos á los míos, derramemos todos un llanto estéril, sino deseoso de que reflexionando profundamente la funesta verdad que dichas palabras encierran, y aplicándolas á nuestro actual estado, nos sirvan de un estímulo poderosísimo que nos haga despertar del letargo en que adormecidos nos tiene una indiferencia peor que la culpa misma. ¿Y no es cierto, por desgracia, que la raza privilegiada, el pueblo de adquisición, la tribu levítica consagrada al servicio del Señor, se halla muy distante de poseer el gran tesoro de virtudes que reclama su alta dignidad? ¿No lo es también que en proporción de la altura en que el sacerdocio está colocado, su ruina, cuando llega á caer, es más trascendental para la fe, para la religión y para las costumbres, puesto que por lo mismo que ejerce mayor influencia en los pueblos, más fácilmente los arrastra en pos de sí, á la manera que un enorme peñasco desprendido de la cresta de una montaña, se lleva consigo cuanto á su paso encuentra?

Hed aquí, V. H. M., lo que hoy va á formar el asunto de nuestras meditaciones. «Enormidad de los pecados de los ministros del Santuario, considerada bajo el doble punto de vista de la dignidad de que han sido investidos, y de los deberes que á ella están vinculados; rigor con que Dios los castiga.» ¡Ojalá poseyera yo el idioma de los ángeles, para tratar cual se merece un asunto tan interesante! Vos, Reina de todas las gerarquías celestiales, podeis alcanzarme lo que tanto anhelo, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Nada hay en el mundo tan horrible, V. H. M., nada tan espantoso como el pecado. Todos los males juntos, todas las desgracias, las calamidades todas reunidas, serian levisimas en comparación de una sola ofensa de Dios. Harto lo sabemos nosotros, ministros del santuario, que de continuo estamos inculcando al pueblo cristiano esta

terrible verdad. Empero, ¿hemos considerado reflexivamente la enormidad inconcebible de que ese mismo pecado se reviste, cuando sobre nosotros mismos recae? ¿Hemos medido el hondo abismo en que nos precipitamos, cuando desde la altura de nuestra dignidad caemos en una culpa grave? ¡Ah! Os confieso, M. V. H., que en este momento me encuentro sumamente afectado; no sé lo que pasa en el interior de mi alma; me confundo, me anonado, y apenas acierto á articular una palabra. ¿Qué es el pecado de un sacerdote? Pecado de pura malicia, pecado de rebelion, pecado premeditado, pecado inexcusable, pecado de inmensas consecuencias. Sabe que injuria á un Dios infinitamente santo, y le insulta en su propia casa; conoce que ofende á un Dios infinitamente bueno, é invade su santuario, y penetra en su templo, y sube hasta su mismo trono para provocar su indignacion; persuadido está de que se alza contra el Omnipotente, y á manera de Lucifer, escala su radiante sόlio para derribarle de él y hollarle con su inmunda planta. ¡Audacia inconcebible! ¡Temeridad sin ejemplo! ¡Maldad incomparable!

Aquí, M. V. H., paréceme escuchar los terribles anatemas del cielo, que á manera de un trueno estremecedor en dia de tormenta, resuenan en mis oidos. Ora la voz de Isaías me dirige este sentido apóstrofe: «¿Con que tú tambien has sido herido, oh principe de la casa de Israel? ¿Cómo caiste del cielo, tú que resplandecias en el firmamento como el lucero de la mañana? ¿Cómo fuiste arrojado de tu sόlio tú que presidias á las naciones? Sentado sobre la cumbre del testamento sobrepujabas la elevacion de las nubes, y eras semejante al Altísimo: pero caiste por desgracia, y al contemplar tu ruina los que antes te conocian, esclaman: «¿es este aquel que antes asombraba á la tierra, y era venerado en todo el universo (1)»? Ora penetra en el fondo de mi alma la voz de Ezequiel, que me dice: «¿Qué se ha hecho de tu antigua hermosura? ¿Cómo estás afeado tú que llevabas impreso en tu semblante el sello de Dios, participando de su sabiduría y viviendo en su paraíso? ¡Ah! Poco hace que en tus vestiduras brillaban toda suerte de piedras preciosas; parecias un

(1) Isaíæ. XIV. 9 et seq.

querubin que estiende sus alas y cubre el trono de Dios; colocado en mi monte santo, reunias cuantas perfecciones hay en mis obras desde el dia de la creacion; pero ¡ay! tu corazon se llenó de iniquidad, rebosó en tu alma la soberbia, pecaste, y por eso te arrojé de mi presencia, hicete rodar por el suelo, y te reprobé (1).»

Hed ahí, V. H. M., la imagen verídica del sacerdote pecador. Cuanto es mayor la elevacion de su estado, tanto es mas profunda su caida; cuanto mas alta es su dignidad, tanto es mas enorme su crimen cuando peca; no solamente porque sus pecados no pueden ser efectos de ignorancia ó de sorpresa, como en los demas hombres á quienes no han sido comunicadas luces tan claras, ni auxilios tan especiales, sino por cuanto abusa de sus mismos conocimientos, y hace armas de su propia grandeza para injuriar mas gravemente al que le colocó en la eminencia del santuario para que reinase en medio de su pueblo, para que resplandeciese á manera de querubin con la santidad de su vida, para que enseñase á los demas el camino de la virtud....

Jesucristo espirante sobre la cruz pidió á su eterno Padre indulgencia á favor de sus verdugos, diciendo: «Perdónalos, Padre mio, pues ignoran lo que hacen.» Este grito inefable de caridad infinita viene prolongándose á través de los siglos, y alcanza á todos cuantos por efecto de debilidad ó inconsideradamente injurian á la majestad divina. Con él juntamente la sangre de la augusta víctima, cayendo cual rocío benéfico sobre los culpables, hace brotar en la tierra la misericordia y el perdon. Cabe, pues, que recojan esa herencia preciosísima todos los que en este suelo, inspirados por el génio del mal, se arrojan en el abismo de la culpa. Cabe que el infiel que no conoce á Dios, pueda esperar, en virtud de aquella plegaria de un Redentor moribundo, algun destello de su inagotable clemencia. Cabe que el idólatra que desde su euna no presencié otro culto que el de sus divinidades tutelares, pueda tambien alcanzar alguna parte de aquel legado de inmenso amor. Cabe que el cristiano, que incapaz de comprender la estension de la ofensa que hace á su Dios esclavi-

(1) Ezech. XXVIII. 42 et seq.

zándose á unas pasiones seductoras, pueda asimismo abrigar la confianza de ser perdonado por quien murió en una cruz para salvar al mundo. Pero, ¿podrá decirse otro tanto respecto de los sacerdotes, que, asociados al ministerio reparador que en el Gólgota consumó Jesucristo, sus amigos, sus comensales, sus familiares, enriquecidos con todos los tesoros de su gracia, se atreven no obstante á ultrajarle con inconcebible avilantez, hollando su cuerpo sacratísimo, arrojando por el suelo su sangre divina, y vilipendiando su adorable persona? ¡Ah! No son ellos por quienes el Salvador se interesó en el gran día de la expiación, cuando pronunció aquella palabra de esperanza y consuelo: *Pater, ignosce illis, non enim sciunt quid faciunt*. No es por ellos por quienes rogó á su eterno Padre en los solemnes momentos de su agonía. Porque, ¿qué ignorancia puede haber en aquellos, cuyos lábios deben ser el depósito de la ciencia de la religión, de los cuales debe transmitirse la ley del Señor á los pueblos confiados á su cuidado?

No me atreveré, no, V. H. M., á cerrar las puertas de la misericordia divina á los sacerdotes pecadores. Sabemos muy bien que á nadie excluyó el Salvador del derecho á participar del mérito de su sangre. Empero, cuando leo en las sagradas páginas las terribles amenazas que el Señor dirige á sus ministros prevaricadores, creedme, mi terror escede á toda ponderación. Oid algunas de ellas: «El que consumó la iniquidad en la tierra de los santos, jamás verá la gloria de Dios.» Así habla por Isaías (1): «La tierra que recibió la bendición del cielo, y no produce sino espinas y abrojos, será abandonada, y su fin será el fuego.» De este modo se espresa San Pablo (2): Llegado es el tiempo que comience un juicio terrible por la casa del Señor.» Esto lo ha dicho el príncipe de los apóstoles (3): Añadid á esto el lenguaje unánime de todos los Padres de la Iglesia, y las tintas de tan espantoso cuadro no podrán menos de mostrarnos cuánta es la enormidad del pecado en el sacerdocio, y cuán terribles los castigos

(1) Isaías XXVI. 40.

(2) Ad Hæbr. VII. 7.

(3) I. Petr. IV. 17.

que le están designados. «No hay, dice el Crisóstomo, injuria mas sensible al corazon de Dios, que la que le hace un sacerdote: por cuanto siendo mayor en dignidad, mayor es la obligacion que tiene de servirle y agradarle.» ¡Ay de tí, esclama en otro lugar: ¿Qué haces, oh ministro indigno de Jesucristo? ¿A quién ultrajas? ¿Contra quién luchas? ¿No adviertes que pecando en el sacerdocio labras tu ruina y tu pérdida irreparable? Y la razon que alega el Santo Doctor, es la siguiente: «Cuando cualquiera otro pecador incurre en una culpa grave, fácilmente puede levantarse de su postracion y salir de aquel abismo, atemorizado por el grito de su conciencia, ó por la voz de la religion que habla á su alma el lenguaje severo de la verdad. Mas ¿qué impresion podrá hacer esta en el sacerdote vicioso, cuando en fuerza de repetir al pueblo las divinas amenazas ha llegado á familiarizarse con ellas, á mirarlas con frio desden, y á considerarlas de poca importancia? Nada hay, pues, concluye, tan difícil, como la conversion de aquel que sabiendo cuanto conduce para salvarse, se arroja en el abismo del crimen.» «Del cielo cae, escribia San Pedro Crisólogo, quien peca colocado en la eminencia del Santuario.» Y de esta misma idea hallábase ocupado San Gerónimo, cuando exclamaba: «Regocijémonos en buen hora por nuestra elevacion sublime: pero temblemos si llegamos á precipitarnos en el pecado.»

Cuando, pues, los génios mas eminentes del cristianismo han encarecido tanto la enormidad del pecado en los sacerdotes, y ponderado con imágenes tan vivas lo irreparable de su caida, no han hecho mas que repetir lo que en los sagrados libros dijeron los profetas inspirados por Dios, lo que Dios mismo manifestó espresamente en las leyes dadas á su pueblo, lo que por boca del hijo de Helcias pronunciára un dia contra los antiguos sacerdotes: «Ellos se han manchado delante de mí, y por lo tanto caminarán como sobre una pendiente resbaladiza en las tinieblas, y empujados en ella rodarán al precipicio»: *Erit via eorum quasi lubricum in tenebris: impellentur et corruent in ea.* Conforme con este pasage, dijo San Ambrosio: que á la manera que quien cae de la eminencia de un edificio muy elevado, es imposible que no perezca, á menos que no

le salve un milagro de la Omnipotencia, así lo es que deje de perecer el sacerdote pecador cuando se precipita de la altura de su dignidad, como no sea por un prodigio muy especial de la gracia. «¿Habeis visto, pregunta San Bernardo, cuál se hunde en las entrañas de la tierra, el rayo lanzado por la tempestad? Pues no de otra suerte el sacerdote que ofende á Dios húndese en el abismo del mal, cae en un profundo olvido de Dios, no le afecta apenas el temor de su reprobacion eterna, ni casi despierta al horrible tronar de la venganza divina.»

Estas palabras son fuertes, estremecedoras, V. H. M., pero de una verdad incontestable. Observad al sacerdote en el estado de la culpa, y le hallareis sumergido en una espantosa oscuridad, en una inaccion inesplicable, en una indiferencia casi total, en una atonía semejante á la de la muerte, pudiéndose decir de él aquello del Apocalipsi: *Nomen habes quod vivas, et mortuus es* (1). Y si no, observadle bien: ¿qué se ha hecho de aquellas luces que antes esclarecían su inteligencia? ¿qué de aquellos saludables remordimientos que tanto eco hacían en su alma? ¿qué de aquellas gracias que le dispensaba el cielo para huir del mal y obrar el bien? ¿qué de aquellas inspiraciones interiores que le animaban á caminar por la estrecha senda de la virtud? ¿qué de aquellos irresistibles llamamientos que le impulsaban á trabajar incansable en la salvacion de las almas? ¡Ah! Todo ha desaparecido, verificándose aquel similitud del profeta Jeremías: «El Señor te dió el nombre de olivo fértil, bello, fecundo, ameno; empero repentinamente prendió un gran incendio en el olivo, y sus ramas quedaron abrasadas, y todo él reducido á pavesas (2).»

Ministros del Altísimo, despertemos del funesto letargo en que tal vez nos hallamos sumergidos; huyamos del pecado como de un mal tan grave respecto de Dios, y de tan fatales consecuencias con relacion á nosotros mismos; temamos que si caemos sea nuestra ruina irreparable, y rodemos hasta un abismo de donde no nos sea dado

(1) Apoc. III. 4.

(2) Jerem. XI. 45.

salir. Aprovechemos estos dias de salvacion que el Señor nos concede, para renovar nuestro primitivo fervor, para recuperar las pérdidas que hubiéremos sufrido, para comenzar de nuevo una vida en todo conforme con nuestro estado, único medio de lograr en la otra vida una corona inmarcesible y una eterna bienaventuranza.

TESTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA RELATIVOS Á ESTE ASUNTO.

«Filiis enutrivi, et exaltavi, ipsi autem spreverunt me. (Isaïæ. I. 2.)

»In terra sanctorum iniqua gessit, non videbit gloriam Domini. (Id. XXVI. 10.)

»¿Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus, dispersi sunt lapides sanctuarii in capite omnium platearum? (Jerem. Thren. IV. 1.)

»Qui vescebantur voluptuose et nutriebantur in croceis, amplexati sunt stereora. (Ib. 5.)

»¿Quid est quod dilectus meus in domo mea fecit scelera multa? (Jerem. XI. 15.)

»Posi te in monte sancto Dei, et peccasti... et ejeci te de monte Dei, et perdi te. (Ezech. XXVIII. 14.)

»Et nunc ad vos, sacerdotes, qui despicitis nomen meum; si ego Dominus, ¿ubi est honor meus? (Malach. I. 6.)

»Terra sæpe venientem super se, bibens imbrem, proferens autem spinas ac tribulos, reproba est et maledicto proxima, cujus consummatio in combustionem. (Hæbr. VI. 7.)»

PASAGES DE SANTOS PADRES.

«Grandis dignitas sacerdotum, sed grandis eorum ruina si peccant. (S. Hyer. L. XVIII. in c. 44 Ezech.)

»Nulla certe in mundo tam crudelis bestia, quam malus sacerdos, nam corrigi se non patitur. (Id. Ep. ad Damas.)

»Non quærit diabolus homines infideles, et eos qui foris sunt; de Ecclesia Christi rapere festinat. (Id. Ep. 22.)

»Lætetur ad ascensum: sed timeamus ad lapsum. (Id. L. 18 in c. 44 Ezech.)

» Quid altius cælo? De cælo cadit in cælestibus qui delinquit. (S. Petr. Crysol. Serm. 26.)

» Nulla re Deus magis offenditur, quam quando peccatores sacerdotis dignitatem præfulgeant. (S. Joan. Crys. Hom. 41 in Matth.)

» Sæcularis homo facile post peccatum ad pœnitentiam venit, quia quasi novum aliquid audiens, spavescit.... Sacerdos vero.... Omnia quæ sunt in scripturis ante oculos ejus inveterata, vilia existimantur; nam quiddid sibi terribile est, usu vilescit. Nihil impossibilius illum corrigere qui omnia scit. (Id. Hom. 40 in c. XXI. Matth.)

» Si privatim pecces, nihil tale passurus es; si in sacerdotio peccas periisti. (Id. Hom. 3. in Act. Apost.)

» Major scientia majoris penæ fit materia; propterea sacerdos eadem cum subditis peccata commitens, non eadem, sed multo acerbiora patietur. (Id. Hom. 7. in Matth.)

» Ut levius est de plano corruere, sic gravius est qui de sublimi ceciderit dignitate: quia ruina quæ de alto est, graviori casu colliditur. (S. Ambros. De dign. sacerd. c. III.)

» Tanquam fulgor in impetu vehementer dejiceris... Alto quippe demersi oblivionis somno, ad nullum dominicæ comminationis tonitrum expergiscuntur, ut suum periculum expavescant. (S. Berni. Serm. 77. in Cant.)

» Laicus in die judicii, stolam sacerdotalem accipiet. Sacerdos autem peccator spoliabitur sacerdotii dignitate, et erit inter infideles et hypocritas. (Auctor oper. imperf. Hom. 40. in Matth.)»

SERMON

PARA EL CUARTO DIA DE LOS EJERCICIOS.

CUÁN GRAVES RAZONES OBLIGAN Á LOS SACERDOTES Á MOSTRARSE DIGNOS
MINISTROS DEL SEÑOR CON EL BUEN EJEMPLO, YA EN VIRTUD DE SU ELEVADA
DIGNIDAD, YA POR LA INFLUENCIA PERJUDICIAL Ó BENEFICIOSA QUE SU
AUTORIDAD EJERCE EN LAS COSTUMBRES PÚBLICAS.

*Spectáculum facti sumus mundo, et angelis et hominibus... In omnibus
exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros.*

Hemos sido dados en espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hom-
bres... Portémonos, pues, en todo eual cumple á ministros de Dios.

I CORINTH. IV. 40, ET II CORINTH. VI. 4.

NUNCA, V. H. M., con mayor razon que en la época que atravesamos, tan comprometida, tan peligrosa, tan sembrada de escollos, tan fecunda en errores, tan abundante en malignas prevenciones contra el sacerdocio, pudiera yo dirigiros las palabras del Apóstol que acabo de pronunciar. Cuando todo en torno nuestro parece hacer causa comun para lanzarnos en el mayor descrédito; cuando bien porque se tema el ascendiente que nuestra mision nos dá sobre las masas populares, ó porque la impiedad, desenterrando del fango cuanto de mas inmundo pudieron hacinar las pasadas edades, se haya propuesto triunfar de nosotros con el arma envenenada de la calumnia, ya que la razon y la ciencia han hecho nuestra mas cumplida apología, ello es que de todas partes se levanta un grito que nos denuncia á la pública execracion; cuando nada se omite por repugnante, nada se economiza por absurdo, nada parece bastante por

injurioso que sea, con el conocido fin de despojarnos de todo prestigio, y en la tribuna, y en la prensa, y por todos los medios posibles se trata de hacer creer á los pueblos que lejos de ser los faros luminosos colocados entre los confines de ambos mundos para ilustrar á los mortales, hemos estendido sobre la superficie de la tierra el sombrío manto del oscurantismo y de la ignorancia, y acarreado la inmoralidad, y sido los fautores de todos los crímenes que han manchado á las generaciones; no debeis estrañar que en cumplimiento de la honrosa mision que se me ha confiado os repita una y mil veces que estamos puestos como en espectáculo á la vista del mundo, de los ángeles y de los hombres; y por lo tanto, á fin de que no sea vituperado nuestro ministerio, debemos portarnos en todas las cosas cual cumple á dignos ministros de Dios: *Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus... In omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros.*

Hed aquí, V. H. M., el gravísimo deber que nos incumbe por muchos conceptos. El buen ejemplo es la única arma con que podemos hacer frente á los tiros de tantos y tan encarnizados enemigos como conspiran á nuestra ruina. El buen ejemplo constituye la apología mas elocuente de una clase perseguida siempre, pero siempre triunfante de los mil elementos que el ódio y la animadversion hacíanar contra ella. El buen ejemplo basta para hacer enmudecer el grito de las malas pasiones, atizadas en nuestro daño, si bien impotentes contra la irresistible fuerza de la verdad, que do quiera sobrenada en el gran diluvio de los errores á despecho de los que los esparcen. El buen ejemplo, en fin, es nuestra primera obligacion, porque, colocados en la tierra para ser las antorchas encendidas que perpetúen á través de los siglos aquella luz misteriosa que al cielo trajo el Verbo, y con la cual iluminó á todo hombre que viene al mundo, mal pudiera la humanidad caminar via recta hácia sus supremos destinos, si la faltase esa claridad celestial que la muestra el sendero que debe seguir para no estraviarse en la oscura noche del vicio. Lo que para el pueblo escogido aquella nube clarísima que en el desierto le guiaba; lo que para los navegantes que en tiempos antiguos surcaban desco nocidos golfos la estrella del Norte; lo que para el desorien-

tado viagero la aurora de un bello dia que sucede á una noche tormentosa ; lo que el sol , en fin , para los habitantes de las regiones del polo ; tales debemos ser los sacerdotes de Jesucristo , mediante nuestras costumbres puras é intachables. Ellas hablan al corazon un idioma mudo , pero mucho mas eficaz que las palabras. Cuando estas son estériles é impotentes para crear convicciones profundas , aquellas triunfan fácilmente de toda resistencia y logran resultados maravillosos. Por eso el divino Salvador inculcaba tanto el buen ejemplo á sus primeros apóstoles , diciéndoles que debian lucir en el mundo como unas antorchas colocadas sobre las cimas de las montañas , á fin de que todos pudiesen contemplar su vida virtuosa , y escitarse á alabar y glorificar al Padre celestial (1).

Esto mismo me propongo yo inculcaros en el presente discurso, M. V. H. , manifestando con toda la lucidez posible «cuán graves son las razones que nos obligan á mostrarnos en todo dignos ministros del Señor, cual limpios espejos en que los fieles puedan mirarse; por cuanto nuestra dignidad hace que nuestras virtudes ó nuestros vicios sean mas visibles, nuestra autoridad da á aquellas ó á estos mayor peso, y nuestra influencia contribuye á que el buen ó mal ejemplo ocasione bienes de mayor cuantía ó males infinitamente mas funestos en la sociedad.» Tengo propuesto, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Que á las grandes dignidades van ligados gravísimos deberes es una verdad que no necesita demostrarse. Cuanto mayores son los dones recibidos del Señor, tanto mayor es la obligacion de utilizarlos en promover la gloria del que los dispensó por un puro efecto de su amor y generosidad ; y en proporcion de la altura en que el hombre se halla colocado en la casa de Dios, debe resplandecer mas por sus

(1) Matth. V. 16.

virtudes, para que con su ejemplo puedan los demas aprender cómo deben servirle y agradarle. Segun este principio inconcuso, ¿cuánto no deberán brillar los ministros del santuario, colocados en él como antorchas luminosas para difundir su claridad en el mundo católico, como piedras vivas destinadas á sostener el edificio espiritual fundado por Jesucristo, como estrellas resplandecientes que no solo deben embellecer el místico firmamento de la Iglesia, si que tambien transmitir su influjo benéfico á todos los séres que habitan en una region inferior? ¡Cuán bellos similes no han empleado los divinos libros para mostrar este gran deber que pesa sobre los ministros del Señor! Aquí se les pinta en la sublime alegoría del candelabro de oro que vió Zacarias, coronado de una lámpara ardiente, á la cual rodeaban otras muchas mas pequeñas, símbolo espresivo de la mayor luz que debe derramar la virtud del sacerdote sobre los demas fieles que de él participan sus resplandores (1). Allí se les simboliza en la gran piedra sobre que debian asentarse los cimientos de la nueva Jerusalem, restaurada en los dias de Zorobabel, en la cual viera el mismo profeta los siete ojos del Dios de los ejércitos dispuestos á velar por los intereses de su gloria y á arrojar de la tierra la iniquidad (2). Ora son los ángeles del Señor enviados á medir los muros de la ciudad santa y fortalecerla contra las invasiones de sus enemigos (3). Ora los olivos plantados en el átrio de su templo para derramar el suave licor de las virtudes, y mantener inestinguible la luz de la verdad (4). Oid cómo se espresaba el principe de los apóstoles reasumiendo todas estas ideas para trazar el gran cuadro de la vida sacerdotal: «Vosotros, oh ministros de Jesucristo, sois como unas piedras vivas colocadas encima de él, que es la base angular del grandioso edificio. De vosotros se dijo por Isaías: Mirad que voy á poner en Sion la principal piedra del ángulo, selecta, preciosa, objeto de gloria y de honor para los que creyeren, ocasion de tropiezo y de escándalo para los incrédulos. Por lo tanto no olvideis que sois el linage escogido,

(1) Zachar. IV. 2.

(2) Ib. 7. 8. 9.

(3) Ib. II. 2 et seq.

(4) Ib. IV. 3.

un sacerdocio real, una nacion santa, un pueblo de conquista, cuya mision es propagar y llevar á todas partes las grandezas de aquel que os eligiera llamándoos á su admirable luz (1).»

En vista de esto, V. H. M., ¿qué duda puede cabernos acerca del gravísimo deber que pesa sobre nosotros respecto al buen ejemplo que debemos dar á los fieles, entre los cuales nos distinguimos por nuestra dignidad, como los altos cedros del Líbano respecto de los humildes chopos que crecen con trabajo en las laderas de las montañas? ¿Qué seria en efecto del espiritual edificio de la Iglesia de Jesucristo, si nosotros, sucesores de los apóstoles y profetas, no le sostuviésemos con nuestros hombros? Cuando todo conspira á derruirle, cuando por do quiera se oyen los gritos de los Edomitas que han jurado su completo esterminio; cuando las pasiones puestas al servicio del error horadan incesantemente sus robustos cimientos, y el ódio de la incredulidad, y el despecho de la heregia, y el furor del protestantismo, y el sofisma de las sectas racionalistas, todo, en fin, se mancomuna para llevar á cabo una idea concebida hace muchos siglos é iniciada á la raiz misma de la fundacion del catolicismo, ¿dejariamos que tomase mayores proporciones esa conjuracion funesta? ¿No nos opondríamos con todas nuestras fuerzas? ¿Nos dormiríamos en una muelle tranquilidad, en una inaccion punible? ¡Oh! No, M. V. H. La primera, la mas poderosa arma que debemos esgrimir en esa lucha decisiva es el ejemplo. Con él somos llamados á dar donde quiera un testimonio inequívoco de la santidad, pureza y divinidad de una religion, de la cual somos los defensores natos. Con él nos cumple desmentir las calumnias de los émulos de la Iglesia católica, manifestando prácticamente la sublimidad de sus dogmas, de su moral, de sus misterios, de sus enseñanzas. Con él estamos obligados á oponer una valla impenetrable á los envenenados tiros de los que insultan á la Esposa del Cordero, protestando contra sus erróneas doctrinas, y neutralizando los funestos efectos de su accion destructora. Con él, en fin, es preciso hagamos lo que con su sangre hicieron los primeros héroes del cristianismo; lo que con sus ta-

(1) I. Petr. I. 5 et seq.

lentos los grandes ingenios de la edad de oro de la Iglesia; lo que con su abnegacion los fervorosos apóstoles que sembraron las primeras semillas del Evangelio; lo que con su sabiduria los eminentes doctores de los siglos medios. Lucir, purificar, enseñar, arrancar los vicios, plantar las virtudes, destruir el imperio de la mentira, levantar el templo místico de la nueva Sion, guiar á los que se extravían, contener á los que se precipitan, enfrenar los ímpetus de las pasiones, cohibir al error, hacer frente á la mentira, luchar contra el pecado: hed ahí nuestra mision. Para eso hemos sido constituidos por Jesucristo en su Iglesia como la luz del mundo, como la sal de la tierra, como pastores de su rebaño, como conductores de su pueblo, como intérpretes de su voluntad, como representantes de su augusta persona, como depositarios de su ley, como dispensadores de sus misterios, como tesoreros de su erario, como ángeles, en fin, destinados á rodear su sόlio y á llevar á todas partes su testamento eterno, gritando como el del Apocalipsi: «Temed á Dios y dadle honor.»

Y todo esto, mucho mejor que con las palabras, podemos y debemos realizarlo con el ejemplo. La vida virtuosa de los ministros del santuario, es como un sol cuyos rayos alcanzan á todos cuantos le contemplan, y con ellos participan de su accion fecundante. La voz del hombre, por elocuente que sea, no puede traspasar largas distancias, piérdese en el espacio, y muere en las regiones del aire. El eco de la santidad sacerdotal prolóngase maravillosamente, y el grato perfume de sus virtudes trasciende hasta en los sitios mas lejanos. La explicacion de este fenómeno se halla en la influencia que la autoridad del sacerdote ejerce en el mundo moral. Es indudable que la mision del ministro de Dios, considerado como maestro, guía y pastor del rebaño fiel, imprime á sus acciones un sello tan visible, que al propio tiempo que le rodean de un gran prestigio si son conformes á la santidad de sus funciones, obran tambien de una manera mas funesta cuando desdicen de su elevado carácter. Asi lo ha consignado el Doctor Angélico con las siguientes palabras: «Al modo que el sacerdote irreprehensible dá á sus palabras una sancion solemne, que persuade, convence, atrae y triunfa de las oposiciones del vicio, de la misma

manera, cuando por su vida contraria al ministerio que desempeña se hace despreciable, preciso es sean tambien objeto de menosprecio su predicacion y todos los demas actos que indignamente ejerce.» Por eso decia con mucha razon San Gregorio de Niza que los sacerdotes deben ser ante todo los «doctores de la piedad :» *Doctores pietatis*; es decir, que sus enseñanzas deben ser prácticas, sus discursos acompañados de bellos ejemplos de perfeccion, sus amonestaciones autorizadas por la prévia ejecucion de lo que pretenden inculcar, su doctrina, en una palabra, sancionada por unas costumbres intachables. ¿Y no es esto mismo lo que con tanta insistencia inculcaba San Pablo á sus colaboradores en la predicacion del Evangelio, exhortándolos á vivir como dignos ministros de Dios, en todo género de virtudes, á fin de hacer enmudecer á los detractores del Sacerdocio?

Y ; cuán poderoso no es el buen ejemplo del sacerdote para cambiar la faz de los pueblos, para modificar las costumbres públicas, para resistir al empuje violento de la desmoralizacion, para afianzar los cimientos de la moral católica, para lograr en fin los mas bellos triunfos sobre el error y el vicio! Eficaz cuanto visible, enérgico cuanto autorizado, potente cuanto bello, jamás deja de producir felices resultados. Ante él se desploman los baluartes de la sensualidad, caen por tierra los ídolos del orgullo, desmorónanse los templos consagrados al oro, hácese pedazos los altares levantados á la incontinencia, desaparece el imperio de la rivalidad, no de otra manera que en presencia del lábaro de la cruz, llevado por los primeros heraldos del rey del Calvario, caian, se desplomaban, se hundian y desaparecian las infames aras de los dioses del gentilismo. No de otra arma necesitaron en sus dias para triunfar de la corrupcion, destronar el vicio, abolir los escándalos, estirpar los abusos, y rehacer la sociedad, operando en ella la mas completa y feliz revolucion, los Atanasios en Alejandría, los Borromeos en Milán, los Franciscos de Sales en Cambray, los Cantorberys en Inglaterra, los Franciscos en la Umbria, y otros dignos sacerdotes en sus respectivos pueblos, á quienes se mostraron puros, incorruptibles, humildes, caritativos, mansos, benéficos, pacientes, benignos, embellecidos en suma con todas las virtudes propias de su estado.

De aquí, V. H. M., el insistir tanto los sagrados Concilios en recomendar al Sacerdoció el buen ejemplo. El Urcelense se espresa en estos términos: «Como quiera que los hombres creen mejor y prestan mayor asentimiento á lo que ven que á lo que oyen, preciso es que los sacerdotes, no solo en su traje, y sí mucho mas en sus acciones, se muestren á la faz de los pueblos como ejemplares dignos de imitacion.» Y el Tridentino dice: «que los cristianos tienen fijos sus ojos en los ministros de Dios como en unos espejos, para tomar de ellos la norma de sus acciones.» Y ¡ay de la Iglesia el día en que llegase á faltarla este apoyo! ¡Ay de la religion si posible fuera que se estinguiese esa luz! ¡Ay de la sociedad si los que deben ser sus faros y antorchas espirituales quedasen en una oscuridad espantosa! ¿Quién alumbraría á los que caminan por el desierto de este mundo hácia el país de promision, si les faltase esa misteriosa columna de fuego que el Señor les dió para señalarles el rumbo? ¿Quién purificaría la tierra estéril del corazón humano corrompido por las pasiones que le agitan, dice Jesucristo, si se evaporase la sal que él destinó al efecto? *Si sal evanuerit, ¿in quo salietur?....*

Por eso el Salvador comenzó su mision celestial practicando antes lo que despues debia enseñar de viva voz. Por consiguiente cuando al enviar á sus apóstoles á la conquista del universo, les dijo: «Como mi Padre me envió os envío yo á vosotros: id y enseñad á todas las naciones,» fue lo mismo que decirles: Imitad mi conducta, haced lo que yo he hecho; practicad primero esas doctrinas regeneradoras á que he vinculado el triunfo de mi religion; vaya delante de vosotros el ejemplo, y despues predicad mi Evangelio para que su semilla sea fecunda y dé abundantes frutos de vida eterna: *Docete omnes gentes*. Ved pues, V. H. M., el gran legado que aquellos nos han trasmitido, la sublime mision que debemos llenar, el gravísimo deber que principalmente nos incumbe. El ejemplo es el que debe autorizar nuestras palabras y sancionar nuestra predicacion. «Su eco, escribe el Crisóstomo, es mas claro y penetrante que el de la trompeta.» «Hay en él, dice San Bernardo, una voz de virtud sumamente eficaz para obligar á la práctica de aquello que con los lábios se intenta persuadir.» El ha precedido á las grandes conqui-

tas de la inteligencia y á los mas insignes triunfos del Evangelio, y tanto, que el precitado Padre San Juan Crisóstomo no dudó asegurar, «que la vida edificante de los primeros obreros evangélicos, su abnegacion, su humildad, su caridad, sus virtudes todas, contribuyeron aun mas eficazmente que sus milagros á afianzar las raices del cristianismo y á ensanchar los limites de la fé.»

Estimulémonos, pues, á seguir las huellas de aquellos santos sacerdotes con quienes nos eslabonan anillos inquebrantables. Seamos en nuestros dias lo que en su época fueron los Fulgencios, Braulios, Isidoros, Eugenios, Ildefonos y demas glorias de nuestra Iglesia Española. Trabajemos incansables por que no se apague la luz que aquellos encendieron; fomentémosla con nuestras costumbres, y contribuyamos á que cada vez brille mas la antorcha del catolicismo que ellos nos legaron tan radiante y pura. Ahora mas que nunca somos deudores á nuestra sociedad de ejemplos poderosos que formen un contrapeso invencible á las ideas deletéreas del error, y basten á impedir el paso á las doctrinas disolventes que cunden por do quiera. Hagámoslo así, y al propio tiempo que lograremos salvarla de los grandes peligros que la amenazan, nos salvaremos tambien nosotros y conquistaremos un nombre imperecedero y una eterna inmortalidad.

TESTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA RELATIVOS A ESTE ASUNTO.

«*Ipsum elegit ab omni vivente, offerre sacrificium Deo, incensum et bonum odorem... et dedit illi in præceptis suis potestatem... et in lege sua lucem dare Israel.* (Ecci XLV. 20.)

»*Lucaet lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cælis est.* (Matth. V. 16.)

»*Estote perfecti sicut et Pater vester perfectus est.* (Id. 48.)

»*In omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros... in castitate, in scientia, in longanimitate, etc.* (II. Cor. VI. 4 et seq.)

In omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum... ut is qui ex adverso est vereatur, nihil habens malum dicere de nobis. (Ad Tit. 7. 8.)

- » Pascite qui vobis est gregem Dei. (I. Petr. V. 4.)
» Attendite vobis, et universo gregi, in quo vos Spiritus Sanctus posuit Episcopos, regere ecclesiam Dei. (Act. XX. 28.)»

PASAGES DE SANTOS PADRES.

» Nullum majus præjuditium tolerat Deus, quam à sacerdotibus, quos, cum possuit ad aliorum salutem, cernit dare exempla pravitatis. (S. Greg. P. Hom. 17 in Luc. 10.)

» Sacerdos debet vitam habere compositam, ut omnes in illum veluti exemplar excellens intueantur; idcirco enim nos elegit Deus, ut simus quasi luminaria, et magistri cæterorum. (S. Joan. Chrys. Hom. XX in Ep. I. Tim.)

» Quasi totius orbis pater sacerdos est, dignum igitur est, ut omnium curam agat. (Id. Hom. VI. in ead. ep.)

» Bonâ exempla voces edunt omni tuba clariores. (S. Joan. Chrys. Hom. 15 in Matth.)

» Dabis voci tuæ vocem virtutis, si quod suades, prius tibi cognoveris persuasisse: validior operis quam oris vox. (S. Bern. Vers. 59 in cant.)

» Non confundant opera sermonem tuum, ne cum cœlestia loquaris, tacitus quilibet respondeat: ¿Cur ergo hæc quæ dicis non facis? (S. Hyer. Ep. 34 ad Nepot.)

» Qui non facit quod docet, non alium docet, sed seipsum condemnat. (Auct. Oper. imperf. Hom. in Matth.)

» Sacerdos dicitur quasi sacrum dans; dat enim sacrum de Deo, id est, prædicationem; dat sacrum Dei, id est, sacramenta; dat sacrum pro Deo, id est, exemplum. (Petr. Bles. Serm. in Syn.)

» Cujus vita despicitur, restat ut ejus prædicatio contemnatur, et omnia spiritualia ab eo exhibita. (S. Thom. suppl. q. 36, a. 4.)

» Si viris in plebe possitis tam perfectam Deus vivendi regulam dedit, ¿quantum esse illos perfectos jubeat, à quibus omnes docendi sunt, ut possint esse perfecti? (Salvian. Lib. II ad Eccles. Cath.)

» Sacerdos dux exercitus Domini. (S. Petr. Dam. De dig. sacerdot.)»

SERMON

PARA EL QUINTO DIA DE LOS EJERCICIOS.

ENORMIDAD DEL ESCÁNDALO EN EL SACERDOCIO: FUNESTÍSIMAS
CONSECUENCIAS DE ESTE PECADO, Y CASTIGOS CON QUE
DIOS LE VENGA.

Pastores, audite verbum Domini: Vivo ego, dicit Dominus Deus, quia pro eo quod facti sunt greges mei in rapinam, et oves meae in devorationem, eo quod non esset pastor... Ecce ego ipse super pastores requiram gregem meum de manu eorum.

Oid, oh pastores, la palabra del Señor: Juro yo, dice el Señor Dios, que pues mis rebaños han sido entregados al lobo, y mis ovejas devoradas por culpa de los pastores, yo mismo les pediré cuenta de mi grey.

EZECH. XXXIV. 7, 8, 10.

VENERABLES HERMANOS MIOS: Cuanto mas profundizamos en la consideracion de los gravisimos deberes que pesan sobre nosotros, en virtud del sitio distinguido que ocupamos en la tierra, tanto mayores motivos de temor encontramos, puesto que por lo mismo que es tan elevada nuestra dignidad y tan escelente nuestro ministerio, mas responsables somos ante Dios si olvidados de nuestro augusto carácter delinquimos. Cuando por una parte veo los honrosos dictados que se nos prodigan en los sagrados libros, denominándonos ángeles del Señor, vicarios de Jesueristo, hombres de Dios, cooperadores de la redencion, fanales del mundo, mediadores entre la divinidad y la humanidad, conductores del pueblo escogido, pastores de la cristiana grey, salvadores de los pueblos, dioses terrestres, y otras cosas semejantes, no puedo menos de llenarme de indefinible entusiasmo, y

esclamar con el Crisóstomo: « ¡Oh dignidad que escede á quanto puede imaginar el humano entendimiento! Ni á los ángeles, ni á los arcángeles, ni á las demas supremas inteligencias se confirió semejante grandeza. Solo á los sacerdotes se les ha confiado un poder omnímodo sobre lo terreno y lo celestial; ellos solos son los depositarios de las riquezas del Altísimo. Cual si ya hubiesen sido trasladados á las regiones de lo infinito, dominan desde la altura en que se hallan colocados todo lo existente, y la naturaleza entera les está subordinada (1).» Pero cuando me pongo á contemplan con detencion la inmensa distancia que generalmente se advierte entre una elevacion tan sublime y la vida poco conforme á ella que una gran parte de los ministros del santuario venimos observando, mi alma se llena de terror, un estremecimiento involuntario apodérase de mis miembros, hiélase la sangre en mis venas, mi lengua enmudece y no acierto á articular palabra.

Sobre esto meditaba yo, V. H. M., al prepararme para pronunciar el presente discurso, cuando mi memoria recordó un testo del profeta Ezequiel que vino á dar mayores proporciones al abatimiento en que me encontraba. A la manera que en un dia de récia tormenta estalla repentinamente el trueno, parecióme oír resonar en mis oidos el eco formidable del cielo que me decia: «Oid, oh pastores, la palabra del Señor: Juro yo, dice el Señor Dios, que pues mis rebaños han sido entregados al lobo y mis ovejas devoradas por culpa de los pastores que las dí, yo mismo los pediré cuenta de mi grey, y acabaré con ellos para que en adelante no la apacienten mas.» *Pastores, audite verbum Domini: Vivo ego, dicit Dominus Deus, quia pro eo quod facti sunt greges mei in rapinam, et oves meae in devorationem, eo quod non esset pastor... Ecce ego ipse super pastores requiram gregem meum de manu eorum, et cessare faciam eos, ut ultra non pascant gregem.*

La honda impresion que en mí hicieron estas palabras, no tengo para qué decirlo. En aquel momento se me representó en todo su repugnante aspecto ese vicio funestísimo del escándalo sacerdotal, ho-

(1) S. Joan Chrys. de Sacerd. L. 3. c. IV.

micida cruel de las almas confiadas al cuidado de los pastores del rebaño de Cristo, lobo hambiento, bestia insaciable que tantas víctimas devora, elemento el mas poderoso de corrupcion é inmoralidad, ministro de Satanás encargado de inutilizar los efectos de la redencion, lazo fatal tendido á la virtud para trastornar el plan divino por los mismos que debieran realizarle. ¡Qué horror! ¿Y es posible que ese vicio reine en la casa del Dios de las alturas? ¿Quién jamás oyó semejante maldad? ¡Los guias de la grey escogida convertidos en inhumanos sacrificadores! ¡Los llamados á dispensar al pueblo fiel el alimento sano y nutritivo de la ley del Señor, vertiendo por do quiera la ponzoñosa levadura de los mas perniciosos ejemplos! ¡Los destinados á abreviar el rebaño del Salvador en las puras fuentes de su divina moral, conduciéndole á las cisternas cenagosas de la mas profunda desmoralizacion! ¡Los que debian curar las ovejas heridas, fortalecer las débiles, buscar las estraviadas, y traer en sus hombros las enfermas al redil de Jesucristo, siendo los primeros que las hieren, dispersan, matan y arrojan al precipicio del pecado! ¡Los centinelas de Israel colocados en la eminencia para dar el grito de alerta contra la invasion de los enemigos, haciendo con ellos causa comun y fraternizando con los que intentan incendiar el santuario!

Tal es, V. H. M., la funesta realidad de esa sublime alegoría de Ezequiel. Perdonad si en cumplimiento de un deber penoso, me tomo hoy la libertad de tratar un punto tan delicado. Guardando las debidas consideraciones á una clase tan respetable, «os mostraré toda la gravedad del escándalo con relacion al sacerdocio, por el funestísimo ascendiente que ejerce en el cristianismo, y cuán altamente provoca las venganzas del cielo contra los que de él se hacen culpables.»

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Entre todos los caracteres del vicio que hoy me propongo combatir, ninguno le hace tan odioso y repugnante, considerado con relacion al sacerdocio, como el ser el enemigo mas cruel y funesto de la gran mision que el Salvador trajo al mundo y dejó en legado á los que eligiera para llevar á cabo su pensamiento regenerador. «Yo soy, decia Jesucristo, el buen pastor, que sacrifica su vida por sus ovejas. El ladron no viene sino para robar y matar: mas yo he venido para que mis ovejas tengan vida, y la tengan con mas abundancia.» *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant* (1). Hé ahí, V. H. M., reasumida en breves palabras la mision del Verbo hecho Hombre, y la que nosotros estamos destinados á continuar en el mundo como sus delegados y cooperadores de la redencion. Por salvar las almas se despojó él del esplendor de su gloria, bajó á una tierra henchida de crímenes, haciéndose el mas despreciable de los nacidos de mujer, sometióse á cuantas miserias, privaciones y desgracias forman el legado de la humanidad, devoró la calumnia, el odio, la persecucion; toleró el hambre, la sed, el insomnio; fué acusado, maltratado, despreciado; y por último, en un infame leño, concluyó su vida como un malhechor, en medio de dos criminales. Sobre la ensangrentada montaña donde exhaló su último aliento, quedó aherrajado el infierno, vencido el príncipe de las tinieblas, y atada á su carro victorioso la muerte. Abrióse para el mundo un porvenir eterno; franqueáronse las puertas del cielo, cerradas por el pecado del primer hombre; y para dar cima á aquella obra grandiosa que el Hombre-Dios iniciara en el gran dia de la expiacion, formó una Iglesia, instituyó un sacerdocio, é invistiéndole de su poder y de su autoridad, le dijo: «Tuyo es el universo, te le doy en herencia para que en él siembres la buena simiente de mi evangelio; te recomiendo

(1) Joan. X. 40.

las almas por quienes he vertido mi sangre; sálvalas y haz que ninguno perezca de cuantos me confió mi Padre celestial.»

Ahora bien; ¿qué hace el escándalo cuando por desgracia se halla en el sacerdocio católico? Horrorízome al pensarlo. El se opone directamente á la realizacion de los designios del Redentor; él inutiliza una sangre bastante de suyo para salvar mil mundos; él es el verdadero ladrón á que aludia Jesucristo, el cual, asaltando el redil del Eterno Pastor, dispersa, roba, mata, destroza sus ovejas. En efecto, nada hay comparable á la acción dañina y perjudicial de los sacerdotes escandalosos. Ellos han recibido de Jesucristo la omnimoda potestad de desatar los funestos lazos que tienen uncidos á los pecadores al yugo ignominioso de Satanás, y lejos de ejecutarlo así, hácese ellos mismos los agentes de ese enemigo cruel, para apretar mas las cadenas de la esclavitud moral en que yacen sus tristes víctimas. Tienen en sus manos las llaves del cielo para franquearle á los mortales, y en vez de procurar que todos los hombres conquisten la herencia celestial, empújales en el precipicio, haciéndolos rodar al abismo del infierno. Han sido constituidos mediadores entre la humanidad culpable y la divinidad ofendida, y bien al contrario de interceder por los criminales, haciendo descender del trono del Altísimo la lluvia benéfica de sus misericordias, suben al ara santa á insultar la justicia divina, conjurando contra el mundo sus rayos vengadores. ¡Ah! Los judíos, ingratos, ciegos y fementidos, llevaron un día su audacia hasta pedir cayese sobre ellos y sobre sus hijos la sangre del justo: pero los sacerdotes escandalosos, superando en perversidad á aquella raza maldecida, hacen todavía mas, puesto que, depositarios del precio infinito de esa sangre divina que borró las iniquidades de todas las generaciones, cuando debieran distribuirla en beneficio de las almas que les están confiadas, la arrojan por el suelo, la huellan, y la convierten en objeto de eterna condenacion....

¿Pensais acaso que recargo las tintas de ese cuadro? Pues oid los divinos oráculos. «Perdido anduvo mi rebaño, decia el Señor por Jeremias; sus pastores le estraviaron, haciéndole ir vagando por riscos y montañas. Cuantos encontraban á los de mi pueblo, devorábanlos, en tanto que sus enemigos los insultaban diciendo: ¿qué mal

hacemos en esto (1)?» «¡ Ay de los pastores de Israel, exclamaba en otra ocasion en persona de Ezequiel, los cuales se apacientan á sí mismos y no á mis ovejas ! Vosotros os alimentais de su leche, y os vestís de su lana ; mas no fortalecisteis las débiles, ni curásteis las enfermas, ni recogisteis las extraviadas, ni fuísteis en busca de las perdidas, sino que por vuestra culpa vinieron á ser presa de las fieras del campo.... Pues bien, no está lejos el dia en que yo os pida cuenta de mi grey, y respondereis con vuestra sangre de la sangre de mis ovejas (2).» ¿ Y qué otra cosa hacen los sacerdotes escandalosos con relacion al rebaño de Jesucristo ? Las ovejas naturalmente se muestran dóciles á la voz del que consideran como su guia y conductor, siguen sus pisadas, marchan tras sus huellas, y atraídas por su voz, caminan hácia donde las llama. Si pues los ministros del santuario son soberbios, libidinosos, altivos, avaros, y marchan por los peligrosos senderos del vicio sin rubor alguno, ¿ qué han de hacer los simples fieles ? ¿ Cómo no han de creerse autorizados para imitar la vida de los que han sido puestos para enseñarlos mas todavía con el ejemplo que con las palabras ? ¿ Cómo no han de juzgarse exentos de toda responsabilidad ante Dios, cuando contemplan á los que ocupan el lugar de Jesucristo en la tierra, marchar delante en las vias del crimen ? Y de aquí, ¿ qué de consecuencias tan funestas no se siguen ! Si la verdad se ve insultada por el error, si la heregía se mofa de los dogmas sacrosantos del Evangelio, si el libertinaje traduce por ilusiones supersticiosas las prácticas del culto, si el indiferente se rie ante la perspectiva de los eternos castigos reservados al pecador, si el incrédulo se encastilla en sus sofisticas argüencias contra los misterios del catolicismo, si el racionalista se envalentona para despreciar cuanto de mas augusto y venerable vienen respetando los siglos, si las malas pasiones se encrudecen, y la inmoralidad cunde, y el ódio hácia la Iglesia adquiere espantosas proporciones, y la sociedad se lanza por las vias de la mas horrible anarquía, ¿ cuya es la principal culpa de tantos males ? No seré yo quien lo diga ; res-

(1) Jerem. L. 6.

(2) Ezech. XXXIV. per tot.

pondan por mí las mas eminentes capacidades del mundo cristiano. «Los malos sacerdotes, dice San Gregorio, son los parricidas que hieren de muerte á los hijos que les fueron dados por Dios, puesto que lejos de conducir al pueblo á la inviolable práctica de los divinos mandamientos, desvíanle del buen camino, facilitándole ejemplos de perversidad.» «Lo que con sus corrompidas enseñanzas hicieran en su tiempo los hereges, escribe San Bernardo, hácenlo hoy los sacerdotes escandalosos, predicando unas verdades que manifiestan no creer, é inculcando unas virtudes que están muy lejos de practicar.» «Ellos, en sentir de San Agustin, cierran las puertas del cielo á los que Jesucristo se las abrió muriendo en una cruz, y huellan de este modo su sangre reparadora.» «¡Cuántos, decia llorando el citado abad de Claraual, cuántos al considerar la vida irregular de los malos ministros del santuario, vacilan en la fé, menosprecian las verdades de la religion, se mofan de los sacramentos, pierden todo temor á las penas eternas, y no hacen mérito alguno de los bienes celestiales!... ¡Oh Iglesia de mi Dios! ¡Oh esposa inmaculada del Cordero! continuaba diciendo; ¡cuán triste es tu posicion! ¡Cuán dificiles de repararse las pérdidas que sufres! ¿Cuya es la mano osada que abre en tu corazon tan hondas como gangrenosas heridas? Si al menos tan rudos golpes te viniesen de un enemigo exterior, fácil te seria rechazar sus ataques, arrojariasle de tu amoroso seno, cortarías de raiz ese miembro podrido y perjudicial del místico cuerpo del Salvador.... Mas ¡ay! Siendo los sacerdotes los que te hacen la guerra, ¿qué harás? ¿A quién lanzarás? ¿De quién te ocultarás? Todos son necesarios y todos adversarios.»

Y si no, V. H. M., consultad la historia, ese libro abierto á todos, ese depósito de los sucesos tradicionales, y ella os dirá lo que hay sobre este punto. Ojead sus páginas y decidme despues: ¿Cuál fué el origen de la heregía arriana, que tantos males y tan lamentables desórdenes creó en el mundo cristiano? Un sacerdote escandaloso. ¿Quién suscitó y fomentó el pelagianismo, origen de tantas luchas, escisiones y crímenes? Un sacerdote inmoral. ¿Quién arrojó en la Iglesia la emponzoñada semilla del nestorianismo y demás errores que pusieron en combustion al Oriente, y cuyas chispas incendiaron

el Occidente? Un mal sacerdote. Y por no llevar á un término indefinido esta induccion, los gérmenes de la reforma protestante que tanta sangre ha costado á la Europa, y nos dejó en funesto legado la anarquía intelectual, la rebelion contra el principio de autoridad, con otras mil consecuencias no menos fatales á la religion que al órden social, ¿no se los debemos á los escesos y escándalos de Lutero, Calvino y sus adeptos, ministros todos indignos de una religion de paz y de amor?

¡ Ah! Con razon, y no poca, dijo San Gerónimo «que por los vicios del sacerdocio se halla assolado el santuario de Dios.» Nunca mejor pudiera el catolicismo quejarse con Jeremías de que la iniquidad que se ha desbordado en los siglos de corrupcion y de libertinage, ha surgido de los profetas y sacerdotes de la nueva Jerusalem. Por ellos se encuentra hoy tan abatida, desfigurada y despojada de su antiguo brillo aquella Sion inclita, ciudad admirable del Dios vivo, reina de las naciones, esposa predilecta del Cordero sin mancha. Por ellos ha perdido su color óptimo el oro radiante de la fé, de la esperanza, de la caridad y demás virtudes que la embellecian. Por ellos están dislocadas y arrojadas entre el inmundo lodo la piedras del santuario. Por ellos se ha encendido en el mundo esa guerra de esterminio en que los príncipes y los pueblos han tomado parte contra el Señor y su Cristo. Por ellos ha desahogado el cielo su furor contra la tierra, y lanzado contra la Iglesia ese fuego devorador que amenaza consumir hasta sus cimientos. Así lo cantó un dia el profeta de las lamentaciones aludiendo á los malos sacerdotes de su tiempo, y con no menos justicia podemos decirlo hoy de los del nuestro. ¿Qué se ha hecho de aquellos nazarenos mas blancos que la nieve, mas lustrosos que la leche, mas rubicundos que el marfil antiguo, mas bellos que el záfiro? ¿Dónde están los hijos de Sion que un dia se vestian de oro finísimo y se criaban entre púrpura? ¡ Ah! «Todo ha desaparecido, responde San Gregorio; oscurecido está el oro del templo santo de Dios, puesto que nada se observa en la conducta de sus ministros mas que acciones indignas del ministerio que ejercen; pálido se halla su color óptimo, porque á consecuencia de sus corrompidas costumbres, el ascendiente del sacerdocio y su antigua influencia se han

cambiado en baldon é ignominia; arrojadas se ven las piedras del santuario, por cuanto en vez de hallarse identificados con su augusto fundador los ministros de Jesucristo, se han inficionado con los vicios de la multitud y héchose abominables por sus escándalos.»

El sábio Orígenes pone en boca de la religion estas sentidas palabras de la esposa de los cánticos: ¡Ay de mí! Los hijos de mi madre han peleado contra mí: *Filii matris meæ pugnauerunt contra me* (1); cuyas sentidas quejas comenta en estos términos el Padre San Bernardo: «¡Desgraciada de mí, que crié hijos para que fuesen mis tiranos! Cuando en fuerza de abnegacion y de tolerancia he podido lograr vivir en paz y evitar las contradicciones de la heregía y del paganismo, únicamente esos séres desnaturalizados son los que hieren mis entrañas.» Y de hecho, la Iglesia, nuestra amorosa madre, tiene derecho á quejarse de los sacerdotes escandalosos, bajo este punto de vista, y esclamar mucho mejor que Jacob en vista de la túnica ensangrentada de Joseph: «¡Una fiera perversa y cruel lo ha devorado!» *Fera pessima devoravit filium meum* (2). ¿Y qué fiera mas insaciable y sanguinaria que el escándalo del sacerdocio? ¿Cuántos hijos no ha arrancado del seno de esa madre para arrojarlos en el abismo de la muerte eterna? ¿Cuántos caros objetos de su corazon no la ha robado para hacerlos tristes víctimas del infierno? ¿Cuántos?.....

Baste, V. H. M. Convengamos en que el escándalo de los sacerdotes es el enemigo mas cruel y funesto de Jesucristo, y el que mas se opone á los planes de la redencion; puesto que habiendo venido el Salvador á ser el camino de la salvacion, la verdad y la vida del mundo, sus indignos ministros, en vez de cooperar á estos designios, hácese con su vida escandalosa el camino de la perdicion, el baluarte del error y el origen de la muerte de innumerables almas redimidas con la sangre de un Dios. Temamos, pues, no se verifique en nosotros el juicio durísimo con que nos amenazan los divinos libros; que el Señor en el dia de las venganzas no salga á embestirnos,

(1) Cant. I. 6.

(2) Genes. XXXVII. 33.

á manera de leona á quien arrebataron sus cachorros, segun la prediccion de Oseas (1). Si hasta aquí, por desgracia, no hemos vivido cual cumple á nuestro ministerio, despertemos, H. M., despertemos, no nos sobrecoja la hora terrible de la expiacion. Ganemos en intensidad lo que hubiéramos perdido de tiempo; trabajemos con celo incansable en conquistar al Señor muchas almas, para ofrecérselas en indemnizacion de las que acaso hayan perecido por nuestra culpa; y de esta suerte podremos esperar la recompensa eterna á que aspiramos en las mansiones de la gloria.

TESTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA RELATIVOS A ESTE ASUNTO.

«Omne caput languidum, à planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas. (Isaïæ, I. 5.)

»Inventi sunt in populo meo impii, insidiantes quasi aucupes laqueos ponentes, et pedicas ad capiendos viros. (Jerem. V. 26.)

»Grex perditus est populus meus: pastores eorum seduxerunt eos. (Id. L. 6.)

»¿Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus, dispersi sunt lapides sanctuarii in capite omnium platearum? (Id. Thren. IV. 4 et seq.)

»Abominabilem fecisti decorem tuum. (Ezech. XVI. 25.)

»Audite hoc sacerdotes: quia vobis iudicium est, quoniam laqueus facti estis speculationi, et rete expansum. (Oseæ. V. 4.)

»Ne offendiculum fiat infirmis. (I. Cor. VIII. 9.)

»Si sal evanuerit, ¿in quo salietur? Ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. (Matth. V.)»

PASAGES DE SANTOS PADRES.

«Propter vitia sacerdotum Dei sanctuarium destitutum est. (S. Hyer. Ep. 48.)

»Nollite cælum claudere; clauditis dum male vivere ostenditis. (S. Aug. Ap. Lig. *Selva*. t. 4. c. VIII. par. 5.)

(1) Oseæ. XIII. 7.

»Si pro se unusquisque vix poterit in die iudicii rationem reddere, & quid de sacerdotibus futurum est á quibus omnium animæ requirendæ? (S. Aug. Hom. 7, alias serm. 15 in app. de Div.)

»Si perversa perpetrant, tot mortibus digni sunt, quod ad subditos exempla transmittunt. (S. Greg. Past. p. 3 ad mon. 5.)

»Laicus in die iudicii stolam sacerdotalem accipiet; sacerdos autem peccator expoliabitur sacerdotii dignitate quam habuit, et erit inter infideles et hypocritas. (S. J. Chris. Hom. 40.)

»Post indoctos prælatos malosque, in sancta Ecclesia nulla pestis ad nocendum infirmis valentior invenitur. (Id. De ord. vit. c. 4.)

»Multi sunt catholici prædicando, qui sunt hæretici operando. Quod hæretici faciebant per prava dogmata, hoc faciunt plures hodie per mala exempla; et tanto graviores sunt hæreticis, quanto prævalent opera verbis. (Id. Ad past. in Syn.)

»Si quis de populo deviat, solus perit; verum principis error multos involvit: in tantis obest, quantis præest. (Id. Epist. 127.)

»Plurimi considerantes clerici sceleratam vitam, et ex hac vacillantes imò multoties deficientes in fide, vitia non evitant, sacramenta despiciunt, non horrent inferos, cœlestia minimæ concupiscunt. (Id. De 12 pon. in pet. S. 19.)

»Serpit hodie putida tabes per omne corpus Ecclesiæ, et quo latius, eo desperatius, quo inimicus est interius. Nam si insurgeret apertus hæreticus mitteretur foras; si violentus inimicus, absconderet se ab eo. Nunc vero, quem ejiciet, aut à quo abscondet se? Omnes necessarii, et omnes adversarii. (Id. Serm. 33 in tant.)

»Pax à paganis, pax ab hæreticis, et non pax à filiis! (Id. Serm. 3 in cant.)

SERMON

PARA EL SESTO DIA DE LOS EJERCICIOS.

ESCELENCIAS DEL CELO SACERDOTAL: RECOMPENSAS QUE Á ÉL
ESTÁN VINCULADAS.

Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stellæ in perpetuas æternitates.

Los que hubieren enseñado á muchos el camino de la justicia, resplandecerán como estrellas en una perdurable eternidad.

DAN. XII. 3.

ENTRE todas las grandes funciones que el sacerdocio católico está llamado á ejercer en la tierra, ninguna le honra tanto, V. H. M., ninguna le acerca mas á aquel Dios de quien recibiera tan augusta é incomparable dignidad, como el estar destinado á cooperar con Jesucristo al gran designio de salvar al mundo. Este pensamiento iniciado en el seno de la eternidad y consumado en tiempo por el Verbo humanado, es el que viene continuando á través de las edades esa raza privilegiada, heredera del poder omnímodo que el Padre celestial confirió á su Unigénito. Enviados por este á evangelizar al universo, los sacerdotes de la nueva ley llenan la mision mas augusta, y al decir de San Dionisio, una obra divinísima entre todas las obras divinas, cual es la de procurar que todas las almas consigan los preciosos frutos de la sangre vertida en el Calvario, y conquisten el reino celestial (1). Evocar del sepulcro á las víctimas de la muerte,

(1) Omnium divinorum divinissimum est, Deo cooperari in salutem animarum. (S. Dyon. de cæl. hyer. c. 5.)

seria un prodigio mucho menor y de menos valia que convertir y salvar una sola alma, en lenguaje de un sábio contemplativo (1); y el Crisóstomo añade, que no hay sacrificio mas grato al Señor que devolver á su amistad á los que perdieron la gracia; tanto, que la ofrenda de los mas cuantiosos tesoros ante sus aras, no le causaria tanto placer como la de una sola alma, cuya posesion tan ardientemente ambiciona (2).

La simple consideracion de la escelencia del celo sacerdotal debiera bastar, M. V. H., para estimularnos á trabajar infatigablemente en ese vasto campo que el gran Padre de familias puso á nuestro cuidado para que le cultivásemos, haciéndole rendir frutos centuplicados de vida eterna. ¿Qué mayor honra pudiera cabernos que ocuparnos de continuo en realizar la grandiosa idea que presidió en los eternos consejos á la Encarnacion del Hijo de Dios, á su venida al mundo y su sacrificio reparador? Bajo este concepto somos unos segundos Cristos, unos segundos redentores de la humanidad, los instrumentos de las divinas misericordias, los agentes del amor infinito del que, á trueque de rescatar la descendencia desheredada de Adan, se despojó de toda su grandeza; los salvadores, en fin, de toda la tierra, en donde hemos sido colocados como antorchas para iluminar sus tinieblas, como sal para purgarla de sus vicios, como ángeles de paz para detener los vengadores rayos que la amenazan, como nubes misteriosas para atraer sobre ella las lluvias benéficas de la gracia, como astros resplandecientes para indicar á los que en ella habitan el rumbo que han de seguir, como la providencia visible de todos los mortales. ¿Os parece poco, V. H. M.? Pues bien, sobre esto hay todavía un motivo poderosísimo de interés privado que debe hacer en nosotros una impresion profunda. Llenando cumplidamente ese alto deber, trabajando en la salvacion de las almas con heroico celo, consagrándonos con abnegacion sublime á llevar á cabo la idea regeneradora iniciada por el Hombre Dios, al tiempo

(1) Richard a S. Victor.)

(2) Nullum omnipotenti Deo tale est sacrificium. Si immensas pecunias eroges, plus tamen efficies si converteris animam, charam et amicam Dei possessionem. (S. J. Crys. de Sac. Pág. 77, l. 14).

mismo que cumple un ministerio sumamente grato á los ojos del Señor, allega para sí riquezas inmensas, tesoros de gran valía, bienes sin guarismo, merecimientos incalculables. Así lo indica espresamente el pasaje del profeta Daniel que sirvió de testo á mi discurso. Escrito está que los que enseñan á muchos el camino de la justicia brillarán como estrellas en una eternidad perpétua: *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stelle in perpetuas aeternitates.* ¿Quién, pues, de nosotros no se estimularia á desarrollar el mas ardiente celo en la salvacion de las almas que Jesucristo nos confió como legado de incomparable estima, siquiera no fuese mas que con la esperanza de tan sublime recompensa? De este celo vengo resuelto á hablaros hoy, M. V. H., considerándole bajo el doble aspecto de un deber gravísimo contraído ante Dios que nos hizo sus ministros y cooperadores de su redencion, y de una mision altamente beneficiosa para el que la ejerce; puesto que sobre realizar el mas bello ideal de la caridad cristiana con relacion á nuestros prójimos, conquistamos para nosotros mismos la posesion de una gloria perdurable. «Escelencias del celo sacerdotal; recompensas que á él están vinculadas,» á estas sencillas reflexiones voy á reducir todo mi discurso. ¡Dígnese el Señor iluminar mi entendimiento y poner en mis labios palabras de fuego que penetren hasta lo mas íntimo de vuestros corazones, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Nada hay que mejor demuestre las excelencias del celo sacerdotal, como la consideracion de lo que nuestro divino Redentor y Sumo Sacerdote Jesucristo hiciera por la salvacion del mundo. ¡Cuán caras le fueron las almas que le encomendó su eterno Padre! ¡Cuántas fatigas, cuántos sudores, qué de sacrificios no le costó rescatarlas de la innoble servidumbre del pecado! Traed á la memoria toda su vida, recordad las privaciones que hubo de imponerse, las perse-

cuciones que sufrió, las calumnias que toleró, las ingratitudes de que fué objeto, las lágrimas que vertió... Pero sobre todo trasladasos á sus últimos momentos, observadle en las horas supremas de abandonar el mundo, oid sus postreros acentos en aquella oracion fervorosa que dirigió al cielo poco antes de entregarse á la muerte. ¡Con qué efusion, con cuánta ternura, con cuánto interés recomienda al Padre las almas de sus caras ovejas! «Padre mio, esclama, la hora » es llegada: glorifica á tu hijo á quien diste poder sobre todo el » linaje humano. Yo por mí te he glorificado consumando la obra que » me encomendaste. He manifestado tu nombre á los que me diste, les » he trasmitido tus palabras, y ellos las han recibido. Por ellos ruego » yo ahora... ¡Oh! Guárdalos en tu nombre pues á tí pertenecen; » que ninguno de ellos perezca... (1)» Y esto diciendo corre presuroso á buscar á los conjurados contra su vida, entrégase á ellos sin resistencia, acepta el cáliz envenenado que le presenta el ángel de las venganzas, abrázase con una cruz infame, sube á ella, y en ella muere enclavado, harto dichoso si con su sangre logra el rescate y la salvacion de todas las generaciones venideras.

Ahora bien, V. H. M., ¿quiénes son los llamados á continuar en la tierra aquella grande obra? ¿Quiénes los herederos del poder y de la autoridad del Hombre-Dios? ¿Quiénes le han sustituido en la sublime mision de salvar á la humanidad? ¿No es el Sacerdocio católico el depositario de todas las promesas hechas al Unigénito por el que le constituyó Sacerdote eterno segun el órden de Melquisedec? ¿No es á nosotros sus ministros y vicegerentes á quienes se nos ha dicho: Como mi Padre me envió os envío yo á la conquista del universo, á ensanchar los límites del imperio del rey de las eternidades, á llevar á todas partes la luz radiante del Evangelio, á destruir el reinado del vicio, á luchar contra la impiedad, á trabajar en la viña del padre de familias como operarios incansables, y á hacer que todos los hombres conozcan y adoren á Dios, vida increada, y á su Unigénito Jesucristo? ¿Qué ministerio pues mas honroso pudiera habernos cabido en suerte que el promover, llevar á cabo y fomentar

(1) Joan. XVII. 1 et seq.

los designios de amor y de misericordia que presidieron á la redencion del linaje humano? ¿Sabeis lo que es ganar almas para Dios? ¿Habeis comprendido cuánto se complace en ver salvadas por el ministerio sacerdotal las que se hallan en peligro de perderse? ¡Ah! Bien pudiérais ofrecerle mil mundos, á ser posible que vuestras manos reprodujesen todas las maravillas de la creacion. Bien pudiérais atesorar á los pies de su trono todas las riquezas que abriga en sus entrañas la tierra y en sus hondos habismos el mar. Bien pudiérais multiplicar esos orbes luminosos que giran en su derredor, y darle millares de ejércitos de ángeles que de continuo le adorasen. Nada de esto satisfaria tanto sus ánsias como una sola alma arrancada al yugo ignominioso de Satanás; porque las almas fueron el objeto constante de sus desvelos; las almas son las pupilas de sus ojos; las almas por las que se despojó del ropaje de su gloria trocándole en la librea del esclavo; las almas las que causan su delicia y su éxtasis; las almas las únicas que pueden apagar su sed devoradora, bien así como solas ellas pudieron obligarle á hacerse hombre en el seno de una mujer: *Da mihi animas, cætera tolle tibi.*

Y no vayais á creer que mis palabras son dictadas por un exceso de entusiasmo. Autorízame para hablar así la opinion del Crisóstomo, cuyas son estas espresiones: «Nada hay en el mundo tan inestimable como el consagrarse á la salvacion de las almas por las cuales murió Jesucristo.» Autorízame San Lorenzo Justiniano á quien pertenece el siguiente pasage: «¿Deseas honrar á Dios y presentarle una ofrenda digna de su grandeza? Pues de ningun modo lo conseguirás mejor que trabajando por salvar las almas que él tanto amó hasta verter por ellas toda su sangre de valor infinito.» Autorízame San Bernardo, quien con su acostumbrada elocuencia dejó escrito: «El universo entero con sus tesoros y magnificencias no puede compararse con el valor de una sola alma.»

Pero no hay necesidad de apelar á los testimonios de esos genios eminentes para demostrar las escelencias del celo sacerdotal, y la obligacion en que estamos de consagrar toda nuestra vida de pensamiento y de accion á llenar en este punto los deberes de nuestro ministerio. La misma razon por si sola basta á convencernos de esta

verdad. En el hecho de ser los enviados de Jesucristo, los dispensadores de sus misterios, los depositarios de los tesoros de la redención, los continuadores de su grandiosa obra, ¿cómo cumpliríamos con una misión tan honrosa sino haciendo, en la parte posible, lo que el Salvador mismo hiciera? ¿No sacrificó él todo cuanto de más precioso poseía, hasta su divinidad, cubriéndola con el velo de una carne al parecer culpable? ¿No inmoló ante las aras de su caridad infinita su reposo, su honor, su gloria, únicamente por lograr el fin que se propuso al aceptar la responsabilidad que pesaba sobre la humanidad degradada? ¿Sería, pues, mucho que nosotros á nuestra vez, renunciásemos á todos los intereses terrenales, y solo nos ocupásemos del porvenir eterno de nuestros prójimos, puesto que en nuestras manos descansa, en sentir de Flaviano, la esperanza de todo el mundo? ¿Podríamos desentendernos de este deber tan grave, cuando un día se nos ha de pedir cuenta estrecha de la sangre de las ovejas del divino pastor, si por culpa nuestra llegasen á perecer entre las uñas del lobo infernal, como lo ha protestado por boca de Ezequiel? (1) ¿No contraímos al recibir la unción sagrada el compromiso indeclinable de contribuir á la edificación del cuerpo místico del Salvador, como se espresa el Apóstol, trabajando en nuestro ministerio los unos como apóstoles, los otros como profetas, estos como maestros, aquellos como doctores, es decir, cada cual en su propia esfera, y según la medida de la gracia que se nos hubiere comunicado? (2). Tanto es cierto esto, V. H. M., que, en sentir de San Agustín, no le bastaría al sacerdote ser virtuoso y santo cuanto requiere su elevado estado, si por otra parte, reposando en una muelle indolencia respecto de los demás, imitase la conducta del siervo perezoso del Evangelio que escondió los talentos recibidos de su Señor para ponerlos en circulación.» «¿Cuántas veces, dice San Isidoro, se condenan los sacerdotes, no por sus propios pecados sino por los ajenos, cuando dejan de instruir al ignorante, corregir al que yerra, buscar al que se extravía, y contener al que se precipita por los caminos de la iniquidad!»

(1) Ezech. XXXIII. 7. 8.

(2) Ad Ephes. IV. 7 et seq.

« ¡ Triste de mí, exclamaba San Bernardo, si llegase á descuidar negligente el precioso depósito de las almas que confiára á mi cuidado! ¿ Qué responderia ante el tribunal de aquel que las consideró de mas valor que su propia sangre? »

Además de que hay un estímulo poderosísimo que debe animarnos á trabajar en este importantísimo negocio, y es las recompensas vinculadas al celo sacerdotal. Poco os diré, V. H. M., respecto de este punto. Harto sabeis cuán bueno es nuestro Dios, con cuánta largueza paga los sacrificios hechos en su obsequio, cuán centuplicado es el premio que promete á los que trabajan por su gloria, pues que acepta como suyos propios los servicios prestados al menor de sus hijos. Y siendo así, ¿ qué no deberemos esperar de él cuando nos dedicamos á satisfacer los deseos mas ardientes de su corazon, enviándole almas salvadas con nuestros afanes, buscando á los pecadores para devolverlos á su divino aprisco, llamando á los pródigos que huyen de la casa paterna, y proporcionándole justos que le sirvan y adoren? Quien prometió una gloria perdurable al que alimentase al hambriento, vistiese al desnudo, consolase al triste, visitase al encarcelado, ó ejerciese cualquiera otra de las obras de misericordia corporales, ¿ qué no dará á los que con sublime abnegacion se desvelan por dar á las almas el alimento espiritual de la palabra evangélica, por revestirlas de la justicia y santidad, por estraerlas de la esclavitud del pecado, por curar sus dolencias morales, por reconciliarlas con él y hacerlas dignas de su amistad? ¡ Oh! ¡ Qué medida tan llena y colmada de auxilios y dones no derramará en nuestro seno! ¡ Con qué prodigalidad nos franqueará las riquezas de su gracia! Garantizada está nada menos que con la palabra infalible del Señor la salvacion de los buenos ministros del santuario que con ardiente celo se hubiesen consagrado á salvar sus prójimos de la muerte eterna (1). No porque este celo sea suficiente á justificarles por sí solo, en el caso de delinquir delante de Dios, sino porque no cabe en las ideas del Señor abandonar al que por su gloria se sacrifica, y no dejará de proporcionarle tiempo y ocasion oportuna de arrepentirse y llorar sus debilidades. Y en este caso las mismas almas que hubiere con-

(1) Jacob. V. 20.

vertido, ¿no abogarían en favor suyo delante del supremo Juez, como lo hicieran un día los Israelitas libertados por Jonatás, cuando le vieron en peligro de perecer por sentencia de su mismo padre? ¿No interpondrían todo su valimiento para impedir que muriese quien á ellas facilitára la vida?

No os hablaré tampoco, M. V. H., de la brillante corona que el Señor nos tiene reservada en el cielo en recompensa de nuestro celo. ¡Ah! Allí es donde verdaderamente debemos reinar con él, como lo tiene prometido; allí es donde debemos tomar posesion de su mismo imperio, empuñar su propio cetro, y sentarnos cabe su trono para juzgar á todas las tribus de Israel; allí es donde debemos resplandecer como estrellas en perpétuas eternidades, si aquí en la tierra fuésemos los promovedores infatigables de su gloria, los defensores de su honra, los conductores incorruptibles de su grey, los ángeles de su testamento, los valuartes de su ley santísima, los continuadores, en fin, del gran pensamiento que inició el Verbo en la plenitud de los tiempos para dicha de la humanidad.

Aspiremos, pues, á esa recompensa, trabajemos por conquistar ese reino, procuremos merecer esa corona; nada haya para nosotros tan precioso y estimable como la salvacion de unas almas por quienes Jesucristo tanto padeció; sea nuestra idea culminante atraerlas todas al camino de la virtud; demos gustosos por libertarlas de la tiranía del demonio hasta nuestro último suspiro, hasta la postrera gota de la sangre que circula por nuestras venas; juzguemos pequeños todos los sacrificios que hagamos por lograrlo. El mundo tal vez podrá mirar ingrato nuestros servicios; los hombres podrán ser indiferentes á nuestra abnegacion; los mismos en cuyo obsequio trabajemos podrán, si se quiere, despreciarnos y calumniarnos despues de recibido el beneficio; pero en cambio hay un Dios que no olvida, que siempre tiene presentes las acciones laudables de sus ministros; y por sensibles que pudieran sernos la indiferencia y el menosprecio de unos séres de un día, harto mas preponderará nuestro gozo cuando de los labios de Jesucristo escuchemos aquellas dulces palabras: «Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo, y cuya duracion será la eternidad.»

TESTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA RELATIVOS A ESTE ASUNTO.

«Cum effuderis esurienti animam tuam, et animam afflictam repleveris, oriatur in tenebris lux tua... et requiem dabit tibi Dominus, et replebit splendoribus animam tuam. (Isaiæ. LVIII. 10.)

»Ecce constitui te hodie super gentes et super regna, ut evellas, et destruas, et ædifices, et plantes. (Jerem. I. 10.)

»Ecce ego mittam piscatores multos, et post hæc mittam eis multos venatores, et venabantur eos de omni monte, et de omni colle, et de cavernis petrarum. (Id. XVI. 16.)

»Si dicente me ad impium: Morte morieris, non annuntiaveris ei... ut avertatur à via sua impia, et vivat; ipse impius in iniquitate sua morietur, sanguinem autem ejus de manu tua requiram. (Ezech. III. 18.)

»Mensis quidem multa, operarii autem pauci. (Matth. IX. 37.)

»Possui vos, ut eatis et fructum afferatis, et fructus vester maneat. (Joan. XV. 16.)

»Unicuique autem nostrum data est gratia, secundum mensuram donationis Christi... ad consummationem sanctorum, in opus ministerii: in ædificationem corporis Christi. (Ephes. IV. 7, 12.)

»Qui converti fecerit peccatorem ab errore vitæ suæ, salvabit animam ejus á morte, et operiet multitudinem peccatorum. (Jacob. V. 20.)»

PASAGES DE SANTOS PADRES.

«Ille cui dispensatio verbi commissa est, etiam si sancte vivat, et tamen perditte viventes arguere, aut erubescat, aut metuat, cum omnibus qui eo tacente perierunt, perit. ¿Et quid ei proderit non puniri suo, qui puniendus est alieno peccato? (S. Prosp. de vit. cont. L. I. c. 20.)

»Sacerdotes Dominus mundi voluit esse salvatores. (S. Hyer. in Abdiam XXVII. 22.)

»In opere creationis non habuit qui adjuvaret; in mysterio redemptionis voluit habere adjuutores. (Petr. Bles. Serm. 47.)

» Qui donum Dei in utilitatem alienam communicat, plenius meretur habere quod habet; qui autem talentum Domini abscondit, quod videtur habere auferetur ab eo. (Id. De Hist. Episc.)

» Si pro se unusquisque vix poterit in die iudicii rationem reddere, & quid de sacerdotibus futurum est, à quibus sunt omnium animæ requirendæ? (S. Aug. Hom. 7 in Luc. XI.)

» Zelus est effectus amoris; ergo qui non zelat, non amat; qui non amat, manet in morte. (Id. in Ps. CXVIII. Serm. 18.)

» Si Deum amatis, omnes ad amorem Dei rapite. (Ib. ib.)

» Animam salvasti: animam tuam prædestinasti. (Id.)

» Si magna mercede est dignum à morte eripere carnem quandoque morituram, & quanti est meriti à morte animam liberare sine fine victuram? (S. Greg. Mor. L. 19. c. 46.)

» Tot coronas sibi multiplicat, quot Deo animas lucrificat. (Ib. ib.)

» Si sacerdos suam tantum dispossuerit salvare animam, et alias neglexerit, cum impiis detrudetur in gehenam. (S. J. Christ.)

» Quasi pater totius orbis sacerdos est; dignum igitur est ut omnium curam agat, sicut et Deus, cujus fungitur vice. (Id, Hom. VI in Ep. IV. c. 2 ad Timot.)

» Vae mihi si depositum quod Christus proprio sanguine pretiosius iudicavit, contigerit negligentius custodire. (S. Bern. Serm. 3 in Adv.)

» Totus iste mundus ad unius animæ pretium æstimari non potest. (Id. Medit.)

SERMON

PARA EL SÉTIMO DIA DE LOS EJERCICIOS.

CUÁN INDISPENSABLE ES QUE EL SACERDOCIO CATÓLICO SE HALLE ADORNADO DE LA CIENCIA NECESARIA PARA LLENAR DIGNAMENTE SU MISION, CONFORME Á LAS NECESIDADES DE LA ÉPOCA EN QUE VIVE.

Attende tibi, et doctrinæ: insta in illis. Hoc enim faciens, et te ipsum salvum facies, et eos qui te audiunt.

Vela sobre tí mismo, y atiende á la enseñanza de la doctrina. Insiste en estas cosas; pues haciéndolo así, te salvarás á tí, y tambien á los que te oyeren.

I. TIMOTH. IV. 16.

Quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi.

Por haber tú desechado la ciencia, te desearé yo á tí para que no ejerzas mi sacerdocio.

OSEÆ IV. 6.

VENERABLES HERMANOS MIOS: Entre todos los males que aquejan á nuestra sociedad, entre las grandes calamidades que pesan sobre la época en que vivimos, tal vez ninguna es tan sensible y de resultados tan funestos como la ignorancia religiosa que se observa en todas las clases y condiciones. Justamente en el siglo que con tan orgullosa arrogancia se dió á sí mismo el nombre de siglo de las luces, es en el que mas de bulto se deja ver esa profunda ignorancia respecto de lo que mas importa aprender; y cuando donde quiera el cultivo de todos los ramos del saber humano ocupa á un sin número de inteligencias ávidas de conocimientos científicos, y la generacion presente, arrastrada por un irresistible impulso, se lanza á esa lucha intelec-

tual á conquistar efimeros laureles, la ciencia de Dios, la sabiduria de la salvacion, el estudio de las sublimes verdades del catolicismo, mÍrase por muchos con cinico desden, hasta el punto de ignorarse los primeros rudimentos de la religion por los mismos génius que mas llaman la atencion del mundo sábio. ¡Ah! En medio de ese ruidoso movimiento, de esa agitacion incesante de los espíritus, de esa tendencia marcada hácia una ilustracion puramente material, nunca con mas razon estamos en el caso de esclamar con San Pablo: «Rubor me causa el decirlo: pero ¡cuán pocos son los que conocen á Dios! ¡Cuántos los que ignoran sus enseñanzas! ¡Cuántos los que apenas tienen alguna idea de los dogmas católicos.» *Ignorantiam enim Dei habent: ad reverentiam vobis loquor* (1).

Pero si esta ignorancia, cuyas lamentables consecuencias vienen palpándose hace tiempo, pudiera hallar alguna excusa en las demas clases sociales, nunca, y bajo ningun concepto será excusable en el sacerdocio, colocado en el mundo para iluminar á todos cuantos á él vienen, enviado por Jesucristo á enseñar é instruir á todos los pueblos de la tierra, y destinado á fomentar y promover con el mas incansable celo aquella ciencia sublime, que primero por medio de los santos patriarcas, despues por el ministerio de los profetas, y últimamente por boca de su mismo Unigénito nos legó el Padre celestial. ¿Y qué seria de la humanidad si esas lumbreras que la Providencia Divina la deparó para que la esclareciesen en la espantosa noche de los errores y las pasiones, llegáran á extinguirse? ¿Qué proporciones tan colosales tomaria el mónstruo de la ignorancia, si los sacerdotes del Señor, en cuyos lábios debe estar depositada la ciencia para distribuir sus preciosos caudales entre el pueblo confiado á su direccion, omitiesen el estudio profundo de lo que continuamente están obligados á enseñar? Tiemblo solo al pensarlo.

Por eso, V. H. M., el ilustrado Apóstol de las gentes inculcaba tanto á los ministros del santuario la necesidad de trabajar en la adquisicion de la ciencia propia de su ministerio, y escribiendo á su predilecto discipulo Timoteo, le decia estas notables palabras: «Vela

(1) I. Corinth. XV. 34.

sobre tí mismo, y atiende diligente á la enseñanza de la doctrina. Insiste en estas cosas; pues haciéndolo así, te salvarás á tí mismo, y también á los que te oyeren » *Attende tibi, et doctrinæ, insta in illis. Hoc enim faciens, et te ipsum salvum facies, et eos qui te audiunt.* Y si en todos tiempos fué necesario é indispensable que el sacerdocio católico estuviese enriquecido con un gran fondo de ciencia no solamente para ilustrar al pueblo ignorante y rudo, si que también para sostener y defender los dogmas sagrados contra las argucias de la impiedad, contra los sofismas de la mundanal sabiduría, contra la falsa argumentacion de la incredulidad, contra las capciosas cavilidades del racionalismo, ¿cuánto mas en una época en que tanto han afilado sus armas los enemigos de la revelacion, y por do quiera encrucece la guerra declarada á la fé, y en todas las edades, condiciones y rangos, encuentra la verdad émulos sistemáticos preparados á combatirla? Mal pudiera el sacerdocio batir en brecha las huestes del infierno, hacer frente á tantos errores formados en batalla, triunfar de tan poderosos elementos de ruina como la malignidad ha sabido preparar mañosamente, y llenar dignamente su mision en la tierra, desprovisto de esas armas de lino temple que facilita el estudio de la ciencia religiosa. Sin esta, todo su celo estrellariase contra las formidables murallas levantadas por tantos siglos de corrupcion, y reforzadas hoy mas que nunca por el abuso que de la ciencia misma han hecho los que tienen un interés conocido en hechar por tierra el agusto edificio de nuestras creencias. Sobre que, segun el anatema pronunciado por los lábios del mismo Dios, es indigno de pertenecer á la tribu sacerdotal, y en este concepto rechazado de las sublimes funciones del sacerdocio, el que omite el estudio de la ciencia conveniente á su estado: *Quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi.*

Esta necesidad de adquirirla voy á demostraros, M. V. H., en el presente discurso, fundándola ya en la situacion misma de la época en que vivimos, cuyas tendencias á la mas degradante ignorancia, reclaman enérgicamente nuestra cooperacion, ya en la índole de los enemigos que estamos llamados á combatir. «Bajo ambos conceptos, hoy mas que nunca, se hace preciso que el sacerdocio católico posea

un gran caudal de ciencia religiosa, para llenar cumplidamente su mision regeneradora; tanto porque su adquisicion constituye una de sus primeras y mas graves obligaciones, cuanto por los peligros á que de no poseerla se espone á sí mismo y á los fieles confiados á su cuidado.» Imploremos los divinos auxilios, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Que el sacerdocio debe ser el depositario de la ciencia religiosa, y poseer todos los conocimientos para llevar á cabo la gran mision que tiene en la tierra, persuádenlo de consuno los divinos libros, la tradicion, la historia, la razon, y la índole misma de su ministerio. Desde que sobre la montaña de las Olivas pronunció el divino Salvador aquellas sublimes palabras: «Id y enseñad á todas las naciones (1); predicad el Evangelio á todas las criaturas (2),» el sacerdocio católico es el que ha sustituido á aquel que vino á ilustrar al mundo con su doctrina, el llamado á regenerar y salvar los pueblos, la antorcha resplandeciente colocada sobre la eminencia para difundir desde allí en todo el globo los resplandores de una sabiduría universal, positiva, verdadera y fecunda en bellos resultados. Ya muchos siglos antes vislumbrárase este deber inculcado en varios pasajes de la Escritura á los antiguos sacerdotes, tipos simbólicos de los de la ley evangélica. Espreso está en el Levítico este precepto dado por Dios á los descendientes de Aaron: «Buscad la ciencia necesaria para saber discernir entre lo santo y lo profano, entre lo limpio y lo inmundo, para poder enseñar á Israel todas sus leyes (3). Sabidas son las sentidas quejas que por sus profetas exhaló el Señor en vista de la ignorancia que cundiera en la raza de Leví, espresa-

(1) Matth. XXVIII. 19.

(2) Marc. XVI. 15.

(3) Levit. X. 9.

das elocuentemente en este pasaje de Oseas: «Mudo quedó el pueblo mio porque le faltó la ciencia de la salud; y así, ya que tú desechaste la sabiduría, yo tambien te desecharé para que no ejerzas mi sacerdocio (1).»

Pasaron empero los tiempos alegóricos, desaparecieron las sombras, caducaron las figuras, llegó la realidad. Jesucristo, Sacerdote eterno, fundó su Iglesia, instituyó un sacerdocio perpétuo, le legó su mision, envióle á recorrer la tierra para establecer en ella el imperio de la verdad, y lo primero que dice á sus enviados es: «Vosotros sois la luz del mundo.» *Vos estis lux mundi* (2). Espresion lacónica, pero de una sublimidad inimitable, que comprende admirablemente el objeto final del Sacerdocio, á la vez que una apología anticipada de su mision civilizadora, un mentís solemne dado á los detractores de ese ministerio augusto, á quien en siglos de corrupcion y de impiedad habian de acusarle de retrógrado, enemigo de las verdaderas luces, y elemento de la mas funesta ignorancia. Desde aquel punto, do quiera se ve predominar la idea iniciada por el Salvador en los escritos apostólicos, en las brillantes páginas de los Doctores cristianos, y en las actas y decretos de los Concilios. En todas partes se recomienda al sacerdocio el estudio de la ciencia y la adquisicion de los conocimientos útiles, conducentes al mejor desempeño de sus altas funciones. ¿Quién no ha observado la insistencia con que San Pablo inculca en sus cartas esto mismo, especialmente cuando se propone formar á sus discípulos Tito y Timoteo en los graves deberes del sacerdocio? ¡Con qué energía exhorta al primero á enriquecer su inteligencia con toda clase de instruccion, á fin de poder enseñar la sana doctrina, y redargüir, y convencer é imponer silencio á los que esparcen enseñanzas erróneas y funestos principios (3)! ¡Con qué empeño no repite al segundo que vele sobre sí mismo, y no descuide la adquisicion de la ciencia propia de su estado para poder llenar dignamente su ministerio (4)! Y el príncipe de los apósto-

(1) Osee. IV. 6.

(2) Matth. V. 14.

(3) Ad Tit. I. 9. et seq.

(4) Ad Timot. IV. 14. et seq.

les, San Pedro, ¿no consigna al principio de una de sus epístolas como el primer deber del sacerdocio, que ponga todo su estudio en maridar con la fé la fortaleza, y con la fortaleza la ciencia, á fin de que no sea estéril é infecunda la mision que ha recibido? *Curam omnem subinferentes, ministrare in fide vestra virtutem, in virtute autem scientiam.... Hæc enim si vobiscum adsint, non vacuos nec sine fructu vos constituent in Domini nostri Jesu Christi cognitione* (1).

Este grito apostólico es escuchado por do quiera, y en su consecuencia óyese la voz de las sagradas asambleas que le repiten á cada instante, y la de los grandes génios de los primitivos siglos que le transmiten á las generaciones venideras. Aquí el concilio Romano celebrado bajo el pontificado de Gregorio VII, consigna en sus actas que los sacerdotes deben ser hombres ilustrados en la ciencia, puesto que de lo contrario mal pudieran enseñar á los indoctos sin haber adquirido los conocimientos indispensables á este fin (2). Allí el papa San Clemente, fundado en la sentencia de Jesucristo, «si un ciego guia á otro ciego, ambos caerán en el precipicio,» prescribe la gravísima obligacion que tienen de aventajar en ciencia á los demás fieles los que por su ministerio están destinados á ser sus conductores en los caminos de la salvacion (3). Si las antiguas Decretales escluyen como ineptos para el ministerio sacerdotal á los que carecen de la instruccion que este exige (4), y juzgan intolerable la ignorancia en los llamados á ser maestros y doctores del pueblo cristiano (5), el Tridentino, asociándose á las ideas de la disciplina canónica de aquellos tiempos, encarga con gran celo á los prelados de la Iglesia velen asiduamente porque los eclesiásticos se instruyan convenientemente, y sean á la vez que unos limpios espejos en que los fieles vean retratadas todas las virtudes cristianas, unos modelos de quienes

(1) II. Petr. I. 5. et seq.

(2) Conc. Rom. sub Greg. VII.

(3) S. Clem. Pap. ep. I. ad Jacob.

(4) Cap. *Illiterat.* Dist. 36.

(5) Cap. *Si vix.*

puedan aprender la doctrina de la verdad (1). Idéntico lenguaje habla San Leon, San Gerónimo, San Agustín, San Lorenzo Justiniano, San Isidoro de Sevilla, y por decirlo de una vez, este ha sido el pensamiento unánime, la idea universal, el idioma general de todos los Padres de la Iglesia. Y en prueba de este aserto, ahí está la historia de los bellos siglos de la literatura cristiana; ahí están esos monumentos imperecederos de erudicion, que nos han trasmitido á través de las luchas y de los horrores de la ignorancia que pesó en ciertas épocas sobre el mundo bajo el yugo de la mas espantosa dominacion de los bárbaros; ahí están las producciones inmortales de aquellos gé-nios que, oponiendo una barrera inespugnable al torrente devastador de los errores del paganismo, de las supersticiones de la filosofia gentilica, de los sofismas del racionalismo griego, y á cuantos elementos se conjuraron en la sucesion de los tiempos contra el desenvolvimiento de la verdadera ciencia, todavía facilitan modelos dignos de imitacion á las altas capacidades de nuestro siglo, harto orgulloso con sus modernas conquistas.

Pero no nos desviemos de nuestro principal asunto; y visto ya recomendada la necesidad de la ciencia sacerdotal por la Escritura, la tradicion y la historia, veamos como la índole misma de nuestro ministerio exige de nosotros un estudio profundo de todos los conocimientos necesarios al buen desempeño de las funciones que á él están ligadas. Y en efecto, ¿qué seria en la Iglesia de Jesucristo un sacerdote ignorante? ¿Qué servicios podria prestarla, desprovisto del caudal suficiente de instruccion que demanda de él su múltiple carácter de padre, juez, pastor, maestro, doctor, médico, que debe ejercer ya en el tribunal de la reconciliacion, ya en la sagrada cátedra, ora al lado del moribundo en los solemnes momentos de su agonía, ora en medio de los pueblos que reclaman sus consejos, y donde quiera que sea llamado á prestar su apoyo al ignorante, al débil, al vacilante en la fé, al que duda de los augustos misterios de la religion? Y llegado el caso de combatir la indiferencia, de luchar con la incredulidad, de resistir al racionalismo, de hacer frente al

(1) Conc. Trid. Sess. XIV de reform.

error, de oponer un dique á las malas pasiones, de habérselas con la ciencia materialista, de sostener los dogmas católicos contra una filosofía insensata que se desentiende de todo principio de la revelación; en estos y otros mil lances en que debe ser el centinela avanzado de la casa de Dios para dar la voz de alerta y ahuyentar las huestes enemigas, ¿cómo podría llenar su elevada misión, no poseyendo la ciencia necesaria con relación á las necesidades de su época, y á la altura de los conocimientos de que los émulos de la verdad tanto abusan para combatirla (1)? ¡Ah! ¿Quién puede dudar las funestas consecuencias que acarrearía la ignorancia en este punto? Hay en la vida de las sociedades días de vértigo revolucionario, épocas de desquiciamiento y anarquía intelectual, momentos horribles en que la sabiduría carnal y atea aspira á toda costa al triunfo, poniendo en juego cuantos resortes puede haber á la mano para destruir el edificio inmortal fundado por el Hombre-Dios. Cuando los cadalsos, la tiranía y la sangre no han bastado á hundirle, ha venido de refuerzo el humano saber armado del sofisma, parapetado tras los nuevos descubrimientos arrancados á la naturaleza, arrogante con las adquisiciones geológicas, fiero con los problemas de las ciencias exactas, amenazador con los cálculos matemáticos, insolente con los sistemas socialistas.... Y entonces la lucha ha sido á muerte, el combate ha tomado proporciones gigantescas, la resistencia ha llegado á la desesperación. Y si el santuario no hubiese estado defendido por vigías fieles, por atletas robustos, por soldados intrépidos, por sacerdotes doctos y sábios, ¿qué hubiera sido de la Iglesia? ¿Qué se hubiera hecho de nuestros dogmas tradicionales? ¿A qué grado de degradación y de desórden no hubiera llegado la sociedad? ¿Quién hubiera curado sus hondas heridas? ¿Quién la hubiera salvado?

Pues bien, V. H. M., tan elevada, tan noble, tan sublime es nuestra misión en el mundo. A regenerar los pueblos, á salvar las sociedades, á impedir que las generaciones venideras hereden los

(1) Véase desarrollada esta idea en el discurso preliminar de esta obra puesto al principio del tomo I, del cual podrán servirse con mucha utilidad los oradores sagrados al tratar la presente materia, motivo por el cual nos creemos dispensados de esplanarla aquí en toda su estension.

errores y las desgracias de la presente, á asegurar los destinos de los siglos que han de sucedernos, á legar un porvenir mejor á la humanidad somos llamados. Virtud y ciencia: hed ahí los dos poderosos medios de accion que debemos poseer para realizar ese pensamiento. Si la primera nos es indispensable, sin la segunda nada conseguiríamos. Ambas deben marchar paralelamente; una y otra deben caminar á un fin idéntico. Aquella nos rodeará del prestigio indispensable para hacernos escuchar de los pueblos: esta nos proporcionará la victoria sobre el poder de la inteligencia, empeñado en desmentir los oráculos divinos para derruir el augusto alcázar que Jesus levantó sobre la piedra indestructible. ¿Y sabeis dónde podremos enriquecernos con ese caudal de conocimientos, de dónde podremos estraer ese tesoro de sabiduría propia de nuestro ministerio? Abiertos están sus inagotables manantiales, corriendo están sus fuentes en los divinos libros, en los monumentos de la tradicion, en las producciones de los grandes génios del cristianismo, en los sagrados Concilios, en las Decretales de los sumos Pontífices, en la historia eclesiástica. Esos son los veneros fecundos de toda instruccion, de todo saber, de toda ciencia. Una vez que en ellos nos hubiéremos abrevado de las puras aguas de la doctrina escolástica, moral, canónica, disciplinar, litúrgica y apologética, consagrémonos tambien con ardor á desentrañar los secretos de las ciencias naturales, procuremos no desconocer la legislacion, que no nos sean estraños los adelantos hechos en los demas ramos del saber humano; y de esta suerte, no teniendo que temer las armas de los contrarios avezados ya á manejarlas, el éxito de nuestra mision no será problemático, y obligaremos al mundo á rendir homenaje á una religion, que bien lejos de condenar la ciencia, es la primera en fomentarla; en vez de oponer obstáculos al desarrollo intelectual, marcha al frente de las conquistas de la positiva civilizacion; y muy al contrario de ser una rémora al vuelo del génio, viene demostrando donde quiera, hace cerca de diez y nueve siglos, que es la protectora de todos los adelantos útiles, la que impulsa, fomenta y da vida á cuanto tiende al mejoramiento y bienestar de las sociedades.

Huyamos, pues, V. H. M., de la ignorancia; amemos la ciencia,

no la que hinche el corazón de orgullo, sino la que edifica el alma haciéndola amar la verdad y practicar la virtud; consagrémonos á cultivarla con todo interés, para servirnos de ella en bien de la Iglesia y en beneficio de los pueblos que nos están confiados. DOCTRINA Y VERDAD sean donde quiera nuestro lema, como lo eran en la antigua ley estas palabras grabadas sobre el Racional de los Pontífices Aarónidas. Brillamos en todas partes, no menos con nuestro saber que con nuestros ejemplos; y de este modo llenaremos dignamente en la tierra nuestros sublimes destinos, y en el cielo conseguiremos la corona de la inmortalidad.

TESTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA RELATIVOS Á ESTE ASUNTO.

«Præceptum sempiternum est, ut habeatis scientiam discernendi inter sanctum et profanum. (Levit. X. 9.)

» Quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi. (Oseæ. IV. 6.)

» Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent de ore ejus: quia angelus Domini exercituum est. (Malach. II. 7.)

» Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi super montem posita, neque accendunt lucernam et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt. (Id. 14, 15.)

» Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cælorum. (Matth. V. 19.)

» Euntes, docete omnes gentes. (Id. XXVIII. 19.)

» Attende tibi et doctrinæ: insta in illis. Hoc enim faciens, et te ipsum salvum facies, et eos qui te audiunt. (I. Timot. IV. 16.)

» Omnis scriptura divinitus inspirata, utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitia: ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus. (II. Tim. III. 16.)

» Tu autem loquere quæ decent sanam doctrinam. (Ad Tit. II. 1.)

» Doctrinis variis et peregrinis nolite abduci. (Hæbr. XIII. 9.)

PASAGES DE SANTOS PADRES Y CONCILIOS.

»Sacerdotes doctiores esse oportere cæteris, populos docebat Christus, dicens: Si cæcus cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadunt. (S. Clem. Pap. Ep. I ad Jacob.)

»Sicut iniqui et peccatores ministerium sacerdotale assequi prohibentur, ita indocti et imperiti à tali officio retrahuntur. Illi enim exemplis suis vitam honorum corrumpunt: isti vero sua ignavia iniquos corrigere nesciunt. ¿Quomodo docere poterunt quod ipsi non didicerunt? (S. Lev. Lib. III. de Sum. bon.)

»In sacerdotis pectore Rationale est, et in Rationali doctrina et veritas, ut discamus sacerdotem doctum esse debere. (S. Hyer. in c. II. Malach.)

»Ecclesiæ quoddam est dedecus inscium videre præbiterum, cui utique convenit erudire populum, et ad se confluentibus monita propinare salutis. (S. Laur. Just. de spir. et anim.)

»Aliud sunt aliud videri volunt. In habendis temporalibus sunt ut laici, in habendis præbendis sunt ut clerici. Non laborant ut laici, non prædicant ut clerici. (S. Bern. de Cons. L. IV.)

»Præsbyteri sint literati: aliter enim, ¿quomodo erunt magistri, qui non fuerint discipuli? ¿Aut qualiter scient docere gregem sibi commissum et hortari? (Conc. Rom. sub Greg. VII.)

»Illiteratos nullus præsumat ad clericatus ordinem promovere: quia literis carens, sacris non potest esse aptus officiis. (C. Illiter. dist. XXXVI.)

»Magistri pietatis creantur: ii tantum ad sacrorum administrationem promoveantur, qui multo tempore didicerint quæ postmodum alios docere tenentur... Qui præese valeat corrigendis, ac ædificent cunctos in fidei scientia. (Innoc. II. in Bul. *Speculatores domus Dei*.)

»Si vix in laicis videtur tolerabilis inscitia, ¿quanto magis in his qui præsent? Nec excusatione est digna, nec venia. (Cap. *Si vix*.)

»Monebunt propterea Episcopi suos clericos, in quocumque ordine fuerint, ut conversatione, sermone, et scientia, commisso sibi populo præeant. (C. Trid. Sess. XIV. de reform.)

SERMON

PARA EL OCTAVO Y ÚLTIMO DÍA DE LOS EJERCICIOS.

POR UN SENTIMIENTO DE GRATITUD Á LAS ESPECIALÍSIMAS GRACIAS RECIBIDAS DEL SEÑOR, Y POR EL INTERÉS DE NUESTRA PROPIA SALVACION, DEBEMOS APROVECHARNOS DE ESTOS DIAS DE EJERCICIOS ESPIRITUALES, PARA ARREGLAR NUESTRA CONDUCTA SACERDOTAL Y REFORMAR NUESTRAS COSTUMBRES.

Hæc sunt precepta quæ mandavit Dominus ut docerem vos... Audi, Israel... Erunt verba hæc in corde tuo... et meditaberis in eis sedens in domo tua, et ambulans in itinere, dormiens atque consurgens. Et ligabis ea quasi signum in manu tua, eruntque et movebuntur inter oculos tuos.

Hé aquí los preceptos que el Señor me ordenó os enseñase... Escúchalos, oh Israel; graba en tu corazón mis palabras, medítalas en tu casa, en tus viajes, al acostarte y al levantarte; tráelas ligadas en tu mano como un anillo, y pendientes siempre ante tus ojos.

DEUTER. VI. 4 AD 8.

VENERABLES HERMANOS MIOS. Bendito sea el Señor, padre de las misericordias y Dios de todo consuelo. ¡Cuánto debemos á su infinita bondad por habernos proporcionado este tiempo aceptable, estos dias de salud, durante los cuales nos hemos ejercitado espiritualmente en la oracion y en fervorosas obras de piedad, trayendo á la memoria los extravíos de nuestra vida pasada, llorando amargamente los defectos en que por nuestra fragilidad incurrimos, meditando día y noche en los gravísimos deberes de nuestro estado, estudiando en el silencio de la soledad los medios de llenar dignamente la sublime mision con que hemos sido honrados, y estimulándonos á trabajar con ardiente celo en promover la gloria del que nos eligió para ser

sus cooperadores, y obrar la salvacion del rebaño fiel confiado á nuestros cuidados ! Por lo que á mí hace, barto convencido de mi insuficiencia, demasiado sé que no he correspondido ni con mucho á la honra que sin merecimiento alguno propio me cupo de ser el eco y la espresion de las eternas verdades del cielo. Empero tampoco ignorais cuán sincero ha sido mi deseo, cuán recta mi intencion, por lo que lejos de temer de vosotros amargas reconvenciones, todo me hace esperar vuestra indulgencia.

Ahora bien, reunidos aquí por última vez para dar fin á estos dias de retiro, al despedirme de vosotros, quizás para no volver á tener la dicha de dirigiros mi débil y balbuciente voz, tal vez para hacer breve el gran viaje de la eternidad; ¿qué asunto escojeré que mas fuertemente os impresione? ¿Qué os diré que mas honda huella deje en vuestros corazones? Nada, M. V. H., me ha parecido mas tierno, patético y sentimental, que la exhortacion dirigida en otro tiempo por Moisés al pueblo santo, próximo ya á separarse de él por la muerte. Hallábase á once jornadas de Horeb, á la orilla del Jordán, entre Pharan y Thophel, en el año cuarenta despues de la salida de Egipto; y despues de haber reproducido la historia de lo acaecido en aquellos tiempos, y habiendo renovado los preceptos que le diera el Señor sobre el Sinaí, concluye su exhortacion de esta manera: «Hé aquí los mandamientos que el Señor me ordenó os enseñase. Escucha, pues, oh Israel; pon cuidado en conservar este rico depósito, y en practicar fielmente cuanto te ha mandado. Graba profundamente estos preceptos en tu corazon; medítalos sentado en tu casa, andando de viaje, al acostarte y al levantarte; tráelos ligados al rededor de tu mano como un precioso anillo, y pendiente siempre ante tus ojos, y escríbelos en el dintel y puertas de tu casa, para perpétua memoria de los grandes beneficios que tu Dios te dispensó, y de los deberes que con él contragiste.» *Hæc sunt præcepta quæ mandavit Dominus ut docerem vos... Audi Israel: Erunt verba hæc in corde tuo, et meditaberis in eis, sedens in domo tua, et ambulans in itinere, dormiens atque consurgens. Et ligabis ea quasi signum in manu tua, eruntque et movebuntur inter oculos tuos, scribesque ea in limine et ostiis domus tuæ.*

No soy, M. V. H., vuestro jefe y caudillo, como lo era Moisés del pueblo de Israel; pero desempeñando respecto de vosotros una mision no menos honrosa y mas importante aun, creo que me autorizareis para dirigiros esa misma exhortacion, y deciros con toda la efusion de mi alma: «Ved, oh raza escogida, pueblo de adquisicion, real sacerdocio, ved ya terminada la pesada tarea que durante ocho dias vengo llenando por un mandato superior. Vosotros sabeis con cuánto celo, si bien no con la elocuencia que hubiérais deseado, he desenvuelto los principales deberes de nuestro ministerio. Cuidemos, pues, de aprovecharnos de las santas inspiraciones que hemos recibido; grabemos profundamente en nuestros corazones las importantísimas verdades concernientes á nuestra conducta sacerdotal. Tengámoslas presentes de dia y de noche; conservémoslas como un sagrado depósito; meditémoslas á todas horas, en nuestros hogares, al pié del ara santa, en el silencio del santuario; sean como el anillo colocado en nuestros dedos para recordarnos las promesas que al ascender al Santuario hicimos al Señor. Tal es el fruto que debemos sacar de estos santos ejercicios; deber fundado en un sentimiento de gratitud á esta gracia especialísima que el Señor nos ha dispensado, y en el interés de nuestra propia salvacion, como voy á manifestároslo en este discurso, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Por demas seria, M. V. H., que yo pretendiese hacer grandes esfuerzos de imaginacion para manifestaros el profundo reconocimiento que de nosotros exige la gracia que acaba de dispensarnos la bondad divina. ;Ah! Nuestro mismo corazon con un lenguaje mudo, pero mucho mas elocuente, nos está diciendo á todos en este instante cuánto debemos al Señor por habérnosla concedido en tiempo oportuno. Y en efecto, si damos una ojeada retrospectiva hácia nuestra vida pasada, ¿qué es lo que en ella encontraremos

sino un cúmulo de infidelidades que hubieran bastado á provocar contra nosotros las venganzas del cielo, á no haber sido tan infinita é inagotable la misericordia del que nos elevó al Sacerdocio? Entremos en reflexion con nosotros mismos. ¿Cómo hemos correspondido al gran beneficio de nuestra vocacion? ¿Cómo hemos llenado las altas funciones de nuestro ministerio? ¿Ha sido nuestro fervor proporcionado á los deseos vehementísimos con que solicitamos entrar en el santuario? ¿No hemos desmentido jamás las solemnes promesas que hicimos en el día de nuestra ordenacion? ¿Hemos permanecido fieles á los juramentos pronunciados ante los santos altares en presencia de Dios, de los hombres y de los ángeles? ¿Ha sido el Señor la única porcion de nuestra herencia y de nuestro cáliz, el objeto único de nuestras aspiraciones, el fin esclusivo de nuestras obras, y el móvil de nuestros pensamientos?

A este apóstrofe que nos dirige á todos nuestra conciencia, ella misma está respondiendo con una voz harto perceptible que se manifiesta en nuestros semblantes. ¡Ay de nosotros, V. H. M.! Nuestras frentes cúbrense de un justo rubor al recordar cuán tibios, cuán negligentes, cuán descuidados hemos vivido hasta ahora respecto del mayor, del mas interesante, del único negocio á que debiéramos habernos consagrado. Mil remordimientos punzadores despiértanse en el fondo de nuestras almas, acusándonos de haber malogrado la gracia que se nos confirió un dia con la imposicion de las manos, de haber malversado los tesoros con que nos enriqueció el cielo llamándonos á ser ministros del rey de las eternidades, de no haber correspondido con nuestras costumbres á una dignidad que nos colocó en mayor altura que á los mismos ángeles. Y cierto que si Dios hubiera de haber usado con nosotros de todo el rigor de su justicia, tiempo hace que hubiéremos experimentado iguales ó mayores castigos que Coré, Datan, Abiron, Oza y demas profanadores de las cosas santas, puesto que no hemos sido menos culpables. Empero no fué así, antes bien desplegando el Señor toda su bondad en favor nuestro, nos dió inspiraciones saludables, avisos oportunos, llamamientos interiores, pulsó á la puerta de nuestro corazon, nos importunó, nos despertó del funesto letargo en que yacíamos, nos

preparó nuevos auxilios, y como complemento de todos ellos nos trajo á la soledad para hablar á nuestra alma, nos proporcionó estos santos ejercicios que hoy finalizamos, y en ellos, ¡qué de favores no nos ha dispensado! ¡qué de torrentes de misericordia no ha hecho llover sobre nuestras cabezas!

Ahora bien, M. V. H., ¿seria posible que tambien fuese ineficaz y estéril este último esfuerzo de la clemencia divina, para hacernos entrar dentro de nosotros mismos, y renovarnos en el espíritu de nuestra vocacion? ¿Habrà agotado en vano los recursos de su paternal solicitud para acarrearnos al buen camino, y obligarnos á marchar por las sendas de la justicia y de la santidad sacerdotal? ¿Será perdido para nosotros un tiempo tan precioso, en el que hemos podido atesorar riquezas inmensas de vida eterna? ¿Tornariamos á las cenagosas cisternas de Egipto, despues de habernos purificado en las aguas regeneradoras de la sangre de Jesucristo? ¿Volveriamos atras nuestra vista, una vez puestas nuestras manos en el arado para trabajar en la viña del Dios de Sabaoth? Y esos propósitos que aquí hemos concebido, esas resoluciones que hemos adoptado, esas promesas que hemos renovado, ¿moririan tan luego como saliésemos de este lugar, entre el bullicio de un mundo cuyos goces no nos pertenecen, cuyas costumbres anatematizó Jesucristo, cuyos escándalos debieran ser el objeto de nuestro inconsolable llanto?

¡Oh! No, M. V. H., no es esto lo que de nosotros espera el Señor; no es esto lo que exige la gratitud con que debemos corresponder al gran beneficio que de su liberalidad acabamos de recibir. ¿Habrà sido él tan fiel para con nosotros en sus divinas promesas, para que le paguemos con nuestros desvíos é infidelidades? Temblemos entonces considerando los males que pueden sobrevenirnos. Escrito está en los sagrados libros que hay dias de reconciliacion que desaprovechados no vuelven jamás. Escrito está que no todos los momentos son favorables para obtener la gracia y la misericordia, cuando reiteradas veces se ha despreciado ese don inefable. Escrito está que Jesucristo se retira á veces de quien le busca, despues de haber sufrido las repulsas de la ingratitud, y no es hallado de los que en pos de él corren. Escrito está en fin que los que una vez

fueron iluminados, gustaron la suavidad de los dones celestiales, y participaron de la gracia del Espíritu Santo, y despues reinciden en el pecado, dificilmente hallan oportunidad de arrepentirse, y es casi imposible su penitencia: *Impossibile est, eos qui semel illuminati sunt, gustaverunt etiam donum caeleste... et participes facti sunt Spiritus Sancti, et prolapsi sunt, rursus renovari ad pœnitentiam* (1). Y ¿no ha escrito tambien San Bernardo, que la ingratitud seca las fuentes de la piedad divina? ¿No ha consignado en otro lugar que el sacerdote, por lo mismo que ha sido elegido como un ángel del Señor, si llega á incurrir en la ingratitud que precipitó del cielo á los espíritus rebeldes, como ellos será tambien reprobado? (2) ¿No ha dicho San Gregorio que el sacerdote ingrato se hace acreedor á que Dios le despoje de todos los dones que le dispensó? ¿Seria, pues, mucho que el Señor justamente irritado, en vista de nuestra esterilidad despues de estos santos ejercicios, nos negase sus gracias, apagase las luces de nuestra inteligencia, nos retirase sus auxilios, y nos abandonase en manos de nuestro propio consejo?

Dejo á vuestra consideracion, V. H. M., estas reflexiones que no he hecho mas que apuntar, y paso á considerar la obligacion que tenemos de utilizar este tiempo precioso, y de perseverar constantemente en la práctica del bien despues de estos dias de retiro, bajo el segundo punto de vista que os indiqué, á saber: por el interés de nuestra propia salvacion. Es un principio innegable que á la perseverancia final está vinculado el triunfo del justo, puesto que mientras vive en el mundo su porvenir es incierto y no sabe si será digno de amor ó de odio. Por eso el Salvador, despues de anunciar á sus apóstoles y discípulos las persecuciones, luchas y desgracias que les esperaban en la difícil mision que acometian, les dijo: «El que perseverare hasta el fin será salvo: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit* (3).» ¡Tan cierto es que nadie ciñe la co-

(1) Hæbr. VI. 4.

(2) S. Bern. Declam. in verbo: *Ecce nos*.

(3) Matth. X. 22.

rona sino despues de haber peleado legitimamente hasta el último momento! ¿Y nos lisonjeariamos nosotros de conseguir la diadema inmortal que el Señor nos tiene reservada en su reino, si hasta nuestro postrimer instante no permaneciésemos fieles en su servicio?

Pues bien, V. H. M.; no basta haber luchado hasta aquí en esa arena ensangrentada que nos legó nuestro augusto fundador; no basta que hasta ahora hayamos trabajado todos en ese ministerio en el que dejamos una gran parte de nuestra existencia; no basta que hayamos dedicado nuestros primeros años al ejercicio de las virtudes sacerdotales, y regado con nuestros sudores el campo del divino labrador. Todavía nos queda un gran espacio que andar en ese camino erizado de espinas y sembrado de abrojos; aun estamos quizá muy distantes de la patria, y grandes trabajos, y peligros inminentes y rudos choques nos esperan antes de dar vista á la tierra de promision. ¿De qué nos serviría, pues, todo cuanto hasta el dia hemos hecho, si, semejantes al pueblo hebreo, parándonos en la mitad de nuestra carrera, nos cansásemos de servir al Señor, levantásemos altares á dioses estraños y echásemos de menos los despreciables placeres de un mundo tirano de donde nos sacó su paternal diestra? Y ahora que mediante un nuevo rasgo de su providencia amorosísima nos ha proporcionado el maná celestial de su palabra, de sus inspiraciones, de sus gracias en estos santos ejercicios; ahora que ha robustecido nuestros fatigados espíritus en estos dias de santo ocio; ahora que ha vuelto á abrir ante nosotros los puros manantiales de sus misericordias, hiriendo en la peña viva de nuestros corazones, como Moisés en los desiertos de Marat; ¿seriamos tan débiles y cobardes que no nos animásemos á seguir con mayor ardor el camino comenzado? ¡Oh! ¿Qué no haríamos por conquistar un reino perecedero, una corona corruptible, un trono de un dia, si en nuestra loca ambicion aspirásemos á conseguirlo? Indudablemente nos serian tolerables y aun dulces los mas amargos sinsabores, los mas pesados trabajos, los mas penosos sacrificios con la sola idea de vestir la púrpura régia y tener á nuestras órdenes numerosos vasallos. Y cuando aspiramos á la posesion de un imperio sin fin, de una diadema incorruptible, de un trono eterno, de una gloria inmarcesible, in-

mensa, infinita, ¿retrocederíamos ante la perspectiva de unos sacrificios y de unas penalidades barto insignificantes en comparacion de la recompensa que nos espera? ¿Dónde está entonces nuestra fé? ¿qué se ha hecho de nuestras creencias? Y sobre todo, V. H. M., ¿para qué emprendimos esta carrera? ¿para qué entramos en el santuario? ¿Para qué venimos á solicitar una dignidad cuyo peso habia de sernos molesto?

De todos modos, imposible es ya retroceder sin poner en grave riesgo nuestra salvacion. La carga hemos de llevarla sopena de ser reprobados eternamente. Servir á Dios y al mundo no puede ser; adorar al Señor y quemar incienso á Balaal es una contradiccion irrealizable. ¿Qué, pues, nos resta sino llevar gustosos el yugo que voluntariamente aceptamos? ¿Qué recurso nos queda sino hacer meritorio un sacrificio que de otra suerte, sobre sernos doloroso, no nos proporcionaria la menor utilidad? ¡Oh! Si por desgracia nuestra vocacion al Sacerdocio no fué verdadera, hagámosla tal en virtud de nuestras buenas obras. Si siendo legítima en su origen no hemos llenado dignamente nuestros deberes, procuremos de hoy mas cumplirlos. Si hemos sido tibios en el servicio de Dios y de nuestros prójimos, tiempo es todavia de ganar lo que hemòs perdido, redoblando nuestro fervor. Hé aquí el dia que hizo el Señor, alegrémonos y regocijémonos en él. Sí, M. V. H. Este es el gran dia de nuestra vida, quizá el mas feliz de toda ella, tal vez el que ha de decidir nuestro porvenir. ¡Dia precioso! ¡Cuántos tesoros le están vinculados si de él sabemos aprovecharnos! ¡Qué de riquezas podemos allegar para lo sucesivo! ¿Quién sabe si ya no volveremos á tener ocasion de ejercitarnos espiritualmente? Y aun cuando volviésemos, ¿quién nos garantiza que entonces tendremos tan propicia la misericordia del cielo? ¿quién nos asegura que no habrá agotado ya los manantiales de su piedad? ¿Quién nos dá una prenda de que para entonces tendremos idénticas disposiciones? Temamos, H. M., temamos no sea esta la última de las gracias que Dios haya decretado dispensarnos, y que al salir de aquí nos diga Jesucristo: «Yo me voy, vosotros me buscareis, y no pudiendo hallarme morireis en vuestro pecado;» en el pecado de vuestra ingratitud, en el pecado

de vuestra infidelidad, en el pecado de vuestra indiferencia, en el pecado de vuestra obstinacion: *Ego vado et quaeratis me, et in peccato vestro moriemini* (1).

No, por el amor de nuestro adorabilísimo Maestro; no, por las entrañas misericordiosas del Eterno Sacerdote Jesus; no, por la sangre que en la Cruz vertió para legarnos nuestra dignidad augusta. Tengamos presentes las verdades que en estos dias hemos meditado; no las olvidemos jamás; grabémoslas en lo mas profundo de nuestro corazon; sírvannos de asunto de sérias reflexiones, de dia y de noche, al acostarnos y al levantarnos, comiendo y paseando, en todo lugar, en toda circunstancia; llevémoslas como anillos preciosos en nuestras manos, y pendientes ante nuestros ojos: *Hæc sunt præcepta, quæ mandavit Dominus ut docerem vos.... Erunt verba hæc in corde tuo.... et meditaveris in eis sedens in domo tua, et ambulans in itinere, dormiens atque consurgens. Et ligabis ea quasi signum in manu tua, eruntque et movebuntur inter oculos tuos.* Concluyo, M. V. H., con estas mismas palabras con que principié mi discurso, porque ellas reasumen maravillosamente el asunto que me propuse desenvolver. Habeis, pues, oido en la série de exhortaciones que he tenido el honor de dirigiros, cuánta sea la escelencia de nuestra vocacion al estado sacerdotal; cuán sublime es la santidad y perfeccion que de nosotros exige para llenar las altas funciones de sacrificadores y mediadores entre la humanidad y la divinidad; cuánta sea la enormidad que envuelve el pecado cometido por los ministros de un Dios infinitamente santo, Pontífice puro, incontaminado y mas escelso que los cielos mismos, en lenguaje del Apóstol; cuán indeclinable sea nuestra obligacion de dar buen ejemplo á los fieles, presentándonos á ellos como limpios espejos en que puedan mirarse, y como una apología viviente del Catolicismo contra sus detractores y adversarios; cuán funestos resultados acarree el escándalo de los que por su mision deben ser la luz del mundo, la sal de la tierra, los pastores del rebaño de Jesucristo, las columnas del templo de Dios; con cuánto celo debemos consagrarnos á pro-

(1) Joan. VIII. 21.

mover la gloria del Señor y á salvar las almas redimidas con la sangre del Cordero inmaculado, como que de ellas se nos ha de pedir estrecha cuenta en el día del juicio; con cuánto ardor nos debemos dedicar al estudio de la ciencia necesaria para llenar cumplidamente nuestra mision regeneradora, como continuadores de la grandiosa idea iniciada por el que vino al mundo á desterrar las tinieblas de la ignorancia y á ilustrar á los hombres con los principios de la eterna sabiduría, cuyo principal cimiento es el temor santo de Dios. ¿Qué, pues, nos resta sino obrar en un todo conforme á estas verdades que reasumen toda la economía de nuestro elevado ministerio? Os lo ruego, si, con igual efusion que San Pablo á los presbíteros de Epheso; os conjuro que os porteis de hoy mas de una manera digna del estado á que habeis sido llamados: *Obsecro vos ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis* (1). Sea nuestro principal ornamento la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la mútua tolerancia, la caridad, y una solicitud constante en conservar la unidad del espíritu con los dulces vínculos de la paz: *Cum omni humilitate et mansuetudine, cum patientia, supportantes invicem in charitate, solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis* (2). Admire el mundo esa concordia, esa union inquebrantable que en nosotros debe reinar siempre, manifestando que somos un solo cuerpo y una sola alma, asi como hemos sido llamados á una idéntica esperanza de nuestra vocacion: *Unum corpus, et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe vocationis vestræ* (3). Al darnos hoy el ósculo fraternal, para separarnos unos de otros, renovemos reciprocamente las promesas que hemos hecho al Señor, y juremos no faltar jamás á los compromisos contraidos. Sea para nosotros esté día un monumento imperecedero de gloria para Dios que se dignó elegirnos por cooperadores suyos, de salvacion para nuestras almas y para las de nuestros prójimos. Corramos á derramar en el seno de la sociedad en que vivimos los torrentes de gracia y misericordia que el cielo ha hecho

(1) Ephes. IV. 1.

(2) Id. 2. 3.

(3) Id. 4.

llover sobre nuestras cabezas ; llamémosla á participar de los tesoros con que nos ha enriquecido ; vea ese mundo ciego que nos desprecia y persigue, que no están cerradas para él nuestras entrañas, como lo están las suyas para nosotros ; que le amamos aunque él nos aborrece ; que deseamos su felicidad aun cuando él ha jurado nuestra ruina ; que aspiramos á salvarle siquiera él trabaje por labrar nuestra perdicion ; que estamos decididos á sacrificarnos por todos, á pesar de que todos nos miren como sus víctimas ; y en su consecuencia, y para demostrar prácticamente nuestras convicciones, donde quiera portémonos como ministros de un Dios de amor y de santidad, en la pureza de nuestras costumbres, en la regularidad de nuestra vida, en la veracidad de nuestras palabras, en la sublimidad de nuestra doctrina, en las tribulaciones, en las angustias, en las necesidades, en los trabajos, en los dias adversos, en los momentos de lucha, combatiendo el vicio, la inmoralidad, el error, las pasiones con palabras de verdad, con la fortaleza de Dios, con las armas de la justicia, á diestra y á siniestra, lo mismo en la honra que en la deshonor, cuando nos infaman no menos que cuando nos lisonjean, cuando nos traten de seductores igualmente que cuando nos crean verídicos, á fin de tapar las bocas maldicientes, reducir á silencio á los que blasfeman de nuestro carácter, y hacer salir el rubor al semblante de nuestros sistemáticos enemigos. *In omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros.... nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum* (1). Recibid, V. H. M., mi corazon con el último adios que os dirigen mis labios ; dispensadme si no he llenado cual debiera mi cometido ; perdonad si mi lenguaje ha sido á veces mas duro y severo de lo que debiera. El amor únicamente ha movido mi lengua, el amor me ha inspirado las palabras que he pronunciado, el amor ha sido el único móvil de mis exhortaciones, y el amor tambien me obliga á suplicaros hoy que seais fervorosos en las sagradas aras, puros en la celebracion de los divinos misterios, exactos en la recitacion del oficio divino, asistentes al tribunal de la reconciliacion, incansables en

(1) II. Corint. VI. 3. 4.

la predicacion de la divina palabra, celosos en promover las buenas costumbres, desprendidos de los bienes terrenales, benéficos con los pobres, caritativos con los menesterosos, tolerantes con los débiles, prudentes como la serpiente, sencillos como la paloma, en vuestras palabras comedidos, en vuestras acciones irreprochables, en el trato social recatados, y en todo antorchas luminosas, para que en vista de vuestra virtud y santidad todos alaben, glorifiquen y ensalcen al Padre celestial.

Benedicid, Dios mio, mis deseos; haced fecundos, oh Sumo Sacerdote Jesus, los votos que mi alma os presenta en este dia. Benedicid tambien nuestros propósitos y las resoluciones que hemos formado en estos dias de salud. Nada es el que planta, nada el que riega, si no sois Vos quien da el incremento á la tierra estéril de nuestros corazones. Yo por vuestro mandato, si bien el último y mas indigno de vuestros ministros, he plantado y he regado esta viña misteriosa que á mi celo confiásteis. He dado á estos mis hermanos las palabras de vida que me comunicásteis, y ellos las han recibido. Empero, sin vuestros ausilios, tal vez serian estériles mis sudores. Deramad, pues, abundantemente vuestros dones sobre todos nosotros, por todos ruego encarecidamente; por todos me intereso; que ninguno de los que aquí estamos reunidos se pierda; que todos consigamos en el tiempo la vida de la gracia, para ceñir despues en la gloria la inmarcesible corona de la inmortalidad.

— 181 —

OCTAVARIO

DE RETIRO ESPIRITUAL PARA RELIGIOSAS.

SERMON

PARA EL PRIMER DIA DE RETIRO ESPIRITUAL.

MOTIVOS PODEROSÍSIMOS QUE OBLIGAN Á LAS PERSONAS CONSAGRADAS Á DIOS EN EL ESTADO RELIGIOSO Á DEDICAR CIERTOS DIAS DE RETIRO Á REFLEXIONAR SÉRIAMENTE ACERCA DE SUS ETERNOS INTERESES Y Á RENOVARSE EN EL ESPIRITU DE SU VOCACION.

Recedite, recedite, exite inde... mundamini... præcedet enim vos Dominus, et congregabit vos Deus Israel.

Volved, volved, salid de ahí, purificaos; pues el Señor marchará delante de vosotros, y el Dios de Israel os reunirá.

ISALE. LII. 11, 12.

CASTAS VIRGENES DEL SEÑOR, porcion predilecta de la herencia del Dios del Calvario, esposas muy amadas del Cordero sin mancilla; ¡Cuán grato es para mi corazon ser el intérprete de la voluntad del cielo respecto de unas almas que tan bien han sabido comprender las magnificencias de una religion de amor, consagrándose sin reserva á Jesucristo mediante una vida de abnegacion heróica y de sublime sacrificio! ¡Oh! El mundo no conoce lo que hay de grande é indefinible en esa inmolation voluntaria, en ese doloroso martirio del corazon, en ese místico desposorio con que os habeis unido inseparablemente al único objeto digno de poseer vuestros afectos y de reinar

en vuestro espíritu. Por eso yo, ministro del Rey de los cielos, enviado por él para hablaros en su nombre y recordaros la alianza que con él hicisteis, me complazco en veros reunidas en este sagrado recinto, lejos de ese mundo maldecido, cuyos tumultuosos gritos abogan la voz de la verdad, y cuyos infectos vapores corrompen la atmósfera y no dejan percibir el suave perfume de las virtudes evangélicas. Ciertamente que vosotras hace ya tiempo os emancipásteis del yugo ignominioso de ese cruel tirano; rompisteis con noble decisión las cadenas con que el siglo os aprisionaba; cortásteis con él toda relación directa, y cargadas con los despojos de una ilustre victoria, volásteis á ofrecer al Monarca inmortal de los siglos en grato holocausto un corazón puro, una alma incontaminada, un espíritu libre de las ideas corrompidas y corruptoras de unos tiempos de febril exaltación; y cuando todos los pensamientos de la humanidad propendían á un sensualismo degradante, y cuando todo respiraba independencia y orgullo, y cuando por do quiera la sed insaciable del oro y de las riquezas absorbía las aspiraciones de todas las clases y condiciones sociales, vosotras, abrigando ideas más nobles, sentimientos más sublimes, afectos más generosos, superiores á vuestro siglo y á las preocupaciones de la época en que viviais, aun antes que pudieseis acercar á vuestros labios la empozoñada copa de esa prostituida Babilonia, cuyo licor embriaga á los mortales, la arrojásteis con heroísmo, y corriendo al silencioso asilo de la inocencia, pronunciásteis bajo las sagradas bóvedas los irrevocables juramentos de vivir retiradas en estos claustros en pobreza, castidad y obediencia perpétua, dedicadas al servicio y amor de Jesucristo, á quien elegisteis por único Esposo.

Renovar estas promesas, ratificar estos juramentos, reparar las quiebras que en la vida espiritual pudiérais haber experimentado por efecto de la humana flaqueza, fomentar más y más el espíritu de la observancia regular, adquirir nuevos bríos para seguir marchando por el áspero sendero de la cruz que voluntariamente abrazásteis, pertrecharos de nuevas armas para continuar la lucha que contra el mundo, el infierno y vuestras propias pasiones emprendisteis, estimularos á trabajar con mayor ardor en la conquista del reino celes-

tial, donde os espera la aureola de las vírgenes esposas del Cordero: tal es el objeto de estos dias de retiro que anualmente haceis en cumplimiento de vuestro instituto, y al que hoy damos principio. Nada, pues, mas propio ni mas análogo al fin que aqui nos reúne, pudiera yo deciros al inaugurar estos dias de renovacion espiritual, que lo que en otro tiempo decia el Señor por uno de sus profetas al pueblo que libertára de la mas dura servidumbre: «Volved, volved, salid pronto de esa pérfida Babilonia; daos priesa á purificaros, pues el Señor marchará delante de vosotros, y el Dios de Israel os congregará.» *Recedite, recedite, exite inde... mundamini: præcedet enim vos Dominus, et congregabit vos Deus Israel.* Tornad, esposas de Jesus, tornad la espalda á ese mundo enemigo de la virtud; salid de él en espíritu, ya que corporalmente no habitais en él; venid á purificar y santificar vuestras almas con la consideracion de los altos deberes que os ligan con Dios; apresuraos á dar de mano á todo cuanto pudiera distraeros del grandioso objeto á que os llama la voz del Señor; aprovechad estos dias de salud que os concede para encender nuevamente la llama de vuestro fervor religioso, para nutrir y alimentar los ardientes deseos de perfeccion que concebisteis y por los cuales vinisteis arrastradas al pié del ara santa á inmolaros víctimas de la mas sublime abnegacion. Venid, en suma, á meditar el inestimable beneficio que os hizo vuestro Dios sacándoos de la esclavitud del siglo y conduciéndoos á esta tierra prometida, donde manan en abundancia ríos de leche y miel, puesto que en la soledad es donde se complace en hablar al corazón de las almas que predestinó para sí; en colmarlas de sus caricias, en enriquecerlas con sus dones, en reanudar con ellas los pactos inquebrantables de amor con que las unió consigo. *Recedite, recedite, exite inde... mundamini;... præcedet enim vos Dominus, et congregabit vos Deus Israel.*

Para que podais lograr tan grandiosos efectos, vinculados á estos dias de retiro espiritual, voy á prepararos hoy, venerables esposas de Jesucristo, limitando mi discurso á manifestaros «los poderosos motivos que os obligan á aprovechar cuidadosamente este tiempo saludable, ya porque es una gracia singularísima y una nueva prenda

de amor por parte de vuestro divino Esposo, ya porque quizás sea el último aviso que quiera dar á las que entre vosotras se hallaren adormecidas en una indiferencia lastimosa.» Reclamo toda vuestra atención, y os suplico intereseis en mi favor á la Reina de las vírgenes para que me alcance de su Unigénito las luces necesarias, ya que á pesar de mi indignidad he sido llamado á ser entre vosotras el eco fiel de vuestro divino Esposo, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Entre los muchos motivos que os obligan á utilizar cuidadosamente estos dias preciosos de retiro espiritual, hay dos muy graves y apremiantes, segun acabo de indicaros, á saber: porque el concederos este tiempo es una gracia de predileccion por parte de vuestro divino Esposo, que exige de vosotras la mas fiel correspondencia, y porque tal vez haya ligado al aprovechamiento de este favor singularísimo vuestro eterno porvenir. Bajo ambos conceptos es un deber vuestro, V. H. M., no omitir medio alguno para hacer fecunda esa gracia y no comprometer vuestros destinos.

Y en cuanto á lo primero, ¿qué mas pudo hacer en vuestro obsequio ese Dios amante y misericordioso? ¿No os sacó de en medio de esa maldecida Babilonia, donde todo es escándalo, corrupcion, vicios, donde á cada paso pelagra la inocencia y recibe hondas heridas la virtud? ¿No rompió las cadenas que os tenian esclavizadas al mundo, para que fuéseis exclusivamente suyas y gozáseis de la libertad de los hijos de Dios, en este ameno vergel donde todo respira el grato perfume de la santidad y perfeccion? ¿No os ha dado mil y mil pruebas de su amor, y multiplicado con vosotras los mas brillantes rasgos de su bondad, no solamente admitiéndooos á sus mas íntimas comunicaciones, franqueándoos su celeste tálamo, uniéndose á vosotras con inquebrantables vinculos, si que tambien tolerando unas veces vuestras infidencias, echando otras un velo sobre vues-

tra ingratitud, ya disimulando vuestros desvíos, ya sobrellevando vuestras debilidades, y no cesando de favoreceros á pesar de vuestra tibieza en su servicio? ¡Ah! No pretendo formular contra vosotras una acusacion que os ruborice; no es mi intencion sacar á plaza vuestros defectos y flaquezas. Si como enviado del Señor cerca de vosotras, me tomo la libertad de hablaros un lenguaje franco é ingénuo, este no tiene otro objeto ni mas móvil que vuestro bien espiritual. Sobre que harto sabeis, H. M., que nadie está libre de esas miserias que en herencia hubimos de un padre criminal, y por perfecto que sea el estado que voluntariamente abrazásteis, preciso es que vuestra naturaleza se resienta de la imperfeccion de su origen viciado.

Ahora bien á nuestro propósito: sobre esas gracias que acabo de indicar y otras muchas que omito, ¿no es la mayor y la mas inestimable de todas la que hoy os concede, facilitándoos estos dias de salud, en los cuales os llama al retiro de la meditacion para que recordando vuestros años antiguos y trayendo á la memoria los tiempos pasados, trateis de reparar las pérdidas que hubiéreis sufrido, cicatrizar las heridas que hubiere recibido vuestro corazon, enmendar las faltas en que hubiéreis incurrido, purificaros de vuestras manchas, renovaros en el espíritu de vuestra vocacion, rejuveneceros como el águila, y adquirir nuevas fuerzas para caminar por la escabrosa senda de ese calvario, en cuya cima debeis inmolaros como víctimas del amor divino, á fin de resucitar despues á una vida de goces sin término? ¡Oh! Tal vez no conoceis bastante, M. V. H., el gran fondo de bondad que encierra esta gracia; quizá no habeis reflexionado bien las inmensas ventajas de estos dias de ejercicios espirituales. ¡Qué de riquezas no podeis atesorar en ellos! ¡Qué de triunfos no podeis conseguir! ¡Qué de dónes y carismas no podeis merecer! ¿Sois justas? ¿Poseeis el testimonio de una conciencia que en nada os reprende respecto al cumplimiento de vuestros deberes religiosos? ¿Habeis llenado con fidelidad los compromisos que con el Señor contrajisteis? ¿Teneis la dulce satisfaccion de haber observado hasta hoy escrupulosamente todas las leyes de vuestro instituto? En este caso yo os doy el parabien, me congratulo con vosotras, y me

complazco en ofrecer al Señor un sacrificio de alabanza. Empero, ¿prueba esto que no tengais necesidad de ejercitaros, de entrar dentro de vosotras mismas y de aprovechar estos dias preciosos? No, M. V. H., no. Todavía os resta mucho que andar en el camino que habeis emprendido; aun os falta un gran abismo que salvar hasta llegar á la cumbre de la santa montaña; os hallais unas al principio y otras á la mitad de esa escabrosa pendiente, erizada de abrojos, sembrada de enormes rocas, abundante en precipicios. ¿Y quién os asegura que arribareis felizmente á la cúspide? ¿Son tantos los peligros que os amenazan! ¿Son tan terribles los enemigos que os acechan! ¿Son tan funestos los lazos que os tenderá el mundo, el infierno, y vuestra propia carne! ¿No advertís que dentro de vosotras, do quiera que os encontreis llevais mil elementos de ruina? Y si el que os llamó á participar con él de las delicias del Tabor no os tiende su mano auxiliadora para ayudaros á subir primero á la cima del Calvario y beber allí la repugnante copa que antes apuraron sus labios; ¿qué será de vosotras? Ved pues si necesitais, y mucho, de fortaleceros continuamente, de pertrecharos de todo género de armas para continuar esa lucha tenaz, de renovar vuestro fervor y tomar aliento para seguir adelante en el camino de la perfeccion, cuando á derecha é izquierda y á cualquier lado que mireis, tantos escollos, tantos tropiezos, tantas dificultades, y riesgos tan inminentes debeis encontrar. Harto lo conocian las Teresas, Gertrudis, Catalinas, Claras y otras muchas almas santas, cuyas vidas fueron un prodigio de perfeccion, cuando á pesar de esto practicaban con frecuencia los ejercicios espirituales, y se retiraban al silencio de la meditacion para beber en las puras fuentes del Salvador aquellos preciosísimos raudales de gracia y fortaleza que las hacian correr á pasos de gigante en las vias de la virtud mas eminente. Allí era donde esos fenómenos de santidad que han legado á las generaciones un nombre eterno y una fama póstuma, henchíanse, digámoslo así, del espíritu de su vocacion, y como si nada hasta entonces hubieran hecho, animábanse á comenzar de nuevo esa carrera, aspirando á subir de grado en grado hasta la mayor altura de la abnegacion, de la humildad, del menosprecio de si mismas y del amor divino. Allí

renovando sus propósitos, dando mayor impulso á sus deseos y vigorizando sus santas resoluciones, tomaban un vuelo extraordinario, é iban á perderse en el seno de la divinidad, identificándose con Jesus crucificado y retratando en su vida la mas perfecta imágen de aquella adorable víctima.

Y si tanta importancia daban unas almas tan sublimes á los ejercicios espirituales, ¿qué deberán pensar de sí las imperfectas y tibias, las que lejos de haber correspondido fielmente al llamamiento del Divino Esposo, han dejado pasar en una punible indolencia sus mejores días, y apenas han dado un paso en el camino de la perfeccion religiosa? ¿Cuánta necesidad no tienen estas de recurrir á este medio poderosísimo de reparar el tiempo perdido! Si algunas hay entre vosotras, V. H. M., á quienes mis palabras afecten en este momento, yo me alegro que así suceda; pues es una señal evidente de que todavía la gracia del Señor no ha muerto en vuestras almas; una prueba de que aun no os ha retirado sus auxilios, y de que os espera amante para devolveros su entibiada amistad. Nunca, pues, como ahora podeis enmendar vuestros defectos y ganar en intensidad el tiempo que malográsteis, ya que abiertas están de par en par las puertas de la misericordia, corriendo las inagotables fuentes de la piedad, y franco el paso al festin del Esposo de las Virgenes, donde fácil os será reconquistar todo su amor, si dóciles escuchais su voz y seguis sus pisadas. ¿En qué ocasion mejor que en esta os seria dado penetrar con la consideracion en vuestro pasado, en vuestro presente y en vuestro porvenir, sondear los abismos de la eternidad que os espera, reflexionar sériamente acerca de vuestros destinos, y resolveros á marchar intrépidas por el camino estrecho y escabroso de una virtud á la que tantos y tan poderosos motivos os obligan á aspirar? Aquí es donde ese Esposo á quien desdenásteis os cita para esponeros sus quejas, sus sentimientos, sus pesares, y ofreceros de nuevo todo su cariño. Aquí os espera para hablar á vuestro corazon ese lenguaje elocuente que convence, persuade, conmueve, aterra, y hiere para sanar, pues no abriga otro deseo, ni tiene otra aspiracion que labrar vuestra felicidad. Aquí es donde quiere comunicarse con vosotras con una familiaridad intima, para enseñaros lo que de-

beis hacer, para reprenderos en lo que le desagrada, para intimaros lo que desea de vosotras, para haceros presente los derechos que ha adquirido á vuestra correspondencia, para despertaros del sueño en que dormís descuidadas de vuestra salvacion. ¡Qué gracia tan inefable! ¡Qué favor tan extraordinario! ¡Qué exceso de bondad! Comprendedlo bien, H. M.: dad tregua á vuestro corazon agitado y convulso con mil ideas que le ponen en tortura; salid de entre el bullicioso tumulto de unas pasiones que abruma vuestra alma y no la permiten momento de verdadero reposo; venid á gustar cuán suave es el trato con el Señor, cuán rico es en misericordia, cuán inagotables son los tesoros de su amor para con los que le buscan, y cuán ingeniosos son los medios de que se sirve para ganarse el afecto de sus esposas. En la oracion, en la meditacion, en la lectura espiritual, en la palabra divina, en los actos de mortificacion, en la recepcion frecuente de los sacramentos, y en las demas prácticas y ejercicios de este santo retiro, hallareis delicias que no habeis experimentado, una felicidad que os es desconocida, una calma que jamás poseísteis, y estímulos poderosísimos para obrar el bien, y auxilios eficaces para levantaros de vuestra funesta apatia, y fortaleza para sobreponeros á las dificultades de la vida religiosa, y fervor bastante para emprender la marcha hácia la cumbre de la perfeccion. Dios os llama, no desoigais su voz; Jesucristo os invita, no le desdenéis; el Esposo es quien toca á las puertas de vuestro corazon, no le obligeis á tornarse desairado. Tanto mas, cuanto que si un motivo de gratitud os obliga á aprovechar este dón singularísimo, no está menos el hacerlo en vuestro propio interés, puesto que acaso sea esta la última gracia á cuya correspondencia haya vinculado vuestro eterno porvenir.

Y de hecho, M. V. II., ¿qué cosa hay en el mundo mas incierta que el tiempo? ¿Qué abismo hay mas impenetrable que el de la gracia? ¿Hubo algun mortal que entrase jamás en el santuario de los eternos decretos del Señor, y midiese la estension de su justicia, y calculase la medida de sus piedades? Si hoy os brinda con su indulgencia ¿podreis lisonjearos de que mañana le hallareis propicio? si ahora están abiertos los manantiales de su misericordia, ¿quién

os asegurará de que poco despues no los habrá cerrado? Si en este dia os franquea los tesoros de su amor en los santos ejercicios que hemos empezado , ¿quién os garantiza para lo sucesivo idéntica liberalidad? No olvideis jamás aquellas palabras de los sagrados libros: «En tiempo oportuno te oí, y en los dias de salvacion te di mis auxilios: *Tempore accepto exaudivi te, et in die salutis adjuvi te* (1).» ¿Y por ventura , todo tiempo es aceptable y todos son dias de salvacion? ¡Misterio inconcebible! ¡Terrible arcano! Cierto que hay una promesa infalible empeñada en favor del culpable que se arrepiente y busca al Señor; cierto que este ha jurado aceptar las lágrimas del delincuente en cualquiera hora que solicitase el perdon; cierto que ha garantizado solemnemente su misericordia para el impio que detesta sus maldades , asegurando que las olvidará cual si fuesen arrojadas al fondo del mar. Mas ¡ay! ¡Cuántos adormidos en esta esperanza descendieron al sepulcro sin haberla realizado! ¡Cuántos fundados en esta seguridad aplazaron su conversion, y se vieron sorprendidos por la muerte cuando mas lejos se consideraban de ella! ¡Cuántos á la sombra de esa promesa malversaron un tiempo precioso, malograron ocasiones oportunísimas, dejaron perder auxilios que no volvieron , y al despertar de su funesto letargo encontráronse en las manos de un Dios vivo bajo la accion de su inflexible justicia! ¡Cuántos... Pero ¿á dónde voy? No he intentado , V. H. M., aludir personalmente á ninguna de vosotras recordándoos ideas tan estremecedoras; pero tampoco me arrepiento de haberlo hecho. Aun creyéndoos animadas de los mas laudables sentimientos, suponiéndoos en general dóciles á los llamamientos divinos y fieles á vuestras solemnes promesas , ¿no tengo derecho á temer que no todas poseais igual grado de fidelidad , y que por consiguiente algunas necesiteis reparar quiebras harto sensibles, enmendar defectos de gran consecuencia, y rehaceros, digámoslo así, despues de muchos años de tibieza y descaido en el servicio de Dios? Y siendo así, ¿á cuándo esperais? ¿para cuándo lo aplazais? ¿Creeis que siempre tendreis tiempo y oportunidad de hacerlo? ¡Error lamentable! Despues de

(1) II. Cor. VI. 2.

haber agotado con vosotras los caudales de su infinita tolerancia; cuando nada ha omitido de cuanto pudo hacer para triunfar de vuestra resistencia; ya que veces mil os ha dado avisos visibles, y permanecisteis indiferentes, os ha levantado compasivo, y tornásteis á caer, os ha disimulado vuestras infidelidades y pasada la primera impresion las reprodujisteis de nuevo; hizo nacer en vuestro corazon saludables remordimientos, y los sofocásteis; os colocó en el camino de vuestros deberes y retrocedisteis; visto esto, repito, ¿quereis que vuestro Esposo, á pesar de tantas repulsas, todavía lleve su tolerancia hasta el extremo de esperaros para el dia y hora en que os plazca á vosotras aceptar sus favores y utilizar sus gracias? Grande, inconcebible, superior á todo encarecimiento es la que hoy os concede proporcionándoos estos dias de salud. ¡Ojalá no la desprecieis! ¡Plegue al cielo que no la esteriliceis!... Muchas otras habeis malogrado; mil veces habeis prometido consagraros con fervor al servicio de vuestro divino Esposo, y habeis faltado á vuestras promesas; en repetidas ocasiones habeis resuelto emprender irrevocablemente una vida santa y ajustada á vuestras leyes, y aun no ha llegado la hora de comenzar.... Alerta, pues, V. H. M. Alerta, sí, pues tambien Dios, aunque tan bondadoso, se cansa de sufrir y castiga el perjurio de las almas que le son infieles, denegándolas las gracias que un dia no quisieron aceptar, y sustrayéndolas los dones y auxilios de que abusaron en su daño.

Entrad hoy dentro de vosotras mismas; retroceded del tortuoso sendero que habeis seguido hasta ahora; sacudid el polvo de vuestros pies; salid del laberinto de unos pensamientos que os degradan, envilecen y manchan; purificaos de las faltas en que por vuestra debilidad hayais incurrido; venid á recoger los tesoros de misericordia con que os brinda el Señor en este espiritual retiro; delante de vosotras marcha para conducirnos á su monte santo y reuniros con sus fieles esposas que, habiendo salvado ya su escarpada cumbre, disfrutan allí de sus inefabables delicias: *Recedite, recedite: exite inde, mundamini; præcedet enim vos Dominus, et congregabit vos Deus Israel.* Asi lo exige el agradecimiento que deben despertar en vuestras almas las bondades de vuestro Dios; asi lo aconseja vuestro propio interés.

Entrad, pues, en este santo retiro con una intencion pura, con un deseo eficaz de aprovecharos de él, con firme propósito de emprender una nueva vida, con la resolucion irrevocable de adoptar cuantos medios estén á vuestro alcance para conseguir el fin de vuestra vocacion. De este modo lloverán sobre vosotras abundantísimos dones, fecundará vuestras almas el rocío celestial, y estos dias preciosos serán el principio de la eterna bienandanza que aspirais á disfrutar, y yo os deseo, en las mansiones de la gloria.

SERMON

PARA EL SEGUNDO DIA DE RETIRO ESPIRITUAL.

ESCELENCIAS DE LA VIDA RELIGIOSA CONSIDERADA EN LOS TRES VOTOS
ESENCIALES QUE LA CONSTITUYÉN. DEBERES QUE CONTRAEN LAS ALMAS
LLAMADAS POR DIOS Á TAN SUBLIME Y PERFECTO ESTADO.

*¡Beati viri tui, et beati servi tui, qui stant coram te semper, et audiunt
sapientiam tuam!*

¡Dichosos tus cortesanos y servidores, que gozan siempre de tu pre-
sencia y escuchan tu sabiduría!

III. REG. X. 8.

VENERABLE COMUNIDAD: Los juicios del mundo respecto de la vida religiosa, no envuelven mas que errores lamentables y lastimosas preocupaciones. Los esclavos del placer, los que viven subordinados á las leyes del orgullo, los que solo en una emancipacion funesta de toda autoridad y de todo freno encuentran el bello ideal de la bienandanza que es posible gozar en la tierra, os miran con afectada lástima, si no con positivo desprecio, muestran hácia vosotras una compasion siempre mezclada con amarga ironía, y llegan en su loca ignorancia á burlarse de vuestro simple candor, porque os miran encerradas dentro de esos muros, como víctimas sacrificadas á un fanatismo tiránico, gimiendo bajo un yugo insoportable, y pasando vuestros tristes dias en una servidumbre ignominiosa. Así piensa el siglo respecto de las almas que no han querido tomar parte en sus bacanales inmundas; de este modo juzga á las vírgenes cristianas que, trocando por un tosco sayal los profanos atavíos de la moda, prefi-

riendo las amarguras de una vida austera y mortificada á los encantos y las delicias que tan poderosamente seducen á un sexo de suyo frívolo y veleidoso, eligiendo el retiro y la soledad á las bulliciosas reuniones de las córtes y de las ciudades, buscaron en una vida oculta é ignorada placeres mas positivos, goces mas duraderos, dicha mas estable, y una felicidad que lejos de concluir en el sepulcro, renace allí en toda su misteriosa grandeza, para sobrevivir á los siglos.

Como no es á ese mundo insensato á quien debo dirigir mi palabra en este dia, escusado es detenerme en hacer la apologia de la vida religiosa. Tampoco él me comprenderia por mas que esforzase mi voz, porque hay un idioma que solo pueden entenderle los que le han estudiado en la escuela del amor divino. A vosotras, pues, vengo á hablaros de ese grandioso asunto, no empero para elogiar lo que harto conoceis, pues no necesitais que yo reivindique en vuestro nombre las glorias y magnificencias de un estado el mas santo y perfecto, tan ciegamente desacreditado por la ciencia mundanal; sino únicamente para que, recordando sus inapreciables ventajas, os estimuleis mas y mas á conquistarlas, en virtud de una fidelidad inviolable á las promesas con que os ligásteis en el dia de vuestro místico desposorio con Jesucristo. Al iniciar este pensamiento, mi imaginacion se mira trasportada á la córte de aquel gran rey de Israel que mereció la honra de edificar al Señor el templo mas rico y augusto del universo, y legó á la posteridad un renombre de opulencia y sabiduría que ninguno alcanzó despues de él en las edades posteriores. Enterada la reina de Saba de todo cuanto la fama estendiera acerca de estas prendas de Salomon, dirígese á Jerusalem rodeada de un boato deslumbrador; entra en el palacio del monarca; vé por sus propios ojos mucho mas de lo que la voz pública habia consignado; quédase pasmada y atónita en presencia de tanta grandeza; y en un impulso de entusiasmo que no puede resistir, esclama: « ¡ Dichosos los que están contigo ! ; Dichosos cuantos te sirven, puesto que gozan siempre de tu presencia y escuchan tu sabiduría ! » *Beati viri tui, et beati servi tui, qui stant coram te semper, et audiunt sapientiam tuam.*

¿Y qué era, V. H. M., lo que aquella reina viera en la corte de Salomon, comparado con la dicha que disfrutaban las servidoras, las esposas del Salomon divino, ricas con la continua presencia de ese monarca de cielos y tierra, poseedoras de todos los tesoros de su amor, embellecidas con el signo de una union que las identifica en cierta manera con él, puesto que mediante los tres votos solemnes de su profesion religiosa, no viven sino para Jesucristo y con Jesucristo, emancipadas de todo lo terreno, libres de todo lazo mundanal, y sin abrigar otras aspiraciones que el merecer de dia en dia todo el afecto de ese Esposo de sangre, único capaz de llenar el vacío de sus almas virginales? ¡Dicha incomprendible! ¡Felicidad que escede á toda ponderacion! ¡Ventura sin semejante! Tal vez no acierte yo á interpretar dignamente un asunto tan superior á mi pobre inteligencia. Sin embargo, haré lo posible por daros una idea justa ó al menos aproximada de los bienes inmensos que encierra un estado mirado con ceñudo aspecto por los ciegos adoradores del mundo; os mostraré las positivas ventajas que lleva el título de esposas de Jesucristo, á todos cuantos en el siglo ambiciona el orgullo y la vanidad; «os hablaré en suma de las escelencias de la vida religiosa considerada en los tres votos esenciales que la constituyen, para deducir de este principio el grave deber de fidelidad que de vosotras exige el inapreciable beneficio de haber sido escogidas por el Señor para uniros á él y consagraros á servirle y amarle perpétuamente.»

Reina de los cielos, corona de las vírgenes, sedme propicia en estos momentos, inspiradme palabras dignas de tan interesante asunto, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

De largo tiempo viene hincando el mundo su rodilla ante tres ídolos á quienes quema sacrilegos inciensos. El oro, el placer, la libertad: ved ahí, V. H. M., esas divinidades de todos los siglos, de

todas las edades, de todas las épocas, de todas las condiciones sociales. Donde quiera se les han levantado altares, erigido templos, y ofrecido víctimas, porque en todas partes la ambicion, la sensualidad, la independencia, el orgullo, han absorbido las ideas del hombre, y han sido consideradas por él como el ideal de la suprema felicidad. Poco fué que Jesucristo viniese á la tierra á modificar estas ideas, á cambiar estas aspiraciones, á condenar estos errores, oponiendo la pobreza á la codicia desmesurada de los bienes terrenales, la castidad á la sed insaciable de los goces de un sensualismo brutal, la obediencia á los ímpetus desenfrenados de la soberbia enemiga de todo yugo y de toda superioridad. A los absurdos de la filosofía pagana, sucediéronse los errores de la heregía, y tras estos vinieron todos los desórdenes que aún en el seno del cristianismo hicieron brotar las malas pasiones, émulos irreconciliables del Evangelio. Así es que hoy, á pesar de nuestra decantada civilizacion, no menos que en las épocas de oscurantismo, la pobreza es mirada con torbo ceño, la castidad como un yugo irresistible, la obediencia como una tiranía insoportable. ¡Cuántos esfuerzos no se hacen por desterrar del mundo la primera! ¡Qué de sofismas no se han inventado contra la segunda! ¡Y cuánta sangre no se ha vertido inútilmente por triunfar de la tercera! Para ciertos génios aviesos, para ciertas inteligencias corrompidas, para ciertas almas bastardeadas, ser pobre es una deshonra, ser casto una ilusion, ser obediente y sumiso una desgracia; sin riquezas no hay vida social, sin placeres no hay dicha positiva, sin independencia el hombre es un autómeta, un esclavo vil, indigno de su origen y de sus altos destinos. Así discurre el mundo, así ratiocina la ciencia moderna; y de tan funestos principios, ¡qué consecuencias tan lamentables no surjen! La humanidad es testigo y víctima á la vez de semejantes sistemas, las naciones todas, mas ó menos, han probado los frutos amargos de ese árbol de la ciencia del bien y del mal, y hartas lágrimas nos ha costado el ensayo de unas utopías tan irrealizables como contrarias al sentido comun.

¡Qué contraste forman con esas ideas las de la religion católica! Ella consagra la pobreza voluntaria, coloca la castidad en el lugar

mas distinguido entre todas las demas virtudes, y sanciona la obediencia como un deber á que está vinculada una porcion no pequeña de la bienandanza del hombre en esta vida. Pero en ninguna parte brillan tanto las escelencias de estas tres virtudes, como en la vida religiosa de los cláustros, en donde las almas consagradas al servicio del Señor, obliganse á su observancia con votos irrevocables. Y en cuanto á lo primero, ¿habeis reflexionado profundamente, V. H. M., la dicha que os proporciona la pobreza, los sinsabores de que os libra, los pesares que os economiza, la intranquilidad de que os exime, y el reposo que dá á vuestras almas? ¡Ah! Mientras el mundano se desvela por atesorar unos bienes que pronto le han de ser arrebatados, y se impone penosos sacrificios por conservarlos, y padece crueles insomnios con la sola idea de perderlos, y lejos de disfrutar de ellos, encuentra en su posesion una fuente envenenada de inquietudes, convirtiéndose en abrojos que punzan dolorosamente su avaro corazon, la religiosa que á todo renunció, que nada ambiciona, que nada aspira á poseer, para quien todo es indiferente, por cuanto su único tesoro es Dios, su verdadera riqueza la virtud, su patrimonio esclusivo el cielo, y su herencia única la felicidad eterna, descansa en tranquila calma y goza de una paz que no se compra con el oro, ni se adquiere á ningun precio, y es preferible á todas las riquezas de la tierra. Cuando en fuerza de poseer, los esclavos del mundo se fastidian, se cansan, se hastian y no encuentran la menor satisfaccion en nada, porque se han secado en ellos las fuentes de la ilusion, y tropiezan siempre con un vacío inmenso imposible de llenar, entonces la religiosa, cuanto menos tiene, mas libre se encuentra, cuanto menor es su apego á las cosas terrenas, mas gusto halla en las celestiales, y cuanto menos ligada á los objetos perecederos, con mas facilidad remonta su vuelo para disfrutar en el seno de Dios de los encantos de la suprema esencia. Con harta razon pues, dijo San Bernardo, que los avaros mueren de hambre cual si fuesen mendigos, porque nunca llegan á encontrar hartura en los bienes que poseen, mientras los pobres voluntarios, en el hecho de despreciarlo todo heróicamente, son los verdaderos señores del mundo: *Avarus terrena esurit ut mendicus; pauper contemnit*

ut dominus (1). Esta misma consideracion hacia esclamar á San Juan Crisóstomo: ¡Feliz comercio, en el cual por un poco de lodo recibimos en recompensa el oro de la divina gracia: ¡*O felix commercium, ubi datur lutum, et colligitur aurum* (2)! ¡Bienaventurada pobreza, añadía el Justiniano, puesto que quien la abraza voluntariamente de nada carece, en todo abunda, todo le sobra, do quiera balla placer, aun en las mismas privaciones que utiliza en provecho propio!» ¡*O beata paupertas voluntaria! nihil possidens, nihil formidans, semper hilaris, semper abundans, cum omne incommodum suo facit profectui deservire* (3). Ved aquí, M. V. H., las ventajas inapreciables de la pobreza, y la bienaventurada vinculada por Jesucristo á los que la aman, puesto que les da un derecho incontestable al reino de los cielos: *Beati pauperes quia vestrum est regnum Dei* (4).

No son menos visibles las escelencias de la castidad, ni menos positivos los bienes que proporciona al alma religiosa. El mundo no los conoce, porque materializado hasta un exceso inconcebible, no comprende que pueda haber dicha donde no hay placer, ni goces positivos donde la carne no entra á disfrutar de las mentidas delicias con que la brinda la mas desenfrenada voluptuosidad. Y sin embargo, ¡cuán pasajeros son y cuán insubsistentes esos placeres! ¡Cuán mezcladas de amargura están esas dulzuras! ¡Cuánta intranquilidad acarrearán al que aspira á poseerlas! ¿Y quién ignora que el baldon, la infamia, la desesperacion, la afrenta, son comunmente los únicos resultados de una vida muelle y sensual? Pero aun prescindiendo de esto, lanzad una mirada sobre la sociedad; examinad lo que pasa en el seno de las familias; observad los sinsabores y disgustos que lleva consigo el estado del matrimonio, único remedio de que la religion proveyó á las doncellas cristianas para hacer frente á los ímpetus de la concupiscencia, y salvarse en el gran diluvio de males que trajo en pos de sí la culpa primitiva, y son el patrimonio inherente á

(1) S. Bern. Serm. 2. in Cant.

(2) Lib. VII. Ep. VII.

(3) In de Ret. c. 2.

(4) Luc. VI. 20.

nuestra viciada naturaleza. ¡ Ah! Cuántos misterios de iniquidad se ocultan bajo el velo de la union conyugal! Aquí los celos, allí los ódios irreconciliables, en una parte la mas repugnante tiranía, en otra el despotismo mas cruel, ora la infidelidad manchando el tálamo nupcial, ora la rivalidad sembrando gérmenes envenenados de discordia, cuándo las sospechas introduciendo la desunion donde antes reinaba la mas envidiable cordialidad, cuándo la miseria tocando con su mano de hierro á las puertas del hogar doméstico para hacer brotar inagotables manantiales de lágrimas allí donde hasta entonces todo revelaba felicidad, alegría y placer.... Tal es, V. H. M., en miniatura el retrato verídico de un sin número de alianzas aparentemente muy dichosas. Muchas de las que fueron compañeras de vuestra infancia, lloran hoy inconsolables las consecuencias de un estado en que pensaron hallar su ventura, y no hizo sino apretar con nudos indisolubles los lazos de una esclavitud que arrastran con pena. Y entre tanto vosotras ¡cuán felices no sois en haber abrazado la virginidad, virtud preciosísima que os asimila á los ángeles, según la espresion del Salvador (1), virtud incomparable que os franquea la entrada al tálamo del Esposo Divino de las almas (2), y asociándoos á su régia comitiva, os dá un derecho incontestable á seguirle donde quiera, conforme á lo consignado por el apóstol de Pathmos en el Apocalipsi (3)! ¡ Oh vírgenes venturosas, os diré con el Padre San Agustin: reconoced vuestra envidiable suerte en hallaros unidas á un esposo que escede en belleza á todas las hermosuras, que supera en gentileza á todos los nacidos de mujer, cuyas gracias causan el embeleso de las celestes gerarquías, cuyas prendas arrebatan el corazon de todas las hijas de Sion. *¡ O nimis felix inter mulieres! Sponsum habes pulcherrimum. Misit pignus amoris; in ipso munere poteris agnoscere quo affecto illum diligere debeas* (4). Su nobleza originaria arranca del seno mismo de la eternidad, pues es el Unigénito del Criador de cielos y tierra; sus riquezas no admiten término de comparacion, pues

(1) Matth. XXII. 30.

(2) Ib. 25.

(3) Apoc. XXIV. 4.

(4) T. 9. de dilig. Deo. c. IV.

posee los inagotables tesoros de la naturaleza y de la gracia; sus blasones nadie los desconoce, pues es el rey de los siglos, cuyo trono descansa sobre las nubes. Y es tan puro, que, al decir de San Ambrosio, cuanto con mayor delirio le ama una virgen cristiana, es cada vez mas casta; cuanto mas apretadamente se adhiriese á él, es mas limpia; cuanto mas de cerca le toca, es mas virgen. De aquí el asegurar San Bernardino de Sena que la virginidad dá á las almas que la abrazan un titulo indisputable para ver en la tierra á Jesucristo por medio de la fé, y para poseerle despues en la gloria. *Virginitas præparat animam ad videndum in præsentí Jesum sponsum per fidem et in futuro per gloriam* (1). Y en este concepto, ¿exageró algo San Cipriano cuando dijo que á esa virtud está vinculada la posesion de todos los bienes en esta vida y en la otra? *Virginitas est regina virtutum: possessio omnium bonorum* (2).

Por último, V. H. M., la obediencia, que es justamente lo que mas odia el siglo, lo que en él hay de mas repugnante y antipático, lo que con mas tenacidad se rechaza, lo que enciende y hace hervir las mas violentas pasiones, lo que en épocas de vértigo fomenta los instintos de ferocidad y da ocasion á mayores desórdenes, puesto que toda edad, toda condicion, todo sexo aspira en su respectiva esfera á sacudir ese yugo, á despedazar ese freno, á romper esa cadena que le somete á la voluntad de otro hombre; la obediencia, repito, viene á formar una parte, quizá la mayor y mas interesante de vuestra dicha en el estado religioso. Poco importa que los mundanos os miren como unas víctimas sacrificadas á una innoble servidumbre; poco que os acusen de haber hecho cesion de unos derechos inalienables que hubisteis de Dios con la misma naturaleza; poco que califiquen de insufrible servilismo vuestra sublime abnegacion á las órdenes de vuestros superiores; poco que de vosotras se mofen cual si fuéseis unos seres fanatizados, que degradais vuestra dignidad renunciando á una independencía que forma, segun ellos, la aspiracion instintiva del hombre criado á la imagen de Dios. ¡Y qué!

(1) S. Bern. Sen. ap. Ligor. variis in loc.

(2) S. Cibr. de Virg.

Dejando aparte lo que de bello y fascinador puedan tener esas frases campanudas del dialecto mundanal, y ateniéndonos á lo real y positivo que hay en todo esto, pongamos en paralelo la felicidad de los soñadores de semejantes utopias con la que disfrutaban las almas religiosas en virtud de su sublime sacrificio. Ellos son libres, dicen, y vosotras esclavas. Sea así en buen hora. Empero ¿en qué consiste su libertad mas que en la satisfaccion de ciertos caprichos criminales, único término de sus aspiraciones? Podrán, si se quiere, dar suelta rienda á sus pasiones, realizar sin oposicion sus deseos desordenados, lanzarse sin freno en medio de los placeres con que les brinda el mundo. Mas ¡ay! ¿No les cuesta nada el conseguir estos supuestos bienes? ¿No pagan harto cara esta soñada felicidad? ¿No están sujetos á la mayor de las tiranías, cual es la de ese mismo mundo que solo los halaga para perderlos? ¿No tienen que tolerar el pesado yugo de las exigencias sociales, rindiendo tributo á la moda, prestando homenaje á los usos y costumbres establecidas, respetando las leyes caprichosas de la etiqueta, con otros mil sacrificios que tienen necesariamente que imponerse para vivir en este siglo turbulento, bullicioso, intransigente, opresor, déspota, por mas que digan sus ciegos apologistas? Y al lado de estos, ¿cuánto mas dichosas, cuánto mas libres son las almas que en virtud del voto de obediencia, solo sirven á Dios, á él únicamente se someten, su voluntad soberana acatan, y ejecutan en todo su querer? En todo, sí, pues no es la voluntad humana la que las constriñe, no son sus superiores los que realmente las mandan, no es una simple criatura á la que inmolan su libertad, sino al Supremo dominador de todas las cosas, ante quien en el cielo y en la tierra toda frente se inclina, todo poder se somete, y toda autoridad se ve obligada á obedecer. ¡Feliz dependencia! ¡Dichosa sumision! ¡Sublime esclavitud, que no reconoce por objeto de sus sacrificios sino al rey de las eternidades, al Creador del mundo, al Supremo dominador del Orbe!

Ved pues, V. H. M., cuánta es vuestra superioridad sobre esas almas serviles que se arrastran por el polvo por conseguir la satisfaccion de sus pasiones, y gritando libertad, y proclamando independencia, y detestando la tiranía, y aspirando á quebrantar la co-

yunda de toda ley, obedecen no obstante á tantos tiranos cuantos son los deseos de su corazon agitado é insaciable, y viven en continua violencia, y no son dueños de dar un paso sin consultar antes las exigencias del siglo, y en todo tienen que sacrificarse si han de complacer á ese ídolo á quien inciensan. ¿Cuán profundo no debe ser vuestro agradecimiento al que os llamó á un estado tan santo y perfecto, en donde todo respira calma imperturbable, dulzura inamisible, paz suma, alegría indefinible; en donde, segun el lenguaje de San Bernardo, se conserva el alma mas pura, cae mas raramente, levántase con mas prontitud, procede con mayor cautela, descansa mas segura, obra con mas libertad, vive mas satisfecha, adquiere mayores auxilios, vuela al seno de Dios mas confiada, y recibe mayores recompensas? *Nonne hæc est religio sancta, in qua homo vivit purius, cadit rarius, surgit velocius, incedit cautius, irroratur frequentius, quiescit securius, moritur confidentius, purgatur citius, remuneratur copiosius?* (1) ¿Cuánta vuestra fidelidad al celestial Esposo que se dignó admitiros en su tálamo y traeros á su morada, en donde á vuelta de algunos penosos sacrificios, endulzados comunmente con gracias que esceden á toda comparación, hallais una ventura que en vano hubiérais buscado en esa Babilonia tumultuosa, que solo sabe forjar cadenas para los que adoran sus ídolos, y por unos leves contentamientos que proporciona, arranca á veces lágrimas interminables? Comprendedlo bien, H. M., y en su consecuencia estimulaos á observar escrupulosamente esos tres votos que forman la mas bella diadema de las virgenes del Señor. Amad la pobreza como la joya mas preciada, amad la castidad como la reina de las virtudes, amad la obediencia que os hace verdaderamente libres, puesto que obedeciendo cumplís siempre y en todo la voluntad de Dios. Mirad que ha de llegar un día en que se os hagan sobre esto severos cargos. ¡Y ay de vosotras si no fuéseis halladas en un todo conformes con aquel Dios-Hombre, que para condenar los excesos de la ambicion nació en un establo, para anatematizar los desórdenes de la sensualidad vivió puro, intachable y mortificado,

(1) S. Bern. de Bon. relig.

y para contener los ímpetus del orgullo, fué obediente hasta la muerte de cruz! Examinaos si en la observancia de esos tres votos nada teneis que reprenderos; y de todos modos ahora es tiempo de reparar las pérdidas que hayais podido experimentar; nunca mejor que en estos dias de retiro podeis adquirir auxilios y gracias abundantísimas para vivir en lo sucesivo conforme á vuestro estado. Pedidse las al celestial Esposo, que no os las rehusará; poned de vuestra parte los medios conducentes, y no dudeis lograr el objeto de vuestras aspiraciones; resolveos firmemente á caminar por las sendas de la perfeccion que habeis comenzado, y llegareis al término feliz de vuestra carrera, y sereis coronadas como esposas del Cordero sobre la cumbre del monte santo de la gloria.

SERMON

PARA EL TERCER DIA DE RETIRO ESPIRITUAL.

PARA CORRESPONDER DIGNAMENTE Á LA PREDILECCION CON QUE EL SEÑOR HA DISTINGUIDO Á SUS ESPOSAS Y REALIZAR LOS SUBLIMES DESIGNIOS QUE SOBRE ELLAS FORMÁRA, PRECISO ES TRABAJEN INCESANTEMENTE POR FOMENTAR Y CONSERVAR EL FERVOR PRIMITIVO DE SU VOCACION.

Magis satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis.... Sic enim abundanter ministrabitur vobis introitus in æternum regnum Domini nostri et Salvatoris Jesu-Christi.

Esforzaos mas y mas para asegurar vuestra vocacion y eleccion por medio de las buenas obras. De este modo se os franqueará la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

II. PETR. I. 10, 11.

VENERABLES ESPOSAS DE JESUCRISTO: No basta que el Señor por un efecto de su divina bondad os haya elegido para sí, poniendo en vuestros dedos el anillo de los celestes desposorios, haciendo con vosotras una alianza indisoluble, y llamándoos á compartir á su lado el trono de su magestad. ¡Ah! Esa dicha incomprendible, ese honor que escede á todo encarecimiento, lejos de ser para vosotras un mero título de distincion, lleva consigo gravísimos deberes que cumplir, y una responsabilidad tremenda para las que no saben apreciar su posicion ventajosa, viviendo cual cumple á sus elevados destinos. Obra es de la gracia, y de una gracia especialísima, la vocacion al estado religioso; empero la correspondencia á ese divino rasgo de una predileccion tan marcada, si bien en su origen procede tambien del autor de todo don bueno y perfecto, puesto que sin

sus auxilios ni aun siquiera el menor pensamiento virtuoso pudiera concebir la criatura, debe ser un acto espontáneo y propio del alma elegida, la cual por su parte está obligada á cooperar fielmente á los eternos designios del cielo. Por eso, M. V. H., encabecé mi discurso con las antedichas palabras del principe de los apóstoles, que envuelven esta gran verdad de las mas altas consecuencias: «Asi como todos los dones concernientes á la vida espiritual, decia, » se nos han comunicado por el conocimiento de aquel que nos llamó » por su propia gloria y virtud, tambien por él mismo nos ha dado » el Señor las grandes y preciosas gracias mediante las cuales hizo- » nos partícipes de su naturaleza divina, sacándonos del seno de las » concupiscencias que inficionan al mundo. Por lo tanto, esforzaos mas » y mas para asegurar vuestra vocacion y eleccion mediante las bue- » nas obras, pues de este modo se os franqueará la entrada en el » reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.» *Magis sagitate, ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis... Sic enim abundanter ministrabitur vobis introitus in æternum regnum Domini nostri, et Salvatoris Jesu-Christi.*

Ved ahí, V. H. M., el gran negocio que os incumbe tratar de continuo, el máximo deber que teneis que cumplir durante vuestra vida: asegurar y hacer cierta vuestra vocacion á un estado tan sublime y perfecto. ¿Acaso porque os veais lejos de ese océano, do empujados en contrarias direcciones por las espumosas olas del vicio vogan los mundanos, amenazados á cada instante de un funesto naufragio, dormiriais tranquilas en una punible apatía, sin precaucionaros contra las invasiones de unos enemigos no menos temibles que os acechan para sorprenderos? ¿Por ventura porque no os alcancen en ese recinto de la inocencia los embates de los vendabales de las pasiones que en medio del siglo desgajan las robustas encinas y hacen rodar por el suelo los erguidos cedros, permaneceriais meras espectadoras de tamañas catástrofes, olvidadas de los riesgos que puede correr vuestra virtud, si no cerrais las puertas de vuestros sentidos á la accion de ese aire inficionado que penetra á veces hasta lo mas recóndito del santuario? ; Oh! no, H. M., os diré con el padre San Gerónimo: considerad el fin que os propusisteis al dejar el

mundo; recordad las promesas con que os ligásteis ante las sagradas aras; meditad los juramentos que hicísteis á Dios en el dia de vuestra profesion solemne. ¿A qué fuísteis llamadas? ¿Con qué objeto os segregó el Señor del resto de las criaturas? ¿Con qué condiciones aceptó vuestro sacrificio? Esto lo sabeis vosotras; de ninguna manera podeis ignorarlo; y por lo tanto deber vuestro es llevar esas condiciones, cumplir esos pactos, realizar esas promesas, obrar conforme á ese fin, y vivir en un todo cual corresponde á una vocacion tan santa y perfecta, como muertas ya al mundo que de vuestra propia voluntad renunciásteis: *Nunc quia sæculum reliquisti, serva fædus quod spondisti* (1).

Dos motivos, ambos poderosísimos, voy á proponeros, en los cuales se funda esa obligacion: la gratitud hácia Dios y vuestro propio provecho. «Debeis trabajar constantemente en fomentar y conservar el espíritu de vuestra vocacion, porque asi es como podeis corresponder dignamente á la predileccion con que os distinguió vuestro celestial Esposo, y no estais menos obligadas á ello por cuanto es el medio único de realizar vuestros sublimes destinos, conquistando la eterna diadema que debe ceñir vuestras sienes como esposas del Rey de la gloria.» *Magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis... Sic enim abundanter ministrabitur vobis introitus in æternum regnum Domini nostri, et Salvatoris Jesu-Christi.*

Acudamos como siempre á la fuente perenne de las gracias, solicitando la que yo necesito en este momento por medio de la que es el canal purísimo de todas ellas, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Si la gratitud es un lazo que estrecha fuertemente al que recibe un gran don con aquel que le confiere, dudo, M. V. H., que puedan existir lazos mas estrechos que los que vosotras habeis contraido

(1) S. Hyer., Ep. 8. ad Demetriad.

con aquel celestial Esposo que os eligió por objetos de su especial cariño. ¿Es posible concebir mayor dicha, felicidad mas cumplida que vivir siempre en su santa morada, habitar bajo sus pabellones, conversar con él con íntima familiaridad, y no separarse de su presencia de día ni de noche? «¡Cuán amables son tus tabernáculos, exclamaba David, oh Señor, Dios de las virtudes! Mi alma suspira y padece deliquios, deseando habitar bajo de tus átrios. El pajarillo halla un hueco donde guarecerse, y nido la tórtola para poner sus polluelos. Tus altares, oh Rey mio y Dios mio, son el objeto de mis ansias. Bienaventurados los que moran en tu casa; alabarte han por los siglos de los siglos... Mas vale un solo día en los átrios de tu empleo que millares de años en la morada de los impíos (1).

Al recordar estos sublimes sentimientos del rey profeta, figúrase-me, V. H. M., escuchar los suspiros de vuestro corazón entusiasmado en aquellos días en que, ocupadas de la grande idea de adoptar la vida religiosa, en nada pensábais, nada apeteciais sino eso, de nada os cuidábais sino del momento en que debia poner colmo á vuestras dilatadas esperanzas. El cláustro era vuestro sueño dorado, vuestra idea acariciada, vuestro embeleso, vuestro éstasis. El cláustro venia á presentarse á vuestra fantasía cuando vuestros fatigados miembros posaban en el lecho; á todas horas os importunaba ese pensamiento imposible de desechar, y si alguna vez os acontecia oír en el templo los sublimes acentos de las vírgenes del Señor que entonaban alabanzas al celestial Esposo, enardecíanse vuestros deseos, agigantábanse vuestras ansias, y llenas de una santa envidia exclamáis quizás con el mismo Salmista: «Como el ciervo anhela en su veloz carrera llegar á las fuentes de las aguas, así, oh Dios mio, desea mi alma unirse á vos en el asilo de la inocencia. ¿Cuándo tendrán efecto mis aspiraciones? ¿Cuándo descansaré como la paloma en su nido? ¿Cuándo disfrutaré de las delicias de vuestra presencia?» *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus... ¿Quando veniam, et apparebo ante faciem tuam (2)?*

(1) Psalm. XXXIII.

(2) Psalm. XLI. 4. 2.

Pues bien, M. V. H., lo que entonces era un deseo convirtiéndose ya en realidad: os hallais en plena posesion de lo que tantas inquietudes os causaba; habitais en la morada del Rey de las virtudes, y sois las esposas predilectas del Cordero immaculado; disfrutais de su presencia continua, y participais de su mas íntima familiaridad. ¿Os queda algo que apetecer? ¿No se os ha concedido lo que con tanta insistencia pedisteis? ¿Qué os resta ya sino vivir tranquilas en el seno de vuestro amado? Mas ¡ay! ¡Cuán graves son los deberes que lleva consigo esa inapreciable distincion! ¿Habeis pensado seriamente á lo que os habeis obligado? No lo dudo. ¿Pero vuestra fidelidad ha sido tal cual exige el sublime estado que voluntariamente abrazasteis? Hé aqui lo que á vosotras os cumple meditar en este santo retiro. ¡Qué venero tan inagotable de refléxiones brota de esta idea! Es un principio inconcuso que cuanto son mayores los dones recibidos de Dios, tanto mas crece la responsabilidad que hacen pesar sobre quien los recibe, y por consecuencia nadie en este punto debe ser mas responsable ante el tribunal del Supremo Juez, que las almas religiosas á quienes la mano misericordiosa de Dios sacó de la corrupcion del mundo, para guarecerlas en su santa morada contra los peligros de la seduccion y del vicio. Por lo mismo que nada escasea con ellas y se muestra sumamente liberal y benéfico, proporcionándolas cuantos medios pueden apetecer para salvarse y llegar á una eminente perfeccion, tiene un derecho incontestable á reclamar de ellas el cumplimiento fiel de los juramentos que le hicieron, y una correspondencia proporcionada á los especialisimos auxilios que las facilita para llenar dignamente su vocacion. ¿Qué será, pues, de aquellas que, olvidadas de sus compromisos, pasados los primeros dias de fervor, se entibian en el servicio del divino Esposo, transigen con ciertos defectos que no por parecer leves dejan de ofenderle, van degenerando en la observancia de las reglas que profesaron, permítense ciertas dispensas, no ya reclamadas por la necesidad, sino por la indolencia y el capricho, y desviándose insensiblemente del camino recto que emprendieron, concluyen por lanzarse en el peligroso terreno de unos abusos, tras los cuales no tarda en venir la mas completa relajacion? Duro os parecerá tal vez mi lenguaje en

este momento, M. V. H.; pero mi ministerio me prohíbe usar de unas contempORIZACIONES que, sin seros á vosotras provechosas, me serian á mí sobradamente funestas; y mas debeis apreciar una mano que os cure causándoos dolor, que otra que halagándoos os hiera.

Sentados, pues, estos precedentes, yo os ruego que trasladándoos ahora en espíritu al tribunal de Jesucristo, os figureis que él es, y no yo indigno ministro suyo, quien os dirige este interrogatorio: «¿Qué habeis hecho de los dones con que os enriquecí? ¿Qué empleo disteis á las inapreciables gracias que con profusion derramé sobre vosotras al admitiros por mis esposas? ¿Cómo habeis llenado los compromisos que solemnemente contragisteis de caminar á la mas alta perfeccion por la senda estrecha de la inmolucion y del sacrificio? ¿Dónde están las pruebas de haber vivido conforme al espíritu de vuestra vocacion al estado religioso?» Si realmente os halláseis en el caso de tener que responder á este apóstrofe, ¿qué diriais? ¿Os encontrariais dispuestas á satisfacer de una manera digna á estas reconvenções? ¿Podria vuestra conciencia descansar tranquila en su testimonio? ¿No experimentarais ningun remordimiento punzador? Pues esto que ahora no es mas que una simple hipótesi, se convertirá un dia en triste realidad. Irremisiblemente se os ha de citar al tribunal divino, y allí habreis de dar estrecha cuenta no solo de los pecados graves, sino tambien de las mas ligeras imperfecciones. Fuerza será eatonces que se descubran los recónditos senos de vuestro corazon. Y ¡ay de vosotras si en aquel dia no os hallare el celestial Esposo dignas de tan alta honra! ¡Ay si como al prelado de la iglesia de Sardis os dijere Jesucristo: «No encuentro vuestras obras llenas delante de mí.» *Non invenio operá tua plena coram me* (1). Y no lo serán, no, H. M., si por vuestra negligencia dejásteis de cumplir exactamente las leyes de vuestro instituto; no lo serán si no habeis sido pobres hasta el mas sublime desprendimiento, puras como los ángeles, obedientes hasta renunciar al menor afecto á vuestra propia voluntad, humildes hasta asemejaros al que por serlo tanto se despojó de todo el esplendor de su gloria, mor-

(1) Apoc. III. 2.

tificadas, en fin, fervorosas, abstraídas de todo objeto mundanal, y tales cuales prometisteis ser cuando renunciásteis al siglo para inmoláros como víctimas del amor divino. Y en este caso, ¿qué podríais esperar de un Dios tan celoso de su honra? Si yo soy vuestro esposo, os diría, ¿en qué me lo demostrais? Si fuisteis mis palomas queridas, las pupilas de mis ojos, el objeto de mis encantos, el centro de toda mi solicitud, ¿cómo tan mal habeis correspondido á mis finezas? No os conozco, puesto que no traéis mi librea; no sois mías, pues no veo impreso en vosotras el sello de mi amor; no os admito á las celestes bodas, puesto que perdisteis el anillo que yo mismo puse en vuestros dedos, y no traéis el ropaje nupcial: *Nescio vos.*

Tal será la respuesta que dará Jesucristo á las vírgenes nécias que no cuidaron de estar preparadas á recibirle, que no tuvieron dispuestas las lámparas con el aceite de la divina gracia, que dejaron apagar negligentemente la llama de su fervor religioso, que adormecidas en una muelle indolencia no velaron para salir al encuentro al Esposo, que no aspiraron á la perfeccion de su estado, que miraron con indiferencia los consejos evangélicos, que no evitaron las imperfecciones, que se entibieron en la observancia de sus reglas y no llenaron, en una palabra, la medida de sus deberes conforme lo exigia su vocacion. Este temor harto fundado inspiraba á San Juan Climaco las siguientes palabras que dirigia incesantemente á sus súbditos: « Reflexionad sériamente sobre vosotros mismos, no sea que » vivais engañados, y creyendo caminar por la estrecha senda que » conduce á la salvacion, os precipiteis insensiblemente en el anchuroso camino de la eterna ruina. La mortificacion de los sentidos, la » paciencia en los trabajos, la tolerancia de las ofensas, la abnegacion » de la propia voluntad, sofocar los gritos del amor propio, hacer » violencia á los apetitos desordenados, evitar con cuidado cuanto » contraria á la santidad de vuestro estado: hed ahí lo que constituye esa senda que el dedo de Dios os ha trazado para que por ella » podais llegar á poseerle. Mas si por el contrario, una vez separados del mundo y guarecidos en la misteriosa piedra de la religion, » dais á vuestras sentidos una libertad perniciosa, permitís que vuestra voluntad vuelva á reconquistar los derechos que espontánea-

»mente inolára, dejais al amor propio rebelarse contra el yugo del
»deber, no cohibis vuestro corazon para que no se ensoberbezca con
»los aplausos ni se abata en las humillaciones, no enfrenais vuestra
»carne para que no apetezca los funestos goces que la degradan y
»envilecen, entonces sois perdidos, marchais por el camino espa-
cioso, y vuestro término será el infierno.»

Ved ahí, V. H. M., una leccion utilisima que debiérais grabar profundamente en vuestros corazones. Por ella podreis conocer lo que de vosotras espera el Señor en correspondencia al inestimable beneficio de haberos sacado de la esclavitud del mundo para conducirnos á la verdadera tierra de Gesen. Dificil y escabroso es el camino; larga la distancia que de ella os separa; empero, ¿qué teneis que temer si el mismo que os llamó marcha delante de vosotras mostrándoos los escollos, separándoos de los peligros, facilitándoos el camino, haciéndoos tolerables las privaciones, dulcificando las amarguras del viaje, y desarrollando á vuestra vista la bella perspectiva del porvenir? No basta que como los hebreos arrancados por Moisés del poder despótico de los Faraones, y libres de la persecucion de las huestes enemigas mediante un prodigio del cielo que les franqueó el paso por entre los abismos del mar, no basta, digo, que llegadas á la opuesta orilla despues de haber salvado las furiosas olas del siglo, entoneis un himno de alabanza y accion de gracias al que con amor tanto os protegió en vuestra fuga, sepultando en las aguas á vuestros perseguidores. ¿Acaso es sola la gratitud la que os obliga á ser fieles á vuestra vocacion? ¿No veis que en ello se interesan vuestros eternos destinos, y que sin atravesar en esta vida ese árido desierto en que habeis entrado, os es imposible disfrutar las delicias de la patria celestial hácia donde dirigís vuestros pasos?

En efecto, M. V. H., desde el momento en que pisásteis el pavimento de este sagrado asilo, vuestra única aspiracion debe ser llenar dignamente los deberes que voluntariamente abrazásteis. No en vano disteis un eterno adios á ese mundo cuya corrupcion os era insoportable; no en vano os despojásteis á la puerta de todos sus atavios y vanidades; no en vano renunciásteis á sus promesas, halagos y esperanzas seductoras; no en vano jurásteis tener al Señor por

única posesion de vuestra herencia. Todo cuanto os rodea os predica virtud y santidad; el mismo hábito que vestis os dice que estais muertas á todo lo terreno y crucificadas con Cristo; el grave silencio de esos cláustros os indica el recogimiento interior que debeis guardar; la estrechez de vuestra celda os está poniendo delante el sepulcro; las bóvedas del templo que oyeron vuestros ardientes suspiros y fueron testigos de vuestras promesas, repiten sin cesar este eco que San Bernardo oía de continuo en el fondo de su alma. ¿A qué fuiste llamado? ¿Con qué objeto viniste? ¿Para qué abandonaste el siglo? ¿*Ad quid venisti?* A vosotras toca, H. M., responder á ese grito, no con los labios sino con las obras, no con palabras sino con una fidelidad exactísima en la observancia de vuestras leyes. Asi es como correspondereis al inapreciable beneficio de vuestra vocacion; así es como conquistareis la diadema de las esposas del Rey de la gloria; así es como evitareis las severas reconvenciones de un esposo ofendido. ¡Y cuán amargas serán en su día para las infieles y desleales! Con razon sobradísima podrá decirlas: «¡Viña ingrata! ¡tierra infecunda! ¿Esto debia yo esperar de mi esmero en cultivarte? ¿Así me pagas mis desvelos y sudores? ¿Qué más pude hacer por tí? Colocándoos á la sombra de mi santuario, os cerqué de un vallado impenetrable á los asaltos del enemigo; frecuentemente derramé sobre vosotras el abundante riego de mis especialísimos dones; ningun medio economicé para haceros producir sazonados frutos. ¿Y me dais espinas y abrojos en vez de dorados racimos? Si otro tanto y aun mucho menos hubiese hecho con otras almas, seguramente hubiéranse aprovechado de mis favores; pero vosotras, mas desagradecidas que Corozain, mas fementidas que Bethsaida, habeis malogrado mis ausilios y héchoos indignas de recibir otros nuevos. Finalizó, pues, la siega, llegó el tiempo de recoger la mies, y ya que solamente paja he recogido en mi heredad, su fin será el fuego, puesto que no para otra cosa sirve sino para arder en las tinieblas exteriores.

Despertad las que os halleis dormidas; levantaos las que os encontréis en una postracion profunda; y ya que hoy escuchais la voz del cielo, que os habla por mis labios, no la opongais un endure-

cimiento funesto. Velad, vírgenes del Señor, que no sabeis la hora en que vendrá á llamar el Esposo. Resolveos á marchar desde este instante por el camino del deber; jurad delante de esos santos altares no retroceder jamás hasta haber llegado á la cúspide de la santa montaña; esforzaos á asegurar vuestra vocacion en virtud de una escrupulosa observancia de las mas minuciosas leyes de vuestro instituto; aplicaos á reparar las faltas que hubiéreis cometido, y á ganar lo que por vuestra indolencia dejásteis perder. Tal vez no esté muy distante el dia en que tengais que presentaros al tribunal de Jesucristo; prevenid, pues, sus reconvenciones; anticipaos á evitar sus amargas quejas; desarmad su justo enojo; trabajad por reconquistar su afecto; haceos dignas de su amor, y de este modo lograreis el fin que os propusisteis al abandonar el mundo; y al salir de este valle de quebranto, os encontrareis en los brazos de vuestro Esposo, que os dirá: Venid del Libano, abandonad las cumbres de Amana, las cimas de Sannir y de Hermon, guaridas de leones y albergues de leopardos; venid y os ceñiré la corona de la virginidad que debe ornar vuestras sienes por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA EL CUARTO DIA DE RETIRO ESPIRITUAL.

CUALIDADES DEL VERDADERO AMOR, EN VIRTUD DEL QUE DEBEN LAS RELIGIOSAS IDENTIFICARSE CON JESUCRISTO, SU DIVINO ESPOSO, SENSIBILIZÁNDOLE EN LA PERFECTA OBSERVANCIA DE LAS REGLAS DE SU RESPECTIVO INSTITUTO.

Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi.

Yo soy toda de mi amado, y mi amado es todo mio.

CANTIC. VI. 2.

VENERABLES HERMANAS MIAS: ¡Cuántas veces habrán repetido vuestros lábios estas palabras de la esposa de los Cánticos que acabo de pronunciar! ¡Cuántas veces en momentos de fervor habreis esclamado con indefinible entusiasmo: «Yo soy toda de mi amado, y mi amado es todo mio!» *Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi.* Cuando en los dias de vuestro cautiverio, en medio de ese Egipto que hacia pesar sobre vuestros cuellos las cadenas de una servidumbre intolerable, aspirábais á romper tan funestos lazos, todo era llorar, todo suspirar, todo gemir ausentes de la Sion amada, objeto de vuestros deseos, centro de vuestras esperanzas, único lugar de vuestro descanso. Pediais al cielo abreviase los momentos de vuestro destierro en un suelo ingrato y estéril que no producía mas fruto que espinas y abrojos punzadores. Ansiábais tener alas como las palomas para remontaros sobre una atmósfera inficionada, y volar á esconderos entre las concavidades de la misteriosa piedra en el seno de Jesucristo. Cual cervatillas perseguidas por el inclemente cazador, bus-

cábais afanosas las puras fuentes de las aguas de eterna vida que brotan del paraíso, y eran las lágrimas vuestro pan cotidiano, y vuestros párpados no podían cerrarse de noche, mientras en el fondo de vuestras almas oíais el grito que os preguntaba por vuestro Dios. Amaneció empero lo aurora del día de vuestra libertad, quebrantásteis los hierros que os aprisionaban, salisteis de la tierra de vuestro cautiverio, os dirigisteis á la ciudad mística del Señor, entrásteis en su tabernáculo, os desposásteis con Jesucristo, y llenas ya vuestras ánsias, satisfechas vuestras aspiraciones, digísteis: Hé aquí el lugar de mi reposo por los siglos de los siglos; en él habitaré puesto que yo le elegí. «Mi amado es todo para mí, y yo toda para mi amado.»

Ahora bien, M. V. H., cuando así os espresábais, ¿hablaba vuestro corazón el lenguaje del verdadero amor? ¿Era este el que os dictaba unas palabras y os inspiraba unos sentimientos tan nobles y generosos? Ni la menor duda puedo admitir acerca de esto, convencido como estoy de que vuestra vocación fué verdadera, y de que ningún otro fin os trajo á la morada de las vírgenes sino el deseo de ser todas de Jesucristo con el afecto y con las obras, como que era el único objeto capaz de satisfacer vuestras aspiraciones y de llenar el vacío de vuestras almas enamoradas. Esto mismo jurásteis sin vacilar en el día solemne de vuestros desposorios; por testigos de la sinceridad de vuestras promesas tomásteis al cielo y á la tierra, á los ángeles y á los hombres; protestásteis altamente con San Pablo que queríais vivir crucificadas con Cristo, cifrando toda vuestra gloria en imitarle, vuestra ambición en poseer su amor, y vuestra dicha en conquistar su reino celestial. Al despojaros de las galas mundanales y de los atavíos profanos para vestir ese tosco hábito, os considerásteis mas felices que el mismo Salomón en los días de su mayor opulencia; y cuando visteis cerrarse tras vosotras las puertas de este asilo en donde solo encontrásteis pobreza, privaciones y lágrimas, en vez de los tesoros, placeres y comodidades que acabábais de abandonar, os creísteis en el lleno de vuestra bienandanza, y entonásteis aquel cántico sublime: «El Señor es la única porción de mi herencia, á él es á quien en lo sucesivo debo consagrar todo mi corazón.»

Vuestro sacrificio, oh ilustres víctimas, fué aceptado por Jesucristo; él recogió vuestras palabras; con su misma mano escribió vuestros juramentos en el gran libro de los eternos destinos; y consiguado está con caractéres indelebles todo cuanto digisteis, para premiar vuestra fidelidad si perseveráseis constantes en su amor, ó para haceros terribles cargos, caso de no corresponder dignamente á vuestro empeño. Esto es lo que hoy vengo dispuesto á recordaros, M. V. H., á fin de que os examineis cuidadosamente y veais si sois de hecho verdaderas esposas del Cordero inmaculado, si le pertenecéis completamente, de modo que podais decir que sois todas de él, y él todo vuestro: *Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi*. A este fin voy á manifestaros «las cualidades de ese amor perfecto, en virtud del cual debéis vivir identificadas con Jesucristo, y cuya expresion verídica es la exacta observancia de las reglas de vuestro instituto.» Entremos sin mas preliminares en el fondo de este asunto, despues de haber pedido al Señor se digne iluminar mi entendimiento é inflamar mi corazon, para ser digno intérprete de sus divinos secretos para con las almas privilegiadas, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Si hay una tésis que no necesite demostrarse y cuya sola enunciacion baste á producir el mas hondo convencimiento, es indudablemente lo que acabo de consignar, á saber: que el alma consagrada á Dios en virtud de la profesion religiosa, debe unirse á él con los vínculos de un amor que escluya todo otro amor á las cosas criadas. El título mismo de esposa de Jesucristo con que se honra, lleva consigo ese deber indeclinable de pertenecer totalmente al que eligió por esposo, dedicándole todos sus pensamientos, todos sus deseos, todas sus acciones, de suerte que se verifique lo que dijo San Pablo: que ya no viva para sí, sino para aquel que muriendo por ella la ensalzó á tan alta honra: *Qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro*

ipsis mortuus est (1). Entre los que real y verdaderamente se aman, la correspondencia debe ser reciproca: y por lo tanto, así como Jesucristo al aceptar por suya al alma religiosa, nada se reserva para sí, todo se comunica á su amada, hácela dueña de todos sus afectos, no piensa en otra cosa sino en agradarla, ni ambiciona otras riquezas mas que la posesion de su cariño, ni en sus operaciones lleva otro fin que complacerla, del mismo modo la religiosa debe hacer otro tanto respecto de su amado, ya porque así lo exige la índole del amor positivo, ya tambien porque á ella se ha comprometido con solemne juramento.

Y en primer lugar que todos sus pensamientos deban reconcentrarse en Jesucristo, es una verdad que no admite la menor duda. ¿Qué digisteis, V. H. M. al cambiar por ese cándido velo y por ese tosco sayal las brillantes galas del siglo? Todavía resuena en mis oidos aquel cántico sublime que entonásteis al acercaros á esas puertas en cuyo dintel quedaron sepultadas todas vuestras esperanzas. «Vivo yo, pero no yo, sino que Cristo es quien vive en mí...» Y añadisteis: «¿Qué hay ya para mí en el cielo, ni qué otra cosa me resta sobre la tierra, sino el Dios de mi corazon y única parte de mi eterna herencia?» ¿ *Quid mihi est in cælo, et à te quid volui super terram? Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum* (2). Nada: responde con su sublime elocuencia el Padre San Bernardo, puesto que todo lo dejásteis por su amor, puesto que á él pospusisteis todas las cosas del mundo, puesto que los bienes todos con que os brindaba los considerásteis como vil escoria por conquistar su amor. Este es vuestro único legado, vuestra sola riqueza, vuestro esclusivo tesoro, vuestra dicha inamisible, y por lo tanto vuestro deber, de hoy mas, es conservar puro, intacto, entero, ese corazon para aquel que adquirió á su posesion derechos inalienables: *Nihil tibi et mundo, obliviscere omnium; soli omnium serves te ipsam, quem ex omnibus elegisti* (3). Solo Jesucristo debe poseer lo que es suyo, solo

(1) II. Corinth. V. 45.

(2) Psalm. LXXII. 26.

(3) S. Bern. Serm. 40 in Cant.

él debe reinar en vuestra alma, solo él debe dominar como soberano en vuestra mente, solo él debe disponer de vuestros pensamientos, á fin de que sea una verdad lo que con los lábios pronunciásteis en el dia de vuestro místico desposorio: «Encontré al que amaba mi alma, yo le tendré y jamás le abandonaré:» *Inveni quem diligit anima mea tenni eum nec dimittam* (1).

Ahora bien, V. H. M., ¿cómo habeis llenado ese deber? ¿Ha sido Jesucristo el centro de todos vuestros pensamientos? Desde que por su amor levantásteis una barrera impenetrable entre vosotras y el siglo, ¿no habeis tornado á dirigir á esa maldecida Babilonia ningun suspiro, ningun recuerdo, ninguna mirada indebida? ¿Ni una sola vez habeis dejado escapar de vuestros brazos al divino esposo, dividiendo entre él y el mundo ese corazon que voluntariamente le inmolásteis? ¿Nunca habeis desmerecido el honroso dictado de esposas del Cordero, queriendo agradar á la vez á él y á las criaturas? ¿No han obtenido estas de vosotras la menor preferencia, ni aun siquiera una leve distincion al lado de ese Dios que todo se sacrificó en vuestros usos, segun la enérgica espresion del dulcísimo Bernardo? ¿Ni habeis desmentido jamás aquellas palabras que al adornaros con el distintivo de las virgenes os dijo el representante de Jesucristo: recibid este velo, y no admitais en lo sucesivo otro amante que á vuestro celestial esposo? *Accipe velum, ut nullum præter cum amatorem admittas?* Dejo á vosotras mismas la respuesta á este interrogatorio. A vuestra misma conciencia abandono la apreciacion de estas verdades. Nadie mejor podrá conocer si de hecho ha sido vuestro corazon el misterioso huerto de la esposa de los Cánticos cerrado herméticamente á toda idea mundanal, á todo pensamiento terrestre, á toda afeccion humana; si de ese precioso vaso que el Espíritu Santo eligió para su santuario derramásteis antes de entrar en los cláustros todo cuanto le llenaba, y le dejásteis vacío para recibir en él las divinas influencias de la gracia; si cuidásteis de purificarle del cenagoso lodo de los pensamientos relativos al tiempo para que pudiera ocuparle esclusivamente el Dios de la eternidad, cuyos pensa-

(1) Cant. III. 4.

mientos son de paz y de amor. ¿Y sabéis, H. M., cuán celoso es ese esposo de su honra? ¿Sabéis cuánto le ofende el mas leve desvío? ¿Sabéis cuán hondamente le impresiona la menor infidelidad? ¿Sabéis cuán intolerable le es la mas pequeña division, á él que habiéndolo dado todo, todo lo quiere, todo lo pide, todo lo exige de justicia en sentir de Hugo de San Victor? Por eso, dice este sábio escritor, no contento con ser vuestro Criador, hizose vuestro Redentor á fin de que no dividiéseis jamás vuestro corazon: *Ne amorem divideres, tibi factus est Creator et Redemptor* (1). Por eso, añade San Bernardo, siendo ya vuestro soberano dueño, y vuestro padre celestial, añadió á estos caractéres el de Esposo, para que no solamente le temiéseis como á Señor y le honráseis como á Padre, si que tambien como á Esposo le hiciéseis árbitro de todo vuestro amor: *Exigit Deus timeri ut Dominus, honorari ut Pater, ut Sponsus amari* (2). Y ¡ay de vosotras si así no lo hiciéseis! De poco os serviría llevar el honroso renombre de vírgenes cristianas, de esposas del Cordero sin mancilla, si una vez obligadas con irrevocables promesas á ser exclusivamente de Jesucristo, no obtuviese él todos vuestros pensamientos, y os ocupáseis de otra cosa que no se refiriese á agradarle. Ni os seria dado llegar al grado de santidad y perfeccion que exige vuestro estado, ni tampoco el Señor acepteria vuestro sacrificio.

¿Y qué diremos, H. M., de las que abrigan deseos estraños al sublime fin que se propusieron al abrazar la vida religiosa? Quien positivamente ama, no puede aunque quisiera apartar su corazon del objeto amado. En desear lo que él desea, en apetecer lo que él apetece, en aspirar á lo que él aspira, en identificarse con él completamente, halla todo su encanto, su éstasis, su dicha. Fuera de esto todo le parece desabrido, insípido, amargo, repugnante, intolerable. ¿Pudiérais, pues, vosotras lisonjearos de amar verdaderamente á Jesucristo si en ninguna ocasion esperimentáseis el mas leve deseo que no estuviese de acuerdo con su voluntad? Y notad que en este punto puede haber lugar á funestísimas ilusiones que

(1) Hug. á S. Vict. in lib. Sent.

(2) S. Bern. Serm. 83 in Cánt.

quisiera desterrar de vosotras. Seguro estoy de que si á cada una en particular se os pregunta si deseais y apeteceis únicamente lo que desea y apetece vuestro divino Esposo, todas contestareis de una manera afirmativa. Sin embargo, no es menos cierto que examinando el caso con algun detenimiento, hallaremos mas de una contradiccion entre vuestras protestas y vuestro proceder. Y si no, decidme: ¿Es tanta vuestra abnegacion que esteis dispuestas á marchar sin vacilar por la senda que el Señor os trace? Cuando en sus impenetrables secretos dispone que una espesa nube cubra vuestra inteligencia, que donde quiera tropeceis con dificultades, que á cada paso esperimenteris amargas, desvíos y sequedades en su servicio, que piseis espinas donde pensábais hallar flores, y os encontréis entre las áridas y escarpadas laderas del Calvario cuando creíais estar cerca de las risueñas cumbres del Tabor; en esos momentos de angustia indefinible, en esos días nublados en que se oculta para vosotras la claridad divina, en esas horas de abatimiento y desolacion en que os veis solas frente á frente de vosotras mismas sin el apoyo de su robusto brazo, en esos supremos instantes en que, desapareciendo la columna de fuego que os mostraba el camino de la patria, os veis sorprendidas por la noche en un horrible desierto; ¿vuestras ideas están en perfecta armonía con las del Esposo? ¿Os sentís bienhalladas en aquella situacion en que él os colocó? ¿No deseais os conduzca por otros caminos mas análogos á vuestro gusto, ó mas adaptados á vuestro genio? ¿No apeteceriais mejor marchar rápidamente al ápice de la perfeccion por la via de los consuelos y de las inefables dulzuras de un amor sensible? ¿No os seria mas grata la vida contemplativa que la vida de accion? Examinaos bien, V. H. M.; y si vuestro corazon no os contradice, dad al Señor gracias sin fin, pues entonces prueba es de que le amais verdaderamente; mas si por el contrario no es así, temed ser víctimas de un engaño cuyas consecuencias pudieran ser harto lamentables; temed que Jesucristo se desvíe aun mas de vosotras como indignas de poseer su cariño; temed no os comprenda aquella sentencia del P. San Agustin: «¡Miserables de los que dividiendo entre Dios y el diablo un corazon que pertenece entero á aquel, hacen á éste dueño de una parte de sus

deseos y afecciones! ¿No ven que de esta suerte, queriendo obligar al Señor á fraternizar con su mas mortal enemigo, haciéndole concesiones que pugnan con los derechos adquiridos por el único y legitimo poseedor del corazon humano, le fuerzan á abandonar irritado el campo á su rival para que le posea y reine en él exclusivamente?» *Væ duplici corde, qui de suo partem faciunt Deo, partem diabolo. Iratus Deus quia sit sibi pars cum diabolo, discedit et totum diabolus possidet* (1). ;Terrible sentencia! M. V. H., pero de una verdad incontestable. Entre Dios y el diablo dividís vuestro corazon cuando, olvidadas de lo que debeis á quien con bondad tanta os sacó de Egipto para haceros su raza especial, tornais vuestros deseos á aquella tierra de vuestro cautiverio, echais de menos sus cadenas, y levantaiis en vuestras almas altares profanos á los ídolos que abandonásteis. Otro tanto haceis cuando ingratas al inestimable beneficio que os dispensára trayéndoos á su morada, en la que tan inefables bienes, consuelos tan indefinibles, goces tan puros, riquezas tan inestimables, felicidad tanta venís experimentando en medio de las amarguras inherentes á una vida de abnegacion y sacrificio, os atreveis á conceder á un mundo enemigo capital de Dios y de vuestra eterna dicha ni siquiera el menor signo de adhesion ó afecto. ¿Y creéis poder despojar impunemente á vuestro Esposo de la omnimoda posesion de vuestras almas? ¿Juzgais que mirará indiferente reinar en ellas al que él vino á destronar muriendo en una Cruz? ¿Pensais que no se vengará de vuestra infidelidad al veros adheridas á ese tirano, que aspira á dominaros con mengua de su honra y de sus derechos, haciéndoos apeteer ciertas vanidades que ya no os pertenecen, desear ciertos goces que vuestra ley os prohíbe, ansiar ciertos desahogos que de manera alguna podeis admitir sin haceros culpables, buscar ciertas dispensas que os obstruyen el camino de la perfeccion? ¡Ah! Mirad lo que haceis, no sea que en vosotras se cumpla la amenaza que á los ingratos israelitas dirigió un día el Señor, irritado al contémploslos olvidados de sus beneficios, y de las maravillas que obró por libertarlos de la servidumbre

(1) S. Aug. De substr. dilect. n. 4.

de los Faraones: «Vosotros, les decía, me provocásteis á celos, fijando vuestro afecto en lo que no era yo, y me insultásteis con vuestras infidelidades deseando lo que no era de mi agrado; pues yo tambien os provocaré á celos, amando á otras almas que no eran de mi pueblo.» *Ipsi me provocaverunt in eo quod non erat Deus, et irritaverunt in vanitatibus suis; et ego provocabo eos in eo quod non est populus* (1). Sí, V. H. M., mucho os esponeis si vuestros deseos no son todos de vuestro celestial Esposo, á que este torne sus miradas á otras almas mas dignas, las dé los auxilios que vosotras habeis desmerecido, las brinde con su amor que no supisteis apreciar, y ocultándose de vuestra vista os deje en poder de ese enemigo, á quien os atreveis á dar participacion en lo que es propiedad esclusiva del que admitiéndoo á su divino tálamo adquirió un dominio indisputable á todas vuestras aspiraciones.

Por último, las obras son la tercera y la mas segura señal del positivo amor que de vosotras exige Jesucristo, porque con ellas se sensibilizan los afectos interiores del corazon y se manifiestan sus ocultos pensamientos. Poco os diré respecto de este punto, pues demasiado sabeis que de nada serviría tener una voluntad al parecer firme y constante de pertenecer enteramente al Esposo que elegisteis, si en lo mas minimo no estuviesen de acuerdo con ella las acciones. Porque verdaderamente amaba al Señor el patriarca Abraham, no titubeó un instante en abandonar por él el cielo de la patria, el pais que le vió nacer, la tierra que conservaba los sepulcros de sus padres, el hogar testigo de sus infantiles sueños, el suelo que atesoraba todas sus posesiones, marchando á un pais desconocido, adonde le llamaba la voluntad divina. Porque amaba, no bien oyó la voz del cielo que le exigia el doloroso sacrificio de su hijo, al punto lo preparó todo al efecto, y subiendo al monte Moriah armado del cortante cuchillo, iba ya á consumir tan terrible mandato cuando el Señor detuvo su brazo diciéndole: No hagas tal; me doy por satisfecho; ahora conozco cuán positivo es tu amor hácia mí (2). En este pasage de los santos libros veo yo, V. H. M., la mas sublime ale-

(1) Deut. XXXII. 21.

(2) Gen. XXII. per tot.

goría de lo que de vosotras reclama vuestra vocacion. Como aquel santo patriarca habeis obedecido á la voz del cielo, que os mandaba dejar vuestros padres, vuestra casa, el siglo y todas sus esperanzas. Con no menos entusiasmo habeis emprendido vuestra carrera hácia una nueva patria, dispuestas á inmolarlo todo ante las aras del amor divino. Pues bien, ¿qué es lo que en prueba de vuestra fidelidad os pide ahora? ¿Qué victima exige que le sea grata? ¡Ah! No se dá por satisfecho con que le hayais inmolido los lazos de la carne y de la sangre; no le basta que hayais pospuesto á él los séres queridos de quienes hubisteis la vida; no se contenta con que os hayais arrancado del seno de una madre tierna, á quien tantas lágrimas costó separarse de vosotras; ni le llena el que hayais dado un eterno adios á vuestros deudos, amigos y demás personas que en el siglo os profesaban cordial cariño. Algo mas espera de vosotras; quiere, sí, que subiendo á la misteriosa montaña le sacrificueis vuestros deseos, aspiraciones, afectos, hijos de vuestro corazon; que dividais con la cuchilla del amor todo cuanto es terrenal y precedero de lo que es celestial y eterno; y en prueba de ello os manda observar escrupulosamente todas las reglas de vuestro instituto, obrar siempre conforme al testamento de esa ley inviolable á la que jurásteis ajustar vuestras operaciones, no apartaros un ápice de la letra de ese gran volumen por el cual debeis ser residenciadas un dia. Esto os dice cuando reclama de vosotras la omnimoda posesion de vuestros corazones: *Præbe cor tuum mihi* (1). Esto os prescribe cuando os recuerda que tiene puestos sus ojos en vosotras, á la manera del amante enamorado que no acierta á mirar otra cosa fuera del objeto de sus caricias: *Posuit oculum suum super corda illorum* (2). ¿Os hallais, pues, en el caso de poder responder satisfactoriamente á Jesucristo conforme á estos precedentes, si como al príncipe de los apóstoles os preguntase si le amábais? ¿Podrías contestar con igual confianza que aquel fervoroso discípulo: «sí, Dios mio, vos sabeis que os amo?» *Tu scis, Domine, quia amo te* (3).

(1) Prov. XXIII. 26.

(2) Eccl. XVII. 7.

(3) Joan. XXI. 16.

No quiero llevar mas adelante esta idea, que me conduciria á hacer inducciones interminables. Reflexionad vosotras en el silencio de la oracion acerca de las disposiciones de vuestra alma; examinad minuciosamente vuestras obras; contemplad á qué altura os hallais en la observancia de vuestras reglas, cómo cumplís los deberes de vuestro estado, cuánta es vuestra puntualidad á la asistencia de los divinos oficios, cuál vuestro esmero en evitar los mas leves defectos; ved en fin si en la mortificacion sois tan severas como debeis, si no hallais pena en la abnegacion de vuestra propia voluntad, si hallais placer y consuelo en sufrir por Jesucristo las amarguras del cláustro, si conservais vuestro espiritu libre de todo vinculo mundanal, si amais el retiro, si no sentís aficion alguna á las cosas de la tierra; y en tal caso bien podreis decir con San Paulino: «Posean en buen hora los opulentos sus riquezas, dominen los reyes sobre sus dorados tronos, para nosotras Jesucristo es nuestra única riqueza, nuestro tesoro, nuestro reino y nuestra gloria.» *Habeant sibi divitias suas divites, regna sua reges; nobis Christus regnum et gloria est.*

¡Plegue al Señor que asi sea, V. H. M.! Haga el cielo que si hasta ahora no habeis podido decir esto con toda verdad por haberos entibiado algun tanto en el amor divino, de hoy mas, renovando vuestro primitivo fervor, consagreis al celestial Esposo todos vuestros pensamientos, todos vuestros deseos, todas vuestras acciones, de modo que, poseyendo completamente y por entero vuestro corazon, more en él aqui por la gracia y despues sea digno trono sobre el cual se complazca en reinar por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA EL QUINTO DIA DE RETIRO ESPIRITUAL.

IMPOSIBLE ES QUE UNA RELIGIOSA LLEGUE Á LA PERFECCION DE SU ESTADO SI NO VIVE EN UN PROFUNDO RECOGIMIENTO, SI NO BUSCA EN LA ORACION CONTINUA LOS MEDIOS DE SANTIFICARSE, Y SI NO TIENE DONDE QUIERA Á DIOS PRESENTE PARA EVITAR TODO CUANTO PUEDA DESAGRADARLE.

Providebam Dominum in conspectu meo semper, quoniam à dextris est mihi ne commovear. Propter hoc lætatum est cor meum, et exultavit lingua mea.

Yo contemplaba siempre al Señor delante de mí, pues á mi lado está para sostenerme. Por eso se regocijó mi corazón, y prorumpió mi lengua en cánticos de alabanza.

PSALM. XV. 8, 9.

DIFÍCIL es, sin duda, venerables esposas de Jesucristo, la empresa que habeis acometido, cuando renunciando heroicamente al mundo, sus locas esperanzas y sus placeres seductores, os propusisteis caminar por la erizada senda del Calvario á la cumbre de la perfeccion evangélica. ¡Cuán costosos sacrificios debeis hacer antes de llegar á la cresta de la santa montaña! ¡Qué de amarguras debeis devorar antes de gustar las delicias de Saron! ¡Cuántas fatigas, cuántas contradicciones, qué luchas tan terribles se hace forzoso esperienteis antes de recibir la diadema inmortal destinada á las esposas del Cordero! Mas no por eso debeis desfallecer ni acobardaros, contando con el auxilio del que os llamó á tan elevado estado por un efecto de su misericordia y de su amor. ¿Acaso no vela él sobre vosotras con una providencia solícita y cariñosa? ¿No os mira como las pupi-

las de sus ojos? ¿No custodia con incansable vigilancia ese místico vergel, para que el ábrego abrasador de las pasiones mundanales no marchiten la bella flor de vuestra inocencia virginal? ¿No ha colocado al frente de este paraíso su sagrado querubin para impedir la entrada en él á todo lo que es profano é inmundo?

Sin embargo, M. V. H., esto mismo exige de vosotras una fiel correspondencia, y lejos de descansar en una nímia confianza respecto de vuestro porvenir, debéis trabajar incansables por no desmerecer esa proteccion que vuestro divino Esposo viene dispensándoos. Ciertó que como el profeta rey, y aun con mas razon que él, podeis decir: «Yo contemplaba siempre al Señor delante de mí, pues á mí lado está para sostenerme. Por eso se regocijó mi corazón y prorumpió mi lengua en cánticos de alabanza.» *Providebam Dominum in conspectu meo semper, quoniam a dextris est mihi ne commovear. Propter hoc lætatum est cor meum, et exultavit lingua mea.* Mas ¿no advertís que si el Señor se muestra con vosotras tan amante y celoso, no es sino para obligaros mas á que vosotras, sabiendo apreciar tanta dicha, os estímoreis á manifestaros con él agradecidas? ¿Y qué es lo que os pide quien tanto os ama? ¡Ah! Que seais esclusivamente suyas; que le pertenezcais sin la menor reserva; que le consagreis vuestros pensamientos, afectos y aspiraciones; que nada apetezcais fuera de él, ya que á él solo elegisteis para verificar las místicas bodas que tanto ansiaba vuestro corazón. Nada mas justo, nada mas lógico y consecuente. Pues bien, entre los varios medios que conducen á la consecucion de ese grandioso objeto, y que forman la admirable economía de la vida religiosa, hay tres en que están reasumidos todos los demás, á saber: el recogimiento interior, la oracion continua y la presencia de Dios. Ved ahí, V. H. M., los tres grandes ejes al rededor de los cuales gira, digámoslo así, el sistema de la perfeccion evangélica, las tres robustas columnas sobre que gravita y se sostiene el místico edificio de la santidad monástica. ¿Y cómo pudiérais escuchar la voz del Esposo que os llamó al retiro del claustro para hablaros ese idioma del corazón que solo es comprendido de los que le aman, si no viviérais completamente abstraídas de todo lo terreno, cerrando las puertas de vuestra alma,

que son los sentidos, á toda comunicacion exterior con el mundo? ¿Cómo fomentar y sostener esa reciproca correspondencia de afectos y de intereses con el que escogisteis por centro único de vuestras miras ulteriores, si en la oracion, manantial perenne de gracias y auxilios celestiales, no buscáseis lo que necesitais para vivir cual cumple á los graves compromisos que contragisteis? ¿Cómo, en fin, estrechar los nudos que os unen inseparablemente con Jesucristo, si no procuráseis tenerle siempre presente, obrando en todo como quien tiene delante á aquel que sondea y profundiza los mas íntimos secretos del alma?

En estas poderosísimas razones voy á fundar la siguiente proposicion: «Imposible es que una religiosa llegue á la perfeccion que exige su estado, si no vive en un recogimiento profundo, si no busca en la oracion continua los medios de santificarse, y si no tiene á Dios presente en todo lugar para evitar todo cuanto puede desagradarle.» Tengo propuesto, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Nada hay que mejor espresé el profundo recogimiento, la abstraccion completa que debe observar la verdadera esposa de Jesucristo para hacerse digna de sus castos amores, que aquella sublime alegoría que leemos en el libro del Cantar de los Cantares: «Mi esposa es para mí un huerto cerrado.» *Hortus conclusus sponsa mea* (1). Comentando estas palabras un sabio espositor, aplicalas al asunto en cuestion y dice: «Imposible es que sea huerto digno de Jesucristo el alma que no procura cerrar la entrada á todas las distracciones mundanales, amurallarse contra los inficionados vapores que se levantan de enmedio del siglo, sustraerse á la accion de los vendabales que secan, marchitan y agostan las flores de las virtudes, y para-

(1) Cant. IV. 12.

petarse contra la invasion de los ladrones que arrebatan furtivamente los frutos del amor divino aun antes de estar en sazón: *Hortus nescit esse qui non vult esse conclusus* (1).

Y de hecho, V. H. M., tanta es la necesidad del recogimiento para poder adelantar en el camino de la perfeccion religiosa, que sin él malograriase las mas felices disposiciones y serian estériles todos los demás medios que en el cláustro abundan para conseguirlo. ¿De qué os serviría estar corporalmente lejos de ese centro de disipacion, donde hierven las pasiones, cunden los vicios y se halla entronizado el crimen, si con el espiritu no viviéseis completamente muertas á todo cuanto en el siglo pasa? «Porque vi la iniquidad triunfante en el seno de las grandes ciudades, y cundir el dolo, y dominar la injusticia, y reinar la maldad sobre las ruinas de la virtud, decia un dia el rey profeta, me alejé de ellos y hui á la soledad (2).» Ese mismo convencimiento os hizo á vosotras abandonar esa tumultuosa Babel, y buscar con ánsia el reposo y la calma de los cláustros; por eso preferisteis un dia de mansion en la casa de Dios, en la humillacion, en el abatimiento y en la pobreza, á habitar en los deslumbradores palacios de los pecadores (3). Por eso trocásteis por una áspera gerga los sedosos trajes, dejásteis las cómodas viviendas por la estrecha celda, antepusisteis la esclavitud del santuario á la libertad del mundo, los rigores de la penitencia á las delicias de una sociedad alegre y bulliciosa, las asperezas de la mortificacion á las dulzuras de la sensualidad. ¿Y dejaríais perder las inmensas ventajas que os proporciona la vida religiosa sobre la vida seglar bajo todos conceptos, por una mera curiosidad semejante á la que ocasionó la ruina de aquella doncella que quiso salir á ver á las hijas de Sicheu? ¿Qué os resta ya de ese siglo que dejásteis? ¿Qué lazos os unen con él? ¿Qué intereses comunes hay entre él y vosotras? Ninguno sin duda, puesto que vuestras relaciones concluyeron para siempre en el momento de penetrar en ese recinto. Con sus puertas cerróse irrevo-

(1) Gilbert. in C. IV. Cant.

(2) Psalm. LIV. 8. 9.

(3) Ps. LXXXIII. 11.

cablemente tras de vosotras el paso á toda esperanza. Pero si vuestro corazon quedó fuera, ó si con vosotras entraron en este albergue de la virtud las reminiscencias que debisteis dejar en el siglo, ¿cómo habitará en vuestras almas el Esposo divino? ¿Cómo podrá producir una tierra á donde llegan las influencias malignas de la corrupcion mundanal flores olorosas y sazonados frutos dignos de ser presentados al Rey de las eternidades? ¿Cómo se complacerá Jesucristo de habitar en un huerto espuesto á la rapacidad de otros tantos salteadores cuantos son los deseos vanos, las aspiraciones terrenales, las ideas frívolas que agitan de continuo un corazon disipado y voluble? Porque, como ha dicho el P. San Gregorio, nada importa que el cuerpo esté solo, cuando no lo está el corazon: de poco aprovecharia que unas murallas de piedra os separasen de la sociedad humana, si viviéseis en medio de ella con el afecto ó con el deseo; y nada se habria adelantado con encerrarse entre unas estrechas tapias, haber interpuesto unas rejas de hierro, si á través de ellas vuela el ánimo á tomar parte en el bullicio estrepitoso de esa Babilonia, donde la virtud mas robusta apenas puede sostenerse un dia ante el empuje violento de las seducciones del vicio. *¿ Quid prodest solitudo corporis, si solitudo defuerit cordis* (1)? Por el contrario, procurando la religiosa vivir recogida interiormente y en una completa abstraccion de todo lo terrestre, aun en medio de las ocupaciones de su oficio, aun en el ejercicio de las obras de caridad á que la obligare la obediencia, siempre vivirá en continua comunicacion con Jesucristo, y nada será bastante á apartar su espíritu del cielo á donde tenderán todas sus aspiraciones, y todos sus pasos serán, como dice San Agustin, otros tantos actos de sublime alabanza al Señor: *Laudas Deum cum agis negotium, laudas cum cibum et potum capis, laudas cum requiescis et dormis* (2). Mas sin ese recogimiento interior su corazon no encontrará gusto ni dulzura en las mismas prácticas espirituales, ni reportará utilidad alguna de los ejercicios de la comunidad. Estará en el coro alabando con los labios

(1) S. Greg. Moral. L. 30. C. 42.

(2) S. Aug. in Ps. CXLVI.

al Rey de las alturas, y allí la acometerán las importunas ideas de que se halla ocupada su mente; se acercará al festin de los ángeles á alimentarse del pan de los fuertes, y quedará su alma hambrienta, porque las distracciones temporales la impedirán gustar de las delicias de ese convite sagrado; irá donde van las demás, y como ellas seguirá el curso ordinario de las prácticas comunes, mas ¿cómo no ha de disgustarse de todo, cómo no se la han de hacer pesadas aquellas cosas en que otras experimentan un placer indefinible, si su espíritu divaga por las regiones de la disipacion y vive en medio del mundo? Es pues indispensable el recogimiento interior para poder caminar por la senda de la perfeccion evangélica y vivir conforme al espíritu del estado religioso; pero no lo es menos la oracion, como brevemente os voy á demostrar.

Lo que el alimento material para mantener y fomentar las fuerzas físicas del cuerpo, es la oracion para sostener y aumentar la vitalidad espiritual en el alma. Quejábase un dia el santo rey David de que su corazon se habia secado y desfallecido por haberse olvidado de comer ese pan misterioso: *Percussus sum et fœnum, et aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum* (1). Y no hay duda que con esta metáfora aludia á la oracion, puesto que en otras ocasiones protestára que ella era su alimento diario, su manjar delicioso, la que encendia en su corazon el fuego del amor divino y le ayudaba á marchar intrépido por la escabrosa senda de los divinos preceptos. Y si todos los justos tienen tanta necesidad de orar y no desfallecer, segun el consejo de Jesucristo, ya para prevenirse contra los asaltos del comun enemigo, ya para fortalecerse contra las seducciones del vicio, ora para luchar con éxito contra los mil elementos de corrupcion que el mundo los pone delante, ora para resistir el empuje violento de las pasiones inherentes á la viciada naturaleza, ¿con cuánta mas razon necesitarán de esa arma poderosa las almas que aspiran á la perfeccion en los cláustros, puesto que contra ellas asesta principalmente el demonio sus envenenados tiros, contra ellas desplega con mas empeño sus huestes, persuadido como está de que

(1) Psalm. Cl. 5.

los triunfos de ellas reportados son mucho mas funestos para la religion y de mayor utilidad para el infierno? ¡Oh! Harto sabe ese enemigo incansable de la virtud que la religiosa sin oracion está como muerta para el bien, á manera de un cadáver que faltándole el principio de la vitalidad, que es el espíritu, no puede moverse, ni obrar ni ejercer ninguna de las funciones humanas. Asi lo dejó consignado el Crisóstomo: *Quisquis non orat Deum, nec divino ejus colloquio cupit assidue frui, is mortus est... Animæ mors est non provolvi coram Deo* (1). Demasiado conoce el espíritu de tinieblas que, á no mediar un prodigio de la gracia, es materia imposible llegar al ápice de la perfeccion religiosa sin el auxilio de la oracion continua, como lo dijo el sábio Canciller de Paris: *Absque meditationis exercitio, nullus, secluso miraculo Dei, ad christianæ religionis normam attingit* (2). Tampoco desconoce que la oracion es un elemento eficacísimo para ahuyentar las tentaciones, reparar las quiebras sufridas en el camino de la virtud, rehacerse de las pérdidas pasadas, escitarse de nuevo al fervor, y hacer revivir la apagada llama del amor divino, como lo escribió San Lorenzo Justiniano: *Ex oratione fugatur tentatio, virtus reparatur, excitatur fervor, et divini amoris flamma succrescit* (3). De aquí su tenaz empeño por entibiar en las almas religiosas el espíritu de oracion, y desterrar si pudiese de los cláustros ese valuarte contra el que se estrellan todos sus proyectos. Tambien conocian esto mismo las Catalinas de Sena, las Claras de Asis, las Teresas de Jesus y todas esas grandes almas que en varias épocas han embellecido el vergel del celestial Esposo, cuando con tanta insistencia trabajaban por fomentar en sus respectivas religiones el amor á la oracion, siendo ellas las primeras en ese ejercicio, de que tan bellos resultados y frutos tan copiosos recogieron. En la oracion buscaban esa luz que las guiaba á través de la negra noche de las tribulaciones que para probar su virtud permitia el Señor las sobreviniesen con frecuencia. En la oracion halla-

(1) S. J. Chrys. de Orando Deo. L. 1.

(2) Gerson. de Medit. Cons. 7.

(3) S. Laur. Just. De Cast. Connub. C. 22. n. 3.

ban aquel heroismo sobrehumano que las hacia salir victoriosas en las mas horribles luchas y en los rudos combates que las presentaba el infierno. En la oracion encontraban un alimento misterioso, que, robusteciendo sus desfallecidos espíritus, las hacia correr á pasos de gigante por las difíciles y escabrosas sendas del Calvario. Con la oracion en fin convirtiéronse un dia los asilos de las vírgenes cristianas en unos bellisimos jardines donde brotaban á competencia las mas deliciosas flores de virtud, las plantas mas aromáticas de perfeccion, cuyo perfume trascendia en todo el mundo. ¿Y querriais vosotras, V. H. M., llenar dignamente vuestra vocacion, cumplir los deberes de vuestro estado, llegar al término de vuestra carrera y realizar los sublimes designios que se propuso el Señor trayéndoos á su santa morada, sin la oracion fervorosa y continua? ¿No comprendéis que sin ese riego precioso vuestros corazones permanecerán infecundos y estériles para el bien? ¿No concebís que sin ese nutrimento se debilitará vuestra energia y os faltará el aliento para continuar por un camino tan penoso y sembrado de espinas? ¿No advertís que sin esa antorcha vuestros ojos no verán la claridad divina y marchareis á tientas en la tenebrosa noche de la adversidad? ¿No conoceis que sin esa arma sereis fácilmente vencidas por vuestro adversario, succumbireis al primer encuentro al ímpetu de la tentacion, os rendireis ante la violencia de las pasiones, y quedareis en una postracion profunda que os inhabilitará para el ejercicio de las demás virtudes? ¡Oh! No, M. V. H., no dejéis jamás la oracion, único medio de alcanzar del Señor las gracias y los auxilios que tan indispensables os son para vivir conforme á vuestro estado; no os entibieis en ella, por mas que no esperimenteis sino aridez y disgusto; redoblad vuestro fervor en proporcion que sintais desviarse de vosotras ese placer sensible que en otro tiempo os causaba; orad siempre, en todo lugar, sin intermision, si deseais salir victoriosas en los peligros é incómenes en los combates que debeis sostener, porque guerra y muy sangrienta es vuestra vida desde el momento en que os resolvisteis á volver la espalda al mundo y á entregaros completamente al servicio del Señor.

Por último, si el recogimiento y la oracion son tan necesarios

para el sostenimiento del espíritu religioso, lo es también y mucho la presencia de Dios. De muy antiguo se halla consignado este principio en las sagradas páginas. Llamado el patriarca Abraham por la voz del cielo para ser un monumento imperecedero de fidelidad á los divinos mandatos, sale de su tierra, sigue el camino que le trazara su ángel conductor; y llegado á cierto sitio, aparécesele el Señor y le dice; «Yo soy el Dios todopoderoso; camina siempre delante de mí y sé perfecto; y yo confirmaré la alianza que hice contigo, y te multiplicaré y te haré prosperar en gran manera:» *Ambula coram me, et esto perfectus; ponamque fœdus meum inter me et te, et multiplicabo te vehementer nimis* (1). Ved, pues, V. H. M., lo mismo que tácitamente os dice á vosotras el que con amor tanto os llamó á ser sus dignas esposas: Caminad siempre delante de mí, tenedme presente en todo lugar, no separeis de mí vuestros pensamientos, obrad en todo como si realmente me estuviérais contemplando con los ojos del cuerpo, nada ejecuteis que no sea digno de mi presencia, y de esta suerte conquistareis todo mi cariño, os haréis acreedoras á mi proteccion; yo confirmaré el pacto que con vosotras hice en el día de vuestra solemne profesion, seré todo vuestro, vosotras sereis mías, multiplicaré mis favores, os enriqueceré con abundantes auxilios, y creceréis de virtud en virtud hasta llegar al ápice de la mas sublime perfeccion: *Ambula coram me, et esto perfectus.*

¿Y qué otra cosa mas eficaz puede imaginarse para evitar hasta el mas ligero defecto, para huir de cuanto en lo mas leve pudiera desagradar al celestial Esposo, que considerarse siempre en su presencia, y mirarle con los ojos de la fé atento donde quiera á observar nuestras acciones, y como un testigo perenne de nuestros mas íntimos pensamientos? ¿Os atreveriais, V. H. M., ni siquiera á dar entrada en vuestra alma al menor afecto desordenado, al mas insignificante deseo que no estuviese en armonia con la voluntad divina, mucho menos á traspasar la mas pequeña de vuestras leyes, á dispensaros de las prácticas establecidas en la comunidad, á faltar en

(1) Gen. XVII. 1, 2.

un ápice á los deberes que contrajisteis? No es posible, dice el Doctor Angélico: *Si Dominum præsentem cogitaremus, vix aut nunquam peccaremus* (1). Otro tanto escribió el Crisóstomo, asegurando que si siempre pensase el hombre que Dios tiene fijas sobre él sus miradas y está observando sus movimientos, jamás pensaría mal, jamás su lengua pronunciaría la menor palabra ociosa, ni se atrevería á ejecutar ninguna accion reprobable por ligera que pareciese: *Si ita nos ipsos disposuerimus, nihil mali cogitabimus, nihil mali dicemus, nihil mali faciemus* (2). Y de hecho, ¿quién hizo á la casta Susana superior á las seducciones de aquellos lascivos ancianos que la amenazaron con la muerte y con la infamia si no succumbía á sus exigencias? La presencia de Dios, ante quien jamás consintió en pecar: *Melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini* (3). ¿Quién robusteció al venerable viejo Eliasar para optar por los tormentos y por la muerte antes que manchar sus canas traspasando los preceptos de la ley? La presencia de Dios; pues, si aquí, decia él con energia, puedo esquivar los suplicios del tiempo, ¿podré acaso librarme de la venganza eterna de un Dios que vé mis acciones (4)? » ; Ah! Por no pensar en esto, exclamaba David, hállase la tierra sembrada de crímenes, y amancillados están los hombres con todo linaje de iniquidades: *Non est Deus in conspectu ejus, inquinatæ sunt viæ illius in omni tempore* (5). Y á propósito de esto decia á sus religiosas Santa Teresa de Jesus: «Todo el daño que experimentamos nos proviene de no pensar que tenemos á Dios presente, y de que le creemos lejos de nosotras.» De ahí proceden, en efecto, en el mundo los crímenes, en el claustro la relajacion de la observancia; en los seglares el ningun temor á los pecados graves, en las personas religiosas la indiferencia hácia las faltas leves; allí los escándalos, aquí la disi-

(1) S. Thom. Opusc. 58. c. 2.

(2) S. J. Chys. Hom. 8. ad Ph. 2.

(3) Dan. XIII. 23.

(4) II. Machab. VI. 26.

(5) Ps. X. 5.

pacion, y todos los demás desórdenes que desgraciadamente se introducen hasta lo mas recóndito del Santuario.

Concluyo, pues, M. V. H., encareciéndoos la necesidad de esos tres grandes resortes que hacen mover, digámoslo así, la máquina de la perfeccion religiosa. Nunca me cansaré de recomendaros el recogimiento mas profundo, la oracion continua, la presencia de Dios, cuyo ejercicio os facilitará el camino, os allanará las dificultades, y os ayudará á trepar la escarpada cima del monte santo. Nada habrá para vosotras capaz de distraeros de vuestro deber, si retraidas de todo negocio mundanal y ocultas en la misteriosa soledad de vuestro corazon, os parapetais contra las disipaciones del siglo. Nada se os hará intolerable y amargo, si en la oracion buscáis incesantemente los auxilios abundantes que el Señor derrama sobre las almas que verdaderamente desean agradarle. Nada bastará á haceros incurrir en el mas leve defecto, si siempre teneis ante vuestros ojos aquel Dios que os ha de pedir cuenta severisima del uso que hicisteis de sus dones y de la correspondencia que tuvisteis al beneficio de vuestra vocacion. Aislaros, pues, completamente de todo cuanto pueda desviaros de vuestro celestial Esposo, orad con fervor para que no os retire sus favores, contempladle siempre presente para evitar toda falta que pueda comprometer vuestro eterno porvenir. Sed, en una palabra, todas de Jesucristo; pertenézcanle todos vuestros pensamientos; suspirad únicamente por su amor; ambicionad sobre todo la posesion de su gracia; y haciéndolo así, vereis llegar el dia en que trasladándoos de esta tierra de miserias á la patria de los goces perdurables, disfruteis con él una gloria sin fin y una interminable bienandanza.

SERMON

PARA EL SESTO DIA DE RETIRO ESPIRITUAL.

CUANTO ARRIESGUE SU ETERNO PORVENIR LA RELIGIOSA QUE LLEGA Á MIRAR CON INDIFFERENCIA LAS CULPAS LEVES, Y NO TRATA DE EVITAR AUN LAS MENORES IMPERFECCIONES.

Qui solverit unum de mandatis istis minimis... minimus vocabitur in regno caelorum.

El que violare cualquiera de mis preceptos por minimos que sean, será considerado como el mas pequeño en el reino de los cielos.

MATTH. V. 49.

VENERABLES ESPOSAS DE JESUCRISTO. Cuantas veces he leído en el sagrado evangelio las palabras que acabo de pronunciar, no he podido menos de temblar lleno de espanto, recordando la funesta indiferencia con que en el mundo se vive respecto de ciertas acciones que, por considerarse de poca importancia, se ejecutan sin el menor escrúpulo. Aun entre las personas que muestran un horror invencible á las culpas graves, y que con el mayor cuidado procuran evitarlas, encuéntranse no pocas, por desgracia, á quienes nada ó poco afectan los pecados veniales, cual si estos, considerados con relacion á un Señor infinitamente bueno y santo, no fuesen verdaderas ofensas que hieren su divino corazon. Para prevenir este error sumamente trascendental, Jesucristo que venia á sancionar y perfeccionar la ley y no á destruirla, se expresó un dia hablando con sus apóstoles en los siguientes términos: «Os aseguro en verdad, que antes faltarán » el cielo y la tierra, que deje de cumplirse toda la ley, hasta el

» menor ápice de ella ; tanto , que quien violare el mas mínimo de
» sus mandamientos , será considerado como el mas pequeño en el
» reino de los cielos : » *Qui solverit unum de mandatis istis minimis , minimus vocabitur in regno cælorum.*

Escusado creo deciros que bajo el nombre de reino de los cielos, entiéndese en este y otros pasajes análogos del nuevo testamento la iglesia de Jesucristo. Vosotras , pues , que en ella ocupais un lugar harto distinguido ; vosotras que abrazando voluntariamente el estado mas loable y santo que reconoce el cristianismo , os propusísteis cumplir en toda su estension esa ley divina , llevada por el Salvador de la humanidad á la mas alta cumbre de la perfeccion ; vosotras que en virtud de unas promesas solemnes y de unos juramentos irrevocables os comprometísteis á observar los consejos evangélicos , estais en el caso de apreciar en su justo valor lo que significan esas palabras , que no dudo habrán causado en vuestras almas idéntica impresion que en la mia . ¡ Ah ! ¿ Sabeis lo que quiere decir ser el mas pequeño en el reino de los cielos ? Pues segun la version de los Santos Padres y espositores católicos , es equivalente á enunciar que quien no hace escrúpulo de cometer faltas leves , quien mira con indiferencia los pecados veniales , es inepto , nulo , incapaz de entrar en el reino de Dios . Así lo ha consignado entre otros San Agustín (1) : y aun cuando semejante afirmacion parezca á primera vista hiperbólica , por cuanto es un dogma incontestable que solo el pecado mortal despoja al alma de la gracia santificante y la priva de todo derecho á la gloria , no obstante , si se hace atencion á que el pecado venial predispone para cometer otros graves , y abre en el corazon heridas que con la repeticion llegan á hacerse incurables , nada habrá de exagerado en asegurar que el hombre , mediante el menosprecio de los defectos de poca monta , llega á familiarizarse con los de mayor importancia , y rodando de mal en mal en esa pendiente resbaladiza , rara vez deja de precipitarse en el abismo . El Espiritu Santo lo ha dicho : « El que desprecia las cosas pequeñas poco á poco caerá en las mayores (2). »

(1) Tract. 122. in Joan.

(2) Eccí. XIX. 4.

Como quiera, pues, V. H. M., que una experiencia constante ha demostrado que entre los infinitos ardidés de que el enemigo comun se sirve para sembrar en el ameno jardin de las esposas del Cordero la funesta semilla de la disipacion, y triunfar de unas almas en quienes Jesucristo reina como en su trono, el mas eficaz es hacerlas creer que en nada se oponen las culpas leves á su union íntima con el celestial Esposo, y que pueden llegar á la perfeccion de su estado á pesar de ciertos defectos que él desfigura con un barniz seductor, cumple hoy á mi deber manifestaros cuán engañadas viven las religiosas que alimentan semejante ilusion. ¡Oh! No, H. M., no es compatible el pecado venial, por ligero que querais suponerle, con una profesion tan sublime. No puede abrigar impunemente en su corazon unas ideas tan erróneas quien bajo su palabra se ha obligado á identificarse con Jesucristo, á imitar su vida y sus virtudes, á observar su doctrina en todos sus puntos, y á no separarse un ápice de sus enseñanzas. Y ved aquí lo que en el presente discurso me propongo evidenciar, á fin de que no caigais en el lazo que os tiende el espíritu tentador. Os haré ver que «el mirar con indiferencia las culpas leves envuelve para las almas consagradas á Dios en los claustros un gravísimo riesgo de perderse eternamente, por cuanto oponiéndose dichas culpas de una manera directa á la santidad de la perfeccion religiosa, agotan las fuentes de la liberalidad divina, é impiden la corriente de los auxilios del cielo tan indispensables para fomentar y sostener el espíritu de la observancia monástica.» ¡Ojalá fuese mi lengua bastante elocuente para hablar cual corresponde de este asunto! Todo lo espero de la bondad del Señor y de la intercesion de su purísima Madre, cuyo auxilio imploro saludándola con el ángel.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Entre los diversos asuntos que en estos dias de retiro espiritual vengo tratando, V. H. M., ninguno me ha afectado tanto como el

que hoy me propongo desenvolver. Si os digo que mi temor escede á todo encarecimiento, al considerar la facilidad con que se incurre en los pecados veniales, y en ciertos defectos al parecer ligeros; si os aseguro que he llegado á veces á desconfiar de la salvacion de muchas almas religiosas, viendo el incalificable descuido en que viven respecto de esto, acaso me calificareis de un rigorismo exagerado, ó de nimiamente escrupuloso. Y sin embargo, ni es escrúpulo, ni exceso de rigor lo que me inspira esos temores y engendra en mi alma esas desconfianzas. Es sí el convencimiento íntimo en que estoy de los funestísimos resultados que acarrea la indiferencia hácia esas faltas, cuando son plenamente voluntarias y deliberadas. Es que he medido el hondo abismo que abren delante de las personas consagradas á Dios. la dificultad casi estrema de que puedan precaverse de incurrir en culpas graves, y lo casi imposible que es sostenerse firmes en la pendiente en que se colocan sin rodar al precipicio.

Y desde luego, yo os pregunto: ¿habeis reflexionado bien lo que es un pecado venial? ¿Habeis meditado despacio la injuria que hace á Dios, especialmente cuando quien le comete es nada menos que una esposa suya ligada á él con tan fuertes vinculos, comprometida á servirle con tan solemnes juramentos, y obligada por mil títulos á aspirar á la perfeccion? ¿Habeis comprendido el daño que os causa á vosotras mismas, los riesgos que os ocasiona, los inconvenientes que os crea, las gracias de que os priva, los bienes de que os despoja? ¡Oh! Me inclino á creer que no todas habeis profundizado cual conviene este asunto. Pues bien, si considerais el pecado venial con respecto á Dios, por leve que en sí sea, por insignificante que querais suponerle, ¿dejará por eso de ser una ofensa hecha al que es esencialmente santo, al que aborrece y detesta la menor sombra de mal, al que en sus ángeles no pudo tolerar la mas pequeña mancha, al que castigó con una ruina eterna esos pensamientos de rebelion en aquellos espíritus criados para rodear su augusto sòlio? Siendo él infinitamente grande y poderoso, rey de cielos y tierra, y árbitro supremo del mundo, ¿no tiene un derecho indisputable á ser acatado, obedecido y servido por todas las criaturas, lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes, igualmente en los preceptos leves que

en los de mas gravedad? Y siendo nosotros respecto de ese Sér sin medida, cual si no fuésemos, viles pigmeos, insectos despreciables que reptamos entre el polvo, ¿nos atreveriamos á poner limites á su soberania, ó á designarle hasta dónde puede imponernos sus mandatos y prohibiciones? Suponed por un momento un súbdito que sin negar á su monarca la debida obediencia en las leyes de grande importancia, se atreviese á infringir con descaro sus disposiciones menos graves; que sin conspirar contra su trono ni hacer armas para cambiar la dinastía, ni tomar parte en las revoluciones dirigidas á trastornar sus estados y el orden de cosas existente, no tuviese empero dificultad en permitirse ciertas irreverencias hácia la persona inviolable del monarca y en faltar al respeto debido á su magestad; ¿creeis que seria menos punible su conducta y menos digna de ejemplar castigo? ¿Y no se acreceria incomparablemente mas la gravedad relativa de tamaño proceder si recayese en un cortesano, en un empleado en su régia morada, en uno de sus mas íntimos confidentes que hubiese experimentado frecuentemente los efectos de una predileccion especial por parte de su príncipe?

Hed abí trazada á grandes rasgos vuestra posicion, V. H. M., respecto del rey de las eternidades, del monarca inmortal de los siglos. Vosotras habeis sido objetos de una distincion especialísima; habeis sido admitidas á su mas íntima confianza; habeis sido colocadas en su augusta morada; vivís bajo su misma techumbre; y hartas pruebas teneis de la munificencia y liberalidad que con vosotras ha desplegado. Cierto que estais muy lejos de intentar siquiera nada que en materia grave pueda ofender su santidad infinita, su bondad inmensa, su magestad increada; cierto que aborreceis los pecados mortales, y su nombre solo basta á haceros estremecer de espanto. Empero, ¿pensais lo mismo respecto de las faltas veniales? ¿Sois tan escrupulosas en evitarlas? ¿Huis con tanto horror de incurrir en ellas? ¿No os dejais arrastrar fácilmente á ciertas maledicencias de poca monta, no alimentais ciertas aversiones al parecer de ninguna importancia, no os entregais á ciertas curiosidades que pasan á veces desapercibidas, no incurris en ciertas impaciencias de que no haceis mérito alguno, no cometeis en fin otros muchos defectos de

que os acusais frecuentemente sin dolor y en los que tornais á caer en breve sin el menor escrúpulo? ¿Y pensais que esas faltas no hieren hondamente el corazon de vuestro rey, de vuestro amante esposo? ¿Le creeis tan indiferente á vuestras infidelidades que no las castigue cual se merecen, pesadas en la balanza de su infinita justicia? ¿Ignorais, os dice San Gregorio Nacianceno, que la menor ruga ó lunar en vuestras almas os hace mas deformes y repugnantes á los ojos del que os eligió por esposas, que las mas profundas y asquerosas llagas en los que viven en el siglo? *¿Ignoras rugam tibi unam turpiorem esse quam maxima vulnera iis qui in mundo vivunt* (1)? ¡Ah! No digais, no, esclama San Agustin, que os basta para salvaros no incurrir en culpas graves; no digais que los defectos veniales no privan al alma de la gracia y amistad de Dios. Abunden en esos sentimientos los hijos del siglo, hablen así en buen hora los que por su estado no están obligados á caminar á la perfeccion evangélica. Pero vosotras que á ello os habeis comprometido solemnemente, vosotras que habeis hecho profesion de ser santas, vosotras que jurásteis eterna fidelidad á Jesucristo al aceptarle por esposo, ¿cómo osais adoptar semejante lenguaje? ¿No conoceis que vuestra ruina es inevitable si menospreciáis esos defectos que, aunque ligeros en sí mismos, os empujarán á cometer otros de mas entidad hasta hundiros en el abismo de la perdicion? *Ubi dixisti sufficit periisti*. Nada hay que mas funestamente influya en la ruina espiritual de las almas religiosas, que esa indiferencia hácia las faltas veniales. Con su perpetracion adquieren una propension casi irresistible á reiterarlas, llegan á perder todo temor de cometerlas, y llegado el momento de la tentacion, ¿quién las detendrá en el camino del mal? ¿Quién las dará la mano para levantarse de su postracion? ¿Quién las sostendrá para que no se deslicen de mal en peor hasta lo mas hondo del precipicio? ¿Acaso las enfermedades físicas que acarrean una muerte inevitable, no empiezan comunmente por dolencias leves, que descuidadas se hacen incurables? ¿Por ventura pequeñas causas no determinan y producen irreparables consecuencias, cuando no se trata de

(1) S. Greg. Nac. Orat. de Fuco.

combatirlas en su origen? Pues lo mismo sucede en el orden moral. Comiéncese por ligeras faltas de que no se hace mérito, y se concluye por pecados gravísimos. El alma sigue en este punto las leyes de gravitacion que en lo material se observa. De la cima de una elevada montaña despréndese una pequeña piedra, esta empuja á otra mayor, al impulso de la segunda pónese en movimiento otra de mayor volumen, y de esta suerte, rodando unas tras otras llegan con violencia hasta lo mas profundo del valle. Así el alma, dice San Gregorio, una vez empujada en la resbaladiza pendiente del pecado venial, jamás se para en el sitio donde primeramente se colocó, sino que añadiendo faltas á faltas, inclínase cada vez mas hácia el precipicio. *Nunquam anima quò cadit jacet* (1). ¿Y qué importa que la culpa venial no rompa totalmente los lazos que unen al alma con su Dios, si la separan de él, si la alejan insensiblemente de su amistad, si ponen cada dia obstáculos mas invencibles á sus beneficios, si aumentan progresivamente las dificultades para obrar el bien, y la inhabilitan para el ejercicio de las virtudes? Tampoco San Pedro abandonó totalmente á su divino Maestro en la terrible noche de su prision, y sin embargo, lejos de él, ¡cuán fácilmente decayó de su primitivo fervor, perdió su fortaleza, y en el momento del peligro llegó á renegar de él con horribles perjurios! ¿Hubiera él creído que tan próximo estaba á su caída, cuando pocas horas antes harto confiado en sí mismo protestaba morir antes que faltar á la fidelidad que debía á Jesucristo, y no escandalizarse de él aun cuando todos los demás huyesen cobardes? ¡Tan cierto es que el Señor en castigo de la indiferencia con que ciertas almas miran los defectos leves, las retira á veces su proteccion, las priva de sus gracias, abandónalas á sí mismas, y permite que esperimenten los funestos efectos de su gran miseria!

Llenos están los santos libros de pruebas harto concluyentes de esta triste verdad. ¿Qué crimen cometiera el gran Moisés para desmerecer entrar en la tierra prometida despues de tantos años de trabajos y servicios prestados al pueblo de Dios? Una ligera descon-

(1) S. Greg. Moral. L. 24.

Y si de este modo hablaba San Pablo respecto de los simples fieles que por su estado no habian contraido el deber de caminar á la perfeccion de la vida cristiana: ¿qué no podrá decirse de las religiosas, á quienes todo predica que deben ser perfectas como lo es el Padre celestial, porque así lo prometieron, porque para eso vinieron al cláustro, porque para eso exclusivamente se consagraron al servicio de Jesucristo con unos votos solemnes é irrevocables? No sin razon pues, aunque parezca exagerado, dijo San Juan Crisóstomo que las almas justas deben mirar con mayor aversion y horror los pecados veniales de costumbre que los mortales; por cuanto estos de suyo inspiran repugnancia y se evitan con facilidad, al paso que aquellos se temen poco, hacen pequeña impresion, cométense fácilmente, y colocan al alma en un estado de atonía en que no advierte el peligro que corre de precipitarse en el crimen. «No menospreciéis, pues, añadía San Agustin, los pecados leves porque sean tales, antes bien temed sus consecuencias, porque son muchos y su número podrá tal vez acarrearos la ruina, privándoos de las gracias necesarias para evitar otros mas graves.» Lo que para el cuerpo una pequeña úlcera que se deja pasar desapercibida en el principio, eso es el pecado venial para el alma cuando desde luego no trata de poner remedio. Al modo que aquella vá haciendo funestos progresos, adquiriendo mayores proporciones, profundizando mas y gangrenando la parte dañada hasta el punto de hacer imposible su curacion, así los defectos leves, minando y corroyendo el corazon con el hábito de cometerlos, hácenle insensible á la accion benéfica de los divinos auxilios, y por lo tanto incurable. No es mia, es de San Bernardo esta opinion: y San Agustin asemeja los defectos habituales á una especie de asquerosa escama, que, despojando al alma religiosa de su hermosura, la reducen á un estado de deformidad que la hace desagradable á los ojos del divino Esposo, é indigna de sus castos amplexos: *Sunt velut scabies, et nostrum decus ita exterminant, ut à sponsi amplexibus separantur* (1).

No insistiré mas en este punto, V. H. M.; creo que lo dicho

(1) S. Aug. Hom. 50. c. 3.

bastará á convencerlos del gran peligro que envuelve para las personas consagradas á Dios la indiferencia hácia los pecados veniales y faltas leves, por cuanto oponiéndose directamente á la santidad de la profesion religiosa, secan las fuentes de la liberalidad divina, é impiden la corriente de los auxilios del cielo, tan indispensables para fomentar y sostener el espíritu de la observancia monástica, que es lo que me propuse demostraros.

Huid, pues, cuidadosamente de todo aquello que en lo mas mínimo contrarie los inefables designios que sobre vosotras formó vuestro divino Esposo. Temed mas que la muerte desagradarle, siquiera sea en materia ligerísima, pues digno es de que le améis con todo vuestro corazon quien pruebas tantas os ha dado de su entrañable amor. ¿Y cómo pudiérais decir que le amábais sin reserva, que érais totalmente suyas, si en ocasiones dadas nouviéseis dificultad en hacer, pensar ni desear siquiera lo que sabeis serle sumamente sensible? «Si me amais, decia Jesucristo á sus apóstoles, observad mis mandamientos.» Ved pues lo que á vosotras os repite á cada momento: Si me amais mostrádmelo prácticamente, observando lo que conmigo habeis pactado, entregándoos á mí con todos vuestros afectos, cumpliendo los juramentos que me hicisteis, procurando agradarme en todo tiempo, evitándome el menor disgusto, y no dándome el mas leve motivo de queja; porque soy un Esposo celosísimo, y no puedo tolerar la mas pequeña ofensa, el mas lijero desvio, la mas insignificante deslealtad.» Practicadlo así, V. H. M., no os hagais indignas de la alta honra que os cupo de ser las esposas de un Dios; no le obligueis á que se divorcie de vosotras denegándoos las pruebas de cariño que hasta ahora os ha dado; no le ahuyenteis con vuestras infidencias; antes bien estrechad cada dia mas los lazos que con él os unen, trabajad por merecer nuevos favores, haced continuos sacrificios por conquistar su amor, único medio de llegar á ocupar un dia un lugar distinguido en su reino celestial y disfrutar de su divina presencia por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA EL SÉTIMO DÍA DE RETIRO ESPIRITUAL.

ACCION PERNICIOSÍSIMA DE LA ADHESION Á LA PROPIA VOLUNTAD EN LAS PERSONAS CONSAGRADAS Á DIOS CON LA PROFESION RELIGIOSA.

Multa fecisti tu Domine Deus meus mirabilia tua... Sacrificium et oblationem noluisti: aures autem perfecisti mihi. Tunc dixi: Ecce venio, ut facerem voluntatem tuam; Deus meus, volui, et legem tuam in medio cordis mei.

Muchas son las maravillas que en mí habeis obrado, oh Señor Dios mio. No aceptásteis en verdad mis sacrificios y ofrendas, pero me disteis oídos para escuchar vuestros llamamientos. Entonces dije: Aquí estoy para hacer en todo vuestra voluntad. Esto deseé siempre, y tengo vuestra ley grabada en medio de mi corazón.

PSALM. XXXIX. 6, 8, 9.

VENERABLES HERMANAS MÍAS: ¡Cuán dichosos seríamos todos si con el acento de la mas profunda convicción pudiéramos repetir las palabras del real profeta que acabais de oír de mis labios! Recordaba aquel piadoso monarca los grandes beneficios que recibiera del Señor en las difíciles y azarosas circunstancias de su vida; meditaba los peligros de que le habia libertado su omnipotente diestra, y los grandes rasgos de protección que en favor suyo desplegara, sacándole del inmundo cieno del vicio y trayéndole al camino de la virtud; y considerando cuánto debia á su infinita bondad, esclamaba enternecido: «Muchas son las maravillas que en mí habeis obrado, oh Señor y Dios mio. No hay quien pueda asemejarse á vos en sus designios. Verdad es que no quisisteis aceptar mis sacrificios y oblaciones, pero me disteis en cambio un oído perfecto para escuchar vuestros llamamien-

»tos divinos. Entonces dije: aquí estoy para hacer en todo vuestra
»voluntad. Esto deseé siempre y tengo vuestra ley grabada en me-
»dio de mi corazon:» *Multa fecisti tu, Domine Deus, mirabilia*
tua... Sacrificium et oblationem noluisti: aures autem perfecisti
mihí. Tunc dixi: ecce venio, ut facerem voluntatem tuam. Deus
meus, volui, et legem tuam in medio cordis mei. Nadie con mas
razon que vosotras, vírgenes del Señor, está en el caso de apreciar
en su justo valor estas sublimes palabras. ¡Cuántas maravillas, qué
de prodigios no ha obrado en vosotras la bondad infinita de vuestro
Dios! ¡Con qué prodigalidad tan desmedida ha derramado en vues-
tros corazones los tesoros de su gracia! ¡Cuán visiblemente ha osten-
tado en vuestro obsequio las riquezas de su amor! ¡De cuán graves
peligros no os ha librado, arrancándoos del seno de esa Babilonia
maldecida, y trayéndoos dulcemente con los lazos de su caridad al
recinto de la inocencia y de la virtud! Si en el siglo no quiso acep-
tar vuestros sacrificios y ofrendas, fué sin duda porque os reservaba
para sí, porque os tenia destinadas á morar en su santa casa y á ser
sus esposas predilectas. Por eso os dió atento oído para que escuchá-
seis la voz interior que os llamaba al silencioso retiro de los cláustros,
y vosotras, dóciles á esa vocacion sublime, disteis un eterno adios al
mundo, renunciásteis sus pompas y vanidades, os despojásteis de los
adornos seculares para vestir esa mortaja, os consagrásteis al servi-
cio y amor de Jesucristo y dijisteis: «Henos aquí dispuestas á hacer
siempre vuestra voluntad.»
¡Sacrificio heróico! ¡Sublime abnegacion! Empero ¿han corres-
pondido vuestras obras á esta promesa tan laudable? ¿Podeis decir
sinceramente que habeis buscado siempre la voluntad suprema de
Dios, sensibilizada en las órdenes de vuestros superiores, y que no os
habeis dejado seducir y arrastrar nunca por una adhesion indebida á
vuestra voluntad propia? Disimulad, M. V. H., si en cumplimiento
de la mision que ejerzo me atrevo á dirigiros esta pregunta. Lo hago
impulsado únicamente por el deseo de vuestro bien, convencido como
estoy de que no hay arma mas poderosa ni que con mas positivas ven-
tajas maneje el enemigo común de vuestras almas que inspiraros un
afecto desordenado á vuestro propio querer, por cuanto sabe que de

este modo, minando sordamente el edificio espiritual de la perfeccion religiosa, le es muy fácil despues destruirle por completo. Con un acto de voluntad propia trastornó en el primitivo Eden todo el plan de la creacion, introduciendo en el mundo el desórden, la rebelion y toda clase de desgracias, cuyos efectos viene llorando la humanidad á través de tantos siglos, y no por otra via intenta renovar de continuo escenas muy parecidas en el misterioso paraíso de la inocencia y del candor, donde las vírgenes cristianas buscan un asilo contra las arterias de la astuta serpiente. Harto persuadido de su impotencia para rendir esas fortalezas con las armas del placer, de la sensualidad, de la ambicion y otras de este temple, que con facilidad se embotan contra unos corazones satisfechos con poseer á Dios y disfrutar de las invisibles delicias de su amor, el leon del averno combátelas con ideas de orgullo y de independencia, trabaja por crear en sus inteligencias deseos de sacudir el yugo de la sumision á la agena voluntad, abulta en su imaginacion las proporciones de esa esclavitud moral en que se han constituido espontáneamente, y nada omite por arrastrarlas á emanciparse de la ley de la obediencia que solemnemente aceptaron. ¡Y cuántas víctimas no sacrifica ante las aras de ese ídolo seductor! ¡Qué hondas heridas no abre en el corazon de las esposas de Jesucristo! ¡Cuán funestos triunfos no consigue por este medio!

Hé aquí lo que hoy me propongo manifestaros, V. H. M., poniendo á vuestra vista el repugnante cuadro de la propia voluntad, trazando á grandes rasgos la accion perniciosísima de este vicio en las almas consagradas á Dios con la profesion religiosa, y deduciendo de aquí el esmero con que deben evitarle para poder llegar á la cumbre de la perfeccion.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

No parece sino que todos los fundadores de las órdenes religiosas tomaron por punto de partida aquellas memorables palabras del Es-

píritu Santo: «No camines en pos de tus deseos y huye siempre de tu propia voluntad (1),» al observar la uniformidad con que en todas ellas se ha asentado como base del edificio espiritual el voto de la obediencia, único medio de precaver los funestos resultados de ese desórden, bastante por sí solo para impedir á las almas llegar á la cumbre de la perfeccion. Con el mundo empezó y solo con el mundo acabará de ejercer su accion perniciosa ese mal endémico y hereditario que en legado nos dejara un padre criminal. Desde el momento en que éste, prefiriendo su voluntad propia á la voluntad soberana de su Criador, traspasó el precepto que le impuso de no tocar al árbol de la ciencia del bien y del mal, la humanidad entera viene gustando sus amargos frutos. La rebelion, el desconcierto, la perturbacion, el desórden, la anarquía que reina en el sér racional, y que pasando del individuo á la sociedad pone en combustion los pueblos, y trastorna las naciones, y enciende en los reinos la tea de la discordia, y hunde los tronos, y hace rodar por el suelo las cabezas de los principes, y convierte las poblaciones en campos de batalla, y destruye todo lo existente, y siembra por do quiera ruinas, todo ello procede de esa fuente envenenada, surge de ese principio funesto, brota de esa raiz corrompida. El infierno mismo, en espresion de San Bernardo, no ensanchó sus senos sino á impulso de ese fatal desórden. La voluntad propia fué la llave que descerrajó las puertas de aquel inconmensurable abismo, y ella es tambien la que en ellos arrojó esa innumerable multitud de victimas que gimen sin esperanza en sus horrendas cavernas; tanto, que al decir del mismo Santo Doctor, el imperio de Satanás cesaria en el momento en que aquella cesase de ejercer su influjo sobre la humanidad. *Cesset propria voluntas et infernus non erit* (2). Quizás pudiera creerse hiperbólica esta espresion, pero el P. San Agustin, cuyo privilegiado ingenio y profundo saber han admirado todos los siglos, abundó en esta misma opinion, cuando muchos siglos antes dejó consignado en sus luminosos escritos, que el demonio no debió su procedencia á

(1) Eccí. XVIII. 30.

(2) S. Bern. de ord. vit.

otro origen, puesto que por querer que su voluntad propia predominase sobre la del Altísimo, fué arrojado de la cumbre del Empireo, arastrando en su caída á todos los demás espíritus que se asociaron á su loco pensamiento y tomaron parte en la conspiracion: *Diabolus propria voluntate factus Diabolus invenitur* (1).

Era pues lógico y consecuente que aquel ángel rebelde, cuyos destinos cambiaron súbitamente haciéndose el enemigo irreconciliable de Dios y de la humanidad, hiciese á estos la guerra con las mismas armas que él fué vencido, como que ninguna otra podia ser mas eficaz y poderosa para triunfar de ellos, ninguna le ofrecia resultados mas seguros y positivos. En este concepto viene siendo la propia voluntad el instrumento de que aquel se sirve para hacer caer á los hombres en toda especie de crímenes, para rebelarlos contra su Creador, para obligarlos á quebrantar sus leyes, para empujarlos en la pendiente de los vicios, para esclavizarlos al imperio de las pasiones, para reinar sobre ellos despóticamente, para echar por tierra el edificio de la virtud, y muy especialmente para destruir por sus bases el sistema de la santidad y de la perfeccion religiosa. Y en efecto, V. H. M., en ninguna parte como en los cláustros se ven y palpan los efectos de la propia voluntad, porque tampoco con ninguna otra clase de personas esgrime el demonio mas diestramente esa arma fatal, que con las almas consagradas al Señor con los votos monásticos. Como quiera que perdiendo la gracia no perdió la sabiduría ese ángel de tinieblas, conoce bien el flanco débil por donde debe atacar á aquellos que se propone someter á su imperio, y en su consecuencia á cada uno le presenta los objetos mas seductores y halagüeños y que mas poderosamente le impresionan. Al que vé propenso al deleite sensible combátele con los placeres de la voluptuosidad; al que observa adherido á los bienes terrenales preséntale el oro y las riquezas para deslumbrar su imaginacion y corromper su alma; al orgulloso le ataca con los honores y dignidades; al intemperante con los objetos que escitan la gula; y así respectivamente en los demás. Pero ¿qué resultados obtendria con estos medios, de unas almas á quienes ni los

(1) S. Aug. ap. Lig. loc. cit.

goces del mundo halagan, ni las honras las seducen, ni las deslumbra el oro, ni la gloria tiene para ellas el menor encanto, muertas como están para el siglo, indiferentes á todas sus vanidades, crucificadas con Jesucristo, y con él identificadas como víctimas ilustres que todo lo han sacrificado ante sus aras, haciendo de la pobreza su tesoro, de la castidad su joya mas preciada, de la abnegacion su patrimonio, del padecer su delicia, de las privaciones su dicha, del retiro su mayor placer, y de su oscuridad un escudo impenetrable contra los tiros del mundo? ¡Ah! Nada en efecto aprovecharia á Lucifer poner en juego esos resortes: pero cuenta con otro mas poderoso aun, mas temible, mas eficaz, y que por desgracia le dá resultados indudables. ¿Y cuál es? La propia voluntad. Hed ahí la infernal máquina de que se sirve con éxito para destruir los baluartes que el claústro opone á la realizacion de sus proyectos: hed ahí la llave que le franquea las puertas de esa ciudad amurallada. No necesita de otros proyectiles para rendir las fortalezas al parecer mas inespugnables. Inspira á las almas religiosas deseos de reasumir los derechos de que hicieron espontánea cesion con el voto de obediencia; despierta en ellas aspiraciones de loca independencia; trabaja por hacerlas intolerable el yugo de la agena voluntad; empújalas á quebrantar esa coyunda que las somete á estrañas influencias, y de este modo consigue de ellas lo que de otra suerte le seria imposible. ¡Y qué de triunfos no reporta diariamente con ese ardid seductor! Lo que en el primitivo Eden hiciera con nuestros primeros padres, renuévalo de continuo en el paraiso de los claústros. Sabe que entre todos los sacrificios del alma religiosa ninguno hay tan sublime como el que hace de sí misma prometiendo obediencia á sus superiores y abnegándose hasta el estremo de no poseer voluntad propia. Comprende que esa es la gran ciencia de la religiosa, la sublime sabiduria del evangelio, el secreto misterio de la perfeccion y de la santidad cristiana. En su consecuencia, viendo á esas almas harto felices con la posesion de unos dones que las hacen positivamente ricas, envidioso de una dicha que él perdió por su orgullosa arrogancia, acércase á ellas y las dice: «¿Por qué habeis inmolado vuestra voluntad ante las aras de la religion? ¿Por qué habeis hecho cesion de unos derechos

inalienables? ¿Por qué os habeis sometido á un yugo que os envilece y degrada? ¡Ah! ¿Temeis morir si sacudís esa intolerable servidumbre? No: no moriréis, antes bien en el día que gustáreis los frutos deliciosos del árbol de la independencia, en el momento en que renunciéis á esa tiranía que sobre vosotras pesa, tan luego como reconquistáreis vuestra dignidad y la nobleza de vuestros destinos, abriránse vuestros ojos y llegareis á ser casi dioses: *Nequaquam moriemini.... Eritis sicut Dei.* ¡Palabra cruel! ¡Dardo envenenado! ¡Qué de heridas tan profundas no abre en el corazón! Ella sola basta á veces para labrar la ruina espiritual de las almas mas cimentadas en la virtud. No há menester Satanás hacer grandes esfuerzos para conseguirlo. Una vez arrojada esa maldita semilla, ella de por sí se desarrolla, crece y dá frutos abundantes de perdicion. Entonces la propia voluntad, convirtiéndose en agente fiel de aquel genio infernal, encárgase de llevar á cabo sus planes, y los realiza sin necesidad de otro auxilio, como dijo muy bien San Juan Climaco: *Qui sibi dux esse vult, spreto duce proprio, non jam indiget dæmone tentante, quia ipse factus est dæmon sibi* (1). Dejad, en efecto, que una religiosa se confie á la direccion de esa potencia ciega, é indudablemente la vereis precipitarse en el abismo del mal. Dejadla que se lance sin otro auxilio á ese bajel frágil y quebradizo, y no tardareis en verla sumergirse en el anchuroso mar de la disipacion, y ser juguete de las olas de la volubilidad y de la inconstancia. Dejadla que se abandone á la incierta carrera de ese brioso corcel, y faltándola el freno de la obediencia bien presto la vereis estrellarse contra los escollos, y rodar de precipicio en precipicio hasta un total abandono de sus deberes. Dejadla en fin que se rija por las reglas de su propia voluntad, y no habrá inconveniente que no salve, ni ley que no traspase, ni mandato que no desprecie, ni derecho que no desconozca, ni valla que no salte, ni deber que no descuide, ni objeto alguno por sagrado que sea que no mire con indiferencia á trueque de satisfacer esa propension, ese deseo, esa aspiracion de libertad que la enloquece. ¡Desgraciada! ¿Adónde vas?

(1) S. Bern. ap. Lit. loc. cit. (2) Tricen. in Prov. Reg. (3) S. J. Clim. ap. Gers. de vis. Cl. 3.

¿Hacia dónde caminas? ¿Cuál es el término que te has propuesto? ¿Has medido la profundidad del abismo que has abierto á tus pies? ¿Has calculado hasta dónde puede arrastrarte tu propia voluntad en su violento empuje, una vez colocada en ese terreno resbaladizo? ¿Has pensado en la injuria que haces á Dios, robándole sacrilegamente lo que en el día de tu profesion le donaste con entera libertad, y disputándole el dominio de lo que ya dejó de pertenecerte? Pues tal haces en sentir de San Bernardo; tan horrendo es el crimen que cometes cuando así obras: *Nullum sacrilegii crimen deterius est, quam in voluntate Deo semel oblata reaccipere potestatem* (1). Por eso el demonio en su infernal astucia trabaja tanto para inutilizar los efectos de la obediencia religiosa; por eso nada ódia con mas encarnizamiento que ese sacrificio de la propia voluntad; por eso, en fin, no descansa y ningun medio omite á trueque de lograr que las almas consagradas á Dios en el cláustro se hastien de ese deber, se cansen de soportar ese yugo, miren con horror esas cadenas, y se resuelvan á despedazarlas para obrar libremente y sin trabas: *Nihil est quod diabolus plus oderit quam obedientiam* (2).

¡Y cuán funestas son en todos conceptos las consecuencias de este desórden! Él es el que amarga la existencia de unos seres que debieran gustar anticipadamente de la calma y bienandanza á que aspiran en el cielo, viviendo en la tierra como ángeles. Él es el que envenena en unos corazones consagrados á Dios el gérmen de todas las virtudes y de todas las prácticas espirituales. Él es el que convierte en asilos de perturbacion y desasosiego los albergues de la paz y de la concordia. Si la caridad fraternal huye de los cláustros, si la union desaparece de la morada de las esposas del Señor, si la envidia cunde, y la rivalidad fermenta, y las aversiones se acrecen, y las antipatías se eternizan, y la murmuracion hace crueles estragos, y el espíritu religioso se entibia, y la observancia regular sufre pérdidas irreparables, y no hay virtudes sólidas y solo sí apariencias engañosas de una perfeccion que á veces no existe, ¿de

(1) S. Bern. ap. Lig. loc. cit.

(2) Tritem in proleg. Reg. S. Bonav.

dónde procede todo ello sino de la adhesión desordenada á la propia voluntad? *Unde turbatio nisi quia propriam sequimur voluntatem* (1)? Quisiera una tener un confesor mas acomodado á sus gustos: anhelaria otra desempeñar un oficio mas análogo á su carácter; desearia aquella ejercitarse en obras mas adecuadas á sus aspiraciones: apeteceria esta practicar ciertas mortificaciones que seducen su amor propio; y en esa lucha de diversas voluntades, en ese combate campal de opuestos deseos, en ese choque violento de aspiraciones distintas, el alma pierde la calma y el reposo, experimenta una repulsion constante, en nada encuentra hartura, todo la disgusta; y cuando la ley de la obediencia llega á derribar esos ídolos que cada cual se forjára, surge la insubordinacion, la resistencia toma un carácter alarmante, y si tal vez no son tan visibles como pudieran serlo los estragos ocasionados en la vida espiritual, no por eso dejan de ser harto reales y positivos, y de consecuencias lamentables. Y entonces, ¿què importa, decia San Euquerio, que en los claústros reine el silencio de los sepulcros y la aparente tranquilidad de los desiertos, si en el fondo de sus moradores ruge la tempestad de las pasiones, y el rayo de la propia voluntad desgaja los altos cedros de la virtud, y echa por tierra el edificio de la santidad? *Quid prodest si in loco quies et silentium sit, et in habitatoribus collectatio passionum; si exteriora serenitas teneat et interiora tempestas* (2)?

No es, pues, de estrañar, V. H. M., que Dios aborrezca tanto ese desórden, y le castigue con la mayor severidad. Aun en la antigua ley manifestó visiblemente cuánto le repugna la adhesión á la propia voluntad cuando esta aspira á sobreponerse á la voluntad divina. Un rasgo, entre otros muchos, nos han trasmitido los libros santos, que pone de manifiesto esta verdad terrible. Habia mandado el Señor á Saul por medio de Samuel que destrozase los ejércitos de Amalec, sin perdonar á hombre ni mujer, hasta á los muchachos y niños de pecho, prohibiéndole espresamente el reservar cosa al-

(1) S. Bern. loc. cit.

(2) S. Euch. Hom. 9. ad monach.

guna de sus bienes y ganados. Saul empero, si bien cumplió con el precepto de Dios esterminando completamente á los Amalecitas y pasando á cuchillo á todo el pueblo, perdonó, no obstante, á su rey Agag, y reservó los mejores rebaños de vacas y ovejas y todo lo bueno que encontró entre el botin. Entonces habló el Señor á Samuel, y le dijo: Pésame de haber hecho rey á Saul, porque me ha abandonado y no ha ejecutado mis órdenes. Fué, pues, el profeta en busca del rey, y habiéndole encontrado en el acto de ofrecer al Señor un holocausto de las primicias del botin que habia traído de los Amalecitas, díjole: ¿Por qué no has obedecido la voz del Señor, y contra su espreso mandato has pecado en su presencia reservando estos despojos de los enemigos? Y habiendo contestado Saul que lo habia hecho con el fin de ofrecer un sacrificio, replicóle Samuel: ¿por ventura el Señor no estima mas que los holocaustos y las víctimas el que se obedezca á su voz? Mas vale la obediencia que los sacrificios, y el ser dócil importa mas que la grosura de los carneros. Porque el desobedecer es como un pecado de mágia y como un crimen de idolatría el no someter la voluntad. Por lo tanto, ya que tú has desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado á tí y no quiere que seas ya rey: *Pro eo quod abjecisti sermonem Domini, abjecit te Dominus ne sis rex* (1).

Pues bien, V. H. M., si tan severo se mostró Dios con aquel príncipe por un acto de propia voluntad, hasta el estremo de rechazar sus ofrendas, de mirar con repugnancia las víctimas que le ofrecia y de privarle del trono de Israel, ¿cómo no temblais experimentar análogos castigos, cuando menospreciando la voz del cielo simbolizada en vuestros superiores, seguís vuestros caprichosos deseos y haceis vuestra voluntad aun cuando sea en las cosas al parecer mas laudables? ¡Ah! ¿Pensareis que entonces le sean gratos vuestros sacrificios y aceptables vuestras ofrendas? No, dice el P. San Gregorio, aludiendo al pasage antes citado, puesto que las religiosas que incurren en semejante falta contra las órdenes espresas ó tácitas de sus superiores, cometen en cierta manera un pecado de idolatría,

(1) I. Reg. XV. 23.

(1) S. Hieron. loc. cit.
(2) S. Eucher. Hom. 3. ad monachos.

haciendo de su propia voluntad un ídolo á quien inciensan, una deidad á quien rinden culto indebido: *Quasi peccatum ariolandi est repugnare, quia cordis sui superbis adinventionibus credunt et prælatorum consiliis refragantur* (1). Tratad en buen hora de reivindicar unos derechos que solemnemente renunciásteis, adherios á vuestro propio querer, obrad conforme á vuestras desordenadas aspiraciones, sacudid el yugo de la obediencia, robad al Señor lo que es suyo desde el momento que se lo consagrásteis en el dia de vuestra profesion; y entre tanto, adormidas en una funesta ilusion, continuad mortificando vuestros sentidos, multiplicando los rigores de la penitencia, orando sin intermision, imponiéndoos amargas privaciones y ejercitando cuantas obras de virtud os plazca. ¡Y qué! ¿Pensais que esto os bastará para merecer las recompensas celestiales? ¡Engaño cruel! dice San Bernardo. ¿No veis que vuestra propia voluntad con su envenenado ambiente seca, marchita y esteriliza todas esas plantas, haciendo infecundas unas obras que sin ella os valdrian un premio incalculable? *Grande malum propria voluntas, qua fit ut bona tua tibi bona non sint* (2). Y tanto es así, que aun cuando poseyéseis la pureza de los ángeles, y fuéseis humildes sin medida, y lleváseis el fervor de vuestra caridad hasta el mas alto heroismo, y no hubiese en vosotras el mas leve afecto á las cosas terrenales, y practicáseis abstinencias mas rígidas que los antiguos moradores del desierto, y redujéseis vuestros miembros á la mas dura esclavitud, y os remontáseis como San Pablo al tercer cielo en alas de la contemplacion, de poco ó nada os serviria todo ello si fuese impulsado y ejecutado por un mero capricho de vuestra voluntad sin sujecion á la obediencia. Llegaria el dia de comparecer al tribunal del supremo Juez, y en vista del ningun mérito que este haria de vuestras buenas obras, os veriais obligadas á esclamar como aquellos de quienes habla Isaias: «¿Cómo es que ayunámos y no os dignais tomarlo en cuenta? ¿En qué consiste que habiéndonos afligido y mortificado, os mostrais indiferente?» Entonces se os responderia:

(1) S. Creg. in C. XVI. lib. 4. Reg.

(2) S. Bern. loc. cit.

«Poco es que hayais vivido en lo demas cual cumple á verdaderas religiosas; de nada importa que os hayais privado de todos los placeres del mundo y de los mas inocentes goces por mi amor; en vano es que hayais asistido con puntualidad á los divinos oficios, frecuentado la oracion, recibido diariamente el pan celestial, vivido en el mas profundo retiro y practicado toda clase de ejercicios espirituales. Todo ello es de suyo bueno, laudable, meritorio; empero he encontrado vuestra propia voluntad como primero y único móvil de esas acciones; he visto predominar en ellas vuestro capricho; nada de todo eso habeis hecho con entera subordinacion á los preceptos de vuestros superiores; para nada habeis contado con su consejo y voluntad; y por lo tanto no lo acepto, me repugna, y solo me merece el mas alto desprecio: *Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra* (1).

Basta, V. H. M.; no quiero proseguir esta induccion terrible. Dejo á vuestra consideracion esta verdad tan digna de ser meditada reflexivamente por vosotras. En el retiro de la oracion trasladadas espiritualmente al supremo tribunal de Jesucristo, consideraos llamadas á darle cuenta de vuestra vida, y ved si estariais en el caso de responder de un modo satisfactorio en el punto en cuestion. ¡Dichosas vosotras si podeis decir que en todo habeis cumplido la voluntad divina manifestada por el conducto de vuestros superiores! ¡Felices si no habeis hecho á vuestro celestial Esposo la grave injuria de disputarle los derechos que espontáneamente le cedisteis! ¡Bienaventuradas si jamás habeis quebrantado las promesas que formaron la estipulacion solemne de vuestra union con Jesucristo! Mas si por el contrario, habiendo renunciado hasta el derecho de disponer de vosotras mismas, incurristeis en la grave falta de reivindicarle, reclamando el uso de una voluntad que no os pertenece desde que vuestros labios prometieron ciega obediencia á vuestros preladados, y rigiéndoos por ella contra las órdenes supremas, ¡ah! entonces bien podeis consideraros desgraciadas é indignas del amor de un Dios que habiéndose hecho hombre por obedecer los decretos de su Eterno

(1) Isaiaë LVIII. 3. et seq.

Padre, jamás en el mundo hizo su propia voluntad , y en todo y por todo cumplió la de aquel que le enviara. Tiempo es todavía , H. M., de enmendar los errores en que hayais incurrido; ocasion oportunísima se os ofrece en este santo retiro; no dejeis pasar en vano estos dias de salvacion; aplicaos á reformar vuestras costumbres; tornad á vuestro primitivo fervor; doleos de haber faltado á vuestros compromisos; renunciad completamente á vuestra voluntad; jurad no hacer en adelante sino la voluntad divina; sostened hasta el fin de vuestros dias este firme propósito, y el Señor aceptará vuestros sacrificios y recompensará vuestras virtudes con una perdurable inmortalidad.

SERMON

PARA EL OCTAVO Y ÚLTIMO DÍA DE RETIRO ESPIRITUAL.

DICHA INDEFINIBLE QUE EN LOS SUPREMOS INSTANTES DE LA MUERTE ESPERIMENTARÁ LA RELIGIOSA FIEL Á SUS DEBERES CON EL TESTIMONIO DE SU CONCIENCIA, Y CRUELES ANGUSTIAS QUE ATORMENTARÁN Á LA QUE NO HA VIVIDO CUAL CUMPLE Á SU VOCACION.

Veni de Libano, sponsa mea, veni: coronaberis de capite Amanae, de vertice Sannir et Hermon, de cubilibus leonum, de montibus pardorum.

Ven, esposa mía, descende del Libano, abandona la cima de Amaná, las cumbres de Sanir y de Hermon, guarida de leones y asilo de leopardos, y ceñiré tus sienes con una diadema inmortal.

CANT. IV. 8.

Posui te in monte sancto Dei... et peccasti; et ejeci te de domo Dei, et perdidisti te.

Yo te coloqué en el monte santo de Dios, y pecaste; por lo cual te arrojé de la casa del Señor y te reprobé.

EZECH. XXVIII. 14 ad 16.

No puedo ponderaros, V. H. M. lo afectado que en este momento se encuentra mi corazón. ¡Qué lucha tan terrible experimenta! ¡Qué ideas tan opuestas le agitan! ¡Qué pensamientos tan contrarios se cruzan en mi mente! Después de haberos manifestado en estos días de retiro espiritual que hoy concluyen, las excelencias y ventajas de la vocación religiosa, los graves deberes que lleva consigo, los compromisos de la más alta consecuencia que á ella están vinculados, las grandes virtudes que exige, y cuanto más conducente me ha parecido para renovar en vosotras el fervor y la observancia de vuestras

leyes, próximo ya á separarme de vosotras quizás para no volver á dirigiros la palabra, desearia dejaros recuerdos indelebles de estos dias de salvacion que el Señor en su infinita misericordia os ha concedido. Pero al querer fijar el asunto de mi última exhortacion, hállome perplejo y pensativo y apenas acierto á decidirme. Sin embargo, una vez consignada mi primera idea en los dos testos de los Santos libros que propuse por tema, fuerza es desenvolverla como corolario de todo lo que en los discursos precedentes vengo esponiendo.

— Dos cuadros muy distintos se presentan á nuestra vista en las antedichas palabras. En primer término contemplo al alma religiosa, fiel en el cumplimiento de sus deberes, próxima á partir de este mundo, arrebatada en un indefinible éstasis en vista de las recompensas que la esperan, y escuchando la dulce voz de su amado que la dice: «Ven esposa mia, descende del Libano, abandona la cima de Amana, las cumbres de Sanir y de Hermon, guaridas de leones y asilos de leopardos, ven, y ceñiré tus sienes virginales con una diadema inmortal: *Veni de Libano, sponsa mea, veni: coronaberis de capite Amana, de vertice Sannir et Hermon, de cubilibus leonum, de montibus pardorum.* En segundo término veo á la religiosa que no vivió conforme al espíritu de su vocacion, tocando ya las lindes de la eternidad, y cercana á comparecer ante el supremo Juez, que con rostro airado y estremecedor acento la dice: «Yo te coloqué en mi monte santo para que allí te perfeccionases, y no obstante pecaste; por lo tanto, te arrojé de la casa de Dios y te reprobé:» *Posui te in monte sancto Dei, et peccasti; et ejeci te de domo Dei, et perdidit te.*

— ¡Qué contraste tan terrible! ¡Qué antítesis tan espantosa! ¿No es cierto que sola su enunciacion os ha llenado de saludable estremecimiento? ¡Ah! Sí: harto lo manifiestan vuestros semblantes; conozco que os he impresionado fuertemente, mas no me arrepiento de ello. ¡Dichoso yo, por el contrario, si desenvolviendo esas dos grandes é importantísimas verdades, lograrse alentar á las almas fervorosas que me escuchan á continuar constantes por el camino de la perfeccion, y despertar á las tibias y adormecidas en el letargo de

la indiferencia! Entonces daría por bien empleadas mis tareas en estos días; nada me restaría que ambicionar en recompensa de mi celo; mis aspiraciones quedarían completamente satisfechas, y mi mayor gloria sería poder deciros con San Pablo, que érais mi gozo, mi corona, y las señales inequívocas de mi apostolado. Al efecto, V. H. M., voy á conducirlos en espíritu á los últimos momentos de vuestra existencia, voy á colocarlos al borde de aquella tumba que forma la línea divisoria entre el tiempo y la eternidad; voy en fin á pintarlos la muerte de la religiosa que ha llenado bien sus deberes, y la de la que ha vivido descuidada en el servicio del Señor; «mostrándoos por una parte la suprema dicha y el encanto indefinible que en aquellos postreros instantes causa á las almas justas el testimonio de la buena conciencia, y por otra los horribles temores y las incomprendibles angustias que el convencimiento del mal obrar produce en las almas que no correspondieron al gran beneficio de su vocación.»

¡Dios mio, luz de luz, manantial perenne de sabiduría, hoy mas que nunca necesito de vuestros auxilios, y los solicito con toda la efusion de mi alma, etc.!

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Nada hay, V. H. M., que inspire pensamientos tan melancólicos como la muerte. A esta sola palabra un terror involuntario embarga nuestra alma. El aparato lúgubre con que desde nuestra infancia estamos acostumbrados á mirarla; la idea de una próxima destruccion que va á arrojarnos en el polvo de un sepulcro; la incertidumbre de los futuros destinos de un alma inmortal que sobrevive á la disolucion de este sér complejo, y otras mil consideraciones que surgen espontáneamente de esa idea, todo contribuye poderosamente á dar el mas sombrío colorido, y á recargar las tintas de este cuadro, especialmente respecto de aquellos que tienen puesta su esperanza en

la vida presente, y no han suspirado nunca por aquella consoladora inmortalidad reservada al justo en otra vida mejor. Pero ¡cuán distinto es el aspecto bajo el cual se muestra á los ojos del que ha vivido siempre en esa dulce esperanza! ¡De qué manera tan diferente la miran aquellas almas engrandecidas por la religion que han sabido sofocar los terrores de una naturaleza débil con la costumbre de meditar continuamente en estos instantes supremos! Y sobre todo, ¡qué de delicias, qué de encantos tiene para las fieles esposas de Jesucristo, para las religiosas que han vivido conforme al espíritu de su vocacion! ¡Ah! ¿Cómo han de temer la muerte, cómo se han de aterrorizar ante el sepulcro ellas que ni un solo dia dejaron de prepararse para recibir el anuncio, ellas que ni una sola vez se entregaron al sueño sin pensar que aquella noche podia ser la última de su existencia, ellas que jamás vieron nacer el sol ni ocultarse en el ocaso sin repetirse á sí mismas: hemos de morir? Y tanto menos debe ocasionarlas pesentimientos tristes esta idea, cuanto que familiarizadas con ella por un dulce hábito, solo se ocuparán de la dicha que las espera, viendo rayar la aurora de aquel dia eterno que ha de reemplazar en breve á las tinieblas de una vida miserable y abundante en peligros.

Yo me figuro, V. H. M., una religiosa que tiene la conciencia de su fidelidad á las promesas que hiciera al Señor, avocada á ese trance crítico y solemne; contéplola en su lecho de dolor esperando el momento decisivo que ha de quebrantar los lazos que la tienen adherida á esta tierra de quebranto; observo sus miradas, su dulce sonrisa, su semblante respirando calma y tranquilidad indefinible, y todo me revela en ella aquella conviccion íntima que nace de la fé y se vigoriza con la esperanza de los bienes imperecederos prometidos á los que duermen en el Señor. ¡Oh! ¡Qué espectáculo tan bello y enternecedor! Parece escuchar su voz dirigiéndose á todo cuanto la rodea y diciendo: Adios quedad honras y distinciones humanas; sed en buen hora objetos de la ambicion de los que no comprenden vuestra fugaz insubsistencia; jamás deslumbrásteis mi imaginacion, nunca hallásteis en mi alma la menor simpatía; tiempo hace que os abandoné, cifrando toda mi honra y mi gloria en llevar

y merecer el nombre de esposa de Jesucristo, y ahora que para siempre voy á perderos de vista, me veo en el colmo de mi dicha, pues que en cambio recibiré honores eternos. Adios riquezas perecederas, prosperidad mundana, placeres insensatos, continuad ilusionando á esos nécios mortales que en vuestra posesion han cifrado su único bienestar; por mí ya de largo tiempo tenia puesto mi tesoro donde estaba mi corazon, haciéndome pobre por amor de mi dulce esposo Jesus, trocando los atavios mundanales por este tosco sayal, maspreciado para mí que el oro y los brocados que relucian en la túnica de Salomon, prefiriendo al lujo de las cómodas viviendas una celda estrecha que me recordaba mi última morada, y anteponiendo las privaciones, la mortificacion, y las amarguras del cláustro á las delicias y contentamientos de un siglo seductor y mentiroso, por lo que muy pronto disfrutaré riquezas inalterables y goces inamisibles, fruto inmortal de mis penosos sacrificios. Adios, dice por último, tendiendo una mano pálida y yerta á las demás religiosas que rodean su pobre lecho, vertiendo amargo llanto y ahogadas por el sentimiento; yo os dejo, pero no para siempre; de vosotras me separo, mas no por mucho tiempo; cesad de llorar mi ausencia, no lamentéis mi pérdida. Con el esposo inmortal á quien elegí, á quien amé, y con quien inseparablemente viví unida, marchó á posesionarme del reino celestial y á ceñir la corona de las vírgenes; no muero, no, antes voy á recobrar una nueva vida sin fin, á donde me seguireis para uniros un dia con vínculos indisolubles y eternos.»

Esto es, H. M. V., por lo que respecta á los objetos que una religiosa deja en el mundo, mas si á ello agregais los peligros de que la muerte la libra, los inconvenientes de que se ve exenta, las penalidades y disgustos que la evita y otras consideraciones no menos importantes que surgen en el fondo de un alma justa y amante de su Dios, ¡cuánto sube de punto su felicidad! ¡Cuánto se acrecienta su gozo! ¡Qué proporciones tan gigantescas adquiere su bienandanza! Entonces á la vista de aquella celeste Jerusalem, cuyas puertas se abren para recibirla, oirá la voz del ángel del Señor que la dice: Concluyóse el llanto, cesó el dolor, ya no habrá lugar á la tristeza, todo va á ser nuevo para ti en aquella mansion de indefinible en-

canto. Antes podias delinquir : ya solo podrás alabar al que te eligió por su esposa ; antes podias desmerecer su cariño : en adelante solo te será posible amarle con todo tu corazon ; antes podias perder la corona de la virginidad , y ver marchitarse en tus manos los laureles conquistados al mundo : de hoy mas nada te resta sino el gozo y la satisfaccion de haber triunfado... ; Qué ideas tan consoladoras ! ; Qué pensamientos tan dulces ! ; Qué seguridad tan envidiable ! Tal vez el enemigo comun que en torno nuestro gira de continuo buscando á quien devorar , como dice el príncipe de los apóstoles , intentará todavía asestar sus envenenados tiros contra aquella alma fiel y virtuosa. Quizás ya que de otra suerte no pueda combatirla con éxito , pretenderá desanimarla con pensamientos aterradores acerca de la severidad del supremo Juez , ó bien sembrando en su corazon la desconfianza en vista de sus pasadas flaquezas , ó ya infundiéndola temores acerca de sus mismas obras buenas. Empero , ; cuán vanos y estériles serán estos esfuerzos contra una religiosa que , conociendo perfectamente al Dios á quien se consagró , sabiendo cuán infinita es su bondad , y no ignorando hasta qué punto raya su compasion hácia el pobre y miserable polvo , hechura de su mano creadora , apóyase en él , de él lo espera todo , á él confia sus destinos , y en él exclusivamente descansa ! Ella en medio de sus angustias físicas , recordará con modesta confianza el empleo que hizo del tiempo , y lanzando una mirada retrospectiva hácia sus años pasados , encontrará fragilidades de que apenas se libran los mas justos , pero no pecados ; deslices , pero no infidelidades ; miserias , pero no transgresiones ; defectos leves purgados con un sincero arrepentimiento , pero no delitos que la hagan indigna del amor de su divino Esposo ; hallará en fin una vida dedicada al retiro , á la oracion , á la abstencion , al silencio , al trabajo , al servicio del Señor , al ejercicio de la caridad , de la paciencia , de la tolerancia , de la humildad , de la pobreza y demás virtudes propias de su estado , á la práctica inviolable de sus votos , á la observancia escrupulosa de sus reglas , y á una aspiracion constante á la perfeccion evangélica ; y entonces llena de santo gozo , inundada de alegría , y sin poder contener su entusiasmo , esclamará : «Tus tabernáculos , Señor , tus tabernáculos , ¡oh rey de

las virtudes ! Mi alma desfallece y se liquida con el deseo de tomar posesion de tu reino: ¿Cuándo llegaré á pisar sus umbrales? ¿Cuándo apareceré ante tu presencia? ¿Cuándo te veré para no acabar de contemplar tu faz divina? ; *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini: ¿Quando veniam, et apparebo ante faciem tuam* (1)?

No todos comprenden lo que hay de grande y misterioso en el testimonio de una conciencia pura, que como el Apóstol puede decir al fin de su vida: «He luchado en buena lid; he terminado fielmente mi carrera; he conservado inviolable la fé en mis promesas, y por lo tanto solo me resta recibir la corona de la justicia.» *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi: in reliquo reposita est mihi corona justitiæ* (2). ¡Ah, qué bálsamo tan dulce y consolador derrama en el alma religiosa este testimonio! Ni la mas ilustre victoria despues de un tenaz y sangriento combate, ni el recobro de la salud despues de los largos sufrimientos de una cruel enfermedad, ni el regreso al hogar paterno despues de los disgustos de una prolongada ausencia, ni la vista de la playa hospitalaria despues de los horrores de una cruda tormenta, nada de eso, ni las mas bellas pinturas que puede hacer la imaginacion mas fecunda, son comparables á la felicidad del alma religiosa que en los supremos instantes de su vida, colocada ya en las lindes de la eternidad, lleva consigo sus buenas obras como otros tantos títulos á la posesion de la bienandanza suprema. ¡Con qué gozo recibirá al Soberano huésped que vendrá á darse á ella en viático para el gran viaje que va á emprender! «Mi alma, exclamará, háse llenado de indefinible júbilo al saber que es llegado el instante de volar al seno de mi Esposo y entrar en su celeste tálamo. ¡Oh Dios y Rey mio, objeto de mis amores, centro de mis pensamientos, fin de mis ánsias, término de mis suspiros! Héme aquí ardiendo en deseos de poseerte en la gloria, ya que hasta aquí te poseí por la fé. El ciervo sediento no corre tan veloz á buscar la fuente de las aguas como mi alma hácia tí. Ven, no tardes, consuma irrevocablemente nuestra union, eter-

(1) Psalm. LXXXIII. 4. 2.

(2) II. Tim. IV. 7. 8.

niza para siempre nuestro espiritual desposorio. ¿No es esto lo que yo apetecí siempre, lo que busqué con anhelo, lo que pedí incesantemente? ¿Hubo para mí otro sueño, otra idea, otra aspiracion predominante sino la de ser toda tuya y que tú fueses todo mio? ¿No lo pospuse todo á la dicha de habitar bajo tus pabellones? Por eso, oh Esposo de mi alma, hui de un siglo corruptor y corrompido, rompí heroicamente los lazos que á él me aprisionaban, preferí en tu morada la abyeccion y el olvido, mejor que en el mundo las grandezas y un brillante porvenir. Harto sabes cuánto anhelé agradarte desde el momento en que á tí me consagré con los votos de mi profesion; no ignoras cuán dulces me han sido todos los sacrificios á trueque de poseer tu amor; demasiado conoces el hastío y la repugnancia con que he mirado todos los goces y placeres terrenales, y el desconsuelo con que á manera de triste golondrina lloré desde mi nido las ofensas de los desacordados mortales: si flaca y miserable pude á veces faltar á mis propósitos, no es menos cierto que en ello tuvo menos parte mi corazon que mi menguada inteligencia, y hubo mas de error que de malicia. Por lo demás ¡ah! no en vano me sepulté en este asilo de las vírgenes; no en vano hice una guerra sin tregua á mis apetitos é inclinaciones; no en vano sacrificué mi voluntad é hice cesion de mis mas caros derechos; no en vano me abracé con la mas estremada pobreza, é hice mis delicias del ayuno, de la abstinencia, de la mortificacion y de las austeridades de la penitencia; no en vano en fin estuve crucificada contigo en un mistico Calvario, y morí á todo lo terreno, y no tuve otros pensamientos, deseos, afectos, ni mas aspiraciones que á tí. En tí, pues, esperé, por tí me inolé victima voluntaria, y mi confianza no será confundida.» Con estos afectos recibirá la esposa de Jesucristo al divino Huésped, y desde aquel momento ya no pensará sino en poseer aquella bienandanza que deberá poner el sello á las bondades del celestial Esposo, ni deseará otra cosa mas que ver romperse las cadenas que la impiden volar á su seno, y decir: «Encontré al que amaba mi alma; ya le tengo y no le abandonaré.» *Inveni quem diligit anima mea; tenui eum nec dimittam* (1). Y cuando acercándose los

(1) Cant. III. 4.

instantes supremos verá á sus hermanas anegadas en amarga pena, ella en un éstasis de amor indefinible nada sentirá mas que el retardo de su felicidad. Su presencia la será sumamente grata, porque nunca faltó con ellas á los deberes de la caridad y de la justicia; la luz de la antorcha funeraria que tendrá en sus manos no la atemorizará, porque la representará la eterna claridad del sol de justicia que en breve va á ver en el cielo; la imágen de Jesucristo que estrechará contra su seno solo la inspirará ternura y confianza, porque estará segura de haberle servido y agradado como fiel esposa. En esto oirá la voz del amado que la dirá: Ven, esposa mia, descende del Libano, deja las cumbres de Amana, abandona las cimas de Sannir y de Hermon, ven á ceñir tus sienas con una diadema de inmarcesible verdor: *Veni de Libano, sponsa mea, veni coronaberis.* A esta voz responderá el grito de los ángeles: «Abrid, príncipes, vuestras puertas; levantaos, puertas eternas» Y pocos momentos despues aquella alma santa habrá ido á perderse en el seno de Dios, y entrado triunfante en la eternal patria, donde ninguna de las humanas miserias la afligirá, donde todo será gozo cumplido, paz perpétua, tranquilidad sin término, gloria perdurable, descanso exento de turbacion; donde incapaz de viciadas afecciones solo experimentará sentimientos nobles y generosos; donde sin pensar ya en sus pasados combates, solo se ocupará en disfiutar el premio de sus victorias; donde dominará el pais de su antiguo cautiverio, gozándose en contemplar los sitios señalados con sus pruebas y su constancia; donde libre de los estravios de la ignorancia, de los escándalos del vicio, de las seducciones de la impiedad, disfrutará de la compañía de los santos que habitan en la luz.

Tal es, V. H. M., la muerte de la buena religiosa fiel á su vocacion. Pero ¿cuál serán los supremos instantes de aquellas que no han correspondido dignamente á este beneficio? ¡Ah! No seré yo quien me atreva á trazar este cuadro. Imaginad una escena diametralmente opuesta á la que acabais de presenciar, y habreis comprendido lo que deseais. Si allí todo es paz, calma, sosiego, dulce esperanza, suave tranquilidad, aquí por el contrario todo es turbacion, temor, angustia, crueles remordimientos, recuerdos punzadores, ideas tris-

tes, presentimientos amargos, horror invencible, desconfianza cruel. Lo pasado, lo presente, el porvenir ofrécese á la imaginacion de la religiosa infiel á sus deberes bajo el punto de vista mas estremecedor. El amor á una vida que deja con sentimiento; el aguijon importuno de la conciencia, que la recuerda sus pasados extravíos sin poder ahogar sus gritos; la perspectiva del próximo juicio en que debe dar cuenta de tanto tiempo malogrado, de tantas gracias esterilizadas, de auxilios tantos malversados, de tantas infracciones de sus leyes, de tantas resistencias á los divinos llamamientos, de tantos sacramentos recibidos por mera costumbre, de tantos malos ejemplos dados á sus hermanas, de tantas soberbias, envidias, emulaciones, ódios, rivalidades, sospechas y aversiones, de tantas faltas en fin de todo género en que incurrió contra la pobreza, la humildad, la obediencia, el desprendimiento, la abnegacion y demás virtudes propias de su estado, á despecho de mil avisos menospreciados, de frecuentes consejos que oyó indiferente, de amonestaciones paternas de que no hizo mérito, de reiteradas correcciones que la irritaron en vez de enmendarla; todo eso, repito, H. M., ¡qué carga tan pesada no será entonces! ¡Con qué violencia herirán el corazon! ¡Cuán cruelmente desgarrarán el alma! Entonces, que ya no se tratará de las cosas terrenas, sino de su buen ó mal empleo, ni valdrán para nada las vanas esterioridades con que aquí se ocultan las grandes miserias y los enormes delitos, sino el testimonio de la conciencia, ni aprovechará en lo mas mínimo la opinion, y si únicamente las buenas obras; entonces que penetrando el alma sola en los caminos eternos habrá de habérselas con un Dios celoso, justo, inflexible, vengador, y con sus propios pecados, que saliendo de tropel de los mas escondidos pliegues de su corazon se presentarán á acusarla, sin que su mano sea bastante á apartar de sí tan desoladora perspectiva, ¿qué será de ella? ¿qué angustias no experimentará? ¿qué temores no la acometerán? ¿qué congojas no sentirá al pensar que va á comparecer ante un Dios que la estrajo del siglo para hacerla suya y á quien ella no cumplió ninguno de los juramentos que le hizo, ante un esposo que tanto la distinguió y á quien ella solo correspondió con desvíos, infidencias, desprecios, injurias, faltando

á todos sus compromisos, rompiendo los lazos que con él la estrechaban, pagando sus caricias con pérfida ingratitude, profanando audazmente su tálamo por adherirse á objetos terrenos y culpables, viviendo en una palabra olvidada de sus deberes, estraña á su vocacion, nada conforme á sus votos, indiferente á sus reglas, opuesta á los preceptos de la obediencia, entregada á las distracciones de un mundo á que no pertenecía, enamorada de unos placeres á que debió morir, enemiga del recogimiento, reñida con el silencio, mal hallada con la mortificacion, disipada en los ejercicios espirituales, distraida en la oracion, la última en el coro, la primera en el locutorio, desafecta á las santas costumbres del cláustro, propensa á imitar los usos reprobados del siglo?... Pero ¿á dónde voy? ¿Qué me propongo? ¡Horas terribles! ¡Instantes aciagos! ¡Momentos horribles! ¿Quién podrá pintaros? ¿Qué verdugo tan implacable, qué tirano tan despiadado será entonces la conciencia para un alma de este temple! Espinas punzadoras serán para ella en su lecho de dolor esas ideas, esos recuerdos, esos pensamientos que la acometerán como las olas del mar embravecido. En torno suyo rugirán los vientos del remordimiento que atronarán sus oídos diciéndola: «Tu fin se aproxima; el Esposo está á la puerta; tu juez viene. Sal al encuentro de ese Dios; respóndele de sus beneficios; dale cuenta de tus obras; preséntale tus méritos... ¡Mas ay que te hallas vacía y dejaste apagar la antorcha que debieras tener ahora luciendo! ¡Ay que no has sido una esposa fiel, sino una adúltera criminal! ¿De qué te sirvió recibir su anillo, celebrar con él las espirituales bodas, venir á morar en su casa, entrar en su tálamo nupcial y vivir al lado de esos ángeles de paz que te recibieron en su compañía? ¿De qué te aprovechó tener á tu disposicion tesoros inmensos, riquezas inapreciables, gracias especialísimas, auxilios eficaces y todo género de elementos para caminar á la perfeccion de tu estado? Todo lo malograste, todo lo dejaste perder, de todo abusaste en tu daño, y ahora héte aquí frente á frente de ese Dios, de ese Esposo, pobre, desnuda, avergonzada, desprovista de todo merecimiento, y sin tener nada que ofrecerle en indemnizacion de las ofensas que le hiciste.

Esto sobre todo, será horriblemente angustioso para la religiosa

infiel, cuando en sus postrimeros momentos vea entrar en su celda á Jesucristo sacramentado. Entonces no podrá menos de recordar las veces que le recibió con tibieza, sin disposición, sin fervor, y tal vez indignamente; y se la figurará ver su semblante airado, y sus manos trayendo en vez de gracias y consuelos, formidables rayos y anatemas. Y cuando al aproximarse la hora suprema vea encenderse aquella luz misteriosa que derramará mayor claridad en el fondo de su conciencia; cuando escuche los doloridos acentos de sus hermanas, que entre lágrimas y sollozos dirigirán al cielo las preces de la Iglesia pidiendo al cielo piedad y misericordia para su alma; cuando hiera sus oídos el grito del ministro de Dios que la exhortará á entrar confiada en los caminos de la eternidad en el nombre del Padre que la crió, del Hijo que la redimió, del Espíritu Santo que la santificó; ¿no se conmo verá y padecerá convulsiones terribles al considerar en aquellas mismas palabras el apóstrofe mas cruel de su infidelidad, la acusacion mas terminante de su vida, el fallo de su condenacion? ¿Y qué la dirá Jesucristo cuando tal vez ella entre las angustias de la agonía le demande el perdon de sus culpas? No me atrevo á continuar, H. M.; mis labios se resisten á pronunciar aquella palabra de los santos libros dirigida á las vírgenes nécias: «¡No os conozeo; no sois mias; no traeis el ropaje nupcial, apartaos de mí. Debiérais haber velado, pues ignorábais la hora en que vendría el Esposo!» *Nescio vos: vigilate quia nescitis diem neque horam* (1). Tal será de hecho el desenlace de ese gran drama; mezclado con los últimos suspiros de la religiosa moribunda, irá á perderse en los abismos de lo infinito el eco estertóreo del Eterno que dirá: «Pasó ya el tiempo de indulgencia; solo me resta la venganza. Te coloqué en el monte santo de Dios y pecaste, y por lo tanto te arrojé de mi presencia y te reprobé:» *Posui te in monte sancto Dei... et peccasti, ei ejeci te de domo Dei et perdidisti te.*

Hermanas mias muy amadas, os conjuro por las entrañas de Jesucristo, que procureis evitar ese anatema terrible. Y ya que en su inagotable condescendencia se dignó el Señor facilitaros este tiempo

(1) Matth. XXV. 42. 43.

aceptable, estos días preciosos de retiro espiritual, no los malogreis, no, por vuestra vida. Esto es lo que encarecidamente os ruego al despedirme de vosotras, terminada ya mi mision. Grabad profundamente en vuestros corazones las altas é importantes verdades que os he explicado; no olvideis jamás los deberes que habeis contraido, las promesas que habeis hecho, los juramentos con que os habeis ligado. ; Mirad que es tremenda la responsabilidad que sobre vosotras pesa ! ; Mirad que es terrible sobre todo encarecimiento el juicio que os espera, si no correspondéis cual cumple á dignas esposas del Señor á una vocacion tan sublime ! ; Mirad que es horrenda la muerte de la religiosa que no ha llenado sus altos destinos, tanto como dulce y preciosa la de las que han sabido responder á un favor tan insigne ! No sean pues estériles mis sudores en el cultivo de esta misteriosa viña que el cielo me encomendó ; no hagais infecundos mis esfuerzos y sin éxito mis afanes por animaros á correr en la escabrosa senda de la perfeccion. Dad consuelo á mi alma, llenad de gozo mi corazon, utilizando mis exhortaciones, y marchando de hoy mas á pasos de gigante en la carrera que habeis emprendido. Haciendo de vuestra parte lo que podais, el cielo bendecirá vuestros deseos; los copiosos raudales de la gracia lloverán sobre vosotras, y desarrollarán la preciosa semilla de las santas inspiraciones; nada habrá que pueda oponerse á la realizacion de los eternos designios que el Señor tiene sobre vosotras; sereis en esta vida dignas de su amor, y en la otra merecereis ceñir la corona de las esposas del Cordero, con quien vivireis y reinareis sin fin en el seno de la eternidad.

EXORDIOS

y planes de Sermones para ocho días de Misiones sobre las mas terribles verdades de la religion (1).

SERMON DE APERTURA

PARA EL PRIMER DIA DE LA MISION.

(EXORDIO Y APLICACION.)

EL SEÑOR EN SU INFINITA BONDAD LLAMA Á LOS PECADORES Á TODAS HORAS PARA QUE SE CONVIERTAN, LES OFRECE EL PERDON DE SUS CULPAS Y LOS BRINDA CON SU CLEMENCIA.

Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejunio, et in fletu, et in planctu... Convertimini ad Dominum Deum vestrum, quia benignus et misericors est, patiens, et multæ misericordiæ, et præstabilis super malitia.

Convertios á mí de todo vuestro corazon con ayunos, lágrimas y gemidos. Convertios al Señor Dios vuestro, pues benigno y misericordioso es, y paciente y de mucha clemencia, é inclinado á suspender sus castigos.

JOEL. II. 12, 13.

PUEBLO CRISTIANO, objeto de mi mayor interés, á quien amo en las entrañas de N. S. Jesucristo, héme aquí como un embajador del rey de las eternidades á anunciaros las sublimes verdades de una religion en la cual estan cifradas todas vuestras esperanzas, y de la cual penden vuestros destinos. Enviado soy de aquel Dios rico en piedad y misericordia, que ha protestado mil veces no tener para con los

(1) El principal objeto que el autor se ha propuesto al publicar estos exordios y planes de discursos, ha sido mostrar á los señores oradores el modo de ordenar fácilmente varias series de Misiones sobre diversos asuntos, utilizando los abundantes materiales que les proporciona esta obra. (N. del A.)

hombres sino pensamiento de paz, y en su nombre vengo á deciros que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. ¿Y qué otra nueva pudiera yo traer os mas grata al dar principio á esta santa mision? ¡Oh! Aliéntense vuestros corazones, reanimad vuestras esperanzas: llegados son los dias de salud, dias preciosos en que podeis adquirir inmensos tesoros de gracia y conquistar un reino inmortal. Oid cómo os habla el Señor Dios de los ejércitos por boca de su profeta Joel: «Convertíos á mí de todo vuestro corazon con ayunos, lágrimas y gemidos; rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y volved al Señor Dios vuestro; pues benigno y misericordioso es, y paciente, y de mucha clemencia, é inclinado á suspender sus castigos.» *Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejunio, et in fletu et in planctu... Convertimini ad Dominum Deum vestrum, quia benignus et misericors est, patiens et multa misericordiæ, et præstabilis super malitia.*

En efecto, M. A. O., entre todos los atributos de la divinidad, ninguno hay que mas resplandezca, ninguno que mas evidentemente haya demostrado, ninguno que mas se complazca en desplegar en favor del mundo pecador, que su infinita misericordia. En todos tiempos se ha visto al Señor solícito é incansable en llamar á los hombres para que se aparten de sus escesos, prometiéndoles el perdon de ellos en cambio de un sincero y cordial arrepentimiento. ¡Cuántas veces una lágrima de compuncion, un grito de dolor, una súplica inspirada por el quebranto de un alma verdaderamente contrita ha bastado para suspender la cólera del cielo, desarmar el brazo del Omnipotente, hacer caer de su diestra el alfauge esterminador, y moverle á compasion hácia un pueblo que mil veces le insultara provocando sus terribles venganzas! Y esto mismo ¿no lo está verificando todos los dias en favor del pueblo cristiano, facilitándole los medios de convertirse y abandonar los caminos tortuosos del crimen, para desarrollar en su obsequio las inmensas riquezas de su clemencia? ¡Qué otra cosa hace hoy con vosotros, M. A. O., proporcionándoos estos dias de Mision? ¡Ah! Aquí es donde yo veo realizada aquella sublime alegoría con que nuestro adorabilísimo Salvador Jesus quiso demostrar á sus discípulos su conducta amorosísima para con

los pecadores á quienes venia á buscar para conducirlos á su reino celestial. Aquí es donde yo admiro á ese padre de familias, saliendo al romper el dia á recoger operarios para ir á trabajar en su misteriosa viña, volviendo á las horas de tercia, sesta y nona, y aun á la hora undécima, á importunar á los que ve ociosos para que vayan á tomar parte en los trabajos, y repartiendo despues á todos idéntica recompensa.

Si, A. O. M., á todos os llama hoy Dios á trabajar en el gran negocio de vuestra salvacion, á cultivar la viña mística de vuestra alma. No importa que muchos de vosotros hayais permanecido apáticos é indiferentes en las primeras horas del dia, dedicando al mundo los años de vuestra juventud, mientras otros, aprovechando los momentos, le servian fieles y atesoraban un gran caudal de merecimientos. No obsta que una gran parte hayais llegado á la hora de tercia, cuando ya habeis deshojado en los placeres mundanales la bella flor de vuestra inocencia. Tampoco sereis rechazados los que habiendo pasado en el funesto sueño de las pasiones una larga vida, venis á ofrecer al Señor los últimos dones de un corazon envejecido en la culpa, pero quebrantado por el arrepentimiento. A todos indistintamente os convida, á todos recibe, á todos franquea la entrada en su heredad, á todos promete recompensar igualmente, toda vez que con la intensidad del trabajo suplan la pérdida de un tiempo tan precioso. Venid, pues, á la santa Mision, niños, adultos, jóvenes, ancianos; venid, padres y madres de familia, hombres de negocios, pobres y ricos, sabios é ignorantes, venid, doncellas tiernas, esposas cariñosas, matronas opulentas; reúnanse en torno de estos santos altares todas las clases, confúndanse todas las condiciones y gerarquías sociales al pié de esa Cruz redentora, inclinen su rodilla en presencia de ese símbolo de nuestra salvacion los que en el mundo ven curvar las frentes de innumerables vasallos delante de su dorado sòlio; rindan todos homenaje á Jesucristo, monarca invisible de cielos y tierra, reconózcanse flacos, miserables, necesitados, y den gloria al Señor, que á todos convida con sus piedades en estos dias, que me prometo serán fecundísimos en gracias celestiales. Para disponeros á recoger los copiosos frutos de esta Mision santa, inauguraré hoy mi

carrera apostólica, manifestándoos «cuánta es la bondad de nuestro Dios, quien á semejanza del padre de familias del Evangelio, llama á los pecadores á todas horas para que se conviertan, ofreciéndolos el perdon de sus culpas, y brindándolos con su infinita clemencia:» *Convertimini ad me in toto corde vestro, etc.*

Jesus amabilísimo, Redentor adorable de nuestras almas, por cuya salvacion no dudaste descender del cielo como pastor solícito á buscarlas por todas partes, llegando al exceso de dar por ellas una vida de infinito valor y derramar hasta la última gota de vuestra preciosísima sangre: bendecid mis tareas y hacedlas fecundas en favor de estas que os dignásteis confiar á mis cuidados. Poned en mis labios palabras ardientes que consuman todo cuanto las pasiones y los vicios han hecho brotar en ellas. Dad á mis espresiones una eficacia divina para triunfar de su resistencia y postrar su obstinacion. Y vos, Virgen inmaculada, Madre de ese Dios-Hombre que por todos nosotros murió en una cruz, sed el génio protector de esta Mision que hoy comienzo bajo vuestros auspicios; ayudadme á convertir unos corazones que tal vez solo necesitan de un oportuno impulso para hacerlos quebrantar los hierros que los oprimen bajo la tiranía del pecado. En vos confio, de vos lo espero todo, á todos mis oyentes los coloco bajo vuestro manto maternal, en vuestras manos abandono sus destinos; y para mas obligaros, todos rendidos os saludamos con las sublimes palabras del ángel.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

El gran negocio del hombre en este mundo, su destino principal, su mision esclusiva, etc. (Todo como en el tomo II, pág. 355).

EXORDIO Y PLAN DE UN SERMON

PARA EL SEGUNDO DIA DE LA MISION.

ESPANTOSA Y FUNESTÍSIMA INDIFERENCIA EN QUE MUCHOS PECADORES VIVEN RESPECTO DE SU ETERNA SALVACION. JUICIO TERRIBLE, EXPIACION TREMENDA QUE LOS ESPERA EN EL DIA DE LAS DIVINAS VENGANZAS.

Desolatione desolata est omnis terra quia nullus est qui recogitet corde.

Desolada está toda la tierra, porque no hay nadie que reflexione dentro de su corazon.

JEREM. XII. 41.

Cum venerit ille arguet mundo de peccato, et de justitia, et de judicio.

Cuando el Señor venga argüirá al mundo en órden al pecado, á la justicia y al juicio.

JOAN. XVI. 8.

«**P**OR qué la impiedad prospera en todos sus proyectos y gozan de todas las delicias de la vida los prevaricadores é inícuos? Vos los plantásteis en el mundo, Señor, ellos han echado hondas raices en un suelo cuya posesion deben á vuestra bondad; ven medrar sus fortunas, acrecer sus caudales, multiplicarse sus bienes; y entre tanto hinchados de soberbia, ébrios de orgullo, y enloquecidos en su prosperidad, poco ó nada se acuerdan del Dios su bienhechor; sus labios tal vez pronuncian vuestro nombre, pero muy lejos de vos está su corazon. ¿Hasta cuándo, pues, ha de gemir la tierra oprimida bajo la inmunda planta de los malvados que habitan en ella? Ellos os insultan y provocan á cada instante, diciendo: no verá el Señor nuestro fin: ¿y será posible que calleis y permanezcais sordo á sus pro-

vocaciones é insultos?» (1) Tan amargamente se quejaba un dia el profeta Jeremias llorando delante de Dios, al contemplar las maldades de un pueblo, objeto de una predileccion sin semejante, é ingrato cual ningun otro á los beneficios divinos. Y ved cómo le contestaba el Señor, uniendo á sus lamentos las mas terribles amenazas: «Mi heredad se ha vuelto para mí como un leon entre breñas; ha levantado contra mí su voz y prorumpido en blasfemias, colmando la medida de mi cólera é inspirando en el fondo de mi corazon el mas hondo aborrecimiento. Muchos pastores han talado mi viña, han hollado mi posesion y convertídola en un espantoso desierto. Asoláronla y ella vuelve hácia mí sus ojos bañados en llanto. Toda la tierra se halla desolada, porque no hay nadie que reflexione seriamente en su corazon y piense en su eterno porvenir.» *Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde.*

Amados mios, hed aquí lo mismo que hoy motiva mi mayor dolor, lo que destroza mi alma angustiada, lo que como al profeta de Anathoth me hace derramar amargas lágrimas. ¿Es posible que tan olvidados vivan los mortales de lo que mas los interesa en el mundo, de lo único que debiera absorber todas sus ideas, de lo que exclusivamente y con preferencia á todos los negocios terrenales merece ocupar su atencion, de lo que debe decidir quizás muy pronto sus eternos destinos? ¡Ay de mí! ¿Qué mal genio preside á los pensamientos del hombre, para adormecerle en ese funesto letargo que le tiene sumergido al borde del abismo? Ni las horrendas catástrofes que venimos presenciando, ni los terribles azotes que el cielo hace pesar tiempo há sobre nuestras cabezas, ni las calamidades que nos cercan, ni los redoblados golpes con que la divina justicia intenta despertarnos, ni los violentos sacudimientos de que frecuentemente somos testigos, ni las crisis espantosas que sin cesar nos tienen en alarma, ni tantas víctimas sacrificadas bajo el carro triunfador de la muerte, que ha paseado nuestras ciudades, villas y aldeas, nada, en fin, ha bastado para hacernos remontar al origen de nuestros males y sacudir esa indiferencia que nos tiene adormidos en el crí-

(1) Jerem. XII. 4 et seq.

men. ¿Y á dónde vamos á parar? ¿Cuál es el término de nuestros locos desvarios? ¿Qué fin nos espera? Despertad, cristianos, mirad que llega el dia de las venganzas; considerad que el Señor ha designado el fin de sus misericordias. Saturado ya de crímenes, harto de tolerar nuestros insultos, prepáralo todo para el momento del castigo. Hasta ahora nos ha esperado, nos ha llamado, nos ha visitado, y por mil medios ha procurado atraernos, como os lo manifesté en el discurso anterior. Agotados ya inútilmente los recursos de su bondad, solo debemos esperar las terribles consecuencias de su justa cólera. Quizás se halla ya muy cerca, y escrito está, que cuando venga argüirá al mundo en orden al pecado, á la justicia y al juicio: *Cum venerit ille arguet mundum de peccato, et de justitia, et de judicio.*

A fin de evitar ese juicio horrendo, ya que todavía es tiempo, apliquémonos á reflexionar sériamente sobre «la espantosa y funestísima indiferencia en que muchos pecadores viven respecto de su eterna salvacion, y la terrible expiacion que les espera en el dia de las divinas venganzas.» Asunto importantísimo que voy á tratar en el presente discurso, despues de implorar los auxilios celestiales por la intercesión de la soberana Reina de los ángeles, ante cuyas aras prosternados, digámosla llenos de fervorosa piedad:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

A no presenciar lo que todos los dias pasa ante nuestros ojos, etc. (Todo como en el tomo III, pág. 82).

PLAN DE UN SERMON

PARA EL TERCER DIA DE LA MISION.

CUÁN DE TEMER ES QUE LOS QUE DIFIEREN SU CONVERSION HASTA LA HORA DE LA MUERTE NO ENCUENTREN ENTONCES Á DIOS, AUN CUANDO LE BUSQUEN, EN JUSTO CASTIGO DE HABER MENOSPRECIADO EN TIEMPO OPORTUNO LOS LLAMAMIENTOS DE SU MISERICORDIA.

Ego vado, et queretis me, et in peccato vestro moriemini.

Yo me ausento, vosotros me buscareis, y morireis en vuestro pecado.

JOAN. VIII. 21.

CRISTIANOS: Todavía debo hablaros el severo lenguaje de la verdad, por duro que os parezca, ya que por mi ministerio estoy llamado á predicaros, no como quien azota al viento, en frase de San Pablo, sino manejando esa espada de dos filos que penetra hasta las médulas de los huesos y divide la carne del espíritu. Si ayer logré impresionaros profundamente, ¡loado sea el Señor! manifestándoos las funestas consecuencias de la indiferencia con relacion al eterno porvenir que nos espera, hoy vengo dispuesto á redoblar mis esfuerzos para acabar de despertaros del fatal sueño de la culpa, pronunciando un oráculo que seguramente os ha de llenar de saludable espanto. Este oráculo hace ya mas de mil ochocientos años que fué pronunciado por unos labios divinos, y al repetirle en este momento, os confieso que mi alma experimenta un invencible terror. Al ver Jesucristo el endurecimiento de los judios, quienes á despecho de cuanto acababa de decirles acerca de su divino origen, obstinábanse

no obstante en oponer á sus testimonios irrefragables los mas absurdos sofismas, dirígese á ellos con el acento de una severidad nueva en él, y les dice : «Yo me voy, vosotros me buscareis ; pero morireis en vuestro pecado:» *Ego vado, et quæretis me, et in peccato vestro moriemini*. Y continuando aquellos hombres perversos en su repugnante cinismo, repone el Salvador : «Vosotros sois de este mundo, yo no pertenezco á él. Os he dicho, y vuelvo á repetiros, que si no creéis ser yo lo que soy, morireis en vuestro pecado.»

Ved, M. A. O., la espresion mas terrible que se lee en toda la Sagrada Escritura, la verdad mas importante que encierra el cristianismo.... (Tomo IV, pág. 419, lin. 42).

PLAN DE UN SERMON

PARA EL CUARTO DIA DE LA MISION.

GRAVÍSIMO PELIGRO DE QUE EL SEÑOR, JUSTAMENTE IRRITADO POR NUESTRA INGRATITUD Á SUS BENEFICIOS, NOS ARRAQUE EL DON INESTIMABLE DE LA FÉ Y NOS RETIRE SU PROTECCION.

¿Nunquam legistis in Scripturis: Lapidem quem reprobaverunt ædificantes, hic factus est in caput anguli?... Ideo dico vobis, quia auferetur à vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.

¿No habeis leído jamás en las Escrituras: la piedra que desecharon los fabricantes, esa misma vino á ser la clave del ángulo?... Pues yo os digo, que os será quitado el reino de Dios, y dado á gentes que rindan frutos de buenas obras.

MATTH. XXI. 42, 43.

CARISIMOS OYENTES MIOS: Las terribles amenazas de Dios sucédense en las divinas Escrituras como las olas del embravecido Océano. Llenas están las sagradas páginas de esas espresiones estremecedoras, que, si bien se relacionan directamente con el antiguo pueblo de Israel, cuya obstinacion é infidelidad obligaron repetidas veces al Señor á usar con él de un justo rigor, forman, no obstante, una série de predicciones de una aplicacion inmediata á la historia del pueblo cristiano, heredero de las promesas que aquel renunciára, y depositario de unas verdades que él no supo utilizar en provecho propio. En el discurso anterior visteis el abandono que Dios hace á veces en su infinita justicia de aquellos pecadores que nimiamente confiados en la divina misericordia, preválense de ella para continuar en sus excesos, y aplazan su conversion para la hora de la muerte, cual si á su

grado pudieran disponer de unos momentos inciertos, ó el Señor estuviera obligado á tolerar sus ofensas y proporcionarles cuando les place unas gracias que con su perversidad desmerecieron. La verdad que hoy vengo á demostraros no es menos grave ni de consecuencias menos funestas. Jesucristo Salvador nuestro la desenvolvió en el similitud de un padre de familias que habiendo plantado una viña, cercádola de vallado, y hecho en ella varias obras, la dió en arrendamiento á ciertos labradores, ausentándose é un país lejano. Llegado empero el tiempo de la recolección envió sus criados para que percibiesen el fruto de ella; mas los renteros acometiendo á los criados, apalearon á uno, mataron á otro, á otro apedrearon, y lo mismo hicieron por segunda vez con los que de nuevo fueron enviados por el dueño de la heredad. En vano este envía á su propio hijo, creyendo que le respetarian mas; pues habiéndole cojido, lleváronle fuera de la posesión y allí le asesinaron cruelmente. Al escuchar esto los discípulos del Salvador, indignáronse contra aquella gente perversa, manifestando que semejantes mónstruos de ingratitude merecian que se les esterminase, arrendando la viña á otros labradores que pagasen el arrendamiento á su debido tiempo. Mas Jesus les dijo: ¿No habeis leído jamás en las Escrituras: la piedra que desecharon los fabricantes, esa misma vino á ser la clave del ángulo? Pues yo os digo á vosotros, que os será quitado el reino de Dios, y dado á otras gentes que rindan frutos de buenas obras: *Nunquam legistis in Scripturis: Lapidem quem reprobaverunt ædificantes, hic factus est in caput anguli?.... Ideo dico vobis, quia auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.*

Imaginad ahora, C. O., si puede darse una pintura mas atrevida.... (Todo como en el tomo IV. pág. 470, lin. 47.)

EXORDIO Y PLAN DE UN SERMON

PARA EL QUINTO DIA DE LA MISION.

RESULTADOS LAMENTABLES DEL ABUSO DE LA DIVINA GRACIA EN LOS INDIVIDUOS Y EN LOS PUEBLOS QUE NO LA UTILIZAN CONVENIENTEMENTE PARA CONVERTIRSE Y SALVARSE.

Dum venio... noli negligere gratiam que in te est... Hæc meditare, in his esto: ut profectus tuus manifestus sit omnibus.

Mientras voy á tí cuida de no malograr la gracia que has recibido. Medita esto bien, piénsalo con seriedad, para que, aprovechándote oportunamente, sean visibles los frutos de tu conversion.

I. TIMOTH. IV. 43, 44, 45.

CATOLICOS: Hay un tesoro de inapreciable valor que á todos nos está prometido por la divina liberalidad, y de que todos podemos disponer en provecho nuestro, siempre que de él sepamos hacernos dignos. Ni el oro, ni las riquezas, ni las posesiones todas de este mundo pueden comparársele, por cuanto todas esas cosas que tanto ilusionan y fascinan á los miserables mortales, están subordinadas á la accion del tiempo, de él dependen, solo para él sirven, y con él acaban al borde de una tumba, en vez de que ese otro tesoro no es temporal, ni en su origen, ni en sus resultados; viene de Dios que es increado, y su posesion facilita al hombre bienes inmensos, infinitos, interminables como la eternidad. ¿Y cuál pensais es este tesoro de que vengo hablándoos? ¡Ah! La gracia, ese dón sobrenatural, ese ser divino que haciéndonos hijos de Dios, amigos suyos, objetos de su predileccion y centros de su cariño, nos dá un derecho incontestable

ble á su misma gloria y á su propia bienandanza. Con él estamos llamados á negociar en este mundo, á fin de adquirir un gran cúmulo de merecimientos en orden á nuestra salvacion; con él podemos comprar los frutos abundantísimos de la redencion, y apropiarnos el infinito valor de aquella sangre que, vertida un dia en el Calvario por el Hombre-Dios, borró todos los pecados de cuarenta siglos, anuló el decreto de proscripcion lanzado contra toda la posteridad de Adán, triunfó del infierno, aberrojó á Lucifer, destruyó el imperio de la muerte, echó por tierra el muro de separacion que impedía la entrada en el reino celestial, y franqueó sus puertas á todos los desterrados á consecuencia de la rebelion verificada en el paraíso terrenal.

Tal es, M. A. O., el poder de la gracia; tanto vale ese dón que el Señor por un mero efecto de su bondad á todos facilita, á nadie niega, y todos pueden poseer, á menos que quieran privarse voluntariamente de él por su obstinacion y resistencia á los divinos llamamientos. Por eso el apóstol San Pablo, insistia tanto en recomendar á los fieles la adquisicion y la conservacion de ese tesoro; y escribiendo en particular á su discípulo Timoteo, le decia: «Mientras voy á tí, cuida de no malograr la gracia que has recibido. Medita esto bien, piénsalo con reflexion, para que aprovechándote oportunamente sean visibles los frutos de tu aprovechamiento:» *Dum venio... noli negligere gratiam quæ in te est.... Hæc meditare, in his esto: ut profectus tuus manifestus sit omnibus.*

¿Y no es esto, A. M., lo mismo que incesantemente nos está diciendo á todos la voz interior del Espíritu Santo, que de continuo se hace oír en nuestros corazones, ya por medio de los ministros del Evangelio, ya en virtud de los buenos libros, unas veces con fuertes inspiraciones, otras con llamamientos irresistibles, y siempre y donde quiera por el conducto de nuestra misma conciencia, cuyos gritos en vano intentamos ahogar por no vernos obligados á obrar el bien? ¡Desgraciados! ¿Qué hacemos cuando así ensordecemos á esa voz salvadora, que nos importuna porque quiere hacernos felices? ¿Posible es seamos indiferentes á la posesion de una riqueza tan positiva, y dejemos perder fácilmente por nuestra negligencia un tesoro de

tanta valia? Lloraríamos inconsolables la pérdida de un objeto precedero que de nada nos serviría en el día del infortunio; ¿y nada nos ha de afectar el perder la gracia de Dios, el malversar sus celestiales auxilios, únicos que pueden proporcionarnos la verdadera dicha que instintivamente apeteecemos? Lágrimas de sangre no bastarían para lamentar de una manera digna tamaño error. Yo quisiera, M. A. O., aunque fuese á costa de mi propia existencia, haceros comprender bien lo que es el abuso de la divina gracia, y los males á que os esponeis malográndola. Voy pues á esforzar cuanto pueda mi voz, para que todos cuantos me escuchan formen una idea exacta de un asunto de tan alto interés. A todos indistintamente me dirigiré diciéndoles en nombre del Señor: «Mientras vengo á vosotros, cuidado de no esterilizar la gracia con que se os brinda; aprovechaos de ella en tiempo hábil, y especialmente en estos días de la Santa Mision, en que la bondad divina no escasea los dónes de su misericordia: *Dum venio.... noli negligere gratiam que in te est.* Y al efecto desenvolveré en el presente discurso «los resultados lamentables del abuso de ese dón preciosísimo en los individuos y en los pueblos que no le utilizan convenientemente para convertirse y salvarse.» Prestadme toda vuestra atencion, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Que Dios al criar los hombres y al formar los pueblos, les dá á cada cual los auxilios necesarios para cumplir con sus respectivos destinos.... (Todo como en el tomo IV. pág. 499, lin. 3.)

PLAN DE UN SERMON

PARA EL SESTO DIA DE LA MISION.

CUÁN RICO TESORO ES EL TIEMPO. NECESIDAD DE APROVECHARLE MIENTRAS DIOS ESTÁ CON NOSOTROS FACILITÁNDONOS SUS AUXILIOS, Y CONSECUENCIAS FUNESTAS DE SU MALVERSACION.

Adhuc modicum tempus vobiscum sum... Quæretis me, et non invenietis.

Poco tiempo estaré ya entre vosotros... Despues me buscareis, y no me hallareis.

JOAN. VII. 33, 34.

¿HASTA cuándo, pecadores indiferentes á vuestra salvacion eterna, habeis de dormir ese funesto sueño , cuyo despertar debe ser el principio de una eternidad de males sin fin? ¿Hasta cuándo, insensibles á vuestra propia desgracia, continuareis arrastrándoos en el inmundo lodazal de unos vicios que haciéndoos desdichados en esta vida, os preparan para la otra una infelicidad irreparable? ¿Posible es que pase para vosotros sin fruto un tiempo en el cual pudiérais atesorar un caudal riquísimo de gracia y de misericordia, y veais deslizarse vuestros dias en una atonia horrible, en una funesta esterilidad, cuando por todas partes os hallais amagados de la muerte, y todo os dice que acaso está muy próxima la gran noche de la eternidad en la cual ya no será posible obrar? ;Oh ceguedad incomprensible de los hombres! Cuando por una parte se les vé calcular minuciosamente los momentos para proporcionarse unos bienes que han de abandonar en breve, y se agitan, y no descansan, y ni un instante quieren perder toda vez que se trata de un negocio de interés material, grima

é indignacion causa observar la indiferencia con que miran los intereses de su alma , la facilidad con que malversan unos dias preciosos en que pudieran adquirir bienes mucho mas positivos que el oro , la indolencia con que se conducen relativamente al único negocio útil, necesario , apremiante , perentorio , cual si no fuesen mas que unos séres aislados sin otros destinos que disfrutar por breve plazo en la tierra sus delicias y mentidos placeres, para desaparecer despues entre la podredumbre de un sepulcro.

Sugiéreme estas tristes reflexiones el testo evangélico con que encabezé mi discurso, tomado del capitulo sétimo de San Juan. Irritados contra el Salvador los Fariseos y los principes de los sacerdotes.... (Todo como en el tomo IV. pág. 337, lin. 42.)

EXORDIO Y PLAN DE UN SERMON

PARA EL SÉTIMO DIA DE LA MISION.

UNO DE LOS MAYORES CASTIGOS QUE LA DIVINA JUSTICIA EJERCE SOBRE LOS HOMBRES Y LOS PUEBLOS CULPABLES Y OBSTINADOS, ES AUMENTAR SU CEGUEDAD VOLUNTARIA, OCULTÁNDOLOS LAS ETERNAS VERDADES, Y DEJÁNDOLOS CAMINAR Á TIENTAS POR EL CAMINO ANCHO DE LA PERDICION.

Obstupescite, et admiramini.... quoniam miscuit vobis Dominus spiritum soporis, claudet oculos vestros, prophetas et principes vestros operiet. Et erit vobis visio omnium, sicut verba libri signati.

¡Pasmaos y quedaos atónitos!... El Señor ha derramado sobre vosotros el espíritu de letargo, cerrará vuestros ojos, pondrá un velo á vuestros profetas y príncipes, y todo lo vereis como en un libro sellado.

ISAIE XXIX. 9, 10, 11.

PUEBLO CRISTIANO: Cuando yo considero atentamente el estado actual de nuestra sociedad y recuerdo por otra parte los vaticinios que el Señor pronunciára un dia por boca de sus profetas, no puedo menos de sentirme profundamente conmovido, al ver la realizacion de muchos de ellos en el seno del catolicismo. Ninguno empero ha causado en mí una impresion tan dolorosa y fuerte, como aquel que se lee en el capítulo XXIX de Isaías, cuyas palabras puse por testo de mi discurso. «¡Ay de la ciudad conquistada por David! esclamaba el Señor por medio del hijo de Amós: yo te circunvalaré y quedarás sumergida en duelo y afliccion, yo te cercaré por todas partes, alzaré contra tí trincheras, construiré en derredor tuyo baluartes, y quedarás humillada y abatida hasta el polvo... Pasmaos

y quedaos atónitos, oh hijos de Israel, porque el Señor ha derramado sobre vosotros el espíritu de letargo; cerrará vuestros ojos, os pondrá un velo para que no entendais á vuestros profetas y príncipes, y las visiones de todos estos serán para vosotros como las palabras de un libro sellado: *Obstupescite et admiramini... quoniam miscuit vobis Dominus spiritum soporis, claudet oculos vestros prophetas et principes vestros operiet. Et erit vobis visio omnium sicut verba libri signati.*

¿Comprendeis, A. O. M., lo que de terrible y espantoso encierra este vaticinio? ¿Sabeis lo que es derramar Dios sobre un pueblo el espíritu de letargo, cegarle para que no vea las verdades de la religion, y ponerle un velo para que no pueda entender los oráculos de sus enviados? ; Oh ! No lo comprendeis bien, ó no os habeis parado á meditarlo detenidamente, cuando tan insensibles é indiferentes os mostrais á tan grave amenaza. Ella no es otra cosa que el complemento, la confirmacion de aquella otra que por el mismo profeta hiciera cuando dijo : «Anda y dirás á ese pueblo: Oireis y no querreis entender ; vereis lo que presento á vuestros ojos, y no querreis haceros cargo de ello. Embota, pues, su corazon, tapa sus orejas, véndale los ojos, no sea que quizás vea, oiga y entienda, y tenga yo que curarle. (1) » Hasta ese punto llega la divina justicia, cuando los hombres y los pueblos se obstinan en provocar con sus maldades la venganza del cielo ! La ceguera mas espantosa, el ensordecimiento mas funesto, la insensibilidad mas lamentable, son los resultados inmediatos de su mal obrar, á la vez que los instrumentos de su propio castigo. ¿Quereis un ejemplo que os demuestre esta verdad de una manera palpable? Abrid el nuevo Testamento ; leed el capítulo nueve del Evangelio de San Juan ; observad lo que allí se nos refiere respecto de la curacion milagrosa de un ciego de nacimiento, verificada por el Salvador. Ese hecho que hubiera debido convencer á los judíos de la divinidad de Jesucristo, no hace sino dar nuevas proporciones á la obstinacion de aquellos corazones empedernidos. Empéñanse en probar que no es un Dios, sino un hom-

(1) *Isaia. VI. 9, 10.*

bre pecador el que tal maravilla acaba de hacer; en vano el que ha sido objeto de tan gran beneficio persiste en demostrar todo lo contrario; ellos le maldicen, le improperan, y por último le lanzan violentamente de la Sinagoga como á un impostor impio. Entonces Jesucristo, sabedor de todo esto, pronuncia aquel oráculo, cuyas consecuencias vienen pesando todavía á través de mas de diez y ocho siglos sobre la raza réproba de Israel: «Yo vine al mundo é ejercer un justo juicio, para que los que no ven vean, y los que presumen ver queden ciegos:» *In iudicium ego in hunc mundum veni: ut qui non vident, videant, et qui vident cæci fiant* (1).

¿Pero es solo ese pueblo rebelde el que viene experimentando este juicio terrible vaticinado por el Salvador? ¿No lo vemos verificado tambien ostensiblemente en el pueblo cristiano, respecto de muchos que imitando la obstinacion de los antiguos descendientes de Abraham, atraen sobre sí idéntica expiacion? Esto es puntualmente lo que hoy me propongo demostraros, haciéndoos ver que «uno de los mayores castigos ejercidos por la divina justicia sobre los hombres y los pueblos culpables y obstinados, es aumentar su ceguera voluntaria, ocultándoles las eternas verdades y dejándoles caminar á tientas hasta precipitarse en el abismo de la perdicion.»

Iluminadme, Señor, para poder desenvolver dignamente tan interesante asunto. Ayudadme, oh Virgen purísima, con vuestros poderosos ruegos á conseguir esta gracia. Todos la solicitamos con efusion, saludándoos con las palabras del ángel:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Es un error el creer que la ceguera espiritual de que venimos hablando.... (Todo como en el tomo IV, pág. 303, lín. 44.)

(1) Joan. IX, 39.

EXORDIO,

PLAN Y EPÍLOGO DE UN SERMON

PARA EL ÚLTIMO DÍA DE LA MISION.

CONDUCTA AMOROSA DE DIOS CON LOS PECADORES QUE , DESPUES DE HABER VIVIDO PRÓDIGOS DE SU GRACIA Y ENTREGADOS AL IMPERIO DE LAS PASIONES, VUELVEN Á ECHARSE ARREPENTIDOS EN LOS BRAZOS DE SU PATERNAL PIEDAD.

Pater, peccavi in caelum et coram te, jam non sum dignus vocari filius tuus... Cito proferte stolam primam, et induite illum, et date annulum in manum ejus... et manducemus, et epulemur: quia hic filius meus mortuus erat, et revixit; perierat, et inventus est.

Padre mio: yo he pecado contra el cielo y contra ti: ya no soy digno de llamarme hijo tuyo... Traed presto el traje más precioso y vestidsele; ponedle un anillo en el dedo; comamos, y celebremos un banquete: porque este hijo mio estaba muerto, y ha resucitado; habiase perdido, y ha sido hallado.

LUC. XV. 21 AD 24.

CATOLICO AUDITORIO. ¡Qué afectos tan contrarios, qué ideas tan opuestas, qué presentimientos tan diversos experimenta hoy mi alma al dar fin á esta santa mision! Por una parte rebosa en mi pecho la alegría y el júbilo, pensando que muchos de vosotros, dóciles á las inspiraciones de la gracia, habreis concebido propósitos eficacísimos de mudar de vida, ó mejor dicho, que habreis comenzado ya una nueva carrera, entrando en las vias del deber y de la virtud, para no abandonarlas jamás. Por otra no puedo menos de sentir la mas honda afliccion, considerando que en no pocos quizá la palabra

evangélica habrá caído como en una piedra, sin producir por consecuencia fruto alguno de conversión. ¿Y será esto posible? ¿Tendré el desconsuelo de separarme de vosotros llevando la incomparable pena de que mi celo haya sido infecundo, mis sudores sin resultado, mis sacrificios estériles y vana mi predicación? ¿Habré de llorar sobre el endurecimiento de unas almas por las que gustoso hubiera inmolado cuanto de mas caro y estimable poseo, mi salud, mi felicidad, mi propia vida? ¡Dios mio! Apartad de mí este cáliz amarguísimo; no queráis que yo apure tan repugnante copa. No: que sois rico en piedad, y vuestra misericordia escede á todas vuestras obras. No: que vinisteis al mundo como pastor solícito y amoroso en busca de las ovejas perdidas para conducir las á vuestro aprisco. No: que jamás os complacisteis en la muerte del impío y solo os gozáis cuando arrepentido llega á vos á implorar vuestra clemencia.

Ya pues que hasta ahora, A. O. M., solo habeis oído de mis lábios el lenguaje severo de las divinas amenazas, hoy para cerrar esta série de discursos que vengo dirigiéndoos, voy á desarrollar á vuestra vista el bellissimo cuadro de las misericordias del Señor. Si hasta aquí os ha amedrentado el trueno de la justicia inflexible del Eterno, y vuestras almas han sido heridas por el rayo de sus venganzas, venid á escuchar las maravillas de su amor y los portentos de su piedad sin limites. Quiero hacer el último esfuerzo por convertiros á todos; quiero probar si el idioma dulce y seductor de la clemencia es mas poderoso para triunfar de vuestros corazones. ¡Dichoso yo si por este medio consiguiese despedazar las cadenas de los que todavia gimen esclavos de las pasiones y sometidos al imperio del vicio!

Queridos hijos míos, os conjuro por las entrañas de Jesucristo, y os suplico con toda la efusion de mi alma, que me escuchéis atentamente. No vengo hoy á vosotros armado con la elocuencia perecedera del tiempo, únicamente me propongo desarrollar en vuestro obsequio esa otra elocuencia de la eternidad á la que dificilmente se resiste el mas empedernido pecador. Todo mi discurso vá á versar sobre una parábola evangélica que muchas veces habreis oído referir, la parábola del hijo pródigo. ¡Oh! ¿Quién habrá que no sienta conmoverse sus entrañas y conciba la mas dulce esperanza de obten-

ner el perdon de sus extravíos, al contemplar los inimitables rasgos con que en ella están pintados por una mano divina los tesoros de bondad que abriga en su seno el Dios de misericordia, para con los que, á semejanza de aquel jóven desventurado, despues de malversar los caudales de un padre que con ellos agotó su liberalidad infinita, vuélvense reconocidos al hogar que insensatos abandonaron, lloran con dolor sus extravíos, se postran ante el autor de su existencia, y esclaman: «Padre mio, pecado hé contra el cielo y contra vos, ya no soy digno de llamarme hijo vuestro. *Pater, peccavi in cælum et coram te: jam non sum dignus vocari filius tuus.*»

Todavía es tiempo de hacerlo, M. A. O., aun no ha cerrado el Señor el tesoro de sus bondades; abierto está, á despecho de nuestra ingratitud, aquel corazon divino en quien el Eterno depositó todas las riquezas de la gracia. Pues bien, reflexionemos sobre nuestra conducta pasada; admiremos la perfecta identidad entre nuestro proceder para con Dios, y el del hijo pródigo para con su padre; consideremos lo que este hizo con él, con cuánto amor le recibió en sus brazos, cuánto se regocijó su alma al verle tornar á su paternal seno, con qué suntuosidad celebró su hallazgo: *Cito proferte stolam primam, et induite illum, et date annulum in manu ejus... et manducemus, et epulemur: quia hic filius meus mortuus erat, et revixit; perierat, et inventus esto.* Y en vista de esto, deduciremos dos consecuencias altamente consoladoras, á saber: «que así como no hay exceso á que no se precipite el hombre cuando se aleja de su Dios, tampoco debe desesperar nadie de la divina misericordia, por muchos y graves delitos que haya cometido, toda vez que mediante un sincero arrepentimiento la busque, arrojándose á los pies de un padre infinitamente bondadoso y compasivo.» ¡Qué asunto tan interesante! Hoy mas que nunca reclamo de vosotros una atencion profunda. Prestádmela por vuestro propio bien, pues quizás este discurso debe decidir de vuestra suerte, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Para convencernos de la gran verdad que acabo de proponer á vuestra consideracion, preciso nos es seguir paso á paso todas las fases de la vida del protagonista de la parábola evangélica que he tomado por tipo de mi discurso, y desde luego saltará á nuestra vista una reflexion harto demostrada por la esperiencia... (Todo como en el tomo V, pág 85, lin. penúltima, hasta la línea 32 de la pág. 95, que concluye así ; «Solemnizamos tan fausto acontecimiento: pues que este hijo que estaba muerto, ha resucitado; habia perecido, y ha sido hallado.»)

CONCLUSION.

¡Pluguiese al cielo, M. A. O., que al despedirme de este pueblo, tuviese yo el inefable consuelo de decir otro tanto de cada uno de vosotros! ¿Y por qué no, pecadores? Si hasta ahora habeis imitado á ese pródigo en sus excesos, ¿no le imitareis tambien en su arrepentimiento? ¿Será para vosotros ineficaz el lenguaje de la religion, que os predica la inagotable piedad de un Dios que por salvaros llegó al exceso de hacerse hombre y derramar hasta la última gota de su sangre preciosísima? ¿Preferireis morir en una obstinacion que os precipita en el abismo de la desgracia eterna, mas bien que vivir en el seno amoroso de Jesucristo corriendo á implorar sus misericordias? ¡Oh! No por vida vuestra. Mirad aquí la adorable víctima de vuestros pecados; contemplad á este Salvador crucificado por arrancaros de la servidumbre de la culpa; observad su cabeza inclinada, su semblante pálido, su cuerpo todo convertido en una llaga horrible, y estas manos taladradas que os brindan con el perdon, y estos piés agujereados que han hollado el imperio de Satanás abriéndoos el reino celestial, y este pecho abierto con una lanza cruel para que en él encontreis asilo contra los rayos vengadores de la eternal justicia.

Tornad , pues , pecadores al corazon amantísimo de Jesucristo. *Reddite prævaricatores ad cor* ; ni un instante aplaceis vuestra conversion , pues los momentos urgen , y quizás mañana será ya tarde. Acercaos todos cuantos no quereis perecer eternamente , llegaos al padre de las misericordias que por mi voz os convida , ofreciéndoo olvidar para siempre vuestros pasados errores , toda vez que arrepentidos sinceramente de ellos le digais : « Padre mio , pequé contra el cielo y contra vos , ya no soy digno de llamarme hijo vuestro : » *¡Pater peccavi in cælum , et coram te : jam non sum dignus vocari filius tuus !* Corred , ancianos , que inclinados ya hácia el sepulcro , tal vez no habeis pensado una sola vez en el horrendo porvenir que os espera si no os convertís al Señor. Harto habeis abusado de su paciencia , no la canseis mas ; llorad , gemid , doleos de vuestras maldades , y decid : *¡Pater peccavi in cælum , etc. !* Corred hombres provecetos , que lanzados en medio de un mundo bullicioso , no soñais mas que proyectos de engrandecimiento , ideas de riqueza , pensamientos de elevacion , sin imaginar siquiera que acaso hoy mismo puede desaparecer de vuestra vista todo ese espectáculo que os deslumbra , y encontraros ante el tribunal de un juez inexorable ; ahora pues que teneis en Dios un padre compasivo y tierno , arrojaos en sus brazos , y decirle : *¡Pater peccavi in cælum , etc. !* Corred jóvenes llenos de ilusiones , que despues de haber gozado de todo linage de placeres , os encontrais hoy con el corazon vacio , sin hallar la dicha que anhelaíais , abatidos quizá bajo el peso de crueles desengaños y de punzadores remordimientos ; básteos el tiempo que habeis malversado consagrando vuestros mejores dias al vicio , y venid á consagrar los que os restan á la virtud , en la que experimentaréis delicias inefables ; Jesucristo os espera , os llama , os importuna , porque quiere salvaros ; no ensordezcais y presentaros á él esclamando : *¡Pater peccavi in cælum , etc. !* Haced lo mismo , mujeres disipadas , doncellas inexpertas , que víctimas de frivolidades engañosas habeis sacrificado al mundo vuestra belleza , le habeis consagrado todas vuestras aspiraciones , sin que hayais recogido otro fruto que la pérdida de vuestra virtud , única recompensa que os mereció el haberos esclavizado á sus caprichosas exigencias. Y vosotros pecadores todos , sean las que fuesen

vuestras culpas, siquiera hayais incurrido en todo género de delitos, por mas que vuestros crímenes escedan en número á los cabellos de vuestra cabeza, venid á los piés del Crucificado, que tambien para vosotros es padre clemente y misericordioso. El momento de vuestra conversion será para él el de su mayor dicha, de su mas positiva alegría, y os admitirá como al hijo pródigo á su gracia, os devolverá su amistad, os dará un lugar distinguido en el gran festin de los ángeles, despues de haberos purificado en los ricos manantiales que brotan de la sagrada piscina del Sacramento de la Penitencia.

No dudo, A. M., que así lo hareis, y en este convencimiento me separo de vosotros lleno de consuelo y de esperanza. Quedaos pues con Dios, tal vez hasta la eternidad, ancianos, jóvenes, ricos, pobres, sábios, ignorantes, madres de familia, hijos cariñosos, tiernas doncellas, parvulitos inocentes, objetos todos de mi solicitud y de mis amorosos cuidados, de todos me despido con la mas profunda emocion; pero sabed, que si bien con el cuerpo os dejo, con el espíritu quedo en medio de vosotros; donde quiera os llevaré dentro de mi corazon. Jamás os faltarán mis oraciones, y diariamente os presentaré al Señor en el incruento sacrificio. Harto gratos son los recuerdos que me ha inspirado vuestra docilidad, y la benevolencia con que me habeis tratado, para que jamás pueda olvidarlos. A Dios por último; y en testimonio de lo caras que me son vuestras almas, aceptad estas lágrimas que involuntariamente vierten mis ojos, expresion veridica del afecto que me habeis merecido. No lloraria si no os amase tanto; no me afectaria tan hondamente, si no sintiese esta separacion cruel.

Y vos Señor que me elegísteis por indigno instrumento de vuestras bondades para con este pueblo cristiano, no permitais sean infecundos mis sudores. Nada es el que planta, nada el que riega; todo pertenece á vos que dais el oportuno desarrollo á la semilla evangélica esparcida en vuestro campo por vuestros celosos operarios. Bendecid pues mis tareas, y no permitais se pierda ninguno de los que me confiásteis. Dadme sus almas, os diré con San Agustin; esta es la única recompensa que os pido; dadmelas para que se salven y disfruten un día vuestra gloria. Mostraos generoso con ellas, hoy

que entran de nuevo en los caminos de la cruz. Débiles son, y necesitan de vuestro potente auxilio; pobres, y han menester las dispenseis las riquezas de vuestra bondad; frágiles, y no podrian permanecer por mucho tiempo sin caer, á menos que vos las concedais el dón de la perseverancia, que para todas os pido y deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo.

ASI SEA.

EXORDIOS

y planes de Sermones para ocho dias de Misiones contra los principales vicios reinantes en la sociedad.

SERMON DE APERTURA

PARA EL PRIMER DIA DE LA MISION.

(EXORDIO Y APLICACION.)

LLAMAMIENTO DE LA RELIGION Á OIR LA PALABRA DEL SEÑOR. CAUSAS FUNESTAS DE SU ESTERILIDAD EN MUCHOS CORAZONES CRISTIANOS.

Canite tube in Sion, sanctificate jejunium, vocate cœtum, congregate populum, coadunate senes, congregate parvulos, et sugentes ubera.

Sonad la trompeta en Sion, intimad el ayuno, convocad á todos, congregad el pueblo, reunid los ancianos, haced venir á los párvulos y á los niños de pecho.

JOEL. II. 45.

Ossa arida, audite verbum Domini.

Huesos secos, escuchad la palabra del Señor.

EZECH. XXXVII. 4.

AL PRESENTARME hoy, pueblo cristiano, en medio de vosotros para ser el intérprete de Dios y el eco de su voz omnipotente con relacion á vuestro eterno porvenir, quisiera que mi palabra fuese tan fuerte y penetrante que se dejase oír hasta de las mismas criaturas insensibles, para que todas en armonioso concierto manifestasen su dolor por los crímenes que inundan la tierra. ¡Oh! ¡Hasta cuándo

esta gemirá bajo el peso de las iniquidades de los que la habitan? ¿Hasta cuándo los hombres sordos á los gritos del deber é indiferentes á los llamamientos de su conciencia, continuarán insultando á la magestad divina y provocando sus venganzas? ¿Hasta cuándo permanecerán dormidos en el funesto sueño de la culpa, sin pensar en los peligros que los amenazan? ¿Hasta cuándo en fin abusarán de la paciencia de un Dios que tanto los ha tolerado, porque desea salvarlos?

Amados oyentes míos, no seais vosotros del número de aquellos que dicen al Señor: «Retirate de nosotros; no queremos escuchar tus enseñanzas ni aprender la ciencia de tus caminos: *Recede a nobis, scientiam viarum tuarum nolumus* (1). Hoy viene á visitaros la gracia de nuestro Señor Jesucristo por medio del mas indigno de sus ministros: no la desecheis. En este día aparece para vosotros el sol brillante de justicia: no cerreis vuestros ojos á sus eternos resplandores. Rico en tesoros de misericordia y colmadas sus manos de dones de piedad, acércase á vuestros hogares el que por la salud del mundo murió en una cruz; no le cerreis vuestras puertas. Antes por el contrario, «haced resonar la trompeta en medio de Sion, os diré con el hijo de Phatuel; intimad el ayuno; convocad á junta; congregad el pueblo; reunid los ancianos; vengan los párvulos y los niños de pecho; salga del lecho nupcial el esposo y de su tálamo la esposa; lloren entre el vestibulo y el altar los sacerdotes, diciendo: Señor, perdonad á vuestro pueblo y no abandoneis al oprobio vuestra herencia.» *Canite tuba in Sion, sanctificate jejunium, vocate cœtum, congregate populum, coadunate senes, congregate parvulos et sugentes ubera, egrediatur sponsus de cubili suo, et sponsa de thalamo suo.*

Mas ¿qué veo? Al arrojar una mirada sobre esta inmensa multitud de personas que concurren á la Santa Mision á que hoy damos principio figúraseme hallarme en las vastas llanuras de Sennaar, á donde un dia fué arrebatado en espíritu el profeta Ezequiel, contemplar como él un campo cubierto de esqueletos, de huesos des-

(1) Job. XXI. 14.

carnados esparcidos por la superficie, y escuchar la voz del Señor que me dice: Hijo del hombre, ¿crees tú que estos huesos puedan tornar á la vida? En efecto, M. A. O., ¿cuántos cadáveres espirituales rodearán hoy esta sagrada cátedra! ¿Cuántos que aunque parecen vivir se hallan muertos para Dios, habrán venido á este santo templo! ¿Cuántos huesos secos á quienes no anima el humor vivificante de la gracia se hallarán reunidos al pié de esos altares! ¿Y será posible que aun revivan al eco de la omnipotente voz que sacó el mundo del caos? ¡Oh! sí, Dios me lo asegura; él me manda que vaticine en su nombre una resurreccion portentosa; con este objeto me ha enviado en medio de vosotros; y yo en cumplimiento de mi mision os digo: «Huesos áridos, oid la palabra del Señor.» *Ossa arida, audite verbum Domini.* Yo infundiré en vosotros mi espíritu y vivireis, y sabreis cuán grande es el poder de aquel que me ha hecho su vicegerente en la tierra y el eco de sus misericordias; abriré los sepulcros en que estais encerrados, os sacaré de entre el polvo de la corrupcion, y os conduciré á la verdadera tierra de Israel, á la mansion de la paz, á la patria de los predestinados: *Intromittam in vos spiritum, et vivetis... et scietis quia ego Dominus... Aperiam tumulos vestros, et educam vos de sepulchris vestris, et inducam vos in terram Israel.*

Tal es, M. A. O., el grandioso objeto que en esta Santa Mision me propongo: héd ahí el asombroso prodigio que la gracia del Señor debe verificar con vosotros, si escuchais dóciles su palabra y os aprovechais de ella en estos dias preciosos que os concede para convertirlos. Sencilla, pero ardiente, saldrá de mis lábios, sin los vanos atavios de la humana elocuencia. Amarga unas veces, terrible otras, y siempre inspirada por un íntimo convencimiento, la oireis desplegar las amenazas del cielo, tronar contra el vicio, anatematizar el pecado, condenar la injusticia; porque no es mi ánimo buscar aplausos que no merezco ni necesito; no aspiro á deslumbrar con estudiadas frases vuestras inteligencias; no pretendo hacer lujo de una erudicion estéril que, sin fruto para vosotros, comprometeria mi ministerio; busco solamente vuestras almas; deseo vuestra salvacion; aspiro á conmover vuestros corazones; pretendo arrancar de vues-

tros ojos lágrimas de sincero arrepentimiento. Este es mi deber, y le cumpliré con la gracia de Dios. Voy, pues, á comenzar mis tareas manifestándoos «las causas que mas poderosamente contribuyen á esterilizar en muchos corazones cristianos la divina palabra, á fin de que evitándolas os aprovecheis de ella en esta Santa Mision, y recojais abundantes frutos de vida eterna.»

Dad, Jesus dulcísimo, Redentor adorable, dad á mis lábios esa energía, esa unción, esa fuerza irresistible que desgaja los cedros del Libano, quebranta las encinas del Basan y hace pedazos los mas duros peñascos, segun el lenguaje del real profeta. Sea yo el instrumento de la mas completa resurreccion espiritual respecto de unas almas que yacen cadavéricas bajo la accion del pecado, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Muchas veces, A. O. M., meditando acerca del estado actual de nuestra sociedad, y lamentándome de la infecundidad de los mil medios de que el cristianismo se sirve para atraer los hombres y los pueblos al conocimiento de sus verdaderos y positivos intereses, me he preguntado á mi mismo: ¿En qué consiste que cada dia.... (Tomo II, pág. 368, lin. 49.)

EXORDIO Y PLAN DE UN SERMON

PARA EL SEGUNDO DIA DE LA MISION.

CARACTÉRES Y CONSECUENCIAS DEL PECADO DE ESCÁNDALO.

¡*Vae mundo à scandalis!*

¡Ay del mundo por los escándalos!

MATTH. XVIII. 7.

PUEBLO cristiano: Cuantas veces leo en las sagradas páginas las palabras que acabo de pronunciar, un terror invencible se apodera de mi alma. ¡Ay del mundo por los escándalos! ¡*Vae mundo à scandalis!* De esta manera espresaba Jesucristo nuestro Salvador la expiacion terrible que debia pesar sobre los hombres que, no contentos con seguir el camino del vicio, á despecho de sus enseñanzas se convertirian en instrumentos de ruina espiritual para sus prójimos, empujándolos con sus perversos ejemplos en la pendiente resbaladiza de la perdicion. Y con tanta mas razon lamentábase de los estragos consiguientes á ese pecado enorme, cuanto que preveia ser necesario y casi indispensable que reinase en la tierra ese mónstruo homicida de las almas: *Necesse est un veniant scandala.*

Y en efecto, M. A. O., sobre ser el escándalo el mayor desorden que puede concebirse en el órden moral, sobre poseer de suyo una malicia intrinseca que escede incomparablemente á la de todos los demas vicios, reúne la fatal circunstancia de que su existencia no se circunscribe á épocas ó tiempos determinados, sino que está en cierto modo destinado á perpetuar en el mundo su accion perniciosísima, á sobrevivir á los siglos y á las generaciones, y á estender

su imperio hasta el día de la general consumacion de todo lo existente. Ved ahí, pues, el verdadero y el mas temible enemigo de Dios y de la humanidad, personificado en aquella sublime parábola del sembrador que Jesucristo refirió á sus discípulos, diciéndoles: «Aseméjase el reino de los cielos (es decir, la Iglesia) á un hombre que sembró buena simiente en su campo: pero mientras dormian los hombres, vino cierto enemigo suyo, y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Estando ya el trigo en yerba y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familias acudieron á él, diciéndole: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Cómo es, pues, que tiene cizaña? Respondióles el dueño: Esto lo hizo el hombre enemigo. ¿Quieres, replicaron ellos, que vayamos á recogerla? No, les dijo; no sea que queriendo arrancar la cizaña, arranqueis juntamente con ella el trigo. Dejad crecer uno y otro hasta la siega, y entonces yo diré á los segadores: coged primero la cizaña, y reunida en gavillas arrojadla al fuego, pero el trigo depositadlo en mis graneros.»

¿Quién no ve desde luego en esta alegoría pintado al vivo el carácter odioso del escándalo y sus funestas consecuencias? ¿No es ese vicio el gérmen mortífero que Satanás, enemigo declarado de Dios, arrojó en el mundo para hacer guerra á la virtud y destruir, si posible fuera, la economía de la reparacion del linaje humano, sofocando la buena semilla del Evangelio y esterilizando los frutos copiosos de vida eterna que el Salvador hizo brotar con su doctrina y ejemplos, regando una tierra maldita é infecunda con su sangre de precio infinito? ¡Pluguiese al cielo que esto no fuese una realidad tan sensible como funesta! ¡Ojalá no fuesen tan palpables los estragos que el escándalo multiplica en el místico campo del gran Padre de familias! Pero ¡ay! que donde quiera que tendamos la vista no vemos otra cosa que víctimas sacrificadas á ese tirano, almas encadenadas al carro de ese insolente triunfador, despojos arrancados al que con su muerte salvó á la humanidad y venció el reinado de Lucifer.

De este pecado vengo á hablaros hoy, M. A. O., con el lenguaje del mas hondo convencimiento. Quisiera tener una voz que penetra-

se hasta las estremidades de la tierra , para que donde quiera se oyese el anatema terrible pronunciado contra él por el que es la verdad eterna : ¡Ay del mundo á causa de los escándalos ! ¡Ay del hombre que escandaliza ! ¡Mucho mejor le fuera no haber nacido ! ¡Y por qué así ? Porque si el mundo es el teatro de los mas funestos triunfos del infierno , el hombre escandaloso hácese el ministro , el agente de Satanás para ensanchar los limites de su reinado y disputar á Jesucristo lo que á tanta costa conquistó sobre un sangriento calvario . Esto lo vereis , M. A. O. , siguiendo conmigo la marcha de ese vicio , sus caractéres y resultados , que es lo que me propongo manifestaros en este discurso . Impléremos todos las luces del cielo , poniendo por intercesora á la Santísima Virgen , y dirigiéndola la salutacion angélica

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

No creais , M. A. O. , que me dejo arrastrar de un escesivo sentimiento de aversion hácia el escándalo , cuando me atrevo á decir que es el mónstruo mas horrendo , el enemigo mas temible , el elemento mas poderoso de ruina.... (Todo como en el tomo II. página 333. lín. 14.)

PLAN DE UN SERMON

PARA EL TERCER DIA DE LA MISION.

CUÁN ODIOSO Y REPUGNANTE SEA EL VICIO DE LA IMPUREZA, Y CUÁN
FUNESTA SU ACCION EN EL CRISTIANISMO.

Homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.

El hombre colocado en el honor no tuvo discernimiento: comparóse á los brutos irracionales, y se hizo semejante á ellos.

PSALM. XLVIII. 43.

¡CUÁN profunda es la degradacion del hombre, cuando dejándose dominar de los apetitos de una concupiscencia rebelde y contumaz, se entrega como vil esclavo á los placeres de la carne! Nada hay que tanto rebaje su dignidad originaria, nada que tan sensiblemente le envilezca, nada que le haga tan odioso y repugnante, como ese vicio de la impureza, tan general por desgracia en el mundo, y que arrastrando tras sí todas las condiciones y estados, llena la tierra de abominacion provocando contra ella las venganzas del cielo. Siglos hace que el real profeta, aludiendo á esa degradacion, á ese envilecimiento que lleva consigo el vicio que hoy me propongo combatir, exclamaba lleno de amargura: «El hombre colocado en la cumbre del honor, no ha sabido conocer su grandeza; comparóse á los brutos irracionales, y se hizo semejante á ellos:» *Homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.*

Y de hecho, ¿hay un vicio que imprima en el sér racional un

sello mas vergonzoso, ni deje mas hondas huellas en su alma, ni se oponga tan directamente al fin de su creacion? Él ultraja la conciencia de un sér criado para unos destinos inmortales, y mas que ningun otro pecado hácele aborrecible á los ojos de Dios, le arrebatá sus derechos á la herencia celestial, y le consagra al infierno como una víctima de Satanás, con quien le identifica hasta cierto punto. No es de estrañar que su solo recuerdo inspirase á San Pablo una repugnancia tan invencible, cual demuestra en estas palabras que escribía á los fieles de Epheso: «Ni siquiera se nombre entre vosotros » la fornicacion y toda especie de impureza, cual corresponde á la » santidad de vuestra vocacion. Teniendo entendido que ningun fornicador ó impúdico tendrá la menor parte en el reino de Jesucristo (1).» Con razon es llamado en el evangelio este vicio *espíritu inmundo*, por cuanto su solo aliento inficiona, su recuerdo mancha.... (Tomo II. pág. 416. lín. 8.)

(1) Ad Ephes. V. 3.

PLAN DE UN SERMON

PARA EL CUARTO DIA DE LA MISION.

LA AVARICIA MATA EN EL HOMBRE LOS MAS GENEROSOS INSTINTOS DE HUMANIDAD Y TODO SENTIMIENTO DE RELIGION.

Radix omnium malorum est cupiditas, quam quidam appetentes, erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus multis.

Raiz de todos los males es la avaricia; arrastrados por ella desviáronse algunos de la fé y espermentaron gravísimos pesares y aflicciones.

I. TIMOTH. VI. 9.

EN el discurso anterior oísteis, A. M., cuán grave sea el pecado de la impureza y los atroces castigos que viene acarreado á la humanidad á través de los siglos. Hoy vengo dispuesto á tronar contra otro vicio no menos generalizado, aunque en las apariencias no tan odioso y repugnante; de ese vicio que en lenguaje del Apóstol es la raiz inficionada de donde brotan todos los males, la levadura que corrompe los sentimientos mas generosos del corazon humano: la avaricia, que á tantos ha arrastrado á apostatar de la fé, arrojándolos en un abismo de errores y desgracias incalculables: *Radix omnium malorum est cupiditas, quam quidam appetentes, erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus multis.* ¡Pluguiera al cielo que en nuestra sociedad no fuese tan comun esa pasion insaciable de intereses materiales, esa sed devoradora de riquezas, esa aspiracion incesante hácia el oro, ídolo infame ante cuyos altares se sacrifican todos los dias millares de víctimas! Se olvida toda clase de consideraciones, se huella la justicia, se postergan las leyes del honor,

yéndese la conciencia, todo, en una palabra, se mira subordinado, hoy mas que nunca, á esa agitacion febril que causa la avaricia, porque á nada se atiende, á nada se aspira sino á acumular todos los elementos posibles de dicha temporal, siquiera sea á costa de los mas caros intereses del alma. ¡Ceguedad inaudita! No es, empero, nuevo ese vicio. Ya en los tiempos de Jesucristo estaba harto generalizado, hasta el punto de provocar las iras de aquel mansísimo Salvador, quien viendo á los traficantes invadir el lugar santo y hacerle objeto de sus profanaciones, se armó de un azote, y los lanzó de allí diciendo: «Salid de ahí, y no vengais á convertir la casa de mi Padre en casa de negociacion (1).»

¿Y qué habia de particular á la simple vista en la conducta de aquellos hombres, para que así escitase el enojo y la venganza pública de Jesucristo..... (Tom. IV, pág. 273, lín. 43.)

(1) Joan. XI, 45 et seq.

PLAN DE UN SERMON

PARA EL QUINTO DIA DE LA MISION.

LA USURA ES UN VICIO REPROBADO UNÁNIMEMENTE POR LA ESCRITURA, POR LA TRADICION Y POR LAS DIVINAS Y HUMANAS LEYES.

Si vir fuerit justus... et ad usuram non commodaverit, vita vivet, ait Dominus Deus. Quod si ad usuram dantem et amplius accipientem: nunquid vivet? Non vivet: Cum universa hæc detestanda fecerit, morte morietur, sanguis ejus in ipso erit.

Si un hombre fuere justo y no prestare á usura indudablemente vivirá; pero, por el contrario, si oprimiere al desvalido y cometiere usuras recibiendo mas de lo prestado, este tal ¿podrá vivir? No: habiendo hecho estas cosas tan detestables, morirá sin remedio: su sangre caerá sobre él.

EZECH. XVIII. 5 ET SEQ.

CUANDO en el discurso anterior os manifesté los odiosos caracteres del vicio de la avaricia, presentándole á vuestra consideracion como la fuente envenenada de otros no menos graves y repugnantes, omití de intento hablaros con detencion de un desórden que desgraciadamente se ha hecho harto comun en nuestra sociedad, hijo legítimo de esa pasion insaciable de riquezas y bienes materiales que absorve las ideas de la generacion actual. Quise consagrar un discurso á desenvolver con toda minuciosidad cuanto hay de injusto, inmoral y horrible en la usura, cáncer funesto que corroe las entrañas de nuestro siglo, y cuya accion lleva sus estragos mas allá de lo que quizás se piensa, inmolando diariamente víctimas sin cuento, creando conflictos en el seno de las familias, multiplicando las desgracias en medio de los pueblos, fomentando en las clases menestero-

sas la miseria, y empobreciendo á la multitud en provecho de algunos pocos especuladores, que engruesan sus fortunas á espensas de las ajenas necesidades. Héed aqui, M. A. O., lo que hoy vengo decidido á hacer, arrancando la máscara hipócrita con que muchos pretenden ocultar sus codiciosas miras, y poniendo de manifiesto la iniquidad de un vicio que en vano se ha intentado sincerar con especiosos sofismas, inspirados por la desmoralizacion mas profunda y dictados por un completo olvido de las mas óbvias nociones de la justicia. Y ¡quién lo creyera! hasta de la religion misma se ha querido abusar para cohonestar un desórden que la razon ilustrada no puede menos de anatematizar, de acuerdo en este punto con la moral cristiana. Adoptando las formas de la compasion, afectando lastimarse de las privaciones de la indigencia, la usura, tan inhumana como injusta, no ha dudado tomar prestado el lenguaje de la verdadera beneficencia para apropiarse los frutos del sudor de las clases laboriosas y poco acomodadas, y ha pretendido hacer valer como un rasgo de desprendimiento y desinterés en favor de los menesterosos lo que en realidad no es mas que un refinamiento de sórdida codicia, un deseo punible de monopolizarlo todo para medrar y labrar grandes fortunas á costa de muchas lágrimas. «Duéleme, han dicho ciertos hombres, la necesidad de tantas gentes que carecen de los medios de subsistencia; los pueblos tienen hambre... (Todo como en el tomo III, pág 222, lín. 30.)

PLAN DE UN SERMON

PARA EL SESTO DIA DE LA MISION.

GRAVEDAD DEL PRECEPTO DE RESTITUIR LO MAL HABIDO , NULIDAD DE LOS SOFISMAS CON QUE SE PRETENDE ELUDIR SU CUMPLIMIENTO , É IMPOSIBILIDAD DE SALVARSE SIN REPARAR CONVENIENTEMENTE LOS DAÑOS OCASIONADOS AL PRÓJIMO.

Redde quod debes.

Restituye lo que debes.

MARTH. XVIII. 29.

CATOLICOS OYENTES : Grave es por cierto la mision que los ministros del Señor hemos recibido , y gravísima la responsabilidad que sobre nosotros pesa , si en vez de hacer resonar la trompeta en Sion , segun el lenguaje de los Santos libros , y lejos de ahuyentar del rebaño de Jesucristo los lobos que le cercan para sorprender y devorar las almas , callamos como perros mudos , y contemplamos con estóica indiferencia los estragos causados en ellas por nuestra culpa. No permita el Señor que yo enmudezca , cuando es obligacion mia dar la voz de alerta , cuando me ha colocado en medio de vosotros para desarraigar los vicios , destruir los baluartes del error , plantar las virtudes y levantar sobre robustos cimientos el edificio de la moral cristiana. Por eso , habiéndoos hablado en los dos discursos anteriores del pecado de la avaricia y del de la usura , opuestos ambos á las leyes de la justicia y á las prescripciones divinas y humanas , cumplo hoy desarrollar las consecuencias que de los precedentes asen-

tados se desprenden. En efecto, A. M., no basta convenir en que esos vicios son en extremo odiosos, puesto que por do quiera se ve surgir contra ellos el grito unánime de la religion, de la tradicion, de la historia, de la razon misma; no basta llorar estérilmente sobre tan monstruosos excesos como diariamente se cometen á la sombra de unas doctrinas altamente reprobadas; no basta dolerse de unas injusticias tan irritantes, de unas iniquidades que claman al cielo, de unos crímenes que afectan tan dolorosamente á la humanidad; es preciso repararlos convenientemente, hácese forzoso indemnizar los perjuicios ocasionados, es necesario, en fin, restituir lo mal habido, condicion indispensable para obtener el perdón de Dios.

Desgraciadamente por lo mismo que el vicio de que venimos ocupándonos ha llegado á predominar tanto en la sociedad, se mira con una indiferencia inconcebible; y cuando á nombre de la religion nos proponemos demostrar el grave deber de la restitution, que es inherente á toda adquisicion injusta.... (Tomo III. pág. 370, lin 434... hasta formular lo proposicion.)

PRIMERA REFLEXION.

No es por cierto difícil la tarea que me he impuesto, al proponerme manifestaros la generalidad del precepto de la restitution... (Tomo III. pág. 371, lin. 6, hasta el final del discurso.)

SEGUNDA REFLEXION.

La restitution hemos dicho, es un deber que afecta á los intereses eternos del hombre, y por lo tanto hay en él una necesidad de llenarle, sopena de colocarse voluntariamente en el rango de los reprobos.... (Id. pág. 380, lin. 6.)

PLAN DE UN SERMON

PARA EL SÉTIMO DIA DE LA MISION.

HORRIBILIDAD DE LA BLASFEMIA CONSIDERADA Á LA LUZ DE LA FÉ Y DE LA RAZON. EXPIACION TERRIBLE QUE LLEVA CONSIGO ESTE VICIO.

Maledicti erunt qui contempserit te, et condemnati erunt omnes qui blasphemaverint te.

Malditos serán los que te despreciaren, y objetos de condenacion eterna los que te blasphemaren.

TABLE XIII. 46.

JAMÁS, M. A. O., hubiera yo intentado tratar en este sagrado sitio un asunto tan repugnante como el de que hoy vengo determinado á hablaros, si una dolorosa esperiencia no me hubiese hecho conocer la necesidad apremiante que tenemos los ministros del Evangelio de hacer conocer á los hombres y á los pueblos la gravedad de ciertos pecados que, merced á la inmoralidad cada dia mas creciente de nuestro siglo, han llegado á mirarse con cierta indiferencia, cual si el abuso pudiera jamás disminuir ó atenuar lo que de suyo envuelve una perversidad injustificable. Digno es de llorarse con lágrimas de sangre que una civilizacion corrompida, una ilustracion atea, un progreso que solo ha hecho rápidas conquistas en las vias de la incredulidad y del mas odioso materialismo, nos haya conducido á un estado en que ya no inspira el menor sentimiento de horror lo que en dias de menos adelantos científicos, pero de mas religion y moralidad, no podia oirse sin estremecerse. Hablo, M. A. O., de la

blasfemia, de ese vicio á todas luces horrendo, de ese pecado que pugna directamente con Dios, hollando su magestad adorable, insultando y provocando su santidad infinita, y arrojando contra el cielo las mas envenenadas saetas. Refiérome á ese refinamiento de perversidad á que ha llegado la generacion actual, hasta el punto de no hacerse públicamente uso del nombre de Dios mas que para ultrajarle, aumentándose la osadía de los impíos blasfemadores en proporcion de la impunidad criminal de una legislacion, tanto mas contemporizadora y suave con los delitos que afectan al Rey de reyes y Señor de los que dominan, cuanto fuerte y represiva contra los excesos que dicen relacion al orden material de los estados. Aludo á ese bostezo inmundo del espíritu infernal, á ese ladrido del Estigio, como le apellidó el Crisóstomo, mónstruo asqueroso que asesta sus tiros contra el Omnipotente, y del cual está escrito en los sagrados libros: «Malditos serán los que te despreciaren, y víctimas de condenacion eterna los que blasfemaren de ti.» *Maledicti erunt qui contempserint te, et condemnati erunt omnes qui blasphemerint te.*

En efecto, M. A. O., de muy antiguo viene siendo la blasfemia objeto digno de horror y de los mas severos castigos aun por parte de las mismas leyes humanas.... (Tom. V. pág. 147, lin. 6.)

PLAN DE UN SERMON

PARA EL OCTAVO Y ÚLTIMO DIA DE LA MISION.

APREMIANTE NECESIDAD DE CONVERTIRSE AL SEÑOR Y HACER PENITENCIA PARA DETENER EL BRAZO DE SU JUSTA CÓLERA, QUE PESA VISIBLEMENTE SOBRE LOS HOMBRES Y LOS PUEBLOS ENTREGADOS Á SUS ESTRAVÍOS.

Nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.

Si no haceis penitencia, todos á la vez perecereis.

LUC. XIII. 3.

PUEBLO CRISTIANO: ¡Bendito sea el Señor, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que por un efecto de su inagotable piedad nos ha proporcionado estos días preciosos de salvacion que hoy vamos á concluir! ¡Cuántas gracias debemos darle por un beneficio tan inestimable! ¡Oh! En estos días de la Santa Mision ha hecho correr abundantemente los rios de su clemencia, llamando á muchos que se hallaban extraviados por los caminos de la perdicion, despertando á no pocos que dormian el profundo sueño del pecado, inspirando deseos eficaces de convertirse á innumerables almas que jamás pensarán en su eterno porvenir, afianzando en la virtud á los débiles, y obrando mil y mil prodigios invisibles, debidos á su gracia triunfadora. Pues bien, A. O. M., deber nuestro es corresponder fielmente á tanta bondad, y no malograr los frutos de esta Mision, que quizás respecto de muchos de vosotros debe decidir para siempre vuestra suerte. Yo, terminado mi ministerio, dentro de pocos instantes me ausentaré de aqui para ir á llevar á otros pueblos los beneficios de la

religion salvadora. Dentro de poco ya no me vereis, y acaso hasta el gran día del juicio no volveremos á encontrarnos reunidos. ¡Qué idea tan amarga, qué presentimiento tan triste me ocupa en estos momentos solemnes! ¿Tendré entonces el consuelo y la satisfaccion indecible de abrazaros para volar juntos al seno de Dios, ó experimentaré el hondo pesar de contemplaros rodar al abismo inconmensurable del infierno? No lo permita el Señor, y si para evitar tamaña desgracia pudiera valer algo el sacrificio de mi pobre existencia, gustoso la ofrezco desde luego ante las aras de la caridad con que á todos os amo en Jesucristo.

¿Qué os diré pues al daros el último adios, que sea capaz de hacer en vuestros corazones una impresion profunda y saludable? ¡Ah! Perdonadme si todavía arrojo en vuestras almas, harto acibaradas, una gota del cáliz amarguísimo del Señor; dispensadme si, consultando á vuestro bien espiritual, mi última palabra de despedida es una palabra terrible y estremecedora. Habeis escuchado de mis lábios en estos días la repugnante pintura de los vicios mas dominantes en nuestra época, habeis convenido conmigo en la necesidad de reformar las costumbres públicas; pues hoy por corolario y consecuencia de todo lo espuesto, os digo, á nombre de Jesucristo y usando de sus mismas espresiones, que si no os convertís de veras al Señor y expiais con una saludable penitencia vuestros pecados, todos perecereis igualmente: *Nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.*

Hé aquí el postrimer grito que la religion os dirige por mi boca, como ministro, aunque indigno, de aquel Dios que anhela salvaros, y en representacion de quien he llenado respecto de vosotros la mision mas honrosa y sublime; tal es el gravísimo asunto que hoy debe ocupar vuestra atencion, porque á él están ligados vuestros mas caros intereses. ¿Y quién duda que todos, sin distincion de ningun género, presentimos esta necesidad y tenemos esta obligacion?.....
(Tomo V, pág. 172, lin. 12.)

SERMON

PARA EL DIA DE LA PRIMERA MISA DE UN SACERDOTE.

ESECELENCIAS DEL SACERDOCIO CATÓLICO; BENEFICIOSA INFLUENCIA DE SU ACCION REGENERADORA.

Ecce constitui te hodie super gentes et super regna, ut evellas, et destruas, et ædifices, et plantes.

Yo te he constituido hoy sobre las naciones y sobre los reinos para desarraigar, destruir, edificar y plantar.

JEREM. I. 40.

¡CUÁN GLORIOSA es la mision del sacerdocio católico! ¡Cuántos triunfos, qué de laureles no viene hacinando á través de las edades! ¡Cuán preciosos monumentos ha legado á la historia en todas épocas! En vano la impiedad intentára manchar las glorias de esa institucion sublime, que viene siendo, á despecho de las pasiones humanas, el centinela avanzado de la casa del Dios de Israel, el elemento civilizador del mundo. Pasaron, como pasa el huracan despues de un dia de tormenta, aquellos dias aciagos en que reinó en la tierra el génio de la incredulidad sistemática; y á vuelta de las ruinas que dejó á su paso, y por entre los montones de escombros que señalaron su funesta marcha, el catolicismo se mostró con un nuevo brillo, y el sacerdocio, su legítimo representante, lanzado de la escena como perjudicial é impotente para dirigir los destinos de la humanidad, volvió á presentarse en medio de los pueblos, llamado por unas generaciones aleccionadas en la escuela del desengaño, co-

mo el único capaz de curar las hondas heridas de una sociedad cansada de sangrientas luchas y de absurdas y nunca realizadas promesas. Entonces los dulces consuelos de la religion vinieron á reemplazar á las agitaciones y al malestar que es consiguiente á unas épocas de vértigo revolucionario; entonces los descendientes de la tribu de Levi, tornando con abnegacion heróica á ocupar su puesto, constituyéronse los génios tutelares de unos pueblos hambrientos de la doctrina católica, y que morian de inanicion por falta de pastores que los condujesen á los saludables pastos de la verdad. Entonces comenzó una nueva era de regeneracion religioso-social, cuyo principal elemento fué el sacerdocio, objeto poco antes de las iras de los que en sus tenebrosas orgías concibieran el pensamiento de reconstruir las sociedades haciéndolas pasar por lagos de sangre.

A esa grandiosa obra de regeneracion moral has sido llamado tú, oh nuevo ministro del Dios de paz y de amor. Hoy vas á dar principio á una mision altamente civilizadora, á aquella que Jesucristo confirió hace mas de diez y ocho siglos á sus apóstoles cuando les dijo: «Como mi Padre me ha enviado, os envío yo á vosotros al mundo (1).» La misma que por entre las revoluciones mas espantosas, y á través de largos períodos de sangrientas persecuciones, y á despecho de errores sin cuento, y á vuelta de sacrificios inmensos viene cumpliendo el clero católico con tanta gloria para Dios y con tan positivo provecho para la humanidad. Oye, pues, lo que por mi boca te dice esa religion en cuyas filás te has alistado para pelear las batallas del Señor; escucha los deberes que te impone el que se dignó elegirte para la alta dignidad que ocupas en la Iglesia de Dios: «Yo te he constituido hoy sobre las naciones y sobre los reinos para desarraigar, destruir, edificar y plantar.» *Ecce constitui te hodie super gentes et super regna, ut evellas, et destruas, et ædifices, et plantes.* Tal es, oh nuevo sacerdote, la mision que te ha cabido en suerte; tales son las gravísimas obligaciones que voluntariamente has contraido en virtud de la sagrada ordenacion. Elevado á una altura desde donde dominas los pueblos y tienes bajo tus piés

(1) Joan. XX. 21.

las naciones y los reinos de la tierra, deber tuyo es desplegar un celo ilustrado para arrancar de raíz las malas yerbas de las pasiones, de los vicios y de los errores que brotan en un suelo ingrato donde la mano del hombre enemigo arrojó tan funesta semilla; trabajar incansable por destruir los baluartes desde donde la impiedad parapetada lanza sus proyectiles contra el sagrado alcázar de Sion; reedificar con tu vida y con tu doctrina lo que el génio del mal derrumbára, y plantar de nuevo en el ameno jardín de la Iglesia las bellas virtudes que agostó el cierzo abrasador de la inmoralidad. *Ecce constitui te hodie super gentes et super regna, ut evellas, et destruas, et ædifices, et plantes.*

En este bello pasage veo epilogado cuanto yo debo decirte en este dia acerca de tu elevacion y de los deberes á ella vinculados; si tu dignidad te enaltece sobre todo lo terrenal y precedero, colocándote en una esfera superior á cuanto puede concebirse, de ella misma fluyen deberes gravísimos que estás llamado á cumplir, con relacion á la Iglesia que te admitió en el número de sus ministros, y á la sociedad en cuyo seno debes ser el centinela avanzado de la casa de Dios, el faro luminoso de los pueblos, el defensor nato de los intereses de la verdad católica, el hombre del porvenir, el mediador entre la tierra y el cielo, el ojo de la Providencia para los que gimen en la desgracia, en una palabra, el cristianismo en accion, el dogma viviente de esa religion de amor y de inmortalidad que salvó al mundo y atesora todas sus esperanzas. Bajo este punto de vista voy á considerar hoy al sacerdocio, «desarrollando á vuestra vista el bello cuadro de su grandeza misteriosa y de su influencia benéfica: lo primero constituirá una demostracion palpable del origen divino de esa institucion augusta; lo segundo una apología convincente de los grandes servicios que viene prestando á la humanidad.» Inspiradme en este momento, oh Jesus, Sacerdote eterno, Pontífice sumo de los bienes venideros, mediador augusto, lazo misterioso de reconciliacion, inspiradme, os ruego, para que pueda hablar dignamente de la mision del sacerdocio católico, etc.

AVE MARIA.

PRIMERA REFLEXION.

Nada en el mundo puede imaginarse tan grande, augusto y respetable como el sacerdocio de la ley de gracia. Su origen arranca del mismo Jesucristo; de él ha recibido la mision que está llamado á llenar en el tiempo; suya es la autoridad que ejerce; y como quiera que se le considere, es su personificacion exacta, tanto que, como dijo el Crisóstomo, el sacerdote es verdaderamente un Cristo sobre cuyos hombros gravita todo el peso del mundo, colocado como está entre la tierra y el cielo para hacer los oficios de mediador entre el hombre y Dios, continuando así á través de los siglos la grande obra de la reparacion comenzada en el Calvario. Desde el momento en que el Hijo del Eterno dijera á sus apóstoles « como mi Padre me envió os envío yo á vosotros (1) », el honor, la grandeza, el poder conferido por el Padre á su Unigénito pasaron en legado á los sacerdotes de la nueva ley, les fueron trasmitidos como propiedad inalienable, y vienen ejerciendo todos sus derechos en bien de la humanidad. ¡Oh! Contemplad atentamente esa doble potestad que el sacerdocio obtiene sobre el cuerpo real y el cuerpo místico del Hombre Dios... ¡Qué de magnificencias, qué de prodigios, cuántas maravillas no envuelve bajo el primer concepto esa institucion sublime! Un portento mucho mas extraordinario, un fenómeno incomparablemente mas inexplicable que la creacion del universo, verificase sobre el ara santa á la simple palabra del sacerdote católico. Dios en el principio de los tiempos dijo: «Hágase el cielo», y el cielo apareció embellecido con todos esos luminosos globos, con todos esos gigantescos planetas, con esa alfombra de deslumbradoras estrellas que no podemos contemplar sin extasiarnos; dijo: «Hágase la tierra», y la tierra saliendo del caos dejóse ver rica en producciones de todo género, coronada aquí de altísimas montañas, cruzada allí por caudalosos rios,

(1) Joan. XX. 21.

cercada por una parte de anchurosos mares, enlazada por otra con vastos continentes, iluminada de dia por el sol, hermoseedá de noche por la luna. Pero ¿á dónde voy? ¿qué intento? ¡Ah! Nada de esto, ni la sucesion periódica de los tiempos, ni el cambio armónico de las estaciones, ni la revolucion constante y uniforme de los cuerpos celestes, ni cuanto en esa obra de la omnipotencia hay de mas admirable y portentoso, iguala al prodigio que el sacerdote católico realiza todos los dias sobre el altar en virtud de las palabras inefables de la consagracion. Él habla, y á su voz el cielo, la tierra, los abismos, la naturaleza, la gracia, todo se pone en movimiento, todo se transforma, todo obedece, incluso el mismo Dios, usando de la frase de San Agustín (1); puesto que instantáneamente el Verbo descende á sus manos, encarna en ellas y preséntase para ser ofrecido en holocausto aceptable por los pecados del mundo. Él habla, y todas las leyes de la creacion suspenden su curso, y el órden primordial de las causas y de los efectos se trastorna, y el pan cesa de ser pan, para convertirse en la sustancia del cuerpo de Jesucristo, y el vino deja de ser vino, y pasa á ser sustancialmente la sangre del Redentor de los hombres. ¿Quién jamás oyó cosa semejante? ¡Y todo ello se realiza en virtud de ese altísimo poder conferido por el Salvador á sus sucesores, cuando en la célebre noche de la última cena les dijo: «Haced esto en memoria mia!»

Callen, pues, ante tamaña maravilla los Josués, á cuyo mandato obedeciera un dia el sol ante los pabellones de Gabaon, los Moisés, cuya misteriosa vara heria los peñascos y abria fuentes de agua cristalina en los desiertos, los Elías, cuya voz evocaba del sepulcro los muertos. Ni Dios mismo, dando el ser á lo que no era, haciendo que comenzase á existir lo que nunca habia existido, estrayendo el tiempo del seno de la eternidad, sacando la vida del caos de la nada, hizo mas que el sacerdote católico cuando pronuncia esas palabras creadoras. ¿Y qué decir, M. A. O., de la potestad que ejerce sobre el cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia? ¡Razon orgullosa! anonádate en presencia de lo que no alcanzas á compren-

(1) Hom. II. in Ps. 37.

der. ¡Sabiduría carnal! enmudece ante lo que tanto dista de tus menguados principios. El sacerdocio es el depositario de las llaves del cielo; vive en el tiempo, y su poder alcanza hasta la eternidad; colocado está en una esfera limitada, y sus dedos tocan lo infinito; es un mero hombre y obra como un Dios. Sus manos atan ó desatan, abren ó cierran, retienen ó perdonan á su beneplácito, sin que el cielo pueda oponerse á lo que él dispone en la tierra, sin que allí se anule jamás lo actuado aquí por el ministro de la reconciliacion, sin que sea posible revocar ninguno de los decretos pronunciados por sus lábios. Oid: «Cuanto atáreis en la tierra atado quedará en el cielo; cuanto en la tierra desatáreis desatado será en el cielo (1). A quienes perdonáreis sus pecados perdonados les serán; á quienes se los retuviéreis retenidos les quedarán (2).» En estas inefables palabras de Jesucristo se apoya esa potestad innenarrable del sacerdocio católico; potestad que eleva al hombre sobre los mismos ángeles, como se espresa San Pedro Damiano (3); potestad que no obtuvo la misma Madre del Verbo á pesar de su elevacion sin semejante, en language de San Bernardino de Sena (4); potestad en fin propia y esclusiva de la divinidad, y en virtud de la cual los sacerdotes ocupan un lugar el mas distinguido y eminente entre las mismas gerarquías celestes, desde la cual ven prosternarse los reyes, inclinarse los tronos, temblar los imperios, enmudecer las naciones, humillarse los pueblos: *Ecce, constitui te hodie super gentes et super regna*. De aquí ese grito unánime de la tradicion que viene apellidando á los ministros del santuario vicegerentes de Dios, plenipotenciarios del Rey de las eternidades, ángeles del Señor, consejeros del Altísimo, antorchas de la humanidad, faros luminosos del mundo, criaturas celestiales, administradores divinos del patrimonio del Eterno, dioses humanados, y otros mil dictados que seria interminable enumerar. Cierto que en nuestros malhadados dias ha decaido lastimosamente la fé de aquellos tiempos en que un sacerdote era considerado como

(1) Matth. XVIII. 18.

(2) Joan. XX. 23.

(3) S. Petr. Dam. Serm. 26 de S. Petr.

(4) Tom. I. Serm. 20. a. 2.

lo mas grande y augusto, y su dignidad acatada y venerada por cuanto en la tierra habia de mas ilustre y respetable. Ya los nuevos Teodosios no tiemblan y se postran humillados ante un ministro del santuario que les habla en nombre de Dios; ni retroceden de espanto los modernos Alaricos á la voz de un sacerdote que les amenaza con la cólera del cielo; ni hay Constantinos que se despojen de su púrpura para recibir la bendicion de los enviados del Señor. Apenas los descendientes de los Recaredos, Luises, Fernandos, Boleslaos, Maximos se dignan conceder al sacerdocio algunas de las altas consideraciones de que eran objeto por parte de aquellos grandes monarcas. ¡Qué digo! Aversion, menosprecio, ódios, antipatías, amenazas, persecuciones, estrañamientos, cárceles, muerte: hed ahí lo único que le resta de aquel prestigio universal que un dia le rodeaba, de aquella veneracion sublime conquistada á fuerza de abnegacion y de sacrificios. Esto es lo que el sacerdocio debe á esa ciencia materialista que ha logrado matar los sentimientos mas nobles del corazon humano, apagando las luces de la fé, rompiendo la cadena tradicional de los siglos, arrojando en el inmundo cieno los antiguos dogmas, ridiculizando los misterios de la religion, burlándose del Evangelio, calumniando al mismo Jesucristo y negando hasta su existencia histórica. Pero en vano se gloriará de haber creado esta situacion anómala; en vano se lisonjeará de haber trastornado las creencias y obrado una revolucion repentina en las condiciones del mundo moral; en vano se dará el parabien de haber introducido una nueva civilizacion basada en el ateismo, apoyada en la incredulidad, sancionada por el error, fomentada por las pasiones, sostenida por el libertinage, protegida por el crimen, fautora de todas las rebeliones, gérmen corrompido de todas las tiranías, elemento principal de todas las perturbaciones sociales, homicida de todas las libertades legítimas, enemiga del verdadero saber, rémora del positivo progreso, baluarte de la barbarie, civilizacion en una palabra de anarquía, de sangre, de destruccion, de muerte y de esterminio. ¡Y qué! ¿ Habrá por esto conseguido acabar con esa institucion sublime que viene sobrenadando á través de mas de diez y ocho siglos en el gran diluvio de males que han inundado la tierra? No: que todavía

existe ese sacerdocio fundado por Jesucristo para mostrar á la humanidad sus destinos y abrirla el camino de su porvenir. No: que aun vive ese augusto ministerio llamado á ser el vínculo misterioso que enlace el tiempo con la eternidad. No: que á despecho de tantos émulos encarnizados, empeñados en denunciar á la tribu sacerdotal á la execración pública con estudiados sofismas y mentirosas calumnias, todavia le está reservada la gran mision de ilustrar á los pueblos y regenerar las sociedades con el poderoso ascendiente de su influencia: *Ecce constitui te hodie... ut evellas, et destruas, et edifices, et plantes*. La demostracion de esta verdad constituirá el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

Tiempo hace que la influencia del sacerdocio católico viene siendo el tema constante de las mas apasionadas y sistemáticas acusaciones por parte de los enemigos de esa institucion sublime. No hay dictado en el vocabulario de la impiedad que no se haya empleado mil veces para hacer odioso á los pueblos ese ascendiente que viene ejerciendo en el mundo á través de las edades. Se ha calificado de teocracia, invasion, tiranía, opresion, despotismo insufrible; se ha dicho que el retroceso, la barbárie, la corrupcion, la inmoralidad y todos los males sociales, han sido el único legado que ha trasmitido á las naciones que nimiamente crédulas han aceptado su yugo; la destruccion de todos los grandes elementos de bienestar público, la muerte de todas las libertades, la degeneracion de todos los sentimientos de nacionalidad, la ruina de los antiguos imperios, la decadencia de la literatura, de las ciencias y de las artes, la fermentacion de los partidos, la lucha de los intereses, la guerra de las opiniones, cuanto de funesto y lamentable ha acontecido en el mundo, todo es obra de la influencia sacerdotal, en el lenguaje de sus antagonistas. ¿Y por qué así? ¡Ah! Harto conocidos son ya, por dicha nuestra, los motivos que impulsan á los adeptos del racionalismo filosófico á vulgarizar esas especies, á fomentar esas ideas, y hacer cundir esas calumnias.

Saben muy bien que el sacerdocio católico en su generalidad, jamás ha transigido ni transigirá con el error; conocen que por mas que trabajen, ora adulándole con afectadas simpatías, ora lisonjeándole con mentidas promesas, ya empleando el arma del apóstrofe, ya concitando contra él el ódio de las masas populares, nunca lograrán hacerle cómplice en sus proyectos destructores; están convencidos de que, siempre en su puesto en los dias del peligro, siempre pronto á inmolarsé ante las aras de su fé y de sus dogmas, ni un ápice cederá jamás del terreno que ha sabido conquistar en fuerza de abnegación y de heroismo; les ha demostrado una larga esperiencia que donde quiera es el defensor nato de las tradiciones cristianas, el custodio de las creencias que le confió su augusto fundador, el vigia incansable que desde la cumbre del santuario protege los muros de la ciudad santa, el núcleo de la unidad católica, el apologista de la virtud, el denunciador del vicio, en una palabra, el mas temible enemigo que tiene la incredulidad, el apoyo mas firme con que cuenta la fé, el baluarte inespugnable de la Iglesia; y de aquí nada ómiten, nada perdonan, todo lo ensayan por reducir el sacerdocio á la nulidad, por desprestigiarle completamente, por esterilizar su accion civilizadora, por privarle de su ascendiente, por arrancarle hasta la menor participacion en los destinos del mundo, por relegarle al olvido, ya que no les sea dable hacerle desaparecer de la escena.

¡Inútiles esfuerzos! ¡Proyectos vanos! No es así como puede matarse la verdad; no es así como se puede arrojar por el suelo la obra de tantos siglos, la obra de Dios, lo que Jesucristo asentó sobre bases indestructibles. ¿No veis cómo esa piedra misteriosa se sostiene inmóvil ante los choques de los vientos desencadenados, que no han cesado de azotarla desde el día mismo en que sobre ella levantó el Hombre-Dios el edificio de su Iglesia? ¿No veis cómo vienen estrellándose contra ella uno á uno todos cuantos en su loca impiedad se atrevieron á tocarla? ¿No veis cómo ni los lagos de sangre que inundaron el romano imperio, ni las hogueras que encendió la mano devastadora de los bárbaros del Norte, ni las ruinas hacinadas por la heregía en los siglos medios, ni las horrendas conjuraciones suscitadas despues por el protestantismo, ni las guerras de esterminio ati-

zadas por la filosofía revolucionaria, ni cuanto el ódio y las malas pasiones inventáran para anonadar esa institucion augusta, han hecho mas que darla mayor importancia y rodearla de un prestigio universal?

Pues hé ahí, oh nuevo ministro del Señor, lo que debe alentarte al comenzar esa gran mision que estás llamado á cumplir en el seno de la Iglesia y de la sociedad. Constituido hoy en virtud de tu elevado carácter sobre los reinos y las naciones, tu deber es trabajar dia y noche por desarraigar los vicios que pululan en ese vasto campo donde el hombre enemigo arrojó la cizaña en medio de la buena semilla sembrada por el divino labrador; no levantar mano hasta haber destruido los baluartes, tras los cuales parapetado el error, lanza sus proyectiles contra la verdad; consagrarte con celo incansable á reparar las ruinas causadas por la inmoralidad, restaurando los muros de la Jerusalem santa que los fieros Edomitas echaron por el suelo, y edificando sobre sus escombros otros nuevos para impedir la entrada al incircunciso y al inmundo; plantar en ese suelo que profanó y esterilizó el génio del mal, verdes renuevos de virtud para embellecer con ellos el ameno verjel de la Esposa del Cordero: *Ecce constitui te.... ut evellas, et destruas, et edifices, et plantes*, ¡Cuánta solicitud no debes desplegar en el cumplimiento de tus deberes sacerdotales! ¡Con qué intrepidez no debes lanzarte á la arena para hacer frente á los mil elementos de corrupcion que te saldrán al encuentro para detenerte en tu marcha regeneradora! ¡Cuán costosos sacrificios no te será preciso hacer para lograr el fruto de tus afanes! Mas no por eso debes desfallecer. Un vasto campo se abre delante de tí. Desde el trono del monarca hasta la cabaña del pastor, todo está sometido á tu influencia; á todas partes debes llevar tu accion benéfica; do quiera debe resonar tu voz autorizada. Enseñar al príncipe que no es sino el representante del rey inmortal de los siglos en bien de los pueblos confiados á su cetro tutelar; inculcar á los súbditos la obligacion en que están de acatar y reverenciar á los que en la tierra ejercen un poder recibido del cielo; predicar al potentado la clemencia y la justicia para con el desvalido; exhortar al indigente á adorar la mano de la Providencia y á resignarse con su

suerte ; constituirte el intérprete de las lágrimas del huérfano , el protector de la viuda , el apoyo del desgraciado , para evocar en su favor los sentimientos de la beneficencia cristiana ; correr á la cabecera del enfermo para prodigarle los consuelos y esperanzas de la religion ; fijar tu morada en los asilos del infortunio para verter sobre los corazones ulcerados el suave bálsamo de la caridad ; hacer el bien indistintamente á todos , y evitar todos los males posibles : hé ahí en breves palabras trazado el gran cuadro de tu mision sacerdotal. Médico de las almas , pastor del rebaño de Jesucristo , padre de cuantos en la tierra carecen de afecciones y porvenir , amigo sincero de los que sufren , compañero inseparable de los desgraciados , maestro de los ignorantes , director de los extraviados , guia de los que yerran el camino de la salvacion , faro luminoso de los que vogan en el proceloso mar de las pasiones , génio providencial , en fin , de todos los necesitados , ni un solo instante debes consagrar á tí mismo , porque tu salud , tu tiempo , tus fuerzas , tu vida toda de pensamiento y de accion , pertenece á tus prójimos en virtud de tu elevado ministerio.

En ese círculo debe girar toda la influencia del sacerdocio católico ; y firme en ese terreno , no tema las contradicciones del poder , ni las calumnias del ódio , ni las arbitrariedades de la injusticia , ni las persecuciones del libertinaje , ni los gritos de la impiedad , ni los apóstrofes del saber incrédulo. Véale el mundo al lado del justo para sostenerle , del pecador para reconciliarle , del rudo para instruirle , del sábio para dirigirle por los caminos de la verdadera ciencia , del rico para conmover sus entrañas en favor de la miseria , del pobre para ayudarle á sobrellevar sus privaciones. Contémplele enteramente ajeno á todo lo que no se relaciona con la salvacion de las almas , abstraído de los negocios mundanales , retirado de los ruidosos debates de una política que en nada le interesa , lejos del bullicioso estrépito de los placeres insensatos del siglo , orando en el santuario por el pueblo , de quien es mediador , defendiendo en la sagrada cátedra los dogmas católicos , promoviendo las empresas de pública utilidad , fomentando las obras de beneficencia , dando impulso á toda idea de cristiana civilizacion , sirviendo de ayo al niño que empieza

á balbucir las eternas verdades, mostrando al moribundo la dulce perspectiva de la inmortalidad, siendo, en suma, el ángel consolador de la humanidad, el nuncio de las divinas misericordias, el evangelizador de la paz; y entonces, pese al infierno, su triunfo será seguro, su victoria completa, y sus obras la apología mas convincente de esa institucion sublime llamada á salvar al mundo, conduciéndole á sus verdaderos destinos.

Nuevo sacerdote; no quiero detenerte por mas tiempo, ni aplazar el instante tan deseado de tu corazon. Sube en buen hora al ara santa á ofrecer la adorable víctima que por primera vez vas á presentar al Eterno en expiacion de todos los crímenes del mundo. Vé á comenzar el oficio de mediador entre el cielo y la tierra de que has sido investido, elevando tus manos consagradas para hacer descender del trono del Altísimo á este suelo ingrato raudales de bendicion y de misericordia. Quizás esperan este momento las almas de tus padres, deudos y amigos que durmieron en el Señor, para romper las cadenas que en el mundo invisible las tienen aprisionadas, y lanzarse al seno de Dios. Y tambien aquí en este valle de quebranto, objetos mil de tu mayor cariño te contemplan enternecidos, tomando parte en tu gozo, asociándose á tu dicha, y esperando que por ellos ruegues fervoroso en este dia en que tus plegarias deben ser tan eficaces ante el Sumo Sacerdote Jesucristo, que te eligió para una dignidad tan sublime. Tiembla empero, oh nuevo descendiente de la raza Aaronida, tiembla ante una elevacion que lleva consigo tan graves compromisos y tan tremenda responsabilidad, mas no por eso desconfes de las piedades del cielo, toda vez que de tu parte trabajes por no faltar á tus deberes. Al efecto, toma en tus manos esa hostia, pura, santa, inmaculada, mucho mas aceptable que las antiguas ofrendas de Abel, Abraham, y Melquisedec; pide al Señor te robustezca para pelear como valiente contra los enemigos de tu alma, y te comunique sus auxilios para conservarte fiel en tus promesas, y vivir en todo cual cumple á tu ministerio; ruégale te dé valor suficiente para dominar una situacion tan difícil y comprometida; para triunfar de los poderosos elementos de ruina que el génio de la impiedad, del error y del vicio han hacinado en el seno de las

sociedades modernas; para oponerte como muro de bronce al empuje violento de un siglo que donde quiera multiplica sus huestes, para hacer guerra al catolicismo y destruir los robustos cimientos de la Iglesia de Jesucristo. ¡ Ah! Ruda es la lucha que te espera, récios combates habrás de sostener para realizar la grandiosa idea que envuelve tu mision. La malignidad, la hipocresía, el dolo, la simulacion, todo se conjurará contra tí; fraternizará la ciencia con la tiranía; la ignorancia hará causa comun con el despotismo; maridaránse la violencia y la astucia; se coaligará la política con el error, y todos juntos caminarán á un fin. Levantarás tus manos para orar por los pueblos, y los pueblos te responderán con gritos de muerte; abrirás tus lábios para bendecirlos, y ellos te maldecirán; derramarás en su seno beneficios sin cuento, y en recompensa te perseguirán con la calumnia; te presentarás como iris bonancible en medio de ellos, y te atribuirán proyectos invasores y liberticidas; les brindarás con la paz, y gritarán contra tí como enemigo del orden público; marcharás al frente de la civilizacion, y te acusarán de querer resucitar el imperio de la ignorancia. Pero nada de eso debe arredrarte. El que te escogió para desarraigar, destruir, edificar y plantar en su Iglesia, sabrá sacarte á salvo de todo peligro.

Ea pues, hermano mio, levántate, acércate al altar, consuma la oblacion que has comenzado, haz bajar á tus manos al rey de las eternidades; y cuando le tengas en ellas, preséntanos á todos ante el trono de su misericordia, pídele fervorosamente por la Iglesia católica, por el Sumo Pontífice, su representante en la tierra, por toda la raza sacerdotal, por todas las clases sociales, y por todo el mundo católico. No te olvides de mí, indigno ministro suyo, que con la mayor efusion de mi alma me recomiendo á tus oraciones. El Señor derrame sobre tí los ricos tesoros de su gracia, para que inaugurando hoy dignamente tu carrera, la continúes hasta el fin y logres ceñir un dia en el cielo la diadema de la inmortalidad.

SERMON

PARA LA TOMA DE HÁBITO DE UNA RELIGIOSA.

DEBERES Y VENTAJAS DE LA VIDA RELIGIOSA: SUBLIMIDAD DEL SACRIFICIO DEL ALMA QUE Á ELLA SE CONSAGRA, Y RECOMPENSAS INEFABLES QUE LE ESTÁN VINCULADAS.

Audi, filia... obliviscere populum tuum, et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum, quoniam ipse est Dominus Deus tuus.

Escucha, hija: olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el rey del cielo quedará prendado de tu belleza, porque él es el Señor Dios tuyo.

PSALM. XLIV.

Siglo bullicioso, centro de la disipacion y del placer, suspende por un momento tus ruidosos festines, dá trégua á tus repugnantes bacanales, sal de tus vergonzosas orgías, y ven á contemplar el espectáculo que hoy ofrece la religion en este sagrado recinto. ¡Oh! No será para tí muy grato, bien lo sabemos, empero no por eso dejará de llamar tu atencion, siquiera afectes una cínica indiferencia hácia todo cuanto no está en armonía con tus principios disolventes. Acércate á ese altar, fija tu vista en esa inocente víctima pronta á inmolarsse sobre las aras del Dios del Calvario; mírala ataviada con los adornos que tú la ofreciste, para rasgarlos, hollarlos y aceptar en cambio de ellos el tosco sayal que ha de servirla de mortaja; observa como se presenta ceñidas sus sienes con una diadema de vistosas flores que va á depositar á los piés de su Esposo inmortal, para trocarla por una corona de punzadoras espinas. ¿No te interesa su tierna edad, su belleza angelical, su pudoroso candor, sus gracias encan-

tadoras? Sin duda en este momento tus ideas distan infinitamente de las tuyas. Tú la juzgas desgraciada, porque en la primavera de su vida va á sacrificar su libertad, sus esperanzas y el risueño porvenir con que la brindabas; y ella se considera muy dichosa en abandonarlo todo á trueque de conquistar el corazon de Jesucristo, y hacerse digna de su amor. Tú la contemplas con lástima, porque arrastrada en tu concepto por un fanatismo hijo de la educacion ó de la inesperienza, va á sepultarse en una estrecha prision, donde solo la esperan privaciones, amarguras, disgustos y tal vez crueles remordimientos; y ella por el contrario, rebosando jubilo, acusa de tardo y pesado al tiempo porque aplaza el ansiado instante de abrazar esos sagrados simbolos de la pobreza, de la humildad y de la abnegacion cristiana, que para su alma tienen encantos mas indefinibles que todos los seductores alicientes de la vanidad mundanal. ¡Qué contraste! ¡Qué antítesis tan sorprendente! Cuando unos padres que tiernamente la aman riegan con su llanto el sagrado pavimento al ver huir de sus brazos la prenda mas querida de su casta union, ella los mira con dulce sonrisa, y aunque no indiferente á su quebranto, preponderando empero en su corazon el amor divino sobre el afecto carnal, esclama entusiasmada dirigiéndose al cielo: ¡Quién me diera alas como de paloma para volar al seno de mi amado y descansar allí para siempre! «Mas que el cervatillo herido las cristalinas aguas, desea mi alma á tí, oh Dios mio, fuente de aguas vivas.» Y en tanto que una multitud de deudos y amigos la rodean enternecidos, la abrazan con efusion, y se despiden de ella lanzando lastimeros ayes, sola la víctima no tiembla ante el sacrificador, sola ella permanece tranquila en presencia de un espectáculo tan sublime, sola ella no experimenta dolor alguno, sola ella es el ángel consolador de tantas penas, y volviéndose á los que la ofrecen el cordial homenaje de sus lágrimas, les dice: «Regocijaos conmigo, porque en mis tiernos años he sido digna de complacer y agradar al Esposo de las vírgenes, y ser llamada á las bodas del Cordero. No os lastimeis de mí, que no lo merezco, pues he elegido por único objeto de mis amores un sér infinitamente bello, cariñoso, amante, fiel, enamorado, al Hijo de Maria, al Rey de las eternidades, al Criador del universo, á quien

amándole con delirio cada vez soy mas casta, uniéndome á él estrechamente cada vez soy mas limpia, y ocupando su augusto tálamo cada vez soy mas virgen.»

Ved aquí, M. A. O., el resultado de la docilidad con que esta doncella cristiana escuchó la voz del cielo que la llamó á formar coro con las esposas de Jesucristo. Bien pequeña era cuando, á manera del jóven Samuel, en medio de sus dorados sueños, y en circunstancias en que mas halagaba sus sentidos el brillo deslumbrador de los objetos que el mundo ofrece á la frivolidad humana, resonó en lo interior de su pecho este grito: «Oye, hija mia; abandona tu pueblo, sal de la casa de tu padre, y sígueme. El Rey del cielo se ha prendado de tu belleza, y quiere ser tu Dios y Señor:» *Audi, filia.... Obliviscere populum tuum et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum, quia ipse est Dominus Deus tuus.* Desde entonces se operó una revolucion sorprendente en sus ideas, cambiaron sus aspiraciones, trasformáronse sus pensamientos, hubo una modificacion completa en su sistema de vida, cada dia anheló con mas ánsia ver llegar el dia de sus desposorios con el celestial Monarca, lloró, gimió, suspiró, esperimentó luchas, combates, angustias, congojas indecibles hasta lograr la realizacion de sus deseos. Hoy por fin ve amanecer la aurora mas radiante de su vida, lucir el sol mas hermoso que ha alumbrado el horizonte, porque triunfante de todas las contradicciones que hasta aquí se opusieran á sus generosos proyectos, se encuentra ya á las puertas de ese albergue de la inocencia y de la virtud que ha elegido por morada.

Sin embargo, oh futura esposa de Jesucristo, todavía no es llegado el tiempo de consumir tu sacrificio. Hoy no vas á hacer mas que preludivarle, vistiendo el santo hábito, engalanándote con la preciosa librea de tu Salvador, quedándote á vivir bajo la techumbre del santuario, para esperar el dia en que, despues de sérias reflexiones, de penosos ejercicios, de pruebas harto dolorosas, bayas manifestado ser tu resolucion firme é irrevocable. Entonces será cuando pronunciando los solemnes juramentos que deben unirse inseparablemente al celestial Esposo, levantarás entre tí y el siglo una muralla de eterna separacion, y ya no te restará en él esperanza ni porvenir.

Entre tanto, detente un momento, y antes de penetrar en ese sagrado recinto escucha de mis labios algunas breves palabras sobre los deberes y las grandezas de la vida religiosa que vas á abrazar. Si ella envuelve la mas sublime inmolacion de la criatura á su Criador, tambien le están vinculadas las mas inefables recompensas. Hé aquí lo que voy á manifestar en este discurso, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Es indudable que no hay mayor sacrificio que el que de sí misma hace una doncella cristiana ante las aras de la religion, consagrándose al servicio de Dios en el retiro de los cláustros. Su primer paso en esa penosa carrera que emprende, es un acto del mas heróico desprendimiento. Padres, hermanos, parientes, amigas, cuantos objetos hay para ella mas caros en el mundo, cuanto mas fuertemente puede impresionarla, cuanto hay mas capaz de arrebatar su cariño y crear en su corazon las mas hondas simpatías, todo lo deja, todo lo renuncia, todo lo pospone al amor de un Esposo, que en cambio de tan costoso sacrificio la sale al encuentro para conducirla á su tálamo, trayendo en la mano una ensangrentada corona de espinas, simbolo del sufrimiento, de la amargura y de los rigores de la vida religiosa, que van á reemplazar á las delicias y placeres del siglo. La primera palabra que oye de los labios de ese amante enamorado, la primera condicion que la impone, es una exigencia dolorosísima, el olvido completo de todo lo pasado, la abnegacion mas profunda de cuanto hasta entonces habia obtenido de ella la preferencia: *Obliviscere populum tuum, et domum patris tui*. Mándala como á Abraham que salga de aquel pais, una de sus primeras ilusiones, y abandone una techumbre que atesora los mas puros encantos de su infancia. Prescribela como á Loth que huya de una tierra donde deja sus bienes y posesiones, y no vuelva á acordarse de que allí vieran sus ojos la primera aurora que iluminó sus dias.

Intímala como á la esposa de aquel patriarca, que ni siquiera vuelva la vista hácia un mundo en donde oye el bullicioso estrépito de los goces y placeres á que se entregan sus moradores: *Obliviscere populum tuum et domum patris tui*. Sí, mi hermana en Jesucristo, esto te dice hoy el Esposo que has elegido. Preciso es que cierres tus ojos al brillante aparato de los espectáculos deslumbradores del siglo, al encanto de sus lisonjeras seducciones, al resplandor de sus fastuosas pompas, á la voluptuosidad de sus ruidosos festines: fuerza es cerrar tus oídos á sus promesas, halagos, caricias, pretensiones y bellas esperanzas. Todo ha concluido para tí desde este momento; nada hay que deba ocupar tu memoria, tu imaginación, tu inteligencia de cuanto en esa Babilonia dejas en pos de tí. Muerto debe quedar tu corazón á sus negocios, intereses y pretensiones. Tu patria es el cielo, hácia donde debes dirigir tus deseos y aspiraciones. Allí está tu tesoro, allí residen tus riquezas, allí se halla depositada tu herencia; y para conquistarla no hay mas que un camino, el del Calvario, donde los abrojos ensangrientan los piés del que por él marcha; no hay mas que un medio, la lucha y el combate hasta morir. Privaciones amargas, sacrificios repugnantes, contradicciones dolorosas, sinsabores continuos, disgustos incesantes, tormento en los sentidos, hiel en el corazón.... ¡Tanto cuesta la posesión de un Esposo que para hacer suyas las almas hubo de apurar el nauseabundo cáliz del dolor hasta sus últimas heces, viviendo en un martirio sin trégua y muriendo en el abandono mas cruel!

Pero no ha concluido ahí el sacrificio de un alma que se consagra á Dios en el asilo de las vírgenes. Poco sería trocar en diadema de tribulación una corona de vistosas flores, cambiar por un lecho de espinas los mullidos cogines de púrpura, desnudarse de los sedosos trajes por vestir un áspero saco de sayal, anteponer los alimentos desabridos á los succulentos manjares, abrazar la mortificación y la abstinencia en cambio de las comodidades y de los placeres de un siglo, cuyos bienes bien calculados no ofrecen mas que una engañosa sombra, una imagen ficticia, una ilusión pasajera de dicha y felicidad que realmente no existen. Con solo haber probado lo insubistente de sus goces, lo efímero de sus alegrías, lo incierto de sus

riquezas, lo transitorio de sus glorias, lo frívolo de sus esperanzas, bastaria para experimentar hácia él el mas profundo disgusto y una aversion invencible. Sus repetidos desengaños, sus continuas decepciones, sus vicisitudes continuas, demuestran demasiado lo que de sus promesas hay que esperar, lo que en sus palabras hay que confiar, lo que pueden dar de sí sus encantos, lo que hay de positivo en sus honras, lo que de cierto encierra su prosperidad, lo que de verdadero existe en todo cuanto ofrece á la ambicion, á la codicia, al orgullo, á la vanidad de los ciegos mortales. No es, pues, de extrañar haya almas generosas, corazones grandes, espíritus heróicos que sobreponiéndose á la nada, cuyo sello llevan impreso todas las cosas del mundo, las desprecien, las huellen, las abandonen, y se abracen con la Cruz de Jesucristo y con su amor, único bien que nunca falta, única riqueza que siempre subsiste, única gloria que jamás se marchita, único placer imperecedero, único tesoro inamisible, única dicha invariable, única bienandanza que cuanto mas se gusta mas se desea y apetece. Mas el sacrificio del alma religiosa vá hasta la inmolation de cuanto en la naturaleza hay de mas estimable, pues exige una renuncia total de sí misma, de sus afecciones, de sus pensamientos, de su voluntad, de sus deseos, una muerte mística á todo lo que es, á todo lo que puede ser, puesto que desde el momento en que se desposa con Jesucristo ya deja de pertenecer á sí, ya cesa de tener el menor derecho sobre sus acciones, ya no puede pensar, ni apetecer, ni querer cosa alguna sin una completa dependencia de la voluntad ajena. ¡Renuncia sublime! ¡Abnegacion heróica! ¡Exigencia dolorosísima que no solamente anula todas las relaciones exteriores que hasta entonces existian entre el sér racional y el mundo de donde procede, y sépara al hijo de la madre, á la madre del hijo, al esposo de su consorte, como lo exige el Salvador de los que aspiran á ser dignos de él, sino que tambien rompe todos los lazos que unian á la criatura consigo misma, sacrifica en ella todos los afectos de su corazon, y mata todos los sentimientos de su alma, obligándola á abnegarse totalmente! Tal es, hermana mia, la condicion espresa que hoy te impone el Esposo inmortal que has elegido. Él te dijo un dia: «Quien quiera que ama á su padre ó

á su madre mas que á mí, no es digno de mi amor ; porque al mundo vine, no á traer la paz, sino la espada (1).» A esa palabra que envuelve la prueba mas difícil, la lucha mas cruel, la victoria mas costosa de la gracia sobre la naturaleza, respondiste con heróico valor : «Vedme aquí: dispuesta estoy á arrancarme de los brazos de los dos amados objetos á quienes despues de Dios debo el sér; pronta me encuentro á olvidar para siempre las caricias de la que en su seno me llevó nueve meses y despues por largo tiempo me alimentó con el dulce licor de sus pechos, para no amarla en adelante mas que en vos y para vos; nada me detiene para divorciarme de unos hermanos que compartieron conmigo las inocentes delicias de la infancia; gozosa os sacrificaré toda la ternura que mi alma siente hácia unos séres con quienes he pasado los mas bellos dias de mi vida; sin vacilar daré un eterno adios á aquella techumbre que tantos atractivos tiene para mí, como que bajo ella lancé mis primeros gemidos, en ella resonaron las primeras sonrisas de mis labios, y ella fué testigo de mis primeras ilusiones.» El Señor aceptó tus promesas, y en su virtud te franqueó la entrada en la morada de sus escogidas. Mas hoy, antes de penetrar en ese recinto, torna á hablarte para imponerte un nuevo y mas penoso deber, diciéndote: «El que quiera venir en pos de mí niéguese á sí mismo, tome su cruz y sigame (2).»

¿Has medido, pues, H. M., la estension de este sacrificio? ¿Has comprendido hasta dónde llega esa exigencia? ¿Ah! No solamente debes renunciar todo lo que te pertenece, todo lo que es tuyo, todo lo que contigo tiene alguna relacion, todo lo que constituye alguna parte de tu existencia; no, es todavía mas lo que esas palabras envuelven: segun ellas preciso es que te desprendas de ti misma, que ceses de ser lo que eras, que te divorcies con tu misma naturaleza, que te separes de todos tus afectos, que no reserves ninguno de tus antiguos hábitos, que hagas donacion total de tus primitivas aspiraciones, que ni pienses por tí, ni quieras cosa alguna con dependencia de tu propia voluntad, ni te muevas por tu propio impulso;

(1) Matth. X. 34.

(2) Luc. IX. 23.

en una palabra, que te consideres como extranjera para tí misma, cual si nunca te hubieras conocido, sin contemporizar con tus deseos, luchando contra tus inclinaciones, combatiendo tenazmente tus mas caros instintos, mortificando tus sentidos, sojuzgando tus potencias, haciendo cruda guerra á tus pasiones, hasta realizar esa incomprendible separacion del alma y del espiritu de que habla San Pablo, con la misteriosa espada de dos filos que penetra hasta las médulas de los huesos, hasta lo mas íntimo del corazon, siendo tú misma á la vez el sacrificador y la víctima, el sacerdote y el holocausto. ¡Hasta ese punto llega el sacrificio que tu Esposo te pide como condicion precisa para merecer su amor! ¿Te encuentras, pues, dispuesta á acometer esa lucha, á emprender ese combate, á aspirar á ese triunfo que es el mayor prodigio de la gracia? ¿Te hallas decidida á renunciar tu propio juicio, á no tener voluntad propia, á inmolar tu libre alvedrio, á no reservarte el menor derecho sobre tus pensamientos y acciones, á no conservar dominio alguno sobre tu persona, á no ejercer la mas leve influencia en tu porvenir, á confiarte completamente á la direccion de la obediencia, aun en tus mismas virtudes, en tus obras meritorias? Si te faltan esas disposiciones, á tiempo estás todavía de volverte al siglo; aun es ocasion de tornar al seno de tus padres que lloran inconsolables una separacion tan amarga. No atravieses esas puertas, no penetres en ese misterioso recinto; retírate de estos cláustros donde todo respira austeridad, silencio y abnegacion; vuela otra vez á disfrutar los encantos de una vida cómoda, las delicias del hogar paterno y los placeres de una edad llena de ilusiones y esperanzas; vé á dar tu mano á un esposo mortal que no exigirá de tí tan penosos sacrificios, pero que te sujetará quizás á caprichos mucho mas dolorosos y repugnantes, ejercerá sobre tí un despotismo cruel, una tiranía insoportable, y te impondrá un yugo incomparablemente mas pesado, sin que en ello esperimientes ventaja alguna, ni te quede mas recurso que callar y sufrir. ¿Qué respondes á esto? ¡Ah! En tu mismo semblante estoy viendo tu contestacion; en el gozo que se trasluce en tus ojos leo tu decision heroica. No, dices: jamás renunciaré á un Esposo inmortal por un esposo de un dia; he hallado al que mi alma adora, y no

le dejaré. Él es todo mio, y yo soy toda para él.» En ese caso, franquead, vírgenes cristianas, franquead la entrada á esta nueva compañera que viene hoy á tomar parte en vuestros destinos y á abrazarse con la misma cruz que forma vuestra gloria y vuestro éxtasis. Haced paso á esta víctima que va á inmolarse ante las aras del amor divino. Pero espera todavía un momento, pues ya que he presentado á tu vista lo sublime del sacrificio que envuelve la vida religiosa, quiero que escuches dos palabras acerca de los inestimables bienes que á ella están vinculados.

No intento, H. M., hacer una enumeracion circunstanciada de las ventajas que lleva consigo la vida religiosa sobre la vida del siglo (1), ni desenvolver el bello cuadro de las recompensas que el Señor tiene reservadas aun en este mundo para las almas que con sublime heroísmo le hacen el sacrificio de sí mismas y perseveran constantes en su propósito. Para hacerlo necesitaria empezar de nuevo mi discurso y alargar indefinidamente mis reflexiones. Solo pues os diré de paso, que los favores del celestial Esposo se hallan en justa proporcion de la ofrenda que le hacen sus místicas esposas. Si estas se entregan totalmente á él, él á su vez entrégase á ellas sin reserva. Si las vírgenes cristianas hacen á Jesucristo completa donacion de cuanto poseen de mas preciado y estimable, Jesucristo no economiza con ellas sus dones y carismas, y las dá en retorno todo su corazon, todo su amor. Si aquellas se renuncian á sí propias por pertenecerle exclusivamente, éste hasta cierto punto deja de pertenecer á si, para ser posesion esclusiva de las que con él se unen con vínculos tan tiernos é indisolubles. ¿Y qué diré de aquella paz tan pura é inalterable que reina en las almas religiosas á consecuencia de su omnimoda sujecion á la voluntad divina, de la perfecta armonía de sus potencias y sentidos con la ley que han abrazado, del orden maravilloso que reina en todos sus actos subordinados á la obediencia, y de la heróica victoria conseguida sobre sus pasiones? ¡Ah! Ved ahí una calma que el mundo

(1) El orador hallará abundante materia para esplanar, si gusta, este punto, en el sermón *sobre las excelencias de la vida religiosa*, que hemos puesto en este tomo, página 200 y siguientes.

no puede proporcionar á los suyos, ni la conoce, ni la gusta, porque en todos sus decantados bienes no hay de positivo mas que afliccion, pesar, turbacion, hastío, remordimientos punzadores y crueles desengaños. Añadid á esa paz el gozo espiritual que crea en el alma religiosa la posesion de Dios y el ejercicio de la virtud. ¿Quién es capaz de concebir hasta dónde llega ese sublime sentimiento? ¿Quién midió jamás el abismo de dulzuras que encuentra en las amarguras mismas de la mortificacion, de la penitencia, de la pobreza y de las privaciones del cláustro? Este misterio no lo comprende ese siglo bullicioso y turbulento, siempre agitado en medio de sus inmundas orgias, nunca satisfecho en el seno de sus repugnantes bacanales, en continuo desasosiego en el lleno de sus fugitivos placeres, en lucha perpétua en la frenética embriaguez de sus festines. Menos aun concibe los ocultos secretos de la union divina que llega hasta el exceso de identificar en cierto modo el polvo con el que le crió, la criatura con su Hacedor, la nada con el sér. ¡Oh! Llamarse un alma Esposa de Dios, ¿no es lo mas extraordinario é inesplicable que se conoce? Adherirse á Jesucristo con vínculos de un amor que la muerte misma es incapaz de romper, ¿no es lo mas fenomenal que alcanza á discurrir el entendimiento humano? Pues hed ahí la realidad de lo que en este místico desposorio se verifica. El alma religiosa hácese el trono, el tabernáculo, la morada, el tálamo del rey de las eternidades. El vive en ella, y ella vive en él con la mas estrecha intimidad; ningun poder humano alcanza á separarlos; el infierno mismo ve estrellarse todos sus tiros contra ese baluarte inexpugnable; y la union que aqui comienza por la fé, se consuma despues en el cielo mediante la vision intuitiva de la divina esencia, última recompensa vinculada á esa inmolacion voluntaria que constituye la vida de los cláustros.

Tanta es, H. M., la dicha que debes esperar en pago del sacrificio sublime que hoy vienes á iniciar entrando en la morada de las vírgenes para consagrarte al servicio del Señor, renunciando el mundo, abandonando á tus padres, hermanos y demás séres tan queridos de tu corazon, y abnegándote á ti misma por abrazarte con la Cruz de tu divino Salvador. Cesad pues de llorar su ausencia,

vosotros que la dísteis la vida natural, y no la creais ingrata porque superior á vuestras ideas viene á esconderla con Jesucristo, segun el lenguaje del Apóstol, para conquistar la vida de la gracia. No juzgueis perdido lo que á Dios entregais, pues en el cambio saleis harto gananciosos. Y sobre todo ¿de quién hubisteis esa hija que ocasiona vuestro llanto? ¿á quién la debeis? ¿cuyo es ese tesoro de que tanto sentis desprenderos? ¿Haceis otra cosa que restituirle á quien os le confió? Gozáos mas bien, puesto que privando de su posesion á un mundo que no la merecia, despojándoos vosotros mismos de los derechos que os diera la carne y la sangre, y consagrando al Señor la víctima que os pide en prenda de vuestra dependencia á su supremo dominio, adquirís títulos muy preciosos á las inmortales recompensas que ella aspira á poseer. Y tú, virgen heroica, levántate, vé á despojarte de esos despojos de Egipto, y á cubrir tu cabeza con el cándido velo de las Esposas del Cordero. Sube al altar santo á engalanarte con la vestidura nupcial, trocando por el tosco sayal los atavíos mundanales. Entra en ese silencioso asilo de la inocencia, donde lejos del tumulto del siglo podrás dedicarte á agradar á ese Salvador amante que hoy te admite en el número de sus escogidas. Y mientras tú vas á esconderte como sencilla paloma en las concavidades de esa misteriosa piedra, nosotros rogaremos al cielo derrame sobre tí copiosas bendiciones que te hagan feliz en el tiempo y en la eternidad.

SERMON

PARA EL DIA DE LA PROFESION DE UNA RELIGIOSA,

CARACTÉRES Y CONSECUENCIAS DE LA CRUCIFIXION ESPIRITUAL DEL ALMA
EN VIRTUD DE LA PROFESION RELIGIOSA.

Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu-Christi: per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.

Lejos ya de mi cifrar mi gloria sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está muerto para mi, y yo lo estoy para el mundo.

AD GALAT. VI. 14.

LLEGÓ por fin, hermana mia en Jesucristo, el día tan deseado de tu corazón. Acérese los momentos solemnes de ratificar ante Dios y sus ángeles, que invisiblemente presencian esta augusta solemnidad, las promesas que mil veces habrás hecho en el fondo de tu alma. Van á cumplirse tus ansias, y muy en breve serás ya contada en el catálogo de las esposas predilectas del Cordero sin mancha. ¡Qué dicha tan incomprensible! ¡Qué honor tan incomparable! El monarca de cielos y tierra, el Dios de las eternidades, te tiende hoy su mano, te llama á las espirituales bodas, desea unirse á ti con vínculos de inquebrantable amor, te ofrece una corona de verdad inmarcesible, te muestra un anillo que no será bastante á romper la muerte misma, y te dice como á la esposa de los cánticos: «Ven, amada mia, paloma mia, inmaculada mia, ven, que ya pasó el aterido invierno, cesaron las lluvias, aparecieron las flores de la primavera, oyóse el suave gemido de la tórtola, y todo convida á disfrutar las delicias del amor divino. Sal de las nevadas cimas de Amana, abandona las estériles

cumbres de Sanir y de Hermon, huye del Libano, y apresúrate á recibir la diadema de las reinas que te tengo reservada.» ¿Qué haces, pues? ¿Qué te detiene? ¿Por qué no subes veloz al ara santa á pronunciar los solemnes juramentos que han de franquearte la entrada al tálamo nupcial?

¡Ah! Yo te contemplo, hermana mia, impaciente ya porque se retarda el instante tan anhelado; concibo el entusiasmo con que te preparas á consumir la obra comenzada hace un año en este mismo sitio; convencido estoy de que bien lejos de haberse disminuido en tí el primitivo fervor que te condujo al asilo de las vírgenes, se habrá acrecentado considerablemente durante ese espacio de pruebas por que has pasado para disponerte á hacer tu profesion. Sin embargo, todavía es preciso que difieras algunos instantes mas la realizacion de ese deseo que tanto te atormenta, para escuchar la voz de la religion que por mi ministerio vá á hablarte el lenguaje grave y austero de la verdad. ¿Has meditado sériamente lo que vas á hacer? ¿Has medido el hondo abismo que vá á abrirse entre tí y el mundo? ¿Has calculado la estension de los deberes que vas á aceptar? ¿Has considerado con detenimiento los gravísimos compromisos que vas á contraer y el sacrificio que vas á ofrecer al Señor? Tú misma, hermana mia, vas á llenar las funciones de víctima y de sacrificador; tus lábios van á ser la cuchilla que sobre el altar de tu corazón, corte de él para siempre todo afecto terreno, toda aspiracion mundanal, todo derecho á las cosas del tiempo. Una vez pronunciados los votos religiosos, ya nada tendrás que esperar del mundo ni él de tí, no le pertenecerás bajo ningun titulo, se habrán cerrado irrevocablemente esas puertas por donde entraste, y no te restará mas que una de dos cosas: ó vivir contenta en tu voluntario cautiverio, ó arrastrar hasta el sepulcro una cadena inquebrantable de pesares inútiles y de estériles arrepentimientos. Pues bien, siquiera me asegures que todo esto ha sido ya el tema constante de tus sérias meditaciones, y que nada hay capaz de hacerte retroceder en el camino que has emprendido, todavía quiero ofrecer á tu consideracion algunas breves reflexiones acerca de un asunto del cual pende tu eterno porvenir. Lo que el Apóstol de las gentes escribia de sí mismo á los fieles de Ga-

lacia, vas tú á decir dentro de pocos momentos: « Lejos de mi cifrar mi gloria en otra cosa sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo: » *Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu-Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* En este concepto, cumple á mi deber manifestarte lo que esa crucifixion espiritual envuelve de real y positivo, lo que es morir completamente al mundo en virtud de la emision de los tres votos constitutivos de la profesion religiosa; en una palabra, las obligaciones que esta impone al alma que á Dios se consagra, á fin de que procediendo con prévio conocimiento de causa, no puedas alegar jamás sorpresa ó ignorancia en un negocio de tan graves consecuencias.

¡Inspíradme, Señor, palabras dignas de tan importante asunto! No os pido la elocuencia del tiempo, sino la elocuencia de la eternidad. Reina de las Virgenes, sedme propicia en estos instantes en que tanto necesito de los auxilios de la gracia, la cual solicito por vuestra mediacion, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

«No el vivir en Jerusalem, sino el vivir bien en Jerusalem es digno de alabanza» decia hace cerca de quince siglos con su enérgica elocuencia el Padre San Gerónimo. No el vivir en el claustro, te diré yo á mi vez en este dia, oh venerable hermana mia, sino el vivir cual cumple á los deberes que este impone á las que en él eligen su morada, es lo que constituye la verdadera esposa de Jesucristo. ¡Cuántas decepciones, cuán lamentables engaños se evitarian si se reflexionase bien esta verdad importantísima! No habria tantas victimas de una ilusion momentánea arrastrando con pena un yugo que les es insoportable; no habria tantas almas desgraciadas vertiendo llanto estéril y fomentando infecundos pesares, porque al despertar de un sueño escitado por una exaltacion febril, encontráronse á pesar

suyo encadenadas á los altares del Dios de las virtudes, á donde no las condujo el aura suave del Espíritu Santo; ni serian tantas las doncellas cristianas que, expiando sin fruto las consecuencias de una imprudente temeridad, recuerdan desde el desierto donde llueve el maná celestial los groseros manjares con que se alimentaban en Egipto. En efecto, H. M., ni ese cándido velo que cubre tu virginal semblante, ni ese tosco hábito que reemplazó á los antiguos atavíos de la vanidad mundanal, ni esas murallas que te separan de toda comunicacion con el siglo, ni esos hierros que forman una valla impenetrable que en breve no te será dado romper, ni esa estrecha celda, sepulcro anticipado en que arrojaste con tu cuerpo todas tus ilusiones y esperanzas, nada de eso constituye la esencia de la vida religiosa; pues bien pudieras conservar bajo esas esterioridades todas las habitudes de una vida seglar, y ocultar á través de ese fúnebre aparato las mismas costumbres, idénticos afectos, é iguales aspiraciones que en aquella turbulenta Babilonia que abandonaste un dia. Lo que forma pues la verdadera esposa de Jesucristo es la crucifixion espiritual de todo su sér, el martirio moral de su corazon, la inmolacion completa de sus sentidos y potencias, el sacrificio omnímodo de cuanto mas precioso y estimable hay en el alma, la muerte en fin entera, perfecta y consumada á todo cuanto no es Dios y á él no se refiere. *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu-Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* En virtud de esta inmolacion el alma religiosa cesa de pertenecerse á sí misma desde el momento de pronunciar los votos solemnes de su profesion, para ser en adelante única y esclusivamente de su divino esposo, al modo que Jesucristo, aceptando la sublime mision de salvar á la humanidad, no se perteneció á sí propio, sino que fué todo de su Eterno Padre, cuyas órdenes debia ejecutar. Y no de otra suerte que ese Redentor inefable, clavado en aquella cruz que eligió por trofeo de sus conquistas, murió real y verdaderamente al mundo para no volver á reasumir cosa alguna de él y resucitar renovado y glorioso, asi la religiosa, una vez consumado el sacrificio de su antigua vida del siglo en el místico calvario de la profesion solemne, ya nada debe conservar de aquella, renaciendo espiritualmente á una vida nueva de abnega-

cion, de olvido total de lo pasado, de retiro, de oracion, de silencio, de humildad, de obediencia, de mortificacion, y por decirlo de una vez, á una vida tal, que ni el mundo la conozca ya por suya, ni ella encuentre en el mundo cosa alguna que se la parezca, hasta tal punto, que de ella pueda decirse aquello de San Pablo: «Muerta estás; y toda tu vida hállase oculta con Cristo en Dios (1).»

Y de hecho, H. M., siguiendo el paralelo que establecí, observemos las consecuencias de la crucifixion de Jesucristo, la trasformacion que en él obró, el cambio que produjo en sus ulteriores destinos. ¿Qué relaciones le unieron ya con aquel mundo de quien triunfó en la cruz? ¿Qué hubo de comun entre ambos? ¿Qué vinculos los estrecharon? Si examinas atentamente, advertirás que lo único que el Salvador conservó de lo antiguo, fué su humanidad augusta elevada á un órden hipostático en virtud del cual le era imposible separarse de ella, pero no ya débil, enferma, sujeta al dolor, espuesta á las privaciones, capaz de las demás miserias inherentes á nuestra naturaleza, sino fuerte, ágil, sutil, incorruptible, gloriosa, celestial, deificada. Por lo demás, el mundo ya no le pertenecía, la tierra solo debia presenciár algunos dias esa maravillosa trasformacion, para verle en breve hendir los vientos, rasgar las nubes y penetrar en el empireo. Hablaba con sus discípulos, pero sus palabras no eran ya de un hombre mortal, sino de un Dios victorioso del sepulcro; comia con sus apóstoles, pero incapaz de satisfacerse con un alimento grosero, nutriase de aquel manjar invisible que hace la felicidad de los ángeles; marchaba de un lado á otro dando testimonio de su verdadera y real resurreccion, pero ni el mas ligero polvo de este suelo manchaba ya sus plantas; era en suma el mismo Jesus poco antes denostado, humillado, afligido, atormentado, muerto en el Calvario; pero sin que en él quedase la menor huella de sus denuestos, abatimientos, humillaciones, dolores y sufrimientos, puesto que se despojára en la tumba del hombre viejo, formado á la semejanza de Adán pecador, y vistiérase del hombre nuevo, eriado segun Dios en justicia y santidad, como se expresa el Apóstol (2). Vé pues,

(1) Colos. III. 3.

(2) Ib. 9.

H. M., el tipo perfectísimo de la trasformacion que en ti debe verificarse mediante la profesion religiosa. No en vano dentro de algunos momentos te veremos estendida en el suelo, cubierta de un sú-nebre paño, simbolo de tu muerte espiritual al siglo y á todas sus pompas y vanidades. No en vano abrazada con la cruz del Redentor y ceñidas tus sienes de una corona de espinas, oirás los lúgubres acentos de las sagradas vírgenes que celebrarán anticipadamente tus funerales, y herirá tus oidos el triste tañido del bronce que anunciará tu muerte á ese mundo disipado y turbulento. ¿Crees acaso que esta ceremonia sea únicamente un aparato escénico? No, H. M., no; es la imágen fiel de lo que realmente va á sucederte. Tan luego como la cuchilla de la religion haya dividido la victima, no bien tus lá-bios habrán pronunciado los solemnes juramentos con que vas á unirte al Señor, ya nada te quedará de lo que antes eras sino ese cuerpo terrenal y perecedero que hubiste de Adan; nada poseerás de lo que poco há poseías, ni entendimiento para pensar, ni albedrio para elegir, ni voluntad para querer, ni libertad para obrar: por cuanto habrás cesado de ejercer en tí un dominio absoluto, y habrás pasado al dominio de la obediencia. Muerta estarás con Cristo, sepultada quedarás en la tumba de la religion, y como los que habitan ya la region del olvido, ni tendrás ojos para ver las frivolidades que des-lumbran á los hijos del siglo, ni oidos para escuchar sus aplausos ó censuras, sus elogios ó sus burlas, ni manos para palpar sus seduc-toras riquezas, ni piés para concurrir á sus ruidosas fiestas, ni co-razon para adherirte á sus engañosos encantos, ni alma para experi-mentar la impresion de sus mentidos goces, ni siquiera la menor re-miniscencia de lo que allí dejas: porque de Dios serás toda, suya serás sin reserva, y nadie podrá disputarle el derecho de disponer de tí á su beneplácito. Y ¡ay de tí si en cualquier tiempo osares re-vindicar ese derecho! ¡Ay de tí el dia en que te atrevieses á recla-mar la propiedad de tus potencias y sentidos! ¡Ay de tí si en alguna época, mal hallada en ese estado de muerte voluntaria, intentases revivir para ese mundo que hoy huellas heroicamente, y con el que quedas crucificada! Con razon te contestaria el Señor en vista de ta-maña profanacion: «¿Qué haces, esposa infiel? ¿Qué pretendes?

¿ A dónde llevas tu osada temeridad? ; Arrebatarme lo que me diste, pedirme lo que es mio por un título inalienable de posesion, reclamarme lo que ya pasó á ser mi propiedad en virtud de los solemnes tratados de nuestro místico desposorio!... ¿ Acaso tienes tú ya corazon mas que para amarme, ni eres libre de servir y agradar á otro fuera de mí? ; Fementida! Róbame en buen hora tu cariño; dá al mundo ese afecto que á mí me consagraste; entrégate á mi enemigo á despecho de mis protestas. Yo lo veré con desconuelo, porque celosísimo de mi honra jamás transigiré con la traicion ni miraré impasible mi ofensa; pero al fin tú habrás de arrastrar, mal que te pese, esa cadena que echaste sobre tu cuello, tendrás que curbar tu cervid á ese yugo que la muerte misma no puede romper, vivirás crucificada sin mérito, muerta estarás sin fruto, sepultada sin reportar de ello la menor ventaja; por cuanto no aceptando mi cruz, no llevando mi yugo, sacudiendo mi carga que es ligera, sentirás pesar sobre tí la tiranía de un déspota inclemente, cuya esclava serás, sin que te sea dado gozar de los mismos bienes cuyo loco deseo te hicieron perjura ante tu legítimo esposo y dueño:» *A saeculo confregisti jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: Non serviam.... maculata es in iniquitate tua coram me.*

No creo, H. M., que llegue jamás á verificarse en tí tan lenmentable desgracia. Abrigo el dulce presentimiento de tu fidelidad inviolable hácia el Esposo con quien hoy vas á unirte con los inquebrantables vínculos del amor mas puro. Sin embargo, para que aun te persuadas mas de los graves deberes que envuelve ese místico desposorio, fija tus miradas en ese tabernáculo en donde Jesucristo reside oculto bajo las especies sacramentales, formando sus delicias en comunicarse á los hijos de los hombres. ¿ Qué ves ahí? ¿ Qué es lo que la fé te muestra en ese inefable misterio de la mas ardiente caridad? ; Ah! Contempla la imágen mas perfecta y acabada de esa vida escondida, de esa muerte mistica á que en el sacramento se sujetó el Hombre Dios. Su gloria, su magestad, los resplandores de su divinidad, su humanidad, todo su ser desaparece tras los débiles accidentes de una cándida hostia; todo se pierde á través de ese tupido velo; nada hay que indique la mas leve señal de su existen-

cia. Si le miras, tus ojos no aperciben mas que un blanco círculo semejante al pan; si le hablas, tus oídos esperan en vano la menor respuesta; si le observas de cerca, ningún movimiento te muestra su existencia; si buscas su belleza, no la encuentras; si su grandeza, te abismas ante la perspectiva aparente de su anonadamiento; ni se dá por sentido si le ultrajas, ni manifiesta placer si le alabas, ni se defiende si le injurias, ni se alegra si le adoras; á tus obsequios solo contesta con el mas profundo silencio, á tus desdenes con fria impasibilidad. Pues bien, hé ahí, H. M., tu modelo, tu imágen, tu guía en la vida de abnegacion y de anonadamiento que hoy emprendes. Ahí tienes el tipo que debes imitar, si es que has de conformarte en todo con tu divino Esposo é identificarte con sus deseos y aspiraciones. No basta que como él hayas elegido una vida exteriormente retirada, silenciosa, pobre, mortificada, humilde, en el recinto de esos cláustros; menester es también que á su ejemplo mueran contigo tus pensamientos, tus afecciones, tus deseos, tus ideas y todo tu sér; que no conserves ni propia estimacion, ni voluntad, ni apego, ni inclinacion alguna á tí misma, mucho menos á los demás objetos criados; que tu única ambicion sea amar al que tanto te amó, tu única gloria sufrir y padecer por quien por tí tanto toleró, tu única dicha ser despreciada por quien por tí tan profundamente se abatió; que ni te ensalcen las lisonjas, ni te abatan los desvíos; ni la prosperidad te enorgullezca, ni la adversidad te confunda; ni los dónes del cielo hagan altiva, ni las contradicciones del mundo te infundan cobardía; ni te seduzcan las dulzuras del Tabor, ni te horroricen las amarguras del Calvario; que en los días de triunfo seas humilde, y en los momentos de lucha constante; cuando el Esposo te inunde de consuelos permanezcas inalterable, y cuando te pruebe con desvíos resignada; si te brinda con delicias no le esquives, y si acerca á tus lábios la copa de la tribulacion no la rechaces. Entonces será, H. M., cuando verdaderamente podrás decir que no vives para tí sino para tu amado; que toda eres suya y él todo tuyo; que tu gloria, tu honra, tu felicidad, tu embeleso, tu éxtasis lo cifras únicamente en la cruz de Jesucristo, por quien el mundo está crucificado contigo y tú lo estás con el mundo. *Mihi absit gloriari nisi in cruce*

Domini nostri Jesu-Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.

¿Te hallas, pues, dispuesta, H. M., á emprender la marcha hácia ese ensangrentado Calvario? ¿Estás pronta á morir con Cristo al siglo, á tí misma y á cuanto de mas caro atesora tu corazon? ¿Nada te impide hacer ese sublime sacrificio, en virtud del cual vas á concluir á todo lo terreno para no aspirar de hoy mas sino á lo celestial? ¿Te encuentras decidida á consumir esa oblacion sublime? Pues levántate, no te detengas, marcha animosa al altar, víctima ilustre; inclina tu cuello bajo la cuchilla del sacrificador; sé tú misma el ejecutor de esa division dolorosa que va á separar místicamente tu alma de tu cuerpo, reengendrándote á una nueva vida conforme en todo al divino modelo que te ha sido mostrado sobre la cumbre de la santa montaña. Pronuncia sin titubear esos solemnes juramentos que deben decidir irrevocablemente tus futuros destinos; un momento despues el siglo te habrá perdido para siempre; tus padres habrán dejado de obtener sobre tí los derechos que les daba la carne y la sangre; tus deudos y amigos podrán llorar sobre tu sepulcro, porque habrás cesado de existir para ellos, mas aun que si una fria losa hubiese caido sobre tu yerto cadáver. Tal vez ese mundo insensato á quien renunciaste gritará en su hondo despecho: «¡Una víctima mas inmolada al fanatismo y á la preocupacion!» Pero la religion, justa apreciadora de tu heróico sacrificio, esclamará á su vez: «¡Un triunfo mas reportado al libertinage y á la impiedad! ¡Una nueva victoria para Jesucristo! ¡Un nuevo trofeo para la Esposa del Cordero!» Aquel te ofrecerá estériles plañidos; ésta esparcirá en tu derredor flores preciosas recogidas en el ameno vergel de Jesucristo, flores bellas que brotaron al pié de su cruz, flores inmarchitables regadas con su sangre, flores de eterno verdor, que un dia deben adornar tus virginales sienes por toda la eternidad.

Esposo divino de las almas, salid al encuentro y recibid en vuestros brazos esta tierna vírgen, que trayendo en sus manos la brillante antorcha de la caridad se acerca á vuestro tálamo á recibir el anillo de vuestras esposas. Reina de las vírgenes, conducid al altar á esa

vuestra hija querida, que nada anhela, nada apetece, nada ansía, ni por nada suspira tanto como por unirse con eternos lazos al que en vuestro seno se dignó encarnar para labrar la dicha del mundo. Angeles tutelares, rodead á esa inocente victima del amor, que émula de vuestra pureza vá á ofrecer á vuestro Soberano la bella azucena de la virginidad, y á trocar por una corona de dolor y de perpetuo martirio la brillante aureola de gozo y de placer que supo hollar con su victoriosa planta. Y vosotras, hermanas tuyas cariñosas, gozaos hoy tambien con esa nueva conquista; introducidla en el retrete del Monarca inmortal á quien servís; presentadla al divino Esposo que la espera ansioso de poseerla; no retardeis un momento la dicha de ambos. Bendecid, cielos, esta union; derramad la lluvia benéfica de vuestros dónes sobre esta alma que hoy se consagra al Señor; sancionad solemnemente sus juramentos, y sea este momento el principio de aquella bienandanza perdurable que está vinculada á las fieles esposas del Cordero en las mansiones de la gloria.

SERMON

PARA EL DIA DE LA FESTIVIDAD DE LAS RELIQUIAS DE ALGUN SANTO.

Á LA LUZ DE LAS DIVINAS ESCRITURAS, DE LA REVELACION Y DE LA HISTORIA
SE DEMUESTRA CUÁN LEGÍTIMO, RACIONAL, SUBLIME Y PROVECHOSO ES EL
CULTO DECRETADO POR LA IGLESIA Á LAS RELIQUIAS DE LOS SANTOS.

*Sit memoria illorum in benedictione, et ossa eorum pullulent de loco suo,
et nomen eorum permaneat in æternum, permanens ad filios illorum sanctorum
virorum gloria.*

Sea bendita su memoria, reverdezcan sus huesos allí donde reposan,
perpetúese para siempre su nombre, y pase á sus hijos con la gloria de
aquellos santos varones.

ECCI. XLVI. 14, 15.

¡**Q**UÉ CUADRO tan bello presenta hoy la religion católica á nuestra
vista! ; Cuán sublime aparece á nuestra fé esa hija del cielo, hon-
rando la memoria de los hombres ilustres que en otro tiempo forma-
ron de ella sus delicias, tributando un culto tierno y embelesador á
los mortales restos de aquellos héroes que practicaron sus enseñan-
zas, defendieron sus derechos, ensancharon sus dominios, esten-
dieron por do quiera su accion regeneradora, y esparciendo flores
sobre los sepulcros de los santos que un dia á su vez la honraron con
sus virtudes y la enriquecieron con sus pacíficas conquistas! En tanto
que los despojos de los mas opulentos monarcas yacen tal vez igno-
rados entre la corrupcion que encierran unos sarcófagos brillantes
de oro y pedreria; mientras que la gloria de los soberbios conqui-
tadores del orbe se desvanece con ellos entre el polvo de una tumba,
las sagradas reliquias de los amigos de Dios, espuestas á la venera-
cion del cristianismo sobre nuestros altares, reciben ovaciones entu-

siastas, y los mismos que tienen en sus manos los destinos del mundo vienen á prosternarse ante ellas, inclinando sus testas coronadas, arrojando sus cetros y deponiendo sus diademas á los piés de esos restos inanimados que la Iglesia conserva como preciosos tesoros y fuentes inagotables de celestiales dónes.

Y este culto, esta veneracion, esta honra que el catolicismo ha decretado á las reliquias de los santos ¿de dónde trae su origen? ¿en qué fundamentos descansa? ¿quién lo ha sancionado? ¿Es por ventura un resto de las prácticas gentílicas, y como tal reprochable, cual plugo sostener á ciertos adeptos de la religion reformada? ¿Es una supersticion indigna de los siglos ilustrados, heredada de las épocas de fanatismo é ignorancia, como han osado afirmar los descendientes de Lutero y Calvino? Pero bien pueden esforzar sus argumentos los discípulos de aquellos génios de triste celebridad. Todo el edificio que contra la práctica constante de la Iglesia católica levantaron los operarios de la iniquidad, cayó hecho mil pedazos ante la terminante sancion del sacrosanto concilio de Trento, el cual decidió que los cuerpos de los mártires y demás santos que fueron miembros vivos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo deben ser venerados por los fieles, puesto que por su intercesion concede el Señor grandes beneficios á la humanidad; y funda esta decision en el uso establecido desde los primeros tiempos del cristianismo, en el sentimiento unánime de los padres y doctores católicos, y en los decretos de los concilios anteriores (1).

Ved, pues, M. A. O., con cuánta razon os reúne hoy la religion en torno de estos santos altares; os convoca á honrar las cenizas de los santos; os muestra sus reliquias adornadas con toda pompa y magestad; entona himnos de gloria y bendicion al Dios que se dignó coronar á sus siervos con la diadema de la inmortalidad, y hace resonar por los sagrados ámbitos aquellas palabras del libro del Eclesiástico que me sirvieron de testo: «Sea bendita su memoria; reverdezcan sus huesos allí donde reposan; perpetúese para siempre su nombre, y pase á sus hijos con la gloria de aquellos santos varo-

(1) Conc. Trid. Ses. 23.

nes.» *Sit memoria illorum in benedictione, et ossa eorum pullulent de loco suo, et nomen eorum permaneat in eternum, permanens ad filios illorum sanctorum virorum gloria.* La justicia y sólidos cimientos de este culto es lo que hoy me propongo demostrar en el presente discurso. No pretendo hacer la mas leve injuria á los sentimientos altamente religiosos de un pueblo harto arraigado en sus creencias católicas. Mas como quiera que, merced á las doctrinas funestas que sobre este punto se vierten por desgracia, pudiera haber algunas inteligencias menos afianzadas en este dogma tan combatido por las escuelas protestante y racionalista, creo de mi deber desenvolver con la claridad posible este punto fundamental, «manifestando á la luz de las divinas escrituras, de la tradicion y de la historia, cuán legitimo, racional, sublime y provechoso es el culto decretado por la Iglesia á las reliquias de los santos.» Imploremos los divinos auxilios, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Donde quiera el error y la impiedad han hecho los esfuerzos posibles por desacreditar y ridiculizar el culto católico, incapaces de comprender la sublimidad de sus prácticas, y de apreciar los bellos sentimientos que inspira. En todas partes se observa un lenguaje idéntico, cuando se trata de censurar á la Iglesia á causa de los honores que tributa á la memoria de sus héroes. Nada mas que una grosera supersticion y un repugnante fanatismo ven los adeptos de la reforma en esas demostraciones de pública veneracion que el catolicismo ha decretado á los restos mortales de aquellos que en sus dias se distinguieron por sus virtudes y santidad, legando á la posteridad sublimes ejemplos que imitar y recuerdos harto gratos de sus eminentes servicios en pró de la religion y de la humanidad. No hay arma de que no hagan uso para salir con su empeño, y abusando de las Santas Escrituras, y adulterando la tradicion, y desfigurando

la historia, insisten en querer probar lo inmotivado, lo irrazonable, lo absurdo que, segun ellos, envuelve el culto de las santas reliquias. Justo es pues que nosotros blandiendo esas mismas armas, y apoyados en esos mismos monumentos, demostremos cuán justo, razonable, sublime y provechosa es esa práctica sancionada por la Iglesia, columna y fundamento de la verdad.

Y en primer lugar, prescindiendo de otros muchos pasages de los sagrados libros que prueban y corroboran nuestro aserto, limitémonos únicamente á algunos que son los mas terminantes en este punto. ¿Qué nos dice el Antiguo Testamento? En el libro IV de los Reyes vemos que, al simple contacto de los huesos del profeta Eliseo, torna á la vida un difunto de los guerrilleros de Moab, que habia sido arrojado al sepulcro de aquel varon justo (1). En el mismo libro leemos que habiendo mandado Josias desenterrar y quemar los huesos que halló en los sepulcros de Bethel, tan luego como le dijeron que en uno de ellos yacian los venerables restos del varon de Dios venido de Judá, ordenó que nadie se atreviera á tocarlos, y los dejó intactos en el lugar de su descanso (2). Hablando el autor del libro del Eclesiástico de los antiguos patriarcas y justos que vivieron con gloria en sus respectivas épocas, despues de formar su mas cumplido elogio, añade: «Sepultados en paz yacen sus restos, y sus nombres pasarán en alabanza de generacion en generacion (3).» Y en otro lugar añade: «Sea para siempre bendita su memoria: reverdezcan sus huesos allí donde reposan, perpetúese para siempre el recuerdo de sus virtudes, y herédenle los hijos de sus hijos (4).» Acorde en este punto el nuevo Testamento, muéstranos aquí á la mujer hemorroísa sanando instantáneamente de su dolencia, solo con haber tocado con viva fé la orla de los vestidos del Salvador (5); allí nos manifiesta el entusiasmo con que en Jerusalem se sacaba á las calles y plazas á los enfermos, para que al pasar por junto á ellos el

(1) IV. Reg. XIII. 21.

(2) Ib. XXIII. 17 et seq.

(3) Eccí. XLIV. 7 et seq.

(4) Ib. XLVI. 14, 15.

(5) Matth. IX. 20, 21.

principe de los Apóstoles, les tocase siquiera su sombra, lo cual bastaba para recobrar súbitamente la salud (1). Mas allá nos recuerda la eficacia que tenían los pañuelos y demás prendas de uso de San Pablo para hacer desaparecer todo linage de enfermedades en los que conseguían tocarlos (2). Y en el Apocalipsi se lee por último que el apóstol de Pathmos, vió colocados bajo un altar á los que habian muerto por la palabra de Dios y en testimonio de su fé (3). ¿Quién, pues, no ve en todos esos pasages una demostracion palpable del honor y de la veneracion que desde las mas remotas épocas veniase tributando á las reliquias de los santos? ¿Quién no vé arrancar de allí ese sublime culto que la Iglesia católica, siempre sabia, siempre inspirada por el espíritu de verdad, ha decretado á los restos preciosos de aquellos que en su vida se consagraron al servicio de Dios, y dejaron en pos de sí el grato perfume de sus heroicas virtudes? Digan en buen hora los émulos del catolicismo que ni en los huesos de Eliseo, ni en la sombra de San Pedro, ni en los vestidos de San Pablo residia una virtud divina para obrar los prodigios que las sagradas páginas refieren, y que únicamente plugo al Señor confirmar con ellos la mision de aquellos personajes, y dar mayor autoridad á sus predicaciones, para confirmar á los judios en la fé de la resurreccion futura. ¡Y qué! ¿Prueba eso por ventura que las reliquias de los santos no merezcan ser honradas y veneradas por los fieles? ¿Prueba que sea indebido, irracional y supersticioso el culto que las rinde el cristianismo, ya que los milagros verificados por ellas no solo contribuyen poderosamente á afianzar la fé en las divinas promesas, á fomentar la esperanza de la humanidad en una vida futura y en una bienaventurada inmortalidad, á enardecer la caridad en los corazones católicos, á estimularlos á la imitacion de los laudables ejemplos que aquellos hombres dejaron en legado al mundo, si que tambien han reportado mas de una vez los mas brillantes triunfos contra el error y la incredulidad? Para que las objeciones del pro-

(1) Act. V. 15.

(2) Ib. XIX. 12.

(3) Apoc. VI. 9.

testantismo tuviesen algun peso en la materia presente, debieran sus afiliados empezar demostrando dónde está lo absurdo y fanático de ese culto, qué es lo que en él hallan de supersticioso é idolátrico, como gratuitamente se atreven á suponer. Pero nada de esto hacen, y apelando á las antiguas tradiciones, que á su placer adulteran y truncan sin rebozo, aseguran en tono magistral que la costumbre abusiva de venerar las reliquias de los santos no tuvo principio hasta el siglo IV, si bien atribuyen su origen á la que tenian los primitivos cristianos de reunirse en los cementerios donde reposaban los cuerpos de los mártires, y celebrar allí el aniversario de su muerte, cantando el oficio divino y recibiendo la Eucaristía (1). Nosotros tambien á la luz de la tradicion podemos demostrar la mayor antigüedad de ese culto, y desmentir las sofisticas argumentaciones de sus impugnadores.

Y en efecto, si se consultan las actas del martirio de San Ignacio, ocurrido el año 107 de la era cristiana, hallaremos en ellas que no habiendo quedado de las reliquias del Santo mártir sino los huesos mas duros, fueron trasladados á Antioquia y depositados en una caja, como un tesoro inestimable dejado á la Iglesia en consideración á las virtudes y altos merecimientos de aquel héroe, designándose la época en que debian reunirse anualmente los fieles sobre su sepulcro para dar un público testimonio de hallarse en perfecta comunión con el generoso atleta de Cristo (2). En las actas del martirio de San Policarpo, redactadas el año 169, láméntanse los fieles de que el procónsul no les permitiese recoger las reliquias del invicto mártir, como ardientemente lo deseaban, temiendo sin duda, decian ellos, que abandonásemos á Jesucristo por honrar á su heroico discípulo; sin observar que esto nos lo prohíbe nuestra fé, y que si bien adoramos al Crucificado como á verdadero hijo de Dios, no adoramos, pero si veneramos los mortales restos de los que fueron sus fieles discípulos. Por eso hemos buscado solícitos esos huesos mas preciosos que el oro y las pedrerías, y depositádoslos en lugar conveniente,

(1) Bausobre, m. C. VI. v. 9. Apoc.

(2) Act. S. Ign. C. 6.

esperando que Dios nos hará la gracia de que nos reunamos en torno de ellos el día aniversario de su martirio, ya para conservar y perpetuar la memoria de los que padecieron por la fé, ya para escitar nuestro fervor y animarnos á imitar su heroismo (1).» Ahora bien, C. O., ¿puede estar mas evidenciada la antigüedad del culto de las santas reliquias? ¿Podian manifestar los primitivos cristianos de una manera mas ostensible la veneracion que les merecian aquellos sagrados restos, cuya posesion ambicionaban como una riqueza inapreciable, esponiéndose frecuentemente á la muerte por arrebatarlos del poder de los infieles? ¿Y aquel temor que estos mismos manifestaban de que los fieles adorasen las reliquias de los mártires con preferencia á Cristo; y el cuidado que á veces tenian de mezclar sus sagradas cenizas con las de los gladiadores para que no pudiesen ser habidas por la piedad cristiana; y el furor con que no pocas veces las arrojaban al viento para evitar que nada quedase de ellas que pudiera ser objeto de veneracion y culto; todo esto, ¿no prueba hasta la evidencia que el afan de los fieles en buscar y recoger aquellos preciosos restos no nacia, como pretenden los protestantes, del mero deseo de darlos honrosa sepultura, sino que envolvia el sublime pensamiento de tributarlos los homenajes y obsequios que la religion decreta á sus héroes? «¿No veis, decia en su tiempo Tertuliano, cómo en los ilustres mártires de Jesucristo se verifica el vaticinio de Isaias, viéndose en sus sepulcros rodeados de una gloria imperecedera y recibiendo en ellos las recompensas de la inmortalidad? (2).» «¿Es posible, exclamaba San Leon, en el elogio del invencible mártir San Lorenzo, que llegue á mas alto punto la magnificencia de tu triunfo, cuando de él participan hasta los mismos instrumentos de tu suplicio, objetos de una veneracion piadosa y del mas cordial entusiasmo?» *Quid non ad victoriam ingenium tuum reperit, quando in honorem transierunt etiam instrumenta supplicii* (3).

Han mentido, pues, de una manera repugnante los discipulos de

(1) Act. S. Polic. C. 47 et 48.

(2) Tert. in C. X. Isaiae.

(3) S. Leo. M. in Nat. S. Laurent.

la reforma, cuando se han atrevido á negar la existencia de ese culto desde la cuna misma del cristianismo; han adulterado la tradicion, cuando han osado proclamar en alta voz que las reliquias de los santos no han recibido en los tres primeros siglos de la Iglesia esas demostraciones sublimes de que hoy son objeto; han faltado á la verdad de la historia cuando gratuitamente han consignado que antes del siglo IV yacian enterradas en los cementerios sin que se las tributasen públicos honores, ni menos se las espusiese en las iglesias á la veneracion de los fieles. Monumentos históricos de todo género atestiguan todo lo contrario y revelan la mala fé de los impugnadores sistemáticos del catolicismo. Aquí se ven los sepulcros de los mártires convertidos en templos, bajo cuyos altares se hallan depositados sus preciosos restos, y en torno de los cuales corren á agruparse los cristianos llenos de ternura á celebrar el augusto sacrificio de nuestra redencion, á entonar alabanzas al Dios que se dignó glorificar á sus héroes dándoles valor para arrostrar por su causa los tormentos y la muerte, á protestar su inquebrantable union con ellos y la profesion de la misma fé que los hizo tan invencibles. Allí se ven los pueblos salir al encuentro á las reliquias de los invictos confesores de Cristo, y conducir las en triunfo por las ciudades, villas y aldeas de su tránsito, como sucedió con las de San Ignacio, trasportadas desde Antioquia á Roma sobre los hombros de los fieles, segun atestigua San Juan Crisóstomo (1). Mas allá son las criptas, las catacumbas, las capillas, las confesiones erigidas en memoria de las ilustres víctimas del paganismo, para perpetuar el recuerdo de sus heróicas virtudes, como entre otros muchos documentos lo acredita el construido en Roma sobre las tumbas de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y que ya en tiempo del mártir San Ceferino mostrábase por los cristianos para confundir á la heregia (2). En otra parte son las palmas, los vasos, los lienzos empapados en sangre, las urnas cinerarias, las áncoras y otros signos misteriosos, colocados sobre los huesos de los santos ó grabados en las piedras que los contenian, para distinguir-

(1) S. Joan. Chrys. Hom. in S. Ignat. n. 5. op. L. 2. pág. 600.

(2) Baron. ad an. 226. Euseb. Hist. Eccl.

los de los restos profanos de otros muertos, á través de las épocas de persecucion y tiranía (1). ¿Y quién ignora, por último, el respeto con que los primitivos cristianos conservaban aquellas reliquias, llevándolas á veces consigo para animarse á perseverar constantes en sus creencias, y besándolas con efusion, lo cual dió motivo un dia al lastimoso cisma que afligió á la Iglesia de Africa en tiempo de los donatistas? (2)

Pero no me es posible, C. O., estenderme mas en esta demostracion que me haria interminable si hubiese de reproducir todos los testimonios que deponen en favor del culto de las santas reliquias. Lo dicho basta para quedar convencidos de lo racional, justo y sublime de ese culto, que iniciado ya en las sagradas escrituras de ambos testamentos, arranca de los tiempos apostólicos y viene atravesando los siglos apoyado en una tradicion no interrumpida, sancionado por la historia y confirmado por los mas respetables monumentos de toda clase que atestiguan la antigüedad de su origen, la pureza de su objeto, la santidad de su fin y su beneficosa influencia en el cristianismo. Y de hecho, A. O. M., ¿qué resultados tan favorables no debe producir la veneracion de los restos mortales de aquellos ilustres personajes, que despues de haber vivido en la tierra ricos en merecimientos y virtudes, gozan actualmente en el cielo la eterna recompensa de su heroismo? Si tanto apreciamos el mas leve recuerdo de aquellos séres á quienes en el mundo amábamos, porque de continuo nos representa sus bellas prendas y sus estimables cualidades, ¿cuánto mas deberán escitar nuestro aprecio y veneracion las reliquias de los amigos de Dios, que sin cesar nos recuerdan que sus cuerpos fueron templos vivos del Espíritu Santo, miembros de Jesucristo, santuarios de la divinidad, y bajo este concepto escitanos á su imitacion, avivan nuestra fé, fortalecen nuestra esperanza, fomentan nuestro amor, y nos sirven de poderoso estímulo para caminar por las mismas sendas que ellos marcharon? Así se explica que el Señor se haya mostrado con ellos tan generoso, y que para

(1) Bosiut. Rom. Sotter. L. I. c. 20. et alii plur.

(2) Opt. Milev. Hist. Schism. Donat. L. I. p. 40.

dar mayor impulso y autoridad al culto de sus mortales restos, se haya dignado obrar por ellos tantos prodigios, maravillas tan extraordinarias, milagros tan visibles, autentizados é innegables como nos refiere la historia, verificándose en ellos las palabras de la Escritura con que encabezé mi discurso: «Sea bendita su memoria; reverdezcan sus huesos en el lugar donde reposan; perpetúese para siempre su nombre, y pase con gloria á la mas remota posteridad:» *Sit memoria illorum in benedictione, et ossa eorum pullulent in loco suo, et nomen eorum permaneat in aeternum, permanens ad filios illorum sanctorum virorum gloria.*

Despreciad, pues, altamente, A. O. M., los nauseabundos gritos de la impiedad, que para llevar á cabo su tenaz empeño de desacreditar y calumniar sin criterio el culto que la Iglesia católica tributa á las reliquias de los Santos, no satisfecha con truncar las Escrituras, adulterar la tradicion y desfigurar la historia, lleva su osadía, su temeridad, su ódio irreconciliable, hasta el punto de negar como ilusiones supersticiosas, ensueños febriles y mentiras forjadas por el fanatismo los milagros obrados por la intercesion de esos amigos de Dios con el contacto de sus mortales restos. No necesito detenerme á refutar tamaños absurdos, dirigiéndome á un pueblo eminentemente religioso y católico por convencimiento. Hablaré, pues, á vuestra fé, hablaré á vuestro corazon, y para concluir reproduciré las sublimes y elocuentes palabras que San Juan Damasceno dirigia á los fieles á este propósito. «Mirad, les decia, cuánto
»no debemos á nuestro divino Salvador por habernos dejado en las
»reliquias de sus Santos otras tantas fuentes saludables, manantiales
»perennes de gracia y bendicion que fecundizan nuestras almas. De
»ellas brota un unguiento precioso, un bálsamo vivificante que calma
»los pesares, consuela los corazones afligidos, suaviza las heridas y
»derrama en el espíritu la alegría mas inefable. ¡Oh! No lo dudeis.
»Si poderosa fué la mano de Moisés para hacer surgir raudales cristalinos de la dura roca del desierto, porque así lo quiso el Señor
»para engrandecer á su siervo, ¿será menos eficaz la mano del Omnipotente para convertir los sepulcros de los Santos en arroyos
»inagotables de piedad que llenen al mundo de sus beneficios? ¿Acaso

» han muerto completamente los que finaron su existencia en la fé de
» la resurreccion y en la caridad de Cristo? No: ellos viven, y sus
» huesos están llenos de animacion, y sus reliquias obran inauditos
» portentos. Estas espelen los malignos espiritus, abuyentan las en-
» fermedades, dan vista al ciego, movimiento al tullido, oido al sor-
» do, limpian al leproso, arrancan á la muerte sus despojos, triun-
» fan de las tentaciones, libran de los peligros, y cuantos á ellas se
» acercan con fé viva y firme confianza experimentan por su medio
» todos los bienes que descenden del Padre de las luces. Pues si tanto
» apreciáis y con tanto empeño solicitais la influencia de un poderoso
» que os presente á un monarca terreno y le hable en vuestro favor,
» ¿ con cuánta mas razon debereis honrar la memoria y buscar el apo-
» yo de los que son los verdaderos protectores de la humanidad para
» con el Rey de las eternidades? Dignos son por cierto de que en su
» nombre edifiquemos al Señor templos, dediquemos altares, presen-
» temos ofrendas, hagamos votos, puesto que en gloria suya redun-
» da todo el honor, todo el culto que á sus reliquias tributamos (1).»

Hagámoslo así, A. O. M., veneremos, honremos, rindamos ho-
menajes de la mas tierna piedad á las preciosas cenizas de los San-
tos; no nos avergoncemos de solicitar por ellas las gracias del cielo,
dispuesto siempre á escuchar los acentos de una fé viva y fervorosa.
Corramos á enriquecernos en ese tesoro que Dios en su bondad infi-
nita quiso dejarnos en este valle de destierro; pidámosle aumente en
nosotros la creencia de esa inmortalidad de la cual tenemos á la vista
unas prendas tan seguras, y nos conduzca despues de esta vida á la
mansion dichosa, donde las almas de esos justos cuyas reliquias vene-
ramos disfrutan de una gloria perdurable por los siglos de los siglos.

(1) S. Joan Dam. De fide orthodoxa, L. IV. C. 46.

SERMON

PARA EL DIA DE LA DEDICACION DE UN TEMPLO.

LOS TEMPLOS CATÓLICOS SON UN DOGMA VIVIENTE DE TODO EL CRISTIANISMO,
Á LA VEZ QUE UNA INSTITUCION SOCIAL DE LA MAS ALTA IMPORTANCIA.

Vere Dominus est in loco isto, et ego nesciebam.

Verdaderamente reside el Señor en este lugar, y yo lo ignoraba.

GEN. XXVIII. 16.

PUEBLO cristiano: ¡Qué ideas tan sublimes, qué pensamientos tan elevados, qué afectos tan tiernos inspira á un corazón piadoso la presente solemnidad! Cuando se considera atentamente lo que de grandioso y casi divino se verifica en la dedicacion de los templos del catolicismo, imposible es dejar de elevarse á reflexiones de un orden superior; el alma se siente conmovida, todo en el hombre respira entusiasmo y fervor, y con mas razon que aquel antiguo patriarca, que en el camino de Aran erigió un altar sobre la tosca piedra, para perpetuar en un monumento imperecedero el recuerdo de las bondades de que se reconocia deudor al Dios de sus padres, el cristiano al entrar en estos edificios consagrados al culto de la divinidad, esclama dulcemente sorprendido: «Verdaderamente habita el Señor en este lugar, y yo lo ignoraba:» *Vere Dominus est in loco isto, et ego nesciebam.*

En efecto, M. A. O.; tan luego como la Iglesia, dirigida siempre por el Espiritu de verdad, toma bajo sus auspicios un templo, un edificio cualquiera construido por las manos del hombre, le bendice, le consagra, y le dedica al Señor, este edificio cesa de

ser un producto vulgar del arte ó del ingenio ; sus muros sufren una trasformacion prodigiosa é instantánea ; sus augustas bóvedas encierran cuanto de mas grande hay en el universo ; es á la vez la casa de Dios y la puerta del cielo (1) ; es la misteriosa roca herida por la vara de un nuevo Moisés destinada á brotar los mas ricos manantiales de aquellas aguas que corren hasta la vida eterna ; es el sitio elegido por el Señor para hacer descender el suave maná de sus gracias y misericordias en favor del pueblo cristiano hambiento en los desiertos de este mundo ; es la Jerusalem santa preparada con los atavios de la esposa para recibir en su tálamo al Cordero sin mancilla , al Rey de las eternidades ; es , en una palabra , la mansion augusta del Omnipotente , el trono de su gloria , el palacio mas digno de su magestad , y por lo tanto una obra grande , inmensa , incomparable , puesto que no es al hombre sino á Dios á quien se dedica , como se espresaba un día el mas piadoso monarca de Israel : *Opus namque grande est : neque enim homini preparatur habitatio , sed Deo* (2).

Tal es , M. A. O. , la instantánea modificacion que acaba de experimentar este edificio , bajo la influencia creadora de la mano del venerable Pontífice que le ha bendecido y consagrado al culto divino. Y ved por qué la Iglesia , nuestra madre , queriendo hacer comprender á sus hijos lo que de maravilloso , saludable y divino envuelve esta trasformacion , solemniza con una fiesta especial la dedicacion de los templos católicos , para que deteniéndonos ante este espectáculo tan grave é imponente , y considerando lo que son estos edificios bajo el doble punto de vista religioso y social , deduzcamos las mas útiles consecuencias con relacion á nuestra fé , y concibamos ideas dignas acerca de la magestad y grandeza del Dios que en ellos adoramos. No pretendo lastimar en lo mas leve vuestros sentimientos religiosos ; lejos de mí suponeros indiferentes , ni menos incrédulos , respecto del dogma de la presencia de la divinidad en nuestros templos. Sin embargo , ¿ está esa creencia tan arraigada como debiera en vuestros corazones ? ¿ Es acaso un efecto de admiracion , ó mas

(1) Genes. XXVIII. 17.

(2) I. Paralip. XIX. 4.

bien producto de ciertas dudas sembradas en el seno de vuestra sociedad por la mano del hombre enemigo, lo que á veces os mueve á preguntar con las palabras del rey profeta, si es posible que Dios habite en la tierra y fije su morada entre los hombres? *¿Ergo ne credibile est quod Deus habitet super terram* (1)?

Sin detenerme á investigar el verdadero origen de esto, y á fin de que os forméis una idea clara y precisa del grandioso objeto que hoy nos reúne en este sitio, voy á manifestaros que nuestros templos católicos son el dogma viviente de todo el cristianismo perfectamente formulado, á la par que una institucion social de la mas alta importancia; puesto que por una parte, encarnándose Dios en cierto modo en las piedras de esos edificios, las dá una vida y una animacion sobrenatural; y por otra la sociedad, viniendo á aprender en ellos las ideas mas elevadas y los mas sublimes deberes, protesta su íntimo convencimiento de una creencia que reanuda maravillosamente todos los vínculos de la humanidad. Hed aquí el asunto de mi discurso, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

«¿Qué casa es esa que os proponéis edificarme?» Hed aquí, C. O., la pregunta que en otro tiempo hiciera el Señor á los judios por boca del Profeta Isaias: *¿Quæ est ista domus quam ædificabitis mihi* (2)? No sin motivo muy fundado hablo de esta manera á un pueblo grosero y carnal, que con el trancurso de los tiempos olvidara que Dios queria ser adorado en espíritu y en verdad. La respuesta no se dió por entonces; pero mas tarde la Escritura vino á desenvolver admirablemente esta idea, en unos términos que reasumen todo el fondo de mi discurso. La casa que se edificará será un tabernáculo á donde Dios descenderá de lo mas elevado de su gloria para habitar

(1) III. Reg. VIII. 40.

(2) Isaiæ LXVI. 4.

en medio de los hombres y ponerse en la mas íntima comunicacion con ellos: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis* (1). Pero ¿cuáles serán las señales por las cuales se le reconocerá como el punto de reunion de unas cosas tan diversas que han de poner en contacto lo visible é invisible? Hed aquí lo que dice el Señor: «Yo pondré sobre su frontispicio y escribiré sobre cada una de sus piedras tres caracteres indelebles, á saber. el nombre de Dios, el nombre de la ciudad santa, y un nombre nuevo y desconocido: *Scribam super eam nomen Dei mei, et civitatis Dei mei... et nomen meum novum* (2). Ved pues, M. A. O., el lema distintivo de los templos católicos. En virtud de su consagracion, quedan impresos en ellos por fuera, por dentro, en sus bóvedas y en sus murallas, esos tres admirables caracteres visibles á todos los hombres, el nombre de Dios, el nombre de la ciudad santa y el nombre nuevo á que aluden los sagrados libros. Nada de esto encontrábase en los siglos anteriores á la fundacion del catolicismo. Hasta los tiempos de Salomon no existiera entre los judios templo alguno propiamente dicho; habia piedras consagradas en memoria de Jehová; habia cerros ó montecillos sobre los cuales se hacian ofrendas; habia en fin monumentos groseros de un culto adaptado á la sencillez de aquellas edades, porque entonces los hombres no habian olvidado todavía las relaciones que tuvieran con Dios; habíanle visto y oido; los padres trasmitieran este recuerdo á sus hijos, y estos á su posteridad; conservábanse las tradiciones primitivas en toda su fuerza y vigor, y por lo tanto ningun nombre especial distinguia la casa consagrada al Señor; ese nombre estaba todo en la naturaleza y en la magnificencia de sus espectáculos.

Y aquí me es preciso hacer una breve digresion para responder á una objecion que mil veces se ha repetido en varias épocas y no en pocos escritos por los afiliados á la escuela materialista. ¿No es, dicen, la naturaleza el mas bello templo del Señor? ¿Es posible circunscribir un Dios inmenso á los estrechos limites de unas murallas

(1) Apac. XXI.

(2) Ibid. III. 42.

que pueden medirse con una vara? ¿Acaso no hay en el mundo objetos que revelan de una manera admirable el poder, la grandeza, la magestad, la sabiduría y la bondad del Criador soberano de todas las cosas? ¿Pueden concebirse armonías mas sublimes que las producidas por los vientos? Esos ejércitos de estrellas sembradas en el firmamento, ¿no proclaman al Rey de las eternidades mejor que las pinturas y los frescos? Y los picachos de las montañas, ¿no esceden en grandeza á las columnas de los templos? En una palabra, la multitud innumerable de aves que cantan sobre las verdes ramas, y las aguas de las cascadas que murmuran, y las olas del mar con sus bramidos, y la naturaleza entera con sus inapreciables tesoros, ¿no hablan mas alto de Dios que cuanto el arte puede hacinar en las iglesias construidas para su culto? Indudablemente se comprende que todo eso es grande, bello, magestuoso, sorprendente, sin que los melancólicos soñadores de la moderna escuela vengan á decirnoslo. Mas, ¿es eso acaso lo que al hombre convenia, lo que necesitaba, lo que exigian sus condiciones, cuando se hubieron debilitado en él las antiguas relaciones que le unian con la divinidad? ¡Oh! No: porque el hombre es demasiado limitado en sus ideas, y en sus miras miope. Dista mucho el cielo de la tierra, y por consiguiente, para que sus órganos queden satisfechos bien así como sus pensamientos, hácese preciso que la religion se sensibilice, se encarne en cierto modo, tomando formas visibles, palpables á la débil y mísera humanidad. ¿Cómo pudiera atravesar tan inmensos espacios hasta llegar al Sér divino, si careciese de una cosa que se armonizase lo bastante con sus menguadas facultades?

Ved por qué el Señor quiso que se le dedicase un templo en Jerusalem. Ahora bien, C. O., ¿qué es lo que habia en aquel templo? ¿Leíanse en él los tres nombres misteriosos de que poco há os hablé? ¡Ah! Ciertamente que allí estaba el nombre de Jehová, único que era conocido por la muchedumbre del pueblo judío. Ciertamente que algunos llegaron á presentir el nombre de la ciudad santa, de la Sion nueva cantada por todos los profetas. Pero si bien estos mas elevados en la esfera de las ideas religiosas mostraron á través de tupidos velos algunos caracteres de aquel nombre nuevo y desconocido que en la

plenitud de los tiempos debia revelarse, sus pensamientos fueron incompletos, y el que mas se acercó á él, que fué Isaías, no hizo sino tartamudearle como un niño. En una palabra, todavía no se habia multiplicado en la tierra la casa del Señor, ni se presentaba á todos los pasos del hombre para servirle de abrigo y satisfacer sus necesidades, proporcionándole las aguas misteriosas que debian apagar su sed y el pan divino destinado á alimentarle en el desierto del mundo. ¿Cuándo, pues, se realizará ese vaticinio? ¿Cuándo llegará la época anunciada por el Señor? ¿Cuándo aparecerá ese templo sobre cuyo frontispicio deben leerse los tres grandes caracteres que formularan el dogma completo de su religion y de su culto?

Hedlo aquí, A. O. M.; nosotros poseemos la realidad de aquella alegoría. No bien el Hijo de Dios verificára la gran promesa hecha á los antiguos patriarcas, profetas y justos de la primitiva ley, encarnándose en el seno de una Virgen para habitar entre los hombres; apenas se deja ver en las ciudades y pueblos de la Judea, y derrama de sus lábios las sublimes enseñanzas que trajera del cielo, y consume en el Calvario el sacrificio vislumbrado desde el paraiso á través de las generaciones, cuando en las mas apartadas regiones, en las playas mas lejanas, en los paises mas desconocidos y de costumbres y leyes mas diversas, donde quiera se ven reproducirse y multiplicarse las casas del Señor. Lo primero que salta á la vista es el nombre de Dios, puesto que Jesucristo viniera á enseñarnos á adorar al Padre en espíritu y verdad; el nombre de Dios reconocido en sus admirables perfecciones, apreciado en su Providencia paternal, marcado con el sello de su justicia inexorable, de su misericordiosa ternura; el nombre de Dios en la unidad de su esencia y en la trinidad de las personas, cuanto es posible comprender en la tierra tan inefable misterio: *Scribam super eam nomen Dei mei*. Entonces déjase ver asimismo el nombre de la Ciudad Santa, de esa ciudad desconocida y materializada en las ideas de los judíos, corrompida, pagana, disfrazada en todos los sistemas filosóficos, presentándose empero bajo la influencia del Cristianismo con lo grande é infinito de sus alegrías, con la santidad de las preparaciones que á él conducen; el nombre de esa Ciudad Santa que dá la paz, la fé, la feli-

cidad sin límites, y con sus promesas escita todos los instintos generosos del hombre y enciende y fomenta el entusiasmo del alma; el nombre de la patria que no solamente está llamada á cobijar en su seno ciertas organizaciones excepcionales, ciertos géneos privilegiados, sino que debe inundar la tierra de santos, de confesores, de mártires, de vírgenes, de héroes que juzguen muy poco el sacrificarse por ella en toda la redondez del globo: *Et nomen civitatis Dei mei*. Por último, hé aquí sobresaliendo en todos esos templos del Cristianismo el nombre nuevo y misterioso de Jesus, nombre que escede á todo nombre, ante quien todo hinca la rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo; nombre á quien adora toda tribu y confiesa toda lengua como igual en gloria al de su eterno Padre; nombre en quien y por quien únicamente puede salvarse la humanidad. Vedle donde quiera que dirijais vuestras miradas, dominando en los tabernáculos, muriendo por los pecados del mundo, coronando en cierto modo nuestras esperanzas con la incesante efusion de sus beneficios, haciéndose nuestra víctima en el incruento sacrificio de nuestros altares. Ved en todas partes ese nombre el primero que el tierno infante aprende á tartamudear con el de su madre; el primero que pronuncia antes de comprenderle; el que en las incertidumbres y en los abatimientos del alma viene naturalmente á posarse sobre nuestro afligido corazón y á agitar nuestros trémulos lábios; el que al declinar el sol de la vida vuela á velar nuestras últimas horas, á consolar nuestra agonía, á fortalecer nuestra debilidad, y á derramar en torno de nuestro lecho un grato perfume, un aroma indefinible que anima los postrimeros restos de una existencia miserable, aroma precioso que recogé el ángel de la muerte y de la inmortalidad. Tales, C. O., ese nombre nuevo y misterioso de Jesus, que caracteriza de una manera tan brillante los templos del Catolicismo: *Et nomen meum novum*.

Y quién no vé trazado en ellos á grandes rasgos el dogma viviente todo entero de esa religion de amor y de santidad? Dios, idea primordial, punto de partida desde donde el alma se lanza á sus sublimes destinos; Jesus, conductor, Salvador y regenerador de la humanidad; la Jerusalem Santa, ciudad de Dios, tabernáculo del Altísimo,

conclusion de toda la vida, realizacion de toda esperanza, consumacion de todo amor.... ¡Qué espectáculo tan bello! ¡Qué cuadro tan magnífico y completo! Id en buen hora, en medio de vuestras mas religiosas ideas, de vuestras mas poéticas exaltaciones, id á consultar la naturaleza en las orillas del mar, en el fondo de los bosques, en la cima de las montañas, en las orillas de los arroyos, en las laderas de los valles. ¿Y qué hallareis? Sin duda experimentaréis una misteriosa melancolía, que se apoderará de vuestra alma al oír cantar los pájaros, gemir los árboles heridos por la brisa nocturna, rugir los vientos, zumbiar el océano, y otras mil cosas en las que tan admirable y potente se muestra la mano creadora. Empero despues de todo eso habreis quizás soñado, mas nada habreis sentido de lo que os revela un templo católico con ese triple sello en que el dogma divino se formula tan visible y eficazmente; solo con gran dificultad os elevareis á Dios, pero sin percibir nada de sus consuelos ni de las impresiones de su amor. Ved, pues, por qué consultando no solamente á la elevacion de vuestras ideas, si que tambien á lo limitado de vuestros sentidos, plugo al Señor formular su religion en ese vasto cuadro, en el cual pudiéseris palpar sensiblemente su presencia y comprender mejor su ser divino en medio de la sublime armonía que hace resonar en vuestros oídos.

Tales son nuestras iglesias cristianas. ¿Y es concebible, A. O. M., puede creerse haya todavía tantos séres que vivan fuera de esa casa de Dios, y no pocos que pasando todos los dias al lado de las murallas de nuestros templos, contemplan indiferentes esos augustos edificios sin comprender lo que en ellos se encierra? ¡Cuántos hay que distinguen perfectamente el mérito artístico de un capitel, el órden admirable de una bóveda, la delicadeza de un fresco, lo atrevido del pincel en un cuadro, y otras cosas por el estilo, quedando entusiasmados á vista de las magníficas proporciones de esas inspiraciones divinas del arte y del génio, encarnadas en la piedra ó el lienzo y continuadas en todo el conjunto, pero sin sentirse elevados á las regiones de lo invisible, sin experimentar aspiraciones de un órden sobrenatural? No así el alma inspirada por la fé. En los mismos rayos del sol que al ir á ocultarse en el horizonte envia sus últimos resplandores, y do-

rando los vidrios y las flechas de nuestras iglesias parece saludar con amor el nombre de Jesus; en la misma pálida luz de la lámpara que vela como un centinela al lado de nuestros tabernáculos para defender al rey de las eternidades; en todo cuanto se ofrece á su vista encuentra motivos de elevacion hácia Dios; porque esos edificios materiales en apariencia, encierran en la realidad el dogma viviente del Catolicismo y son la mas sublime expresion de sus magnificencias. Y si á lo dicho se añade ese carácter de estabilidad y fijeza que sobre los demas edificios ofrecen nuestros templos, como que envuelven una idea inmortal, un pensamiento eterno, y en su esencia están cimentados sobre la promesa infalible de un Dios que ha protestado habitar con los hombres hasta la consumacion de los siglos, y están marcados con el sello de la sangre de Jesucristo, y en todos sin distincion óyese el mismo lenguaje, idénticas armonías, y todos están llenos de la majestad del Señor, y en todos se respira el perfume de una santidad que penetra hasta el corazon; entonces los pensamientos se agigantan, las ideas se elevan, y el alma llena de fé y de esperanza, y respirando amor indefinible, no puede menos de exclamar: «Verdaderamente habita Dios en este sitio y yo lo ignoraba:»
Vere Dominus est in loco isto, et ego nesciebam.

Pero no solamente encierran nuestros templos un dogma religioso, sino que son tambien una institucion social de la mas alta importancia, por cuanto en ellos aprende el hombre dos cosas que en ninguna otra parte aprenderia, á saber: á conocer su dignidad personal, y á practicar la justicia. ¿Cuál es hoy dia esa grande escuela que enseña á los séres racionales á remontarse á su verdadero origen y á buscar sus positivos destinos? ¿En dónde podrá conocer de una manera segura su elevacion primitiva, su funesta caida, su maravillosa reparacion, y todo lo demas que dice relacion á su porvenir? ¿Será en el Pórtico ó en el Liceo? ¿Será en las cátedras de esa filosofia que hace del hombre un autómeta, y no le presenta otro objeto de sus esperanzas, ni le propone otro fin de sus sacrificios mas que el sepulcro y la nada? ¿Será en las elucubraciones y sistemas de esos génios para quienes todo es materia y nada espiritu, cuyas enseñanzas respiran el mas repugnante orgullo, y comenzando por el ateismo con-

cluyen en la desesperación? ¡Ah! No, C. O., no es allí donde los hombres deben aprender lo que son y lo que están llamados á ser, de dónde vienen y á dónde van, lo que perdieran por la culpa original y lo que reconquistaron por la reparacion consumada en el Calvario. En nuestros templos es donde se les desenvuelven esos principios regeneradores, esas ideas luminosas, esos dogmas eminentemente civilizadores; en ellos se les manifiesta su verdadera dignidad como cristianos, como hijos de Dios, como séres redimidos con la sangre de Jesucristo, como criaturas destinadas á vivir eternamente en otra pátria mejor; en ellos se alimentan con esa palabra misteriosa que les muestra cuantas verdades necesitan saber para conducirse en la tierra como peregrinos que caminan al cielo, y les infunde el amor á lo honesto y bueno, y los separa de lo erróneo y criminal; por cuanto allí es donde el Señor ha prometido revelarse á la humanidad y hablarla por el ministerio de los que en el mundo están destinados á continuar y consumir la grandiosa obra iniciada por él en la plenitud de los tiempos. ¿Quién, pues, podrá dudar de que los templos católicos considerados bajo este punto de vista, son una bella institucion social, ya que en ellos aprende á conocer su dignidad en sus pensamientos, en sus palabras, en sus acciones y en toda su conducta?

Pues tambien es en ellos donde bebe como en su legitima fuente todas las ideas de justicia que deben conducirlo al camino práctico de todas las virtudes. Y no hablo, C. O., de esa justicia que segun los modernos regeneradores se cifra en respetar los agenos derechos en tanto que sean respetados los propios: esa seria una justicia farisáica y de ninguna manera cristiana; sino de la que consiste en la abnegacion de sí mismo, y en la caridad divina que estrecha á todos los hombres sin distincion alguna con vínculos indisolubles, haciendo de ellos una sola gran familia, la herencia del Unigénito, la conquista de Jesucristo. No es con leyes transitorias mas ó menos hábilmente combinadas, ni con sistemas mas ó menos brillantes como se consigue mantener y fomentar el órden social. Preciso es que la justicia esté en todas las almas y sea inspirada por un sentimiento superior á todo lo humano. Consagrarse sin reserva al servicio de sus prójimos, anticiparse á las necesidades de la miseria, inmolarse ante las aras del

amor por ser útil al que carece de elementos de subsistencia, olvidarse de sí por consolar al que gime en la desgracia, recompensar con beneficios el odio y la malevolencia, mirar á todos como á sí mismo y no desear á nadie el menor mal: héd ahí la justicia tal cual Dios exige, tal cual la religion católica la enseña y manda practicar, tal cual la sociedad misma la reclama para conservar la armonía entre sus miembros y realizar en la tierra los destinos que la impuso el cielo. Esa justicia es la que en los templos del Catolicismo aprenden el niño, el jóven, el anciano, el ignorante, el sábio, todas las edades, condiciones y gerarquías por el órgano de aquellos á quienes su ilustre fundador dijera un día: «Os envío como mi Padre me envió: Id y enseñad á todas las gentes á observar las cosas que os he manifestado. Quien creyere será salvo, el que no creyere se condenará (1).»

Queda, pues, demostrado, M. A. O., que los templos cristianos son el dogma viviente de todo el cristianismo perfectamente formulado, puesto que en ellos encontramos esas tres ideas cardinales que dominan por decirlo así y embeben todo el sistema religioso: el nombre de Dios cual debe comprenderse; el nombre de la Jerusalem celeste apreciada en su paz y en sus recompensas; el nombre de Jesucristo, como Redentor, Salvador, consolador y regenerador. Tambien queda evidenciado que son una institucion eminentemente social, puesto que en ellos exclusivamente aprende el hombre dos cosas indispensables para llenar sus destinos: su dignidad depurada de las erróneas ideas de la ciencia mundanal, y la justicia que le facilita el cumplimiento de sus deberes. De donde resulta, que bajo el primer concepto, encarnando Dios en cierta manera en las piedras de esos edificios materiales, los dá una vida y una animacion sobrenaturales; y bajo el segundo, la sociedad, viniendo á aprender en ellos las ideas mas elevadas y las mas sublimes verdades, reanuda maravillosamente los vínculos que unen á los diversos miembros de la gran familia humana.

Pluguiera al cielo que todos se persuadiesen de lo que son los tem-

(1) Marc. XVI. 16.

plos católicos, y la trasformacion que en ellos se obra mediante el rito con que la Iglesia los consagra y dedica al culto del Señor! Nuestro siglo materializado no lo comprende, mira con fria indiferencia y llega hasta burlarse con brutal menosprecio de esas verdades que en tiempos mas felices formaban la dicha de nuestros mayores. En su insaciable rapacidad solo aspira á utilizar en provecho propio los despojos de esos monumentos, gloria y envidia de los pueblos cultos, levantando sobre sus ruinas templos profanos al orgullo y á la sensualidad. ; Qué pensamiento tan desgarrador! No permita el Señor que nos comprenda la amenaza que lanzó un dia contra los profanadores de su santuario, ausentándose de nosotros y negándose á ser nuestro Dios, ya que nosotros rehusamos ser su pueblo. Apartad de nosotros semejante castigo; fortaleced nuestra lánguida fé, para que sepamos apreciar nuestra dicha, y á fin de que obrando conforme á las elevadas ideas que estos templos materiales nos inspiran, merezamos un dia entrar en el augusto templo de la inmortalidad.

SERMON

PARA EL DIA DE LA PUBLICACION DE LA BULA DE LA SANTA CRUZADA.

CUÁN INESTIMABLE SEA EL TESORO QUE SE NOS FRANQUEA EN LA BULA DE LA SANTA CRUZADA, CON CUÁNTA AVIDEZ DEBEMOS CORRER Á ENRIQUECERNOS EN ÉL, Y CUÁN SUBLIMES SENTIMIENTOS DE GRATITUD DEBE INSPIRARNOS LA BONDAD DE LA IGLESIA, QUE NOS LE OFRECE.

Mihi data est gratia hæc: in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi, et illuminare omnes, quæ sit dispersatio sacramenti, absconditi à sæculis in Deo.

A mí se me ha conferido la mision de anunciar á las gentes las inagotables riquezas de Jesucristo é ilustrar á todos los hombres, descubriéndoles la dispensacion de un misterio que, á través de los siglos, estuviera oculto en los designios de Dios.

AD EPHES. III. 8, 9.

PUEBLO CATÓLICO, hijos bienadados de la religiosísima España: Por muy dichoso me tengo al considerarme en este dia el eco fiel de las divinas misericordias respecto de vosotros, que nacidos en este suelo clásico de la religion verdadera, teneis la conciencia de vuestra grandeza hereditaria, y apreciáis la fé que de vuestros abuelos hubisteis en legado, como el blason que mas os honra y enaltece á la faz de las demás naciones. Yo, el menor de los ministros de esa religion salvadora, he recibido la mision de anunciaros hoy las inagotables riquezas de Jesucristo, é ilustraros acerca de un misterio que á través de los siglos estuviera oculto en los designios de Dios, y que ha sido dispensado á la patria de los Recaredos, Fernandos é Isabeles

en toda su plenitud, por el que en la tierra representa al gran Pontífice de los bienes venideros y ejerce su misma autoridad, su mismo poder, poder y autoridad que jamás podrán arrancarle los génius del averno. *Mihi data est gratia hæc: in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi, et illuminare omnes, quæ sit dispensatio sacramenti absconditi a sæculis in Deo.* ¿Y cuál es ese misterio que soy llamado á anunciaros? ¿Qué riquezas son esas que Jesucristo se digna derramar en el seno de la católica España por las manos de su representante y Vicario el supremo Pastor de los pastores? ¿Qué tesoro es ese cuya posesion nos envidian los pueblos estraños, despertando en unos la emulacion, en otros un mal disimulado despecho, en no pocos rivalidades nada dignas de gentes ilustradas, y en muchos oposiciones sistemáticas, dirigidas á apagar si pudiesen en nuestros pechos la llama del entusiasmo religioso que nos causa tan inapreciable dicha?

¡Ah! No necesito yo deciros lo que con idioma harto mas elocuente que el mio os dice la pompa de esta solemnidad. La publicacion de la Bula de la Santa Cruzada es para los españoles un acontecimiento que anualmente viene á despertar en sus nobles corazones el sentimiento de su fé y el recuerdo de sus antiguas glorias. Ella les dice cuán bien mereció de la Iglesia esta nacion eminentemente católica, por su lealtad, decision y valor desplegado en la gran lucha iniciada por los sucesores de San Pedro para desalojar de Europa las huestes de Islam, en aquellos dias en que toda entera al grito de la religion se lanzó intrépida sobre el Asia, á defender, juntamente con los mas caros intereses de la cristiandad, las libertades europeas amenazadas por el despotismo musulmico. ¿Y quién ignora en el mundo la parte especialísima que cupo á nuestra patria en ese largo y porfiado combate, en que de una parte peleaba la cruz del Salvador, simbolo augusto de civilizacion y de ventura, y de otra la media luna, personificacion del retroceso, de la barbarie y de la mas innoble servidumbre? ¿Quién no sabe los constantes y heróicos esfuerzos de los bravos descendientes de Pelayo, por llevar á cabo el juramento que hicieran en las quebradas rocas de Covadonga, prolongando á través de ocho siglos una guerra única en los fastos del mundo, en la que

prodigando su sangre y sus tesoros, ganando palmo á palmo un terreno disputado por numerosos ejércitos de sarracenos, no depusieron sus armas hasta lanzar el último abencerraje de los muros de Granada? ¿Quién no ha oido los cantos inspirados de nuestros antiguos vates, que en las risueñas márgenes del Genil celebraron las glorias de los reconquistadores de nuestra independencia? Mas ¿á dónde me llevan mis recuerdos patrios? Perdonad, M. A. O., si pagando un justo tributo de admiracion á la fé y bravura de nuestros antepasados, me he desviado algun tanto de mi principal objeto. ¡Es tan natural el desahogo de un pecho enternecido cuando vienen á pulsar su delicada fibra reminiscencias tan gratas!

Pues bien, en atencion á los méritos contraidos en esa lucha de gigantes, obtuvo primeramente el rey D. Enrique IV de la Santidad de Pio II la Bula denominada de la Santa Cruzada, que puede considerarse como la primera que regularizó, ordenó y generalizó los cuantiosos rendimientos que desde luego produjo para atender á las necesidades de la guerra contra los infieles. Mas tarde nuestros católicos monarcas D. Fernando y Doña Isabel, el emperador Carlos V y su hijo D. Felipe obtuvieron á su vez iguales bulas de los Sumos Pontífices Sixto II, Inocencio VIII, Alejandro VI, Leon X, Adriano VI y Paulo III; y los sucesores de estos han venido prorogando igual concesion hasta nuestros dias, añadiendo á las gracias particulares que aquella contenia otras muchas que hoy se hallan consignadas en las bulas de vivos, de lacticios, de difuntos y de composicion. ¡Oh! ¡cuántos dónes, cuántos privilegios, qué de gracias, qué de indulgencias no se nos dispensan por la inagotable liberalidad de nuestra tiernísima madre la Iglesia!

Esto es lo que en cumplimiento de mi mision voy á mostraros en el presente discurso, haciéndoos ver «cuán inestimable es ese tesoro que se nos franquea en la Bula de la Santa Cruzada, con cuánta avidez debemos correr á enriquecernos en él y cuán sublimes sentimientos de gratitud debe inspirarnos la bondad de esa madre amorosa que nos le ofrece.» Formulado ya mi pensamiento, recurramos á la fuente de toda luz, implorando los auxilios necesarios para su digno desempeño, etc.

REFLEXION UNICA.

En las primeras páginas del Génesis encuéntrase una sublime alegoría de ese inestimable privilegio concedido por la munificencia y liberalidad de la Iglesia á nuestra amada patria, en vista de los grandes servicios prestados un dia por sus heróicos hijos á la causa del catolicismo, y de la vigilancia y desvelo con que sus augustos monarcas vienen manteniendo en sus vastos dominios la pureza de la fé. Del centro del paraiso de delicias en donde Dios colocó á nuestros primeros padres, brotaba un rio caudaloso, que, dividido en cuatro brazos, derramaba la fertilidad y la abundancia en los cuatro puntos cardinales del globo. Llamábase el primero Phison, el cual circulaba por todo el pais de Hevilath, cuyas entrañas atesoraban el oro mas fino y las piedras de mayor precio. El segundo se llamaba Gebon, el cual atravesaba toda la tierra de Etiopia. El tercero denominábase Tigris, que bañaba las dilatadas llanuras de la Asiria. El cuarto era el Eufrates, que se estiende hácia el Oriente por toda el Asia. Tal es, M. A. O., en un sentido místico la Bula de la Santa Cruzada, cuyos admirables efectos harto reales y positivos me propongo desenvolver á vuestra vista. De en medio de este nuevo paraiso, de esta tierra clásica del catolicismo, de este pais de héroes, de esta cuna de gigantes, de esta nacion mas rica por su fé y su religiosidad que por los inmensos tesoros que abriga en su seno, los cuales escitaron un dia la codicia del fenicio, del griego, del africano y otras colonias nómadas y errantes, salta una fuente perenne, un manantial riquísimo, que, engruesado sin cesar con las aguas de vida eterna que brotan de los merecimientos infinitos de Jesucristo, de la augusta Virgen María, de los santos y demás almas justas, se reparte en cuatro rios ó canales, que constantemente van á regar y fertilizar los cuatro ángulos de nuestra península, haciéndola un místico jardin donde nacen toda clase de flores y plantas aromáticas, cuyo perfume trasciende por todo el globo, y traspasando las lindes del tiempo llega hasta la

misma eternidad. Estos cuatro conductos ó canales son: el sumario, llamado propiamente de vivos, el de lacticinios, el de difuntos y el de composicion, todos los cuales no son sino ramificaciones de un mismo rio, arroyos de una misma fuente, á saber, de la Bula de la Santa Cruzada, de ese diploma pontificio espedido exclusivamente para España y los que viven en sus dominios, toda vez que llenen las condiciones prescritas al efecto, y solventen la limosna establecida, destinada al socorro de los que pelean contra los infieles en defensa de la fé católica, y á otros fines igualmente loables y piadosos.

¡Y cuán inestimables no son las riquezas espirituales que fluyen de tan inagotable tesoro! Escuchad, M. A. O., y admirad en vista de la largueza y prodigalidad con que nuestra amantísima madre la Iglesia se ha conducido en este punto con nosotros. En primer lugar sale al encuentro al pecador, y como á objeto de su mas tierno interés, ofrécele un caudal inexhausto de misericordia y piedad. ¿Gime éste bajo el peso abrumador de unas culpas cuya absolucion no puede obtener á causa de ser reservadas? ¿Arrastra con pena unas cadenas que no puede romper, un yugo que le es imposible sacudir, una esclavitud ignominiosa que le tiene aherrojado al funesto carro de Satanás? ¿Sobrelleva dificilmente una existencia lánguida, porque herido de muerte en su alma, y afectado con censuras eclesiásticas, no encuentra una mano benéfica que derrame sobre sus llagas el bálsamo vivificante de la gracia? Pues la Bula de la Cruzada es el misterioso Phison, cuyas aguas llevan consigo el oro finísimo de la reconciliacion y las piedras preciosas con que el alma se presenta á los ojos de Dios hermosa, limpia, sana, llena de vida y digna de su amistad. Por ella se concede al pecador facultad de elegir confesor aprobado, secular ó regular, y obtener de él plenaria indulgencia y remision de cualesquiera pecados y censuras, aun de las reservadas á la silla apostólica, escepto de la heregía mista, una vez en la vida y otra en el artículo de la muerte, y de los demás pecados y censuras no reservadas á la Santa Sede tantas veces cuantas de ellos se confesare. ¡Qué gracia tan inefable! ¡Qué rasgo de amor y de benevolencia tan brillante! Lo que de otra manera no pudiérais ob-

tener, A. O. M., sino á costa de penosos sacrificios, de largas peregrinaciones, de grandes penitencias y austeridades, os lo ofrece esa madre piadosísima en la Bula de la Santa Cruzada, sin más que dar una corta limosna y escribir vuestro nombre en el Sumario que se os dá. Ciego y muy ciego debe ser quien no vea aquí una prueba irrefragable de ese amor que la impiedad en su irreconciliable encono ha osado traducir como resultado de innobles y mezquinas miras. Pero no nos detengamos en el principio de ese manantial fecundo; sigamos el curso de ese rio caudaloso, y veremos brotar donde quiera riquezas inmensas al contacto de sus aguas regeneradoras. Aquí el justo, que despues de purificado de sus manchas en el baño saludable de la reconciliacion, siente sobre sí el reato de unas penas que, ó ha de satisfacer indispensablemente en la vida con los rigores de la penitencia, ó despues de la muerte en las llamas inestinguibles del purgatorio, encuentra en la Bula de la Santa Cruzada una indulgencia plenísima, un indulto completo, en virtud del cual puede pasar de este mundo al otro sin beber, como los israelitas en el desierto, las amargas aguas de Marath mezcladas con el polvo de los ídolos que un dia adoraron, y penetrar en la deliciosa mansion de los predestinados sin atravesar aquel abismo de fuego en que la divina justicia purifica á los hijos de Leví como el oro en el crisol. Cierto que este admirable efecto depende de la aceptacion divina; empero toda vez que el hombre ponga de su parte todos los medios para lograr tan inestimable dón, jamás debe abrigar la menor duda de la infinita bondad de aquel que así lo ha prometido por el órgano infalible de la Iglesia, depositaria y dispensadora de su erario celestial. Allí las almas que desean enriquecerse con abundantes merecimientos y gracias expiatorias, hallan un venero inexhausto en noventa y cuatro indulgencias plenarias que en virtud de la Bula puede ganar cada un año, con otras innumerables parciales, visitando los altares y haciendo lo que al efecto se prescribe en el Sumario en los dias designados. ¡Qué asombro! Pero aun no es esto solo. En el supuesto innegable de que las satisfacciones superabundantes de los justos se acumulan en el tesoro de la Iglesia, y que de ellas puede disponer el Sumo Pontífice, como tesorero de la mística Esposa del

Cordero en favor de los fieles, resulta además que estos, mediante la Bula y llenando los requisitos en ella consignados, entran á participar de dichas satisfacciones remanentes de las obras piadosas de todos los justos y del mérito de impetracion de los mismos. «Ahora » bien, imaginad (reproduzco testualmente las palabras de un sabio » comisario de Cruzada), imaginad que tanto número de santos ami- » gos de Dios cuantos al presente viven sobre la tierra os tengan en » memoria, y á favor vuestro en particular ofrezcan á Dios, el uno » sus ayunos y rigores, el otro sus limosnas y ejercicios de miseri- » cordia, este sus oraciones y sacrificios, aquel sus sudores y traba- » jos apostólicos, y todos á una cuanto hacen y padecen por la gloria » de Dios y en su servicio... Pues la fuerza que tuviera para con el » Señor aquella aplicacion que hicieran los santos de sus buenas obras, » esa tiene la que el Vicario de Cristo os hace por la Bula de la Cru- » zada, en razon de la soberana autoridad que tiene en la Iglesia » militante y sobre todos los miembros que la componen.» De este modo, M. A. O., esa madre piadosa, tomando en sus manos el erario que la confió el Eterno, pone á nuestra disposicion los merecimientos de la sangre preciosísima de Jesucristo, de su vida, pasion y muerte, los de su augusta y purísima Madre, los de innumerables millares de apóstoles, mártires, confesores, anacoretas, virgenes, viudas y justos de todas condiciones y estados, y con todos sale á la fianza de nuestras deudas.

¿Y ha concluido aquí ese filon riquísimo? No: continuad todavía la corriente del místico Phison, y admirareis nuevos prodigios, nuevas riquezas, y tesoros de un orden nuevo y no menos apreciables. Hay épocas tristes, dias de desconsuelo, momentos de angustia en que á causa de los crímenes del mundo; la Iglesia, celosa de la honra de su divino Esposo, ármase de sus rayos, lanza anatemas, pone entredicho, y en su consecuencia el pueblo fiel se vé privado de templo, de altar, de sacrificio, é incapacitado de llegarse á las fuentes regeneradoras de los santos sacramentos. Pues en esos instantes de amargura y luto, cuando los buenos israelitas sentados en las riberas de los rios de Babilonia lloran sin consuelo la ausencia de la amada Sion, y colgando de los sáuces estériles sus arpas, suspenden

los cánticos sagrados que en otro tiempo tenían para ellos encantos indefinibles, y envían ardientes suspiros al cielo pidiendo abrevie el plazo de su ostracismo, entonces la Iglesia presentándose con la llave de oro que franquea las puertas de la casa de Dios, levanta en virtud de la Bula de la Cruzada aquella prohibición dolorosa, faculta á los que la tienen para que puedan asistir al templo y celebrar los divinos oficios, y les pone delante la mesa del Padre de familias para que puedan sentarse en el festin de los ángeles. ¿Puede concebirse mayor ternura, mayor dignación, amor mas ardiente, piedad mas afectuosa? Sí, C. O., aun hay mas. Podrá acontecer que un alma se halle acongojada y perpleja respecto de ciertos votos ó juramentos hechos quizás en momentos de fervor que despues por circunstancias imprevistas ó por otras causas legítimas es difícil si no imposible cumplir. De aquí los escrúpulos, las dudas, los temores, las desconfianzas, las angustias, los recelos que son consiguientes. Pues tambien la Bula concede á los fieles el privilegio de que en su virtud les puedan ser conmutados por el confesor elegido al efecto, en otras obras buenas y algun socorro para los fines de la Cruzada, todos los votos, escepto el ultramarino, el de castidad y el de religion, como consta del testo mismo del diploma pontificio. Tales son en compendio los privilegios, las gracias, las riquezas, los tesoros que fluyen de ese caudaloso rio de las divinas misericordias. ¿Cómo fecundan sus aguas la tierra estéril de los corazones cristianos! ¿Cuál la llenan de las celestiales influencias de la gracia! ¿Y seria posible mirásemos con indiferencia tanto bien? ¿Nos mostraríamos ingratos á tan inapreciable beneficio? No, A. O., no, que es la mano de una madre estremadamente cariñosa la que nos le ofrece; es su corazón el que deseoso de enriquecernos y salvarnos agota en nuestro obsequio su liberalidad. Y tanto, que no satisfecha con lo dicho todavía nos brinda con nuevos manantiales de bondad.

Observad en efecto las distintas direcciones, los diversos giros de esos otros ríos que corren por el delicioso paraíso de nuestra patria. Aquí vereis el místico Gebon, de donde fluye el privilegio de comer carnes saludables por consejo de ambos médicos, espiritual y corporal, en los tiempos de ayuno de todo el año, aun en los días

de cuaresma , y en los mismos , al arbitrio de los fieles , huevos y lacticinios , por manera que haciéndolo satisfagan la obligacion del ayuno , observando en lo demás la forma prescrita , y con solas las escepciones consignadas en el Sumario. Allí contemplareis el caudaloso Tigris , cuyas corrientes salvando los limites de este mundo visible penetran hasta el invisible y van á extinguir y mitigar las llamas del purgatorio. Tal es la Bula de difuntos , en la cual se concede una indulgencia plenaria á favor del alma por quien se toma , cuya gracia puede duplicarse y multiplicarse en proporcion de los Sumarios que se tomen con este fin en obsequio de diferentes almas. ; Oh ! ¿Quién podrá comprender el valor de este tesoro ? Con él podemos favorecer á nuestros hermanos que dejaron de existir en esta tierra de miserias , y bajo la accion del amor y de la justicia inflexible del Eterno padecen en las cárceles expiatorias tormentos inefables , impotentes para librarse de aquel fuego consumidor , incapaces de merecer cosa alguna para sí , sin manos para romper las cadenas que las oprimen , sin fuerza para destruir el muro que las separa de su Dios , sin facultad para volar al seno de su amado , y ausentes de una patria á donde por instantes anhelan llegar. Con él podemos acercarnos á las puertas de aquel horrendo abismo , derramar un rocío benéfico , llevar consuelos indefinibles , conseguir la libertad de tantas ilustres víctimas , y devolver á los brazos de Dios unas esposas queridas , unas hijas que él ama con delirio , unas almas cuya posesion ambiciona. Con él en fin nos es dado quebrantar los lazos que las tienen oprimidas y acelerar el instante de su dicha , tanto mas , cuanto que la mayor parte de las indulgencias plenarias concedidas á los que vivimos , podemos aplicarlas por los finados , sin contar las innumerables parciales que desde luego nos es permitido ofrecer en sufragio de nuestros hermanos , y los privilegios de altar y otros muchos con que nuestra amorosísima madre nos brinda en la Bula para aliviar las penas de sus hijos de la iglesia purgante , con quienes está en continua y perfecta comunicacion.

Por último , pues me es preciso abreviar , ¿no veis salir ese Eufrates , simbolizado en la Bula de composicion , que corriendo por el dilatado campo de los fieles , les ofrece tesoros de un orden descono-

eido, con los cuales puedan satisfacer por los bienes mal habidos, resarcir las quiebras ocasionadas al prójimo, hacer justas compensaciones, reparar perjuicios de gran cuantía, indemnizar á acreedores legítimos cuya existencia se ignora, y por consecuencia libertarse de las punzadoras espinas de los remordimientos, arrojar la insoportable carga que les impide marchar por las sendas de la salvacion, y salvar los obstáculos que les cierran la entrada de la patria celestial?

Baste, A. O. M.: os he presentado en boceto el gran cuadro que ofrece á los ojos de la fé y de la docilidad propia de los hijos de esa madre comun, la Bula de la Santa Cruzada en su cuádruple division de gracias y privilegios. No ignoro que mi lenguaje habrá sido acaso calificado por algunos de nimiamente apasionado; pero tengo la íntima conviccion de no haber añadido un ápice ni una coma á lo consignado en el testo de ese precioso diploma. Por lo demás, bien puede burlarse cínicamente el incrédulo, gritar el impío, censurar el libertino y declamar ardientemente el mal cristiano contra lo que no comprende ó no quiere comprender, ciego con la pasion y deslumbrado con las ideas erróneas que ha bebido en las envenenadas fuentes de la ciencia carnal y materialista de nuestro siglo. Digan unos y otros lo que quieran respecto de eso que han dado en llamar sin criterio especulacion, lucro y otras lindezas del mismo temple. Atruenen nuestros oidos con las gastadas frases de ilusion, fanatismo, preocupacion, invenciones humanas, influencia clerical, manejos de la córte de Roma, y demás blasfemias con que á falta de argumentos pretenden desvirtuar nuestras creencias y debilitar nuestra fé. No lo lograrán ¡vivé Dios! á pesar de sus esfuerzos; jamás llegarán á apagar el fuego sagrado de una religion que heredamos con la sangre de nuestros mayores los hijos fieles de la patria de los Recaredos, Fernandos é Isabeles. A las instancias de unos monarcas tan piadosos como ilustrados debemos ese tesoro que España posee, fruto del valor de sus héroes, de su decision y arrojo en defensa del catolicismo, y de su infatigable teson en luchar contra el funesto poder de la media luna. ¡Y aun hay españoles que desconozcan ese gran beneficio! ¡Y todavía hay hijos espúreos de la noble y religiosa

Iberia que desprecien ese tesoro! ¡Y existen por desgracia entre nosotros hombres indignos de pertenecer á este suelo clásico de la religion, capaces de ridiculizar y combatir lo que forma uno de los monumentos mas imperecederos de nuestras antiguas glorias! Callad, impíos; enmudeced, incrédulos. No empañéis al menos con vuestras lenguas el brillo de la corona de dos mundos; no mancheis el manto de esa madre que os cobija en su seno; no profaneis el nombre de una patria que os dió el sér, ya que el sentimiento religioso y la conciencia católica no sean bastantes para enfrenar vuestras lenguas mordaces.

Nosotros, hijos dóciles de la Iglesia, madre piadosa, tierna y pródiga de sus riquezas, aceptemos con entusiasmo esa prenda de sus inagotables bondades; sepamos apreciar ese rasgo de su inexhausta liberalidad; aprovechémonos de ese manantial perenne de dones celestiales con que nos brinda; y á ley de buenos y católicos españoles, reconociendo cuánta es nuestra dicha, cuán grande nuestra gloria, cuán inefable nuestra honra en poseerle, esclamemos con el rey profeta: *Non fecit taliter omni nationi*. Con ninguna otra nacion se ha mostrado el cielo tan propicio, con ningun otro pais ha desplegado tan largamente su munificencia; ningun otro pueblo cuenta en su favor privilegios y gracias tan inestimables como las que encierra la Bula de la Santa Cruzada. Llenos de estos santos afectos, bendigamos la mano bienhechora que nos proporcionó este bien; ensalcemos las magnificencias del Señor, que con tan marcada prediccion nos distinguió entre todos los pueblos de la tierra. Démosle incesantes gracias porque con amor tanto ha derramado en nuestro suelo los benéficos raudales de su misericordia; procuremos no desmerecer jamás sus auxilios, y trabajemos incesantemente por conquistar la bienaventuranza eterna, con que ha prometido recompensarnos en la region de la inmortalidad.

SERMON

PARA EL DIA DE LA INDULGENCIA DE LA PORCIÚNCULA.

GRANDEZA DEL DON QUE SE NOS DA EN ESTA INDULGENCIA, Y SOLIDEZ DE
LOS FUNDAMENTOS EN QUE DESCANSAN NUESTRAS CREENCIAS ACERCA DE SUS
ADMIRABLES EFECTOS.

Miserationum Domini recordabor: laudem Domini super omnibus quæ reddidit nobis, et super multitudinem bonorum quæ largitus est eis secundum indulgentiam suam... In omni tribulatione eorum non est tribulatus, et angelus faciei ejus salvavit eos: in dilectione sua et indulgentia sua ipse redemit eos, et elevavit eos, et portavit eos cunctis diebus sæculi.

Me acordaré de las misericordias del Señor, y le alabaré por todas las cosas que ha hecho á favor nuestro, y por la muchedumbre de beneficios concedidos á los suyos. En todas sus tribulaciones no se cansó de auxiliarnos; el ángel que está en su presencia los sacó á salvo, y con su amor los redimió, y con su indulgencia los ensalzó, llevándolos consigo en todo tiempo.

ISAIE LXIII. 7, 9.

¿HABEIS oído, católicos, las palabras que acabo de pronunciar, tomadas del profeta Isaias? En ellas está reasumido el grandioso objeto que hoy nos reúne bajo las bóvedas de este augusto templo. ¿A qué venimos sino á engrandecer y alabar al Señor por las gracias especialísimas con que se ha dignado enriquecernos en la indulgencia denominada de la Porciúncula? Y cierto que si alguna cosa hay capaz de escitar toda la gratitud de un cristiano y de despertar en él los sentimientos del mas justo entusiasmo, ninguna con mas razon que la inagotable liberalidad con que el cielo se digna franquearnos el tesoro de sus misericordias en la presente festividad. Mas de seis

siglos y medio han pasado desde aquel día para siempre memorable en que el Seráfico Francisco, el gran patriarca de los menores, la figura colosal del siglo XIII, anunció á los pueblos de Italia la plenaria remision de los pecados, concedida á los fieles que visitaren en estado de gracia el modesto cuanto prodigioso templo de nuestra Señora de los Angeles; y hoy con el mismo fervor é idéntica fé corren los pueblos todos del orbe cristiano á impetrar aquella indulgencia, limitada entonces á la capilla de la Porciúncula, y al presente estendida á las iglesias todas del orden minorita; y en todas ellas óyense resonar los acentos de la mas tierna piedad que entona aquel cántico del hijo de Amós: «Recordaré las misericordias del Señor y le alabaré por todas las cosas que ha hecho en favor nuestro, proclamando en alta voz los innumerables beneficios que ha dispensado á los suyos. En todas sus tribulaciones no se cansó de auxiliarlos; el ángel que está en su presencia los sacó á salvo, y con su amor los rescató, y con su indulgencia los ensalzó, llevándolos consigo en todo tiempo.» *Miserationum Domini recordabor: laudem Domini super omnibus quæ reddidit nobis, et super multitudinem bonorum quæ largitus est eis secundum indulgentiam suam... In omni tribulatione eorum non est tribulatus, et angelus faciei ejus salvavit eos; in dilectione sua, et indulgentia sua ipse redemit eos, et elevavit eos, et portavit eos cunctis diebus sæculi.*

¡Qué rasgo tan elocuente y sublime de lo que hoy se verifica en este santo templo envuelven estas palabras del profeta! Si por una parte no podemos menos de admirar las grandes riquezas espirituales contenidas en la indulgencia de la Porciúncula, puesto que en su virtud se nos concede un inmenso caudal de satisfacciones con que pagar la pena temporal debida por nuestras culpas, por otra no puede sernos indiferente la caridad ardentísima de aquel génio que mereció el sobrenombre de Serafin llagado, en procurar tan inapreciable tesoro á todo el mundo cristiano. ¡Oh! Él fué el ángel del Señor, el agente de sus bondades, el solicitador de sus misericordias, el canal por donde se distribuyeron por toda la superficie de la tierra los caudalosos rios del Paraiso para fertilizar la Jerusalem militante y llevar donde quiera la abundancia de los dónes del cielo: *Et an-*

gelus faciei ejus salvavit eos in dilectione sua et indulgentia sua. El fué el instrumento de una nueva reparacion, de un nuevo rescate en favor de los que se hallaban aprisionados por la culpa y esclavos de Satanás, por cuanto brindándolos con un perdon fácil de conseguir, los atrajo á la gracia de Dios, rompió sus cadenas, los ayudó á reconquistar los derechos perdidos, consiguiéndolos en cambio de un arrepentimiento sincero y cordial de sus pecados la remision completa de las penas que en expiacion de ellos debian sufrir: *Ipsa redemit eos, et elevavit eos, et portavit eos.*

Por ambos conceptos, pues, es digna de nuestras reflexiones la indulgencia de la Porciúncula; por su origen y por sus resultados, por quien nos la impetró y por lo que en ella nos dió. Y ved el doble punto de vista bajo el que voy á considerarla en este discurso, explicándoos en primer lugar lo que es, ó sea su naturaleza y cualidades, y en segundo en cuán sólidos fundamentos descansa nuestra creencia acerca de sus admirables efectos. «Tengo propuesto, etc.»

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

¡Cuán sublime es la caridad cristiana! ¡Cuán elevado su origen, cuán nobles los motivos que la impulsan, cuán altos los fines que se propone! Por mas que una ciencia orgullosa y materialista haya pretendido reemplazarla con la decantada filantropía, que hoy se proclama y ensalza como el principio de las mas heróicas acciones y de los mas bellos sentimientos del corazon humano, jamás logrará destronar á esa reina de las virtudes que, arrancando del seno de la divinidad, torna á perderse en él despues de haber derramado en el mundo sus tesoros y fecundádole con sus benéficas influencias. Compasiva, desinteresada, universal, á nadie excluye de sus dónes, nada busca para sí, y á todos y en todo tiempo brinda con sus inagotables riquezas. La gloria de Dios es su móvil, la dicha de la humanidad el término á que se dirige. Una vez conseguido este doble objeto,

sus ansias quedan satisfechas ; nada mas apetece, nada mas busca, nada mas desea.

Harto visiblemente se nos manifiestan esos caractéres de la caridad divina en la indulgencia de la Porciúncula. Un santo que habia logrado operar en su siglo la mas sorprendente revolucion moral, un pobre religioso cuya vida de crucifixion y de martirio habia llamado la atencion del mundo cristiano; un génio emprendedor, que sin mas influencia que la abnegacion completa de todo lo terreno, sin otras armas que las del celo mas ardiente, sin otros elementos que el ascendiente de su palabra animada y persuasiva, sin otro apoyo que el de una santidad extraordinaria, supo conquistar el respeto y la admiracion de las mas altas capacidades y hasta de los mismos secretarios de Mahoma, estender el Evangelio por toda la sobrebaz de la tierra, crear una milicia de fervorosos apóstoles que invadieron el universo con la cruz en la mano y fueron á sembrar en regiones desconocidas la semilla de la nueva civilizacion que hicieron fecunda con su misma sangre; Francisco de Asís, en una palabra, denominado el Seráfico á causa de su ardiente amor á Jesucristo, en el que podia competir con las mas sublimes inteligencias del cielo, fué el instrumento de que Dios se valió para legar á las generaciones ese tesoro de inestimable valor, ese rasgo incomprendible de su infinita misericordia. Afectada sobre manera su alma compasiva al considerar los delitos que manchaban la tierra y al contemplar la multitud de victimas que diariamente sacrificaba el infierno ante el altar de las pasiones y de los vicios, nunca tal vez mas repugnantes y vergonzosos que en aquella época de anarquía intelectual, de vértigo político y de degradacion moral, despedázanse sus entrañas en presencia de un espectáculo tan desgarrador. Esta idea turba su corto sueño, va con él á todas partes, no le permite el menor descanso, arranca de sus ojos raudales de llanto, y hace brotar sangre de su corazon caritativo. Bien hubiera querido ofrecerse en holocausto expiatorio por los pecados de sus hermanos; con gusto hubiera preferido, como otro Moisés, que los rayos del cielo hubieran caido sobre su cabeza y su nombre hubiera desaparecido del libro de la vida, si á este precio le hubiese sido dado conseguir el perdon y la

indulgencia en favor de toda la humanidad culpable. Con estos sentimientos corre á prosternarse Francisco ante las aras de la inmaculada Virgen María, en su capilla de los Angeles, denominada la Porciúncula. Allí, con su rostro pegado al polvo, regando con amargas lágrimas el pavimento, lanzando hondos suspiros, penetrado de un dolor vivísimo por la pérdida de tantas almas, por cuya salvacion hubiera él dado mil vidas, dirige al Señor esta sublime y tierna plegaria: «Señor, si he hallado gracia en vuestra presencia, escuchad, os ruego, mis súplicas, y no ensordezcais á los gritos de vuestro mismo corazon bondadoso. Prometido habeis no romper la caña cascada. Os suplico, pues, por aquel amor infinito de que tan constantes testimonios habeis dado á los pecadores, que no sean infecundos los tormentos que por ellos padecisteis y la sangre que por su rescate derramásteis. Hablo, es verdad, por unos hijos ingratos y rebeldes; pero hablo á su Padre, á su Redentor, á su Salvador. Deudores son á vuestra justicia, y preciso es que esta quede satisfecha; empero no cerreis las puertas de vuestra misericordia. Franquead vuestros tesoros; haced vos mismo la aplicacion de los inmensos merecimientos que allegásteis en el inagotable depósito de vuestra Iglesia. Páguese el delito para satisfaccion de vuestra justicia, pero sálvese el pecador para honor de vuestra clemencia. Los hombres necesitan de una gracia que, escusándoles el rigor de una penitencia de que su debilidad les hace incapaces, les obligue no obstante por su propia utilidad y por lo fácil del remedio á acercarse á vos y aplicarse vuestras infinitas satisfacciones. Hé aquí lo que hoy viene á pedir os vuestro siervo. Hablad, pues, Señor, y abrid el cielo á la mitad del mundo, que alejándose de él corre precipitada al abismo.»

Así habló, C. O., aquel ángel humanado, aquel hombre deífico, aquel génio de la caridad mas compasiva y á la vez mas desinteresada. ¡Ah! Cuando el Señor, movido por sus súplicas, le aparece visiblemente, acompañado de su Santísima Madre y de una innumerable comitiva de espíritus celestes, y le dice que pida cuanto guste, pues se halla dispuesto á acceder á sus instancias; cuando en virtud de esta palabra hallábase en cierto modo hecho el árbitro de

todos los tesoros de la divinidad, y á su voz se dispone el cielo á derramar en sus manos cuantas riquezas encierra, Francisco, olvidado de sí mismo, no solicita como Moisés ver el rostro brillante de Dios; olvidado de su naciente instituto, no pide como David una ilustre victoria contra los potentes enemigos que aspiran á su esterminio; olvidado de sus hijos, no ambiciona para ellos como la muger del Zebedeo las primeras sillas en el reino celestial. Solo le afecta en aquellos solemnes momentos el deseo de salvar las almas de todos los pecadores; esta idea predomina en él á todas las demás, y sin cuidarse de los intereses de su órden, harto necesitado en una época tan turbulenta y azarosa, y sin acordarse de las privaciones que sufrian sus religiosos, entregados únicamente á la accion de la Providencia, en unos tiempos en que el egoismo mas glacial encarnára, por decirlo así, en las entrañas de la sociedad, y la sed del oro absorbía sus aspiraciones, rico con su estrema pobreza, satisfecho con sus austeridades, gozoso en medio de sus humillaciones, solo piensa en los pecados de sus hermanos, desea alcanzarles el perdon, anhela conseguirles una remision completisima de ellos, y se limita á pedir al Señor una indulgencia que comprenda á la generacion presente y á los siglos venideros, que alcance á toda clase de personas, que sirva para todos los tiempos, que dure hasta el fin de las edades, que desde este mundo visible penetre hasta el invisible, de suerte que, utilizándose de ella los miembros de la Iglesia militante, puedan hacer participantes de sus efectos á los de la Iglesia paciente. ¡Qué celo tan sublime! ¡Qué amor tan generoso! ¡Qué caridad tan desinteresada! En vano es que el mismo Pontífice Honorio le inste á que, conformándose con un uso autorizado por la Iglesia, exija alguna utilidad temporal, vinculando la obligacion de dar alguna limosna á la consecucion de aquella gracia. Jamás consentirá en ello el patriarca de los pobres; nunca accederá á imponer la menor condicion onerosa al logro de una indulgencia que quiere lleve el sello del mas heroico desprendimiento. Su caridad triunfa de hecho de las instancias del sucesor de Pedro, y al publicar ese nuevo tesoro que ha recibido del cielo, esclama como el profeta Isaias: «Venid todos los sedientos; acudid á las fuentes de la gracia; comprad sin cam-

bio y sin dinero el vino y la leche que la misericordia y bondad infinita del Señor hace correr en beneficio vuestro.» *Omnes sitientes venite ad aquas, et qui non habetis argentum properate, emite, et comedite: venite, emite absque argento et absque ulla commutatione vinum et lac* (1).

En efecto, A. O. M.: una vez obtenida por el seráfico Francisco aquella indulgencia, su corazón enagenado de un gozo indefinible vuela á dar cuenta de su revelación á la suprema cabeza de la Iglesia; espone con humildad al sucesor de los apóstoles todo lo ocurrido en Porciúncula; suplicale no dilate un momento dar la sanción solemne á los decretos del cielo; úrgele á que cuanto antes ordene la publicación de una gracia tan inestimable que ha de franquear las puertas de la inmortalidad á millares de almas.... Mas ¡ay! ¡Con qué desconsuelo, si bien con resignación sublime, vé aplazarse el logro de sus ardientes votos! Su caridad universal abraza á todo el mundo; la humanidad entera parece hallarse encerrada en aquel corazón generoso. Tárđanle los momentos de hacer participantes de su dicha á cuantos seres racionales pueblan el universo. Mas cuando sometido tan grave negocio al más minucioso exámen, vienen los milagros á autorizar y confirmar la visión del seráfico Francisco, y la Iglesia pronuncia por el órgano del representante de Cristo su infalible fallo: ¡ah! entonces es completo el gozo de aquel varón de Dios; entonces envía á sus nuevos apóstoles á anunciar por todas partes aquel jubileo; entonces se oye resonar en todos los ámbitos de la militante Sion la trompeta misteriosa que llama á los pueblos á reunirse sobre la santa montaña para admirar las maravillas del Omnipotente; entonces la pequeña capilla de la Porciúncula se vé invadida por innumerable muchedumbre de fieles que de todos los puntos del globo vuelan á enriquecerse con los inapreciables tesoros de la gracia que llueven á torrentes sobre aquella tierra bendita, y como el rocío vivificante de la aurora al caer sobre los surcos sedientos, fecundizan las almas poco antes esterilizadas por el ardor de las pasiones; entonces los dignos hijos del Santo Patriarca, rivalizando con

(1) *Isaiæ. LV. 4.*

él en celo y caridad, ofrecen á Dios sus obras meritorias, sus ayunos, austeridades, virtudes y satisfacciones, las cuales entrando á engruesar los tesoros de la Iglesia, harto ricos con los méritos infinitos del Salvador, producen esa indulgencia que hoy venis dispuestos á ganar. ¡Oh! Todo ello es obra de aquella caridad compasiva, desinteresada, universal; de aquel amor sublime, ardiente, todo divino que abrasó el pecho de San Francisco de Asis. Él nos alcanzó del cielo tan inestimable dón; por él hubimos esa gracia incomparable que sin limitarse á sugetos, ni tiempos, ni paises determinados, puede conseguirse por toda clase de personas, en cualquier punto del orbe cristiano, y mientras duren los siglos; puesto que fué concedida sin restriccion de ninguna clase y con toda plenitud, se halla ya estendida á todas las regiones en donde haya una iglesia del órden seráfico, y su consecucion es independiente de las circunstancias en que las demás indulgencias están suspendidas. Toda vez que el alma se encuentre verdaderamente contrita, siempre que lleve un sincero arrepentimiento de sus culpas, no hay pecados que no perdone, no hay penas que por ella no puedan condonarse, como que envuelve la más amplia aplicacion de los méritos y de las satisfacciones infinitas de Jesucristo.

Hed aquí, A. O., lo que debemos al celo y caridad de aquella alma ardiente y generosa; tal es el origen, la esencia y las cualidades de esa indulgencia que del cielo nos consiguió el seráfico Francisco. Ahora bien: ¿en qué fundamentos descansan nuestras creencias católicas acerca de sus admirables efectos? Esto es lo que con la brevedad posible voy á manifestaros. No me detendré á tratar minuciosamente un punto de controversia que surge naturalmente de la materia en cuestion. Ya en otro lugar me he ocupado de las indulgencias en general, y desenvuelto su origen, su esencia y sus efectos en su verdadera y genuina acepcion (1), y por lo tanto solo por incidencia diré sobre esto lo que baste á haceros comprender cuán sólidamente se halla basada la de la Porciúncula, objeto hoy de nuestras reflexiones. Cuando decimos, pues, que esta indulgencia en-

(1) Véase el tomo X, pág. 426.

vuelve la remision de todas las penas temporales debidas por el pecado, no hacemos sino repetir el lenguaje de la fé, el idioma de la Iglesia, órgano infalible de las eternas verdades, y el de los Sumos Pontífices que vienen sancionándola á través de los siglos, usando de la autoridad que les compete como á Vicarios de Jesucristo en la tierra. Y de hecho, ¿no es un punto dogmático de nuestra religion que el hombre pecando incurre en la enemistad de Dios, á quien ofende, y se hace digno de un castigo y de una pena eterna? ¿No lo es asimismo que si bien por medio de la penitencia se reconcilia el delincuente con el Señor y consigue el perdon de sus culpas, y el de la eterna pena que por ellas mereciera, quédale siempre el reato de la pena temporal, que indispensablemente tiene que satisfacer en este mundo ó en el otro, es decir, ó aquí en virtud de las buenas obras satisfactorias, ó en el purgatorio mediante el fuego purificador encendido por la divina justicia? Y siendo esto así, ¿quién no advierte cuán impiamente declamaron Lutero y sus adeptos contra el uso de las indulgencias, cual si fuesen nulas y de ninguna eficacia para satisfacer por las penas limitadas y temporales que contraemos por el pecado, aun despues que Dios en su infinita clemencia hace en cierto modo cesion de sus derechos, cambiando por esas penas las eternas á que nos hiciéramos acreedores? Pues ved ahí explicado el primer fundamento en que descansa la indulgencia de la Porciúncula.

Además, es un punto incontrovertible que habiendo Jesucristo satisfecho condigna y sobreabundantemente por todos los pecados pasados, presentes y venideros con el cruento sacrificio ofrecido en la Cruz, y que habiendo sido de un mérito infinito las penas que sufrió por rescatar al mundo, tanto que una sola lágrima, un solo suspiro, la menor de las acciones del Verbo humanado hubiese bastado para salvar mil mundos posibles, quiso no obstante derramar hasta la última gota de su preciosísima sangre, á fin de dejarnos un cúmulo inmenso, un tesoro inagotable de satisfacciones, con las cuales pudiéramos pagar las deudas que de otra suerte nos hubiera sido imposible, atendida la infinita distancia que media entre el hombre y Dios. Pues bien, de ese tesoro inexhausto, de ese fondo sin medida enriquecido incesantemente con las virtudes y merecimientos de los

Santos, y en especial con los de la augusta Virgen Maria, es de donde se estraen lo que en el lenguaje católico llamamos indulgencias ó perdones, y de allí brotó para dicha de la humanidad, á petición de San Francisco, la indulgencia de la Porciúncula, tan abundante en gracias, tan rica en misericordias, tan fecunda en satisfacciones, tan llena, tan universal como queda indicado.

¿Y quién pudiera abrigar la menor duda acerca de su eficacia, valor y solidez, añadiendo á las pruebas anteriores la sancion de la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, que en repetidas ocasiones la ha confirmado por medio de sus supremos Pastores, sin que ninguno despues del Papa Honorio haya jamás dejado de marcarla con el sello de su soberana autoridad? ;Que no pudiera yo reproducir aquí la elocuentísima decretal de Clemente VI sobre esta materia! ;Que no me fuera dado referiros los prodigios visibles que el cielo obró en confirmacion de ella, hasta el punto de obligar á los Cardenales de la iglesia romana y á muchos prelados del orbe católico, especialmente á los del ducado de Espoleto, á publicarla á pesar suyo! ;Que no tuviera tiempo suficiente para citar las autoridades de las Brígidas, Angelas de Foliño, Antoninos, Bartolomé de Hungría, Bernardinos de Sena y otros personajes no menos dignos de crédito! Pero baste, C. O., el lenguaje unánime de una tradicion jamás interrumpida desde el origen de esa indulgencia; baste el asentimiento universal de todos los pueblos católicos; baste el ferviente entusiasmo con que á través de los siglos vienen corriendo los fieles á esas fuentes perennes del Salvador; baste el solemne mentis que á los ensueños y cavilosidades del error y de la impiedad vienen dando uno tras otro los siglos.

Firmes, pues, nosotros en nuestras creencias, reconozcamos y confesemos hoy que si mucho debemos al seráfico Patriarca por habernos alcanzado del cielo ese tesoro de inestimable precio, no estamos menos obligados á alabar y ensalzar las misericordias y bondades del Señor, que movido por los ruegos y ardientes lágrimas de su siervo, inspiradas por una caridad la mas compasiva, la mas desinteresada, la mas universal, se dignó concedernos tantos bienes: *Miserationum Domini recordabor; laudem Domini super omnibus*

que reddidit nobis, etc. Sepamos aprovecharnos de ellos; no los malogremos por culpa nuestra; corramos á abrevarnos en ese puro manantial de gracias, que brotan con mayor abundancia que las aguas de la roca herida por el báculo del antiguo caudillo del pueblo escogido; llevemos un corazon quebrantado por el dolor de nuestras culpas; un alma arrepentida y sinceramente resuelta á abandonar los caminos del vicio; un eficaz propósito de enmendar nuestra vida; y de este modo recogeremos aquí los inefables frutos de ese árbol de inmortalidad, y despues gozaremos por siglos y siglos la recompensa perdurable que nos está reservada en la gloria.

SERMON

PARA EL DIA DE LA ENTRADA DE UN PÁRROCO EN SU PARROQUIA.

Qui est misit me ad vos.

El que és, me ha enviado á vosotros.

EXOD. III. 14.

Pro Christo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos.

Enviados somos de Cristo como sus legados, y Dios es quien por nosotros os habla.

II. CORINTH. V. 20.

MIS MUY AMADOS FELIGRESES : Desde el momento en que por un secreto impenetrable de la divina Providencia fui destinado á ser vuestro pastor, os confieso que mi aspiracion incesante, mi idea acariciada, mi deseo mas intenso ha sido ver cuanto antes el pueblo fiel y piadoso que el cielo confiára á mi paternal solicitud. ¡Cuán perezoso me parecia el tiempo que me retardaba la posesion de esta dicha! ¡Cuán largos los instantes que me impedian volar al seno de mi querida grey! Con vosotros soñaba cuando la noche venia á cerrar mis párpados, y mas de una vez al despertar despues de una ilusion que me hacia creer hallarme en medio de vosotros, esperímenté una amargura indefinible. Pero al fin llegó ya el dia apetecido; cesaron los obstáculos que aplazaron la satisfaccion de mis ansias; hoy me encuentro en el lleno de mis satisfacciones; puesto que tomando posesion de esta parroquia la tomo al propio tiempo de vuestros corazones, en los cuales puedo ya derramar los afectos del mio, comenzando esa encadenacion de íntimas relaciones que en lo sucesivo deben existir entre el pastor y su caro rebaño.

En efecto, M. A. F., ayer todavía no era yo para vosotros mas que un personage estrangero, desconocido; ningunos lazos nos estrechaban, ni siquiera los de la amistad, puesto que ni vosotros me conociais, ni yo tenia de vosotros mas antecedentes que los que acerca de vuestra piedad y religion hace tiempo tuve el gusto de adquirir; porque en la fé, en la práctica del bien, en la virtud hay un grato perfume que trasciende á largas distancias, y no es para mí nueva la noticia de vuestro acendrado catolicismo. Sé además que habeis honrado con vuestro llanto la memoria de mi predecesor; me consta el sentimiento que han experimentado vuestros corazones al perder tan digno ministro del santuario; no ignoro cuán dolorosamente os ha afectado su ausencia; y esto, lejos de ser para mí un motivo de pesar, me llena de gozo, me admira, me entusiasma, me inspira las mas dulces esperanzas; pues un pueblo que siente perder sus legítimos pastores, un pueblo que los ama hasta el punto de ofrecerle el sublime homenaje de las lágrimas, un pueblo que así demuestra su pesar al arrancarse de los brazos de un sacerdote católico, se honra sobremanera, y dá una prueba inequívoca de su docilidad, de su ilustracion, de sus generosos y nobles sentimientos, y de que comprende perfectamente sus verdaderos intereses. ¿Qué no deberé yo, pues, esperar de un pueblo semejante?

Pues bien, queridos míos, si ayer, como poco antes os decia, nada mas que un estrangero era yo respecto de vosotros, hoy ya la escena ha cambiado completamente; nuestra mútua posicion es muy distinta; nuestras relaciones han entrado en una nueva via. Soy, pues, el enviado de Dios, el ángel del Señor cerca de vosotros; mi mision no es terrenal, sino de origen celeste, pues la he recibido de aquel venerable Pontífice que gobierna esta diócesi, á quien á su vez fué dicho por el representante de Jesucristo en la tierra: «Como mi Padre me envió, así os envío yo al mundo (1).» De suerte que, á pesar de mi indignidad, yo puedo y debo deciros en este dia, con igual derecho que Moisés al pueblo escogido: «El que és, me envia á vosotros.» *Qui est misit me ad vos* (2), ó como San Pablo: «En-

(1) Joan. XX. 21.

(2) Exod. III. 14.

viados somos de Cristo en cualidad de sus legados, y Dios es quien por nuestros lábios os habla.» *Pro Christo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos.*

Al hablaros de esta suerte, M. A. F., estoy muy lejos de querer enaltecerme. ¡Ah! Mi dignidad, bien al contrario de inspirarme sentimientos de orgullo, solo contribuye á confundirme y anonadarme. Sin embargo, preciso es que por vuestro propio interés conozcais á fondo la altura de mi mision respecto de vosotros, á fin de que pueda seros útil y beneficiosa, puesto que solamente reconociendo en este indigno sacerdote, no un mero hombre, sino el ministro de un Dios vivo, el enviado del cielo, el ángel del Señor, es como podreis comprender las íntimas relaciones que con él os ligan, y las que á él á su vez le estrechan con vosotros. En este concepto voy á manifestaros brevemente los deberes que para con vosotros me impone mi ministerio, y los que vosotros contraeis conmigo desde este día, para que todos unánimes caminemos al fin sublime que la divina Providencia se propuso al destinarme por vuestro pastor y al haceros mis ovejas, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Todo cuanto pudiera yo deciros, mis amados feligreses, respecto de nuestras mútuas relaciones, hállase comprendido en estas palabras de Jesucristo: «Yo soy el buen pastor, y conozco á mis ovejas, y ellas me conocen á mí:» *Ego sum pastor bonus, et cognosco oves meas, et cognoscum me meæ* (1). El conocimiento recíproco es la primera cualidad que debe existir en el pastor y en su rebaño, entre el párroco y sus feligreses; si aquel está obligado á estudiar las necesidades de la grey que ha sido confiada á sus cuidados, ésta por su parte no debe tratar menos de comprender á fondo el carácter del

(1) Joan. X. 44.

que fué enviado por Dios para regirla y gobernarla en su nombre, persuadirse de que su mision no es terrena sino celestial, y convenirse de que no tiene otro objeto ni otro fin que el procurar la eterna salvacion de sus almas. De este conocimiento resulta necesariamente el mútuo amor del pastor hácia sus ovejas y de estas hácia su pastor. ¡Oh! ¡Cuánto no debe amar un párroco á sus feligreses! ¡Con qué interés no debe velar por su felicidad! ¡Con cuánta abnegacion no debe sacrificarse en su obsequio! ¡Cuán incansable debe ser su solicitud por proporcionarles todos los medios conducentes á realizar sus sublimes destinos! Y ¿cuánto no estarán obligados á amar por su parte los feligreses á su párroco? ¿Con qué docilidad no deberán corresponder á sus desvelos? ¿Qué sacrificios no deberán imponerse por facilitarle el cumplimiento de su elevada mision?

Pero no confundamos las ideas, M. A. F.; tratemos separadamente de estos recíprocos deberes; deslindemos las obligaciones que á cada cual son propias, para mejor hacernos cargo de lo que Dios exige de nosotros en nuestra respectiva esfera.

Mi primer deber hácia vosotros, una vez conocidas vuestras necesidades espirituales, es constituirme vuestro mediador en la presencia del Señor, orando de continuo por vuestra eterna y temporal dicha, solicitando en vuestro favor los auxilios que habeis menester para caminar por las sendas de la salvacion, recurriendo continuamente al trono de la misericordia para hacer descender de allí el benéfico rocío de la gracia que haga secundos mis trabajos en pró de vuestras almas. Este deber de la oracion lo he cumplido ya esta misma mañana delante de esos santos altares. Allí he ofrecido el incruento sacrificio por vosotros; allí he colocado sobre la sagrada patena vuestros corazones, y se los he presentado al Señor juntamente con aquella hóstia pura, santa é inmaculada, á fin que de hoy mas los acepte por suyos como una oblacion sublime; allí, teniendo en mis manos la adorable víctima ofrecida en rescate del universo, he conjurado al Dios de las piedades os mire como hijos suyos, os proteja en vuestros peligros, os saque á salvo en vuestras adversidades, estinga en vuestras almas el fuego de las pasiones y os llene de su santo amor; allí en fin, como otro Moisés, elevando mis manos consagradas

al cielo me he ofrecido á mi mismo en holocausto á trueque de que vosotros no seais objetos de la indignacion divina. Esto mismo continuaré haciendo mientras tenga la dicha de ser vuestro pastor; ni un solo día pasará sin que cumpla este deber sagrado que me impone mi ministerio; donde quiera seré el iris bonancible que me interpondré entre vosotros y el Señor, para evitar el diluvio de males en que vemos anegarse otros pueblos bajo la accion de la justicia eterna; y si mis suspiros, mis lágrimas, mis plegarias pueden tener algun valor en presencia de un Dios infinitamente misericordioso, vuestras son, á vosotros pertenecen, y siempre podeis contar con ellas, porque os conozco y os amo: *Cognosco oves meas*.

Mi segundo deber es daros buen ejemplo. «El buen pastor, dice Jesucristo, el que ha entrado por la puerta y no ha escalado el aprisco indebidamente, llama por su nombre á las ovejas para conducir las á los pastos saludables, y marcha siempre delante de ellas:» *Qui intrat per ostium, pastor est ovium, et proprias oves vocat nominatim, et ante eas vadit* (1). ¿Y cómo pudiera yo esquivar esta obligacion gravísima, siendo el pastor legitimo de esta grey cuyos intereses ha puesto á mi cuidado el Señor? ¡Ah! Vosotros sabeis que no he escalado el aprisco, sino que he entrado por la puerta; no ignorais que no me he intrusado á regiros y gobernaros, sino que he sido enviado por Dios en virtud de la institucion canónica que he recibido del venerable prelado de esta diócesis. Ninguna duda os queda en este punto, y por consiguiente estais en vuestro derecho exigiendo de mí la influencia saludable y poderosa del buen ejemplo, que debo daros en todas mis acciones. Luz del mundo y sal de la tierra somos llamados los ministros del santuario, y con mayor razon deben serlo los que como yo han recibido la mision especial de velar por el rebaño cristiano. ¡Ay de mí, pues, si alguna vez dejase de iluminaros con el resplandor de mis virtudes! ¡Ay de mí, si lejos de desarraigar las pasiones que brotan en vuestros corazones, fuese yo el primero en fomentar los gérmenes funestos de corrupcion moral con mis vicios! No lo permita el cielo, M. A. F. Defectos y miserias de hom-

(1) Joan. X. 2. 3. 4.

bre hallareis en mí, seguramente; porque, ¿quién podrá verse libre de ellas en el mundo? ¿Quién será tan puro y limpio que no tenga mil manchas de que purificarse? Pero al menos, Dios mio, haced que el brillo de mis buenas obras disipe las sombras de aquellas debilidades que van unidas á la humana naturaleza; haced que mi vida sea tal, que puedan mirarse en ella como en un espejo los que me observan; haced que viendo mis feligreses mi conducta intachable, engrandezcan y glorifiquen al Padre celestial. Por mi parte, A. M., procuraré hacer lo posible por cumplir este deber gravísimo; trabajaré por marchar siempre delante de vosotros á la cabeza de todo lo bueno, útil y beneficioso, promoviendo la moral cristiana, fomentando las buenas costumbres, inspirándoos las virtudes evangélicas, estimulando las obras de caridad, y dando impulso á todo cuanto pueda contribuir á formar de esta parroquia un jardin delicioso, un paraíso digno del rey de la gloria. Y si el ejemplo del amor es tan poderoso para crear sentimientos análogos en los demas corazones, desde hoy el mio os pertenecerá como una propiedad; os amaré en las entrañas de nuestro Señor Jesucristo con la ternura de un padre que solo se contempla feliz cuando ve dichosos á todos sus hijos; á fin de que vosotros imitándome, os améis reciprocamente, os estrecheis con los inquebrantables lazos de la caridad fraternal, y como los fieles de la primitiva Iglesia, no forméis todos mas que un solo corazón, una sola alma. ¡Cuál seria mi satisfaccion, cuánta mi ventura, cuán colmado mi gozo si lograrse ver realizado en mi parroquia este bello ideal!

El tercer deber que me impone mi misión, es el celo sacerdotal. «El buen pastor, añade Jesucristo en el simil que venimos desenvolviendo, espone su vida por sus ovejas, bien al contrario del mercenario, el cual viendo acercarse el lobo, las desampara, huye, y las deja á merced de su cruel enemigo que las arrebatá y dispersa:» *Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis. Mercenarius autem, vidit lupum venientem, et dimittit oves, et fugit: et lupus rapit, et dispergit oves* (1). ¡Oh! ¿Y creéis que yo sea capaz de

(1) Joan. X. 11. 12.

faltar jamás á los compromisos que he contraido aceptando el régimen de esta parroquia , y encargándome de ser vuestro pastor ? No puedo responder del porvenir , pues seria una insensata temeridad ; empero por el presente , estad firmes y seguros que mi salud , mi vida , hasta la última gota de mi sangre os pertenece , y todo cuanto soy deja de ser mio desde este instante . Todo lo sacrificaré gustoso á trueque de hacer revivir en esta feligresía los bellos dias del naciente cristianismo . A vuestra disposición me tendreis á cualquiera hora que necesiteis mis servicios . En el altar , en el púlpito , en el tribunal de la reconciliacion , bajo vuestros hogares , cabe el lecho de vuestro dolor , en los asilos de la desgracia , me encontrareis siempre dispuesto á consagraros todo mi celo paternal , á ser vuestro conductor en los asuntos dudosos , vuestro ángel tutelar en los peligros , vuestro consuelo en las horas de afliccion , vuestro paño de lágrimas en los momentos de angustia , vuestra providencia en el día de la adversidad . Si el enemigo de vuestra eterna salvacion os persigue , yo le saldré al encuentro y os protegeré contra sus embestidas con la decision de un pastor solícito y amante . Si las pasiones , los errores , la incredulidad y los vicios os cercan á manera de lobos hambrientos que buscan una presa , allí estaré yo parapetándoos con mi persona , blandiendo las armas de la fé , y manejando la honda de la religion para ahuyentarlos de vosotros . Si el hambre os aflige , si la necesidad os abate , si la indigencia os desespera , aquí teneis á vuestro padre que compartirá con vosotros gustoso el pedazo de pan que tenga para su sustentó , que se despojará con placer de sus vestidos para cubrir vuestra desnudez , que sabrá hallar en los tesoros inagotables de la beneficencia cristiana los recursos necesarios para aliviar vuestra miseria . Nada haré en esto sino cumplir con una obligacion inseparable de mi ministerio : ¡ y dichoso yo si con mi celo pastoral consigo labrar vuestra felicidad , única aspiracion de mi alma ! No he venido aquí á buscar vuestros bienes , sino vuestras almas , puedo deciros con San Pablo . Ellas son los objetos de mi constante solicitud ; su salvacion el gran negocio que me incumbe ; nada serán para mí todas las privaciones , todas las amarguras , todos los trabajos que con este fin pueda experimentar , toda vez que tenga el consuelo indefinible

de poder decir un día : « Ni una sola de las ovejas que vos, Dios mio, me confiaste, se ha perdido; todas las he conducido á vuestro reino; he peleado como fiel, he consumado dignamente mi carrera, y solo me resta recibir la corona de justicia que habeis prometido á los que observan vuestros mandatos. »

Hed aquí, A. M., los principales deberes que me ligan con vosotros, los cuales estoy decidido á llenar con el auxilio del Señor. Veamos ahora brevemente los que vosotros contraeis para conmigo. Tres son tambien los principales que corresponden á los que acabo de indicar.

El primero es el respeto que debeis á mi carácter de pastor, bien así como á los que conmigo comparten las funciones de mi sagrado ministerio. Si el pastor debe conocer y amar á sus ovejas, ellas á su vez deben conocer, amar y venerar al pastor: *Et cognoscunt me meæ* (1). La razon de esto es muy obvia; pues nuestro ministerio pastoral solo puede seros útil y provechoso en proporcion al prestigio de que le rodée la fé. Y en efecto, ¿ cómo os atreveriais á descubrirnos vuestros mas íntimos y penosos secretos en el tribunal de la penitencia, si solo nos consideráreis como meros hombres y no como vicegerentes de Dios, y hombres de la eternidad? ¿ Cómo escuchariais nuestra palabra de una manera útil y beneficiosa para vuestras almas, si no estuviéreis persuadidos de que somos los ecos de aquel Señor que nos ha enviado á anunciaros sus eternas verdades? ¿ Cómo obedeceriais y acatariais nuestros mandatos, si no tuviéreis el convencimiento íntimo de que somos los emisarios de aquel ante quien debe humillarse toda cerviz y doblarse toda rodilla en la tierra? En una palabra, solo bajo el carácter de enviados de Dios podemos tener derecho á esa sumision, á ese respeto reverencial, á esa confianza, á ese amor filial que os demandamos. La administracion de los sacramentos, la predicacion evangélica, la celebracion de los santos misterios, todo en fin careceria para vosotros de eficacia si no nos miráreis como los ministros de un Dios vivo y los ángeles del Señor. Está pues en vuestros mas caros intereses respetar profundamente nuestro

(1) Joan. X. 14.

carácter sacerdotal, para poder participar de los saludables efectos de nuestra mision sublime.

Debeis además secundar mi celo pastoral con el vuestro. ¿De qué me serviría desplegar en bien de vuestras almas toda mi solicitud, si no me ayudáseis en esta grande obra de regeneracion que hoy acometo? El buen pastor debe marchar delante de sus ovejas: pero tambien estas, cuando son llamadas, deben responder á su voz y seguir sus pisadas: *Et oves illum sequuntur, quia sciunt vocem ejus* (1). Pues bien, padres y madres de familia, vosotros teneis una gran mision que cumplir, un sacerdocio que ejercer en el seno de vuestro hogar doméstico. Debeis ser los apóstoles de vuestros hijos, inspirándoles desde muy temprano el amor y temor de Dios, formando sus tiernos corazones en la piedad, edificándolos con vuestro ejemplo, separándolos de las compañías peligrosas, y obrando en todo como quien debe responder un dia ante Dios de esas almas confiadas á vuestro cuidado. ¿Y qué diré á los amos respecto de sus criados? ¿Ignorais que debeis velar con el mayor esmero para que cumplan con sus deberes religiosos? ¿No sabeis que en sentir de San Pablo, es peor que un infiel quien no cuida de la salvacion de sus domésticos? ¿Y no es tambien una obligacion que afecta á todos en general ejercer respecto de sus prójimos una influencia saludable, procurando que cada cual en su línea llene los respectivos deberes que le impone la religion de Jesucristo? ; Y en cuántas ocasiones podeis, M. A. O., ejercer ese celo cristiano! Si veis un enfermo en peligro y advertis que no se cuidan los suyos de proporcionarle los socorros de la religion, no ceseis de trabajar hasta conseguir que los reciba; si observais que la inocencia de un niño se halla en riesgo por los malos ejemplos que tiene á su alrededor, procurad hacer lo posible por que se ponga pronto y eficaz remedio; si llega á vuestra noticia que la virtud de una doncella se halla amenazada y próxima á succumbir á la fuerza de la necesidad, no descanséis hasta lograr que removiéndose los peligros, se salve un alma por quien Jesucristo sacrificó su vida de valor infinito. De este modo, M. A. F., toma-

(1) Joan X. 4.

reis parte en mi penoso ministerio, trabajareis conmigo, aliviando la pesada carga que gravita sobre mis débiles hombros, secundareis admirablemente mis miras, y os hareis dignos de la mas sublime recompensa.

Finalmente, debéis orar por mí, así como yo estoy obligado á orar por vosotros. Cuanto mas difícil y comprometida es la mision que he recibido en vuestro obsequio, cuanto mas graves son las obligaciones que mi ministerio pastoral me impone, mayor es la necesidad que tengo de que me ayudeis con vuestras continuas oraciones, á fin de obtener las gracias y los auxilios que me son indispensables para llenar dignamente mi cometido. A ellas me encomiendo eficazmente, y no dudo de vuestra filial correspondencia, ya que os he prometido las mias, y os he protestado no olvidaros un solo instante en la presencia del Señor. Establezcamos, pues, una comunicacion no interrumpida de fervorosas plegarias; vivamos siempre unidos con esa cadena misteriosa de amor que, eslabonando nuestros ruegos, los haga llegar al trono del Altísimo para atraer sobre nosotros todo linaje de bendiciones. Suba incesantemente al cielo el suave incienso, el fragante timiama de nuestros corazones enardecidos; ofrezcamos por la mañana y por la tarde el sacrificio aceptable de la elevacion de nuestras manos. ¡Oh! ¡Cuántas riquezas, qué dé tesoros podemos estraer del seno de nuestro Dios! Por lo demás, M. A. F., confio mucho en vuestra docilidad; todo lo espero, primeramente del Señor cuyos auxilios me facilitareis, y en segundo lugar de las buenas disposiciones que en vosotros observo. Presiento que ni vosotros tendreis motivo para arrepentiros de mi venida, ni yo para dolerme de haber aceptado el cargo que hoy comienzo á ejercer.

Sea así, oh Dios de bondad, Sacerdote Sumo segun el orden de Melquisedec; sea así, Virgen purisima, protectora de la humanidad; sea así, Santo tutelar de esta parroquia y ángeles que velais sobre este pueblo. Haced que este dia, el primero de mi ministerio pastoral, sea el principio de una nueva era de prez y de ventura para todos nosotros; que el pastor cumpla sus deberes para con las ovejas que le han sido confiadas, y ellas á su vez cumplan con los que han contraido con su pastor; que reine una armonia de sentimientos,

una reciprocidad de miras, una concordancia de afectos, una identidad de aspiraciones, que nos hagan ser todos unos en Jesucristo, amarnos con caridad perpétua, caminar por las sendas de la virtud, y llegar al término de la suprema bienandanza, que con toda la efusión de mi alma os deseo indistintamente en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo! Amen.

SERMON

DE DESPEDIDA DE UN PÁRROCO AL SEPARARSE DE SUS FELIGRESES.

Vos scitis à prima die qua ingressus sum, qualiter vobiscum per omne tempus fuerim... quomodo nihil subtraxerim utilium, quo minus annuntiarem vobis, et docerem vos publice et per domos... Et nunc ego scio quia amplius non videbitis faciem meam... Attendite vobis.

Vosotros sabéis de qué manera me he portado todo el tiempo que he estado con vosotros desde el primer día que entré aquí, y que nada he omitido de cuanto creí provechoso para vuestra salvacion anunciándoos la palabra de Dios y enseñándoos pública y privadamente. Ahora, pues, presiento que no volveréis á verme, y por lo tanto os encargo veáis sobre vosotros.

ACT. XX. 18 ET SEQ.

MIS AMADOS FELIGRESES: Hay en la vida dias de eternos recuerdos, momentos solemnes, escenas tan tiernas y conmovedoras, que apenas puede el hombre hacerse superior á su innata debilidad, y á despecho de todos sus esfuerzos preciso le es pagar un tributo de lágrimas para dar un justo desahogo á su alma hondamente afectada. Tal es mi posicion respecto de vosotros en estos instantes decisivos en que vengo á anunciaros mi separacion y á despedirme de mis caras ovejas. Poco, muy poco hablará hoy mi lengua enmudecida por un dolor vehemente; pero la elocuencia del corazon suplirá lo que los lábios no puedan espresar. ¿Y qué pudiera yo deciros, A. M., en esta hora solemnisima sino lo que el apóstol San Pablo á los que él habia amamantado como hijos con el suave néctar de la doctrina evangélica, próximo ya á ausentarse de ellos para partir hácia la capital del mundo, donde debia consumir su gloriosa carrera? Hallándose de paso en Mileto, convoca á los ancianos y presbíteros de Epheso; y cuando los tuvo en torno suyo les dirige estas afectuosas pa-

labras: «Ya sabeis de qué manera me he portado todo el tiempo que
» he estado con vosotros desde el primer día que entré aquí, y cómo
» nada he omitido de cuanto creí provechoso para vuestra salvación,
» anunciándoos la palabra de Dios y enseñándoos pública y privadamente.
» Ahora, pues, yo presiento que ninguno de vosotros volverá á verme mas en estos sitios en que he permanecido predicando el reino de Dios. Por lo tanto, os ruego encarecidamente
» que veleis sobre vosotros y sobre la grey que se os ha confiado:»
Vos scitis, a prima die, qua ingressus sum, qualiter vobiscum per omne tempus fuerim.... quomodo nihil subtraxerim utilium, quo minus annuntiarem vobis, et docerem vos publice et per domos.... Et nunc ego scio quia amplius non videbitis faciem meam vos omnes.... Attendite vobis, et universo gregi.

Esto mismo os repito yo, amados feligreses, si bien conociendo la inmensa distancia que me separa en todos conceptos de aquel grande Apóstol. Estoy muy lejos de poseer las cualidades que le adornaban, sus luces, sus talentos, y mas que todo su eminente santidad. Empero si mi celo no ha igualado al suyo, ni con mucho, si mis virtudes no han resplandecido tanto, me queda el dulce consuelo de haber hecho en vuestro obsequio cuanto he podido. No ignorais con cuánta decision me consagré, desde el día de mi entrada en esta parroquia, á apacentar el rebaño que me cupo en suerte con los saludables pastos de la religion; harto sabeis que en cuanto han alcanzado mis fuerzas nada he omitido por seros útil y provechoso, predicándoos las eternas verdades, nutriéndoo con el pan de la palabra evangélica, fomentando entre vosotros las buenas costumbres, desarraigando los vicios, dando impulso á las creaciones benéficas, promoviendo el culto del Señor, velando por la educacion de la infancia y de la juventud, estimulando la laboriosidad, estrechando en lo posible los vínculos del amor fraternal en todas las clases y condiciones, evitando las rivalidades, constituyéndome mediador en vuestras diferencias, amparando la indigencia, protegiendo al huérfano, ofreciendo mis oraciones y sacrificios al Señor por vuestra felicidad. Quizás no habré llenado en ocasiones vuestros deseos; tal vez no habré satisfecho como quisiera vuestras esperanzas, pero

no habrá sido jamás por defecto de voluntad; y por tanto culpado á mi ignorancia, atribuido á mi flaqueza, haced responsable de ello á mi impotencia, mas no creais que haya tenido parte alguna mi corazón siempre vuestro, porque ni un instante cesó de amaros y de interesarse en vuestra dicha. Ahora, pues, próximo á daros el último adios, permitidme os diga algunas palabras para escitaros á la perseverancia en el bien: *Attendite vobis*. Si, mi cara grey; el último deseo de vuestro pastor debe encaminarse á este fin; su última espresion debe ser una espresion ardiente de celo, su último suspiro un suspiro de amor paternal. Perseverad constantes en la virtud, vivid siempre firmes en las creencias católicas, no malogreis el fruto de los sudores que os he consagrado durante mi permanencia entre vosotros: esto constituirá el más indefinible consuelo que podreis dar al que no anhela sino vuestra salvacion, y al propio tiempo vuestra mas positiva bienandanza. Voy á mostrároslo brevemente, despues de implorar los divinos auxilios, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Cuando un pastor durante largo tiempo ha dado, digámoslo así, á sus feligreses una parte de su propia vida, consagrándolos sus trabajos, sus sudores, su solicitud paternal, su alma no puede menos de adherirse íntimamente á la de sus caras ovejas, identificándose con su suerte é inquietándose por su porvenir. Tal es, M. A. O., el sentimiento predominante de mi corazón en estos momentos solemnes y decisivos en que voy á separarme de vosotros. Tras largos años vengo siendo vuestro Moisés por entre los ásperos desiertos de este mundo. Como aquel venerable caudillo del pueblo de Dios, ni un solo dia he cesado de interesarme por vuestro bien; mis manos se elevaron continuamente hácia el cielo, para atraer sobre vuestras cabezas las bendiciones y misericordias del Señor; frecuentemente hice descender el maná suavísimo que os alimentase, predicándoos

la divina palabra, manjar delicioso que es la vida del mundo; donde quiera me visteis al frente de vosotros cuando os amenazaban graves peligros, parapetándoos con los santos sacramentos que os dispensé solícito; mis manos hiriendo en la piedra viva hicieron brotar las aguas saludables de la reconciliación, en cuyo augusto tribunal me encontrásteis siempre incansable; capitaneados por mí pasásteis á pié enjuto el mar rojo de las calamidades que sobrevinieron á éste pueblo, salvásteis el Jordan de las pasiones que os impedían el paso en vuestra carrera; y por último, héos ya colocados por mí á la vista de la tierra de promisión; de donde solo os separa una corta distancia. A mí, empero, no me es dado acompañaros hasta el término de vuestra carrera, como tampoco permitió Dios que Moisés entrase con los suyos en el país prometido á sus padres. Debo ausentarme de vosotros para no veros ya mas; y en trance tan amargo mi corazón se afecta sobremanera; mi solicitud por vuestro bien se acrecienta extraordinariamente; mis temores y alarmas me ponen en tortura; y en el fondo de mi alma intranquila escucho una voz que me dice: ¿Perseverarán estas tus ovejas en el bien que bajo tu dirección comenzaron? ¿Se utilizarán de tus desvelos y cuidados? ¿No malograrán en tu ausencia los sudores que en su obsequio vertiste? ¿No dejarán perder la abundante cosecha de buenas obras que ayudados por tí hacinaron? Hed aquí, M. A., el motivo de mi inquietud en estos postrimeros instantes.

Y de hecho, si algún consuelo pudiera yo llevar al separarme de un rebaño á quien tanto amé y á cuyo lado pasé los mejores días de mi vida, sería el convencimiento de que había de perseverar fielmente en el servicio del Señor, de que jamás faltaría á sus promesas, de que nunca su fé padecería menoscabo, y que sabría conservar puro ó intacto el rico depósito de sus creencias tradicionales. Pero esto, ¿quién puede garantizármelo? ¿Quién es capaz de asegurarme tanta dicha? Sin embargo, un presentimiento feliz me hace esperar que mis tareas no serán ineficaces, que mis sudores no serán estériles, y que dóciles á la voz de un pastor que nada omitió por labrar vuestra eterna ventura, jamás desmerecereis el gran concepto de piedad que habeis adquirido. Y tanto mas debo creerlo así, cuanto

os considero intimamente persuadidos de las verdades que mil veces os he enseñado, entre las cuales descuella una que ha sido el tema constante de mis exhortaciones, á saber, la perseverancia final. Vosotros sabeis que solo será coronado quien pelearé legítimamente en el estádio; que únicamente alcanzará la salvacion el que hasta el fin perseverare en la observancia de los divinos preceptos; que poco importa haber triunfado en muchas ocasiones del enemigo comun de nuestras almas, si despues cansados de combatir nos dormimos muellemente sobre los laureles conquistados, porque aquel enemigo, incansable en perseguirnos, do quiera nos sigue, en todas partes nos acecha, gira constantemente en torno nuestro, y busca los momentos oportunos para aprovecharse de nuestro descuido y sorprendernos. Y si por desgracia despues de mi ausencia, ingratos ú olvidadizos, abandonáseis el camino de la virtud y os lanzáseis en las sendas del vicio, ¡cuál sería, M. A., mi pena! ¡cuánta mi amargura! ¡cuán honda mi afliccion! Desde cualquier punto donde me hallase, allí donde me sobrecogiese la noticia de vuestra infidelidad, lloraria inconsolable la pérdida de tantos años de incansable celo que he consagrado á vuestro bien. Entonces mejor que el rey profeta esclamaría lleno de pesar: *¿Quæ utilitas in sanguine meo* (1)? ¿Qué utilidad he reportado de haber dado mi sangre, mi salud, mi vida á ese pueblo desagradecido? ¿De qué me sirvió pasar los dias en los mas improbos trabajos y las noches en crueles insomnios, por facilitarle los medios de mejorar sus costumbres y de conseguir el fin de sus altos destinos? ¿Dónde está el fruto de tantos afanes, de tantos disgustos y sinsabores que por él devoró mi alma? *¿Quæ utilitas in sanguine meo?* ¿Para esto me privé de mis comodidades, sacrificqué mi reposo, abandoné cuanto de mas caro habia para mí en el mundo, y renuncié á todo linaje de esperanzas? ¿Para esto comí el pan amasado con lágrimas, bebí el agua de la tribulacion, toleré el hambre, pasé necesidades, devoré contradicciones sin cuento, y me abnegué completamente á mí mismo? ¿Para esto me arrojaba de mi lecho á las altas horas de la noche, me anticipaba á la llegada de la

(1) Psalm. XIX. 40.

aurora, veia salir el sol todos los dias desde la eminencia del santuario velando por mi grey, y en todo tiempo encontrábame dispuesto á lanzar de mi aprisco los lobos que le cercaban? ¿ *Quæ utilitas in sanguine meo?* ¡Oh! Viña ingrata, ¿ qué pude hacer por tí que no lo hiciese? ¿ Cómo has degenerado convirtiéndote en viña bastarda? ¿ No te planté yo con todo esmero, te cerqué de vallado, te di riego abundante, y ningun trabajo economicé para hacerte fecunda? ¡ Y ahora en vez de ubas me das agraces! ¿ *Quid ultra debui facere vineæ meæ, et non feci* (1)?

Pero no, M. A., no espero de vosotros tamaña ingratitud. No sereis vosotros quienes proporcioneis tanta amargura al pastor que tan incansable y solícito trabajó en vuestro obsequio. Confío en la bondad infinita de Dios y en vuestra cooperación dócil y constante, que donde quiera os hareis dignos de mis gratos recuerdos, y que en todas partes podré deciros con San Pablo que sois mi gozo y mi corona. Mas al propio tiempo no puedo ocultaros mis temores, ni me es posible disimularos lo que en este momento pasa en mi corazón. ¡ Ah! Yo me voy, feligreses míos; de vosotros me separo corporalmente, si bien os llevo conmigo en espíritu. Grandes tribulaciones me esperan quizás, como al Apóstol, en la carrera que todavía me resta que recorrer; y sin embargo, creedme, os protesto con toda la sinceridad de mi alma que nada me afecta tanto, nada me aflige con tanta vehemencia, nada me causa tormentos tan crueles como la incertidumbre de vuestro porvenir. Mi vida misma me es menos cara, menos estimable que vuestra salvación; gustoso la sacrificaría á trueque de asegurar vuestra eterna felicidad, y me consideraria harto ganancioso si perdiéndola pudiese comprar la convicción íntima de haber consumado dignamente entre vosotros la misión que recibí de Jesucristo: *Nec facio animam meam pretiosiore[m] quam me, dummodo consummem cursum meum, et ministerium quod accepi à Domino Jesu* (2). Cierto que por mi parte nada he omitido por anunciaros los designios de Dios, y por lo tanto jamás podreis hacerme

(1) Isaia. V. 4.

(2) Act. XX. 24.

responsable de vuestra perdicion. Mas ¡ay! que esto no basta para consolarme en estos instantes supremos. ¿Quién me asegura que despues de mi partida no os asaltarán lobos voraces que harán todo lo posible por destrozár un rebaño que tantos desvelos me costó? ¿Quién me garantiza de que entre vosotros mismos no se levantarán génius perversos, que siembren la mala semilla en un campo que fecundé con mis sudores? ¿Quién me dá una prenda infalible de que no vendrá en pos de mí quien malogre el fruto de mis lágrimas vertidas en el espacio de tantos años, y esterilice un suelo que cultivé con incansable anhelo?

Ved aquí, M. A. F., las tristes reflexiones que asaltaban á San Pablo en los instantes decisivos en que iba á separarse de sus amados hijos en Mileto, las mismas que causan hoy toda mi pena y mi mas indecible amargura. «Por lo demás, les decia, harto conocido es mi desprendimiento; pruebas inequívocas teneis de mi abnegacion y desinterés. Nada he codiciado de vuestro oro, de vuestras riquezas y posesiones; con el trabajo de mis manos me proporcioné cuanto hubé menester para mi escaso sustento y el de mis colaboradores en el santo ministerio.» Y de este modo hablando, hincóse de hinojos en el suelo haciendo oracion por todos ellos, los cuales se deshacian en lágrimas, arrojábanse á su cuello y no cesaban de besarle; hasta que por último, llegado el momento de darles el último adios, fué preciso acompañarle á la nave que le esperaba, pronta ya á darse á la vela (1).

Adios os digo yo tambien á vosotros, carísimos feligreses míos, adios tal vez para siempre. Haga el cielo que la amargura de esta separacion se vea compensada un dia con las delicias inefables de una union eterna en las mansiones de la suprema bienandanza. Adios, ancianos, jóvenes, doncellas, esposas, esposos, niños, parvulitos que lactais el pecho de vuestras madres; vuestro pastor os desea á todos las bendiciones del cielo, y ruega al Dios de las misericordias no os abandone jamás y vele siempre sobre vosotros con su adorable Providencia. Adios, fieles compañeros, cooperadores míos en la

(1) Act. XX. 33. et seq. usq. ad fin.

conduccion del rebaño que me fué confiado ; yo os doy las gracias por el celo que desplegásteis en el cumplimiento de vuestros deberes sacerdotales , ayudándome á sobrellevar la pesada carga que gravitaba sobre mis débiles hombros ; os quedo eternamente reconocido por los consuelos que me proporcionásteis en mis aflicciones ; y ya que vosotros permanecéis al lado de esta mi amada grey , os la recomiendo con el mayor interés ; cuidad de ella con solicitud incansable ; recordadla mis consejos y amonestaciones ; velad por ella para que no se estrávie ; defendedla contra las invasiones de los lobos , como responsables de su desgracia si por culpa vuestra se perdiese . Adios padres : cuidad de vuestros hijos como de un tesoro que depositó en vuestras manos el cielo ; educadlos cristianamente en el amor y temor santo del Señor ; instruidlos en las verdades de nuestra religion ; iniciadlos en las máximas saludables de la moral evangélica ; no los perdais jamás de vista , no sea que por vuestra negligencia , descuido ó tolerancia se estravien , y se os haga un dia cargo de su condenacion . Adios cariñosas madres ; os conjuro en nombre del cielo que ni un momento ceséis de llenar ese sublime sacerdocio doméstico que estais llamadas á ejercer en el seno de vuestros hogares . Sed para los frutos de vuestra fecundidad el ojo de la Providencia , siempre atento á espiar sus necesidades ; siempre avizor para apartarlos de los peligros , siempre infatigable para proteger su inocencia , siempre en acecho para acudir en su auxilio donde quiera que viéseis amenazada su virtud . Adios esposos : la última palabra de vuestro pastor va encaminada á recomendaros el dón mas inestimable de este mundo : la paz , la concordia , la union , la tolerancia mútua , el amor reciproco que estreche en Jesucristo los vinculos conyugales , para que en todo vivais cual cumple á vuestro estado y en él os santifiqueis y hagáis dignos de las divinas bondades . Adios hijos de familia : nada os pido , nada os suplico tan encarecidamente como el respeto y veneracion á vuestros padres y mayores . Este es el gran deber que teneis que cumplir , y al cual se hallan vinculados vuestros mas caros intereses . No aflijais con vuestra conducta indócil y aviesá á los autores de vuestra existencia ; no amargueis los dias de la que os llevó en su seno y os dió á luz con tantos dolores ; no cubrais de igno-

minia sus frentes encanecidas; no los hagais descender al sepulcro llenos de tristeza y pesar; sed el báculo de su ancianidad, el gozo de sus últimos días y la esperanza de sus corazones. Adios, en fin, todos cuantos habeis formado mi aprisco; de todos me despido, á todos os abrazo, á todos os doy el último ósculo paternal, de todos me separo con idéntica pena, á todos os dejo en legado mi amor, para todos invoco los favores del cielo, y á todos indistintamente os doy la paz del Señor: *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis* (1). Que esta paz, cuyos efectos esceden á cuanto puede imaginarse, sea vuestra herencia perpétua, y anide en vuestras almas, y more de asiento en vuestros hogares, y se perpetúe en vuestra familia, y pase de vosotros á las generaciones venideras.

Adios por última vez, pueblo amado, rebaño querido; adios, hasta la eternidad. Oye y graba profundamente en tu corazon las postreras palabras que te dirijo, las mismas que Moisés dirigió á Israel próximo á sucumbir á vista de la tierra prometida: «Guarda los preceptos de Dios; observa el pacto de alianza que contigo y con tus padres hiciera, y el Señor, fiel á sus juramentos, te amará y multiplicará; bendecirá el fruto de tu labranza, tus ganados y tus mieses, tus rebaños y tus casas. Bendito serás entre todos los pueblos, y desterrará de tí todas las calamidades que pesan sobre tus enemigos. El Señor te constituirá por pueblo santo suyo, y lo verán todos los pueblos de la tierra, y te respetarán (2).»

Hacedlo así, M. A. F.; dad este consuelo á vuestro pastor; prometédmelo solemnemente en este momento en que voy á separarme de vosotros, jurádmelo por vuestra vida, y de este modo neutralizareis mi hondo pesar y hareis mas tolerable mi angustia. Mi llanto os dice hoy mas elocuentemente que mis lábios lo que os amo y cuán triste es para mí esta separacion terrible. No puedo mas; mi lengua se traba, mi alma sufre toda la vehemencia de un dolor intolerable. Adios; orad por mí; no me olvideis, que por mi parte cuando me falte la respiracion, entonces cesaré de interesarme por un pueblo que formó por tantos años mi delicia y mi mas puro consuelo.

(1) Deuter. VII. 44. et seq.

(2) Deut. XXVII. per tot.

Dios santo, bendecid á todos estos que me disteis para que ninguno se pierda y todos caminen por las sendas de la salvacion. Bendecidlos, Virgen inmaculada, y continuad siendo su madre cariñosa y tierna como lo fuisteis siempre. Bendecidlos, ángeles tutelares de este pueblo; y ahuyentad de su recinto todo mal, para que vivan dichosos en la tierra, esperando la bienandanza suprema del cielo. Bendecidlos, santos patronos de esta parroquia, y alcanzadlos con vuestra intercesion las gracias necesarias para perseverar hasta el fin en la práctica de la virtud. Y yo en nombre del Señor, cuyo ministro soy aunque indigno, al daros el último adios, os lego, juntamente con mi corazon, la bendicion del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

AMEN.

SERMON

DE ROGATIVA PARA PEDIR Á DIOS LA LLUVIA EN TIEMPO DE ESTERILIDAD.

Si in præceptis meis ambulaveritis, et mandata mea custodieritis, dabo vobis pluvias temporibus suis, et terra gignet gremem suum, et pomis arbores replebuntur.

Si siguiéreis mis preceptos, y observáreis mis mandamientos, os enviaré lluvias oportunas, y la tierra producirá sus granos, y los árboles estarán cargados de frutos.

LEVIT. XXVI. 3, 4.

PUEBLO CRISTIANO: ¡Cuán bien has comprendido, en medio de la honda aflicción que espermentas, que solo del cielo puedes y debes esperar el remedio que reclaman tus necesidades! Cuando afectados de un dolor vehemente y bañados en llanto vuestros semblantes venís á prosternaros ante las sagradas aras, grandes, pequeños, jóvenes, ancianos, implorando las piedades del Señor, pagais un justo tributo á esa religion augusta que heredásteis de vuestros mayores, á esa fé sublime que no han podido arrancaros los siglos, y en virtud de la cual creéis y protestais que en las grandes calamidades, en los graves infortunios, en los dias azarosos, en las horas de terrible angustia, no hay para el corazon humano un lenitivo mas eficaz, ni un consuelo mas positivo que recurrir al Autor de todo bien, solicitando los auxilios de su adorable Providencia. ¿Y qué otra cosa pudiérais ni debiérais hacer cuando veis al cielo negaros los benéficos raudales que vuestros surcos sedientos piden con urgencia, cuando os hallais amenazados de una esterilidad funesta, en pos de la cual viene á pasos agigantados la miseria y el hambre con todos sus horrores, cuando por do quiera no apercibís sino desgra-

cias, luto, lágrimas y muerte? ¡Oh! ¿Quién os salvaria en situacion tan crítica, si aquel que tiene en sus manos la llave de todos los tesoros de la naturaleza y de la gracia no se moviese á misericordia y se apiadase de vuestros infortunios? ¿A quién invocariais en estos momentos solemnes de desolacion sino al que habiéndolo creado todo con su palabra omnipotente puede con un solo acto de su voluntad hacerse obedecer de los elementos, condensar instantáneamente las nubes sobre vuestras cabezas, y hacer se liquiden en benefica lluvia, llevando á vuestros campos agostados la fecundidad, y derramando en vuestros corazones torrentes de gozo inesplicable?

¡Ah! Sin duda porque de ello estais íntimamente convencidos, habeis venido hoy en solemne rogativa á este templo, hendiendo los aires con lastimeros plañidos, regando el pavimento con lágrimas amargas, pidiendo á gritos clemencia, é interesando la proteccion poderosísima de la Madre de Dios para que os consiga de su Hijo Santísimo el objeto de vuestros ardientes votos. Yo me asocio á vuestros sentimientos religiosos, tomo una parte activa en vuestras plegarias, os doy el parabien por vuestra fé y fervorosa piedad; empero, ¡ay de mí! M. A. O., fuerza es decirlo lo que siente mi alma. No bastan para ablandar el corazon de un Dios á quien tanto hemos ofendido, estas demostraciones momentáneas de compuncion y quebranto; no son suficientes para inclinar hácia nosotros sus bondades las protestas exteriores de arrepentimiento y dolor; impotentes son para alcanzar lo que pedimos unas lágrimas que, si bien nacidas del corazon, no tardarán en enjugarse, para tornar quizás á provocar con nuestros escesos las divinas venganzas. Oid cómo se espresaba el Señor con su antiguo pueblo en ocasion análoga: «Si siguiéreis mis preceptos y observáreis mis mandamientos, os enviaré oportunamente abundantes lluvias, y la tierra producirá sus granos, y los árboles se verán cargados de sazónados frutos. La trilla de las mieses alcanzará la vendimia, y la vendimia la sembrera; y comeréis vuestro pan en hartura, y habitareis en vuestra tierra sin temor alguno.» *Si in præceptis meis ambulaveritis, et mandata mea custodieritis, dabo vobis pluvias temporibus suis,*

et terra gignet germen suum, et pomis arbores replebuntur. Aprehendet messium tritura vindemiam, et vindemia occupabit sementem, et comedetis panem vestrum in saturitate, et absque pavore habitabitis in terra vestra.

Ved, M. A. O., la condicion bajo la cual se obliga Dios á favorecer á los pueblos que le invocan en sus necesidades; á ese precio quiere compremos los dones de su Providencia amorosísima. Nunca un suelo que manchamos con nuestras maldades podrá mostrarse fértil y rico en producciones; jamás un cielo contra el cual lanzamos nuestros insultos nos franqueará los tesoros de sus riquezas. Pretender lo contrario seria el colmo de la perversidad. Pues bien, en nuestras manos tenemos la llave con que podemos abrir las puertas de ese tesoro que hoy solicitamos. ¿Hemos provocado con nuestros pecados la indignacion divina? Procuremos aplacarla con nuestra penitencia, puesto que «la fiel observancia de los divinos preceptos es el mas poderoso elemento para obtener del cielo que cese pronto la calamidad que nos aflige; bien así como su inobservancia es la que atrae sobre nuestras cabezas esos signos sensibles de su terrible venganza.» Hed aquí lo que voy á manifestaros en este breve rato, despues de invocar las luces del Espíritu Santo por la mediacion poderosísima de aquel génio de paz y de misericordia, á quien el enviado del Rey celestial saludó un dia diciendo:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Si hay un hecho demostrado por la esperiencia y consignado en la historia de todos los siglos, es indudablemente el que acabo de insinuaros, M. A. O., á saber: que el único medio de obtener del cielo la cesacion de esas horribles plagas que de tiempo en tiempo afligen á la humanidad, es recurrir á él con la plegaria y la penitencia, y aplacar la justicia de Dios mediante la fiel observancia de sus divinos preceptos. Con solo abrir las sagradas páginas y dar

por ellas una rápida ojeada, basta para quedar íntimamente convencidos de esta verdad; pero contrayéndonos aun mas al asunto que hoy motiva esta solemne rogativa, es decir, á la espantosa esterilidad de que nos vemos amenazados por falta de lluvias oportunas, nada hay mas cierto que solo de lo alto podemos y debemos esperar el remedio de esta calamidad que ofrece á nuestra vista un porvenir tan sombrío y aterrador. En el sentimiento íntimo de todos los pueblos creyentes ha encarnado desde muy antiguo la idea de que aquel Sér omnipotente y á la par benéfico que con su voluntad creadora hizo brotar la tierra y cuanto en ella se contiene, es el único que con su Providencia amorosísima lo conserva todo; el que atesora en sus manos todas las riquezas de la naturaleza; el que abre y cierra á su beneplácito los manantiales fecundantes que desde las nubes descienden en gotas de oro á abreviar los surcos sedientos donde el labrador depositó el fruto de sus sudores; el que enviando á un suelo agostado y mústio los rayos del sol después de largos días de récios vendabales dá á los sembrados una nueva vida, y alfombra la tierra de verde yerba, y engalana los árboles con hojas y flores, y madura las espigas, y sazona los frutos, y lleva la alegría al hogar del pobre, y colma las trojes del rico; y por donde quiera derrama dulces consuelos y bienes en abundancia.

Pero si es indudable que todos esos tesoros de bondad y misericordia debemos esperarlos de Dios, y que solo él es capaz de enjugar nuestro llanto en estos días calamitosos y tristes, y verter en nuestros corazones henchidos de angustia y destrozados por el quebranto el dulce bálsamo que cicatrice tan hondas heridas, no lo es menos que esta gracia está vinculada á un arrepentimiento sincero de nuestras culpas, y á la fidelidad en cumplir sus preceptos. Oid, M. A. O., cómo se espresaba el Señor respecto de este punto en varias ocasiones dirigiéndose al pueblo escogido: «Si obedeciereis á los mandamientos que yo os intimo, deciales á los Israelitas por boca de su caudillo Moisés, amando á Dios vuestro Señor, y sirviéndole con todo vuestro corazon y toda vuestra alma, dará á vuestra tierra la lluvia temprana y la tardía, para que cojais granos, vinos y aceite; cubrirá de heno vuestros prados para pasto de los ganados, á

fin de que vosotros tengais que comer y quedeis saciados. Guardaos, pues, y no os dejéis seducir, ni os apartéis del Señor, no sea que irritado cierre el cielo y prohíba á las lluvias que caigan sobre vuestros surcos, y esterilice una tierra fertilísima cuya posesion os diera. Grabad estas palabras en vuestros corazones, repetídselas á vuestros hijos, y escribidlas sobre los postes de vuestras casas (1).» «Si oyeres, pueblo mio, decia en otra ocasion, la voz del Señor y practicares sus mandamientos, benditos serán los frutos de tu tierra, benditas las crias de tus jumentos, las majadas de tus vacas y los apriscos de tus ovejas; benditos tus graneros y los repuestos de tus frutos. El Señor te colmará de toda clase de bienes, abrirá los riquísimos tesoros del cielo, te dará lluvias abundantes en tiempo oportuno, y echará su bendicion sobre todas las obras de tus manos (2).» Aquí escucho la voz del gran monarca de Israel, que al dedicar á Dios el suntuoso templo que acababa de edificarle, le dirige esta sublime plegaria: «Si el cielo cerrare sus ricos manantiales á causa de los pecados del pueblo, y éste viniese á orar aquí con gemidos de compuncion y penitencia, escúchále, Señor, conduélete de su miseria, perdona sus errores, y dá consuelo á su corazon enviándole lluvias benéficas y fecundantes (3).» Allí oigo las predicciones de Ezequiel, por cuyo conducto promete Jehová hacer una alianza de paz con los fieles observadores de su ley, enviarles lluvias de bendicion y multiplicar abundantemente las producciones de un suelo que esterilizaran los pecados de una raza rebelde y contumaz (4). En otra parte leo en el profeta Zacarias la siguiente exhortacion á los afligidos hijos de un pueblo abatido: «Pedid al Señor las lluvias convenientes, y vereis cómo apiadado de vuestra desgracia os envia sus copiosos raudales, y reverdecen vuestros campos, y ofrecerá vuestra tierra el aspecto mas risueño y consolador (5).» ¿Mas á qué fatigar vuestra atencion reproduciendo pasages de los libros santos en confir-

(1) Deuter. XI. 13 et seq.

(2) Ib. XXVIII. per tot.

(3) III. Reg. VIII. 35, 36.

(4) Ezech. XXXIV. 25, et seq.

(5) Zachar. X. 1.

macion de mi aserto, cuando ni uno solo hay donde no se halle consignado de la manera mas espresa y terminante?

Ahora bien, M. A. O., convencidos de que solo Dios puede cambiar en dias de gozo y bienandanza los dias lúgubres y angustiosos que atravesamos; persuadidos de que su Providencia amorosa está dispuesta á acceder á nuestros ruegos, toda vez que arrepentidos volvamos al camino de la justicia que abandonamos en momentos de loco delirio; seguros de que quien hasta ahora para darnos á conocer lo terrible de la cólera celestial, derramó sobre nuestros atribulados corazones la hiel amarga de su justa indignacion, y nos hizo comer nuestro escaso pan amasado con lágrimas, puede instantáneamente hacer brillar la aurora de sus misericordias y facilitarnos lo que con tanto anhelo deseamos; ¿por qué no hemos de apresurarnos á calmar su enojo, ofreciéndole un sacrificio capaz de moverle á clemencia, el sacrificio de nuestras pasiones, ídolos que preferimos á su inmensa grandeza, el sacrificio de nuestros hábitos desordenados, de nuestras costumbres pervertidas, de nuestros errores, de nuestros vicios y de todo cuanto ofende su magestad augusta? ¿No está en nuestro poder desarmar su robusto brazo y hacer caer de él el alfange que brilla sobre nuestras cabezas? ¿No nos proporciona él mismo el medio eficazísimo de trocar sus sentimientos de venganza en sentimientos de compasion, ya que mil veces ha protestado que lejos de complacerse en castigar al delincuente, experimenta el mas dulce placer en perdonarle? Sí, católicos, nuestra es esa llave misteriosa que descerraja las puertas del cielo y franquea á la humanidad los tesoros de la piedad divina. San Agustin lo ha dicho: «A él sube la deprecacion del alma compungida, y de allí descendiendole inmediatamente la divina misericordia. Un solo suspiro lanzado por un corazon justo basta á veces para atraer á la tierra las mas copiosas bendiciones.» ¿Cuánto mas eficaces serán, pues, los gemidos de todo un pueblo que prosternado delante de los santos altares confiesa sus culpas, llora sus estravíos, promete abandonar las sendas de la iniquidad, protesta un ódio eterno al pecado, y dice al Señor: «Cierto que hemos delinquido, hemos olvidado vuestras bondades, hemos hecho un abuso funesto de vuestros dones, hemos provocado una y

mil veces vuestras venganzas, os hemos insultado envalentonados con la impunidad, hemos ensordecido á vuestros llamamientos, y hemos conjurado contra nosotros ese terrible azote que al presente nos affige; empero de hoy mas queremos ser vuestros, serviros con fidelidad, observar vuestros mandamientos y perseverar constantes en vuestro amor?» ¡Oh! Al contemplar desde su escelso trono el espectáculo enternecedor de tantos ancianos cadavéricos que estienden hácia él sus trémulas manos, de tantas madres de familia que rodeadas de una prole numerosa y famélica vierten raudales de llanto al ver sus hijos perecer de inanicion, de tantos infelices labradores cuyas abatidas frentes manifiestan el terror que les causa la perspectiva de su próxima ruina, de tantos niños que piden en vano el alimento que les niega inclemente un suelo herido por la maldicion celestial, de tantas víctimas en fin que privadas de todo recurso caminan lentamente hácia el sepulcro empujadas por la miseria que aqueja á todas las clases; ¿cómo es posible deje de moverse á compasion un Padre tan tierno, un Dios tan bondadoso, un Señor tan benéfico, toda vez que esas lágrimas, esos suspiros, esos ayes, esos clamores sean inspirados por la fé, engendrados por la religion, frutos de una conviccion íntima de nuestra infidelidad, testimonio de nuestro arrepentimiento, protestas de nuestro deseo y cordial propósito de enmendarnos? Pero si por el contrario, esas exteriores demostraciones de pesar fuesen únicamente producidas por el terror momentáneo que ocasionan naturalmente los grandes conflictos; si cuando nuestros labios piden al cielo clemencia, nuestros corazones no se hallasen completamente cambiados y hondamente heridos por el dolor de nuestros pecados; si á la vez que con tanto anhelo solicitamos el remedio de unos males que afectan tan gravemente á nuestro bienestar material, no esperimentásemos la mas íntima aversion hácia las causas que los motivaron; en una palabra, si cuando con tanta insistencia venimos á pedir la lluvia benéfica que reclaman nuestros campos estériles, no nos cuidásemos ante todo de solicitar, mediante la penitencia, los raudales copiosos de la divina gracia, ¿qué deberíamos esperar en este caso? Oid, M. A. O., oid las amenazas consignadas en las sagradas páginas contra los quebrantadores de los divinos preceptos.

«Si rebelde á mi voz, decía el Señor á su pueblo, te obstinases en despreciar mis mandatos, y en hollar mi ley adorable, hé aquí las maldiciones que te sobrevendrán. Maldito serás en la ciudad y en el campo. Malditos tus graneros y tus repuestos de frutos. Malditas las producciones de tu tierra, tus vacadas y los rebaños de tus ovejas. Sobre tí enviará el Señor hambre y necesidad, y echará su maldición sobre todo cuanto hicieres y en todo cuanto pusieres mano. Te castigará con la carestía, con el ardor y la sequedad, con la corrupción del aire y del añublo. Volveráse de bronce el cielo que te cubre y de hierro la tierra que pisas. Polvo en vez de lluvia derramará sobre tu suelo, y hará descender ceniza en lugar de rocío para que quedes reducido á la nada. Tus cadáveres servirán de pasto á las aves del cielo y á las bestias de la tierra. Tendrás mujer y otro se aprovechará de ella; edificarás casa y otro la habitará; plantarás viña y no la vendimiarás. Ante tus ojos será degollado tu buey y no comerás de sus carnes; te robarán tus yuntas y no te las restituirán. Un pueblo extraño se comerá el fruto de tus sudores y fatigas, y verás deslizarse tus días bajo el peso abrumador de la miseria. Arrojarás la simiente en los surcos que abrió tu arado y las langostas la devorarán. Cavarás tus vides y nada recojerás de ellas porque los gusanos las roerán. Tendrás olivares y ni siquiera te darán aceite para ungirte. Todas estas maldiciones caerán sobre tí, y te oprimirán hasta que del todo perezcas, porque no escucháste la voz del Señor tu Dios, ni observaste sus mandamientos; y así en tí como en tu descendencia estarán viéndose siempre las señales de la cólera divina (1).»

¿Quién no se estremece, C. O., al escuchar estas predicciones? ¿Quién no vé en ellas la prueba mas evidente de que la inobservancia de los divinos preceptos es la que atrae sobre nuestras cabezas esos signos sensibles de las terribles venganzas del cielo? Y siendo así ¿qué esperamos? ¿Cómo no procuramos desde luego aplacarle por medio de una sincera penitencia? A ello nos exhorta con elocuente voz la conciencia de nuestros delitos que en vano pretende-

(1) Deuter. XXVIII. 15 et seq.

riamos sofocar. A ello nos impulsa un deber apremiante, puesto que harto persuadidos estamos del verdadero origen de nuestras desgracias. Que nos arrepintamos de nuestros errores, nos dicen esos campos abrasados, porque sobre ellos ha enviado el Señor el fuego de su indignacion. Que nos enmendemos de nuestra mala vida nos gritan las nubes tan benéficas para otros pueblos, y que para el nuestro han cerrado sus tesoros y riquezas. Que busquemos á Dios de todo corazón nos dicen esos vientos, que empujados por la mano airada del Omnipotente dejan yermo un suelo que atesoraba todas nuestras esperanzas. Y esos inocentes ganados que perecen de hambre por falta de pastos, despues de habernos prestado tan útiles servicios, y esos tiernos parvulillos que sin culpa suya se ven tendidos por las calles y plazas como en los dias del esterminio de la antigua Jerusalem, sin hallar un pedazo de pan que llevar á su boca, y esos centenares de pordioseros que se agrupan á nuestras puertas y de ellas se alejan desconsolados sin el auxilio que reclama su extrema necesidad, y ese cúmulo de miserias que á cada instante se presenta á nuestros ojos con amenazante aspecto; ¿qué otra cosa nos dice sino que es preciso convertirnos cuanto antes á Dios, desarmar su robusto brazo, despojarle de sus envenenadas saetas, arrancarle la repugnante copa de su furor que gota á gota vierte sobre nuestros corazones, si es que queremos evitar los espantosos efectos de esa calamidad que nos aflige?

Ni un momento lo dilatemos, A. O. M., arrojémonos todos á los piés de Jesucristo; intereseamos en nuestro favor á esa Virgen augusta, simbolo de misericordia, génio de ventura, ángel de paz, iris bonancible, conducto de las piedades del cielo, tesorera de las riquezas del Altísimo, dulce esperanza de los que en la tierra gimen bajo el peso de la adversidad, consuelo efficacísimo de cuantos en el mundo experimentan los rigores de la afliccion. Póstrase el sacerdote entre el vestibulo y el altar, y lllore inconsolable hasta obtener de Dios que perdone á su pueblo y no permita sea por mas tiempo objeto de tan crueles castigos. Póstrase el anciano, el jóven, la mujer, el niño, la esposa, la tierna doncella; y hasta el parvulito que pénde del pecho de su madre, venga aquí á dar testimonio de su hondo dolor, á fin de conseguir lo que por nuestras maldades hemos desmerecido.

; Piedad, Señor, piedad! Alejad de nosotros ese cáliz nauseabundo; apartad ese terrible azote; ahuyentad la miseria y el hambre que con faz airada se acercan á nuestros hogares, haciéndonos presentir sus funestos resultados. Rásguense las nubes y enviennos sus preciosos raudales, para que nuestros sedientos surcos produzcan á su tiempo una abundante cosecha, bastante á satisfacer tantas necesidades que de dia en dia van adquiriendo horribles proporciones. Franquee el cielo sus tesoros á una tierra mística y agostada que solo produce espinas y abrojos. Interesaos en favor nuestro, ángeles custodios de este pueblo, santos tutelares de esta iglesia; subid al trono de Dios á llevarle nuestros gemidos y súplicas; id y decidle cuánta es nuestra angustia, cuán grande nuestra tribulación, cuán honda nuestra pena, cuán afflictiva nuestra situacion; id y dadle de nuestra parte las seguridades de nuestro arrepentimiento y del firme propósito en que estamos de ser en adelante fieles en su servicio; id y no volvais hasta haberle arrancado el decreto de nuestro perdon, la promesa de su misericordia, la fianza de nuestra dicha; id, y cuando torneis que os veamos traer en las manos el verde ramo de oliva, simbolo de la alianza de paz y de amor que hiciera con nosotros. Sea asi, Dios elemento y compasivo, os lo suplicamos por las entrañas amorosísimas de Jesús vuestro Unigénito, por los tormentos que por nosotros sufrió, por la sangre que para nuestro rescate derramó, y tambien por los méritos, virtudes y grandezas de su augusta Madre Maria, nuestra amantísima y singular protectora. Hacedlo, Señor, para que en la tierra alabemos y ensalcemos ahora vuestras piedades, y despues cantemos en el cielo un himno eterno de bendicion y gloria que dure por los siglos de los siglos.

SERMON

DE ACCION DE GRACIAS DESPUES DE LA RECOLECCION DE FRUTOS.



Honora Dominum de tua substantia, et de primitiis omnium frugum tuarum da ei: et implebuntur horrea tua saturitate, et vino torcularia tua redundabunt.

Honra al Señor con tu hacienda, y ofrécele las primicias de todos los frutos; con esto tus troges se colmarán de granos, y rebosará el vino en tus hogares.

PROV. III. 9, 10.

¡CUÁN monstruoso, cuán abominable es, M. A. O., el vicio de la ingratitud! Nada hay en la tierra tan digno de censura, nada que deba mirarse con mas honda aversion que el olvido de los continuos é inmensos beneficios que incesantemente estamos recibiendo de la mano del Señor. ¿Quién sino su adorable Providencia derrama sobre nosotros esas riquezas con que un suelo siempre fecundo, siempre pródigo, nos está brindando para satisfacer nuestras necesidades? ¿A quién somos deudores de esas producciones variadas que en el trascurso del año vienen á colmar nuestros deseos y esperanzas con tanto gozo de nuestros corazones? ¡Ah! Desde lo mas alto de los cielos la mirada solícita y paternal de un Dios infinitamente bueno está espionando de continuo los sentimientos de nuestras almas; observa nuestras privaciones; anticipase á nuestros ruegos; y aunque indignos de sus piedades, despliega en obsequio nuestro su inagotable liberalidad; y á las escarchas del invierno hace suceder las lluvias benéficas de la primavera, y viste de verdura los campos, y fecundiza con los rayos del sol las semillas que nuestras manos arrojan en la tierra á la ventura, y con su voluntad creadora multiplica los

granos que aquella recibió en su seno, y por último llega un día en que recompensa los afanes del labrador con una abundante cosecha de doradas espigas, de frutos deliciosos que van á llenar sus troges y á enriquecer su casa. ¡Cuánta bondad! ¡Cuánta dignacion! ¡Cuánta misericordia por parte del autor de todo bien! ¿Y es posible que el hombre no sepa corresponder á tan marcados rasgos de amor sino con ingratitud é indiferencia, cual si á su propio trabajo y no á la Providencia del Altísimo debiese tantos y tan inestimables dónes?

Por desgracia no es raro, y sí harto comun, este desorden. El hombre que en los días de esterilidad, en los momentos angustiosos de escasez gime, suspira y recurre al cielo con ardientes súplicas y llanto inconsolable, pidiendo á Dios se conduela de su miseria, fácilmente se olvida de él en los días de la abundancia, y apenas se acuerda de su mano bienhechora sino para quejarse de que no haya satisfecho cumplidamente su insaciable codicia. ¡Monstruosa aberracion! ¡Insulto inconcebible! Así es como la ingratitud, á manera de un viento abrasador, seca á veces las fuentes de la liberalidad divina, agota el manantial de las bondades del cielo, y le obliga á arrojar sobre una tierra maldecida los rayos de su justa cólera.

No os creo comprendidos, M. A. O., en el número de esos hijos desconocidos y rebeldes del Padre celestial. Bien patentemente venis á manifestarle vuestro reconocimiento despues de la recoleccion de vuestros frutos; á darle las mas sinceras gracias por los beneficios que este año os ha dispensado, y á presentarle la ofrenda de vuestros corazones enternecidos en prenda de que á él solo os reconocéis deudores de esos tesoros que su Providencia ha derramado en vuestras manos. Nada en ello haceis sino cumplir un alto deber consignado en los divinos libros. Muchos siglos hace que el Espíritu Santo intimó esta obligacion á todos los hombres con las siguientes palabras de los Proverbios: «Honra al Señor con tu hacienda, y ofrécele las primicias de todos tus frutos. Así tus troges se colmarán de granos, y rebosará el vino en tus lagares.» *Honora Dominum de tua substantia, et de primitiis omnium frugum tuarum da ei: et implebuntur horrea tua saturitate, et vino torcularia tua redundabunt.* El eco de esta voz ha resonado en todas partes, ha sido escuchado

en todos los siglos y á través de las generaciones; el pueblo de Israel primero, y despues todos los pueblos cristianos, vienen tributando al Señor ese homenaje de gratitud tan conforme con los sentimientos del corazón humano, cuando las pasiones y los errores no le hacen sordo á sus deberes. Y de hecho, nada mas justo que darle las mas rendidas gracias por los dónes de su inagotable liberalidad, puesto que «si por una parte á ello nos obliga el íntimo convencimiento de que suyas son todas las producciones del suelo que regamos con nuestros sudores, por otra sabemos que ejecutándolo así nos conciliamos su paternal solicitud, y adquirimos nuevos títulos á que continúe dispensándonos sus beneficios.» Esto es lo que hoy me propongo demostraros en este discurso, despues de implorar los divinos auxilios por la mediacion de la Santísima Virgen, á quien con toda la efusion de nuestras almas saludaremos diciendo:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Donde quiera y en todos tiempos la gratitud y la correspondencia á los divinos beneficios han formado á la vez que una demostracion ostensible del sentimiento íntimo de todos los pueblos creyentes, una parte esencialísima del culto con que han honrado á la magestad suprema. No bien el hombre, ese destello de la divinidad, animado por su soplo vivificante y marcado con su mismo sello, sale de las manos del soberano Criador, cuando ilustrada instantáneamente su razón, descubre las relaciones que le ligan con él; y en consecuencia de esto, persuadido de que ni su corazón tan grande como es, ni todas sus facultades bastan á espresar dignamente su reconocimiento, dependencia y amor hácia el autor de tantos y tan inefables dónes, levanta un altar y sobre él ofrece al Señor, juntamente con los sentimientos de su respeto y gratitud, una parte de los bienes que ha recibido de la mano bienhechora de la Providencia. Desde entonces esta misma idea, encarnando en los instintos, hábitos y

creencias de todos sus descendientes, pasa de una á otra generacion á través de los siglos, y se conserva viva y fresca á pesar de las divisiones de las tribus y de la diversidad de naciones, climas é idiomas que se multiplican prodigiosamente en la sucesion de las edades. Aquí Abel, el primero de los justos de la antigua religion natural, hace al Señor la pura ofrenda de los frutos de la tierra y de los primogénitos de su ganado, en testimonio de que á él se reconoce deudor de cuanto posee. Allí Enós, que sustituyó á aquel mártir de la envidia fraternal en la pureza de la fé y en la severidad de sus costumbres, sigue las huellas de su virtuoso hermano, presentando al Dios de sus padres el holocausto pacífico de las primeras producciones del suelo regado con sus sudores. Mas allá Noé, tronco de la nueva raza que reemplazó á la antigua esterminada por el diluvio, tan luego como sale de la arca salvadora, su primer cuidado es ofrecer á Jehová un sacrificio de alabanza y accion de gracias, inmolando parte de los animales y de las aves limpias que reservára por superior mandato. En otra parte Abraham, padre de los creyentes, atravesando el pais de Sichem, penetrado de la mas viva gratitud en vista de las promesas de Dios hechas á él y á su descendencia, sube á la ladera de un monte vecino, y sobre un altar improvisado le ofrece en prenda de su reconocimiento lo mas selecto de sus bienes. No muy lejos, cabe un recuesto cubierto de ruinas y malezas, sale al encuentro al sacerdote Melquisedec cargado con los despojos cogidos al enemigo en la célebre derrota de Codorlahomor y sus aliados, y aquel rey pacífico de Salem, levantando sus puras manos al Dios de las batallas, ofrécele un sacrificio de pan y de vino, alegoría sublime del que un dia debia perpetuarse en la tierra, segun la prediccion de Malaquias, en sustitucion de todas las ofrendas de la antigua ley.

Pero ¿á dónde voy? Seria interminable, C. O., si pretendiese desplegar ante vuestra vista el vasto cuadro de la historia, para demostraros en ella grabado donde quiera con indelebles caracteres ese sentimiento, que pudiera llamarse instintivo, puesto que aun en los mismos pueblos idólatras hallábase encarnado de una manera prodigiosa. Ofrecíase á Júpiter, segun Herodoto, holocaustos y libaciones

despues de la recoleccion de los primeros frutos; lo mismo se practicaba en sentir de Pausanias respecto de Apolo; Hércules, Diana y Minerva recibian idénticas ofrendas, al decir de los historiadores Diodoro y Jenofonte. Coronas de doradas espigas arrojábanse ante los altares de Ceres, al decir de Luciano y otros escritores antiguos. ¿Qué extraño era, pues, que el único pueblo en cuyo seno se conserváran las tradiciones primitivas, fuese tan celoso y exacto en cumplir ese deber de gratitud, amor y dependencia hácia el verdadero Dios de quien tan inestimables beneficios recibiera en todos tiempos? Bien és que en esto no hacia sino cumplir un precepto solemne que el Señor le diera despues de haberle libertado del ominoso yugo de los Faraones. Salidos los hijos de Israel de Egipto despues de un largo y penoso cautiverio, y puesto en pacífica posesion de la Palestina, verificase la division de las tierras en las once tribus, y desde luego de orden del divino libertador quedan consagradas las primicias de todas las producciones de aquel suelo feraz, como un dón debido al Señor en testimonio de reconocimiento á su Providencia benéfica, de quien los séres todos reciben la vida, el alimento y cuanto á su conservacion se dirige. Este precepto fué siempre observado por los judíos con la mas escrupulosa religiosidad. Ofrecian á Dios sus primicias tres veces en el año: en la Páscoa por las espigas, en Pentecostés por los nuevos panes, y despues de la fiesta de los tabernáculos por los nuevos frutos; contribuian con la porcion correspondiente á las ovejas, á los granos, á las ubas, á las aceitunas y á las demas semillas y animales. Así que de todo era Dios el primer partícipe en la persona de los descendientes de Leví, destinados al servicio de su culto; todos se hacian un deber de ir á presentar ese testimonio de su cordial agradecimiento; nadie podia escluirse de rendir ese homenaje de accion de gracias; y la humanidad entera parecia repetir el eco del rey profeta: «Del Señor es la tierra y su plenitud, el orbe y cuantos en él habitan.» ¿Y quién ignora las bendiciones que estaban vinculadas al cumplimiento de esa obligacion sagrada? Apenas hay una página en los libros del Pentateuco, y especialmente en el Deuteronomio, en donde no se vean consignadas las mas magníficas promesas y las recompensas mas sublimes en favor de los fieles observa-

dores de esta ley. Allí se les promete á cada paso la fertilidad del pais que habitan, la abundancia de sus cosechas, la multitud y variedad de producciones que enriquecerán sus troges y lagares, y el inmenso cúmulo de bienes que han de recompensar sus sudores y fatigas. Pero nada hay tan elocuente y espresivo como las últimas palabras dirigidas por Moisés á las tribus de Israel pocos momentos antes de morir: «El Señor, exclamó, vino de Sináí, y de Scir nos »esclareció; resplandeció desde el monte Pharan, y con él millares »de santos. Hé aquí las bendiciones que me ha ordenado proclamar »en favor de su amado pueblo... Sea tu tierra colmada de frutos del »cielo, del rocío y de los manantiales que brotan de debajo de la »tierra; de los frutos que son producciones del sol y de la luna; de »los que crecen en la cumbre de los montes y sobre los antiquísimos »collados; de todos los frutos del suelo y de toda su riqueza..... »Tiende, oh Jacob, tu vista por tu tierra, abundante de trigo y de »vino; el rocío caerá sobre ella con tanta abundancia, que hará os- »curecer al cielo. ¡ Bienaventurado tú, Israel! ¿ Quién hay semejante »á tí, oh pueblo afortunado, que hallas tu salud en el Señor? Él es »el escudo que te cubre, la égida que te defiende y la espada que »te llena de gloria (1).»

Ahora bien, M. A. O., si tanta era la obligacion de aquel antiguo pueblo, figura y sombra del pueblo cristiano, de manifestar al Señor su gratitud por los beneficios que recibiera de su mano liberal y benéfica, ¿ no subirá mucho mas de punto ese mismo deber respecto de nosotros, herederos de lo que aquel solo poseyó en sombras simbólicas, poseedores de la realidad que él solo vió en misteriosos tipos, redimidos por Jesucristo de la dura servidumbre del pecado, infinitamente mas ignominiosa de la que Israel sufriera bajo la coyunda de los tiranos de Egipto? ¿ Acaso, dice el P. San Ireneo, con la libertad cristiana que nos compró el Hombre-Dios á costa de su preciosísima sangre, quedaron para nosotros derogadas las leyes del reconocimiento, y abolido ese gran precepto natural en virtud del cual nos cumple protestar visible y solemnemente nuestra dependen-

(1) y Deuter. XXXIII, per tot.

cia, sumision, agradecimiento y amor al Ser Supremo, al Soberano distribuidor de todos los bienes, al Padre pródigo y misericordioso, que atento siempre á expiar nuestras necesidades, nos proporciona todos los elementos necesarios á su satisfaccion? ¿Por ventura, esclama Orígenes, lo que Dios prescribió en la antigua ley acerca de la oblacion de las primicias de los frutos de la tierra, no nos comprende á los hijos de la luz como un precepto invariable de aquel que, habiéndonos dado todo cuanto poseemos, tiene siempre un derecho inalienable á exigir nuestra mas cordial gratitud? ¿Cómo abundaria mas nuestra justicia, segun el lenguaje del Salvador, que la de los escribas y fariseos, si cuando ellos, á pesar de sus hondas preocupaciones, no se atrevian á gustar de los frutos de su suelo antes de haber presentado á Dios la ofrenda de sus primicias, nosotros osásemos abusar de los tesoros y riquezas que su mano benéfica nos dispensa, sin acordarnos siquiera de acercarnos á su altar á ofrécerle, ya que no una parte de esas producciones que de él hubimos, al menos el testimonio de nuestros reconocidos corazones? Verdad es, A. O., que cesó de existir de hecho (prescindo del derecho) la ley que en tiempos mejores os ligaba al santuario con la oblacion de las décimas, con las cuales contribuiais al sostenimiento del culto y de sus ministros; cierto que una civilizacion mucho mas avanzada en las vias de la destruccion de las antiguas prescripciones de la Iglesia, os ha dispensado el deber de llevar á la casa del Señor una pequeña porcion de los rendimientos de vuestro suelo; empero ¿quién ha podido dispensaros en un ápice de la obligacion de reconocer la bondad del que os los proporciona, y de alabarle y darle gracias por ella? ¿De quién habeis recibido esos bienes que hoy colman con exceso vuestras esperanzas y derraman la alegría en vuestros corazones? ¿Cuya es la mano que os envió el rocío fecundante que fertilizando vuestro suelo llena vuestros graneros de ricas producciones, hace rebosar vuestros lagares, y os asegura una existencia cómoda en cambio de vuestros trabajos y sudores? ¿Quién hizo desarrollarse y crecer la semilla que á la ventura arrojásteis, y en tiempo oportuno sazónó y maduró las doradas espigas que ahora recogeis con gozo, por cuanto atesoran la seguridad de vuestro porvenir y el de vues-

tras familias? ; Infelices si en tanto que con ávidos ojos contemplais henchidas vuestras troges y llenas vuestras casas de esos dones de la divina Providencia, vuestra mente no se eleva á una region mas alta, y vuestro corazon no se remonta hasta el trono de Dios á llevar la ofrenda de vuestra gratitud! ; Cómo seria posible que si así no lo hiciéreis os conciliáseis su solicitud paternal y adquiriéseis nuevos títulos á continuar siendo objeto de los beneficios de su amorosa diestra?

Es un principio innegable que el olvido de las bondades del cielo es el funesto origen de muchos males que frecuentemente experimentamos, y que no siempre sabemos apreciar en su justo valor, atribuyéndolos en nuestra ciega ignorancia á causas muy diferentes. No en vano los Santos Padres han comparado la ingratitud á un gusano roedor que mina, devora y acaba con todos los dones de la Providencia, esterilizando el alma para recibir otros nuevos, y obligando al dador de ellos á cerrar las fuentes de su liberalidad. Por haber sido en ocasiones desagradecidos á sus beneficios los Israelitas, experimentaron con harta frecuencia los visibles resultados de su ingratitud. Ella atrajo sobre sus cabezas las maldiciones consignadas en el Deuteronomio; ella esterilizaba á veces aquel fertilísimo pais que habitaron despues del cautiverio; ella los privaba de las lluvias oportunas; ella lanzaba sobre sus mieses las langostas y demas insectos perniciosos; ella, en fin, atraia sobre sus cabezas la peste, el hambre, la guerra y demas plagas que sucesivamente vinieron experimentando. ¿Y creéis, M. A. O., que no sea esa misma la causa principal de tantas desgracias como sobre nosotros pesan de continuo? Tal vez cuando vemos cerrarse el cielo y negarnos sus benéficos raudales, sucederse las heladas que abrasan nuestros sembrados, reinar esos vientos que todo lo agostan y matan en víspera de recoger el fruto de nuestros afanes, y otras mil vicisitudes que en un momento defraudan nuestras mas fundadas esperanzas, atribuimos tamaños infortunios á las bruscas variaciones atmosféricas, á los cambios repentinos de la temperatura, al trastorno inesperado de las leyes de la naturaleza... ¡Insensatos! No parece sino que Dios para nada existe, en nada se ocupa, de nada se cuida, y que su Providencia ha abandonado el mundo á los aza-

res de un ciego destino. ¡Como si la naturaleza no estuviese subordinada á la voluntad de su criador! ¡Como si ella algo pudiese hacer independientemente del que la impuso sus preceptos! ¡Como si los vientos pudieran soplar, ni moverse las aguas, ni abrirse las nubes, ni el sol derramar su calor, ni la luna enviar sus influencias, ni girar los planetas en torno de sus órbitas, ni ninguno de los elementos producir el menor resultado sin que el soberano artífice se lo permitiese! Tal podría pensar el materialista impío, que nada vé, nada reconoce en este admirable sistema de la creacion mas que una combinacion fortuita de diversos principios, pero sin relacion alguna al origen primordial, único, esencial y subsistente de todo lo criado. Pero el creyente, el cristiano, ¿cómo pudiera abrigar semejantes ideas? No, M. A. O., no; convencidos de que el primer motor de esa gran máquina es Dios, y que su Providencia preside á todos los acontecimientos y dirige las causas á sus respectivos fines, persuadámonos de que no hay desgracia que él no permita en sus justos juicios para instruirnos ó para enmendarnos; y por lo tanto el aire que á veces seca nuestro suelo y le hace improductivo, el frio que impide brotar y llegar á su competente madurez nuestras semillas, el granizo que tala nuestros campos, la escarcha que abrasa nuestras mieses y agosta nuestros árboles, el insecto que devora las raices de la vid, y todas esas contingencias á que las producciones de la tierra están sujetas, son, en frase del Salmista (1), la voz de Dios que condena nuestra ingratitud, y los instrumentos de su justa venganza. Por eso vemos con harta frecuencia trocadas en crueles desengaños nuestras mas bellas ilusiones, cambiadas en dolor profundo nuestras mas halagüeñas esperanzas, nuestro gozo convertido en indefinible angustia, y en tristes plañidos nuestras efímeras alegrías. Tan cierto es, pues, que en todos tiempos debemos dar al Señor las mas cordiales gracias, y mostrarnos sinceramente reconocidos á los dones de su inagotable liberalidad, ya que por una parte á ello nos obliga el íntimo convencimiento de que suyas son todas las producciones del suelo que regamos con nuestros sudores, y por otra sabemos que

(1) Psalm. CXLVIII. 8.

haciéndolo así conquistamos su paternal solicitud y adquirimos nuevos derechos á que continúe dispensándonos sus beneficios, que es lo que me propuse demostraros.

Hagámoslo así, M. A. O., demos repetidas gracias al Dios de las misericordias que se ha dignado enriquecernos con los abundantes frutos de la tierra á que confiamos nuestro porvenir. Ofrecámosle un sacrificio de alabanza por los dones de su Providencia, confesando que todo es suyo, á él pertenece, y de él lo hemos recibido como un rasgo de su infinita munificencia. Entonemos himnos de gloria y bendición á ese Padre amorosísimo que desde su escelso sólio cuida de sus criaturas, proporciona á la hormiga el alimento, prepara al pajarillo su nido, y al hombre, obra maestra de sus manos, facilita todos los elementos necesarios para su subsistencia. Usemos, por último, dignamente de los bienes que nos concede; no abusemos en nuestro daño de su liberalidad; tengamos presente donde quiera que sin él no existiríamos, ni sin su bondad suma se mostraría en nuestro obsequio la naturaleza, tan rica, tan lozana, tan fecunda y abundante. Sirvannos tan inapreciables beneficios de estímulos poderosos para vivir cual cumple á hijos agradecidos de tan buen padre, á fin de merecer en el tiempo sus misericordias, y de conquistar para la eternidad la bienaventuranza de la gloria.

SERMON

PARA EL ÚLTIMO DÍA DEL AÑO.

Habebitis hunc diem in monumentum; et celebrabitis eam solemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno.

Este día será para vosotros un monumento imperecedero, y le celebrareis solemnemente de generacion en generacion, consagrándosele al Señor con culto perpétuo.

Exod. XII. 44.

¡CUÁN rápidos se deslizan, M. A. O., los días de nuestra existencia sobre la tierra! Semejantes á las aguas de un torrente que descendiendo de la cumbre de una montaña pasan instantáneamente por delante de nosotros, desapareciendo de nuestra vista para ir á confundirse en el abismo del mar, así pasan los años unos en pos de otros, formando la larga cadena del tiempo que vá á perderse en el seno de la incommensurable eternidad. Cada instante forma un eslabon, un anillo de esa cadena que nos arrastra hácia la tumba, pero anillo precioso que uniéndonos con la divinidad nos lleva hácia ella, si sabemos utilizar los inmensos tesoros de gracia que nos vinculó la bondad del Señor durante nuestra carrera. Hoy finalizamos el año que va á espirar en breve; mañana amanecerá otro nuevo que no sabemos si le veremos terminar; muchas veces ha pasado ya sobre nuestras cabezas ese sol que nos alumbraba despues de haber verificado su revolucion anual. ¿Y qué hemos hecho? ¡Ah! ¡Qué de tristes pensamientos no brotan de esta idea! ¡Qué manantial de amargas reminiscencias no abre en nuestro corazon! Al lanzar una mirada retrospectiva hácia lo pasado, considerando los acontecimientos que se han sucedido, y fijando nuestras miradas en lo presente, nuestra alma se turba, se inquieta, se desconsuela respecto al porvenir. ¿Y

por qué? Porque involuntariamente nos asalta el pensamiento de nuestra esterilidad; examinamos nuestras obras, y las hallamos infecundas; buscamos los merecimientos adquiridos con relacion á la eternidad, y retrocedemos espantados ante el gran vacío de nuestra alma; nos pedimos cuenta del empleo de un tiempo en que hubiéramos debido atesorar riquezas inmensas, y nos encontramos pobres y en la mas completa indigencia, á la manera del avaro que soñó poseer cuantiosas sumas y al despertar solo tiene lágrimas para llorar sus ilusiones desvanecidas.

¿Qué hacer pues, M. A. O., en este caso? ¡Oh! No hay otro medio que reparar en lo sucesivo las pérdidas sufridas; y si hasta hoy hemos gemido en la innoble servidumbre de las pasiones, y en esa atonía desgraciada característica de la muerte, sin proveernos de lo necesario para el gran viaje que desde la cuna emprendimos hácia la eternidad, á través de los ásperos desiertos del mundo, hagamos lo que los Israelitas al salir de la tierra de su cautiverio; carguemos con los despojos de Egipto; utilicemos en lo posible lo que de bueno hallemos en un país que no es para nosotros mas que un lugar de tránsito; y hecho esto, salgamos de él con el espíritu, renunciemos á sus ilusiones y esperanzas, olvidemos sus mentidas delicias, y fijos los ojos en la tierra de promision emprendamos la marcha hácia ella sin volver atrás nuestras miradas, no sea que nos sorprenda el enemigo que nos persigue para aprisionar de nuevo nuestros cuellos con las cadenas que quebrantamos.

Así lo verificaron los hijos de Israel por mandato de su caudillo Moisés, quien en los momentos de ir á realizar su salida de aquel suelo ingrato, los reunió en torno suyo y les dijo: Hoy termina vuestra esclavitud; dentro de pocos instantes habreis perdido de vista una tierra que recibió vuestros sudores y no os dió en cambio sino espinas punzadoras. ¡Cuánto no debeis al Señor, vuestro Dios, que así se digna daros la libertad tan suspirada! Testigos sois de los prodigios que ha hecho en vuestro obsequio, y no ignorais los beneficios de todo género que os ha dispensado durante vuestro destierro, hasta emanciparos hoy de la tiranía de los Faraones. «Justo es que este dia sea para vosotros un monumento imperecedero de gratitud,

y forme época en los anales de vuestra historia. Le celebráreis, pues, solemnemente de generacion en generacion, consagrándosele al Señor con culto perpétuo:» *Habebitis hunc diem in monumentum; et celebrabitis eam solemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno.*

¿Y no es este mismo el objeto que hoy nos reúne bajo las bóvedas de este augusto templo? Si, M. A. O.; con mucha mas razón que aquel antiguo pueblo «debemos los cristianos solemnizar el último dia del año, renovando en él la memoria de los inapreciables beneficios que hemos recibido de la divina Providencia, y estimulándonos á servirle con mas fidelidad, reparando las quebras que hubiésemos sufrido en el trascurso de este tiempo.» Tal es el espíritu de la Iglesia católica en este dia, y ved lo que vá á formar el asunto de mi breve discurso. Ayudadme á implorar los auxilios de la divina gracia, por la mediacion de la augusta Virgen, á quien el celestial mensajero anunció un dia el gran misterio de nuestra felicidad, con aquella sublime salutación:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Si el gran beneficio hecho por Dios al antiguo pueblo de Israel sacándole de aquella servidumbre en que por tanto tiempo gimiera ausente de su suelo natal, fué un motivo poderosísimo que le obligó á redoblar su fidelidad en el servicio y amor de un Señor tan bueno y misericordioso, no debe serlo menos para el pueblo cristiano la gracia inestimable que de él recibe al finalizar este año. Como quiera que no hay un dón mas precioso que el tiempo, puesto que él nos facilita la consecucion de nuestra eterna dicha, nada por consiguiente debe valer mas en nuestra apreciacion: con tanto mayor motivo, cuanto que la revolucion periódica de los años que pasan sobre nosotros para no volver jamás, á la vez que nos manifiesta los multiplicados rasgos de bondad con que el Señor nos distingue, en-

vuelve un aviso utilísimo y del mas alto interés, haciéndonos ver palpablemente la necesidad de pensar en nuestra salvacion, como el negocio mas importante, el mas urgente y el mas difícil que nos incumbe en este mundo. Y de hecho, al concluir este año que bien presto habrá pasado al dominio de la eternidad, llevando tras sí todas nuestras ilusiones, nuestros proyectos y esperanzas, la primera idea que debe surgir en nuestra mente es preguntarnos: ¿Qué hemos hecho en él? ¿Qué riquezas de salvacion hemos atesorado? ¿Cómo le hemos aprovechado con relacion á nuestros eternos destinos? Y al fijar nuestras miradas hácia ese torrente cuyas últimas aguas van á perderse en el inconmensurable océano de lo pasado, vemos con desconsuelo que nuestros placeres no fueron sino una leve sombra de felicidad; nuestras alegrías un fantasma fugitivo de ventura; nuestras aspiraciones unos vanos ensueños, tan insubsistentes como nuestra misma imaginacion que los creó; y todo cuanto absorvió nuestros pensamientos y deseos, mentira, ilusion, engaño, nada. Y ved cómo de esta consideracion brota espontáneamente la necesidad de pensar en lo único que hay de real, positivo y verdadero en la tierra, á saber, en el porvenir que nos espera despues de la vida presente, en esa alma que ha de sobrevivir á la caducidad de todas las cosas del tiempo, para recibir el condigno galardón ó castigo, segun su bien ó mal obrar.

¿Qué es, pues, lo que debemos hacer desde hoy, convencidos de esta verdad importantísima? Imitar á aquellos bravos de Gedeon que marchando á pelear contra los Madianitas, y sintiéndose en el camino devorados de una sed ardiente, solo bebían corriendo, tomando al paso en el hueco de sus manos el agua para refrescar sus adustas fauces, bien al contrario de sus cobardes compañeros, los cuales se tendían descansadamente en el suelo para beber á su placer (1). ¡Ah! Aquellos no tenían mas que un pensamiento predominante: derrotar al enemigo, conseguir una brillante victoria; y por lo tanto creían perdido el tiempo que en beber emplearan, y no querían malograr un solo instante. Pues ved ahí un símil que debe despertar

(1) Judic. VII. 5.

hoy nuestros sentimientos acerca de la gran victoria que nos está reservada. Hartas dificultades se opondrán á nuestros proyectos á través de este mundo, enemigo capital de nuestra felicidad. No pocos combates habremos de sostener para lograr la posesion del pais prometido. ¿Y nos detendríamos en el camino á satisfacer muellemente esa sed devoradora de goces, riquezas, honores y demas frivolidades que conspiran á seducirnos y entretenernos para que no lleguemos á tiempo de reportar el triunfo anhelado? No, A. O. M.; dejemos en buen hora á los ciegos esclavos de las pasiones tenderse descuidados á recoger á manos llenas esos bienes de un dia; en breve no les dejarán mas que un ligero recuerdo de su soñada felicidad. Nosotros tenemos un objeto que llama mas nuestra atencion; tenemos émulos poderosos que combatir; tenemos un alma que salvar á costa de penosos sacrificios; tenemos una patria que conquistar; el tiempo pasa, los momentos son muy preciosos, y la menor detencion puede comprometer tan caros intereses. No usemos, pues, de los objetos terrenales sino de paso y en cuanto lo exigen nuestras indispensables necesidades; tanto mas cuanto que la rapidez misma con que los años pasan, nos demuestra no solamente que nuestra salvacion es nuestro mas interesante negocio, sino tambien que es el mas urgente de todos, recordándonos que nos resta menos tiempo de vida, que nuestro fin se aproxima, y que se abrevia el plazo en el cual debemos presentarnos al tribunal divino, á rendir cuentas del uso que hicimos de tan inestimable beneficio.

Esta era la idea que San Pablo se proponia grabar en los fieles de Corinto cuando con tanta insistencia les decia: «Mirad que el tiempo se desliza precipitado hácia la eternidad, y que la figura de este mundo pasa con él para no volver:» *Tempus breve est... Præterit enim figura hujus mundi* (1). En efecto, M. A. O., ¿no veis cómo esa figura, esa imágen, ese fantasma, que indebidamente nos deslumbra y seduce, cambia á cada momento ante nuestros ojos? ¿Existe alguna cosa de lo que veíamos hace treinta ó cuarenta años? ¿Qué revoluciones tan espantosas no ha experimentado el mundo? ¿Qué de

(1) I. Cor. VII. 29.

transformaciones no ha sufrido? ¿Qué cambios tan diversos no se han verificado en él? Hábitos, costumbres, aspiraciones, instintos, trajes, opiniones, leyes, política, todo es diverso; nada resta de lo antiguo mas que leves vestigios que se miran como ridiculas extravagancias, ó recuerdos que pertenecen ya á la historia. Y nuestra misma figura, ¿es acaso la misma que entonces? ¿No ha seguido el curso comun de las leyes generales de ese mismo mundo fugaz y transitorio? ¿Qué se ha hecho de aquella pura alegría que irradiaba nuestro semblante en los días de nuestra infancia? ¿Dónde está aquella inquiescente actividad que caracterizaba el ardor de nuestra juventud? ¿Conservamos algo de aquella energía que en tiempos no lejanos nos arrastraba á emprender los mas árduos proyectos? ¡Ah! Muchos de nosotros hemos pasado ya por las diferentes fases de una vida abundante en mudanzas y notables peripécias: aquí ocupados de los intereses de nuestra fortuna, allí urdiendo intrigas para labrar nuestra elevacion; ora abrumados bajo el peso de los cuidados domésticos, ora devorando crueles inquietudes respecto al porvenir de la familia; tan pronto elevados al apogeo de la gloria, tan pronto abatidos á lo mas profundo de la humillacion; siempre y donde quiera hechos el juguete de la inconstante fortuna, y sin permanecer jamás largo tiempo en un mismo estado, segun la prediccion de Job. Bajo todos esos diversos aspectos hemos aparecido en la escena de este mundo, sin que nos reste mas que sostener en adelante la triste figura de nuestra caducidad: *Præterit figura hujus mundi*. Y en vista de esto, ¿qué deberemos hacer? ¿Qué consecuencia deberemos deducir con relacion á nuestra conducta ulterior? Hed aquí lo que mas nos apremia, lo que mas nos urge, lo que exclusivamente debe ocupar nuestras ideas. Si el tiempo corre, si la eternidad se acerca en proporcion que nuestros años se deslizan, si todo cambia, muere y desaparece, y solo la virtud ó el vicio, las buenas ó las malas obras deben sobrevivir á la ruina de todas esas imágenes fugitivas de bienandanza, ¿por qué desde hoy no nos apresuramos á despreciar, hollar y renunciar á todo lo que no es Dios, á todo lo que no es nuestra alma, para ocuparnos únicamente de nuestra salvacion? ¿Por qué no damos un eterno adios á ese siglo en-

ganador, á sus placeres, goces y demas frivolidades, para buscar en Dios la dicha que no cambia, la felicidad que no padece eclipse, la vida que nunca fenece, la gloria que jamás se empaña, el bien, el tesoro, la riqueza que en ningun tiempo ha de faltarnos? ¿Hasta cuándo nos hemos de dejar deslumbrar por ese brillo pasagero de las vanidades del mundo? ¿Hasta cuándo hemos de correr ciegos tras la mentira, y abrazar como realidades los ensueños de nuestra imaginacion febril? *Filii hominum, ¿usquequo gravi corde? ¿Ut quid diligitis vanitatem et queritis mendacium* (1)? ¡Estraña inconsecuencia! esclama San Agustin. Por todas partes os habla la verdad, y en desprecio de ella dais oidos al error; todo os grita en el mundo que la salvacion es lo único que queda á través de ese aparato escénico de los bienes terrenales, y á despecho de esos gritos cada vez vivís mas olvidados de vuestro porvenir: *Clamat veritas, et adhuc queritis vanitas* (2). ¿A qué esperais, pues? ¿Hasta qué punto pensais llevar vuestra ceguedad? Pedís años y años, prosigue el Santo Doctor, y nunca os ocurre la idea de que esos años han de tener un fin? *Vis ut veniant anni et anni, et non vis ut veniat finis annorum* (3)? Pues tened en cuenta que cada año que pasa es un nuevo obstáculo que hace mas difícil la consecucion de vuestra eterna salud.

Dad en efecto, M. A. O., una ojeada sobre vuestro pasado, considerad despues vuestro presente, y decidme: ¿no advertís en vosotros actualmente mayor dificultad en caminar por las vias del deber? ¿No observais que con el tiempo se han multiplicado los lazos que os tenian aprisionados al vicio, y vuestros hábitos desordenados han echado mas hondas raices, y se han exaltado mas vuestras pasiones, y las ocasiones de pecar se han hecho mas frecuentes, y se ha debilitado mas el temor de Dios en vuestro corazon? ¡Triste verdad! ¡Realidad funesta! Hed ahí lo que habeis atesorado. Ahora comprendéis lo que hubiérais podido aprovechar si no hubiéseis dejado

(1) Psalm. IV. 2.

(2) S. Aug. Serm. 72. E. B.

(3) Id. Serm. 108. E. B.

perder las preciosas semillas de virtud que en vuestros tiernos años fomentábais, y cuyo cultivo os hubiera granjeado frutos abundantísimos de vida eterna. Ahora conoceis las fatales consecuencias de no haber enfrenado oportunamente los primeros ímpetus de vuestra concupiscencia; de no haber sofocado en su origen los primeros gritos de unas pasiones nacientes; de no haber ahogado los gérmenes de aquellas inclinaciones desordenadas que os colocaron en la pendiente resbaladiza del abismo; de no haber luchado á tiempo contra el ascendiente de unos errores que alucinando vuestra inteligencia concluyeron por corromper vuestro corazon. Ahora, en fin, veis ostensiblemente que nada os queda de vuestra primitiva inocencia, de vuestra sencilla piedad, de vuestra fé ardiente y de vuestro fervor antiguo, mas que el recuerdo de haberlo sacrificado todo á la satisfaccion de unas ilusiones, que sin haberos dado la hartura que os prometian, han dejado en vuestra alma un vacio que nada es capaz de llenar.

Pues bien, M. A. O., ya que el Señor en su infinita misericordia os ha concedido todavía algun tiempo para reconocer y convertirros; ya que con el nuevo año que vá á amanecer mañana sobre las ruinas del que hoy finaliza, os abre las puertas de la esperanza, proporcionándoos los medios de reparar las quiebras sufridas; ¿á qué aguardais? ¿Sabeis por ventura si le concluireis? ¿No es muy posible que os resten breves dias de vida, y que si no los utilizais convenientemente perezcais en vuestra funesta indolencia? Temblad, A. M., temblad, no sea que el gran Padre de familias haya dicho ya á los agentes de su venganza lo que el otro del Evangelio á los operarios de su heredad. «Años há que espero fruto de ese árbol y todavía no me ha dado mas que ramas estériles. Cortadle pues; caiga bajo el golpe de la acerada segur, pues no es justo ocupe inútilmente la tierra.» *Succidite, succidite illam: ¿ut quid etiam terram occupat* (1)? Quizá vuestros ángeles protectores han suplicado que se os dé todavía de término un año, para ver sin en él producís frutos sazonados de virtud: tal vez se ha interesado en vuestro favor la augustísima

(1) Luc. XIII. 7.

Virgen María para que se os conceda ese tiempo de prueba, deseosa de asociaros á su dicha, como Madre de clemencia y génio benéfico de consuelo: *Domine, dimitte illam et hoc anno* (1). ¡Ay de vosotros, pues, si todavía malversais ese tiempo precioso! ¡Desgraciados si no correspondéis á ese nuevo rasgo de bondad del Señor! «¿Qué os resta, dice San Agustín, en ese caso, sino la segur de la muerte, que os arrancará de una tierra que no mereceis ocupar, porque la habeis manchado con vuestros crímenes, para arrojaros como árboles infecundos al fuego eterno?» *¿Quid restat nisi securis* (2)?

No sea así, M. A. O., todavía es tiempo de evitar tamaña desgracia. Hoy que el Señor se ha dignado hacernos escuchar el lenguaje de la verdad y el idioma de sus misericordias, no endurezcamos nuestros corazones, no ensordezcamos á ese grito que nos dice: «El año de mi redención ha llegado: *Annus redemptionis meæ venit* (3). Yo habia decretado pisotear en mi furor esos pueblos que me hacen la guerra, esterminar esa raza prevaricadora que me insulta enva-lentonada con su impunidad, y embriagarme con la sangre de esos pecadores que de mis mismos beneficios hacen armas para perseguirme; pero al fin me acordé que son mis hijos, aunque ingratos, y me he propuesto salvarlos á toda costa: *Et dixit: Verumtamen populus meus, filii non negantes; et factus est eis salvator* (4). Así ha hablado ese Dios rico en piedad, y así lo ha ejecutado, dándonos todavía un plazo que no merecíamos, para que arrepentidos volvamos á él y consigamos nuestra salvacion. ¿Cuánta, pues, no debe ser nuestra gratitud á tan inapreciable beneficio? ¡Ah! Entonemos un himno de alabanza y gloria al Dios de las misericordias; convidemos á todas las criaturas á cantar las magnificencias de ese Padre amantísimo. Evoquemos á todos los pueblos para que uniendo con los nuestros sus acentos, proclamen sus piedades. Resuenen bajo las sagradas bóvedas de este santo templo los armoniosos conciertos de la religion; y todos á la vez enternecidos esclamemos con David:

(1) Luc. XIII. 8.

(2) S. Aug. Serm. 72. E. B.

(3) Isaia. LXIII. 4.

(4) Ib. 8.

«Alabad al Señor porque es bueno: porque es eterna su misericordia.»

«Alabad al Dios de los Dioses: porque es eterna su misericordia.»

«Alabad al Señor de los Señores: porque es eterna su misericordia.»

«Alabad al obrador de tantas maravillas: porque es eterna su misericordia.»

«Alabad al que con su sabiduría crió los cielos: porque es eterna su misericordia.»

«Alabad al que afianzó la tierra sobre las aguas: porque es eterna su misericordia.»

«Alabad al que hizo los grandes luminares: porque es eterna su misericordia.»

«Alabad, en fin, al que se acordó de nosotros en nuestro abatimiento: porque es eterna su misericordia (1).»

A tí pues, oh Dios, alabamos; á tí, oh Señor, confesamos: *Te Deum laudamus: te Dominum confitemur, etc.*

(Prosigue el coro este himno hasta llegar al siguiente versículo.)

Salvum fac populum tuum, Domine, et benedic hereditati tue.

Sí, Dios omnipotente, en vuestras manos está la salvacion del mundo. Solo vos podeis librarnos de los males que nos aquejan, de las desgracias que pesan sobre nuestras cabezas, de los peligros que nos rodean, de los enemigos que conspiran á nuestra ruina. Salvad, pues, á vuestro pueblo; derramad sobre él vuestras eternas piedades; bendecid vuestra heredad y defendedla de los hambrientos lobos que en torno suyo no cesan de lanzar horrorosos aullidos. *Et rege eos, et extolle illos usque in æternum.* Sed el conductor y guia de los que á la ventura marchamos por el desierto de este mundo á la eterna patria que nos habeis prometido. Sed la columna de fuego que muestre al cristiano Israel el camino de la verdadera tierra de Gesen, á través de la oscura noche de esta vida sembrada de escollos y abundante en precipicios. *Per singulos dies benedicimus te, et laudamus nomen tuum in sæculum, et in sæculum sæculi.* No un solo día olvi-

(1) Psalm. CXXXV. per tot.

daremos vuestras bondades, donde quiera llevaremos grabados con indelebles caracteres los rasgos de vuestra liberalidad; y mientras dure nuestra existencia no cesaremos de ensalzar vuestro nombre. *Dignare, Domine, die isto sine peccato nos custodire. Miserere nostri, Domine, miserere nostri.* Pero ¿qué podríamos hacer sin el auxilio de vuestra mano protectora? ¡Ah! Tendédnosla, Dios mio, para que no volvamos á caer en la culpa, y conservadnos libres de todo pecado desde hoy hasta nuestro postrimer momento, ya que en vuestra infinita clemencia nos dejásteis llegar á este nuevo año que en breve vá á amanecer sobre nosotros. *Fiat misericordia tua, Domine super nos, quemadmodum speravimus in te.* No queden defraudadas nuestras esperanzas; realizad vuestras promesas; dadnos á gustar en el tiempo las dulzuras de vuestra piedad; franqueadnos los tesoros de vuestra gracia; para que viviendo cual cumple á fieles hijos de un padre tan amante, al acercarse el instante crítico de nuestra muerte podamos exclamar con plena confianza: *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum;* y esto diciendo tras-pasemos las lindes del tiempo, y vayamos á perdernos en los abismos de la gloriosa eternidad.

FIN DEL TOMO UNDÉCIMO, ÚLTIMO DE LA OBRA.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO UNDÉCIMO.

| | Páginas. |
|---|----------|
| I. NOVENA EN SUFRAGIO DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO.— <i>Sermon para el primer día de la Novena.</i> Las sagradas páginas, la tradición y la razón misma demuestran la existencia del purgatorio, donde las almas predestinadas acaban de expiar las deudas que contrajeron con la divina justicia. | 5 |
| II. <i>Sermon para el segundo día de la Novena.</i> Bajo la acción de un fuego purificador padecen las almas del purgatorio penas indecibles, tormentos que esceden á la humana inteligencia, dolores que carecen de todo término de comparación: motivos poderosísimos que nos obligan á interesarnos por ellas y á ayudarlas con nuestros sufragios. | 15 |
| III. <i>Sermon para el tercer día de la Novena.</i> La privación de la vista de Dios es para las almas del purgatorio un suplicio tanto mas cruel, cuanto mayor es el conocimiento que tienen del objeto de sus aspiraciones y mas vehemente el amor con que hácia él se ven impulsadas. | 26 |
| IV. <i>Sermon para el cuarto día de la Novena.</i> La esperanza de gozar de Dios, juntamente con la incertidumbre del tiempo en que ha de realizarse, causa en las almas del purgatorio un acrecentamiento indefinible de martirio. Nada mas justo que acelerar con nuestros sufragios este momento feliz. | 37 |
| V. <i>Sermon para el quinto día de la Novena.</i> La práctica de hacer sufragios por los difuntos arranca de la mas remota antigüedad, se estiende por medio de una tradición no interrumpida á través de las edades, y está apoyada en los monumentos litúrgicos de todos los cultos. | 47 |
| VI. <i>Sermon para el sexto día de la Novena.</i> La oración de los fieles, subiendo como oloroso incienso al trono del Altísimo, hace descender de allí el rocío benéfico de la divina piedad que neutraliza la actividad de las llamas expiatorias. | 57 |
| VII. <i>Sermon para el sétimo día de la Novena.</i> Nada mas eficaz para aplacar la divina justicia en favor de las almas del purgatorio, que la sangre del cordero inmaculado ofrecida por ellas en el santo sacrificio de la Misa. | 68 |

- VIII. *Sermon para el octavo dia de la Novena.* Es una verdad constante que la limosna dada en sufragio de las almas del purgatorio tiene una virtud expiatoria que llega á los habitantes del mundo invisible, como miembros que son de la Iglesia, en comunión perfecta con los habitantes del mundo visible. 78
- IX. *Sermon para el último dia de la Novena.* Los mas poderosos motivos de religión, de humanidad y de propio interés nos obligan á no desatender las súplicas de las almas del purgatorio, y á ofrecer por su eterno descanso expiaciones y sacrificios, puesto que haciéndolo llenamos los mas altos deberes de la caridad hácia Dios, hácia nuestros prójimos y hácia nosotros mismos.. . . . 89
- X. OCTAVARIO DE EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA SACERDOTES.
—*Sermon para el primer dia de los ejercicios.* Sublimidad de la vocación al estado sacerdotal; circunstancias que debe tener para considerarse de origen divino, y responsabilidad que pesa sobre los que por miras puramente humanas se atreven á ingerirse en el sacerdocio. 103
- XI. *Sermon para el segundo dia de los ejercicios.* Santidad y perfección que Dios exige de los que ascienden al sacerdocio, considerados bajo el doble punto de vista de sacrificadores y mediadores: por cuanto están destinados á ofrecer el mas augusto sacrificio del universo, y á interponerse entre la humanidad culpable y la divinidad ofendida. 114
- XII. *Sermon para el tercer dia de los ejercicios.* Enormidad de los pecados de los ministros del santuario, tanto mas graves cuanto es mas alta la dignidad de quien los comete, y mayores los deberes que á ella están vinculados. 125
- XIII. *Sermon para el cuarto dia de los ejercicios.* Cuán graves razones obligan á los sacerdotes á mostrarse dignos ministros del Señor con el buen ejemplo, ya en virtud de su elevada dignidad, ya por la influencia perjudicial ó beneficiosa que su autoridad ejerce en las costumbres públicas. 135
- XIV. *Sermon para el quinto dia de los ejercicios.* Enormidad del escándalo en el Sacerdocio: funestísimas consecuencias de este pecado, y castigos con que Dios le vengará. 145
- XV. *Sermon para el sexto dia de los ejercicios.* Escelencias del celo sacerdotal: recompensas que á él están vinculadas. 156
- XVI. *Sermon para el sétimo dia de los ejercicios.* Cuán indispensable es que el sacerdote católico se halle adornado de la ciencia necesaria para llenar dignamente su misión, conforme á las necesidades de la época en que vive. 166
- XVII. *Sermon para el octavo y último dia de los ejercicios.* Por un sentimiento de gratitud á las especialísimas gracias

- recibidas del Señor, y por el interés de nuestra propia salvacion, debemos aprovecharnos de estos dias de ejercicios espirituales, para arreglar nuestra conducta sacerdotal y reformar nuestras costumbres. 177
- XVIII. OCTAVARIO DE RETIRO ESPIRITUAL PARA RELIGIOSAS.
—*Sermon para el primer dia de retiro espiritual.* Motivos poderosísimos que obligan á las personas consagradas á Dios en el estado religioso á dedicar ciertos dias de retiro á reflexionar sériamente acerca de sus eternos intereses y á renovarse en el espíritu de su vocacion. 189
- XIX. *Sermon para el segundo dia de retiro espiritual.* Esencias de la vida religiosa considerada en los tres votos esenciales que la constituyen. Deberes que contraen las almas llamadas por Dios á tan sublime y perfecto estado. 200
- XX. *Sermon para el tercer dia de retiro espiritual.* Para corresponder dignamente á la predileccion con que el Señor ha distinguido á sus esposas y realizar los sublimes designios que sobre ellas formára, preciso es trabajen incesantemente por fomentar y conservar el fervor primitivo de su vocacion. 211
- XXI. *Sermon para el cuarto dia de retiro espiritual.* Cualidades del verdadero amor, en virtud del que deben las religiosas identificarse con Jesucristo, su divino esposo, sensibilizándole en la perfecta observancia de las reglas de su respectivo instituto. 221
- XXII. *Sermon para el quinto dia de retiro espiritual.* Imposible es que una religiosa llegue á la perfeccion de su estado, si no vive en un profundo recogimiento, si no busca en la oracion continua los medios de santificarse, y si no tiene donde quiera á Dios presente para evitar todo cuanto pueda desagradarle. 232
- XXIII. *Sermon para el sexto dia de retiro espiritual.* Cuánto arriesgue su eterno porvenir la religiosa que llega á mirar con indiferencia las culpas leves, y no trata de evitar aun las menores imperfecciones. 243
- XXIV. *Sermon para el sétimo dia de retiro espiritual.* Accion perniciosísima de la adhesion á la propia voluntad en las personas consagradas á Dios con la profesion religiosa. 253
- XXV. *Sermon para el octavo y último dia de retiro espiritual.* Dicha indefinible que en los supremos instantes de la muerte experimentará la religiosa fiel á sus deberes con el testimonio de su conciencia, y crueles angustias que atormentarán á la que no ha vivido cual cumple á su vocacion. 266
- XXVI. EXORDIOS Y PLANES DE SERMONES PARA OCHO DIAS DE MISIONES SOBRE LAS MAS TERRIBLES VERDADES DE LA RELIGION.—*Sermon de apertura para el primer dia de la Mision.*

- (*Exordio y aplicacion*). El Señor en su infinita bondad llama á los pecadores á todas horas para que se conviertan, les ofrece el perdón de sus culpas y los brinda con su clemencia. 279
- XXVII. *Exordio y plan de un Sermon para el segundo dia de la Mision*. Espantosa y funestísima indiferencia en que muchos pecadores viven respecto de su eterna salvacion. Juicio terrible, expiacion tremenda que los espera en el dia de las divinas venganzas. 283
- XXVIII. *Plan de un Sermon para el tercer dia de la Mision*. Cuán de temer es que los que difieren su conversion hasta la hora de la muerte no encuentren entonces á Dios, aun cuando le busquen, en justo castigo de haber menospreciado en tiempo oportuno los llamamientos de su misericordia. 286
- XXIX. *Plan de un Sermon para el cuarto dia de la Mision*. Gravísimo peligro de que el Señor, justamente irritado por nuestra ingratitud á sus beneficios, nos arranque el dón inestimable de la fé y nos retire su proteccion. 288
- XXX. *Exordio y plan de un Sermon para el quinto dia de la Mision*. Resultados lamentables del abuso de la divina gracia en los individuos y en los pueblos que no la utilizan convenientemente para convertirse y salvarse. 290
- XXXI. *Plan de un Sermon para el sexto dia de la Mision*. Cuán rico tesoro es el tiempo. Necesidad de aprovecharle mientras Dios está con nosotros facilitándonos sus auxilios, y consecuencias funestas de su malversacion. 293
- XXXII. *Exordio y plan de un Sermon para el sétimo dia de la Mision*. Uno de los mayores castigos que la divina justicia ejerce sobre los hombres y los pueblos culpables y obstinados, es aumentar su ceguedad voluntaria, ocultándolos las eternas verdades, y dejándolos caminar á tientas por el camino ancho de la perdicion. 295
- XXXIII. *Exordio, plan y epilogo de un Sermon para el último dia de la Mision*. Conducta amorosa de Dios con los pecadores que, despues de haber vivido pródigos de su gracia y entregados al imperio de las pasiones, vuelven á echarse arrepentidos en los brazos de su paternal piedad. 298
- XXXIV. EXORDIOS Y PLANES DE SERMONES PARA OCHO DIAS DE MISIONES CONTRA LOS PRINCIPALES VICIOS REINANTES EN LA SOCIEDAD.—*Sermon de apertura para el primer dia de la Mision*. (*Exordio y aplicacion*). Llamamiento de la religion á oír la palabra del Señor. Causas funestas de su esterilidad en muchos corazones cristianos. 305
- XXXV. *Exordio y plan de un Sermon para el segundo dia de la Mision*. Carácterés y consecuencias del pecado de escándalo. 309

- XXXVI. *Plan de un Sermon para el tercer dia de la Mision.*
Cuán odioso y repugnante sea el vicio de la impureza, y cuán funesta su accion en el cristianismo. 312
- XXXVII. *Plan de un Sermon para el cuarto dia de la Mision.*
La avaricia mata en el hombre los mas generosos instintos de humanidad y todo sentimiento de religion. 314
- XXXVIII. *Plan de un Sermon para el quinto dia de la Mision.* La usura es un vicio reprobado unánimemente por la Escritura, por la tradicion y por las divinas y humanas leyes. 316
- XXXIX. *Plan de un Sermon para el sexto dia de la Mision.*
Gravedad del precepto de restituir lo mal habido, nulidad de los sofismas con que se pretende eludir su cumplimiento, é imposibilidad de salvarse sin reparar convenientemente los daños ocasionados al prójimo. 318
- XL. *Plan de un Sermon para el sétimo dia de la Mision.*
Horribilidad de la blasfemia considerada á la luz de la fé y de la razon. Expiacion terrible que lleva consigo este vicio. 320
- XLI. *Plan de un Sermon para el octavo y último dia de la Mision.* Apremiante necesidad de convertirse al Señor y hacer penitencia para detener el brazo de su justa cólera, que pesa visiblemente sobre los hombres y los pueblos entregados á sus estravios. 322
- XLII. *Sermon para el dia de la primera Misa de un Sacerdote.*
Escelencias del sacerdocio católico; beneficosa influencia de su accion regeneradora. 324
- XLIII. *Sermon para la toma de hábito de una Religiosa.*
Deberes y ventajas de la vida religiosa: sublimidad del sacrificio del alma que á ella se consagra, y recompensas inefables que le están vinculadas. 337
- XLIV. *Sermon para el dia de la profesion de una Religiosa.*
Caractéres y consecuencias de la crucifixion espiritual del alma en virtud de la profesion religiosa. 348
- XLV. *Sermon para el dia de la festividad de las reliquias de algun Santo.* A la luz de las divinas Escrituras, de la revelacion y de la historia se demuestra cuán legítimo, racional, sublime y provechoso es el culto decretado por la Iglesia á las reliquias de los Santos. 358
- XLVI. *Sermon para el dia de la dedicacion de un Templo.*
Los templos católicos son un dogma viviente de todo el cristianismo, á la vez que una institucion social de la mas alta importancia. 369
- XLVII. *Sermon para el dia de la publicacion de la Bula de la Santa Cruzada.* Cuán inestimable sea el tesoro que se nos franquea en la Bula de la Santa Cruzada, con cuánta avidéz

| | |
|---|-----|
| debemos correr á enriquecernos en él, y cuán sublimes sentimientos de gratitud debe inspirarnos la bondad de la Iglesia, que nos le ofrece. | 381 |
| XLVIII. <i>Sermon para el día de la indulgencia de la Porciúncula.</i> Grandeza del dón que se nos dá en esta indulgencia, y solidez de los fundamentos en que descansan nuestras creencias acerca de sus admirables efectos. | 392 |
| XLIX. <i>Sermon para el día de la entrada de un Párroco en su parroquia.</i> | 403 |
| L. <i>Sermon de despedida de un Párroco al separarse de sus feligreses.</i> | 414 |
| LI. <i>Sermon de rogativa para pedir á Dios la lluvia en tiempo de esterilidad.</i> | 424 |
| LII. <i>Sermon de accion de gracias despues de la recoleccion de frutos.</i> | 434 |
| LIII. <i>Sermon para el último día del año.</i> | 444 |



FRONCOSO

SERMONES

111

1162

